CODESAL

ANTOLOGIA DE TEXTOS SOBRE LA ORACION

Segunda Parte

Desde principios de la Edad Media hasta nuestros días

Serie
Grandes Maestros
N.º 11

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN:84-7693-201-4
Depósito Legal: B-23513-1992
Printed in Spain

PROLOGO

He aquí, amado lector, un libro raro y singular, aburrido y cansado, monótono y pesado, que repite, reitera y recalca continuamente las mismas frases con tal persistencia e insistencia, que probablemente haya muchos lectores que no lo puedan soportar.

No obstante, en esa continua y constante repetición de conceptos, en esa uniforme monotonía de frases, en ese recalcar y reiterar durante todo el libro los mismos pensamientos, está precisamente todo el valor de este trabajo. Y ¿por qué? Porque en este libro nos hemos limitado a preguntar a todos los santos escritores su opinión sobre la oración, y como es una sola pregunta, las respuestas tienen que ser unánimes. Si fueran diferentes, si no concordaran las respuestas y hubiera mucha variación de opiniones, éstas tendrían poco valor; pero si todos nos responden igual, si con cierta variación de expresiones todos nos vienen a decir la misma cosa, sabemos que no pueden estar equivocados y que sus palabras tienen el valor de un dogma.

Desde luego que este libro no tiene interés para todos: Aquel que quiera vivir tranquilamente sin molestarse en hacer grandes cosas, que le guste la comodidad y no quiera nada de sacrificios, que no esté dispuesto a negarse a sí mismo y a cargar con la cruz de cada día, que se conforme con ser un cristiano vulgar y no pretenda hacerse el héroe; en definitiva; aquel que se conforme con entrar en el cielo sin pretender hacerse santo, puede ya arrojar este libro de sus manos, porque esto no está escrito para él. Este libro está compuesto por los santos, y sólo sirve para santos. Si tú estás decidido a hacerte santo, cueste lo que te cueste, escucha a los santos, porque precisamente en estas páginas está escondido el secreto de la santidad.

La santidad no es obra exclusiva del hombre, sino de Dios con el hombre; el hombre sin la ayuda de Dios no puede nada (Jn. 15, 5), pero con su ayuda todo lo puede. Y como resulta que esa ayuda de Dios sólo se consigue con la oración, de aquí proviene la necesidad ineludible que todos tenemos de ella.

No voy yo a repetir una vez más en el prólogo lo que el lector se cansará de leer una y mil veces en las páginas del libro; por tanto yo ahora solamente quiero decirle que, si de verdad quiere hacerse santo, que siga adelante en la lectura y se deje enseñar de los santos; pero si no está animado a soportar los sacrificios que se le piden, y está conforme en poder encontrar un pequeño rincón en el cielo, más le conviene que también lea este libro, porque como descuide la oración, será muy difícil que se le pueda dar entrada en aquel glorioso lugar.

SAN PEDRO DAMASCENO (s. XI)

Según la tradición fue obispo de Damasco y murió mártir en Arabia. Vivió en el siglo XI y en el sinaxario bizantino es citado el 9 de febrero. Sus escritos están inspirados en la Biblia, San Juan Clímaco, Isaac el Sirio, San Juan Crisóstomo y Gregorio el Teólogo.

Tenemos que ejercer el sentido del temor. Después del Oficio de Completas se dice el Credo, el Padre Nuestro y numerosos Kyrie eleison. Se está sentado en dirección hacia oriente, como los que lloran a un muerto, con la cabeza inclinada, el alma apenada y el corazón gimiendo. Se reza primero la acción de gracias, luego la confesión y las demás oraciones. El gran Atanasio dice que debemos confesar las faltas que hemos cometido aun sin saberlo y las que habríamos cometido de no ser librados por la gracia de Dios, para que a la hora de la muerte no tengamos nada de qué dar cuenta. Además tenemos que pedir los unos por los otros, según el mandato del Señor y del Apóstol (Lc. 22, 32; Sant. 5, 16).

La acción de gracias reconoce que por nosotros mismos somos incapaces de dar gracias en la hora de la muerte, que el resto del tiempo somos negligentes y que este momento es una gracia de Dios. La confesión proclama que lo que se nos ha dado es sin medida. Soy incapaz de conocer y comprender todo. No conozco más que de oídas y sólo he aprendido algunas cosas. De continuo somos colmados de bienes manifiestos y secretos. La paciencia de Dios ante mis pecados es inefable. Soy indigno de

levantar los ojos, como decía el publicano (Lc. 18, 13). No confío en nada más que en tu inefable amor al hombre.

Tengo que decir en palabras todas las formas de mis faltas para acordarme de ellas y llorarlas. He de confesar mi debilidad para que venga sobre mí el poder de Cristo, según el Apóstol (2 Cor., 12, 9) y se me perdone la multitud de mis pecados. Porque al principio no pido por los demás, sino por la multitud de mis pecados. Primero tengo que refrenar en mí todo vicio, todo hábito malo, porque soy incapaz de resistir solo. Pido al Todopoderoso que me apacigüe el impulso de las pasiones, que no me deje pecar contra El ni contra nadie. Rezo también por los que he ofendido y por los que me han ofendido o me ofenderán, rechazando en mí todo rastro de resentimiento. Rezo por los que ya han partido para que encuentren la salvación y para acordarme de la muerte; rezo por todos, puesto que necesito la oración de todos para dejarme conducir por Dios y llegar a ser lo que El quiere.

Con temor de la justicia divina, porque me siento pecador, le pido para que su amor hacia el hombre se cumpla según su deseo. Y le digo: Basta con que esté a tu derecha, aunque sea el último de los salvados, porque no soy digno de ellos. Pido también por el mundo entero, como lo hemos aprendido de la Iglesia. Y cuando quiero comulgar pido encontrar benigno a Aquel que es mi auxilio, acordarme de los sufrimientos santos de nuestro Salvador y llegar al amor de su memoria. Rezo para que la comunión de los Misterios purísimos sea también la comunión del Espíritu Santo. Porque el Consolador consuela a los que viven en el luto de Dios en el mundo presente y en el venidero, a fin de que la comunión de los Misterios purísimos les sea prenda de la vida eterna en Cristo por la intercesión de su Madre y de todos los santos. A continuación me arrodillo ante todos los santos, suplicándoles que pidan por mí, porque ellos pueden presentar al Señor mi plegaria.

Durante la oración el alma ha de estar libre de toda malicia, sobre todo del rencor, como dice el Señor (Mc. 11, 25) (...). Cuanto más reza uno por los que le calumnian y le acusan, tanto mayor paz recibe en la oración pura y perseverante.

No hacemos las plegarias para enseñar a Dios, que conoce nuestros corazones, sino para llegar a la compunción por dichas oraciones. Puesto que deseamos permanecer siempre ante El, multiplicamos las palabras dándole gracias y reconociendo sus beneficios. Pues no es una tontería ni una diversión repetir la misma palabra o palabras semejantes. La palabra de la Escritura se graba en la inteligencia del que reza o del que lee. Dios conoce las cosas antes de que sucedan y no tiene necesidad de escucharlas por nuestras palabras; pero nosotros sí necesitamos, para conocer lo que pedimos y por lo que lo pedimos a fin de testimoniarle nuestro reconocimiento y de dirigirnos a El por las oraciones. También lo necesitamos para no ser vencidos por los enemigos cuando nos atormentan los pensamientos y cuando no nos acordamos de Dios. Tenemos, en fin, necesidad de la oración y de las divinas Escrituras para poder adquirir las virtudes sobre las que han escrito los Santos Padres por la gracia del Espíritu Santo.

(La Filocalia, edición de la Abadía de Bellefontaine, vol. 2, páginas 209-215).

SAN SIMEON EL NUEVO TEOLOGO (m. 1022)

San Simeón denominado "El Nuevo Teólogo" (949-1022) fue abad del Monasterio de San Mamas de Constantinopla, y es probablemente el más importante autor místico bizantino.

1. ¿Que cómo tienes que hacer la oración? "Retírate a un lugar solitario, ponte cómodamente en un rincón, cierra la puerta, recoge tu mente apartándola de todas las cosas temporales y vanas, inclina la cabeza, cierra los ojos, respira apaciblemente y procura concentrarte en lo interior de tu corazón... Murmura mientras respiras repitiendo incansablemente una y otra vez: "¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!". Hazlo con mucha atención y mantente así inalterable. Al principio encon-

trarás dificultad y dureza, pero después, si perseveras con constancia día y noche, hallarás en esto una inesperada felicidad... La mente así ejercitada encontrará gran claridad, sublimes pensamientos y juicios. Los malos pensamientos serán aniquilados o expulsados con el nombre de Jesús mientras repite: "Señor Jesucristo, ¡ten piedad de mí!". De este modo la mente humana comenzará a sentir aversión y odio contra el demonio al que combatirá sin tregua ni cuartel, se levantará contra él con auténtica y verdadera ira, le echará fuera, le azotará y lo aniquilará. Lo demás, lo que luego suceda, lo sabrás más adelante tú mismo por propia experiencia y con la ayuda de Dios..." (La Filocalia o Relatos del Peregrino Ruso).

2. Tú has herido mi alma, ¡oh, Amor!, y mi corazón no puede soportar tus llamas. Avanzo cantándote, ¡oh, Amor! El que no te conoce no puede gozar de la suavidad de tus beneficios, que sólo se pueden conocer por la experiencia vivida. Pero el que te ha conocido o ha sido conocido por ti no puede tener duda alguna. Señor, tú eres la realización de la ley; pues tú que me llenas, me reanimas, tú que inflamas y abrasas mi corazón con una inmensa caridad. Tú eres el Maestro de los profetas, el elector de los apóstoles, la fuerza de los mártires, la inspiración de los padres y doctores y la perfección de todos los santos. Y Me preparas a mí mismo, Amor, para el verdadero servicio de Dios (Homilía LIII, 2, ed. rusa del monte Athos, II, 7).

SAN PEDRO DAMIANO, Dr. (m. 1072)

Nació en el año 1007, se convierte y abraza la vida monástica en el 1035, y es cardenal arzobispo de Ostia en el año 1057. Es el alma de la reforma de la Iglesia, con Hildebrando, y muere en el 1072.

Debemos acudir con gran fervor a la protección de María, porque Ella es nuestra Mediadora con Dios.

Grandeza de María.—¿Quién más grande que la Virgen María, que encerró en sus entrañas la incomprensible grandeza de Dios? Contemplad los serafines; subid con atrevido vuelo por encima de esta naturaleza tan elevada, y veréis por debajo de la Virgen todo lo que existe; una sola cosa sobrepuja a esta Obra de Dios: sólo su Hacedor...

Madre de Dios, ayúdanos.—Santa Virgen, Madre de Dios, socorre a los que imploran tu auxilio. Vuelve tus ojos hacia nosotros. Pues tú sólo buscas la ocasión de salvar a todos los miserables, y derramar sobre ellos tu misericordia, porque tu gloria es mayor cuando por tu intercesión los penitentes son perdonados, y los que lo han sido entran en el cielo. Ayúdanos, pues, a fin de que podamos verte en el Paraíso, ya que la mayor gloria a la que podemos aspirar consiste en verte después de Dios, en amarte y en estar bajo tu protección. Oyenos, Señora, ya que tu Hijo quiere honrarte concediéndote todo cuanto le pidas. (Cit. P. Melús.)

SAN BRUNO CARTUJANO (m. 1101)

San Bruno, adalid de la gran reforma propugnada por Gregorio VII, condena la corrupción en la que "los hombres viven como si no existiera la muerte y el infierno fuera una fábula", levanta su voz contra los obispos y maestros corruptores, hasta que al fin, asqueado del mundo, acompañado de seis compañeros se retira al desierto, donde funda la Cartuja, Orden esencialmente contemplativa, consagrada exclusivamente a la oración, el trabajo y la penitencia.

1. Decimos propiamente que oramos cuando rogamos (a Dios) para conseguir algo; y que deprecamos cuando con nuestra oración queremos alejar algún inconveniente (*In Salm. 54*).

En todo género de oraciones prevalece la celebración de la Misa *(In I Tm. c. 2)*.

2. *Beati qui scrutantur testimonia eius: in todo corde exquirunt eum:* buscan a Dios vacando a la contemplación con toda su alma aquellos que, dejando tras de sí toda preocupación por los bienes de este mundo, no tienen otra aspiración que contemplar a Dios, buscarle y amarle con todo el afecto de su corazón, penetrando en los arcanos divinos...

3. *Et benedicam nomini tuo in sæculum et in sæculum sæculi:* Te alabaré contemplando tu nombre, Señor, te bendeciré eternamente con esta alabanza de la vida contemplativa que durará en este siglo y en el futuro, según la frase del Evangelio: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada". La vida activa, en cambio, sólo permanecerá en este mundo...

4. *In meditatione mea exardescet ignis:* En mi meditación, el amor que yo tenía ya, ha comenzado a crecer más y más, como una llama que se enciende...

5. Oh justos, llenaos de alegría cantando a Dios, alabándole en la contemplación. Dedicaos a la vida contemplativa que consiste en vacar a la oración y meditación de los misterios divinos, olvidando todo lo eterno...

6. *Iubilate Deo...* Alabad a Dios con un júbilo interior del alma, que ni la lengua ni la pluma son capaces de explicar plenamente, es decir, alabadle con intensa devoción. (Comentario de los Salmos. San Bruno, primer cartujo. Burgos, 1974.)

SAN ANSELMO (m. 1109)

San Anselmo nació hacia el 1033 y en el año 1060 entró en la abadía de Bec en Normandía. En el año 1078 fue nombrado abad del monasterio, y en 1093 fue consagrado obispo de Cantorbery, donde tuvo que sostener grandes luchas con el poder civil. Profesó una tierna devoción a la Santísima Virgen y compuso preciosas oraciones y meditaciones de singular afecto y encendida devoción.

1. Acuérdate, infeliz, que vas caminando entre los lazos del demonio, los cuales yacen por todas partes debajo de tus pies; despierta temiendo que tu sueño te precipite en la sombra de una funesta muerte. Desengáñate de la ilusión de una larga vida sobre la tierra, no sea que ese error te mantenga en estado de culpa y te tenga por más tiempo encenagado en los hábitos perniciosos. Ruega sin cesar a Jesucristo tu Salvador que haga que todas las aflicciones de tu corazón lleven los frutos de una tierra excelente, y que toda tu vida sea como una fecunda vid, cuyo fruto merezca ser ofrecido a Dios y que le reciba su Divina Majestad con complacencia. *(Exhortad ad contemptum temporalium).*

2. Orad con inconstantes lágrimas; orad continuamente y en todo tiempo; aplicaos a menudo a la oración; rogad a Dios de día y de noche; sea vuestra oración frecuente y orad con continuación; gemid como la paloma: levantaos de noche a orar y pasadla algunas veces toda en este santo ejercicio; multiplicad las vigilias para hablar con Dios: no os interrumpa el sueño por mucho tiempo esta sagrada conversación, y tomando un breve reposo, volved a orar. (Ibíd.)

3. Implorad en todas vuestras acciones el auxilio de Dios: atribuid todo *lo bueno* a la gracia y a la liberalidad de Dios y nada a vuestros propios méritos: evitad la presunción y no contéis con vuestra frágil virtud. (Ibíd.)

4. Rogad a Dios de día y de noche, sin dejar correr vuestra vista por diferentes objetos y sin conceder cosa alguna a la curiosidad de los ojos. (Ibíd.)

5. Meditad con el más suave sentimiento y con la dilatación de un corazón humilde y penetrado de Dios; considerad la nobleza y la excelencia que el Señor os dio desde el instante de la creación y pensad bien con qué amor y con qué profundo respeto le debéis adorar (1.ª Medit.)

Os exhorto, hermanos, a considerar atentamente con qué sentimientos de temor debe ofrecerse el sacrificio de la oración (Carta 79 a Adelida).

6. *El deseo de contemplar a Dios.*—Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes

trabajosas. Dedícate algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte a buscarle, y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de El. Di, pues, alma mía, di a Dios: *"Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro"*.

Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte; dónde y cómo encontrarte.

Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Cierto es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad? ¿Cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor Dios mío; no conozco tu rostro.

¿Qué hará, altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro? Anhela verte y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en deseo de encontrarte e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.

Señor, tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi. Tú me has creado y renovado, me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te reconozco. Me creaste, en fin, para verte, y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado.

Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros?

Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien; sin eso todo será malo. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos para llegar a ti, porque sin ti nada podemos.

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscándote te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré. (Prologion I.)

7. *Grandeza de María.*—¡Oh, maravilla! ¡A qué altura tan sublime contemplo a María! ¡Nada hay igual a María; nadie es mayor que Ella, sino sólo Dios! Dios ha dado a María su mismo Hijo; de María se ha hecho Hijo el mismo Hijo de Dios.

Toda la naturaleza ha sido creada por Dios, y Dios ha nacido de María, Dios que ha hecho todas las cosas se ha hecho a sí mismo Hijo de María... Dios ha engendrado a Aquel por quien todo ha sido hecho; y María ha tenido a Aquel por quien todo ha sido salvado...

¡Oh, mujer admirable, única por la que han sido renovados los elementos, pisoteados los demonios, salvados los hombres y reemplazados los ángeles malos!...

Por vuestra fecundidad, oh, Señora, el mundo pecador ha sido justificado; estaba condenado y ha sido salvado; estaba exiliado, y ha vuelto a la patria. Vuestro alumbramiento, oh, Señora, ha rescatado al mundo cautivo; ha curado al mundo enfermo, y ha resucitado al mundo muerto...

¡Oh, Señora! Haz que el grito de mis necesidades te siga por doquiera, que tus miradas de bondad, mientras yo viva, me acompañen, haz que la alegría que experimento de tu bienaventuranza permanezca siempre en mí y que tu compasión por mi miseria me siga por doquiera siempre que lo necesite.

8. *La salvación está en María.*—¡Oh, Virgen bienaventurada! Así como es necesario que todo el que se aparta de ti, o es despreciado por ti, que se pierda; de igual modo, todo el que se acerca a ti, o es mirado por ti con ojo favorable, es imposible que perezca...

¡Oh, feliz confianza! ¡Oh, seguro refugio! La Madre de Aquel en quien únicamente esperamos y al que únicamente tememos, es también nuestra Madre! ¡La Madre de Aquel, digo, que es el único que salva o condena, es nuestra Madre!

¡Oh, Jesús!, Hijo bueno, yo te pido, por el amor con que Tú amas a tu Madre, que, como Tú la amas y quieres que con verdad sea amada, me concedas a mí que yo también verdaderamente la ame.

¡Oh, buena Madre!, te ruego que, por el amor con que amas a tu Hijo, como Tú sabes amar y quieres que sea amado, me alcances que yo verdaderamente le ame...

¡Oh, Señor, Hijo de mi Señora; oh, Madre de mi Señor!, si yo no soy digno de entregarme a la felicidad de vuestro amor, vosotros al menos sí sois dignos de ser amados con infinito amor. ¡Oh, benignísimos!, no me rehuséis aquello de que yo me declaro indigno, a fin de no quitaros a vosotros mismos aquello de que sois tan dignos...

¡Oh, Virgen Santísima! Pues si no se pueden contar los que habiéndoos invocado se han salvado, ¿cómo yo que tan ardientemente os invoco voy a ser defraudado en mis esperanzas? (Cit. P. Melús.)

BEATO ENRIQUE SUSON (m. 1133)

Este santo es uno de los grandes místicos dominicos del siglo XII. Los textos que recogemos los copiamos del P. Arintero "Cuestiones Místicas".

1. Recomienda a los religiosos, ante todo, la oración pública del coro, y luego que "pasen buenos ratos con Dios en oración privada" después de maitines y completas *(Grand Livre des Lettres, II Lett., L, Oeuvre Mystique de Henri Suso, ed del R. P. Benoit Lavand, 1943-44, p. 22.23. Le Libret des Letres, VII, Lett, Ibíd., p. 135).*

Recomienda mucho ocuparse asiduamente en la Pasión de Jesús, elevarse con santas meditaciones, conversar siempre en nuestro corazón con Dios. El más alto fin de la oración es la unión inmediata con Dios, en contemplación pura, amor ardiente y dulce gozo, olvidados de sí mismos y de todas las cosas *(Grand Livre des Lettres, II, VIII, XI, XXIV).*

2. No basta consagrarme una parte del día (a la oración); quien quiera sentir a Dios interiormente, quien quiera oír sus palabras secretas y experimentar sus atractivos misteriosos, debe permanecer en un continuo recogimiento. ¿Por qué has de dejar que tus ojos y tu corazón anden vagueando inconsiderablemente, cuando le tienes a El tan cerca de ti? ¿Qué puedes

buscar fuera cuando tienes dentro de ti el reino de los cielos? *(La Eter. Sab. c. 9)*.

3. Hay que buscar al Espíritu divino en lo más profundo de nuestro ser, en lo más íntimo de nuestra alma y hablarle de espíritu a espíritu, de corazón a corazón... Dios comprende la palabra del corazón y oye el lenguaje del alma *(Serm. 2)*.

4. Escucha, pues, en pocas palabras, la regla de una vida pura y perfecta: Mantente (cuanto puedas) apartado de los hombres y libre de recuerdos e imágenes de cosas pasajeras; guárdate de todo lo que pueda turbar tu corazón, ganar tu afecto o inquietarte con los cuidados del mundo, y levanta en todo tiempo tu espíritu a una secreta contemplación en que Dios sea el único objeto de todos tus pensamientos. A este fin ordena todos los demás ejercicios espirituales, las vigilias, ayunos, austeridades, etc., no practicándolos sino en cuanto a eso te ayuden. Así es como llegarás a la cumbre de la perfección, a donde apenas llega uno entre millares, porque la mayor parte de los cristianos se figuran que todo consiste en las prácticas exteriores. Y así es como se agitan años y años sin realizar ningún progreso, permaneciendo siempre lo mismo, siempre alejados de la verdadera perfección *(La Eter. Sab. c. 22)*.

Hay muchos que sólo por ser útiles a los demás viven tan ocupados en cosas exteriores, que apenas les queda un momento libre para su reposo. Estos sigan mi consejo: tan pronto como en medio de sus trabajos tengan una hora libre, váyanse inmediatamente a Dios, entréguense por completo y escóndanse en su corazón; y en estos momentos procuren redimir con su celo y fervor todos los años perdidos en la vida de los sentidos o disipados en los negocios. Diríjanse a Dios, no con palabras estudiadas, sino desde lo íntimo de su alma y con toda la energía de su corazón, hablándole de espíritu a espíritu, para adorarle, como el Señor manda, *en espíritu y verdad*. (Disc. spir. 2.)

BEATO HUGO DE SAN VICTOR (m. 1141)

Entró en el monasterio de San Víctor a los dieciocho años, y en 1133 fue encargado de

dirigir los estudios del monasterio. Enseñó en él con gran éxito a los monjes, se relacionó con San Bernardo y compuso libros importantes sobre la oración: De meditando, De modo orandi, De vanitate mundi, De arca Noe morali, De arca Noe mística *etcétera, etcétera.*

1. En la oración hablamos a Cristo sobre nosotros para que El hable al Padre a favor nuestro, porque es gran Pontífice: Pontífice, pues ofrece a Dios los deseos del pueblo, y grande por su divinidad, porque es el Hijo de Dios, y por su humanidad, porque penetra los cielos. *Acerquémonos, pues, con confianza al trono de su gracia* (Heb. 4, 16), es decir, a aquél en el que reina la gracia. Acérquemonos con confianza porque tiene por oficio el interceder por nosotros, porque ha sido constituido sacerdote, y a la vez tiene el mérito de obtener lo que pide, ya que es justo. Y El se compadecerá de nosotros con agrado, ya que El también está revestido de flaquezas por causa nuestra. No se constituyó sacerdote El mismo, sino que fue constituido por Dios, el cual lo glorificó y dijo de El: *Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy* (Heb. 5, 2). Cuando esto fue dicho sobre Cristo en el bautismo, entonces fue como la elección para el sacerdocio. Cuando fue dicho en el monte, entonces fue ordenado sacerdote revestido con la vestidura de gloria. Después, en la tercera voz que se oyó venida del cielo que decía: *Te glorifiqué y aún te glorificaré* (Jn. 12, 28), fue aprobado y confirmado en su dignidad; lo mismo que Aarón fue aprobado y confirmado por Dios después de su ordenación porque había algunos envidiosos de su sacerdocio. En el monte recibió la vestidura de gloria para la ordenación, y en la resurrección se la puso para ofrecer súplicas a Dios en favor nuestro. (La Palabra de Dios, 5; en SCh. 155, 76-78.)

2. El Señor nos enseñó a rezar para que todo nuestro bien venga de El y para que comprendamos que lo que recibimos como fruto de la oración es regalo y no mérito nuestro.

La primera petición del Padre Nuestro —*"Santificado sea tu nombre"*— va contra la soberbia. Pues le pedimos que nos con-

ceda temer y venerar su nombre, a fin de serle sumisos por la humildad, puesto que por la soberbia fuimos rebeldes y contumaces. A esta petición corresponde el don del Espíritu del temor del Señor, de modo que viniendo al corazón el Espíritu crece en él la virtud de la humildad para que cure la enfermedad de la soberbia; así, el hombre humilde podrá llegar al Reino de los Cielos, que el ángel soberbio perdió por su orgullo (Cfr. Mt., 5, 3).

La segunda petición —*"venga tu Reino"*— es contra la envidia. Pues el Reino de Dios es la salvación de los hombres, pues se dice que Dios reina en los hombres cuando los hombres se someten a Dios, adhiriéndose a El ahora por la fe y después por la visión. El que pide que venga el Reino de Dios desea la salvación de los hombres y al pedir por la salvación de todos, demuestra que reprueba el vicio de la envidia. A esta petición se le concede el espíritu de piedad, para que viniendo al corazón, lo encienda en benignidad, y así el hombre llegará a la posesión de la herencia eterna, a la que desea que vengan también los demás (Mt., 5, 4).

3. La tercera petición —*"hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"*— es contra la ira. Pues el que dice *"hágase tu voluntad"* no quiere peleas, sino que indica que le agrada lo que en sí mismo o en otros determina la voluntad de Dios, según su libre decisión. A esta petición se le da el espíritu de ciencia, para que viniendo al corazón le enseñe y le conceda una compunción saludable, para que aprenda el hombre que el mal que padece proviene de su culpa y el bien que pueda tener proviene de la misericordia de Dios y así se acostumbre a no airarse contra su Creador tanto si padece males como si carece de bienes y a mostrar paciencia en todo. Por tanto, por la compunción del corazón, que nace interiormente de la humildad, por la acción del espíritu de ciencia, se mitiga la ira y la cólera del alma. Por el contrario, "la ira mató al tonto" (Job. 5, 2), cuando agitado y ciego por el vicio de la impaciencia en las adversidades, no reconoce que mereció el mal que padece o que el bien que tiene lo ha recibido por pura gracia. Esta virtud, la compunción o el dolor, es recompensada por el consuelo, y así el que aquí se aflige con lamentos espontáneamente ante Dios, allí merecerá encontrar el gozo y la alegría verdaderos (Mt., 5, 5).

4. La cuarta petición —*"danos hoy nuestro pan de cada día"*— es contra la tristeza. La tristeza es el tedio del ánimo con disgusto, cuando el alma, como melancólica y amargada por sus vicios, no tiene apetencia de los bienes interiores y, sin vigor alguno, no se alegra con el más mínimo deseo de alimento espiritual. Por eso para curar este vicio nos conviene invocar la misericordia de Dios, para que El con su acostumbrada piedad conceda al alma inapetente por su tedio el alimento del sustento interior y así comience a amar, movida por el gusto de lo presente, lo que, estando ausente no sabe apetecer. A esta petición se le da el espíritu de fortaleza, para que levante al alma fatigada y así ella, recuperada la virtud de su anterior vigor, podrá convalecer del defecto de su tristeza y desear el sabor de las cosas interiores. El espíritu de fortaleza crea en el corazón hambre de justicia, y así, mientras se enciende fuertemente por el deseo de piedad, allí conseguirá como premio la saciedad plena de la felicidad (cfr. Mt. 5, 6).

5. La quinta petición —*"perdona nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores"*—, es contra la avaricia. Es natural que quien no quiere ser avaro en exigir, no esté inquieto por recuperar lo que le deben. Y por eso, cuando por gracia de Dios se nos ha quitado el vicio de la avaricia, la condición puesta para nuestra salvación nos enseña cómo debemos ser absueltos de nuestras deudas. A esta petición se le da el espíritu de consejo, para que nos enseñe a ejercitar de buen corazón en este mundo la misericordia con los que nos ofenden, y así en el mundo futuro, cuando tengamos que dar cuenta de nuestros pecados, merezcamos encontrar misericordia (cfr. Mt. 5, 7).

6. La sexta petición —*"no nos dejes caer en la tentación"*— es contra la gula. Esta tentación es por la que el halago de la carne trata de arrastrarnos muchas veces al exceso por el apetito natural y mientras nos convence con el pretexto de la necesidad, ocultamente nos somete al placer. Nunca caeremos en esa tentación si procuramos satisfacer a la naturaleza según la medida de la necesidad, acordándonos siempre de mantener el apetito lejos del halago del placer. Para poder cumplir esto, a los que rezamos esta petición se nos da el espíritu de inteligencia, para

que el alimento interior de la Palabra de Dios reprima el apetito externo, y el alma, robustecida por el alimento espiritual, no se deje ni abatir por el hambre corporal ni vencer por el placer carnal. Por eso el Señor mismo, cuando el tentador le sugería alimentar su hambre con pan exterior, el dijo: "*No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*" (Mt. 4, 5). Con esto mostraba claramente que cuando el alma se alimenta de aquel pan interior, no se preocupa demasiado si pasa hambre corporal durante algún tiempo. Contra la gula se da el espíritu de inteligencia, que viniendo al corazón lo limpia y purifica y, sanando el ojo interior con el conocimiento de la Palabra de Dios como si fuera un colirio, lo hace tan luminoso y claro que es capaz de contemplar la misma claridad de la divinidad. Por tanto, contra el vicio de la gula se opone el remedio del espíritu de inteligencia, y del espíritu de inteligencia nace la limpieza de corazón; y la limpieza de corazón merece la visión de Dios, como está escrito: "*Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*" (Mt. 5, 8).

7. La séptima petición —*líbranos del mal*"— es contra la lujuria. Es normal que el esclavo pida libertad. Así a esta petición se le da el espíritu de sabiduría, que restituya al cautivo la libertad perdida y pueda evadirse del yugo de la injusta dominación, que por sus fuerzas él no podía, pero sí ayudado por la gracia. Porque sabiduría viene de sabor. Cuando el alma, tocada por el gusto de la dulzura interior, concentra sus deseos totalmente hacia adentro y no se dispersa hacia fuera relajadamente en el placer de la carne, porque posee interiormente todo aquello en lo que puede deleitarse. Con toda razón al placer exterior se opone la dulzura interior y cuanto más se comienza a gustar y saborear ésta, más libre y voluntariamente se desprecia aquél, y finalmente el alma, pacificada en sí misma, como no apetece nada de fuera, descansa toda entera interiormente por el amor. Por tanto, el espíritu de sabiduría tocando con su dulzura el corazón atempera el ardor de la concupiscencia externa y, una vez adormecida la concupiscencia, crea la paz interna y así el alma entera se recoge en el gozo interior, hasta que el hombre plena y perfectamente sea recreado a la imagen de Dios, como está escrito:

"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos se llamarán hijos de Dios" (Mt. 5, 9). (Los cinco septenarios, III; SChr. 155, 110-118.)

GUILLERMO DE SANT-THIERRY (m. 1148)

Destacada personalidad del siglo XII, nace en Lieja, hacia 1070, estudia en Reims y Laon con San Anselmo. Abandona el siglo haciéndose monje en la abadía benedictina de Sant-Nicase en Reims. De ella se traslada a Saint-Thierry. En 1121 es elegido abad, cargo que desempeñó hasta 1135, momento en que decide ingresar en la entonces nueva y pujante Orden Cisterciense. Muere en 1148 y en 1215 sus restos fueron exhumados y colocados en el oratorio de Signy; para entonces esto equivalía a la beatificación.

1. Si el amor de Dios es engendrado en el hombre por la gracia, la lectura espiritual lo cría, la meditación lo nutre y la oración lo vigoriza e ilumina.

Para que el principiante y neófito de Cristo vaya ejercitando su vida interior, lo mejor y más seguro es proponerle como lectura y meditación, los hechos externos del Redentor, haciéndole ver en ellos el ejemplo de humildad, el ardor de la caridad y la ternura de la piedad...

También se enseñará al novicio a levantar el corazón en la oración, y a orar espiritualmente... Pondérese con cuánta pureza de corazón debe dirigirse a El, a quien ofrenda el sacrificio de su corazón, y vigilarse a sí mismo, que es el oferente, y pensar en lo que ofrece. Cuanto más considere y conozca a Aquel a quien dirige su ofrenda, tanto más le amará y el mismo amor le dará, a su vez, mayor conocimiento; y tanto más sabor y complacencia encontrará en lo que ofrece siendo digno de Dios, cuanto más metido se halle en el amor.

2. Con todo, es mejor y más seguro proponer a los que hacen oración o meditación, la representación de la humanidad del Señor: su Nacimiento, Pasión y Resurrección, para que así el alma flaca todavía, que no sabe pensar si no es con imágenes materiales y corpóreas, tenga algo a qué aficionarse, algo que según el modo de su piedad se le quede bien grabado. Se verá así al Señor como mediador, y al contemplar el hombre bajo este aspecto, según se dice en el libro de Job, no pecará; es decir, que poniendo en El la mirada de su intención y percibiendo en Dios la forma humana, no se desviará nunca de la verdad y, ya que por la fe no separa a Dios del hombre, se habituará así a ver a Dios en el hombre.

3. Los pobres de espíritu, los hijos humildes de Dios, suelen hallar en la contemplación de estos misterios un efecto tanto más dulce cuanto más humano. Después, cuando la fe se trueque en amor, teniendo en su corazón el abrazo de dulce amor a Cristo Jesús, hombre porque asumió la naturaleza humana, y Dios porque siéndolo la asumió, empezarán a conocerle, si bien aún no plenamente según Dios, al menos no ya según la carne. Glorificándole en sus corazones, anhelan ofrendarle los votos que en sus labios florecen: plegarias, oraciones, súplicas, en congruencia de tiempo y motivo.

Diversas formas de oración

4. Hay unas oraciones breves y sencillas que la voluntad formula o la necesidad incidentalmente dicta; otras oraciones son más prolijas y razonadas, que, en ansia de la verdad, piden, buscan, llaman hasta recibir, encontrar y lograr que se les abra; otras son vívidas, espirituales y fecundas, en el afecto que goza, en la alegría de la gracia que fulgura. Aunque en otro orden, estas oraciones son las mismas que enumera el Apóstol: peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias.

La petición

5. La petición es la primera que ponemos: su fin es conseguir los bienes temporales y lo necesario para esta vida; en ella,

aprobando Dios la buena voluntad del que pide, hace, sin embargo, lo que juzga mejor, alentando de buen grado a seguir pidiendo al que sabe pedir, es la oración de la que dice el Salmista: *Incesantemente está mi oración en lo es de su agrado* (Sal. 140, 1)... Los que con confianza piden esto, aunque lo hagan al acoso de la necesidad, empero someten siempre su voluntad a la voluntad divina.

La súplica

6. La súplica, en los ejercicios espirituales, consiste en un ansia de acercarse a Dios. En estos ejercicios, antes del socorro de la gracia, todo lo que la ciencia puede aportar no es más que dolor.

La oración

7. La oración es una amorosa adhesión del hombre a Dios; una conversación familiar y piadosa, una estación del espíritu iluminado para gozar durante el tiempo que sea posible.

La acción de gracias

8. La acción de gracias consiste en el conocimiento de la gracia divina, junto con una voluntad en tensión hacia Dios, a pesar de que alguna vez falte o se detenga la acción exterior o el afecto interior...

Normas para cada forma de oración

9. La oración de petición debe hacerse con piedad y confianza, sin apegarse a ella pertinazmente, porque nosotros no lo sabemos, pero nuestro Padre que está en los cielos bien sabe lo que necesitamos...

10. En la súplica se ha de insistir, bien que con humildad y paciencia, porque el fruto no viene sino con la paciencia.

A veces la gracia tarda en venir, el cielo se hace de bronce y la tierra de hierro. Cuando, por no merecer ser oída, queda el alma abandonada a la dureza de su corazón, el ansia de ser atendida le hace juzgar ya como negado lo que solamente se ha diferido. Como la Cananea que lamentaba ser desechada y despreciada, al igual que un perrito inmundo, porque creía que la causa de su desprecio eran sus pecados pasados. Alguna vez, no sin fatiga, el que pide, recibe; el que busca, halla; al que llama, se le abre. Entonces el esfuerzo de la súplica logra al fin encontrar el consuelo y la suavidad de la oración.

11. También alguna vez ocurre que no encuentra ese afecto de oración pura y esa suavidad dulce, sino que parece viene al encuentro de uno; la gracia se adelanta al que ni pide, ni busca, ni llama y casi ni conoce. Y como se admite al siervo a la mesa de los hijos, así el espíritu, rudo aún y principiante, es admitido a aquel sentimiento de la oración que suele concederse a los méritos de los perfectos, como galardón a su santidad. Lo cual, cuando ocurre, es o para hacer saber al negligente que no debe ignorar lo que descuida, o para que el fuego de la caridad encienda en él un amor de gracia en ofrenda más ardorosa.

12. En lo cual, por desgracia, yerran muchos porque, comiendo el pan de los hijos ya se juzgan verdaderos hijos... Son alimentados por Dios Padre con lo más sabroso de la gracia, para que aspiren a ser hijos verdaderos; mas ellos, abusando de la verdadera gracia, se convierten en enemigos... (Carta de Oro, c. 5.)

SAN BERNARDO, Dr. (m. 1153)

San Bernardo, el "Doctor Melifluo y el último de los Padres, mas no inferior a ellos", según palabras de Pío XII, hijo de una familia de santos, a los 25 años es nombrado fundador y abad de Clarabal, reforma la Orden del Císter y funda numerosos monasterios, siendo casi un millar los monjes que se consa-

graron a Dios bajo sus manos. Pero su influencia trasciende al Císter y llega a toda la Iglesia corrigiendo a reyes, emperadores y hasta incluso al Papa. Mas la posteridad lo conocerá principalmente como el gran amante de Nuestra Señora, a la que amaba con ternísimo afecto y a la que le compuso singulares y devotos libros.

Fragmentos de la carta de San Bernardo al Papa Eugenio en la que le suplica no se deje absorber totalmente por las ocupaciones de tal modo que vaya a descuidar la oración.

1. Tengo miedo, te lo confieso, de que en medio de tus ocupaciones, que son tantas, por no poder esperar que lleguen nunca a su fin, acabes por endurecerte tú mismo y lentamente pierdas la sensibilidad de un dolor tan justificado y saludable.

Sustráete de las ocupaciones al menos algún tiempo. Cualquier cosa menos permitirte que te arrastren y te lleven a donde tú no quieras. ¿Quieres saber a dónde? A la dureza del corazón...

¡Hasta este extremo pueden llevarte esas malditas ocupaciones si, tal como empezaste, siguen absorbiéndote por entero sin reservarte nada para ti mismo! Pierdes el tiempo; y si me permites que sea para ti otro Jetró, te diría que te agotas en un trabajo insensato, con unas ocupaciones que no son sino tormento del espíritu, enervamiento del alma y pérdida de la gracia. El fruto de tantos afanes, ¿no se reducirá a puras telas de araña?

Yo te preguntaría: ¿Qué es eso de estar desde la mañana hasta la noche presidiendo juicios y escuchando a litigantes?... Un día le pasa a otro sus pleitos y la noche lega a la noche su maldad; y sin respiro alguno no sacas un momento para orar... Gran virtud, por cierto, la paciencia. Pero en este caso no me gustaría que la tuvieras tú. Hay ocasiones en que es preferible saber impacientarse. No consiste la paciencia en consentir que te degraden hasta la esclavitud, cuando puedes mantenerte libre. Y no quisiera que pasara inadvertida para ti esa servidumbre en la que día a día te estás hundiendo sin darte cuenta. ¿Puede

haber algo más servil o indigno de un Sumo Pontífice como desvivirse por estos negocios, no digo ya cada día, sino en todo momento? Así, ¿qué tiempo puede quedarnos para orar?

Me dirás: ¿Qué puedo hacer? —Abstenerte de tantas ocupaciones.

Escucha mi reprensión y mis consejos: Si toda tu vida y tu saber lo dedicas a las actividades y no te reservas nada de tiempo para la oración y consideración, acaso, ¿podría felicitarte? —No; por eso no te felicito...

Si tienes ilusión en ser *todo para todos*, imitando al que se hizo "todo para todos" (1 Cor. 9, 22), alabo tu bondad, a condición de que sea plena. Pero, ¿cómo puede ser plena esa bondad si te excluyes de ella a ti mismo? Tú también eres un ser humano. Luego, para que sea total y plena tu bondad, su seno, que abarca a todos los hombres, debe acogerte también a ti. De lo contrario, ¿de qué te sirve —de acuerdo con la palabra del Señor— ganarlos a todos si te pierdes a ti mismo? (Consideratione ad Eugenium Papam).

2. Es normal que me desvele y me inquiete por vosotros, al veros en tanta miseria y envueltos en tantos peligros. Nosotros mismos, como sabemos, llevamos la trampa. Doquier vayamos, llevamos con nosotros a nuestro propio enemigo, nuestro propio cuerpo: la carne, nacida y nutrida en el pecado; demasiado corrompida en su origen y mucho más viciada por las malas costumbres. Por eso lucha tan cruelmente contra el espíritu; murmura con tanta frecuencia y no soporta la disciplina; sugiere lo malo y no se somete a la razón ni le asusta temor alguno.

A ella se le une y ayuda la astucia de la serpiente, y se sirve de ella para atacarnos. Su deseo, su empeño y su propósito es la perdición de las almas. Trama continuamente la maldad, instiga los deseos de la carne, alimenta el fuego de la concupiscencia con sugestiones ponzoñosas, inflama los movimientos ilícitos, prepara las ocasiones de pecar y no cesa de tentar el corazón del hombre...

Pero, ¿qué aprovecha indicar los peligros, si no se da un consuelo ni se expone un remedio? Vivimos en gran peligro en una lucha sin cuartel contra nuestro huésped. Con el agravante de

que nosotros somos peregrinos y él ciudadano. El está en su patria, mientras nosotros somos desterrados y peregrinos. Tenemos con él una gran desventaja. ¿Quiénes somos nosotros y con qué fortaleza contamos para poder resistir a tantas tentaciones? Pero esto es precisamente lo que pretende el Señor, que al palpar así nuestra flaqueza nos demos cuenta de nuestra incapacidad, y acudamos con toda humildad a su misericordia, convencidos que no tenemos otro auxilio que nos pueda valer. Por eso os pido, hermanos, que tengáis siempre a mano el refugio inexpugnable de la oración...

3. Fuerte es el poder del infierno, pero la oración es más fuerte que todos los demonios. En la dulce quietud de la oración es donde se adquieren las fuerzas necesarias para hacer frente a los enemigos y practicar las virtudes...

Siempre que hablo de la oración, me parece oír en vuestro corazón ciertas palabras inspiradas en criterios humanos. Las he oído más de una vez y también yo las he experimentado alguna vez en mi corazón. ¿Cómo se explica que aunque no dejemos de orar no notamos el fruto de la oración? Como entramos, así salimos. Nadie nos responde, nadie nos da nada, parece que trabajamos en balde. Sin embargo, ¿qué nos dice la fe? "*Cualquier cosa que pidáis en vuestra oración, creed que os la han concedido, y la obtendréis*" (Mc. 11, 24).

4. Hermanos, no despreciéis vuestra oración, pues, os digo de verdad que no la tiene en poco Aquel a quien se hace. Antes de que salga de vuestra boca, la manda escribir en su libro. Y una de dos cosas podemos esperar sin ningún género de duda: que nos dará lo que le pedimos, u otra gracia mejor si El la cree más conveniente... La oración nunca es infructuosa. (Serm. 5.)

5. Cuando vayas a hacer oración, debes pensar como el profeta cuando decía: "*Voy a entrar en el maravilloso tabernáculo y en la casa de Dios*" (Sal. 41, 5). Realmente, durante la oración nos conviene entrar en la corte celeste, esa corte en la que *el Rey de los reyes está sentado en un trono de estrellas*, rodeado de la multitud inefable e incontable de los espíritus bienaventurados, de los que habla Daniel, diciendo: *Miles y miles le servían, y miríadas de miríadas estaban a sus órdenes* (Dan. 7, 10).

6. ¿Con qué reverencia, temor y humildad no deberá acercarse, pues, este pobre renacuajo que sale a rastras de su charca? ¿Con qué actitud de temblor, súplica y humildad, y con qué cuidado y atención de todo su ser no se presentará este miserable hombrecillo ante la majestad gloriosa, en presencia de los ángeles y en medio de la asamblea y compañía de los santos?

Todas las acciones nos exigen gran atención; pero sobre todo la oración. Como nos dice nuestra Regla, en todo momento y lugar nos mira el Señor, pero muy particularmente en la oración. Es cierto que siempre estamos bajo su mirada; pero en ese momento nos presentamos y acercamos nosotros mismos para hablar directamente con Dios...

7. Así, pues, el que ora, ore como si hubiese sido elevado y puesto en presencia del que está sentado en un trono glorioso rodeado de ángeles fieles, y por encima de los hombres, esos desvalidos que ha levantado del polvo y esos pobres que ha alzado de la basura. Véase así, repito, y convencido que está ante el Señor de la majestad, diga con Abrahán: "*Aunque soy polvo y ceniza, osaré hablar a mi Señor*" (Gen., 18, 27). Y me atrevo a ello, Señor, fuente de misericordia, porque me lo mandas con tus preceptos y me lo enseña tu palabra. (Serm. 25.)

8. En este aspecto, creo que se requieren tres condiciones que deben impregnar profundamente la atención del que ora: qué pide, a quién se lo pide y quién lo pide.

A los que oren así, dice el Señor por Isaías: *Antes que me llamen, Yo les responderé; aún estará hablando y ya les habré escuchado* (Is., 65, 24).

El que pide debe tener en cuenta estos dos aspectos de Dios: su bondad y su majestad. Por su bondad quiere dar gratuitamente, y por su majestad puede conceder cuanto se le pida. Y tampoco debe olvidar estas dos cosas: esté convencido que no recibirá nada por sus propios méritos, y confíe recibir de la misericordia divina todo cuanto pide. Cuando se dan todas estas condiciones, tal como las hemos explicado, entonces se puede hablar de un corazón puro, y quien ora con esta pureza e intención de corazón, crea que será escuchado. Lo atestigua el apóstol Pedro: *Dios no hace distinciones, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente* (Hech. 10, 34-35). (Serm. 107.)

9. *Todo pensamiento bueno procede de Dios. El consentimiento y la obra también, pero se dan sin nosotros.*

Estas palabras no son mías, sino del Apóstol (2 Cor., 3, 5), que atribuía a Dios y no a su libre albedrío todos los pensamientos, deseos y obras buenas. Por consiguiente, si es Dios quien realiza en nosotros estas tres cosas, esto es, quien nos hace pensar, desear y obrar el bien, es evidente que lo primero lo hace sin nosotros, lo segundo con nosotros y lo tercero por nosotros.

Se anticipa a nosotros inspirándonos un buen pensamiento. Nos une a El por el consentimiento, cambiando incluso nuestros malos deseos. Y se convierte en el artífice interior de la obra que nosotros hacemos externamente, dándonos la facultad y facilidad de dar el consentimiento.

Nosotros no podemos anticiparnos a nosotros mismos. Por lo tanto, Dios, ante quien nada es bueno, a nadie puede salvar si El no se anticipa con la gracia. El comienzo de nuestra salvación, sin duda alguna, viene de Dios. Y no por nosotros ni con nosotros. El consentimiento y la realización tampoco proceden de nosotros, pero no se dan sin nosotros.

10. *Sin la buena voluntad no son posibles ni el consentimiento ni las obras.*

Por tanto, ni lo primero tiene mérito, porque no hacemos nada; ni tampoco lo último, pues muchas veces nos impulsa a ello un temor inútil o un disimulo reprensible. Sólo tiene méritos lo segundo. Muchas veces basta la buena voluntad. Y si ésta falta, todo lo demás es inútil. Repito que son inútiles, pero para quien las hace, no para quien las contempla. Según esto, de la intención nace el mérito. La acción sirve de ejemplo y el deseo que procede de ambas sólo sirve para excitarlas.

Guardémonos, pues, cuando sintamos todo esto dentro de nosotros, de atribuirlo a nuestra voluntad, que es muy débil. O de pensar que Dios está obligado a hacerlo, lo cual es absurdo. Sino sólo a su gracia, de la cual está lleno. Ella, la gracia, excita el libre albedrío con la semilla de los deseos; lo sana cambiando los sentimientos: le da vigor guiándolo mientras actúa, y sigue atendiéndole para que no desmaye. Colabora con el libre albedrío de la siguiente forma: Primeramente se anticipa a él, y después lo acom-

paña. Y se anticipa a él para que después pueda ser su colaborador. De este modo, lo que solamente comenzó la gracia, lo hacen después los dos. Avanza a la vez, no por separado. No uno antes y otros después, sino a un mismo tiempo. No hace una parte la gracia y otra el libre albedrío: cada uno lo hace todo en la misma y única obra. Los dos lo hacen todo. Todo se hace con el libre albedrío, y todo se hace por la gracia.

Creo haber complacido al lector, por no haberme apartado en nada de la doctrina del Apóstol, y en todos los puntos de mi expresión he usado sus mismas palabras. He expresado como él que *no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia* (Mr. 9, 16).

Con estas expresiones no pretendo afirmar que se puede querer o correr en vano, sino que quien desea algo y corre tras ello no debe glorificarse de sí mismo, sino de aquel de quien recibe el querer y el correr. Por eso, añade: *¿Qué tienes que no hayas recibido?* (1 Cor. 4, 7).

Quien creó al que debía salvar, da también los medios para que se salve... Y como todo lo va realizando en nosotros el Espíritu divino, todo lo bueno que hacemos son dones de Dios. Pero como se realiza con nuestro consentimiento, también son méritos nuestros...

Pero si no tienes nada de ti mismo, ¿cómo puedes pretender la salvación? —*Invocaré el nombre del Señor. Porque todos los que le invocan se salvarán* (Hech. 2. 21).

El mismo nos dice: *Sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que es poderoso para asegurar el encargo que me dio* (1 Tm. 1, 12). Y confiando en el que hizo la promesa, podemos reclamar con confianza lo prometido...

Resumiendo: la voluntad divina se convierte así en ayuda, y esta ayuda hace merecer el premio. Por lo tanto, si el querer viene de Dios, también el premio. No hay duda que es Dios quien actúa en el querer y en el obrar de la buena voluntad. Dios es, pues, el autor del mérito. El hace que la buena voluntad se entregue a la obra y descubre la obra buena da la misma voluntad... (La Grac. y lib. alb.)

11. Y ¿cómo conseguirlo? —*Me invocará y lo escucharé* (Sal. 90, 1). He aquí una clara alianza de paz, un pacto de piedad, un acuerdo de misericordia y compasión.

No dice: "Porque fue digno, porque fue justo, porque es hombre de manos inocentes y de puro corazón; por eso lo libraré, lo protegeré y lo escucharé". Si hablase así, ¿quién no desconfiaría? ¿Quién se atrevería a decir: "Tengo la conciencia pura"? ¡Oh, dulce ley, que establece el clamor de la oración como único mérito para ser escuchado! (Sm. 16).

12. Yo me siento manchado con tres clases de inmundicias: la concupiscencia de la carne, el deseo de la gloria terrena y el recuerdo de los pecados pasados. Me hallo combatido de los más diversos deseos y me siento incapaz de dominarlos con mis propias fuerzas mientras estoy en este mundo y en este cuerpo mortal. El único remedio para tantas miserias es la oración. *Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, así están nuestros ojos en el Señor Dios nuestro, esperando su misericordia* (Sal. 122, 2). El es el único purísimo que puede sacar pureza de lo impuro, y para eliminar las huellas del pecado tenemos el remedio de la confesión que todo lo purifica. Oración y confesión son las dos medicinas que limpian el corazón (Sm. 1 Fiesta de Todos los Santos).

12. *Quien sabe lo que debe hacer y no lo hace, está en pecado*. Por tanto, sabiendo que en la oración se nos da la buena voluntad, cuando sepas lo que debes hacer, haz oración para ser capaz de realizarlo: ora con empeño y perseverancia, como aquel que pasaba la noche orando a Dios, y el Padre dará el buen espíritu a los que se lo piden (Sm. 4 en la Ascensión del Señor).

SAN ELREDO DE RIEVAL (m. 1167)

San Elredo es una figura preponderante del siglo XII, uno de los principales autores cistercienses. Nació en Escocia y recibió su primera formación con los benedictinos de Durham. El rey de Escocia lo llevó a palacio y lo hizo su mayordomo real, pero sus ansias espirituales de Dios le hacen dejar el palacio y en 1134 se hace monje cisterciense en la aba-

día de Rieval. Pronto se destacó por sus cualidades y fue nombrado maestro de novicios y más tarde abad de Revesby hasta que sus hermanos de Rieval lo reclaman para abad de su monasterio, cargo que desempeñó hasta su muerte. Padre de cientos de monjes, influyente ante la corte, maestro y escritor de fama universal.

1. *Y una mujer por nombre Marta, lo recibió en su casa; tenía una hermana llamada María (Lc. 10, 38).*

Ved, hermanos. Si sólo María estuviera en aquella casa, no habría quien alimentara al Señor. Si sólo Marta, no habría quien se recreara con las palabras y presencia del Señor. Por tanto, hermanos, Marta significa aquella acción que el hombre realiza por Cristo. María, en cambio, aquel descanso que el hombre reposa de las obras corporales y se deleita en la dulzura de Dios, sea por la lectura, sea por la oración, sea por la contemplación.

Por consiguiente, hermanos, mientras Cristo es pobre y camina por la tierra, y tiene hambre y sed, y es tentado, resulta necesario que ambas mujeres estén en una misma casa, esto es, que ambas acciones coincidan en la misma alma.

Mientras nosotros, que somos sus miembros, estamos en la tierra, El mismo se halla en la tierra, y mientras aquellos que son sus miembros pasan hambre y sed, y son tentados, también Cristo padece hambre y sed y es tentado. Por tal razón El mismo dirá el día del Juicio: *Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos pequeños, a Mí me lo hicisteis (Mt. 25, 40).*

Por consiguiente, hermanos, en esta miserable y trabajosa vida, es necesario que Marta se encuentre en nuestra casa, esto es, que nuestra alma se ocupe en tareas corporales. Mientras necesitamos comer y beber tanta necesidad tenemos de vigilias y ayunos y, con el trabajo corporal, domar la carne. Esta es la parte de Marta.

Debe también estar en nuestra alma María, es decir, la tarea espiritual. Pues no debemos ocuparnos siempre en ejercicios corporales sino, alguna vez, descansar y ver *cuán suave y bueno es el Señor*, sentarse a los pies de Jesús y escuchar su palabra.

De ningún modo debéis abandonar a María por causa de Marta, ni tampoco a Marta por causa de María. Si abandonáis a Marta, ¿quién atenderá a Jesús? Si dejáis a María, ¿qué os aprovecha que Jesús entre en vuestra casa cuando no gustáis nada de su dulzura?...

2. Por eso, hermanos carísimos, hagamos solícitamente las cosas que son de Marta y, con todo temor y cuidado, ejercitémonos en las cosas que son de María, sin abandonar la parte de una por la parte de la otra. Ocurrirá alguna vez que Marta quiera tener a María en su trabajo, pero no se le ha de consentir: *Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el servicio? Dile que me ayude.* Es tentación.

Ved, hermanos, que, cuando en el tiempo en que debemos dedicarnos a lecturas (espirituales) y oraciones, el pensamiento nos sugiere que acudamos a éste o aquel trabajo, como si ello fuera necesario, es entonces como cuando Marta llama a María para que le ayude. Pero el Señor juzga bien y rectamente. No manda que Marta se siente con María ni que María se levante y sirva con Marta. Es mejor, y más dulce, y más suave la parte de María; sin embargo, no quiere que se deje la obra de Marta por ella. Más trabajadora es la parte de Marta, y, no obstante, no quiere que sea perturbado el descanso de María. Quiere, por consiguiente, que cada una haga su parte.

Hay quienes entienden que hay algunos hombres que tan sólo deben seguir en esta vida la parte de Marta y, algunos otros, dedicarse sólo a la parte de María. Sin duda yerran y no lo comprenden. Ambas mujeres se hallan en la misma casa; las dos son gratas al Señor y son por El igualmente amadas, como dice el Evangelio: *Jesús amaba a María, a Marta y a Lázaro.*

3. Y si no, piensen: ¿quién, jamás, de los Santos Padres, llegó a la perfección sin una y otra acción? Pues por cada uno de nosotros han de ser ejercitadas ambas partes. Sin duda, en algún tiempo debemos realizar las tareas propias de Marta, pero en otros momentos aquellas que son de María, a menos que se interponga la necesidad que no tiene ley. Por lo mismo debemos cuidar solícitamente estos tiempos que nos prefijó el Espíritu Santo para que, en efecto, en el tiempo de la lectura (espiritual)

estemos fijos y descansados, no entregándonos al ocio y al sopor, ni nos separemos de los pies de Jesús, sino que nos sentemos allí y escuchemos su palabra. Pero en el tiempo del trabajo estemos diligentes y prontos, no omitiendo de ningún modo, por el pretexto del descanso, las tareas del trabajo...

4. Pues, en efecto, aunque María tuviera por más dulce sentarse a los pies de Jesús, con todo, si lo mandara el Señor, se levantaría, sin ninguna duda, para servir con su hermana. Pero el Señor no mandó tal cosa sino recomendar, en este hecho, una y otra acción para que estemos solícitos, si no se nos manda otra cosa, y cuidar siempre diligentemente estas dos cosas sin abandonar una por la otra. Ha de considerarse entonces lo que dijo el Señor: *María ha escogido la mejor parte que no le será quitada.* Gran consuelo nos dio el Señor con estas palabras. Se nos quitará la parte de Marta, pero no la parte de María. (Serm. 17 en la Asunción de María.)

5. *Toda dádiva buena y todo don perfecto, viene de lo alto* (Sant. 1, 17). ¿En poder de quién —pregunto— está el orar como quisiera? ¿Nos es posible cuando queremos deshacernos en lágrimas, o arder en devoción, o elevarnos por la confianza? Sois conscientes de que nada de esto está en vuestro poder, pero *Dios envía el Espíritu de su Hijo*, que *clama en vuestros corazones: Abba, Padre.* (Gal. 4, 6; Rm. 8, 15.) Consecuentemente, este Espíritu despierta los efectos en la oración *distribuyéndolos a cada uno según su voluntad* (1 Col. 12, 11). El mismo, además, infunde un gemido saludable en los corazones de los que oran por lo que El mismo, también se dice, *intercede por nosotros con gemidos inenarrables.* (Rm. 8, 26.) *Inenarrables*, repito, porque, ¿quién será capaz de expresar de cuántas maneras el alma se conmueve en la oración en la que ya el pudor prorrumpe en gemidos por los pecados, ya el amor por las penas, ya la devoción por el afecto, ya el amor por el deseo? (Serm. 5 PL 6).

BEATO GILBERTO DE HOYLAND (m. 1172)

Discípulo de San Bernardo, en 1147 es nombrado padre de la comunidad de Swines-

head, función que desempeñó hasta 1167 en que dimitió. Hombre de profunda vida interior, fue un enamorado de la vida cisterciense, a la cual consagró sus talentos. De su producción literaria nos han llegado sus célebres Comentario al Cantar de los Cantares, *siete* Tratados ascéticos, *algunos* Sermones *y* Cartas.

1. Hermanos, si es rechazado el celo, ¿cuándo será admitida la desidia? Si no encuentra el amor, ¿cuándo encontrará la tibieza, cuándo la poca oración, cuándo la indolencia? Pero ¿a qué hablar ahora entre ustedes de poca oración y de indolencia? No es necesario que les ofrezca un remedio para una enfermedad que no padecen.

Estos vicios les son extraños. Porque, ¿quién de ustedes no es constante y fervoroso en la oración? Pero aunque la pereza esté ausente, procuren que las dilaciones enojosas no los fatiguen ni quebranten sus deseos.

Si el alma de ustedes fuere remisa en sus peticiones, o se desalentare en la espera, en ambas cosas habría falta.

Sabes que los deseos de la esposa son diferidos; y tú, si al primer latido de tu oración no te sientes inundado por las delicias de la inspiración divina, ¿te pones quejumbroso? Recién has comenzado, ¿y tan pronto se muda tu espíritu de dirección? ¿Qué sería si se te reprochara aquello del Evangelio: *¿No habéis podido velar conmigo una hora?* (Mt. 26, 40). Vigilen, pues, y oren, porque no saben a qué hora vendrá su Amado. La oración perseverante alcanza su fin. Y aunque a los comienzos te parezca seca y como de piedra, con todo sacarás de esta piedra durísima el aceite de la gracia siempre que perseveres, que la mucha demora no te canse, que tus deseos no disminuyan por la dilación.

Cierto, la dilación es penosa al amante; pero los deseos diferidos suelen crecer más. (Cantar de los Cantares, Sermón 6.)

2. Adviertan esto ustedes, los que oran poco y leen con detenimiento; que son fogosos para leer y tibios para orar. La lectura debe servir a la oración y preparar el corazón, pero no

debe acaparar las horas dedicadas a la oración ni cercenar los espacios dedicados a ella.

Cuando lees te instruyes acerca de Cristo, pero cuando oras inicias un coloquio familiar con El. ¿Y no es mucho más dulce hablar con El que hablar de El? Si los que se entregan con excesivo ardor a la lectura sufren la pérdida de las visitas espirituales por su escasa oración, ¿qué diremos de aquellos a quienes las conversaciones interminables los disipan o las cuestiones intrincadas los dividen? (Ibíd, Serm. 7).

3. *Esconde la limosna en el seno de los pobres, y ella rogará por tí al Señor.* Bajo la palabra "limosna" se ha encerrado de forma adecuada todo lo que misericordiosamente se da a los pobres; no sólo el alimento y el vestido corporales, sino también la doctrina, la exhortación, la corrección, el consuelo y todo lo que parece convenir al bien del alma.

Estas son obras de caridad y nos obtienen la eficacia de la oración, cuando son hechas con vistas a Dios sólo...

Marta se mostraba solícita y turbada por muchas cosas. Esta turbación, causada por las muchas cosas, parecía ser un cierto cambio de rostro. *María eligió la mejor parte que no le será quitada (Lc. 10, 41-42).*

4. La mejor parte es el ejercicio de la contemplación y de la caridad. Porque aunque las obras de Marta sean obras de caridad, con todo, la caridad se coloca allí al servicio de la necesidad, no al servicio de sí misma...

En las necesidades de los hermanos, la caridad mira al que sufre mucho, por lo cual se mueve a compasión y a lo que ella debe hacer para alejar ese sufrimiento. En cambio, cuando contempla las virtudes del Amado..., se adhiere dulcemente a El. Esto es lo propio del amor, esta su función: estar todo en el que ama.

Así es ciertamente cuando un único e indivisible gozo todo lo envuelve y abraza: la función, el fin y la causa. La función es el amor; la causa es la visión, y el fin es una y otra cosa. Y no puede haber fin más feliz que la visión de Dios y su amor.

Todos los deseos de los santos tienden a este fin. Este fin es fin en sí mismo; el amor, contento consigo mismo, no quiere

tender a nada mejor. Esto es lo único "necesario" que no le ha sido quitado a María y de lo que se congratula el Salmista, diciendo: *Mi bien es adherirme al Señor* (Sal. 72, 28). Este es aquel transporte que arrebató a Pablo hasta el tercer cielo. Esta es la embriaguez que asemejaba el rostro de Ana al de un borracho. Este es el vino que embriagaba a los Apóstoles cuando el Espíritu los llenó de su vehemencia y les hizo sentir las primicias de la virtud de aquel vino nuevo que Jesús les prometió (Mt. 26, 29). (Ibíd, Serm. 10.)

BEATO GUIDO II (m. 1193)

Guido II fue el noveno Prior de la Gran Cartuja, la que gobernó hasta 1180 y murió trece años después. Fuera de esto no sabemos más de su vida. Dice un autor: "Quizá fue un gran santo y quizá haya que identificarlo con aquel cartujo que, después de muerto, tantos milagros hacía en su tumba que, atrayendo a numerosos peregrinos, hacía peligrar la soledad de la Cartuja, por lo cual el prior tuvo que ordenarle por santa obediencia que cesara de hacer milagros, orden que cumplió inmediatamente... Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que fue un monje de vida ejemplar, de una vida interior muy profunda y santa, como lo demuestran sus "Meditaciones" y "La Escala de los monjes", únicas obras que de él conocemos".

Cierto día, durante el trabajo manual, había comenzado yo a reflexionar sobre el ejercicio espiritual del hombre, cuando de pronto se presentó a mi mente la escala de los cuatro grados espirituales: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Es esta la escala de los monjes por la cual suben éstos de la tierra al cielo. Es cierto que tiene pocos escalones, pero ella es de

grande e increíble magnitud, que si un extremo se apoya en la tierra, la parte superior penetra los secretos de los cielos...

La *lectura* es la inspección cuidadosa de las Escrituras, realizada con espíritu atento.

La *meditación* es el trabajo de la mente estudiosa que, con la ayuda de la propia razón, investiga la verdad oculta.

La *oración* es el impulso devoto del corazón hacia Dios pidiéndole que aleje los males y nos conceda los bienes.

La *contemplación* es como una elevación sobre sí misma de la mente que, suspendida en Dios, saborea las alegrías de la eterna dulzura...

No es la lectura ni la meditación lo que hace alcanzar esta dulzura, sino que es un *don de lo alto*. Leer y meditar son cosas que hacen los buenos y los malos. Hasta los mismos filósofos paganos, guiados por la sola razón, llegaron a descubrir en qué consiste el verdadero bien. *Pero habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios* (Rm. 1, 21).

Por tanto, viendo el alma que por sí misma no puede llegar a conocer y a experimentar la dulzura que tanto desea, que cuanto más se eleva su corazón, tanto más Dios se eleva, se humilla y se refugia en la oración...

Por ello, *la lectura* aparece en primer lugar como fundamento. Ella proporciona la materia y nos lleva a la meditación.

La meditación busca atentamente qué es aquello que debe ser deseado. Cavando, descubre un tesoro, y lo muestra, pero no puede alcanzarlo por sí misma, y nos remite a la oración.

La oración, alzándose con todas sus fuerzas hacia Dios, le pide el deseado tesoro: la suavidad de la *contemplación*.

Esta, cuando llega, recompensa el esfuerzo de las tres anteriores, embriagándose el alma sedienta con la dulzura del rocío celestial...

Pues ¿qué le aprovecha al hombre ver en la meditación lo que debe hacer, si no lo pone en práctica con la ayuda de la oración y la gracia de Dios? *Todo don excelente, todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces* (Sant. 1, 17), sin el cual nada podemos. El es quien obra en nosotros, pero no sin nosotros. *Somos cooperadores de Dios* (1 Cor. 3, 9), como dice el Após-

tol. Dios quiere que lo invoquemos, quiere que abramos el seno de nuestra voluntad a la gracia que llega y que golpea a la puerta (Ap. 3, 20), quiere nuestro consentimiento.

Este era el consentimiento que le exigía a la Samaritana cuando le decía: *Llama a tu marido,* como si le dijera: Quiero infundirte la gracia; tú acude con tu libre albedrío. Le exigía que orara: *Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", quizá fueras tú quien le hubieras pedido agua viva* (Jn. 4, 10).

Cuando ella oyó esto, instruida por el Señor como por una lectura, meditó en su corazón cuán bueno y útil le sería poseer este agua, y, habiéndose encendido en ella el deseo de tenerla, apeló a la oración, diciendo: *Señor, dame de este agua para no sufrir más sed* (Jn. 4, 15).

He aquí cómo la palabra que oyó del Señor, al ser meditada, la movió a orar. Pues, ¿cómo se hubiera preocupado de pedir, si la meditación no hubiera antes encendido su deseo? ¿Y de qué le hubiera servido la meditación, si lo que ésta le mostraba como deseable no lo pidiera luego en la oración? Por eso, para que la meditación sea fructuosa es necesario que se prolongue en oración devota, cuyo efecto, por decirlo así, es la dulzura de la contemplación.

De todo esto podemos concluir que la lectura sin la meditación es árida; la meditación sin la lectura es engañosa; la oración sin la meditación es tibia; la meditación sin la oración es infructuosa. La oración devota alcanza la contemplación, pero la contemplación sin la oración *no existe* o es un hecho raro y milagroso.

El Señor, en efecto, cuyo poder no tiene límites, y cuya misericordia se extiende sobre todas las criaturas, saca a veces de las piedras hijos de Abraham, forzando a los duros y a los que no quieren ceder, a que acepten. Es tan generoso que, como dice el refrán, entrega al buey por el cuerno, cuando se presenta sin ser llamado, y se da sin ser buscado. Esto, como leemos, sucedió con algunos, como con Pablo (Hech. 9) y con otros. Sin embargo, no debemos tentar a Dios presumiendo algo semejante, sino que debemos hacer nuestra parte, es decir, leer y meditar sobre la ley de Dios, y pedirle que ayude a nuestra debilidad (Rm. 8, 26) y que mire nuestra imperfección. El mismo nos enseña a hacerlo

cuando dice: *Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá* (Mt. 7, 7). *Pues el reino de los cielos padece violencia, y son los violentos los que se lo arrebatan* (Mt. 11, 12).

¡Feliz el hombre cuyo espíritu, libre de otras ocupaciones, desea siempre considerar estos grados, aquel que habiendo vendido todo lo que tiene, compra aquel campo donde se oculta el anhelado tesoro, es a saber, vacar y ver cuán suave es el Señor! Aquel que guarda el primer grado, que tiene cuidado de practicar el segundo, que es devoto en el tercero, y se eleva por encima de sí mismo por el cuarto, por estas ascensiones que dispuso en su corazón, sube de virtud en virtud hasta ver al Dios de los dioses en Sión.

Feliz aquel a quien se le concede permanecer, aunque fuera por poco tiempo, en este último grado, aquel que puede decir: He aquí que siento la gracia de Dios; he aquí que con Pedro y con Juan contemplo su gloria en el monte; he aquí que con Jacob gozo de los abrazos de la hermosa Raquel...

De este modo, guiados por la razón y por el testimonio de las Escrituras, vemos claramente que estos cuatro grados encierran la perfección de la vida bienaventurada, y que el hombre espiritual debe ejercitarse en ellos continuamente. ¿Pero quién hay que se ajuste a este modo de vivir? *¿Quién es para que lo alabemos?* (Ecli. 31, 9). Muchos son los que lo quieren, pero pocos los que lo realizan (Rm. 7, 18). ¡Ojalá seamos de estos pocos! (La Escala de los monjes; traducción española de CC.MM.)

SAN FRANCISCO DE ASIS (m. 1226)

Nació en Asís en 1182 y a la edad de 20 años siente la dulce llamada de Dios que le invita a la oración, la penitencia y la pobreza evangélica. Poco después se le van uniendo compañeros que desean seguir su misma vida. San Francisco, inspirándose en el Evangelio, escribe su Regla, que aprueba el Papa Inocencio III, y nace la Orden de Frailes Meno-

res u Orden Franciscana, que tanto bien trajo a la Iglesia.

1. *San Francisco* afirmaba rotundamente que el religioso debe desear, por encima de todas las cosas, la gracia de la oración; y, convencido de que sin la oración nadie puede progresar en el servicio divino, exhortaba a los hermanos, con todos los medios posibles, a que se dedicaran a su ejercicio. *(S. Buenaventura, L. M. c. 10.)*

Y decía: El siervo de Dios que padezca alguna tristeza, debe inmediatamente recurrir a la oración y permanecer ante el soberano Padre hasta que le devuelva la alegría de su salvación *(Cel. Vid. 2.ª c. 125.)*

El predicador debe primero sacar de la oración hecha en secreto lo que vaya a difundir después por los discursos sagrados; debe antes enardecerse interiormente, no sea que transmita palabras que no llevan vida *(Ibíd. 163).*

2. Hay muchos frailes que ponen su empeño y solicitud en adquirir una vana ciencia, abandonando su santa vocación, separándose tanto con el cuerpo como con el espíritu de las sendas de la humildad y de la fervorosa oración, los cuales cuando al predicar al pueblo observan que algunos quedan edificados, o se convierten al Señor a penitencia, se llenan de una orgullosa hinchazón y se ensorberbecen del progreso y adelanto ajeno, como si fuese propio, siendo así que lo que ellos consiguen con su predicación, no es otra cosa sino precipitarse más en el mal, no sacando para sí en realidad provecho alguno, ya que no son otra cosa sino meros instrumentos de aquellos a través de los cuales el Señor ha producido tales frutos. Pues los que ellos piensan que son edificados y convertidos a la penitencia por obra de su ciencia y predicación, los edifica y convierte el Señor por las oraciones y gemidos de los religiosos virtuosos, humildes y sencillos, aun cuando estos santos religiosos lo ignoren, permitiéndolo así el Señor para que no tengan ocasión de ensorberbecerse.

Estos son mis frailes benditos, caballeros de la Tabla Redonda, que gustan de vivir en los desiertos y lugares retirados con el

fin de dedicarse con más ahínco a la oración y meditación, llorando sus pecados y los del prójimo, viviendo humilde y sencillamente, cuya perfección es solamente conocida por Dios y casi siempre ignorada de los hombres y hasta de los mismos frailes.

Cuando las almas de éstos sean presentadas en el tribunal de Dios, entonces les mostrará el Señor el fruto y la recompensa de sus trabajos, es decir, la multitud de almas que se han salvado por sus ejemplos y fervorosas oraciones, al tiempo que les dirá: "Mirad, amados hijos míos, todas estas almas se salvaron por vuestras oraciones, lágrimas y buenos ejemplos; y, *ya que fuisteis fieles en lo poc, Yo os elevaré a una altura mucho mayor* (Mt. 25, 21). Otros han trabajado y predicado con discursos de su propia sabiduría y ciencia, y Yo, por vuestros merecimientos, he producido el fruto de la salvación. Recibid, pues, la recompensa del trabajo de ellos y el fruto de vuestros méritos, el reino de los cielos que habéis conquistado con la violencia de vuestra humildad y sencillez, de vuestras lágrimas y oraciones..."

3. Y así, el bienaventurado Francisco, explicaba este texto: *La mujer estéril dio a luz muchos hijos y la madre de muchos se vio abandonada (Is. 54, 1).* La mujer estéril —decía— es el buen religioso, sencillo y humilde, pobre y despreciado, vil y humillado, que por sus santas oraciones y virtudes sirve constantemente de edificación a los demás y los da a luz con oraciones, gemidos y lágrimas" *(S. Buenaventura, Esp. de Perf. c. 72; Ley. Perusa, 103).*

4. Los frailes a los cuales dio el Señor gracia para trabajar, trabajen fiel y devotamente, de manera que desechando la ociosidad que es enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, a lo cual todas las demás cosas temporales deben servir (Reg. F. M. c. 5).

SAN ANTONIO DE PADUA, Dr. (m. 1231)

San Antonio de Padua, lusitano, ingresa muy joven en los Canónigos Regulares de San Agustín, en Coimbra; más tarde, deseoso del martirio, ingresa en la Orden Francis-

cana para ir a las misiones; pero por disposición divina es el gran misionero y taumaturgo de Italia, a las órdenes de San Francisco de Asís, que le nombra Maestro de Sagrada Teología, muriendo al fin en Padua, que le da el nombre mientras él la hace mundialmente famosa.

1. *Oración de súplica y acción de gracias.*—La súplica es la ansiosa insistencia ante Dios, en los ejercicios de piedad, en los cuales, el que pone ciencia ante la gracia que socorre, no pone sino dolor. Mas la oración es la afección del hombre que se adhiere a Dios, unión familiar y piadosa locución y quietud de la mente que se ilumina y goza lo que le es permitido...

La acción de gracias consiste en la inteligencia y reconocimiento de la gracia de Dios, que la indeficiente y no desviada intención de la buena voluntad dirigida a Dios manifiesta en la oración externa, o mediante la afección interna...

La suavidad de la vida contemplativa, conserva la humildad del alma en la juventud de la gracia, por donde, para que se renueve tu juventud de la gracia, por donde, para que se renueve tu juventud como la del águila (Sal. 102, 5), aleja la corrupción, porque el alma que se baña en aquella suavidad es incorruptible al contacto del pecado *(Un Puente sobre siete siglos, p. 287).*

2. *Por manos de María nos llegan todas las gracias.*—Por María han salido del cielo todas las gracias que Dios nos ha concedido en este mundo. Acógete a Ella, oh, predicador, pues es ciudad de refugio. El nombre de la Señora es torre fortísima; si a ella se acoge el pecador, se salvará... Por los ruegos y méritos de la Virgen el rocío del Espíritu Santo refrigera el ardor de nuestra mente, perdona los pecados e infunde la gracia *(Melús. Orar con María).*

BEATO JORDAN DE SAJONIA (m. 1237)

El Beato Jordán de Sajonia fue el sucesor inmediato de Santo Domingo en el generalato de la Orden de Predicadores. Bajo su gobier-

no la orden se propagó prodigiosamente alcanzando su mayoría de edad. Las Cartas a Diana son uno de los principales documentos testimoniales de aquel momento histórico, de sus cualidades sobrenaturales y de su celo apostólico.

Dice el P. Alejandro, traductor de las Cartas: "Es notable la insistencia con que Jordán pone en guardia a las monjas de Santa Inés, y más concretamente a Diana, del peligro que corren de excederse en las mortificaciones corporales. Sí, las penitencias corporales son necesarias, pero hay que usarlas con prudencia. En cambio, nunca hemos de temer el exceso en la práctica de las virtudes...

El valor de la oración es incalculable. Y ello, en todas sus modalidades: coloquios, deseos, meditaciones, súplicas y peticiones, acción de gracias. Domingo había fundado las monjas antes que a los frailes, para apoyar en la oración de las monjas la eficacia del apostolado de los frailes. Jordán confía plenamente en la oración de sus hijas de Santa Inés. Continuamente les está pidiendo oraciones, y a ellas atribuye la abundancia de vocaciones en la Orden. Las entradas de aquellas multitudes de estudiantes son momentos de júbilo de Jordán; pero no es él, son las oraciones de sus monjas las que hacen el milagro de las conversiones en masa. Por eso, les comunica con emoción no disimulada el número y las cualidades personales de los estudiantes que entran en Bolonia, en París, en Padua, en Vercelli, en Oxford. Y les pide que den gracias a Dios por los ya ingresados, y sigan pidiendo por los que están para entrar en la Orden" (Introducción a las Cartas).

Os exhorto, hijas mías muy queridas, a que con devotas plegarias, pidáis a Dios, autor de la paz, que se digne unificar a su Iglesia santa con su paz. (Carta 10.)

Por lo demás, espero de la gracia de Jesucristo que todas insistáis cada vez más en la oración, que os deis a la meditación, que seáis prontas en obedecer, solícitas en obrar, tardas para hablar, constantes en el silencio... Rezad al Señor por mí sin interrupción para que siempre nos abra largamente su mano y ponga su palabra en nuestra boca para honor suyo, provecho de la Iglesia e incremento de la Orden... Rogad con frecuencia al

Señor, para que cumpla su voluntad, particularmente en los que ya esperamos y también en otros. (Carta 16.)

Tú sabes que el hombre se compone de alma y cuerpo. Para no morir de hambre, el cuerpo está siempre satisfaciendo sus deseos en el mundo corpóreo. Pero el alma es superior al cuerpo. Por ello, muy querida mía, no abandones tu espíritu a tu cuerpo, antes bien, mándalo de vez en cuando a la región espiritual, para que allí reciba el alimento que no encuentra en la tierra, el cual se adquiere con el deseo devoto y no con dinero.

¿Quién será el infeliz que muera de hambre por falta de un alimento que se adquiere con sólo desearlo? Di, pues, con el Profeta: *Mis ojos siempre están fijos en el Señor,* como los ojos del pobre en el rico, esperando con deseo vehemente su limosna.

Las abejas recogen en las flores de la tierra la miel terrena y la depositan en los panales, solícitas del futuro. Tu espíritu se muere si no se alimenta de miel espiritual. Ya sabes que es muy delicado y aborrece los alimentos groseros. Por tanto, manda a tu espíritu a las flores del prado celestial que no se marchitan, a recoger la miel con que alimentarse. Que en la recogida no se la coma toda y almacene parte en el vaso del corazón, para si alguna vez flaquea en el deseo, encuentre en sí misma lo que había reservado y con ello pueda deleitarse entonces, muy querida mía, sintiéndote feliz con tales deseos, no te olvides de este pobrecito que te escribe. (Carta 51.)

Desde el día en que dedicaste tu corazón a investigar cómo abandonar de modo perfecto no sólo tus cosas y a los tuyos, sino también a ti misma, te has hecho muy amiga de Dios. Querida mía, permanece firme cual columna inmóvil en el temor de Dios y en las observancias de tu Orden. Ejercítate en la piedad que es el culto de Dios. Pues, como dice el Apóstol, *la piedad es útil para todo.* Aléjate cuanto te sea posible de conversaciones inútiles. Unete a Dios con la asidua familiaridad de la oración. Que te sea amable tu querido esposo Jesús y también el rostro del Amado, elegido entre millares. (Carta 54.)

Tus oraciones y las de las monjas han influido no poco ante Dios, que nos ha dado cerca de treinta novicios virtuosos, letrados y nobles, muchos de los cuales ya son también maestros. (Carta 26.)

Por lo demás, igual que antes orasteis al Señor y El os escuchó cuando los estudiantes de Padua, donde entraron veinte novicios buenos y virtuosos, sed ahora solícitas en darle gracias y no aminoréis la intensidad de vuestras oraciones. (Carta 1.)

También os recomiendo a ti y a ellas que oréis por los corazones de los clérigos, para que Dios se digne moverlos y atraer a El, para salvación suya, gloria de Dios y acrecentamiento de la Iglesia y de la Orden, a los que El sabe que son idóneos para nosotros. (Carta 19.)

Esforzaos, pues, en el ejercicio de la oración y orad por mí y los demás. (Carta 45.)

SAN BUENAVENTURA, Dr. (m. 1274)

San Buenaventura, "el Doctor Seráfico", a la edad de 22 años es enviado a estudiar a la Universidad de París, donde fue condiscípulo de Santo Tomás de Aquino, teniendo por maestro a San Alberto Magno. Fascinado por el ideal franciscano, ingresa en la Orden y a los 36 años es electo Ministro General, por lo que algunos no han dudado en llamarle su segundo fundador.

1. Por lo que hace a las peticiones de la oración dominical, hay que observar que, si bien Dios es liberalísimo y más dispuesto a dar que nosotros a recibir, sin embargo, quiere que recurramos a El por la oración para tener ocasión de concedernos los dones de la gracia del Espíritu Santo. Y quiere que recurramos a El no sólo con oración mental, que es "elevar el entendimiento", sino también con oración vocal, que es "pedir a Dios cosas convenientes"; y no sólo directamente y por nosotros mismos, sino también por medio de los santos, que son como coadyuvadores dados por Dios para conseguir por su mediación lo que, como menos dignos, no podemos conseguir por nosotros mismos.

Mas como *no sabemos qué pedir según lo que nos conviene*, se nos ha dado una fórmula de oración, compuesta por el mismo Señor, a fin de que no andemos vagando sin rumbo; y en esta fórmula, integrada por un septenario de peticiones, se encierra la totalidad de las cosas que se deben pedir.

2. Para darnos a entender lo dicho puede servir el siguiente razonamiento: el primer Principio, sumamente verdadero y bueno en sí mismo, es también misericordioso y justo en sus obras. Y porque es misericordiosísimo, con sumo agrado condesciende y se abaja al nivel de la humana miseria por la infusión de su gracia. Mas como al mismo tiempo es justo, no da el *don perfecto*, sino a quien lo desea; no concede la gracia, sino a quien se la agradece; no hace misericordia, sino a quien reconoce la propia miseria, para que quede a salvo el libre albedrío y no se envilezca don tan noble como lo es la gracia, y se conserve íntegro el culto del honor divino.

Y puesto que a quien ora pertenece apetecer el socorro divino, alegar la propia insuficiencia y dar gracias por los beneficios gratuitamente concedidos; de ahí que la oración nos dispone para recibir los divinos carismas, y por eso quiere Dios que oremos para concedernos sus dones.

Además, como para que nuestro deseo se levante con eficacia hacia la consecución de los dones divinos, es preciso que nuestro afecto se enfervorice, nuestro pensamiento se recoja, y nuestra esperanza sea firme y cierta, y porque nuestro corazón está frecuentemente tibio, frecuentemente disipado y frecuentemente temeroso por el remordimiento del pecado, sin osar presentarse por sí mismo ante el divino acatamiento, por eso quiso el Señor que oráramos no sólo mentalmente, sino aun vocalmente, para mover el afecto con las palabras y para recoger el pensamiento con el sentido de las mismas.

3. Quiso también que orásemos por mediación de los santos y que los santos oraran en favor nuestro para infundir confianza en los tímidos, de modo que los que no se atreven o no pueden alcanzar algo por sí, lo consigan por medianeros adecuados, y así se conserve la humildad en los que oran, se patentice la dignidad de los santos que interceden, y en todos los

miembros de Cristo se manifieste la caridad y la unidad, en virtud de la cual los inferiores recurren confiadamente a los superiores, y los superiores condescienden liberalmente al recurso de los inferiores.

Finalmente, puesto que Dios, justo y misericordioso, no debe escucharnos sino en las cosas que se relacionan con su honor y con nuestra salvación, y a esta categoría pertenecen las cosas que atañen al premio eterno de la patria y al viático o ayuda de viaje de este destierro, y las primeras son tres y las otras cuatro, resulta que son siete las peticiones de la oración dominical que nos enseñan qué es lo que útilmente debemos pedir.

En efecto, son tres las cosas que atañen al honor divino y al premio celeste, a saber: el conocimiento de la verdad, la reverencia de la majestad y la consonancia de la voluntad. Dicho con otras palabras: o bien se trata de la visión de lo sumo verdadero, que no pueden ver sino los puros y los santos; y se pide esto al decir: *Santificado sea tu nombre.* Es decir: Comuníquese un conocimiento cabal de tu nombre a los que son perfectos, santos y puros; o bien se trata de la posesión de lo sumo arduo, que nos hace reyes; pues por esta posesión se consigue el reino, y se pide esto al decir: *Venga a nosotros tu reino.* O se trata de la fruición de lo sumo bueno, que no se da sino a quienes tienen su voluntad conformada a la voluntad divina; y se pide esto al decir: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

4. Mas con respecto a las cosas que atañen a nuestro viaje por este destierro, son, ya la concesión de un bien que nos conviene, o ya el apartamiento de un mal que nos perjudica.

Se pide la concesión del bien al implorar el pan cotidiano o superficial, que comprende todo lo que es necesario para la conservación de la vida presente, tanto según el alma como según el cuerpo.

Por último, se pide el apartamiento del mal en las tres últimas peticiones, tanto el mal pasado como el futuro o presente... Pedimos el apartamiento del primer género de mal por *el perdón de nuestras deudas;* y del segundo, por *la victoria sobre las tentaciones;* y del tercero, por la *liberación de los males que nos oprimen.* Y

así, son siete en total las peticiones (del Padrenuestro) con que pedimos en general todo lo que se ha de pedir *(Breviloquio Parte V).*

5. No podremos levantarnos sobre nosotros si no es mediante una fuerza superior que nos eleva; porque por mucho que nos dispongamos interiormente, nada podremos conseguir si no nos acompaña el auxilio divino. Y en verdad, el auxilio divino solamente acompaña a los que de corazón lo piden humilde y devotamente, suspirando por él en este valle de lágrimas; cosa que se consigue con la oración ferviente; lo que significa que la oración es la madre y origen de la sobreelevación *(Espec. del Pob. Des. c. 1).*

6. Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres conocer las astucias de Satanás, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres espantar de tu alma las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente: si quieres desarraigar de tu alma todos los vicios y plantar en ella todas las virtudes, seas hombre de oración; porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas.

Y además de esto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque este es el camino por donde sube el ánimo a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejando aparte el testimonio de las Divinas Escrituras) bástete esto ahora por suficiente alabanza que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han

alcanzado todo lo dicho y aun cosas mayores mediante el ejercicio de la oración. *(De Vita Christi.)*

7. Cuantas veces nos postramos delante de Dios para orar, alcanzamos bienes que valen más que todo el mundo universo... La Oración es el principio y origen de nuestra bienaventuranza y del llamamiento de nuestro espíritu a Dios, y por consiguiente, de todo bien... Sin el ejercicio de la oración bien hecha, toda acción es árida, imperfecta y próxima a arruinarse. Por ello, tiene el Señor por traidor a todo aquel que al verse sitiado por las tentaciones, no acude a El en demanda de socorro; pues deseando está y esperando que se le pida ayuda para volar en su auxilio *(Cit. por S. Ligorio.)*

Todo aquel religioso que no se ejercita con ahínco a la frecuente oración, verdaderamente no solamente es inútil y miserable, sino que, a los ojos de Dios, trae un alma muerta en un cuerpo vivo... La vida del religioso que no se dedica con fervor a la oración y devoción interior, es como panal seco y sin miel, como muralla sin cal, y como manjar sin sal... Por tanto, sin el ejercicio de la frecuente oración, toda religión es seca, imperfecta y próxima a despeñarse. *(Vid. Perf.)*

SANTO TOMAS DE AQUINO, Dr. (m. 1274)

Santo Tomás de Aquino, el "Doctor Angélico", dominico, es mundialmente considerado como la mayor lumbrera de toda la Iglesia Católica. Fue canonizado por Juan XXII, y por San Pío V proclamado Doctor de la Iglesia con el nombre de "Doctor Angélico". Y por último, León XIII le nombró patrono de las escuelas católicas. Su obra teológica es inmensa, pasmosa si se cuenta que fue realizada en sólo 22 años, pues murió cuando solamente contaba 49.

1. Después del Bautismo, le es imprescindible al cristiano la continua oración: pues si es verdad que por el Bautismo se

borran todos los pecados, no lo es menos que en las mismas entrañas del alma nos queda el fómite del pecado, y por defuera el mundo y el demonio nos persiguen a todas horas... Por tanto: del mismo modo que las plantas necesitan del agua para no secarse, necesitamos nosotros de la oración para no perdernos... Un religioso sin oración, es como un soldado sin armas en el campo de batalla.

Nosotros para poder salvarnos, tenemos que luchar y vencer, según aquello de San Pablo: *"El que combate en la palestra o en los juegos públicos, no es coronado si no lidiare según las leyes"* (2 Tm. 2, 5). Pero para luchar y vencer, necesitamos la gracia de Dios, y sin ella no podremos resistir a tantos y tan poderosos enemigos... Pero como resulta que Dios solamente da la gracia a los que se la piden; por tanto, sin oración no puede haber victoria ni puede haber salvación.

2. Hay que tener en cuenta que todas las gracias que el Señor desde toda la eternidad tiene determinado concedernos, nos las ha de dar únicamente por medio de la oración (Cit. por S. Ligorio).

3. En la oración a Dios, la asiduidad y la insistencia en la petición no es importuna, sino más bien del agrado de Dios; porque *hay que orar siempre*, dice el Evangelio, *y no desfallecer* (Lc. 18, 1); y en otra parte el Señor nos invita a pedir: *Pedid y recibiréis*, dice, *llamad y se os abrirá* (Comp. de Teología, II, 1).

4. Se lee en el Salmo: *He gritado* —es decir, he rezado con fe— *y por esto me escuchaste, Dios mío,* como si, introducidos en la intimidad divina por el primer ruego, pudiéramos implorar con mucha más confianza la siguiente vez. Por eso, en la petición dirigida a Dios, la asiduidad y la insistencia, nunca son importunas. (Comp. de Teología.)

5. Cuando oramos no tratamos de dar a conocer al Señor nuestras necesidades, porque El ya las conoce; tampoco tratamos de hacer que quiera socorrernos, porque El ya quiere... No obstante, la oración es necesaria al hombre, porque ejerce su influencia sobre el mismo que la hace, porque ella hace que piense en sus necesidades y desee con fervor y espíritu filial lo que espera obtener con la oración. (Comp. de Teolog.)

6. Todo hombre está obligado a orar, por el simple hecho de que está obligado a procurarse los bienes espirituales que solamente le pueden venir de Dios, y que Dios no se los dará si él no se los pide. (Coment. Lib, IV Sentencias.)

7. Un religioso sin oración es como el soldado sin armas en el campo de batalla (Cit. La Puente).

8. Nosotros para poder salvarnos tenemos que luchar y vencer... Sin la ayuda de Dios no podemos resistir a tantos y tan poderosos enemigos; pero como sea que Dios solamente se ha comprometido a ayudar a quien se lo pide: por tanto, sin oración no hay victoria, sin oración no hay salvación (Cit. S. Ligorio).

9. "Por la oración tributa el hombre reverencia a Dios, por cuanto se somete a El y orando confiesa que de El necesita como autor de sus bienes". "Si no somos escuchados, ello se debe a que no pedimos con perseverancia o no pedimos lo que más redunda en nuestra salvación."

La oración en la "Suma Teológica", II-II, 83

1.—Si la oración es necesaria (II-II, 83, 2).

Respuesta: Es evidente: lo dice expresamente el Evangelio: "Es necesario orar siempre y no desfallecer" (Lc. 18, 1).

Argumentación: Los antiguos erraron de tres maneras en lo relativo a la oración:

1) Algunos excluyeron la providencia en los asuntos humanos, por lo que venían a afirmar la inutilidad de la oración y de todo culto a Dios.

2) Otros afirmaban que todos los sucesos, aun los humanos, seguían un curso necesario, que explicaban por la inmutabilidad de la providencia, la influencia de los astros o el encadenamiento de las causas. La consecuencia era la misma: negaban la utilidad de la oración.

3) Otros, finalmente, afirmaban que los sucesos humanos están regidos por una providencia divina variable, que nosotros podemos hacerla cambiar con oraciones u otras prácticas de culto.

En contra de todos estos errores, hemos de mostrar la utilidad de la oración de tal modo que nos guardemos de imponer necesidad a las cosas humanas sometidas a la providencia divina y de concebir como mudables las mismas disposiciones divinas.

Para comprender esto hay que tener en cuenta que la providencia divina no se limita a disponer la producción de tal o cual efecto, sino que fija también por qué causas y en qué orden se ha de originar. Ahora bien: entre las muchas causas existentes, una de ellas son los actos humanos. Por lo mismo, cuando los hombres son causa de algo, esto no quiere decir que sus actos inmuten la disposición divina, sino que, al hacer tal cosa, ejecutan un efecto que está de antemano dispuesto por Dios. Esto sucede aun en las causas naturales, y no de otro modo en la oración. Por consiguiente, nuestra oración no tiende a cambiar la disposición divina, sino a obtener aquello que Dios tenía dispuesto conceder por las oraciones de las almas santas, es decir, que "con nuestra petición merecemos recibir lo que Dios desde toda la eternidad tenía pensado darnos", como dice San Gregorio.

A la liberalidad divina debemos muchas cosas que ciertamente nunca pedimos. Si en los demás casos Dios exige nuestras oraciones es para utilidad nuestra, pues así tenemos la seguridad de que nuestras súplicas llegan a Dios y de que El es el autor de nuestros bienes. Por ello dice San Juan Crisóstomo: "Considera qué felicidad se te ha concedido y qué gloria llevas contigo: puedes hablar con Dios por la oración, alternar en coloquios con Cristo, solicitar lo que quieres y pedir lo que desees".

2.—*Si la oración es acto de la virtud de la religión* (II-II, 83, 3).

Respuesta: Evidentemente. El salmo 140 dice: "Suba mi oración como incienso ante ti". Y esto pertenece a la religión.

Argumentación: El objeto propio de la virtud de la religión es rendir a Dios honor y reverencia. Por consiguiente, todo aquello con lo que rendimos reverencia a Dios entra dentro de la religión. Este es el caso de la oración, pues por ella el hombre se somete a Dios y confiesa la necesidad que tiene de El, como autor de todos sus bienes. Es, pues, patente que la oración es acto propio de la virtud de la religión.

3.—*Si sólo debemos orar a Dios o también a los santos* (II-II, 83, 4).

Respuesta: No sólo a Dios, sino también a los santos. Leemos en el libro de Job: "¡Llama, pues! ¿A cuál de los santos te vas a dirigir?" (Job 5, 1).

Argumentación: De doble manera se puede hacer a alguien una petición: o para que nos la conceda él mismo o para que nos la consiga otro. Del primer modo, sólo a Dios podemos dirigir nuestra oración, ya que ésta siempre debe ordenarse a conseguir la gracia y la gloria, que sólo Dios puede dar. Del segundo modo, la oración se dirige a los ángeles y a los santos; y no para que Dios conozca nuestros deseos por intermedio de los santos, sino para que nuestras peticiones, ayudadas con sus preces y méritos, obtengan el efecto deseado. Por eso leemos en el Apocalipsis: "Por mano del ángel subió delante de Dios el humo de los perfumes, que representan las oraciones de los santos" (Ap. 8, 4). Y esto mismo se ve claramente en el modo como ora la Iglesia, pues en las oraciones dirigidas a la Santísima Trinidad se pide que "tenga misericordia de nosotros", mientras que a los santos les ruega que "intercedan por nosotros".

Los bienaventurados en el cielo ven en el Verbo todo lo que les conviene conocer de nuestras cosas, incluso los movimientos del corazón. Por eso conocen las peticiones que les hacemos verbal o mentalmente, viéndolas perfectamente en Dios a quien contemplan. No así las almas del purgatorio, que no gozan todavía de la visión del Verbo y, por tanto, ignoran lo que nosotros pensamos o decimos; y por eso no imploramos sus sufragios en nuestras oraciones. (Ad 2 et 3.)

4.—Si podemos pedir absolutamente cosas determinadas (II-II, 83, 5).

Respuesta: Sólo cuando se trate de cosas inequívocamente buenas.

Argumentación: Hay que responder con distinción. Si se trata de cosas que, aunque buenas en sí, podemos usar mal de éllas —como las riquezas, los honores, el poder, etc.—, no debemos pedirlas de una manera absoluta y determinada, sino sólo condicionalmente: si es voluntad de Dios, si nos conviene para salvarnos, etc. Pero si se trata de cosas ciertas e inequívocamente buenas y de las que no podemos usar mal —como las virtudes cris-

tianas, la gracia y la gloria, etc.— podemos pedirlas absolutamente, como hacemos al rezar el Padrenuestro.

Cuando en nuestra oración pedimos algo que pertenece a nuestra eterna salvación, conformamos nuestra voluntad a la de Dios, de quien dice el Apóstol que "quiere que todos los hombres se salven" (1 Tm. 2, 4).

5.—Si podemos pedir a Dios bienes temporales (II-II, 83, 6).

Respuesta: Sí, pero moderadamente, como se lee en los proverbios: "No me des pobreza ni riqueza, sino sólo lo necesario para la vida" (Prov. 30, 8).

Argumentación: Como dice San Agustín, "en la oración podemos pedir todo lo que se nos permite desear". Ahora bien: las cosas temporales podemos desearlas, no como fin principal, sino únicamente como sostén de la vida corporal y como instrumentos para la práctica de la virtud. Y en este sentido es lícito y conveniente pedirlas a Dios en la oración.

Cuando buscamos los bienes temporales como fin, quedamos esclavizados a ellos. Pero si se les busca en orden a la bienaventuranza, lejos de someternos a ellos, los elevamos (ad 3).

Desde el momento en que pedimos los bienes temporales, no como término, sino en orden a Dios, ya pedimos que se nos concedan en cuanto nos sean útiles a nuestra salvación (ad 4).

6.—Si debemos orar por el prójimo (II-II, 83, 7).

Respuesta: Lo dice el Apóstol Santiago: "Orad los unos por los otros para que os salvéis" (Sant. 5, 16).

Argumentación: Ya quedó dicho que debemos pedir todo lo que debemos desear. Pero el bien debemos desearlo para nosotros y para los demás. Esto entra dentro del amor que debemos prestar a nuestro prójimo. Es, por lo tanto, de caridad orar por nuestros semejantes. A este propósito dice San Juan Crisóstomo: "La necesidad nos lleva a pedir por nosotros; la caridad fraternal pide que roguemos por el prójimo. Pero a Dios le es más grata la oración hecha por caridad fraterna que la dictada por necesidad".

San Cipriano dice muy bien que si en el Padrenuestro "no decimos Padre *mío*, sino Padre *nuestro*, ni *dame* sino *danos*, es porque el divino Maestro no quiso que las peticiones fuesen indi-

viduales pidiendo cada cual sólo para sí, sino que Aquél que nos condujo a todos a la unidad quiso que cada cual orase por todos" (ad. 1).

7.—Si debemos orar por los enemigos (II-II, 83, 8).

Respuesta: Lo dice expresamente el Señor en el sermón de la montaña: "Orad por los que os persiguen y calumnian" (Mt. 5, 44).

Argumentación: El orar por los demás es precepto de caridad, como queda dicho. Y así como obliga el amar a los enemigos, obliga el orar por ellos.

Pero en el amor a los enemigos hay que amar en ellos su naturaleza humana, no sus faltas. Amar a los enemigos con un amor *general* es de precepto, pero no lo es amarles de una manera *especial*, a no ser en la disposición del ánimo. El hombre, en efecto, debe estar dispuesto a ayudar al enemigo y a mostrarle su amor en caso de necesidad o si le pide perdón. Pero, en absoluto, mostrar un amor especial al enemigo y ayudarle es sólo de perfección.

De modo paralelo, estamos obligados a no excluir en nuestras oraciones comunes a nuestros enemigos; pero el orar especialmente por ellos entra dentro de la perfección, no de la obligación, excepto en casos especiales.

Sin embargo, es lícito combatir a los enemigos para que dejen de pecar, lo cual redunda en bien de ellos y de los demás. Del mismo modo es lícito pedir males temporales para los enemigos a fin de que se enmienden. Así no hay contradicción entre nuestras oraciones y nuestras obras (ad. 3).

8.—Si el Padrenuestro es la mejor oración (II-II, 83, 9).

Respuesta: Indudablemente, porque es la oración que Cristo nos enseñó.

Argumentación: La oración dominical es perfectísima, pues, como dice San Agustín, "si oramos correcta y justamente, no se nos ocurrirá nada distinto de lo que ya dice la oración dominical". Puesto que la oración es un intérprete de nuestro deseo ante Dios, sólo pediremos rectamente lo que rectamente podemos desear. Y en la oración dominical no sólo se piden todas las cosas que rectamente se pueden desear, sino incluso en el orden

en que se deben desear. De este modo, es no sólo una regla de nuestras peticiones, sino también una norma de todos nuestros afectos.

El Padrenuestro es, en realidad, la fórmula más perfecta, por contener, con el mejor preámbulo —"Padrenuestro que estás en los cielos"— a todas las peticiones que cabe hacer a Dios y en el orden en que es justo las hagamos. Le pedimos, en primer lugar, su gloria —"santificado sea tu nombre"—, que es nuestro último fin. A continuación le pedimos participar de su gloria en este mundo y en el otro —"venga a nosotros tu reino"—. Inmediatamente le pedimos los medios de su voluntad —"hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"— y el sostenimiento de nuestra vida temporal, necesario para dicho cumplimiento —"el pan nuestro de cada día dánosle hoy"—. Finalmente, le pedimos aleje de nosotros los obstáculos que podían impedirnos alcanzar nuestro último fin; primero, el *pecado;* segundo, la *tentación,* y tercero todos los demás *males.* Imposible, por consiguiente, pedir a Dios absolutamente nada que no esté contenido en el Padrenuestro.

9.—Si los santos del cielo oran por nosotros (II-II, 83, 11).

Respuesta: Leemos en la Escritura: "Este es el que ora mucho por su pueblo y por toda la ciudad santa, Jeremías, el profeta de Dios" (2 Mac. 15, 14).

Argumentación: Siendo la caridad la fuente de oración por los demás, como queda dicho, cuanto más perfecta la posean los santos del cielo, tanto más oran por los que estamos todavía en camino y que podemos ser ayudados. Y cuando más unidos están a Dios, más eficacia tienen sus oraciones. Pues entra en el orden divino que la excelencia de los superiores redunde en los inferiores, al igual que la claridad del sol resplandece para todos en el aire.

Los santos en el cielo son bienaventurados y sólo les falta la glorificación del cuerpo, por la que oran. Pero también oran por nosotros que estamos privados de la misma bienaventuranza. Y sus oraciones tienen eficacia impetratoria en virtud de sus méritos anteriores y de la divina aceptación. Los santos obtienen todo lo que Dios quiere que se haga mediante sus oraciones. Y

ellos piden lo que juzgan que alcanzarán sus oraciones conforme a la voluntad divina.

Las almas del purgatorio —en cambio—, aunque superiores a nosotros por su impecabilidad, son inferiores a nosotros en cuanto a las penas que sufren. En razón de esto no están en estado de orar por nosotros, sino de que nosotros oremos por ellas.

10.—Si la oración debe ser vocal (II-II, 83, 12).

Respuesta: Lo dice el salmo: "Escucha, Dios mío, mi voz cuando a ti clamo" (Sal. 141, 1).

Argumentación: Hay dos clases de oración: común e individual. Común es la que se ofrece por los ministros de la Iglesia en persona de todo el pueblo fiel. Esta oración, por lo mismo, debe ser conocida por todo el pueblo en nombre del cual se ora, y por ello ha de ser vocal. La oración individual es la que ofrece la persona particular por sí o por los demás. Y esta oración no es necesario que sea vocal.

Sin embargo, aun la oración individual puede ser vocal por tres razones: la primera, para excitar interiormente la devoción que hace que nuestra mente se eleve a Dios; la segunda, para servir a Dios con todo lo que El nos dio, es decir, con la mente y con el cuerpo; y la tercera por un cierto desbordamiento del alma sobre el cuerpo causado por la vehemencia del amor. Por eso dice el salmista: "se alegró mi corazón y se llenó de exultación mi lengua" (Sal. 15, 9).

11.—Si la oración ha de ser atenta (II-II, 83-13).

Respuesta: Sí, pero hay varias clases de atención.

Argumentación: Esta cuestión se refiere principalmente a la oración vocal. Y hay que notar que pueden darse dos clases de atención: virtual y actual. La virtual es la que se puso al principio de la oración y continúa influyendo en ella, aunque sobrevengan distracciones involuntarias debidas a la flaqueza humana. Y esta intención virtual es suficiente para que la oración sea meritoria e impetratoria. La atención actual es la que recae directamente sobre lo que estamos haciendo, y esta atención actual es absolutamente indispensable para que la oración produzca cierta devoción o refección espiritual del alma.

Hay que notar, también, que se puede dar una triple atención en la oración vocal. Una es la que se fija en pronunciar bien las palabras para que no se deslicen errores. La segunda es la atención al sentido de las palabras. Y la tercera es la atención al fin de la oración, que no es otro que Dios y aquello que pedimos. Esta es la más necesaria, y pueden tenerla todos, hasta los más rudos.

12.—Si la oración ha de ser continua (II-II, 83, 14).

Respuesta: El Señor dice en el Evangelio: "Hay que orar siempre y no desfallecer" (Lc 18, 1). Y San Pablo añade: "Orad sin interrupción" (1 Tes 5, 17). Pero hay que distinguir.

Argumentación: Hay que distinguir entre la oración misma y sus causas. La causa principal que nos mueve a orar es la caridad o amor de Dios, cuyo deseo ha de ser permanente de una manera actual o, al menos, virtual; ya que la virtud de este deseo permanece en todas las obras hechas por caridad, pues, como dice San Pablo, "hay que hacerlo todo para gloria de Dios" (1 Cor 10, 31). Y en este sentido, la oración debe ser continua. Por eso escribe San Agustín: "En la fe, esperanza y caridad, el deseo incesante nos hace orar continuamente".

Mas la oración, considerada en sí misma, no puede ser continua, pues otras obligaciones nos reclaman. Pero la medida de las cosas se determina por su fin, como la medicina por la salud. La oración, de igual modo, debe durar lo que conviene para excitar el fervor del deseo interior. Si ha rebasado la medida suficiente, de tal modo que su continuación produciría tedio, no se debe prolongar. E igual que hay que tener en cuenta esta advertencia en la oración particular respecto al espíritu del que ora, también hay que tenerla en la oración común respecto a la devoción del pueblo.

13.—Si la oración es meritoria (II-II, 83-15).

Respuesta: El Señor promete recompensa a la oración bien hecha (Mt, 6, 6). Pero la recompensa sólo se concede al mérito. Luego la oración es meritoria.

Argumentación: Ya hemos dicho que la oración tiene, en lo que respecta al futuro, una doble virtualidad: la del mérito y la de impetración. El mérito de la oración, al igual que el de cual-

quier otro acto virtuoso, procede radicalmente de la caridad mediante la virtud de la religión (de la que la oración es uno de sus dos actos internos) con el concurso de otras virtudes, como la humildad y la fe, que son necesarias para la bondad de la oración. También es necesaria la devoción, que es el otro acto interno de la religión.

La eficacia de impetración la tiene la oración por la gracia de Dios a quien oramos y por quien somos inducidos a orar. Por ello dice San Agustín: "No nos mandaría orar si no estuviera dispuesto a darnos lo que pidamos". Y San Juan Crisóstomo: "No niega sus beneficios al que ora quien precisamente nos empuja con su misericordia para que no cesemos de orar".

La oración sin la gracia santificante no es meritoria, al igual que los demás actos virtuosos. Pero también la oración que obtiene la gracia santificante, procede de una cierta gracia anterior enteramente gratuita. Pues ya el mismo orar es "un don de Dios", como dice San Agustín.

14.—Si la oración es siempre eficaz (II-II, 83, 15).

Respuesta: Lo ha prometido Cristo en el Evangelio: "Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá" (Mt. 7, 7). Pero con ciertas condiciones.

Argumentación: Para que la oración resulte infaliblemente eficaz es preciso que reúna las siguientes condiciones:

1.ª Que la pidamos para nosotros mismos. La oración en favor del prójimo puede fallar si éste la rechaza obstinadamente; cosa que no ocurre cuando pedimos para nosotros mismos.

2.ª Cosas necesarias o convenientes para la salvación. Cuando pedimos, consciente o inconscientemente, cosas inconvenientes para nuestra salvación, Dios nos las niega misericordiosamente.

3.ª Piadosamente. O sea: con humildad, confianza en Dios, en nombre de Cristo, etc.

4.ª Con perseverancia. Dios quiere probar nuestra fe y nuestra perseverancia antes de concedernos las gracias que está dispuesto a concedernos desde el primer momento. Es por nuestro bien.

Estas son las condiciones para la eficacia *infalible* de la oración. De hecho, en la práctica obtenemos muchas cosas de Dios sin necesidad de reunir todas estas condiciones, por un efecto sobreabundante de la divina misericordia. Pero, reuniendo esas condiciones, obtendríamos *infaliblemente* —por la promesa divina— incluso aquellas gracias que nadie absolutamente puede merecer, tales como las gracias eficaces para no caer en el pecado grave, o el gran don de la perseverancia final, o sea, la muerte en gracia de Dios.

San Basilio afirma: "Si pediste y no has recibido, es porque lo que pediste era malo, lo hiciste sin fe, o con ligereza, o no te convenía, o no perseveraste".

Si la oración se apoya en la fe, no es en lo que tiene de eficacia *meritoria*, pues ésta se basa en la caridad, sino en la que tiene la eficacia *impetratoria*. Por la fe, en efecto, conocemos la omnipotencia y misericordia divinas, que nos permite obtener lo que pedimos (ad 3).

15.—Si la oración del pecador consigue algo de Dios (II-II, 83, 16).

Respuesta: Dice San Agustín: "Si Dios no escuchase a los pecadores, sería inútil la oración del publicano, que se reconoce pecador" (Lc 18, 13). Y San Juan Crisóstomo afirma: "Todo el que pide recibe, es decir, el justo y el pecador".

Argumentación: En el pecador hay que distinguir dos cosas: la *naturaleza*, a la que Dios ama, y la *culpa*, a la que odia. Si el pecador pide en la oración algo que respecta a sus deseos pecaminosos, Dios, misericordiosamente, no le escucha. Aunque a veces le escucha y permite, como castigo, que se hunda más en el pecado. Por eso dice San Agustín: "Dios niega por su clemencia algunas cosas que concede por su cólera".

Pero cuando el pecador ora movido por un deseo bueno de la naturaleza, Dios le escucha, no por justicia —pues no se lo merece el pecador—, sino por su infinita misericordia; con tal de que se salven esas cuatro condiciones enumeradas anteriormente, o sea, que ore por sí mismo, que pida lo necesario o conveniente para la salvación y que lo haga con piedad y con perseverancia.

El pecador no puede orar con piedad en el sentido de que su oración sea informada por un hábito virtuoso. Puede, sin em-

bargo, ser piadosa su oración si pide algo perteneciente a la piedad, del mismo modo que el que no tiene la virtud de la justicia puede desear alguna cosa justa. Así, aunque la oración del pecador no es meritoria, es, no obstante, impetratoria, pues el mérito se funda en la justicia, mientras que la impetración en la gracia gratuita de Dios (ad. 2).

16.—Si la oración tiene cuatro partes: oración, petición, obsecración y acción de gracias. (II-II, 83, 17).

Respuesta: Lo dice expresamente San Pablo: "Ante todo te ruego que se hagan oraciones, peticiones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres" (1 Tim. 2, 1).

Argumentación: En toda oración, lo primero consiste en levantar el corazón a Dios, y esa es la definición de la misma *oración*. Lo segundo, es pedirle sus mercedes: *petición*. Lo tercero, exponerle los títulos en que apoyamos nuestra súplica, o sea, la bondad divina, su misericordia, etc., y a esto se le llama *obsecración*. Y, finalmente, manifestarle nuestra gratitud por el favor alcanzado: *acción de gracias*.

En muchas oraciones de la Iglesia se encuentran estos cuatro elementos. Por ejemplo, en la oración a la Santísima Trinidad, las palabras "Omnipotente y sempiterno Dios" indican la elevación del alma a Dios (oración). Las palabras "que has concedido a tus siervos", indican la *acción de gracias*. Al añadir: "concédenos, te rogamos", expresamos la *petición*. Y, finalmente, al decir "por nuestro Señor Jesucristo", indicamos el título en que nos apoyamos: *obsecración*.

SANTA MATILDE DE HACKEBORN (m. 1299)

Ingresó muy joven en el monasterio de Helfa donde fue nombrada maestra de novicias. Bajo su dirección se formaron una serie de religiosas tan santas como doctas, entre las que se encuentran Santa Gertrudis la Grande. Santa Matilde recibió muchas gracias místicas y fue una de las confidentes del Cora-

zón de Jesús, cuya devoción contribuyó a propagar. Ella no escribió sus mercedes, pero las escribió su amiga y confidente Santa Gertrudis y se hallan recogidas en el Libro de la gracia especial.

Cuando uno está solo, debe levantar siempre a Dios su corazón con ternura, le hable y le desee poseer, suspire muy de veras tras El. En este continuo trato con Dios Nuestro Señor encenderá su corazón en el amor divino.

Cuando se halle con otros, háblele espontáneamente de Dios y bregue por estar unido a Dios. De este modo encenderá a los demás y a sí mismo en el amor de Dios. (Lib. de la Gracia Esp. p. 3, c. 10).

En una ocasión, Cristo le declara: "Y ¿por qué el hombre no ha de querer recibir lo que estoy dispuesto a darle? Con gusto le doy la santísima e inocente vida mía en la tierra, para que se la apropie y supla con ella lo que le falta".

Replica Mectildis: "Si tanto te agrada, dulcísimo Dios mío, te usurpe el hombre lo que es tuyo, dime, por favor, cómo ha de hacerlo"; y le contesta: "Ofrezca a Dios Padre todos sus deseos, intenciones y plegarias en unión de mis deseos y oraciones. Dios recibirá la ofrenda, y tan grata le será que, junta con la mía, cual el humo de variados aromas encendidos sube junto derechamente al cielo. Así será toda oración ofrecida en unión con la mía, subirá a Dios como regalado perfume que agradará a mi Padre y aceptará grandemente. Toda otra plegaria, aunque penetre los cielos, ya no es tan grata a los divinos ojos si carece de esta unión" (Ibíd., c. 14).

Con cuatro clases de oraciones se hermosea vistosísimamente la ciudad, cual con oro y pedrería: La primera es la plegaria de los justos que contritos y humillados piden perdón de sus culpas. La segunda es la súplica de los atribulados que en Dios buscan refugio y firme sostén. La tercera es la oración de los que en alas de la caridad fraterna vuelan en pos de la necesidad y miseria del prójimo intercediendo para remediarlo; es por extremo acepta a Dios esta operación, y mucho se engalana con

ella la celestial Jerusalén. La cuarta oración procede del amor a Dios que espolea a interceder por la Iglesia Universal y por cada uno en particular. Esta plegaria semeja la salida de un sol nuevo que alumbra el ámbito entero de la inmortal Jerusalén (Ibíd., c. 47).

Aplíquense en especial a los siguientes ejercicios: oración frecuente y devota, lectura o audición solícita de las divinas Escrituras, aplicación al trabajo, guarda diligente de la obediencia a la Regla y Estatutos; sean siempre y por doquier humildes... Y cuando oren con tan felices disposiciones, les mostraré yo mi divina voluntad y lo que les conviene saber, y en sus lecturas les haré gustar mi dulcedumbre; las santificaré en sus ocupaciones... (Ibíd., p. 4, c. 16).

La promesa de las tres Avemarías

Rogaba a la gloriosa Virgen María se dignase asistirla en el trance de la muerte, y Ella le contestó: "En verdad lo haré, pero rézame por tu parte cada día tres *Avemarías*.

En la primera conmemorarás cómo Dios Padre, por su poder soberano engrandeció mi alma sublimándola como en un trono de honor excelso, tanto, que nadie me iguala en poder en los cielos y la tierra, tras la divina Majestad, y por ello, pídele que yo te asista en el trance de tu muerte, para alentarte y alejar de ti todo poder adverso.

En la segunda, recordando que el Hijo de Dios por su inescudriñable sabiduría inmensa me agració con plenitud de ciencia e inteligencia, llenando mi alma hasta gozar de la Santísima Trinidad con conocimiento superior al de todos los santos, y pídele que en la hora de tu muerte venga yo a iluminarte fortaleciendo tu fe.

En la tercera conmemorarás el regalado amor que me concedió el Espíritu Santo, haciéndome después de Dios la más amable de todas las criaturas, y le pedirás que yo te asista en la hora de tu muerte y derrame sobre tu alma los suaves efluvios del amor divino que superen los dolores y amarguras de ese trance" (Ibíd. lib. 1, c. 48).

SAN ALBERTO MAGNO (m. 1280)

Estudió en la Universidad de Padua donde oyó predicar al Beato Jordán de Sajonia, quien le convirtió y le atrajo a la Orden de Predicadores el año 1223. Después de enseñar en varios conventos fue enviado a la Universidad de París, después pasó a Colonia donde enseñó y escribió varias obras. Allí tuvo por discípulo al mismo Santo Toms de Aquino. Pío XI lo canonizó y lo declaró Doctor de la Iglesia.

1. La oración es la más noble y hermosa de todas las obras, según los Hechos 6, 4: "nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra" (*Comentario al salmo 24*).

2. Cristo es un doble altar: en él y sobre él se ofrecen las buenas obras de la vida activa, como el sacrificio de los animales, y los deseos y meditaciones de la vida contemplativa, como el aroma del incienso: "Mi plegaria se eleva como el incienso hacia tu rostro". (*Comentario al Salmo 27*).

3. La vida contemplativa aventaja a la activa por la unidad, la pureza, la eternidad, la firmeza y la delectación. Unidad, ya que se ocupa sólo de una cosa; pureza, ya que no está manchada por el polvo de las cosas terrenas; eternidad, porque estando ahora como en la patria, durará para siempre; firmeza, ya que está en la luz verdadera y es inaccesible a los influjos del error; delectación, porque el consuelo del espíritu regocija constantemente al alma. (...) La vida contemplativa se consagra a todas las cosas inteligibles que pueden ser meditadas y consideradas para llegar a la verdad, y de todas las cosas del sentimiento, para alcanzar el amor y la bondad. (*Comentario del Ev. de Lucas*.)

4. Oremos a los santos ángeles, por el cuidado y solicitud que tienen por nosotros..., por lo cual merecen y ofrecen nuestras oraciones a Dios con el deseo de cumplir, y piden siempre por nosotros...

Oremos a los santos..., para que nos ayuden con sus oraciones presentes y sus méritos pasados, cuyo efecto en cuanto a nosotros está suspendido hacia el futuro.

Oremos también a muchos santos por devoción, y porque es imposible que las preces de muchos no sean escuchadas, máxime siendo todos uno por la concordia y la unión de la caridad, de donde también la Jerusalén celestial es llamada madre nuestra, porque nos engendra para Dios con oraciones y amor (Lib. 3.º de las Sent.).

SANTA GERTRUDIS LA MAGNA (m. 1302)

Santa Gertrudis, la "Santa de la Humanidad de Cristo" y la "Teología del Sagrado Corazón", es una virgen cisterciense de Heltfa en Sajonia. Ingresa en el claustro en 1261 a la edad de cinco años y llega a ser una extraordinaria religiosa de excepcionales gracias carismáticas, precursora de Santa Margarita M.ª de Alacoque en las revelaciones del Sagrado Corazón.

Nadie se ha de dar tanto a la vida activa que no deba poner cuidado en la contemplativa (Rev. lib. 2, c. 10).

Dios da más de lo que pedimos

Pregunta Santa Gertrudis al Señor: "¿Cómo benignísimo Amador, puedes dilatar tanto el cumplimiento de los deseos de tantos hombres, siendo así que yo, aunque indigna, tengo tanta confianza en tu piedad que yo sola podría doblegar tu misericordia a cosas mayores?

"No sería de maravillar —respondió el Señor— que el padre permita a su hijo le pida una peseta, si cuantas veces le pide está dispuesto a otorgarle cien duros. Por tanto, no te maravilles tarde tanto en atenderos, porque cuantas veces por ello me

rogáis, aunque sea con insignificantes palabras, otras tantas os concedo muchísimo más de los cien duros de bienes terrenos" (Ibíd. lib. 3, c. 31).

Y si alguna vez te parece que yo no escucho tus ruegos como tú deseas, te engañas, porque yo dispongo sin duda alguna otorgarte, en vez de lo que pides, otras cosas más provechosas, dado que tú, impedida por la miseria humana, no puedes comprender lo que más te importa (Ibíd., c. 33).

La dijo el Señor: "¿No es de fe católica que al que una vez comulga, yo mismo me doy para su salud con los demás bienes que se contienen en mi divinidad y humanidad? Y, sin embargo, cuanto más a menudo el hombre comulgare, tanto más se multiplicarán el colmo de sus bienaventuranzas" (Ibíd., c. 53).

El hombre en todo debe imitar el ejemplo de Cristo, y principalmente en estas tres cosas:

La primera es que, así como a menudo velaba Cristo en la oración toda la noche, así debemos acogernos en todas las tribulaciones y adversidades, al puerto de la oración.

En segundo lugar, así como el Señor andaba predicando por las ciudades, así debemos también nosotros edificar al prójimo tanto con palabras como con el buen ejemplo.

Y, finalmente, así como Jesucristo nuestro Señor hizo diversos beneficios a los que tenían necesidad, así también nosotros debemos ser muy solícitos en ayudar con buenas obras a los necesitados cuando pudiéremos. (Ibíd., c. 74).

Si alguien tomase por costumbre orar públicamente con las manos extendidas sin temer las críticas de nadie, me haría tal honra, cual suele hacer al rey el que solemnemente le entroniza (Ibíd., lib. 4, c. 16).

También le dijo el Señor: "Más aprovecha una oración fervorosa, aunque sea corta, que muchas tibias aunque largas y prolongadas" (Ibíd., lib. 5, c. 15).

"Sábete, empero —añadió— que las penas del Purgatorio se van aligerando con las oraciones y trabajos que se ofrecen por las almas, cuanto dichas oraciones son más fervorosas" (Ibíd., c. 16).

Aquel que cuando hace oración, pide con confianza, tiene tal fuerza sobre el corazón de Cristo, que no parece sino que le

obliga a oírle al punto y a concederle todo lo que le pide (Cit. P. Rodríguez).

SANTA ANGELA DE FOLIGNO (m. 1309)

Santa Angela de Foligno estuvo casada y habiendo quedado viuda ingresó en la Orden Tercera de San Francisco hacia el año 1291. Fue una mística extraordinaria que después de sufrir una terrible noche oscura, *recibe de Dios grandes confidencias. Por los grandes quilates de su experiencia mística y de su doctrina, ha sido proclamada "maestra de los maestros", "maestra de los teólogos" y "mística por antonomasia"* (1).

1. Sin la luz de Dios ningún hombre se salva. La luz de Dios hace dar al hombre los primeros pasos y la misma luz lo conduce hasta la cumbre de la perfección.

Si quieres comenzar a poseer esa luz, ora. Si ya comenzaste a perfeccionarte y quieres que esa luz aumente, ora. Si ya llegaste a la cumbre de la perfección y quieres recibir más luz, para poder permanecer en ella, ora. Si quieres la fe, ora. Si quieres la esperanza, ora. Si quieres la caridad, ora. Si quieres la pobreza, ora. Si quieres la obediencia, ora. Si quieres la castidad, ora. Si quieres la humildad, ora. Si quieres la mansedumbre, ora. Si quieres la fortaleza, ora. Si deseas alguna virtud, ora. Y ora de esta manera: leyendo en el libro de la Vida, a saber, en la vida

(1) Las obras de Santa Angela se componen de tres partes bien distintas: la primera parte está constituida por su *autobiografía*, la segunda está compuesta por *cartas, notas y exhortaciones*, y la tercera recoge los escritos relacionados con los últimos años de su vida: su *testamento* y el relato de su santa muerte. Los editores al reunir todos los escritos y publicarlos les han dado distintos nombres: "*Vida y Visiones*", "*Experiencia de Dios Amor*", etc. La repetición de algunos pensamientos se debe a que muchos de ellos provienen de las cartas que llevaban distintos destinatarios.

del Dios-Hombre Jesús, que fue pobreza, dolor, desprecio y perfecta obediencia.

Cuando hayas entrado por ese camino de perfección, serás molestado de muchas maneras y serás afligido horrendamente por infinitas tribulaciones y tentaciones de parte de los demonios, del mundo y de la carne. Pues bien, si quieres vencer, ora.

Cuando el alma quiere orar, es necesario que acuda con la pureza de la mente y del cuerpo: con pureza y con rectitud. Es necesario que cambie el mal en bien y no haga como muchos perversos que cambian el bien en mal. Así el alma se ejercita en esta pureza y se acerca con mayor confianza a la confesión que la librará de sus culpas. Y para que en el alma no quede nada impuro, ella se impone algunos interrogantes: se aisla en la oración, considera el bien y el mal que ha hecho, examina la intención con que obró el bien: los ayunos, las oraciones, las lágrimas y toda otra buena acción cumplida; y discierne cómo obró con poca sinceridad, es decir, de manera insuficiente y con omisiones.

No hagamos como los malos. Confiesa tu pecado y haz penitencia. En esa confesión el alma hallará la pureza.

Después vuelve a la oración, y no te afanes en otras ocupaciones una vez que comiences a sentir acerca de Dios con mayor plenitud que en el pasado. Tu paladar ahora está dispuesto mejor que en el pasado para saborear a Dios, y te es dada una luz potentísima para ver a Dios en sí mismo...

Cuídate y no cedas espacio a los enemigos desistiendo de orar. Cuanto más tentado seas, tanto más persevera en la oración. Es en virtud de tu continua oración que mereces ser tentado. El oro ha de ser purificado y fundido. Y es en virtud de la continua oración que mereces ser liberado de *caer* en las tentaciones.

La oración ilumina, libera de las tentaciones, purifica y une a Dios.

2. La oración no es más que la manifestación de Dios y de uno mismo. En esta doble manifestación, de Dios y de uno mismo, consiste la verdadera y perfecta humildad. El estado de humildad se consigue cuando el alma ve a Dios y ve a sí misma. Entonces se halla en la más perfecta humildad. Por esa humil-

dad la gracia de Dios penetra más profundamente y crece en el alma. Cuanto más la gracia de Dios abisma el alma en la humildad, tanto más desde ese abismo de humildad aumenta la gracia de Dios, y cuanto más aumenta la gracia de Dios, tanto más el alma se hunde en los abismos de la humildad y ahí descansa. La perseverancia en la humildad hace aumentar en el alma la luz de Dios y la gracia. Y la luz de Dios y la gracia hunden cada vez más el alma en los abismos de la humildad, a través de la lectura, como se dijo, de la vida del Dios-Hombre, Jesucristo.

Llegar a la manifestación de Dios y de sí mismo: no conozco cosa más grande. Pero la gracia de esa manifestación de Dios y de sí mismo, la merece únicamente la oración de los hijos legítimos de Dios. Delante de estos hombres que saben orar se pondrá el libro de la vida, es decir la vida de Dios-Hombre, Jesucristo, en el cual hallarán todo lo que anhelan. Y serán colmados de la bendita sabiduría de Dios que no hincha, y allí hallarán toda la doctrina necesaria para ellos mismos y para los demás.

Si quieres, pues, llegar a las cumbres de la iluminación y de la enseñanza de Dios, lee en ese libro de la vida. Si lo lees bien, y leyéndolo meditas, serás iluminado e ilustrado acerca de todo lo necesario para ti mismo y para los otros, cualquiera que sea tu estado. Si lo lees atentamente y no de prisa, serás inflamado por el fuego de Dios de tal modo que acogerás como gran consuelo toda tribulación; y te considerarás muy merecedor de tribulaciones. Y además, lo que es aún más grande, si te tocaran en suerte alguna prosperidad o alguna alabanza de los hombres por los dones que Dios ha puesto en ti, no te hincharás ni te alzarás en soberbia, porque, leyendo en el libro de la vida, podrás ver y reconocer en verdad que la alabanza no te pertenece.

Uno de los signos por los cuales el hombre puede conocer que está en gracia de Dios es éste: por ninguna cosa se hincha y se ensoberbece, sino que en todo halla motivo de humillarse.

3. La oración es de tres especies: corporal (o vocal), mental y sobrenatural. La sabiduría de Dios que es ordenada y ha impuesto a todas las cosas un orden, estableció con su suprema sabiduría que nadie pueda llegar a la oración mental sin que antes posea la corporal, y que a nadie sea concedida la oración

sobrenatural sin que antes posea la corporal y la mental. Y esta sabiduría ordenadísima exige que las oraciones de las Horas le sean tributadas a la hora prescrita, a menos que uno esté totalmente impedido por alguna enfermedad física, o a menos que de la oración mental y sobrenatural sobrevenga una tal alegría que la lengua carnal quede completamente absorbida. Además, la oración debe hacerse, en lo posible, con el alma tranquila, y, ¡ojalá! en la soledad y en el recogimiento corporal.

Cuanto más ores, más iluminado serás. Y cuanto más seas iluminado, tanto más profunda y esclarecidamente verás al Sumo Bien y a su infinita bondad. Y cuanto más profunda y excelentemente lo veas, tanto más lo amarás. Y cuanto más le ames, tanto más feliz serás. Y cuanto más feliz seas, tanto más lo comprenderás y te harás capaz de comprenderlo. Por último, llegarás a la plenitud de la luz, porque comprenderás que no puedes comprender.

De esta espléndida oración, en la cual debemos perseverar, tenemos un ejemplo que nos viene del mismo Hijo de Dios, que nos enseñó a orar de muchas maneras con las palabras y con las obras.

Nos exhortó con sus mismas palabras a orar, cuando dijo a los discípulos: "*Velad y orad para no caer en la tentación*" (Mt. 26, 41). Y en muchas partes del Evangelio hallarás que nos instruyó de muchas maneras sobre esta santa oración, y a todos nos hizo entender que le era muy querida, y muy muchas veces nos exhortó.

Como nos amaba de verdad y de corazón, para que no tuviéramos disculpas acerca de la santa oración, el mismo Jesús quiso orar para que, siquiera arrastrados por su ejemplo, la amáramos sobre todas las cosas.

Dice el evangelista: "*Después de haber orado largamente, su sudor se condensó en gotas de sangre que fluían hasta la tierra*" (Lc. 22, 43). Coloca delante de tus ojos este espejo, y esfuérzate con todo tu ser por alcanzar algo de esa oración, ya que El rogó por ti, y no por sí mismo.

Oró también cuando dijo: "*Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se cumpla mi voluntad sino la tuya* (Mt. 26, 42). Consi-

dera cómo Jesús somete su voluntad a la voluntad de Dios. Obra también tú según ese ejemplo.

Oró también cuando suspiró: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lc. 23, 46). Pues bien, ¿qué más? ¿Por qué descuidas la oración, si nada se puede lograr sin ella? Jesús, que era verdadero Dios y verdadero Hombre, rogó por ti, no por sí mismo, para que tomes el ejemplo de la auténtica oración. Si de El deseas algo, es absolutamente imprescindible que ores. Sin la oración nada lograrás.

Tenemos además el ejemplo de la Virgen gloriosa, Madre santísima del Dios-Hombre, Jesús. ¿Tendríamos en poco aprecio su oración y la de su bendito Hijo? Y si no, ¿por qué no la imitamos? Ella nos enseñó a orar proponiéndonos el ejemplo de su santa oración.

Ella oró cuando ofreció a Dios la propia virginidad. Y mientras estaba absorta en esta oración, la luz divina descendió en ella más abundante. Y en fuerza de esta luz divina y con mayor esplendor consagró a Dios junto con su virginidad también su alma y su cuerpo. Y con esa luz divina la Virgen llegó a la perfecta manifestación de Dios y de sí misma. Su oración, es decir esa doble manifestación, fue siempre su altísima contemplación.

Los hombres oramos de dos maneras de las que la Virgen no tuvo necesidad: Oramos para ser liberados de la pena eterna que merecimos por nuestros pecados, y también oramos para que, por la abundancia de su misericordia, seamos purificados de los mismos. La Madre de Dios no tuvo necesidad de hacer estas dos peticiones.

Oramos también para ser iluminados y para crecer en las virtudes y en los dones de la gracia que la Madre de Dios poseyó en grado sumo. Si bien la Virgen María procediera de nuestra corrompida humanidad, sin embargo fue elegida de manera singular por el Padre y por El, embellecida de un privilegio especial, glorioso y grande: el de no tener necesidad de ser purificada ni liberada de la pena.

La Madre de Dios fue tan privilegiada por singulares virtudes e inefables dones que jamás, ni por breve tiempo, pudo ser separada de esa unión con Dios. Y vivió siempre unida a la

divina e inefable Trinidad, tanto que, ya en esta vida gozó de esa beatitud que los santos gozan en el paraíso: la beatitud de la incomprensibilidad. Los santos comprenden que no pueden comprender. Y en tal comprensión, desde la tierra, se sumergió feliz el alma de la bienaventurada Virgen, si bien no pudiera disfrutar en este mundo de la experiencia del paraíso. (*Experiencia de Dios Amor*, Buenos Aires, 1978, pág. 161-167).

4. La oración está allí donde se halla Dios. Hay tres clases o partes de la oración, fuera de las cuales es imposible hallar a Dios. Y son la oración corporal (o vocal), la oración mental y la sobrenatural.

La oración corporal es la que se hace con sonidos de palabras y con ejercicios del cuerpo, como las genuflexiones y actos semejantes. Yo jamás descuido este tipo de oración. Hubo veces en que deseaba ejercitarme en la oración mental; pero advertí que la pereza y el sueño se burlaban de mí y estaba perdiendo el tiempo; por eso volvía a la oración corporal.

La oración corporal introduce en la oración mental. Pero debe hacerse con atención. Cuando tú recitas el "Padrenuestro", considera lo que estás diciendo y no corras, preocupado de alcanzar cierto número, como hacen las mujercitas que hacen tareas a destajo.

La oración mental se alcanza cuando la meditación de Dios ocupa tanto nuestra mente que a ninguna otra cosa se dirige el espíritu, sino a Dios. Si alguna otra cosa penetra en la mente, esa oración no puede llamarse ya mental. Y esta oración traba la lengua, que así no puede hablar más. La mente está totalmente henchida de Dios, y ninguna otra cosa puede distraerla, ni pensamiento ni conversación que no sea Dios.

De la oración mental se pasa a la sobrenatural.

Es sobrenatural la oración en la que el alma, por la dignación de Dios que la colma, tanto se eleva, que se dilata por encima de su misma naturaleza. Comprende a Dios más que lo que podría comprender con su misma naturaleza y conoce que no puede comprender. Y lo que conoce no lo puede explicar, porque casi todo lo que contempla y experimenta trasciende su naturaleza.

En estos tres grados el alma aprende a conocerse a sí misma y a Dios. Y en proporción a cómo conoce a Dios, lo ama; y en proporción a cómo lo ama, desea poseer lo que ama.

Esta es la señal del amor auténtico: el que ama no se transforma parcialmente, sino totalmente en el Amado. Y ya que esta transformación no es continua ni dura largo tiempo, el alma se dedica con todas sus ansias a buscar los medios que la pueden transformar en la voluntad del Amado, para retornar otra vez a esa visión. Y busca lo que ama, es decir a Aquel al que ella ama. El Padre nos trazó el camino a través del Amado, que es su Hijo... (Ibíd., pág. 198-199).

5. Quien conoce la verdad, tiene un amor de fuego. Mas este conocimiento profundo no puede el alma tenerlo por sí misma, ni por la Escritura, ni por la ciencia, ni por criatura alguna. Estas cosas exteriores pueden disponer al alma para el conocimiento, pero solamente lo conseguirá con la gracia divina y su luz celestial. Por tanto, para alcanzar este divino conocimiento, no conozco otra vía más segura ni más corta que la oración pura y continua, humilde y violenta. Una oración que no salga tan sólo de los labios, sino del espíritu y del corazón, de todas las potencias del alma y de todos los sentidos del cuerpo; una oración llena de inmensos deseos que se lanza sobre el objeto deseado.

El alma que quiere encontrar la piedra preciosa de la verdad y ver la luz, ore, medite y lea continuamente el libro de la vida, que es la vida mortal de Jesucristo. Por tanto, si deseas la luz de la gracia, librar el corazón de cuidados, poner freno a las tentaciones y llegar a ser perfectos en el camino de Dios, refugiaos a la sombra de la cruz de Jesucristo (por la oración). Pues en verdad que no hay otro camino abierto a los hijos de Dios, ni hay otro medio de hallarle y tenerle (que la oración y meditación) de la vida y muerte de Jesús crucificado. Esto es lo que yo llamo "*libro de la vida*", cuya lectura está reservada para la oración continua, que ilumina, eleva y transforma el alma. El alma así iluminada, ve claramente el camino de Cristo; y cuando por él corre, se siente no sólo libre del peso del mundo y sus cuidados, sino llena de delicias y dulzuras divinas; y, abrasada en el fuego que Dios enciende en ella, es cambiada por El mismo. La oración

asidua encuentra todos los bienes en la vista de la cruz... Mas esta manifestación no se hace sino a los hijos legítimos de Dios, a los hijos de la oración, a los fervientes lectores del libro de la vida... Si, pues, quieres la luz que excede toda luz, lee en este libro (*Vis. c. 57*).

6. La oración mental bien hecha, tiende de suyo a la contemplación sobrenatural, y así, cuantos procuran meditar y orar como conviene, acaban por ser contemplativos. La oración es la fuerza que trae a Dios y el santuario donde se le halla. Hay tres maneras de oración: la *corporal*, la *mental* y la *sobrenatural*. La corporal supone el concurso de la voz y de los miembros para honrar y reverenciar con todo al Señor... No debe descuidarse, porque es el camino para las otras. Pero hay que hacerla con recogimiento... Hay oración mental cuando el espíritu está lleno y poseído de Dios, que de ninguna otra cosa se acuerda; y así, la lengua viene a quedar enmudecida. La oración mental conduce a la sobrenatural. Hay oración sobrenatural cuando el alma, arrebatada sobre sí misma y poseída de la plenitud divina, es elevada a tal altura, que ve y comprende lo que no puede explicar... La divina sabiduría, que en todo ama el orden, ha dado la oración corporal como apoyo de la mental, y ésta como escabel de la sobrenatural. Quiere que cada cosa a su tiempo, a no ser que en la oración mental o sobrenatural quede el alma poseída de un gozo tal que le cierre los labios.

La oración requiere unidad, exige la totalidad del hombre y no una sola parte de él; reclama todo el corazón: y, si se le da solamente una parte de él, nada se consigue... Hay que dar en ella todo el corazón para poder gustar el fruto de este árbol. Del corazón dividido viene la tentación. Orad, y orad continuamente. Cuanto más oréis, más iluminados seréis y tanto más perfecta y sublime llegará a ser vuestra contemplación... Entonces veréis cómo aumenta vuestra capacidad de comprender y llegaréis a la plenitud de la luz e inteligencia. ¿Queréis emprender el buen camino? Pues orad. ¿Queréis creer y subir al monte santo de la perfección? Orad. ¿Queréis subir por encima de la luz? Orad... ¿Queréis recibir al Espíritu Santo? Orad. Los apóstoles estaban orando cuando El bajó sobre ellos. Orad y guardaos de dar

entrada al enemigo, que está siempre observándoos. Y sabed que le daréis entrada desde el momento que dejéis de orar... la oración y sólo la oración os librará de él; sólo ella os ilumina y os une con Dios (*Vis. e Inst. c. 62*).

7. La ley de la oración, es la unidad: exige la totalidad del hombre, y no parte de él. La oración reclama entero el corazón; y si solamente se le da parte de él, no se consigue nada. Hay que darlo todo si se quiere gustar del fruto de este árbol; porque la tentación viene de la división del corazón.

Orad, y orad asiduamente. Cuanto más oréis, más iluminados seréis; más profunda, más sublime y más evidente será vuestra contemplación del soberano Bien. Cuanto más profunda y sublime sea ésta, tanto más ardiente será el amor; y mientras más arda el amor, más delicioso será el gozo, y más perfecta la comprensión.

Entonces sentiréis aumentar en vosotros la íntima capacidad de comprender, luego llegaréis a la plenitud de la luz, y recibiréis los conocimientos de los que no era capaz vuestra naturaleza, todos los secretos que están por encima de vosotros... ¿Queréis comprender el buen camino? Pues orad. ¿Queréis crecer y subir al monte santo de la perfección? Orad. ¿Queréis subir por encima de la luz? Orad... ¿Queréis recibir al Espíritu Santo? Orad. Los apóstoles estaban orando cuando El bajó sobre ellos.

Orad y guardaos de dar entrada al enemigo, que está siempre observándoos. Al enemigo le daréis entrada desde el momento en que dejéis de orar... La oración es la que os libra de él, ella es la que os ilumina y la que os une a Dios" (Visiones e instruc. c. 62) Lo copiamos de Arintero: "Cuestiones Místicas".

Ella, la oración, es la que libra del enemigo, la que ilumina, la que purifica, la que une al alma con Dios.

Esta manifestación es la humildad perfecta que reside en el conocimiento de Dios... Conocer el *todo* de Dios y la *nada* del hombre, tal es la perfección...

Si se os quitara la gracia de la oración sensible, seguid siendo tan asiduos a ella como en los días de mayor fervor. El sacrificio más perfecto y más agradable a los divinos ojos es seguir el mismo camino, con su gracia, cuando ésta deja de abrasar.

Si por vuestra culpa —que de eso proviene la más de las veces— o por algún designio de la misericordia eterna, que os dispone para cosas más sublimes, se os retira el fervor sensible, insistid en la oración, en la vigilancia y en la caridad; y si la tribulación la tentación sobrevienen con su fuerza purificadora, continuad, continuad y no aflojéis. Resistid, combatid, triunfad a fuerza de importunidad y de violencia. Dios os devolverá el ardor de su llama; haced vuestro negocio, que El hará el suyo.

La oración violenta que uno arranca de sus entrañas desgarrándolas, es poderosísima ante Dios. Perseverad, perseverad en la oración; y si comenzáis a sentir a Dios más plenamente que nunca..., haced el vacío; dejadle todo el lugar; porque va a dárseos una gran luz para veros y para verle (Ibíd.)

8. Quien conoce (a Dios) de verdad, ama con fuego. Mas este conocimiento profundo no puede el alma tenerlo ni por sí misma, ni por la Escritura, ni por la ciencia, ni por cosa creada alguna. Estas cosas exteriores pueden disponer el alma para el conocimiento, pero introducirle en él, sólo pueden la luz divina y la gracia de Dios. Y para alcanzar de El este conocimiento, no conozco otra vía más segura ni más corta que una oración pura, continua, humilde y violenta; una oración que no salga tan sólo de los labios, sino del espíritu y del corazón, y de todas las potencias del alma, y de todos los sentidos del cuerpo; una oración llena de inmensos deseos, que se lanza sobre el objeto deseado.

El alma que quiera encontrar la piedra preciosa, conocer la verdad y ver la luz, ore, medite y lea continuamente el libro de la vida, que es la vida mortal de Jesucristo. Por tanto, si deseas la luz de la gracia, librar el corazón de cuidados, poner freno a las tentaciones y llegar a ser perfectos en el camino de Dios, refugiaos a la sombra de la cruz de Jesucristo. Pues en verdad no hay otro camino abierto a los hijos de Dios, no hay otro medio de hallarle y tenerle, que (la meditación de) la vida y muerte de Jesús crucificado. Y esto es lo que yo llamo *libro de la vida*, cuya lectura está reservada para la oración continua, que ilumina, eleva y transforma el alma... La oración asidua todo lo encuentra a la vista de la cruz...; mas esta manifestación no se hace sino a los hijos legítimos de Dios, a los hijos de la oración, a los fer-

vientes lectores del libro de la vida... Si, pues, quieres la Luz que excede a toda luz, lee en este libro (Visiones, c. 57).

BEATO RAIMUNDO LULIO (m. 1309)

El Beato Raimundo Lulio, terciario franciscano de Mallorca, fue un escritor famoso que mereció el dictado de Doctor Iluminado. Murió mártir de Cristo en Africa. León X aprobó su culto en 1514, y Pío IX lo beatificó en 1847.

1. *¿Qué es oración?*— Oración es la elevación devota a Dios de piadosos pensamientos pidiendo la eterna bienaventuranza, y rogando a Dios nos conceda los bienes que nos convengan para esta vida temporal.

2. Amable hijo, la oración puede ser de tres maneras: la primera es cuando el alma recuerda y entiende y ama a Dios, y todo aquello por lo que adora a Dios. La segunda, cuando con la boca nombra y dice lo que el alma recuerda, mientras entiende y ama. La tercera es cuando el hombre hace obras buenas, pensando y amando a Dios.

3. No es conveniente hablar con Dios ni rogarle con el corazón envuelto y enredado en vanidades; pues conviene que tanto el corazón como la boca estén de acuerdo al mismo tiempo con lo que hacen. Por tanto, si tú puedes tener la mente en lo que dices cuando ruegas a Dios, procura tener nuevas razones y nuevos pensamientos para rogar a Dios, porque con el hallazgo de nuevas razones puedas obligar tu corazón a recordar lo que dirás con las palabras.

4. Hijo, al levantarte por la mañana, vete a la iglesia a orar a Dios, y arrodíllate ante el altar, haciendo la señal de la cruz. Con tus ojos mira la cruz, para recordar la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Levanta los ojos de tu alma y tus manos a Dios, y besa la tierra con humildad, recordando que de ella vienes y a ella volverás.

Saluda la cruz, diciendo: "*Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum*". Di el *Paternoster* en memoria de la pasión de Jesucristo que lo dijo la noche en que fue entregado a muerte. Con el *Ave María* saluda a la Reina del Cielo, Nuestra Señora; y en los ángeles y santos de la gloria, alaba y adora a nuestro Señor Dios.

Cuando hayas dicho estas cosas de rodillas ante el altar, vete a otro sitio si lo encuentras más apto para la oración; pues la multitud de gentes te puede estorbar para la oración; y en el sitio que escojas haz tu oración... Adora a Dios, sobre todo, por su bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, plenitud, justicia, generosidad, misericordia, humildad, señorío, paciencia.

6. Pide, hijo, fe a Dios, para que creas lo que no entiendes. Pídele que te dé esperanza para que confíes en El en tus necesidades. Pide a Dios caridad, para que le ames a El y te ames a ti mismo y a tu prójimo. Pídele justicia, para que temas a Dios y tú mismo te animes a sufrir en este mundo trabajos por amor de Dios y para satisfacer por tus culpas. Pide a Dios la luz de la sabiduría para que ilumine tu alma por sus caminos, y sepas y quieras iluminar a aquellos que están en las tinieblas del error. Pide a Dios fortaleza para luchar contra la gula, la lujuria, la avaricia, la envidia, la pereza, el orgullo, la ira. Pide te conceda templanza en el comer y beber, hablar, vestir, gastar, dormir, velar, etc.

7. Sepas, hijo, que es mejor, sin comparación, pedir a Dios las virtudes antedichas que pedir salud, vida, dinero, honra, hijos, posesiones u otras cosas semejantes a éstas; pues con todas estas cosas puede estar uno en la ira de Dios y puede exponerse a infinitos trabajos, al contrario, por las virtudes, llega uno a ser bienaventurado en la gloria celestial que dura para siempre.

8. Amable hijo, ruega por tu padre y por tu madre, pues de ellos has recibido el ser que tienes, que no darías por todo el mundo. Ruega por tu mujer y tus hijos, si es que los tienes, pues gracia grande hace Dios al hombre dándole mujer e hijos que sean sus servidores. Ruega por el señor terrenal, pues te lo ha dado para que te ayude y te defienda, o te castigue para que no pierdas la gloria de Dios.

9. Hijo, ten oración constante, que es muy agradable a Dios, y ruega por el Papa y por los Cardenales, por los prelados y por los Príncipes, por los religiosos y por todo el pueblo cristiano, para que Dios les dé gracia para ser defensores de la santa fe católica y la exalten a honor de la santa pasión del Hijo de Dios, que sea honrada por la Santa Iglesia y todo el pueblo de los cristianos.

Haz, hijo, oración por los judíos, sarracenos, tártaros y por todos los otros infieles, para que Dios les dé luz de gracia y puedan convertirse a la santa fe católica, y Dios les dé por su piedad predicadores que les instruyan en el verdadero camino, sin temor a la muerte.

10. En tu oración no te olvides de los difuntos que están en el purgatorio, que sufren grandes penas por los pecados que han cometido. En estas penas pueden ser ayudados por los vivos que en este mundo ruegan a Dios y dan limosnas por amor de Dios.

11. Ten, hijo, en tu oración especial devoción a algún santo o santa, y ruégale y hónrale para que él interceda por ti delante de Dios; pues los santos de la gloria son tan amados de Dios que, para multiplicar su gloria, son escuchados los que en este mundo se encomiendan a ellos y los honran.

12. Acúsate hijo, confiesa tus pecados y pide perdón a la misericordia de Dios que te ha dado el ser que tienes, y dale gracias porque no te hizo contrahecho ni infiel, ni para otra cosa que no sea tan noble como el ser que te ha dado.

13. Si encuentras penas en el servicio de Dios o por tus culpas, da gracias a Dios, pues muy grandes son los bienes que vienen por estas penas; pues por los trabajos soportados con paciencia, es el hombre agradable a Dios, y los sufrimientos mortifican en el alma las vanidades del mundo.

14. Hijo, tú no podrías agradecer a Dios el bien que te ha dado ni el que te quiere dar, y por ello debes acudir a la Reina del mundo y a los Santos del paraíso, y ruégales que ellos agradezcan por ti lo que tú no puedes agradecer; pues siendo más numerosos y nobles que tú, están más capacitados para agradecer a Dios los bienes que te ha dado a ti.

15. No tengas vergüenza de hacer oración a Dios, pues honrado Señor es Dios; y en la iglesia no mires a hombres ni mujeres ni escuches sus palabras, pues te estorbarían para la oración. No preguntes nada, para que no eches a Dios de tu alma. Aprende tanto latín que entiendas la Misa; pues si la entiendes, más grata será tu oración a Dios.

16. ¿Sabes por qué te molesta una misa larga o un largo sermón? Porque no tienes devoción ni sabes contemplar con detención a Dios con afecto del corazón y con elevación del entendimiento a El, y consideración de las palabras de Dios.

17. Muchos tienen memoria y no saben recordar, entendimiento y no saben entender, y voluntad y no saben amar. Pues tú, si supieras recordar, entender y amar las palabras de Dios, te gustaría oírla y más bien te sentirías cansado y fastidiado si no la oyeres.

18. Hijo: si te sientes airado, o tienes alguna pena o tristeza en tu corazón, si te quieres alegrar y consolar, date enseguida a la oración; pues la oración tiene tan gran virtud, que todo hombre apenado, airado, desconsolado, o avergonzado, se siente animado, consolado, reposado y alegre. Y ¿sabes por qué? Porque la oración hace de intermediaria entre el hombre y Dios.

19. Hijo, están de acuerdo con la oración los ayunos, aflicciones, llantos, suspiros, contrición, vestidos humildes y soledad: ¿y sabes por qué? Porque lo contrario a estas cosas enturbian la oración y echan a Dios del pensamiento humano.

20. Llora en tu oración; pues lágrimas y palabras van de acuerdo en la oración: y si tienes tan duro el corazón que no puedas llorar, tienes falta de amor y de atrición... Dirígete sólo a Dios y recuerda su pasión, que sufrió por ti, recuerda también los grandes pecados que has cometido, para que con todo esto tengas ocasión de llorar.

21. Y si con todas estas cosas no puedes llorar, sube a los altos montes a hacer penitencia, huye del mundo y haz áspera vida en soledad. Imagina las grandes penas infernales que sufren los condenados, y cambia esta imaginación por las diversas maneras de tormentos que padecen, y entonces llorarás.

Mientras estés en este mundo, llora y adora al Rey del cielo; pues si los condenados pudieran llorar y huir así de las infinitas penas que padecen, tendrían gloria infinita llorando a nuestro Señor. (Catecismo Juvenil, ed. catalana, pág. 157-159.)

SAN GREGORIO EL SINAITA (m. 1346)

San Gregorio Sinaíta es originario del Asia Menor. Su vida, durante mucho tiempo la dedica a peregrinaciones de Claxómenos a Laodicea, a Chipre, al Sinaí, donde tomará su nombre, y a Creta donde el hesicasta Arsenio le descubrirá la oración del espíritu. Vuelve con ella a Athos donde reclutará algunos discípulos entre los que estaba su biógrafo Calixto, más tarde Patriarca de Constantinopla.

Por encima de todos los mandamientos existe este mandamiento que los involucra a todos: "*Acuérdate del Señor tu Dios en todo tiempo*" (Deut. 8, 18). Si este mandamiento no se cumple, no se cumplirá ninguno; pero cumpliendo esto, está asegurado el cumplimiento de todos...

No deberíamos tener necesidad del apoyo de la Escritura, ni de los Padres, para ser enseñados, sino que deberíamos aprender de Dios, hasta el punto de aprender y conocer en El y por El todo lo que necesitamos. Y no solamente nosotros, sino todos los fieles. ¿Acaso no hemos sido llamados para llevar grabadas en nuestro corazón las tablas de la ley del Espíritu y para conversar con Jesús mediante la oración pura de la misma forma admirable que los querubines?...

Existen dos formas de encontrar la energía del espíritu recibida sacramentalmente en el santo bautismo:

a) Ese don se revela de una manera general por la práctica de los mandamientos y al precio de grandes esfuerzos. San Marco el Ermitaño nos lo dice: "En la medida en que cumplimos

los mandamientos, ese don hace resplandecer más su fuego ante nuestros ojos".

b) El se manifiesta en la vida de sumisión a un padre espiritual, mediante la invocación continua y metódica del Señor Jesús, es decir, por el recuerdo de Dios.

El primer camino es el más largo, el segundo el más corto, a condición de haber aprendido a escarbar la tierra con coraje y perseverancia para descubrir el oro...

Esforcémonos por tener activa en nuestro corazón solamente la operación de la oración, que da calor, alegra el espíritu y consume el alma en un amor indecible por Dios y por los hombres. Entonces se verá nacer de la oración una gran verdad y contrición, pues la oración es para los principiantes la operación espiritual infatigable del Espíritu que, al comienzo, hace brotar del corazón un fuego gozoso y, al final, obra como una luz de buen olor...

Cómo ejercitar la oración. "Desde la mañana siembra tu semilla —la oración— y *por la tarde que tu mano no se detenga* para no interrumpir su continuidad arriesgándote a faltar a la hora de la satisfación, *pues tú no sabes cual de las dos te traerá la prosperidad* (Ecl. 11, 6, n. c.)...

La obra espiritual que no conlleva pena y fatigas no producirá ningún fruto a su autor. Pues el *Reino de los Cielos se toma con violencia* (Mt. 11, 22). La violencia es una mortificación perseverante del cuerpo... Aquellos que actúan con negligencia y relajamiento, se hacen mucho mal y jamás gozarán del fruto... "Aun cuando realicemos las acciones más elevadas, si no hemos adquirido la contrición del corazón, ellas serán bastardas y echadas a perder"...

No lo olvides: El recuerdo de Dios, o sea la oración espiritual, es la más elevada de todas las acciones y la más grande de todas las virtudes, junto con la caridad...

Aquel que trabaja para obtener la oración pura, caminará entonces en una tranquilidad y una compunción extremas bajo la conducción de consejeros experimentados, llorará sin cesar sus pecados temiendo el castigo futuro y lamentando estar separado de Dios en este mundo o en el otro... La oración infalible

es la oración ardiente (que hacemos a) Jesús... que consume las pasiones como el fuego las espinas, que trae al alma regocijo y alegría, que, semejante a una fuente, brota en pleno corazón del Espíritu vivificante. Que tu deseo sea no encontrar ni poseer más que a ella en tu corazón, guardando sin tregua tu espíritu de toda imagen, desnudo de pensamientos y conceptos perturbadores. No temas nada... Quien busque a Dios con sumisión humilde no tiene que temer ninguna desdicha. (La Filocalia de la oración de Jesús.)

La oración en los principiantes es como un fuego de alegría que sube del corazón. Pero en los perfectos es como una lumbrera activa y olorosa. La oración es la predicación de los apóstoles, la energía de la fe, o mejor, la fe inmediata, el fundamento de lo que se espera, el amor activo, el movimiento angélico, el poder de los seres espirituales, su obra y su gozo, el evangelio de Dios, la plenitud del corazón, la esperanza de la salvación, el signo de la pureza, el símbolo de la santidad, el conocimiento de Dios, la manifestación del bautismo, la purificación del baño, las armas del Espíritu Santo, la exultación de Jesús, la alegría del alma, la piedad de Dios, el signo de la reconciliación, el sello de Cristo, el rayo del sol espiritual, la estrella matutina de los corazones, la certeza del cristianismo, el signo del perdón divino, la gracia de Dios, la sabiduría de Dios, o mejor, el comienzo de la sabiduría misma, la manifestación de Dios, la obra de los monjes, la vida de los que se consagran a las "hesyquía", el origen de la "hesyquía", el testimonio de la vida evangélica. ¿Qué más decir? Dios, que es la plenitud de todo en todos, es oración. Porque una es la energía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que lleva a plenitud todo en Jesucristo.

El arma suprema es la constancia en la oración y el duelo, a fin de no caer de la alegría de la oración en la presunción, sino permanecer salvo tomando sobre sí el dolor que regocija el corazón. La oración infalible es el calor que acompaña a la oración de Jesús que ha venido a traer fuego a la tierra de nuestros corazones. Ella quema las pasiones como las espinas y da al alma el gozo y la alegría. Ella no viene ni por la derecha ni por la izquierda ni por arriba, sino que brota del corazón como una

fuente de agua que corre del Espíritu que da la vida. No desees hallar y poseer otra cosa en tu corazón y guarda tu mente siempre libre de imágenes y despojada de reflexiones y pensamientos y no temas. (Hesyquiasta.)

SAN GREGORIO DE PALAMAS (m. 1359)

San Gregorio de Palamas (1296-1359), arzobispo de Tesalónica, es el más grande teólogo del movimiento Hesycasta. Sus obras fueron aprobadas por tres concilios (Constantinopla, 1341, 1347, 1351). Migne las recoge en PG 150 y 151.

1. La virtud de la oración es la que lleva a cabo el sacramento de nuestra unión con Dios, pues la oración es el vínculo de las criaturas racionales con el Creador (PG 150, 117 B).

2. Dios es el Bien en sí, la Misericordia misma, un abismo de Bondad, y, al mismo tiempo, El abraza ese abismo y excede todo nombre y todo concepto posibles. No hay otro medio para alcanzar su misericordia que la unión con El. Uno se une a Dios compartiendo, en la medida de lo posible, las mismas virtudes, por ese comercio de súplica y de unión que se establece en la oración.

La participación en las virtudes, por la semejanza que instaura, tiene por efecto disponer al hombre virtuoso a recibir a Dios. Pertenece al poder de la oración operar esta recepción y consagrar místicamente el crecimiento del hombre hacia lo divino y su unión con El —pues ella es el lazo de las criaturas razonables con su Creador— siempre a condición de que la oración haya trascendido, gracias a una compunción inflamada, el estadio de las pasiones y de los pensamientos. Pues un espíritu ligado a las pasiones no podría pretender la unión divina. En tanto que el espíritu ora en esta clase de disposición, no obtiene misericordia; en cambio, cuanto más éxito alcanza en alejar los pensamientos, más adquiere la compunción y, en la medida de su

compunción, participa en la misericordia y en su consuelo. Que persevere humildemente en este estado y transformará enteramente la parte apasionada del alma...

3. La conversión del espíritu hacia sí mismo consiste en cuidarse de sí mismo; su ascensión hacia Dios se opera ante todo porla oración: a veces será una oración recogida y encontrada, a veces será una oración más extendida... El que persevera en esta concentración del espíritu y en este crecimiento hacia Dios, rechazando enérgicamente los importunos pensamientos, se acercará interiormente a Dios y entrará en la posesión de los bienes inefables, gustando el siglo futuro y conociendo espiritualmente cuán bueno es el Señor, según la palabra del salmista: *"Gustad y ved qué bueno es Yavé"* (Sal. 34, 9).

Llegarse a la Trinidad espiritualmente y unir la oración a este cuidado, no es demasiado difícil. Pero perseverar largo tiempo en este estado generalmente inefable, esa es la dificultad misma. El trabajo que requiere cualquier otra virtud es insignificante y ligero en comparación (al trabajo que se requiere para perseverar en la constancia en la oración). He aquí por qué muchos renuncian al encierro de la virtud de la oración y no llegan más que a los grandes espacios abiertos a los carismas. Pero a los que son pacientes (y constantes en la oración), los están esperando los más grandes auxilios divinos, que los sostendrán y los llevarán gozosamente hacia adelante, haciéndoles fácil la dificultad misma y confiriéndoles una aptitud angélica. Dichos auxilios otorgan a la naturaleza humana la posibilidad de vivir (por encima de sí misma) según las naturalezas que la sobrepasan. El profeta lo ha dicho: *"Los que esperan en Yavé renuevan sus fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren sin fatigarse y caminan sin cansarse"* (Is. 40, 31). (Capítulos sobre la oración y Apología de los hesicastas.)

BEATO JUAN TAULER-TAULERO (m. 1361)

El beato Taulero nació en Estrasburgo (Francia). Es autor de varios tratados de mís-

tica que le han grangeado merecida celebridad: Sermones del tiempo y de Santos; *la* Vida de Jesucristo; *Las* Epístolas; *el* Alfabeto dorado; Diálogo de un teólogo con un mendigo; *y el más importante,* Las Instituciones. *Su fiesta es el 17 de mayo.*

1. Leemos en la Carta de San Pedro: "*Permaneced unánimes en la oración*" (1 Ped. 3, 8). San Pedro menciona aquí lo más útil, lo más deleitable y la más noble de todas las obras. Esto es lo más provechoso que podemos hacer en cualquier tiempo; por tanto, debemos conocer qué cosa es la oración, su esencia, el modo cómo la hemos de hacer y el porqué debemos orar, así como cuál sea el lugar más adecuado para la oración.

¿Qué es oración?—Orar es esencialmente elevarse a Dios en el fondo del alma, como dirían los santos doctores. Lugar para la oración es el mismo espíritu, como ha dicho el Señor. En cuanto al modo de disponerse y comportarse es de lo que vamos a hablar ahora brevemente.

2. *Descalzarse para entrar*. Pero tened por cierto que el hombre de bien, si quiere aplicarse a orar sinceramente y como conviene para que su oración sea realmente escuchada, debe, ante todo, volver la espalda a las cosas temporales, a todo lo que no es divino, sean amigos o extraños, vanidad de atuendos, juguetes o cualquier cosa que no esté puramente motivada por Dios. Tiene, además, el deber de desechar de sus palabras y de la conducta todo desorden interior y exterior. Es así como el hombre debe prepararse a la verdadera oración.

Cuando San Pablo dice que el que ora debe tener el alma unificada, quiere decir que el corazón debe estar entera y exclusivamente unido a Dios, que el hombre debe tener la mirada de su fondo y de su corazón orientado totalmente hacia Dios y adherirse a El con afecto y generosa unión.

3. Mis amigos: Es de Dios de quien nos viene todo lo que poseemos; por tanto, no podremos menos de devolverle todo cuanto hemos recibido de El: la mirada interior y el corazón vuelto solamente hacia El, sin compartirlo con nada ni con

nadie, verdaderamente uno. Así es como el hombre debe desplegar sus facultades interiores y exteriores y elevarlas todas a Dios. Este es el verdadero método de oración.

En el santuario. No os imaginéis que la oración consiste en musitar exteriormente con la boca, recitar un número de salmos, de preces y desgranar el Rosario mientras que el corazón divaga. Tened esto en cuenta: Todas las fórmulas de oración y todas las obras que os impiden la comunicación con Dios en vuestro corazón, debéis dejarlas decididamente a un lado, cualesquiera que fueran todas esas prácticas piadosas, de cualquier manera que las llaméis, por grandes y buenas que os parezcan, a menos que se trate de las "Horas" a las que estáis obligados por la ley de la Iglesia. Fuera de este caso, da de mano a las demás que puedan ser para ti un obstáculo a la real y verdadera oración...

4. *La oración mental.* La oración mental aventaja y sobrepasa todas las oraciones vocales, porque el Padre quiere hombres que le adoren así, y todos los otros rezos no son sino medios para la oración del espíritu. Todo debe estar al servicio de la oración y aquello que no ayude a esto, debemos dejarlo de lado decididamente.

Fijaos en todos cuantos trabajan en la construcción de una catedral. Se ejecutan trabajos diferentes. Puede que haya allí más de cien obreros ocupados en la construcción sirviendo de modos diversos. Unos acarrean piedras, otros argamasa, cada uno según su tarea, pero todos encaminados a la construcción del edificio. Este no tiene más finalidad que ser casa de oración. La oración es la razón de todo aquel maravilloso trabajo. Así es que todos los otros métodos están encaminados a la oración, a la unión con Dios. Si se hace la oración interior, la verdadera oración, todo lo conducente a ella es provechoso, ha conseguido su fin.

5. Por lo demás, queridísimos amigos, sabed que se hacen un daño espantosamente grande y mortífero todos aquellos que menosprecian esta obra *de la oración interior* y no emplean en ella todas sus facultades. Viven en grandísimo peligro perdiendo tiempo tan precioso... ¡Que nadie se atreva a distraer a los hijos

de Dios forzándolos al vértigo del activismo o metiéndolos en la multiplicidad con sobrecarga de prácticas vulgares y obras externas. Podrían extraviarlos (Temas de oración, 13).

6. Si alguien preguntare, cómo podrá más fácil y compendiosamente conseguir una vida deiforme y llegar a ser hecho un espíritu con Dios, le diré que aprendiendo a ser un diligente morador de sí mismo, recogiéndose *en oración* dentro de sí con una perpetua *introversión*. Porque allí es donde verdaderamente *se siente* resplandecer la luz; allí es donde se oyen las inspiraciones, los movimientos y los instintos del Espíritu Santo (Div. inst. c. 28).

SANTA BRIGIDA (m. 1373)

Santa Brígida de Suecia nace en 1302 y en 1316, cuando no tenía más que 14 años, su padre la compromete en matrimonio al príncipe Ulfo de Nericia. Brígida hubiera preferido la muerte, pero obedece y del fruto de este matrimonio nació una niña que el mundo conocerá con el nombre de Santa Catalina de Suecia. Su esposo murió como un santo, y al quedar viuda funda la Orden de San Salvador. Tuvo grandes revelaciones que recoge en un libro que la ha hecho famosa.

1. A esta Santa le apareció una vez Nuestra Señora y le dijo: "El demonio envidioso del bien de los hombres, procura cuanto puede ponerles impedimentos y estorbos cuando están en la oración; pero tú, hija mía, aunque seas molestada en ella de cualquier tentación, por mala que sea, y te parezca que no la puedes desechar, procura perseverar como pudieres en tu buena voluntad y deseos santos, y esa será muy buena y provechosa oración y de mucho merecimiento delante de Dios" (Cit. Blosius).

2. Palabras de Jesucristo a su esposa sobre la manera de hacer oración y sobre el respeto que se debe tener al hacer oración:

Soy vuestro Dios, que, crucificado sobre la cruz, verdadero Dios y verdadero hombre en una persona, continúo todos los días en las manos de los sacerdotes. Cuando me dirigís cualquier oración, terminadla siempre así: *Hágase tu voluntad y no la mía.* Pues cuando me rezáis por los condenados no os escucho. A veces deseáis lo que es contra vuestra salvación; por tanto, es necesario que sometáis vuestra voluntad a la mía. Sé todo y preveo todo lo que os es útil. A la verdad que son bastantes los que me rezan, pero no con pureza de intención, y por ello no merecen ser escuchados. (Rev. edic. franc. pág. 36.)

3. Oí una voz del cielo que decía: "Por las oraciones de mis amigos aquel pecador obtendrá antes de morir la contrición divina, de suerte que no descenderá al infierno, sino que será purificado soportando las penas del Purgatorio. Y esa alma, una vez purificada, tendrá la recompensa en el cielo, con los que han tenido en la tierra fe y esperanza con un poco de caridad... (Ibíd., pág. 146).

4. Aquel que ofrece a Dios por el alma de otro un *Pater noster*, etc., le ofrece algo más agradable que si ofreciera un gran peso de oro (Ibíd., pág. 166).

5. Os suplico que os esforcéis en obtener mediante vuestras oraciones, de Dios que todo lo puede, para que os dé la paciencia y llene vuestro corazón de su amor (Ibíd., pág. 166).

SANTA CATALINA DE SIENA, Dr. (m. 1380)

Santa Catalina de Siena, virgen, es al mismo tiempo profetisa y reformadora, oráculo de reyes y papas, maestra iluminada en las vías de la perfección, prodigio de penitencia y víctima de amor de Dios. A los siete años hace voto de perpetua virginidad y empieza los primeros ensayos de vida anacorética. A los 17 años se hace terciaria dominica y lleva una vida de asceta entregada a la oración y la penitencia. Su influencia en la política de su

tiempo fue decisiva, consiguiendo la pacificación de Italia y el traslado de la Corte del Papa a Roma. Muere en 1380 cuando solamente contaba 33 años.

1. Por ningún otro modo gusta y es iluminada el alma tanto de la verdad como por la oración humilde y continua, fundándose en el conocimiento de sí y de Dios, y al ejercitarse en ella se une a Dios, siguiendo las huellas de Cristo Crucificado (Dial. Proemio).

2. De modo que acrecienta el fuego de tu deseo, y no dejes pasar un momento sin que pidas (por las almas del Purgatorio) con ruego humilde y continua oración (El Dial. 4).

3. Puesto que a mí vosotros no me podéis hacer ningún bien (por mi amor) debéis hacérselo al prójimo. Esta será la prueba de que me tenéis en vuestras almas por la gracia, en que hacéis frecuentes oraciones buscando mi honor y la salvación de las almas (El Dial. 7).

4. ¿Cómo se conoce que la fe está viva? En la perseverancia en la virtud, sin volver la vista atrás por motivo alguno, sin abandonar la oración, a no ser por obediencia o caridad. De otro modo no debe dejar la oración. Porque muchas veces llega el demonio con asaltos y trabajos en el tiempo destinado a la oración, y precisamente en el tiempo establecido para la oración más que cuando la persona no se encuentra en ella. Esto la lleva al tedio en la oración, diciéndole muchas veces: "Esta oración no te vale, porque no puedes atender a otra cosa que a lo que pronuncias". Y esto lo hace el demonio para llevarla al tedio y a la confusión de espíritu, para hacerla abandonar el ejercicio de la santa oración. Y es que ésta (la santa oración) es el arma ofensiva que tiene el alma para luchar contra cualquier adversario... (El Dial. 65).

5. Sabe, queridísima hija, que en la oración humilde, fiel y continua, adquiere el alma todas las virtudes con la perseverancia en la misma. Por eso debe perseverar en ella, y nunca dejarla por más ilusiones que le traiga el demonio, ni por propia fragilidad; es decir, por más pensamientos que la importune, ya ven-

gan de su propia carne o de lo que otros digan. Pues muchos la atacarán movidos por el demonio que se pondrá en su lengua haciéndoles que digan cosas para impedir su oración. Pero todo lo debe sufrir con la virtud de la perseverancia.

6. ¡Oh, qué dulce es el alma y grato a mí la santa oración en la morada del reconocimiento de lo que ella es y lo que Yo soy, abriendo los ojos del entendimiento con la luz de la fe y el afecto de la abundancia de la caridad!... ¿Dónde adquiere el alma el amor? En la morada del conocimiento de sí misma por la santa oración...

Pero no pienses que se recibe tan gran ardor y alimento sólo con la oración vocal, como piensan muchas almas, cuya oración es de palabras más que afecto, de modo que parece que no atienden a otra cosa que a recitar muchos salmos y padrenuestros. Satisfecho el número que se han determinado rezar, parece que no piensan en otra cosa; como si la finalidad de la oración fuera sólo la recitación vocal. No debe ser así, pues no haciendo más que esto, sacan poco fruto, y esto me agrada poco.

Si me preguntas: "¿Se debe abandonar ésta, puesto que parece que todos están llamados a la oración mental?". No, sino que debe andar con cuidado; pues bien sé Yo que el alma es primeramente imperfecta y después perfecta; y así es su oración. Debe, pues, no caer en la pereza cuando todavía es imperfecta; debe usar la oración vocal, pero no debe hacerla sin la mental, es decir, que mientras recita las oraciones debe ingeniarse para levantar y dirigir su mente a mi afecto en general, con la consideración de sus defectos y la sangre de mi Hijo unigénito, para que el conocimiento de sí y la consideración de sus defectos la hagan reconocer mi bondad...

Debe, pues, el alma condimentar el conocimiento de mi bondad con el conocimiento de sí misma y el conocimiento de mí. Así será provechosa la oración vocal a quien la haga y a mí me será agradable; y de la oración vocal imperfecta pasará a la mental perfecta si persevera en su práctica.

Pero si únicamente atiende a cumplir con el número de oraciones, o si por la vocal abandonase la mental, nunca alcanzará la perfección... En cuanto el espíritu se halle preparado, debe

dejar la oración vocal para seguir con la mental... La oración hecha de este modo lleva a la perfección. Por ello, la vocal, de cualquier modo que se haga, no debe ser descuidada, sino perfeccionada...

Ves por tanto que la oración perfecta no está en las muchas palabras, sino en los afectos y deseos, elevándose a mí por el conocimiento de sí misma... Así poseerá a la vez la oración vocal y la mental, porque ambas se hallan unidas... Debe, pues, el alma esforzarse varonilmente a sí misma con la oración que es como una madre. (El Dial. 66.)

7. **Llamad y se os abrirá**

Me desagrada mucho aquél que no llama con energía a la puerta de la sabiduría de mi Hijo unigénito siguiendo su doctrina. Seguirla es llamarme a aldabonazos con la voz del santo deseo, con humilde y continua oración a mí, Padre eterno.

Yo soy el Padre que os da el pan de la gracia por medio de esta puerta de mi Verdad. Alguna vez para probar vuestros deseos y perseverancia, hago como que no os oigo; pero os entiendo y doy aquello de que tenéis necesidad, pues os doy el hambre y la voz para que llaméis, y Yo, al ver vuestra constancia, cumplo vuestros deseos cuando están ordenados y dirigidos a mí.

A llamar os invitó mi Verdad cuando dijo: "*Llamad y se os responderá; golpead y se os abrirá; pedid y se os dará*" (Mt. 7, 7; Lc. 11, 9). Y lo mismo quiero que hagas tú: que nunca aflojes el paso en el deseo de pedir mi ayuda, ni bajes la voz para llamarme, pues Yo hago misericordia al mundo. No dejes de dar golpes a la puerta de mi Verdad siguiendo sus huellas. Alégrate con El comiendo el pan de las almas para gloria y alabanzas de mi nombre. Gime con ansiedad sobre el cuerpo muerto del hijo del género humano, al que he visto llegado a tanta miseria que tu lengua sería incapaz de narrar.

Por este gemido y grito haré misericordia al mundo. Esto es lo que pido a mis siervos y esto será para mí signo de que me aman de veras. (El Dial. 107.)

No dejéis de ofrecerme el lloroso incienso de las oraciones por la salvación de las almas, pues quiero ser misericordioso con el mundo y lavar la cara de mi esposa la Iglesia con las oraciones, sudores y lágrimas... (El Dial. 86.)

Yo me dejaré obligar por los deseos, lágrimas y oraciones de mis siervos, y tendré misericordia con mi esposa (la Iglesia), reformándola con buenos y santos pastores. (El Dial. 129.)

8. ¿Cómo podría creer que pueda haber amor a Dios en aquella alma que se descuida de tratar con El por medio de la oración?

Dios me ha hecho comprender que nunca llegaría a la perfección, ni a la posesión de ninguna sólida virtud sin la oración humilde, fiel y perseverante... Ella es la madre que concibe y nutre todas las virtudes y sin la cual todas se debilitan y mueren. (Testamento.)

9. No puede el alma llegar a poseer verdaderamente a Dios si no le entrega todo su corazón, sin división de afectos. Y no lo entregará sin la ayuda de una oración humilde en que reconozca bien su propia nada. Debe entregarse a esta clase de oración con toda el alma y muy de veras hasta contraer un hábito. Con la continua oración crecen y se fortalecen las virtudes; sin ella, se debilitan y mueren (Vida 3.ª, p. 4).

10. A esto te invito..., a buscar a Dios y pensar en El, deleitándote en permanecer siempre ante Dios por la humilde y continua oración. Esta te propongo como práctica principal, de modo que en ella emplees tu tiempo hasta donde te sea posible, porque *la oración* es la madre que, en la caridad para Dios, engendra las verdaderas virtudes y las da a luz en la caridad con el prójimo. En la oración aprenderá el alma a despojarse de sí y a revestirse de Cristo; gustará la fragancia de la continencia; adquirirá tal fortaleza que no se preocupará de los combates del demonio, de la rebelión de la frágil carne ni de lo que digan las criaturas que quisieran apartarte del santo propósito *de la oración*. Contra todos serás fuerte, constante y perseverante hasta la muerte. En la oración te enamorarás de los sufrimientos para asemejarte a Cristo crucificado. Allí descubrirás la luz sobrenatural con la que andarás por el camino de la verdad. Muchas otras cosas tendría que decirte sobre esta madre, la oración, pero no lo sufre la brevedad del tiempo (Cta. 194: a la Señora Tora).

11. Si en la oración se acumulan combates de diversos modos, haciendo el demonio que entienda que la oración no es

agradable a Dios, aunque sean muchos los ataques y oscuridades, no se debe por ello abandonar, sino permanecer firme, con fortaleza y prolongada perseverancia. Piense que el demonio lo hace para apartarnos de la madre, que es la oración, y que Dios lo permite para probar la fortaleza y constancia del alma, para que en los ataques y tinieblas reconozca que nada es, y para que la buena voluntad, con que se siente protegida, entienda que la bondad de Dios da y conserva las buenas voluntades. Esta voluntad no se niega a quien la desea.

De este modo se llega a la tercera y última oración, la mental, en la que se recibe el fruto de los trabajos que sufre el alma en la oración imperfecta. Aquí saborea la leche de la verdadera oración. Se eleva sobre sí misma, es decir, sobre las groseras percepciones de los sentidos; con mente angélica se une a Dios por afecto de amor, y con la luz del entendimiento ve, conoce y se viste de la verdad. Se ha hecho hermana de los ángeles, está con el esposo a la mesa del atribulado deseo y se deleita en buscar el honor de Dios y la salvación de las almas, porque se da cuenta de que por esta finalidad corrió el Esposo a la afrentosa muerte de cruz y dio cumplimiento a la obediencia del Padre y a nuestra salvación. Verdaderamente que esta oración es una madre que en la caridad de Dios concibe la virtud y, en la caridad del prójimo la da a luz. ¿Dónde manifiestas tú el amor, la fe, la esperanza y la humildad? En la oración. Porque no te preocupas de buscar lo que no amas. Quien ama quiere siempre unirse con lo que ama, es decir, con Dios. Por medio de la oración pides lo que necesitas, porque conociéndote (en el conocimiento está fundada la verdadera oración) ves tener gran necesidad por sentirte cercada de tus enemigos: del mundo con las injurias y recuerdo de los diversos placeres; del demonio, con muchas tentaciones; y de la carne con gran rebelión y lucha contra el espíritu. Ves que por ti nada eres y, siendo nada, no te puedes valer. Por eso corres con fe al que tiene existencia propia, puede y quiere socorrerte en todas tus necesidades, y con confianza le pides y esperas su ayuda. Nunca te será negada cosa justa que pidas de este modo a la divina Bondad. De lo contrario, *si dejas la oración,* con nada sacarás fruto. ¿Dónde sentirás el dolor de la

conciencia? En la oración. ¿Dónde te despojarás del amor propio que te hace impaciente en el tiempo de las injurias y otros sufrimientos? ¿Dónde, pues, te vestirás del amor divino que te hará paciente y te gloriarás en la cruz de Cristo? En la oración. ¿Dónde percibirás el perfume de la virginidad, el hambre del martirio y te dispondrás a dar la vida por el honor de Dios y la salvación de las almas? En esta dulce Madre, la oración. Ella te hará observante en la Orden, sellará tu corazón y tu mente con los tres votos solemnes que hiciste en la profesión, dejando allí la impronta del deseo de observarlos hasta la muerte. Te elevará del trato de las criaturas y te lo dará con el Creador. Ella llenará el vaso del corazón con la sangre del humilde Cordero y lo rodeará de fuego, ya que fue derramada con fuego de amor.

El alma recibe y gusta más o menos perfectamente de la oración, según se alimente con el manjar angélico, a saber, del santo y verdadero deseo de Dios, levantándose, como queda dicho, a tomarlo arriba, en la mesa de la santísima cruz. (Cta. 26 a Sor Eugenia, sobrina de la Santa.)

12. La oración vocal es aquella que, hablando con la lengua se reza el Oficio Divino y demás oraciones vocales. Todas estas oraciones se hallan ordenadas a la *oración mental*. A ella llega el alma cuando ejercita la mente en la oración vocal con prudencia y humildad, o sea, que hablando con la lengua, no se aleja de Dios su corazón. Debe, sin embargo, esforzarse por fijar y poner el corazón en los afectos de la caridad.

Cuando su espíritu advirtiese que es visitado por Dios, es decir, que en algún modo es arrastrado a pensar en su Creador, debe abandonar la oración vocal y fijar su mente, con afecto de amor, en aquello con que advierte que Dios la visita. Una vez cesado esto, si tiene tiempo, debe reemprender la oración vocal, para que el espíritu esté lleno y no vacío.

13. No debemos abandonar la oración porque durante ella menudeasen los ataques (del demonio) y las tinieblas espirituales con gran turbación, de diversos modos, haciéndonos ver el demonio que nuestra oración no será grata a Dios a causa de tantos combates como tenemos, sino permanecer firmes, con fortaleza y larga perseverancia, considerando que el demonio

obra así para que nos apartemos de la madre, la oración. Dios los permite para probar nuestra fortaleza y constancia y para que en ellos conozcamos que nada somos, y reconozcamos en su voluntad a la bondad de Dios, puesto que El es quien conserva y da la buena voluntad y ésta no es negada a quien la desea. De este modo se llega a la tercera y última manera de oración, es decir, a la mental, en la que recibe el fruto de los trabajos que sufre en la imperfecta oración vocal. Entonces gusta la leche de la oración fiel, se eleva sobre la grosera percepción sensible y, con espíritu angelical, se une por afecto de amor con Dios, y con la luz del entendimiento, ve, conoce y se viste de la verdad. Se ha convertido en una hermana de los ángeles y está con su esposo a la mesa del torturado deseo deleitándose en la búsqueda de la honra de Dios y de la salud de las almas, porque comprende perfectamente que por esto corría el eterno Esposo a la afrentosa muerte de cruz, cumpliendo así con la obediencia del Padre y con nuestra salvación.

14. Claramente ve que la oración es (verdaderamente) una madre que concibe a las hijas las virtudes en la verdad de Dios y que los alumbra en la caridad con el prójimo. ¿Dónde encontramos la luz que nos guía por el camino de la verdad? En la oración. ¿Dónde se manifiesta el amor, la fe, la esperanza y la humildad? En la oración. Porque si no amáis, no haréis otras cosas. Por el contrario, el que ama desea unirse con el amado por medio de la oración. A El le pide en su necesidad, porque conociéndose a sí mismo como solamente se puede conocer por la oración, se ve en gran necesidad y rodeado de enemigos: el mundo, con las injurias; el demonio con muchas tentaciones; y la carne, que se opone al espíritu, rebelándose contra la razón. (Allí en la oración) ve y comprende que no existe por sí misma y que por ello no se puede curar. Por eso, con fe, corre al que existe por sí mismo, al que sabe, puede y quiere socorrerla. En toda necesidad a El acude pidiendo y de El espera su ayuda con confianza. Así se ha de hacer la oración y se debe querer lo que esperamos y no se nos negará cosa justa que pidamos a la divina bondad.

15. Poco fruto sacaréis si obraseis de otro modo. ¿Dónde percibiremos la fragancia de la obediencia? En la oración.

¿Dónde nos despojaremos del amor propio que nos hace impacientes en el tiempo de las injurias o de otros sufrimientos?, y ¿dónde nos revestiremos del amor divino que nos convierta en tan pacientes que nos gloriemos en la cruz de Cristo? En la oración. ¿Dónde percibiremos el perfume de la continencia, de la pureza, del hambre del martirio, disponiéndonos a dar la vida por la honra de Dios y la salvación de las almas? En esta dulce madre, la oración. Ella nos hará observar los mandamientos de Dios, sellará con sus consejos el corazón y el espíritu, dejándonos la impronta del deseo de seguirle hasta la muerte. Ella nos aparta del trato de las criaturas y nos lo proporciona con el Creador. Ella llena el vaso del corazón con la sangre del Cordero inmaculado y la cubre de fuego, porque con el del amor fue derramada.

Es cierto que en mayor o menor grado recibe y gusta de esta madre, de la oración, en conformidad a como se alimente del manjar de los ángeles, a saber, del santo deseo de Dios, elevándose, como queda dicho, a tomarlo en la mesa de la cruz, y no de otra manera. Por eso os dije que deseaba ver que os alimentabais del manjar de los ángeles, ya que de otra manera no podréis tener la vida de la gracia ni ser verdaderos hijos de Cristo crucificado. Permaneced en el santo amor de Dios. (Cta. 353 a la Señora Catella.)

16. Si (en la oración) no sentimos *devoción* cuando queremos, y en su lugar notamos los combates y molestias, y nuestro espíritu se siente estéril y seco, es que nos conviene el sufrimiento con amargura, aflicción y grandísimo tedio.

El demonio muchas veces nos hará ver con sus estratagemas que lo que decimos y hacemos no es agradable ni acepto a Dios, como si dijera: "Puesto que eso no le agrada por ser tú malo, déjalo por ahora; otra vez, quizá, lo verás mejor y podrás hacer tu oración". Esto lo hace el demonio para que dejemos la práctica material y espiritual de la santa oración vocal y mental. Porque, si perdemos las armas con que el servidor de Dios se defiende de los golpes del demonio, de la carne y del mundo, conseguirá de nosotros lo que quiera, someterá a él la ciudad del alma, y entrará en ella como señor. Por haber perdido las armas y la fuerza de la oración, no podrá ocurrir sino eso.

17. La oración es la que hace que nos conozcamos a nosotros mismos perfectamente y también a nuestra propia debilidad y la infinita caridad y bondad de Dios. Ambas cosas se conocen mejor en el tiempo de los combates, cuando el espíritu se encuentra árido. De ahí deduce la perfecta humildad y solicitud. Por lo cual, el alma prudente y no esclava de la propia voluntad, bajo pretexto de consuelo, si no cree al demonio, sino que, por el contrario, con valentía y odio santo a sí mismo persevera en la oración, aprovecha más por la amargura y sufrimientos (de la manera que Dios los dé) que por la dulzura misma. Porque en la necesidad, conociendo que por sí nada puede, corre con toda humildad y verdadera solicitud a su Bienhechor y confía sólo en Dios que puede y quiere venir en su ayuda. (Cta. 71 a la Sra. Bartolomea.)

18. Así, pues, debemos gozarnos en el tiempo de los combates y no caer en la turbación, porque, al no poder el demonio engañarnos con el anzuelo del deleite, nos quiere atrapar con el de la turbación, deseando hacernos ver en ese tiempo que estamos reprobados de Dios y que las oraciones y otras santas prácticas no nos valen. Dice a nuestro espíritu: "Esto que haces no te vale. Debes hacer tu oración y las demás cosas con puro corazón y espíritu tranquilo, y no con tan deshonestos y variados pensamientos. Por tanto: mejor te es dejarlo y estar".

Todo esto lo hace *el demonio* para que echemos por tierra las prácticas piadosas y la humilde oración, la cual es el arma con que nos defendemos o, mejor dicho, un vínculo que ata y robustece nuestra voluntad en Dios, que acrecienta la fortaleza con la ardentísima caridad con que el alma resiste a los ataques, como queda dicho. Por eso intenta el demonio con este anzuelo, que la echemos por tierra, pues, perdida la oración, podrá obtener pronto de nosotros lo que quiera. (Cta. 169 a Fray Mateo Tolomei.)

BEATO JUAN RUYSBROECK (m. 1381)

Juan Ruysbroeck, llamado el Admirable,
fue capellán de Santa Gúdula en Bruselas y

luchó denodadamente contra la secta de los Hermanos del Espíritu Libre. *Más tarde se retiró con algunos amigos a una ermita donde hacían vida conventual. Allí escribió varios libros muy valiosos y llenos de sabiduría. En 1908 la Congregación de Ritos aprobó el culto que como beato se le venía tributando.*

Los que por el estudio y cuidado de las virtudes y el ejercicio interior de la oración penetraron y cavaron hasta el fin en su centro y hasta su mismo origen, que es la entrada en la vida eterna, llegarán a sentir y percibir el contacto divino, donde de verdad resplandece la inmensa claridad de Dios, de tal manera que la razón y el entendimiento son absorbidos y compelidos, quiera o no quiera, a rendirse a la claridad incomprensible de Dios.

Este contacto interior con Dios es el que causa en nosotros el hambre y deseo del espíritu...; y cuanto mayor fuere el acercamiento, tanto mayor será el hambre y ansia de conseguirlo. Esta es llanamente la vida del amor, según su más excelente y principal operación, que trasciende también a la misma razón y entendimiento, de tal manera que nada podemos dar ni quitar al amor, porque todo él está tocado del amor divino; y, según yo entiendo, quien aquí llegare, no podrá fácilmente separarse de Dios. (Adorno de las bodas, c. 54 y 55.)

SAN VICENTE FERRER (m. 1419)

San Vicente Ferrer, dominico, es sin duda uno de los apóstoles más importantes y prodigiosos, no solamente de España y de la Orden Dominicana, sino, incluso, de toda la Iglesia. Quizá ninguno haya conseguido tantas y tan prodigiosas conversiones.

Tres cosas se requieren para obtener y conservar la amistad y unión con Jesucristo y llegar a la perfección de la vida espiritual: *oración, obediencia y penitencia (Serm. de S. Bartolomé).*

Oración: Contemplando y hablando se engendra el amor entre dos personas. Esto sucede en la oración, en la que se contempla a Jesús... (*Ibíd.*)

La oración debe ser mental y vocal, porque así lo exige el compuesto humano, carne y espíritu. Es mejor la oración mental que la vocal, pues el espíritu es más noble que la carne; por tanto, no debe ser preferida la oración vocal *(Serm. Sto. Agnetis).*

SAN BERNARDINO DE SIENA (m. 1444)

San Bernardino de Siena, franciscano, se destacó por su acendrada devoción a la Santísima Virgen y su pureza virginal. En Milán se revela como el enviado de Dios. Su noble ademán, palabra vibrante y fama de santo le dan un poder irresistible que subyuga y conquista a las multitudes. Le ofrecen el obispado de Siena, pero lo rechaza para estar más libre para orar y predicar.

1. La oración es una embajadora fiel, la conoce muy bien el Rey del Cielo, que tiene por costumbre entrarse muy confiadamente en sus tabernáculos más secretos y allí no se cansa de importunarle hasta que al fin alcanza la ayuda de gracia para nosotros miserables pecadores que gemimos en medio de tantos combates y tantas miserias en este valle de lágrimas. (Cit. S. Ligorio).

2. *María, dispensadora de todas las gracias.*—Tú eres la dispensadora de todas las gracias. Todos los dones, todas las virtudes y todas las gracias del mismo Espíritu Santo, son concedidas por manos de María a quien Ella quiere, cuando Ella quiere, como Ella quiere y en la porción que Ella quiere... De todas las gracias concedidas al género humano, Dios es el dador general, Cristo el Mediador general y la gloriosa Virgen es la Dispensadora general.

Toda gracia comunicada a este mundo tiene un triple proceso: de Dios a Cristo; de Cristo a la Virgen, y de la Virgen a nosotros, de una manera ordenadísima.

María es el cuello, a través del cual el flujo de la gracia llega a los miembros del cuerpo. *(P. Melús. Orar con María.)*

3. Predicador, cuando menos confíes en ti, más gracia te dará Dios. *Llamad y se os abrirá* (Mt. 7, 7), porque la palabra de Dios está de tal manera condicionada a la oración, que no parece sino que Dios estuviese encarcelado y sólo por la oración pudiésemos acercarnos a visitarle. (Sermón sobre San Mateo, 4, 4.)

SAN LORENZO JUSTINIANO (m. 1456)

San Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia, nació en 1381 de una noble y ejemplar familia cristiana. Cuando contaba unos 20 años, renuncia a todos los halagos del mundo y se consagra a Dios en el monasterio de San Jorge de Alga, bajo las órdenes de un tío suyo, canónigo regular. Allí se consagró a una vida austerísima de penitencia y oración. Siendo elevado al cargo de Superior General de la Orden, reformó las Constituciones.

1. Así como por los dulces sonidos del salterio o del órgano se reconoce la experta mano del artista, o, por el orden de las ideas y la recta pronunciación de las palabras, se manifiesta la ciencia del orador, así por los variados efectos de la oración se deduce su excelencia. Porque siendo como es una gran virtud, no pueden menos de ser extraordinarios los efectos que produce. Primero, esta virtud de la oración sana las enfermedades; así leemos en el Ecles, 38, 9: *Hijo, si caes enfermo, no te impacientes; ruega a Dios y él te curará.*

Estaba enfermo de muerte Ezaquías; no se encontraba medio que le aliviase; volviéndose hacia la pared, lloró, rezó y recuperó la salud. Quiso Dios con el ejemplo de este rey, dar a

conocer a todos la eficacia de la oración; el hombre afligido por la enfermedad aprende a pedir auxilio a Dios. Todos los médicos se mueven por dinero a procurar la salud de los demás, sólo el Señor se deja conquistar por una oración pura.

2. La oración, sobre todo, sana las enfermedades del espíritu; éste es el remedio más eficaz para aquel que es zarandeado por la seducción del pecado; siempre que se vea atacado por cualquier vicio, recurra a la oración; porque la oración frecuente extingue la fiebre de toda clase de vicios. Como el fuego se apaga con el agua, así los ataques de la viciosa concupiscencia se vencen con la oración.

3. También la oración es poderosa para triunfar sobre los enemigos, como aparece claramente en la historia de Moisés (Ex. 17, 11); cuando Amalec se disponía a atacar, Moisés subía al monte para luchar no con las armas, sino con los ruegos; de pie, con sus manos extendidas hacia el cielo, oraba fervorosamente: pedía auxilio no a la tierra, sino al cielo, de modo que aunque físicamente se encontraba separado de los enemigos, por el ardor de su oración se hacía presente luchando entre ellos. Mediante la oración la lucha de Moisés era oculta, pero su victoria manifiesta; oraba él solo para que muchos se salvasen; pero cesaba Israel de vencer, cuando Moisés cesaba de orar. Moisés con su perseverancia en la oración aseguraba la perseverancia en la victoria; perseverancia que cesaba en el momento que dejaba de orar, siendo tal el resultado cual fuese la oración, por lo que a nosotros se nos enseña cuán grande es el poder de la oración.

Porque, ¿qué justo ha luchado sin acudir a la oración? y ¿quién jamás fue vencido por el enemigo si ha empleado el arma de la oración? Por medio de la oración las llamas de Daniel se detienen, las fieras se amansan, caen los enemigos, las fuerzas hostiles son vencidas (Dan. 2, 23; 3, 49-50; 6, 22-23).

4. También contra los enemigos del espíritu la oración consigue la victoria. Ejemplo de esto tenemos en el Señor Jesús: estando a las puertas de la pasión, presa de angustias de muerte, oraba con más insistencia; quiso tener en la oración la compañía de un ángel, y así reconfortado se presentó espontáneamente

ante los enemigos; de modo que vencidos los enemigos aun antes de hacerse presentes, los venciese también cuando los tenía ante su vista. Huyen de la oración los enemigos como de los golpes del flagelo.

Debemos perseverar en la oración mientras dura la lucha; no nos asuste ni la multitud de los enemigos, ni la forma de guerrear, ni sus armas refulgentes como el vidrio: dará la victoria a los que luchan quien dio valentía para orar. Testigo David, cuando dice: *Bendito el Señor que no desechó mi oración, ni me negó su piedad* (Sal. 65, 20).

5. Finalmente la virtud de la oración ilumina al hombre; pues con la oración se solucionan las dudas mejor que con cualquier otra forma de discurso, y lo oscuro se aclara más rápidamente con la oración que con el estudio. A Daniel en la oración se le descubren misterios, se le otorgan revelaciones, y lo que a los sabios del siglo les estaba encubierto, se le manifiesta a él en virtud de la oración.

6. La oración infunde también tranquilidad; dice Job: *Si al despuntar el día levantas tu mente al Señor Omnipotente y le diriges tu oración, al punto te atenderá y derramará la paz sobre tu tienda* (Job. 8, 6): Cuantas veces, oh hombre, te veas envuelto en luchas y trabajos, recurre en seguida a la ayuda de la oración, insiste con ruegos, pide con gemidos, suplica con lágrimas, porque en la medida que muestras empeño en orar, recuperarás la gracia perdida, saldrás de la oración rebosando tranquilidad; no la busques en otra parte fuera de la oración; más aún, cuando la ira perturba tu espíritu, intenta sojuzgar tu mente y te quita la calma, acógete al refugio, sube al monte de la oración, allí al abrigo de todo contagio, gozarás de gran paz.

7. La oración aplaca a Dios y a modo de escudo protege de la ira divina, pues esta es función propia de la oración; por su medio se detiene la mano airada de Dios, se aplaca su venganza, se consigue el perdón, se aleja el castigo, se consiguen abundantes recompensas. El que ora, habla con Dios, conversa con el juez; se le muestra presente aquel a quien antes no podía ver por la confusión de su mente; la oración le introduce en los secretos del juez; en la oración nadie se siente rechazado, sólo

aquel que en la misma se conduce con tibieza. ¿A qué insistir más? Porque la oración es refugio del alma santa, consuelo para el ángel bueno, tormento para el diablo, obsequio agradable a Dios, muerte de los vicios, madre de las virtudes, solaz en esta peregrinación, espejo del alma, fortaleza de la conciencia, camino del conocimiento; la oración nutre la confianza, estimula la caridad, es alivio en la fatiga, causa de compunción, puerta del cielo, enemiga mortal de los malos pensamientos, recogimiento del alma distraída. La oración aviva el fuego de los divinos afectos, imita el oficio de los ángeles, es prenda segura de todos los bienes espirituales; el que logre perseverar en ella no podrá perecer. (Trat. de Orac. Cap. 2.)

8. Nada hay más sublime, nada más poderoso, que un hombre en oración; pero si el que ora, también ayuna, dispone de dos alas con que remontarse para escudriñar lo celestial y divino; no andará errante ni aturdido, ni podrá desfallecer (Ibíd. c. 5).

9. Mientras vivimos estamos empeñados en una lucha continua; oremos sin interrupción, ya que nada hay tan poderoso para quebrantar la furia de nuestros enemigos como la práctica de una oración perseverante (Ibíd. c. 6).

10. Con la oración levantamos una gran fortaleza donde únicamente podemos estar completamente seguros de las asechanzas y ataques de todos nuestros enemigos (In Lc. 9).

11. Yo me atrevo a afirmar que sin la oración no podemos alcanzar la salud eterna, porque la divina misericordia, de quien ella depende, sólo por la oración se nos aplica y obra en nosotros los efectos que son causa de la vida eterna (De Perf. Grad. c. 12).

12. *Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis* (Mc. 11, 24). Por eso la Iglesia acostumbra a orar unánimemente todas las veces que se ve necesitada de pedir algo al Señor; porque no hay medio tan eficaz sobre el querer divino como la oración, al menos si se hace con fe, serenidad, humildad y perseverancia (Sm. fiesta San Matías).

13. *En la oración debemos pedir lo que nos falta y dar gracias por todos los bienes recibidos.* La acción de gracias es un continuo y constante impulso de la buena voluntad que recuerda con reco-

nocimiento los beneficios de Dios. Ningún deber más necesario que el dar gracias por los dones recibidos, porque al darlas te haces merecedor de otros mayores, al demostrar que no se borran de tu corazón. Aprende, oh, hombre, a no retrasar tu acción de gracias al Señor; aprende a agradecerle cada uno de sus beneficios; piensa con cariño en los favores que el Señor te dispensa, de modo que no se fustre ninguno de sus dones por no haber sido debidamente agradecidos. Consigue que se favorezca continuamente el que tiene siempre ante sus ojos el beneficio recibido. Pero además se siente invitado a cosas más importantes el que tiene costumbre de dar las gracias por las cosas pequeñas, y puede esperar nuevos beneficios en el futuro, el que reconoce los que ha recibido en el pasado. Por lo cual, ¡oh, Señor Jesús, aunque nunca te podré tributar las debidas gracias por los bienes que de ti he recibido, al menos no dejaré de confesar por todas partes que soy incapaz de tributártelas debidamente!; esta confesión es una elemental acción de gracias. (Trat. de la Orac. c. 7.)

14. *De la oración pasamos a la contemplación.* El don de la contemplación es un don extraordinario a pocos concedido; por eso, el que lo posee que lo conserve tenazmente y no lo abandone en lo que le queda de vida, porque seguirá perfeccionándose aún después de esta peregrinación. Conviene advertir, por tanto, que la vida contemplativa aventaja a la activa en muchos aspectos.

En primer lugar, porque la contemplativa se orienta hacia lo mejor, o sea, hacia Dios, mientras la activa mira al prójimo. La vida contemplativa consiste en poseer el amor de Dios con todas las fuerzas del alma, descansar de toda acción exterior, anhelar sólo la unión con el Creador y, pisoteando toda otra clase de preocupaciones, inflamarse en deseos de contemplar el rostro del Señor. Sin embargo, la vida activa, vistiendo al desnudo, acogiendo al peregrino, educando al inferior, redimiendo al cautivo, protegiendo al violentamente oprimido, continuamente se purifica de sus culpas y enriquece su vida con los frutos de las buenas obras.

15. Supera también la vida contemplativa a la activa en esto, en que ve con más claridad; pues el alma que desea los

ocios de la contemplación ve más, pero (en cierto modo) engendra menor número de hijos para Dios. El que se entrega a la tarea de la predicación, ve menos, pero (al menos aparentemente) produce más. Ahora bien, todos reconocen que el que abraza una vida de retiro siente en sí mismo una suavidad inefable que proviene de la celestial sabiduría, y una luz gozosa que brota de las verdades ocultas, y que además esta dedicación a lo espiritual origina múltiples frutos al que está entregado a hacer el bien a la sociedad humana (Ibíd. c. 8).

16. Se ha de orar también con grandes deseos; a la oración ha de acompañar la intensidad del deseo; leemos en el Deut. 4, 29: *Cuando busques al Señor lo encontrarás con tal que lo busques con todo el corazón.* El deseo ardiente es un clamor que Dios escucha. Con todo, no debemos pasar por alto que el alma no siempre consigue al punto lo que pide al Señor con deseos vehementes, y se ve obligada a insistir una y otra vez en la oración. Esto redunda más en provecho que en perjuicio del que ora, pues las peticiones, al parecer desoídas, hacen que el deseo eche raíces más profundas en el alma del que ora. Así el grano de trigo, obligado por el hielo, se robustece más; tardará más en salir a la superficie, pero se desarrollará mejor y dará más fruto. Los deseos santos se intensifican cuando se dilata su realización, y aunque por algún tiempo parece que sufren una contrariedad, eso mismo trae consigo una especial retribución (Ibíd. c. 9).

17. Otra cualidad de la oración es la perseverancia. No merece ser escuchado por el Señor en la oración el que no pide con ánimo confiado y con esfuerzo perseverante. Así como no alcanza el trofeo en una competición el que desfallece antes de llegar a la meta, de igual modo se priva del fruto de la oración el que al orar no se muestre importuno. Claramente nos lo demuestra el Señor al proponernos el ejemplo del juez injusto, que no temía a Dios ni le importaban los hombres, pero que claramente fue vencido por la audacia de la viuda, que consiguió se le hiciese justicia frente a su adversario. Que ninguno de nosotros desfallezca en su oración; que nadie la menosprecie, pues el Señor a quien dirigimos nuestra oración, no la menosprecia; pues no bien ha salido de nuestros labios, ya la está escribiendo

El en su libro: por lo cual podemos esperar, sin que nos quepa la menor duda, una de estas dos cosas: que nos dará lo que le pedimos, o lo que El cree que nos será más útil (Ibíd.)

18. En verdad que la oración tiene una gran fuerza en la presencia de Dios, ya que le es presentada por los ángeles. Y ocurre así con tal de que sea ardiente en caridad, llena de fe, apoyada en una intención recta, acompañada de la humildad, limpia de sórdidos delitos y adornada de buenas obras. Una oración así agrada a Dios, alegra a los ángeles, exhala perfume de santidad, penetra en los cielos, consigue lo que pide, ahuyenta los demonios, vence a los enemigos, cambia a los hombres, repara las fuerzas, fortalece la mente, ilumina el corazón, acerca el alma a Dios, produce devoción, llena de dulzura al orante y, reuniendo los pensamientos dispersos, hace habitar con gozo al que se recoge dentro de sí.

Nadie es capaz de narrar lo poderosa que es la oración asidua del justo, lo necesaria que es para todos y su total conveniencia para los que desean llegar a la perfección. Me atrevo incluso a decir que nadie puede salvarse sin ella, ya que la misma salvación se da por la misericordia de Dios y la mediación de la oración. Así lo indica el Salmista diciendo: "*Bendito sea Dios que no retiró de mí ni mi oración ni su misericordia*" (Sal. 25).

En efecto, van por delante su gracia y su misericordia que justifican al impío, al que Dios también predestinó antes de la constitución del mundo. Pues antes de que existiéramos, por pura bondad nos predestinó y nos dio su gracia en su Hijo amado, nos llamó por su gracia y nos justificó por su misericordia. Tal justificación es la que hace nuestra oración aceptable. Toda nuestra capacidad de obrar el bien y de orar según conviene, hay que atribuirla a la misericordia de Dios y no a nuestros méritos, que sin su gracia no son nada... Pues la oración sin la gracia languidece y muere, pero ayudada por la gracia es de gran provecho: aumenta la gracia, fortalece la justificación e impetra la misericordia. Una vez obtenida ésta, la oración pasa a ser lo primero y se practica con más frecuencia. Es lo que experimentaron quienes merecieron percibir el gusto de la oración y el afecto de la devoción.

Digo esto porque no todo el que ora llega a la cima de la oración. Pues ésta tiene grados por donde ascienden los varones espirituales y se hacen queridos y cercanos a Dios...

Por experiencia comprobada se reconoce como extremadamente recomendable la oración vocal, que es puerta y guía para degustar la mental, y la que se manifiesta en el espíritu, de la que el Señor dice a la Samaritana: "*Mujer créeme, porque viene la ora y ya es en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. Pues a tales busca el Padre que le adoren. Dios es espíritu y los que le adoren deben adorarle en espíritu y verdad*". (Jn.4,21-24. De Perf. Grad. c.12).

SANTA CATALINA DE BOLONIA (m. 1463)

Fue abadesa en un monasterio de religiosas franciscanas con gran aprovechamiento espiritual de las mismas. Escribió varios tratados piadosos. Tuvo frecuentes revelaciones espirituales y anunció con anterioridad el día y hora de su muerte.

No he llegado a este estado sin prolongados martirios; pero la perseverancia en la oración ha sido mi vida, mi alma, mi maestra, mi consuelo, mi refrigerio, mi bien, mi reposo y todas mis riquezas. Ella me ha defendido de los golpes mortales del enemigo; por ella vivo, y como madre me ha alimentado, desterrando del alma toda inestabilidad y tentación: me ha inflamado en el amor divino, induciéndome olvido del mundo: y me parece que por otro medio no se consigue *(P. Malo, Cam. Abrev. de Perf.)*

BEATO ALANO DE LA ROCHE (m. 1474)

El Beato Alano, dominico de Bélgica, fue uno de los más grandes propagadores de la devoción mariana del siglo XV. Dejó escritos innumerables Sermones sobre la Santí-

sima Virgen, *los* Milagros del Rosario, *la* Vida de la Virgen *y un* Comentario del Cantar de los Cantares. *Pero su mayor popularidad se le debe a las* Grandes Promesas que la Santísima Virgen le prometió a los que recen devotamente el Santo Rosario, *y que en resumen son las siguientes:*

1. Quien me sirviere rezando constantemente mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.
2. Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente rezaren mi Rosario.
3. El Rosario será un escudo fortísimo contra el infierno, destruirá los vicios, librará de pecados y abatirá la herejía.
4. El Rosario hará germinar las virtudes y que las almas consigan copiosamente la misericordia divina: sustituirá en el corazón de los hombres el amor de Dios al amor del mundo y los elevará a desear las cosas celestiales y eternas. ¡Cuántas almas por este medio se santificarán!
5. El alma que se me encomiende por el Rosario no perecerá.
6. El que con devoción rezare mi Rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada: se convertirá, si es pecador; perseverará en la gracia, si es justo, y en todo caso será admitido a la vida eterna.
7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los auxilios de la Iglesia.
8. Quiero que todos los que rezan mi Rosario tengan en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia y sean partícipes de los méritos de los bienaventurados.
9. Libraré pronto del purgatorio a las almas devotas del Rosario.
10. Los hijos verdaderos de mi Rosario gozarán en el cielo de una gloria singular.
11. Todo cuanto se pidiere por medio del Rosario se alcanzará prontamente.
12. Socorreré en todas sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.

13. He impetrado de mi Hijo que todos los cofrades del Rosario tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la corte celestial.

14. Los que rezan mi Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15. La devoción al santo Rosario es una señal manifiesta de predestinación a la gloria.

(La Virgen al B. Alano de Rupe, O. P.)

BEATA FRANCISCA DE AMOBOISE (m. 1485)

La Beata Francisca de Amoboise nace en 1427, se casa a los 15 años y se queda viuda a los 30. Estaba decidida a consagrarse a Dios cuando se encuentra con el Beato Juan Soreth que estaba fundando los primeros conventos de la Orden Carmelita femenina. Entonces se hace colaboradora del Beato, por lo que es considerada entre las Carmelitas como Madre y Fundadora.

Dice la Regla que la vida del hombre sobre la tierra es tentación... No hay estado ni lugar tan santo y seguro en que no estemos sujetos a tentación. Este capítulo avisa que estemos siempre en guardia, y da los remedios. Es menester principalmente acudir a Dios, que no ha de faltarnos si algo le rogamos para nuestra salvación. Si El no os da su ayuda del modo en que se lo pedís, os la ha de dar de otra mejor manera. El os dará la fuerza de sobrellevar la tentación, o ha de quitárosla... (Exhortaciones y Ordenanzas, c. 3).

SAN NILO DE SORA (m. 1508)

Nació hacia el 1433, muy joven ingresó en el monasterio de San Cirilo de Bielozersk.

Peregrinó al Monte Athos, centro famoso de tradición hesicasta; allí estudió entusiasta a los Santos Padres, y vuelto a Rusia dejó su monasterio en busca de mayor soledad, estableciéndose en las márgenes del río Sora, donde muy pronto se le agregaron varios discípulos, llegando a formar pequeñas comunidades de oración como había conocido en el Monte Athos.

El gran Barsanufio decía: "Si la actividad interior no fortalece al hombre con la ayuda de Dios, sus trabajos exteriores habrán sido en vano". Y San Isaac el Sirio escribe: "La actividad del cuerpo sin la del espíritu, puede compararse a pechos secos o entrañas estériles, pues la sabiduría de Dios no llega hasta ella". Muchos otros de los Padres hicieron parecidas observaciones y todos están de acuerdo en este punto, que sin mucha oración, no conseguiremos la victoria contra nuestras pasiones.

Y si a pesar de la oración interior, los pensamientos importunos aumentan y se multiplican, y tu mente es incapaz de defender tu corazón, debes recitar una oración vocal con intensa aplicación y paciencia. Y si te sientes perezoso y fatigado, entonces llama a Dios en tu ayuda y oblígate a ti mismo a seguir orando con todas tus fuerzas...

San Marcos Ermitaño nos ha dado una regla para estos ejercicios y nos aconseja orar una hora, luego leer otra y en esta forma pasar el día. Pero si tu oración se llena de la dulzura de la divina gracia y eres consciente de su acción en tu corazón, entonces es aconsejable que perseveres en ella. Cuando te des cuenta de la continua acción de la oración de tu corazón, no la interrumpas ni te levantes para cantar por temor de que te abandone por tu propia negligencia. Pues dejar a Dios dentro de ti para llamarlo desde fuera es como inclinarse sobre un abismo...

Aun cuando estemos ocupados en cosas necesarias, nuestras mentes deben estar absorbidas por la oración y llenas del temor de Dios... El pensar en Dios, es decir, la oración mental, está por encima de todas las acciones y es la principal de todas las virtudes, puesto que ella es amor a Dios. (Regla monástica.)

GARCIA JIMENEZ DE CISNEROS (m. 1510)

García Jiménez de Cisneros, natural de Toledo, fue primo hermano del famoso cardenal Cisneros. En 1475 ingresó en el monasterio de San Benito el Real de Valladolid. De allí pasó al monasterio de Montserrat, del que fue primer abad reformado. Su obra principal fue el "Ejercitatorio de la Vida Espiritual", *obra excelente que ha sido reimpresa varias veces.*

Del provecho que los contemplativos traen a los demás

Las personas contemplativas aprovechan mucho a los otros y a sí mismas. Lo primero es por el buen ejemplo que dan, predicando (no con palabras, sino) con los hechos y las obras que Dios debe ser amado sobre todas las cosas, y que todo lo demás es vanidad, y esto es importante, porque la gente confía más en las obras que en las palabras.

Pero además, los contemplativos con sus devotas oraciones impetran bienes para todos, incluso a los mundanos y malos le pueden conseguir grandes bienes, como puede ser la paz del reino o cosa semejante; pues como sea que ningún bien se obtiene sin gracia especial de Dios, la cual más pronto impetran los buenos contemplativos que los activos.

Las almas contemplativas son como los ojos del cuerpo místico, del que todos somos miembros, y ellos son los que dan luz a todos los otros miembros. Y por tanto, aunque los ojos no trabajen como las manos y los pies, no obstante nadie podrá negar su utilidad.

Los contemplativos son destinados a referir a Dios y enderezar las obras de todos los que por ellos son iluminados y elevados en las cosas espirituales, pues los que lo son, por sí mismos sabrán y podrán siempre ordenar todo lo que hacen a Dios como a su fin, aunque estén en el siglo. Por eso no digo que en caso de necesidad la persona contemplativa no haya de dejar su contemplación para socorrer la necesidad de otro. No obstante, el que pudiese tener una vida, parte contemplativa y parte acti-

va, conjunta y perfectamente, como la tuvieron San Gregorio, San Bernardo y otros, sería mejor; pues quien bien mirase cuanto excede la excelencia del alma y de los bienes espirituales sobre los cuerpos, claramente comprendería que más aprovecha a toda la Iglesia la oración devota de un solo contemplativo, que la que puedan hacer doscientas personas de vida activa, si no están ocupados en ella por obediencia, para socorrer las necesidades de los otros...

Y así digo que si alguno por instinto del Espíritu Santo se sintiese inclinado o movido a seguir la vida contemplativa..., el tal sin vituperio de la vida activa, podrá dedicarse a la vida contemplativa, y esto será con alabanza, y no recibirá de ello pequeño galardón, a no ser que no pudiera por obediencia a su prelado, o a ejercitar algún oficio público, o en caso de urgente necesidad; digo "urgente necesidad" cuando fuese verosímil que algunos podrían perecer si por él no fuesen socorridos. (Ejercitatorio c. 41.)

SAN CAYETANO DE TIENE (m. 1547)

San Cayetano nació en Vicenza el 1480, hijo de los Condes de Tiene. Cursó estudios superiores en la Universidad de Padua, siendo investido doctor en ambos derechos. Fue miembro activo del Oratorio de Amor Divino, y por humildad no accedió al sacerdocio hasta los cuarenta años. Fundó la Orden de Clérigos regulares, o Teatinos, destinada a glorificar a la Divina Providencia. Murió el 7 de agosto de 1547.

1. Soy pecador, hija mía, y tengo en poca estima mis méritos. Pero recurro a los siervos del Señor para que rueguen por ti a Jesucristo y a su Madre. Mas advierte que todos los santos no pueden hacerte tan agradable a Cristo, como lo puedes tú misma. De tu voluntad depende, y si quieres que Cristo te ame, y eficazmente te ayude, ámale tú, encamina tu voluntad a complacerle en todo y siempre, y aunque fueras abandonada de todos

los santos del cielo y de todas las criaturas, no dudes, *que si tú se lo pides,* El te ayudará en todas tus necesidades.

Sabe, hija mía, que estamos en este mundo, como peregrinos, de viaje. Nuestra patria es el cielo. El que se embriaga en los goces de esta vida pierde el camino y va a la muerte. Mientras estamos aquí tenemos que conquistar la vida eterna. Pero nosotros solos no podemos. Jesucristo nos la ha reconquistado. Deber nuestro es *pedirle ayuda*, darle gracias, amarle, obedecerle, permanecer *en oración* a su lado cuanto nos sea posible.

2. El se nos ha dado en comida. ¡Infeliz el cristiano que ignora este don!... ¡Ay de aquel que no cuida de recibirlo!

El bien que deseas para mí, para ti lo quiero, hija mía. Pero un solo medio existe para su completa posesión: La oración constante a la Virgen María...

No temas pecar de audaz rogándole quiera darte a su Hijo, verdadero manjar de tu alma, en el Santísimo Sacramento. (Cta. a Isabel de Tiene, 10-7-1522.)

Puedes pedir a Dios cuantas gracias se te ocurran, pero no esperes alcanzarlas si no media la intercesión de la Santísima Virgen *(Cit. P. Melús, María Siempre).*

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA (m. 1555)

Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, se distinguió principalmente por su amor a los pobres y su extremada pobreza. Todo lo que le daban inmediatamente iba a parar a los más pobres. Incluso regaló su cama antes de morir y pidió permiso para poder morir en ella.

1. Es necesario a todo fiel cristiano que no se le pase algún día sin tener algún rato de lectura espiritual, meditación y oración; y si fuere posible que lo hiciere tres veces al día, mejor. Porque la lectura santa le muestra el camino del cielo, la meditación lo anda y la oración lo consigue. A la lectura sigue la meditación profunda, y a la meditación acompaña la oración humil-

de con gran confianza de alcanzar lo que pide, perseverando en ella con gran ahínco, y confesando y comulgando muy a menudo (Mod. Brev. de Serv. a N.S.).

La oración es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservar la vida ni ser algún manjar de provecho.

2. *Por María entramos en el cielo.*—¿Quién podrá responder a la pregunta ¿quién es María? Porque aunque todas las estrellas se convirtiesen en lenguas, y las arenas del mar en palabras, no se podría esclarecer como se merece la dignidad de María...

¡Oh, puerta feliz, por la cual entró Dios en el mundo y entra el hombre en el cielo! Tú eres puerta del cielo y puerta del mundo. Porque por esta puerta entra Dios en el mundo, y por la misma entra el justo en el cielo: la Madre de Dios para todos ha sido hecha puerta.

Y Tú, oh, Señora nuestra, consoladora nuestra, mediadora nuestra, mira cómo acudimos con nuestros ruegos todos a Ti... Todos anhelamos venerarte y alabarte con espíritu devoto y sincero y acudimos a Ti como a común refugio de todos (Cit. P. Melús).

3. *Necesidad de la oración:* Tenemos dos motivos que nos fuerzan a pedir; primero, que para salvarnos necesitamos la ayuda de Dios; segundo, que Dios solamente promete su ayuda a aquellos que se lo piden por la oración.

En cuanto a lo primero, San Juan Crisóstomo se pregunta que por qué el hombre viene a este mundo mucho más débil e incapacitado de valerse por sí mismo que los animales. A esta pregunta contesta Aristóteles con una respuesta filosófica, diciendo que Dios al hombre le ha dado la inteligencia para suplir esta falta de fuerzas. Pero San Juan Crisóstomo contesta teológicamente, diciendo que, si nacemos débiles, es porque tenemos a nuestra mano el poder de la oración, con lo que nuestra debilidad nos lleva a confiar en Dios, y cuanto más flacos nos consideremos, con mayor fuerza nos apoyaremos en Dios.

La segunda razón se deriva de la bondad de Dios y su liberalidad, que no solamente está dispuesto a darnos, sino que nos manda que le pidamos y hasta nos castiga si no lo hacemos.

Dice el Señor: "*Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis... (Jn. 16, 24).* Sólo hay una cosa que supere

nuestro deseo de recibir: el deseo que Dios tiene de darnos sus dones. Dios quiere perfeccionarnos, mucho más que nosotros deseamos la perfección.

San Dionisio dice que el bien es expansivo, y que Dios desea tanto comunicarnos sus dones y enriquecernos con su gloria que, si encuentra de parte nuestra oposición, nos amenaza con el fuego eterno.

¡Hombre, no seas necio!, oye al Esposo del Cantar de los Cantares: "*Abreme, hermana mía, esposa mía..., que está mi cabeza cubierta de rocío,* del rocío de las gracias que quiero darte (Cant. 5, 2).

4. *Eficacia de la oración:* La eficacia de la oración siempre depende de nosotros, pues si no recibimos lo que pedimos, es porque pedimos mal.

Santiago dice que si no recibimos cuando pedimos, es porque pedimos mal (4, 3), y pedimos mal cuando pedimos cosas contrarias a nuestra salvación, en cuyo caso Dios nos niega por su bondad, lo que solamente podría concedernos si nos odiara.

Por tanto, solamente debemos pedir absolutamente los bienes espirituales y eternos, y si pedimos algo material, debemos hacerlo con la condición *si nos convienen.*

5. La eficacia de la oración es infalible, cuando aceptando la voluntad de Dios, pedimos ayuda para cumplir lo que nos manda.

Por eso dijo: "*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará* (Jn. 15, 7). Y el mismo evangelista, en su primera Epístola (3, 21), lo corrobora, diciendo: *Carísimos: si el corazón no nos arguye, podemos pedir confiados a Dios, y si pedimos, recibiremos de El, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que es grato a su presencia.* ¿Cómo va a atender Dios a unos labios que piden misericordia, cuando al mismo tiempo con las obras está clamando venganza? Las obras son más poderosas que las palabras. (Obras, París, 1863, t. 5 p. 233).

SAN IGNACIO DE LOYOLA (m. 1556)

San Ignacio de Loyola es, sin duda, uno de los santos más importantes de la Iglesia

Católica, por ser el fundador de la Compañía de Jesús que tanto bien ha hecho a la Iglesia y tantos santos ha engendrado para Dios. Su obra literaria principal es los Ejercicios Espirituales, conocidos y practicados hasta hoy en el mundo entero por todos los grupos católicos que desean seriamente asegurar la salvación.

1. Dice (el maestro Polanco) que en ninguna religión hay menos oración. Si entiende que el instituto de la Compañía tenga limitado tiempo más breve que las otras, no tiene razón; porque en la nuestra no hay cosa limitada. Y si entiende que los religiosos en ninguna oren menos que aquí, es falso, vista la práctica...

Que oración de una o dos horas no es oración, y que son necesarias más horas, es mala doctrina, contra lo que han sentido y practicado los santos: En primer lugar tenemos el ejemplo de Cristo, que, aunque a veces haya pernoctado (toda la noche) en oración, otras no estaba tanto...

Veamos (por ejemplo) la oración que El mismo nos enseñó, que pues Cristo la llama oración, aunque sea tan breve, ni se pase de una ni dos horas en decirla, no se debe negar que sea oración.

Y otro ejemplo (tenemos) en los Santos Padres anacoretas, que comúnmente tenían oraciones que no llegaban a una hora, como puede verse en Casiano, etc...

Véase asimismo hoy día en la práctica de los fieles que, aun entre los más devotos, pocos llegan a tener de una vez dos horas de oración.

Si oración es pedir a Dios lo que nos conviene y, por definirla más generalmente, es "la elevación de la mente a Dios, por afecto piadoso y humilde", y si esto se puede hacer en menos de dos horas, y aunque media también, ¿cómo, pues, quiere excluir del hombre y decir que no es oración las que no pasan de una o dos horas?

En ese caso, las oraciones "jaculatorias" tan alabadas por San Agustín y otros santos, no serían oraciones.

¿Cómo quiere que los estudiantes que, por el divino servicio y bien de la Iglesia tienen que estudiar, puedan gastar tanto tiempo en la oración?... (Carta a S. Francisco de Borja).

2. Procure no olvidarse de sí por atender a los demás, no queriendo cometer un mínimo pecado por todo el provecho apostólico posible, ni aun ponerse en peligro... Para defenderse de todo mal y conseguir todas las virtudes, con la cual tanto más podrá atraer a los demás a ella, deberá tener cada día algún tiempo para sí, para examinarse, hacer oración, usar los sacramentos, etc. (Carta a los PP.)

No puedo dejar de recordarle la frecuencia de los santos sacramentos, la lectura de libros piadosos, la oración con el recogimiento que pueda, tomando para sí cada día algún tiempo para alimentarse espiritualmente (Al Sr. A. Enríquez).

Como más se ayuda al prójimo es con los deseos ante Dios nuestro Señor y oraciones por toda la Iglesia, y en especial por los que son de más importancia para el bien común de ella..., para que Dios los disponga a todos a recibir su gracia (Const.)

SAN PEDRO DE ALCANTARA (m. 1562)

San Pedro de Alcántara, reformador franciscano, penitentísimo y maestro de almas de oración, fue uno de los que más ayudó a Santa Teresa en su Reforma, y por quien la Santa tenía especial devoción.

1. Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón, y la dificultad y pesadumbre que tiene para obrar el bien; porque si no estuviera esto por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes y alcanzar el fin para que fue creado. Por lo cual dijo el Apóstol: *Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me arrastra hacia la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo (Rm. 7, 22-23).* Esta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad y facilitar este negocio, una de las cosas que más

aprovechan es la devoción. Porque, como dice Santo Tomás: no es otra cosa *devoción* sino una "prontitud y ligereza para bien obrar", la cual despide de nuestra alma toda esa dificultad y pesadumbre y nos hace prontos y ligeros para todo bien.

2. Porque *la devoción* es una refección espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo y un afecto sobrenatural; el cual, de manera regala, esfuerza y transforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día, porque al tiempo que una persona espiritual sale de una profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son los favores y determinaciones de bien obrar; allí el deseo de agradar y amar a un Señor tan bueno y dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun derramar sangre por El; y, finalmente, reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

3. Y si me preguntas por qué medio se alcanza ese tan poderoso y tan notable afecto de devoción, a esto responde el mismo santo doctor, diciendo: que por la meditación y contemplación de las cosas divinas. Porque la profunda meditación y consideración de ellas, redunda este afecto y meditación y sentimiento en la voluntad, que llamamos devoción, el cual nos incita y mueve a todo bien.

Por eso es tan alabado y encomendado este santo ejercicio de todos los santos; porque es medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas.

Es imposible la mortificación de nuestro cuerpo, y mucho más la mortificación de la propia voluntad sin los consuelos y regalos que Dios concede al alma por medio de la oración *(Trat. Oración).*

VENERABLE LUDOVICO BLOSIO (m. 1566)

Nació en 1506, ingresó en la Orden Benedictina y a los 24 años fue nombrado

abad y reformó la abadía de Liessies por la práctica de la meditación y de los otros ejercicios de vida interior. Fue un gran contemplativo, asiduo lector del Beato Susón y de Taulero. Bajo su dirección la abadía de Liessies se convirtió en un vivero de Santos. Escribió Institutio spiritualis, Consolatio pusillanimum, Conclave animae fidelis, y Speculum spirituale.

1. Todos deben aspirar a la mística unión con Dios... Porque quien ésta lograse, encontraría y *sentiría* dentro de sí mismo a Aquel, cuya dulce presencia le colmaría de bienes y le llenaría de goces inefables. (Instit. spirit. c. 1.)

Dichoso el hombre que llega a ver brotar en el fondo de su alma la fuente de aguas vivas, aunque para esto haya tenido que cavar y ahondar durante muchos años. ¡Qué extraño que haya que esperar a la puerta de la cámara del Rey Eterno y haya que llamar por largo tiempo antes de ser admitidos a su unión!... Así es como llegaremos a lo que es el *fin de todos los ejercicios, de todos los preceptos y de todas las Escrituras* (Instit. spirit., c. 22 n. 4).

El hombre que, junto con el cuidado de mortificarse, une la perseverancia y el celo en el ejercicio del recogimiento, de la oración mental y de las santas aspiraciones, alcanzará, por fin, la pureza, la simplicidad, la pobreza, la libertad de un corazón elevado por encima de todo lo transitorio y fuertemente unido a Dios, y así reposará en la unidad de espíritu con el Señor y llegará a la cumbre misma de la perfección; porque, elevado por un purísimo amor, sobre las imágenes y sobre toda suerte de formas y adornado en alto grado con todas las riquezas de la vida mística, quedará arrebatado en Dios, y, absorto venturosamente en El, encontrará ya en este mundo el paraíso. Será admitido, digo, a esta unión divina, que excede a todo conocimiento...; quedará del todo transformado en Dios, y así en Espíritu Santo vivirá sobrenaturalmente en El como vivía en los Apóstoles (Brevis regula tyron. spiritual. n. 5).

2. Si el alma devota se ejercita de continuo en tender a Dios con fervientes aspiraciones; si con internos coloquios y amorosos deseos trata incesantemente de unirse a El y persevera constantemente en la mortificación y negación de sí misma, de suerte que ni por los muchos trabajos ni por las innumerables distracciones abandone su santo propósito, no hay duda que llegará a la mística unión, si no en vida, al menos cerca de la muerte... Persevere, pues, el asceta pidiendo, buscando, llamando y *esperando con longanimidad.* (Inst. spir., c. 12 n. 1.)

Mucho son de lamentar los que, derramados en las cosas sensibles, pasan toda la vida contentos con sólo los ejercicios exteriores, olvidándose del fondo de su alma y de aquella venturosa unión con Dios. Teniendo en poco la verdadera mortificación, se ocupan tan sólo de cosas menos necesarias; y así muy poco o nada aprovechan en el espíritu y siempre están llenos de lodo, mientras con el corazón, cuando no también con la boca, dicen: "Unase a Dios quien quiera, que nosotros no nos cuidamos de eso, pues no nos creemos llamados"... Buenos son y gratos a Dios los ejercicios exteriores... Pero, sin comparación, valen más los interiores, los fervientes deseos con que el alma se dirige a Dios, no por los sentidos o imágenes, sino de un modo sobrenatural para unírsele íntimamente... Los que esta unión descuidan, después de pasar una vida tan viciada de imperfecciones, tendrán que sufrir en el Purgatorio tanto mayores penas cuanto más aquí se buscaron a sí mismos... Dios desea obrar en ellos, y espera a ver si por fin los halla preparados y libres de obstáculos. Pero entre tanto los deja en sus ejercicios y pareceres, pues no quiere forzar a nadie, aunque tanto desea atraerlos a todos a su conocimiento y unirlos consigo, si ellos no lo estorbasen. (Instit. spir., c. 5, 24.)

De qué modo han de soportarse las distracciones y la desolación en la oración.—Si no puedes tener recogido el corazón, no pierdas el ánimo; sino hazte fuerza con suavidad, y haz lo que buenamente pudieres, dejando lo demás a la divina voluntad. Persevera en Dios con devoto afecto, y en alguna manera serán para consolarte aun esos mismos defectos que no puedes excusar. Porque así como la tierra que es de buen natural da mucho más

fruto si le echan estiércol; ni más ni menos el alma de buena voluntad, a su tiempo recibirá el dulcísimo fruto de los regalos de Dios, si los sufre con paciencia. Impacientarse por no poder concentrarse es falta de humildad y amor propio. Si tú estás reverente, dispuesto a cumplir su voluntad, cumplido tienes con Dios. No te culpará por esa inconstancia, si tú no le das consentimiento y si haces lo que puedes. Si no puedes ofrecer sacrificio perfecto, ofrece al menos buena voluntad. Ofrece con espíritu humilde tu buena intención, y ya no tendrá el demonio de qué calumniarte, ni de qué burlarse de ti.

Confía que no perderás tu galardón, aunque no hayas podido ofrecer otra cosa más de que con un temor santo, con el cuerpo y con el alma, asistes a servir al Señor.

Empero, ¡ay de tu alma, si fueres negligente y remiso y no procurares estar atento! Porque escrito está: *Maldito el hombre que hace la obra de Dios con negligencia* (Jer. 48). Trabaja por ser solícito de manera que des lo que puedes dar; y estarás seguro, si no puedes dar lo que deseas. Con esta seguridad no te turbes cuando se te ofrecen impedimentos y no puedes dar todo lo que querrías dar.

Digo, pues, que cuando te aflige la distracción de los sentidos, el abatimiento del ánimo, la sequedad del corazón, el dolor de la cabeza, u otra cualquiera miseria o tentación, guárdate de decir: "Estoy desamparado, el Señor me ha desechado, no le da gusto mi servicio". Estas palabras suelen proferirlas los hijos de la desconfianza. Lleva, pues, todas estas cosas con ánimo sufrido y alegre, por amor de Aquel que te llamó y escogió, creyendo sin duda que *El está cerca de los que tienen el corazón atribulado* (Sal. 23). Porque si con humildad y sin murmuración llevares la carga que te pusieren, no se puede explicar cuánto peso de gloria amontonarás para la vida venidera (Rm. 8, 18). Entonces podrás decir a Dios de veras: "*Estoy hecho un jumento en tu presencia, aunque siempre estoy a tu lado*" (Sal. 72).

Si lleno de dulzura interior y levantado sobre ti mismo volares hasta el tercer cielo, y allí gozares de la conversación de los ángeles, no harás tanto como si con afecto sufrieres alguna molestia o desamparo del corazón por amor de Dios, y te con-

formares con el mismo Salvador, el cual, estando en suma tristeza, congoja, temor y angustia, dijo a su Padre: "*Hágase tu voluntad*". Y estando crucificado, las manos y pies atravesados con clavos, no tuvo donde reclinar la cabeza, y, finalmente sufrió por causa tuya con grandísimo amor todos los dolores y afrentas de su amarga pasión. Así que ten ánimo y espera en silencio, hasta que Dios lo ordene de otra manera. Pues verdaderamente, el día del juicio no se te pedirá cuenta de la dulzura que aquí hubieres sentido, sino de cuán fiel hayas sido en el servicio y amor de Dios (Mt. 26).

Muchos de los que se llaman siervos de Dios, le sirven infielmente, y pocos le sirven con fidelidad. Los siervos desleales, mientras tienen presente la devoción sensible y la gracia de las lágrimas, sirven a Dios con alegría, oran de buena gana y perseveran con gusto en cualesquiera obras buenas, y parece que poseen una profunda paz de corazón. Pero resulta que retirándoles Dios aquella devoción sensible, luego se turban y enojan, se hacen desabridos e impacientes, y después abandonan la oración y todos los ejercicios de piedad...

Muy de otra manera se comportan los siervos leales, porque no se buscan a sí mismos, sino a Dios; no ponen los ojos en su consuelo, sino en la voluntad y honra de Dios, huyendo en todas las cosas de su propio gusto. Por eso, no cambian y siempre se ven iguales, ora les quite Dios la suavidad interior, ora no se la quite, y perseverando con igualdad de ánimo, nunca cesan de amar y alabar a Dios. Ni las tinieblas interiores, ni la dificultad en recoger los sentidos, ni la frialdad de los afectos, ni la sequedad de corazón, ni el derribamiento del ánimo, ni el estarse el espíritu intedurmiendo, ni las angustias de las tentaciones, y finalmente, ningún suceso próspero ni adverso, los podrá derribar del lugar que tienen, ni aun alterarlos. Porque aunque a veces sientan alguna tristeza desordenada por alguna tribulación, o algún ímpetu de deleite sensual por alguna prosperidad, pero no son derribados; porque procuran perseverar quietos en la parte superior del alma, y conforman su voluntad con la voluntad de Dios... (Esp. del Alma Relig., c. 2).

El Señor dijo a Santa Catalina: "Hija, razón es que sepas que el alma que persevera en una humilde y fiel oración, alcanza todas las virtudes. Y así, en ninguna manera se ha de tener en poco ni dejar el ejercicio de la oración por muchas contradicciones que haya, ora procedan de ilusiones o engaños de Satanás, ora de la propia flaqueza, ora de pensamientos torpes, ora de estímulos desordenados y de algún movimiento carnal. Porque el demonio de continuo procura molestar más con diversas imágenes y fantasmas al tiempo de la oración que fuera de ella. Y entonces con gran astucia trata de hacer creer al que está orando, que no le sirve de nada aquella oración, porque no está bien recogido y concentrado en lo que ora. El malicioso enemigo procura persuadirle de esto, para que el que está orando caiga en el desabrimiento y confusión de alma, y así deje el ejercicio de la oración, la cual es una armadura fortísima contra todos los enemigos. ¡Oh, cuán provechosa es al alma, y a mí cuán agradable la oración que siendo con caridad, va acompañada del conocimiento de su propia vileza y de mi bondad" (Tract. 2, c. 66).

Guárdese el que ora de no distraerse voluntariamente y adrede por grave negligencia, al tiempo que está en ese ejercicio; asimismo se guarde de no dejar la oración aunque no sienta en ella algún consuelo. Sin duda que cuando la distracción le viene sin su propio consentimiento y contra su voluntad, no quita el fruto y utilidad de la oración, como tampoco se lo quita la sequedad del corazón cuando hay buena voluntad.

Acerca de esto dijo una vez el Señor a Santa Gertrudis: "Yo querría que mis siervos estuviesen persuadidos de que todos los buenos ejercicios y obras me agradan mucho, cuando ellos gastan de lo suyo y me sirven a su costa; y aquellos me sirven a su costa, que aunque no sientan gusto de devoción, con todo eso, como pueden, perseveran en sus oraciones, confiando en mi clemencia y bondad de que los recibiré de muy buena gana y con mucho gusto, semejantes servicios (Lib. 3. Insin. c. 18). Muchos hay que si les concediese el gusto y consuelo interior, no les aprovecharía para su salvación, y se les disminuiría su merecimiento".

Algunas veces padece el hombre tanta inconstancia del alma, que si orando o meditando quiere levantar su corazón a Dios o fijarlo en algún buen pensamiento, luego es echado de allí... Pues el hombre de buena voluntad, no debe turbarse demasiadamente por lo inconstante de sus pensamientos; mas cuando ora, haga buenamente lo que es de su parte, y persevere con humildad y paciencia, porque así su oración será muy del agrado de Dios.

Cerca de esto enseñó Dios a Santa Gertrudis, que cuando alguno orando, meditando y contemplando, endereza santamente su intención y sus pensamientos a Dios, entonces delante del trono de la gloria, le presenta el mismo Dios una especie de espejo de admirable resplandor, en el cual el Señor que nos envía todos los bienes, contempla su imagen con grandísima alegría. Y cuando el hombre por los grandes impedimentos y por la inconstancia de su corazón hace esto con mayor dificultad, cuanto más y con mayor paciencia trabaja, tanto más hermoso y más claro parece aquel espejo en el acatamiento de la Santísima Trinidad y de todos los santos.

Por ello, estando Santa Brígida en oración, como fuese fatigada de tentaciones, la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, le dijo: "El demonio que es un espía envidioso, busca cómo impedirles a los buenos su oración, cuando están orando. Empero tú, hija, persevera en el deseo o buena voluntad y en el ánimo de que pones todo cuanto pudieres, por más que seas molestada de tentaciones entre tanto que oras; porque tu buen deseo y ese trabajo que pones será estimado como perfecta oración. Aunque no hayas podido echar los malos y torpes pensamientos que acuden a tu corazón; mas por aquella fuerza y buena voluntad que en esto pones, recibirás tu corona en el cielo; tanto te pueden aprovechar las molestias, con tal de que no le des consentimiento". (Joyel Espiritual, c. 3).

SAN JUAN DE AVILA (m. 1569)

El Santo Maestro Juan de Avila, apóstol de Andalucía, es una de las lumbreras más

importantes del siglo XVI. Contribuyó a la conversión de San Juan de Dios y de innumerables penitentes. Estuvo en contacto con Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara, una verdadera constelación de santos que ahora veneramos en los altares. Su voz resonó en Trento ante los obispos del mundo a través de sus memoriales para el concilio y sus doctísimos escritos.

1. Los que se esfuerzan en tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios y se descuidan de hacer bien la oración, con sola una mano nadan; con sola una mano pelean y andan con un solo pie; porque el Señor dos cosas nos enseñó ser necesarias cuando dijo: "*Velad y orad para que no entréis en tentación* (Mt. 26). Y lo mismo nos dijo por San Lucas: "*Velad, pues, orando en todo tiempo a fin de merecer el evitar todos estos males venideros...* (Lc. 21, 36).

Y os quiero avisar del error de algunos que piensan que porque dijo San Pablo (Rm. 3): "*Quiero que los varones oren en todo lugar*", que piensan que basta con mezclar la oración con todo lo que se haga, sin ser necesario consagrar un tiempo determinado exclusivamente a la oración. Bueno es orar en todo lugar, mas no nos hemos de contentar con aquello si hemos de imitar a Jesucristo nuestro Señor y a lo que sus Santos han dicho y hecho en el negocio de la oración. Y aun más: Podéis tener por cierto, que ninguno sabrá provechosamente orar en todo lugar, sino quien primero no hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastado en él bastante espacio de tiempo. ¡Oh Dios mío! ¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues El tiene sus deleites en estarse con los hijos de los hombres? (Audie Filia).

2. No sé con qué conciencia se puede ordenar alguien de sacerdote si no tiene don de oración, pues que de la doctrina de los santos y de la Sagrada Escritura, parece que el sacerdote tiene por oficio orar por el pueblo; y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio, costumbre y santidad de vida, aparta-

miento de cuidados y, sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular... Pues quien pretende ser ordenado sin tener don de oración, lo hace muy mal, y mucho peor el prelado si ordena sin examinar en esto; porque, como maestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener sobre la fuerza y provecho de la oración, que, como dice San Gregorio, ha de tener tanta experiencia de que su oración es tan poderosa delante de Dios que alcanza lo que pide. Debe, pues, desengañar al que, sin tener este don, se quiere ordenar, porque no vaya sobre él la falta del otro (Pl. a sac.)

3. *Regla de vida para un sacerdote*

(A un sacerdote que le pide consejo, le dice): Digo que el ejercicio principal de vuestra merced, por ahora, debe ser en quitar los ojos de la enmienda de la vida ajena y ponerlos en la suya y rogar a otros que le ayuden. Y la regla particular que para esto me pide, me parece que debe ser ésta: recogerse cada noche en tocando la oración del *Ave María*, o un poquito antes, e hincadas las rodillas, diga el *Confiteor Deo* y el salmo *Miserere mei*; hiriendo sus pechos, confiese al Señor su propia iniquidad y pecados, pidiéndole misericordia por el sacrificio de la pasión de su Hijo... Y luego (le dice cómo debe hacer la oración mental, para terminar, diciendo)

Esto es en lo que se debe de ocupar desde en anocheciendo hasta pasadas dos buenas horas... y luego, coma un bocado de cosa liviana, porque así ha de ser la cena que en manera ninguna dé pesadumbre al alma para entender en la oración...

Digo que, después de haber tomado el bocado, debe rezar vocalmente alguna cosilla y leer algo que más le incite a devoción... y entonces, aparéjese un poquito para dormir.

Acostándose a las diez, dormirá hasta las tres en que se levantará para Maitines, y luego se recogerá en oración por espacio de casi dos horas. Después puede descansar hasta las seis o seis y media.

Después rece prima, tercia y sexta, y póngase en oración, aparejándose para la Misa... Acabada la Misa, recójase de nuevo media hora para dar gracias y holgarse con Aquél que tiene en sus entrañas... (*Carta 5*).

4. Lo *primero* que debe hacer el que desea agradar a nuestro Señor, es tener buenos ratos entre día y noche diputados para la oración... Ha de pedir siempre a Dios perseverancia, acordándose del dicho de nuestro Redentor: *El que persevere hasta el fin se salvará* (Mt. 10, 22; 24, 13). (Reg. de Vid.)

5. Las armas ofensivas y defensivas contra los demonios, son la oración, la cual él os querría quitar, porque con ella lo tenéis desarmado. (Dial. in conf. et penit.)

6. Para aprovechar en la oración, son importantísimas dos cosas: Primera, que no dejéis las horas acostumbradas por ninguna ocasión que se ofrezca, si no fuere cosa de obligación, o muy grande necesidad, o por no poder más. Segundo, que os preparéis pensando qué vais a hacer, que es hablar y negociar a Dios, donde, si bien lo hacéis, alcanzaréis mayores mercedes que valen todos los señoríos del mundo... (Ibíd.)

7. Las recetas generales que se deben dar a los que quieren servir a nuestro Señor son cuatro:

Primera: la frecuencia de los sacramentos de confesión y comunión.

Segunda: la lectura espiritual...

Tercera: la oración, por la mañana y por la tarde o noche. (Carta 1).

8. No sé cómo os va la oración, y no quisiera que os fuese mal; porque si en ella aflojáis, será tal vuestra flaqueza que no podréis vencer las tentaciones. Toda vuestra fuerza está en Dios; que de vos sólo tenéis caídas y pecados. Y Dios solamente da su fuerza a quien en la oración es vigilante. Hermana: desocupaos de las conversaciones con las criaturas para tenerlas con el Creador; que tenerlas entrambas, ya sabéis que no puede ser... (Carta 48).

9. Los ejercicios de penitencia, oración y lectura espiritual y frecuencia de sacramentos, no se dejen, aunque se hagan secamente (Carta 146).

10. Algunos tienen actos de oración y no vida de hombres de oración. La oración ha de ir acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y disciplinas. Porque, ¿de qué le aprovechará a uno llorar un rato (en la oración) si después se pasa todo el día

en charlas (inútiles), en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que ora de verdad se ha de guardar todo el día de no ofender a Dios y de no dejar de pedir: "Dadme, Señor, vuestro conocimiento" (*Serm.* 63).

11. Se ha de enseñar al pueblo que tiene un Dios del que ha de recibir todos los bienes, y que en sus manos está el remedio de todas nuestras necesidades... que es piadosísimo y fidelísimo para los que acuden a El... y que tiene más gana de dar que nosotros de pedirle. Y de esto ha de nacer en nosotros una gran confianza de que alcanzaremos todo lo que pidamos, porque esta confianza es importantísima para alcanzar cuanto pidiéramos, y por falta de ella son nuestras oraciones tan sin fruto, pues por falta de verdadera confianza es por lo que nuestras oraciones no tienen fruto. No sería así, si orásemos con una confianza grande de que Dios nos ha de conceder todo lo que le pedimos para nuestra salvación.

Esto es lo que dice Santiago: *Quien tenga falta de sabiduría, que se la pida a Dios; pero que la pida con fe*. Y Santo Tomás enseña que puede ser que uno con menos caridad que otro, alcance más en la oración, por tener más fe, aunque menos caridad... El confiar mucho en Dios es cosa que le honra mucho, y le mueve mucho a dar...

Nos aconseja el Señor con el ejemplo de la mujer ante el juez a que seamos importunos, y se ha de meditar mucho las veces que el Señor dice esto, y el servicio y contento que recibe el Señor de que le pidan... (*Plat. 3 a PP. Comp.*)

12. Sentencia verdadera es, que lo que Dios antes de los siglos ordenó de dar en tiempo, quiso que se efectuase mediante la oración de los suyos (*Trat. sob. Sacer.* 2).

13. *¿Qué es oración?*—Llamamos oración al habla interior con que el alma se comunica con Dios, ya sea pensando, ya pidiendo, ya dándole gracias, *o estarse quedo* contemplando; y generalmente todo aquel tiempo que el alma en secreta conversación se comunica con Dios...

¿Es importante?—Si los hombres no estuvieran ciegos, bastaría decirles que Dios daba audiencias a todos los que quisiesen entrar a hablar con El, y que estas audiencias las concedía una

vez al mes o a la semana, y que además la concedía de muy buena gana, y que en ellas remediaría todos nuestros males y nos haría *grandes* mercedes, y que allí podríamos tener con El una conversación amigable *y filial* como de Padre con sus hijos (que eso somos nosotros)... *¿Pues qué sería* si diese esa audiencia para que le pudiesen hablar todos los días, y si aun nos lo concediese muchas veces al día, e incluso también para que toda la noche y el día, o todo el tiempo que pudiésemos y quisiésemos estar en conversación con el Señor, El lo aceptaría y daría por bueno? Pues, ¿quién sería el hombre que si de piedra no fuese, que no le agradeciese tan larga y provechosa licencia y no procurase aprovecharse de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa tan conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor, y deleite, por gozar de su conversación, y provecho, porque nunca saldrían de su presencia vacíos? Pues, ¿por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues El dice que *son sus delicias estarse con los hijos de los hombres?*

14. *No tiene su conversación amargura, sino alegría y gozo* (Prov. 8), ni su condición tiene escasez para negar lo que piden. Pues Padre nuestro es, con el cual nos habríamos de holgar conversando, aunque de ello ningún provecho nos viniera. Pues si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con El, sino que además nos lo ruega, nos lo aconseja y hasta incluso nos lo manda, ¿cómo no vemos cuánta es su bondad y gana de que conversemos con El, y cuánta nuestra maldad al no querer acceder a ello, aunque nos lo pide y nos lo paga, cuando debiéramos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos pidiese? Pues por aquí veréis cuán poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora y con mucha instancia pide remedio (Audia filia. c. 70).

15. *Dios oye siempre la oración de su Hijo*

Cuando nosotros oramos, con nosotros ora Cristo, y el Padre no puede menos de escucharle.

a) Porque vivimos incorporados a Cristo: *Ninguno es justo por sí mismo* (Rm. 3, 10), pero *Cristo nos ha hecho justicia* (1 Cor. 1, 30), porque por su fe y amor somos incorporados a El y recibimos

la gracia y el Espíritu Santo, en virtud de lo cual nuestras obras, de suyo inútiles, reciben alto valor.

Esta merced no es única, porque después, para poder conservar la gracia, necesitamos permanecer unidos a El, como los sarmientos a la vida de la vid.

Siendo, pues, templos vivos de Dios y miembros de Cristo, nuestra oración es oída mucho mejor que lo que prometió el Altísimo a la que se hiciera en el templo de Salomón (2 Par. 6, 20).

Ahora bien: para que nuestras oraciones sean despachadas, es menester, según lo que hemos dicho, "que en la tierra seamos sus miembros vivos, movidos a orar por El". Y conociendo la Iglesia esta necesidad, nos enseña a pedir *per Christum*...

b) Porque Cristo es nuestro Pontífice en el Cielo.

El segundo motivo por el que nuestra oración es al mismo tiempo oración de Cristo, consiste en que, no contento con ser nuestra Cabeza, que nos enseña y mueve a orar, ni con ser Medianero, que nos merece la gracia, es también nuestro Pontífice en el Cielo, ante el Padre, para interceder continuamente por nosotros.

Y así como cuando pasamos hambre o estamos desnudos, dice ser El quien pide comida y vestido; así, cuando nosotros oramos, El ora en nosotros..., de suerte que, cuando nosotros somos oídos de Dios, dice que El es oído, por aquella inefable unión que hay entre El y los suyos, significada con el nombre de Esposo con su esposa, y Cabeza con su propio cuerpo (que somos nosotros), al cual amó tanto y de tal manera que se ofreció por nosotros a la justicia divina hasta morir en la cruz...

16. *El Padre siempre oye a Cristo*

Gran necesidad teníamos nosotros del favor de Jesucristo para que nuestras oraciones fuesen oídas; en cambio, El no necesita de nadie para que las suyas lleguen al Padre.

Cristo oró desde la cruz *con gran clamor y lágrimas* (Heb., 5, 7) pidiendo nuestra salvación y derramando su sangre que *clama mejor que la de Abel* (Heb. 12, 24), porque la de Abel pedía venganza, y la de Cristo misericordia; porque aquélla no aprovechó a nadie, y ésta aprovecha a todos...

Y pues si el Padre siempre le oye, dirijamos a Cristo nuestras oraciones continuamente...

¿De dónde nos viene a nosotros para que nos baste con dirigir la mirada a nuestros pecados para atraer al punto el perdón de Dios? No por cierto de nosotros mismos, pues el delincuente no se libra del castigo porque reconozca su delito, sino de que Dios mira el rostro de su Hijo (Sal. 83, 10). (*Audi filia c. 82-84-87*).

SAN FRANCISCO DE BORJA (m. 1572)

El Santo Duque de Gandía fue un ejemplo insigne de desprecio de las grandezas humanas. El emperador Carlos V le distinguió y honró con su amistad, le hizo marqués de Lombay y más tarde le nombró virrey de Cataluña. A la muerte de la emperatriz y después de oír un sermón de San Juan de Avila, apóstol de Andalucía, se sintió conmovido y, abandonando las grandezas aparentes del mundo, ingresó en la Compañía de Jesús, donde llegó a hacerse doctor en Sagrada Teología y por último tercer general de la Compañía de Jesús. Hacía siete horas diarias de oración y fue un ejemplo de profunda humildad y extrema mortificación.

1. Es tan necesaria la oración mental o vocal, que dice el Señor: *Conviene siempre orar y no faltar* (Lc. 18, 1). Y por ser la oración cosa tan provechosa, es por lo que tanto se esfuerzan nuestros enemigos a poner impedimentos y estorbos, para que no saquemos el provecho *que se suele sacar* de este gran bien, y así vemos que, a pesar de haber muchos que entienden cuán santa y útil es la oración, dejan de poner este conocimiento por obra: unos no comenzándola, y otros no perseverando en ella por diversas causas: unos porque esfuerzan demasiado su entendimiento y así se cansan pronto de ella, otros al no sacar gustos,

desmayan luego y lo tienen por tiempo perdido, pareciéndoles que todo son imaginaciones, y que es mejor darse a las *obras* exteriores, aunque no sean obligatorias, como si no fuesen más altos *y mucho más importantes* los actos interiores que los exteriores, y como si no fuese verdad que tanto más o menos valen los actos exteriores, cuanto más o menos sean movidos por la virtud de los actos interiores.

Y por todo eso, los flacos y los inconstantes, con pequeñas causas dejan de *aprovecharse* del tesoro de la oración, olvidados de cuánto nos persuaden a ella los santos, y cuánto usa de ella la Iglesia Católica...

2. *De la utilidad de la oración:*

Siendo tantos y tan excelentes los autores que han escrito las excelencias de la oración, poca necesidad hay de que cosa tan alta sea tratada por lengua tan baja como es la mía; y así, remitiéndome a ellos, y principalmente a la Sagrada Escritura, sólo diré que en ella hallaron el conocimiento del valor de la oración. Porque orando alcanzó Eliseo la vista para su criado, para que perdiese el miedo (2 Re. 6, 17-18); y no sólo da luz para ver los peligros, mas aun para verse a sí mismo, como aconteció a Manases, que estando preso en Babilonia, hizo oración y penitencia, y conoció que el Señor es el verdadero Dios (2 Par. 33, 12-13).

De lo cual se puede inferir la miseria de nuestros tiempos, porque por la falta de personas de oración, faltan tanto los penitentes y son tan pocos los que conocen al verdadero Dios. Además, cualquiera que bien buscare en la Escritura hallará que el remedio para *todas* las aflicciones es la oración, según enseña Santiago (Sant. 5, 13)...

Pues, ¿quién dejará de tener en mucho cosa tan alta y provechosa que, como queda dicho, no solamente es medicina de nuestras enfermedades y luz en nuestras tinieblas, más aun de ella sale el fruto de la penitencia, los tristes y afligidos reciben consolación, por ella se sale con victoria de los peligros, y, lo que es sobre todo, que por ella somos vivificados, y de hijos de ira venimos a ser regalados hijos adoptivos del eterno Padre, en cuanto que por la oración le conocemos a El y conocemos nuestras culpas y tenemos verdadero dolor de ellas?

Teman, pues, los que no se vieren muy devotos y faltos de esta margarita preciosa de la oración, porque dice el rey David que justo es *el Señor que quebrantará las duras cervices de los pecadores, hará que sean confundidos y vuelvan atrás los que aborrecieron a Sión* (*Sal. 128, 4-5*). Y si eso no bastase a ponerles temor, espántense de una regla que pone el Espíritu Santo, diciendo en el Eclesiástico: *El que conserva la ley, éste acrecienta la oración.* (Ecli. 35, 1), que como si dijera: Si quieres saber cómo te va en la guarda de los mandamientos, mira cómo te va en la oración, porque el no orar suele ser señal de no guardar la ley de Dios, pues por lo regular, los que hacen menos oración son los que más quebrantan la ley de Dios y, por lo contrario, los que hacen más oración son los que más perfectamente cumplen la ley de Dios. Teman, pues, los distraídos y alégrense en el Señor los ejercitados y constantes en ella, pues les dice el Espíritu Santo, que esa es señal de que guardan la ley, el ser constantes en la oración.

3. Una de las cosas que a muchos hace descuidar la oración, es el no advertir la necesidad que de ella se tiene, y así la dejan como si fuera cosa de poca importancia. Si a éstos no les faltase el entendimiento, podrían ver la falta que les hace el recogimiento, y por aquí vendrían a ser diligentes en la oración y a temer grandemente las distracciones y la sequedad de espíritu. ¡Ay de ellos si no lo advierten! Estos son los que dicen aquello del Apocalipsis: *Como reina estoy sentada y de nadie tengo necesidad* (Ap. 18, 7). ¡Oh, qué grandísima ceguedad, que estando entre tantísimos peligros se persuadan que están seguros! ¿No es esto una grandísima locura? Pues, para que lo entiendan, adviertan estos puntos:

a) El que viene a la oración ha de ir a ella con la diligencia como quien va herido a la casa del cirujano, con una llaga mortal, que por la mucha sangre que pierde, le va la vida en llegar pronto, para que le cure y restañe la sangre. Pues el que está herido de pecado mortal, esa misma diligencia ha de poner en llegarse a Jesucristo con la oración para que le sane mediante la contrición y el dolor de sus culpas; por donde son dignos de castigo los que son tan diligentes en curar las heridas corporales y tan negligentes en sanar las espirituales...

El que esto conociere, conocerá la necesidad de la oración, y si la conociere ella misma le forzará a ser amigo de orar, y verá que no es tiempo perdido sino ganado y necesario el que en ella se emplea...

b) Para conocer esta misma necesidad de la oración, podrá también considerar que es como un pedazo de carne podrida, sin aliento y espíritu que le dé vida, *pues toda carne es heno* (1 Ped. 1, 24), y así ha de entrar en la oración necesitado de vivificar la carne que está corrompida por el pecado... Pues así como Eliseo para resucitar el hijo de la viuda, hubo de orar sobre el muerto, así también Cristo, nuestro verdadero Eliseo es preciso que se ponga sobre el pecador muerto, para darle espíritu y vida.

Esta necesidad nos ha de traer a la oración, por la cual podremos decir que nos va la vida en ella, pues en ella recibe nuestra carne vida...

c) Asimismo, para entender mejor la necesidad que hay de la oración, podrá entrar en ella con la prisa y diligencia con que se va a apagar un fuego de una casa ardiendo; pues tal es nuestra alma con el fuego de las pasiones, y para que no se abrase, necesita el agua de las lágrimas, y así ha de entrar suplicando al Señor envíe el agua de su gracia para apagar este fuego.

d) De la misma manera podrá también recogerse a la oración con la prisa del que escapa huyendo de un toro, que por salvar la vida se acoge a la talanquera; pues igualmente los que estamos entre los peligros del mundo, vamos escapando corriendo de los peligros de pecar y de los vicios y tentaciones, y estando entre tantos peligros, nuestra única talanquera y refugio es la oración...

4. Hay algunos que, detenidos en la oración vocal, dejan de llegar a la excelencia de la mental, a los cuales hay que advertir que si la dejan menospreciando la mental y a los que en ella se ejercitan, se engañan mucho, porque la diferencia es tan grande como la hay de la lengua al entendimiento, que lo uno es carne, y lo otro es espíritu..., gran diferencia hay entre la oración vocal y la mental... (Tratados Espirituales de San Francisco de Borja, Barcelona, 1964, páginas 319-359).

SAN PIO V (m. 1572)

Doctrina sobre la necesidad, frutos e importancia de la oración y condiciones cómo debe hacerse para que resulte más útil y provechosa, según los PP. del Concilio de Trento expusieron en el Catecismo Romano, aprobado, bendecido y recomendado por San Pío V, y ratificado constantemente por los demás Romanos Pontífices que le precedieron.

A) Su necesidad

1. *Precepto divino.*—La necesidad de la oración brota ante todo del hecho de habernos sido impuesta como obligación, no como mero consejo, por Jesucristo nuestro Señor: *"Es preciso orar en todo tiempo"* (Lc. 18, 1). Obligación y necesidad confirmadas por nuestra Santa Madre la Iglesia en la fórmula con que introduce la oración del Padrenuestro en el santo sacrificio de la Misa: *"Instruidos con preceptos saludables, y siguiendo una fórmula de institución divina, nos atrevemos a decir: Padrenuestro"...*

Habiéndole suplicado los apóstoles: *"Señor, enséñanos a orar"* (Lc. 11, 1). Jesús, movido precisamente por esta nuestra absoluta necesidad de la oración, se dignó precisarnos la fórmula concreta del Padrenuestro, avalándola con la firme esperanza de que el Padre escucharía cuanto pidiéramos en su nombre. Y El mismo quiso darnos ejemplo orando constantemente y aun dedicando noches enteras a la oración.

Los apóstoles, adoctrinados por tan admirable Maestro, multiplicarán después insistentemente sus más apremiantes exhortaciones sobre la necesidad de la oración. Mención especial merecen los muchos pasajes de San Pedro, San Juan y San Pablo:

...Sed, pues, discretos y velad en la oración (1 Ped. 4, 7).

Carísimos, si el corazón nos arguye, podemos acudir confiados a Dios, y si pedimos, recibiremos de El, porque guardamos sus preceptos... (1 Jn. 3, 21-22).

Y el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga en nosotros con gemidos inefables (Rm. 8, 26; cf. 1 Ped. 3, 6-8; Fil. 4, 5-6; 1 Tm. 2, 4-6; 5, 4-6; Heb. 4, 15-16).

2) *Exigencia de la criatura.*—Pruébase, además, la necesidad de la oración por la imperiosa necesidad que todos tenemos de acudir a ella como el mejor intérprete de nuestras personales necesidades temporales y eternas ante Dios.

En realidad, el Señor no tiene contraída obligación ninguna con nadie. No nos queda, pues, más recurso que suplicarle humildemente lo que necesitamos y agradecerle el habernos dado en la oración el medio necesario para obtenerlo.

Apoyados en nuestras solas fuerzas, nada podemos; pero todo es posible al que confiadamente sabe pedir. ¿No ha dicho Cristo que la oración expulsa los mismos demonios? (Mt. 17, 19-21).

Quienes, por consiguiente, ignoran o descuidan la práctica asidua y humilde de la oración, se privan a sí mismos de la posibilidad de obtener los dones divinos. San Jerónimo escribe: "*Escrito está: a todo el que pide se le da; y si a ti no se te da, es porque no pides; pide, pues, y recibirás (S. Jerónimo, Com. in c. 7 de S. Mt.)*

B) Sus frutos

Es un deber el de la oración que, además, acarrea copiosísimos y dulcísimos frutos a las almas cuando saben vivirlo.

1) *Servicio y alabanza de Dios.*—Con ella, en primer lugar, honramos y alabamos a Dios. La Sagrada Escritura compara la plegaria a un suave perfume: *Séate mi oración como incienso ante ti* (Sal. 140, 2).

Al hacer oración nos reconocemos súbditos de Dios y le confesamos principio y fuente de todo bien; le invocamos como nuestro refugio y defensa, como nuestra seguridad y salvación. Es el mismo Dios quien nos dice: *Invócame en el día de la angustia; Yo te libraré y tú cantarás mi gloria* (Sal. 49, 15).

2) *Seguridad de ser escuchado.*—Otro fruto precioso de la oración es el saber que nuestras súplicas son escuchadas por Dios. San Agustín dice: La oración es la llave del cielo; porque sube la plega-

ria y baja la misericordia de Dios. Muy baja está la tierra y muy sublime el cielo; pero Dios escucha siempre el clamor del hombre cuando procede de un corazón puro *(Serm. 47 de Temp.)*

Y aquí radica el valor y la eficacia de la oración: en que por ella conseguimos las más espléndidas riquezas de los cielos. Frutos suyos son los dones del Espíritu Santo, que nos guía, ilumina y asiste; la conservación e incolumidad de la fe, la exención de las penas, la defensa de las tentaciones, la victoria del demonio y las más bellas alegrías de la vida espiritual, según la palabra de Cristo: *Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis para que sea cumplido vuestro gozo* (Jn. 16, 24).

No puede dudarse que la bondad de Dios escucha siempre y acoge nuestras plegarias. La Sagrada Escritura está llena de testimonios que lo confirman. Recordemos sólo a modo de ejemplo aquellas palabras del profeta Isaías: *Entonces llamarás y Yavé te oirá; le invocarás, y El dirá: Heme aquí...; antes que ellos me llamen, les responderé Yo; todavía no habrán acabado de hablar y ya los habré escuchado (Is. 58, 9; 65, 24).*

Sucede, no obstante, con frecuencia, que el Señor no nos concede lo que le pedimos. Pero es innegable que también en estos casos el Señor mira por nuestro bien, o concediéndose mayores y mejores bienes que los que nosotros le habíamos pedido, o porque aquello que deseábamos no nos era necesario ni útil, y hasta quizá nos era perjudicial para el alma. "Cuando Dios nos está propicio —escribe San Agustín— nos niega aquello que nos concede cuando está airado" *(Serm. 33 de Verbis Dom.)*

Otras veces ocurre esto porque lo pedimos mal, con tanta flojedad y tibieza, que ni casi nosotros mismos sabemos lo que pedimos. Debiendo ser la oración una elevación de nuestra alma a Dios, nos distraemos con preocupaciones extrañas, y salen de nuestros labios las palabras sin ninguna atención y devoción. ¿Cómo podremos llamar *plegaria* a esta vana confusión de sonidos? ¿Y cómo hemos de pretender en serio que Dios nos escuche, si nosotros mismos demostramos palpablemente con nuestra negligencia y descuido dar muy poca importancia a lo que pedimos?

Sólo quien ora atenta y devotamente puede confiar obtener lo que suplica. Y lo obtendrá con divina superabundancia, como

sucedió al hijo pródigo de la parábola, que, arrepentido de su pecado, sólo pedía ser acogido como esclavo y fue festejado como hijo *(Lc. 15, 10ss.)*

Y no sólo las palabras. Los meros deseos más íntimos del alma —sin esperar a que lleguen a expresarse externamente— son acogidos siempre favorablemente por Dios cuando brotan de un corazón sencillo: *Tú, ¡oh Yavé!, oyes las preces de los humildes, fortaleces su corazón, les das oídos (Sal. 10, 17).*

3) *Práctica de virtudes.*—Otro fruto de la oración es el ejercicio y crecimiento de las virtudes, especialmente de la *fe*. Los que no creen en Dios no pueden orar eficazmente: *¿Cómo invocarán a Aquél en quien no han creído?* (Rm. 10, 14). En cambio, cuanto mayor sea la fe, tanto más fervorosa será la plegaria con que nos apoyemos en la bondad y misericordia de Dios, de quien esperamos cuanto nos es necesario.

Es cierto que Dios puede darnos todos sus dones sin que se los pidamos y sin que ni siquiera pensemos en nuestra necesidad, como lo hace con las criaturas irracionales. Mas para el hombre, Dios es Padre, y quiere ser invocado por sus hijos; quiere que cada día le supliquemos con confianza y que cada día se lo agradezcamos con consciente gratitud.

Se aumenta también en la oración el fervor de la *caridad*, sintiéndonos obligados a amar a Dios con tanta mayor intensidad cuanto más le reconocemos en la experiencia como autor de todos nuestros beneficios. Y, como sucede siempre entre corazones que se aman, nos levantaremos de su contacto más inflamados en amor, por haberle conocido un poco más y haber gustado más íntimamente sus alegrías.

Quiere el Señor que oremos asiduamente, porque en la plegaria se agranda y dilatan las aspiraciones espirituales; y por esta asiduidad y deseos nos hacemos dignos de los beneficios de Dios, de los que nuestra alma, inicialmente perezosa y mezquina, era quizá indigna.

Quiere además el Señor que aprendamos y reconozcamos que sin su ayuda nada podemos con nuestras solas fuerzas, mientras que con el auxilio de su gracia podemos conseguirlo todo. Sólo en la oración encontraremos las poderosas armas

para vencer al demonio y demás enemigos espirituales. "Contra el demonio y sus armas —escribe San Hilario— sólo podemos combatir con el grito de nuestras plegarias" *(In Sal. 65 n.º 4: Migne 9, 425).*

4) *Remedio contra las fuerzas del mal.*—Fruto de la oración es también aquella suprema iluminación con la que Dios nos hará comprender nuestra natural inclinación al mal y nos dará conciencia de la debilidad frente a los movimientos instintivos de la concupiscencia. Sólo las fervorosas oraciones nos alcanzarán la necesaria fortaleza de alma para no caer y nos purificará de nuestras culpas pasadas.

5) *Pararrayos de la ira divina.*—Por último, la oración —según doctrina de San Jerónimo— aplaca la ira divina. Cuando Moisés oponía sus ardientes súplicas a la cólera de Dios, que quería vengarse de los pecados de su pueblo, el Señor le dice: *¡Déjame!* (Ex. 32, 10).

En realidad, nada hay que pueda aplacar con más eficacia la ira de Dios y desarmarla de los rayos con que quiere y debe castigar los delitos de los pecadores como la fervorosa oración de las almas piadosas.

C) Sus distintas especies

Explicada ya la necesidad y utilidad de la oración, convendrá que conozcan los cristianos las distintas maneras que hay de orar.

San Pablo, exhortando a Timoteo a orar santa y piadosamente, distingue varias clases de oraciones: *Ante todo, te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres (1 Tm. 2, 1).*

Pueden consultarse con provecho las páginas espléndidas escritas sobre esta materia por los Santos Padres, especialmente por San Hilario y San Agustín. *(S. Hilario In Sal. 140, n. 2; Migne 9, 825; S. Agustín Epis. 55.)*

Entre las distintas maneras de oración, merecen singular relieve dos, de las que en algún sentido se derivan todas las demás: la oración de *petición* y la de *acción de gracias.* En realidad,

cuando nos acercamos a Dios para orar, o lo hacemos para implorar algo que necesitamos o para darle gracias por algún beneficio recibido. Son sentimnientos y exigencias necesarias en toda alma que ora. El mismo Dios nos lo recuerda en la Escritura: *Invócame en el día de la angustia; Yo te libraré y tú cantarás mi gloria* (Sal. 49, 15).

Por lo demás, nuestra misma condición de criaturas y de pecadores, habla bien elocuente de la necesidad que tenemos en nuestra miseria de la bondad y misericordia de Dios. El Señor, por su parte, no desea otra cosa sino hacernos bien: su corazón divino no es para el hombre más que benignidad infinita. Basta mirarnos para comprenderlo: nuestros ojos, nuestra voluntad e inteligencia, todo nuestro ser es don y prenda de la divina largueza. *¿Qué tienes* —pregunta San Pablo— *que no lo hayas recibido?* (1 Cor. 4, 7). Y si todo lo nuestro es don gratuito de Dios, ¿cómo no inflamarnos en un sentimiento constante e inagotable de adoración y gratitud?

1) **Oración de petición**

Muchos y muy variados son los modos y grados con que los hombres cumplen su deber de orar. Será conveniente exponerlos con el máximo cuidado posible para que todos tengamos un concepto claro, no sólo de la oración, sino también del modo de hacerla y para que nos estimulemos a orar lo más perfectamente posible.

a) *¿Quiénes deben pedir?*— La plegaria mejor, sin duda, es la de las almas *justas y buenas*, que, apoyadas en una *fe viva*, y a través de los distintos grados de la oración mental, llegan hasta la contemplación del infinito poder de Dios, de su inmenso amor y suma sabiduría.

De aquí brotarán en ellas la *segura esperanza* de obtener, no sólo lo que piden en la oración, sino también todos aquellos dones que Dios da con soberana largueza a las almas que a El se abandonan.

Elevadas al cielo estas almas con la doble ala de la fe y la esperanza, se llegarán a Dios inflamadas en *caridad*, le alabarán

y le darán gracias por los grandes beneficios que les ha concedido. Y, como hijos que se abandonan en el abrazo amoroso de su amantísimo Padre, le presentarán humilde y confiadamente todos los sentimientos y nuevas necesidades.

A esta forma de oración aludía el Profeta en su Salmo: *Derramo ante El mi querella, expongo ante El mi angustia (Sal. 141, 3).* La palabra "derramar" significa que el que ora de esta manera no calla nada ni oculta nada, sino que todo lo revela, refugiándose confiado en el seno amoroso del Padre. Concepto expresado muchas veces en las Sagradas Escrituras: *¡Oh, pueblo! confía siempre en El. Derramad ante El vuestros corazones, que Dios es nuestro asilo (Sal. 61, 9). Echa sobre Yavé el cuidado de ti, y El te sostendrá, pues no permitirá jamás que el justo vacile (Sal. 54, 23).*

A este mismo grado de oración se refería San Agustín cuando escribió: "La esperanza y la caridad piden lo que cree la fe" (Enchir., 7, n. 2).

1) Otra categoría de orantes la constituyen los *pecadores*, quienes, no obstante sus pecados, se esfuerzan por levantarse hasta Dios. Su fe está como muerta, sus fuerzas están extenuadas, y casi no pueden levantarse de la tierra; no obstante, reconocen humildemente sus pecados y desde el fondo de su profunda abyección imploran el perdón y buscan la paz.

Dios no rechaza jamás esta oración, sino que la escucha y acoge misericordioso. El mismo nos invita: *Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados que Yo os aliviaré (Mt. 11, 28).*

Tal fue la oración del pobre "publicano", que aunque no osaba levantar sus ojos al cielo, salió, sin embargo, justificado del templo (Lc. 18).

2. Una tercera categoría de orantes la forman aquellos que, *carentes aún de la verdadera fe cristiana*, se sienten movidos bajo el impulso de la recta razón natural, al estudio y búsqueda de la verdad, y piden a Dios en la oración ser iluminados.

Si saben perseverar en sus deseos, Dios no rehusará sus plegarias, porque la divina clemencia jamás se hace sorda a los gritos de las almas sinceras. Los hechos de los Apóstoles nos ofrecen un ejemplo bien significativo en el caso del centurión Cornelio (Hech. 10, 1-6).

3) Una última categoría de orantes es la de aquellos que no sólo no están arrepentidos de sus pecados, sino que *acumulando pecados sobre pecados*, se atreven a implorar de Dios hipócritamente el perdón de sus faltas que voluntariamente se proponen seguir repitiendo.

Semejantes infelices no deberían aspirar ni siquiera al perdón de los hombres; mucho menos al de Dios, si se empeñan en mantener estas disposiciones. Escrito está de Antíoco: *Y oraba el malvado al Señor, de quien no había de alcanzar misericordia (2 Mac. 9, 13).*

Antes de orar se impone una verdadera y sincera contrición de los pecados, con propósito firme de no volver a cometerlos.

b) *¿Qué cosas deben pedirse?* —Para que nuestra oración sea escuchada por Dios, es necesario que pidamos cosas justas y honestas. De otro modo nos veremos reprendidos por el mismo Señor: *No sabéis lo que pedís* (Mt. 20, 22).

Debe pedirse todo aquello que rectamente puede desearse, como el mismo Jesús nos exhortaba: *Pedid lo que quisiereis y se os dará* (Jn. 15, 7).

1) Nuestras intenciones y deseos deben conformarse ante todo a esta regla: que nuestras peticiones nos acerquen lo más posible a Dios, nuestro Bien. Desear y pedir nuestra unión con El y cuanto nos ayude a conseguirla, desechando y apartándonos de cuanto de una u otra manera pueda distanciarnos de Dios.

2. Esta primera norma general nos ayudará a conocer cuándo y cómo debemos pedir a Dios todos los demás bienes.

Algunos de ellos pueden convertirse, y muchas veces se convierten de hecho, en incentivos del pecado, especialmente si se trata de bienes terrenos y externos: salud, fuerza, belleza, riquezas, dignidades, honores, etc. Es claro que su petición debe subordinarse siempre a la necesidad y en cuanto no sean contrarios a los designios divinos; sólo así podrán ser escuchadas por Dios nuestras plegarias.

Nadie, por otro lado, debe poner en duda la licitud de estas peticiones de bienes humanos. La Sagrada Escritura nos dice que así oraba Jacob: *Si Yavé está conmigo, y me protege en mi viaje, y me da pan que comer y vestidos que vestir, y retorno en paz a la casa*

de mi padre, Yavé será mi Dios (Gen. 28, 20). Y Salomón: *No me des pobreza ni riquezas. Dame aquello de que he menester.* (Prov. 30, 8)

Y cuando seamos escuchados por Dios en estas peticiones, acordémonos de la advertencia del Apóstol: *Los que compran como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque la apariencia de este mundo pasa (1 Cor. 7, 30-31).* Y de las palabras del Salmista: *Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón* (Sal. 61, 11).

Por mandato divino puede y debe el hombre usar de las riquezas, como de todas las demás cosas que hay en el mundo, pero sin olvidar que todas ellas son propiedad absoluta de Dios y que nos las concedió para vivirlas en mutua caridad con todos nuestros hermanos. La salud y todos los demás bienes externos nos han sido dados para que más fácilmente podamos servir a Dios y más fácilmente proveer a las necesidades e indigencias de nuestro prójimo.

Podemos y debemos también pedir en nuestra oración los *bienes del alma y de la inteligencia ingenio,* arte, ciencia, etc.), pero siempre igualmente a condición de que nos sirvan para glorificar a Dios y salvar nuestras almas.

Mas lo que hemos de desear y pedir constantemente y sin limitación de ninguna clase, es la gloria de Dios y todas aquellas cosas que puedan unirnos con nuestro Sumo Bien, como son la fe, el temor de Dios y su santo amor.

c) *¿Por quiénes debe pedirse?*

1) Por *todos,* sin excepción alguna ni distinciones de amistad o enemistad, religión y raza. Todos los hombres —enemigos, extraños o pecadores— son nuestros prójimos; y si a todos hemos de amar, según el precepto de Cristo, por todos habremos de orar, porque la oración es un deber del amor. *Ante todo te ruego* —amonesta Pablo a Timoteo— *que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres (1 Tm. 2, 1).*

Hemos de pedir, pues, para todos los hombres, las cosas necesarias, primeramente para el alma, y después para el cuerpo.

2. De manera especial, tenemos obligación de pedir por los *pastores de almas.* También se lo recordaba San Pablo a los Colosenses: *Orad a una también por nosotros, para que Dios nos abra puerta para la palabra (Col. 4, 3).* Y lo mismo encargaba a los fieles de Tesalónica (1 Tes. 5, 25).

En los Hechos de los Apóstoles se nos dice igualmente: *Pedro era custodiado en la cárcel; pero la Iglesia oraba intensamente a Dios por él (Hech. 12, 5)*. Y San Basilio, después de insistir en el mismo deber, aduce la razón: "Hemos de pedir por aquellos que nos reparten el pan de la verdad" *(Mor. Regul., 56 c. 5: Migne 31, 787)*.

3) Hemos de pedir también por las *autoridades*, por los reyes y jefes de Estado *(1 Tm. 2, 1-2)*. A nadie se le ocultará que de ellos depende en gran parte el bien público.

Pidamos a Dios que sean buenos, piadosos y justos. Y hemos de orar también por los que ya lo son, para que, viendo ellos cuánta necesidad tienen de las oraciones de los súbditos, no se ensorberbezcan en su dignidad.

4) Jesús nos manda expresamente *pedir por los que nos persiguen y calumnian (Mt. 5, 44)*.

5) Más aún: es costumbre cristiana, que, según testimonio de San Agustín, se remonta a los tiempos apostólicos, pedir también por todos los separados de la misma Iglesia: por los *infieles*, para que resplandezca en ellos la fe verdadera; por los *idólatras*, para que sean liberados de los errores de la impiedad; por los *judíos*, para que sus almas oscurecidas reciban la luz de la verdad; por los *herejes*, para que, vueltos a la salud, sean iluminados por los preceptos cristianos; por los *cismáticos*, para que por el vínculo de la verdadera caridad retornen a la comunión de la Iglesia, de la que un día se separaron.

Que estas plegarias, animadas por el soplo de la catolicidad, sean muy eficaces ante el Señor, lo demuestra el gran número de convertidos que constantemente *arranca la gracia de Dios del poder de las tinieblas, trasladándoles al admirable reino del Hijo de su amor (Col. 1, 13); verdaderos vasos de ira, maduros para la perdición, convertidos en vasos de misericordia (Rm. 9, 22-23)*.

6) Es también constante tradición eclesiástica y apostólica el pedir por los *difuntos*.

7) Ni es del todo inútil el pedir por quienes, a pesar de todo, *se obstinan en seguir pecando con pecados de muerte (1 Jn. 15, 16)*.

Aunque de momento de nada le sirven las oraciones de los

buenos, es obra de caridad cristiana el seguir rogando por ellos, y tratar de aplacar así la ira divina con nuestras propias lágrimas.

Ni deben ser obstáculos para el cumplimiento de este deber las maldiciones que en la Sagrada Escritura o en los Santos Padres vemos frecuentemente conminadas contra tales pecadores. Estas palabras deben entenderse en el sentido de una predición de los males que alcanzarán a los impenitentes, o en el sentido de condenación directa contra el pecado —no contra las personas—, para conseguir que los pecadores, aterrados por ellas, se abstengan de seguir pecando.

2) **Oración de acción de gracias**

El segundo modo de orar es la reconocida gratitud que debemos elevar a Dios por los divinos e innumerables beneficios que cada día acumula sobre nosotros y sobre todos los hombres.

Oramos así cuando en la sagrada liturgia alabamos al Señor por la multitud incontable de santos que El ha suscitado en su Iglesia y celebramos la victoria y triunfo que ellos consiguieron en la tierra, con la ayuda divina contra todos sus enemigos.

Un ejemplo admirable de esta clase de oración lo tenemos en la plegaria del Ave María. En ella alabamos y agradecemos a Dios por haber colmado a la Santísima Virgen con toda la plenitud de sus divinos dones y nos complacemos con la misma Madre de Dios por su sublime dignidad, *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres.* Movida precisamente por esta predilección de Dios con la Santísima Virgen, completó la Iglesia la dulce plegaria, implorando la intercesión maternal de Santa María *sobre nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Y así nosotros, *pobres desterrados, hijos de Eva, peregrinos en este valle de lágrimas,* hemos de invocar constantemente a la que es Madre de misericordia y Abogada del pueblo cristiano. Porque si Ella ruega por nosotros, si Ella se mueve en nuestro socorro, nada le será negado por aquel Dios ante quien tiene méritos tan excelsos; por aquel Dios ante quien siempre intercede maternalmente por nosotros, sus hijos pecadores.

Que sea Dios —entendiendo por Dios las tres divinas Personas— a quien hemos de dirigir nuestras plegarias, invocando su

santo nombre, es verdad ínsita en nuestras almas por la misma razón natural. Tenemos además un explícito mandamiento divino: *Invócame en el día de la angustia* (Sal. 49, 15).

Es cierto que también recurrimos con la oración a los santos. Es esta una verdad sobre la cual la santa Iglesia y las almas cristianas no tienen duda alguna. Pero hay una diferencia especial entre estas dos formas de oración: no invocamos evidentemente de la misma manera a Dios y a los santos. Y conviene aclarar bien esta profunda diferencia, para evitar todo posible error.

Invocamos a Dios para que El mismo nos conceda los bienes que necesitamos, o nos libre de los males que sufrimos. Los santos, en cambio, son invocados como *amigos* de Dios e intercesores gratos a El, para que nos obtengan de Dios los auxilios y beneficios que de El esperamos.

Las mismas formas que utilizamos para orar, expresan claramente esta diferencia. A Dios le decimos: *Ten misericordia de nosotros;* a los santos, en cambio: *Rogad por nosotros.*

En toda forma de oración debe subentenderse siempre este precepto, para no atribuir a las criaturas lo que es exclusivo de Dios. Así, cuando pedimos directamente a los santos que tengan misericordia de nosotros —fórmula que podemos decir rectamente, porque en verdad son misericordiosos con nosotros—, intentamos decirles que, apiadados de la miseria de nuestra condición, nos ayuden con la intercesión y valor que gozan ante Dios. Y si recitamos el Padrenuestro ante la imagen de un Santo cualquiera, entendemos que pedimos al siervo de Dios ruegue por nosotros y con nosotros, presentando con nosotros y para nosotros las peticiones formuladas en la oración dominical; que se constituya nuestro intérprete y abogado en la presencia del Señor, como claramente lo enseñó San Juan en su Apocalipsis *(8, 3-4).*

D) Modo práctico de orar

1) *Preparación conveniente.*—Dice la Sagrada Escritura: *Antes de hacer un voto, míralo bien, no seas como quien tienta al Señor (Eclo, 18, 23).*

Es tentar a Dios el pedir el bien cuando se obra el mal, o hablar con Dios cuando se tiene el alma distraída y alejada de lo que se pide.

Por esto será conveniente declarar los caminos de la oración y las disposiciones necesarias para hacerla bien.

a) La primera disposición esencial para orar es un *espíritu verdaderamente humilde*, consciente y arrepentido de sus pecados; un sentimiento de indignidad para acercarnos a Dios, que brota de la conciencia de pecado y nos hace sentirnos inmerecedores, no sólo de alcanzar cosa alguna de su divina Majestad, sino aun de comparecer ante su presencia.

Las Sagradas Escrituras insisten machaconamente en esta primera disposición necesaria para orar: *Convirtiéndose a la oración de los despojados, no despreció su plegaria (Sal. 101, 18): La orción del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada (Eclo, 35, 21).*

Significativos sobremanera son los ejemplos evangélicos —entre tantísimos otros— del publicano, que ni aun desde lejos se atrevía a levantar sus ojos al altar *(Lc. 18, 13);* y el de la mujer pecadora, que arrojada a los pies de Cristo, los bañaba con todas sus lágrimas *(Lc. 7, 37-38).*

b) De este sentimiento de humildad brotará *el dolor de los pecados*, o al menos un sentimiento de desagrado por no acertar a arrepentirnos convenientemente. Sin este necesario sentimiento no puede esperarse el perdón.

Hay determinados pecados que específicamente impiden sean escuchadas nuestras súplicas por Dios. En general, todos los pecados contra la caridad y la humildad:

El ser duros e inhumanos con los menesterosos. También contra éstos está escrito: *El que cierra sus oídos al clamor del pobre, tampoco cuando él clame hallará respuesta (Prov. 21, 13).*

El ser soberbios, porque *Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da su gracia (Sant. 4, 16).*

El menospreciar la ley del Señor. Es abominable la oración de aquel que se aparta de la Ley (Prov. 28, 9).

Es claro que todo esto exige, cuando se pide el perdón, una detestación de todos los pecados cometidos contra Dios y contra el prójimo.

c) Otra disposición necesaria para orar es la *fe*, sin la cual no puede tenerse un verdadero conocimiento de Dios y de su

misericordia. De esta virtud ha de nacer la confianza, que sostiene toda la oración: *Todo cuanto con fe pidiereis en la oración, lo recibiréis (Mt. 21, 22).*

San Agustín escribe: "Si falta la fe, pereció la oración" *(Serm. 115, c. 1).* Y San Pablo afirma categóricamente que esta virtud es indispensable para orar: *Pero, ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? (Rom. 10, 14).*

Por otra parte, si la fe es necesaria para la oración, ésta es indispensable a su vez para creer. Porque es la fe la que inspira nuestras plegarias, y son las plegarias las que, quitando toda duda, solidifican y fortalecen la fe.

d) Con la fe es necesaria la *esperanza*, generadora de toda confianza. San Ignacio exhortaba así a los que se acercaban a orar: "No llevéis a la oración un ánimo incierto. ¡Bienaventurado el que no dudare!" *(Epis. 10 a Heronem, n. 7).*

La fe y la esperanza engendran en nosotros la confianza segura de ser escuchados: *Pero pida con fe, sin vacilar en nada, que quien vacila es semejante a las olas del mar, movidas por el viento y llevadas de una parte a otra (Sant. 1, 6).*

Son innumerables los motivos que dan garantía a esta nuestra confianza...

2. *En espíritu y en verdad.*—Máxima importancia tiene también el modo de hacer la oración, porque, aunque ésta sea siempre un bien, no nos reportará fruto alguno si no sabemos hacerla como conviene. Santiago dice expresamente que muchas veces no se obtiene lo que se pide porque se pide mal *(Sant. 4, 2-3).*

Se ha de orar ante todo en espíritu y verdad, porque el Padre celestial desea que así se le adore (Jn. 4, 23).

Ora de esta manera quien hace su plegaria con íntimo y ardiente afecto del alma, sin excluir por esto la oración vocal. Es innegable que la oración que brota de un fervoroso e íntimo espíritu es muy superior a cualquier otra, y Dios la escucha siempre, aunque no se exteriorice con palabras, porque ante El están siempre patentes aun los más ocultos pensamientos *(Deut. 21, 21).*

Así escuchó Dios la súplica de Ana, madre de Samuel, expre-

sada con lágrimas *(1 Reg. 1, 10; 26-27)*. Y David, escribe: *De tu parte me dice el corazón: buscad mi rostro, y Yo, Yavé, tu rostro buscaré (Sal. 26, 8).*

3) *Oración vocal.*—También es útil y necesaria la oración vocal, porque enciende el deseo del alma y aviva la fe del que ora. San Agustín escribe a Proba: "A veces nos excitamos más fácilmente para acrecentar los santos deseos con palabras y otras expresiones. Otras nos vemos obligados, por el ardor del deseo y de la piedad, a manifestar con palabras nuestros íntimos sentimientos. Porque cuando el ánimo exulta de alegría, es necesario que exulte también la lengua. Y es muy lógico que ofrezcamos a Dios este doble sacrificio del alma y del cuerpo *(Epist. 130, c, 9 n, 18).*

En muchos pasajes de la Sagrada Escritura aparece claramente que los apóstoles utilizaron este modo de oración.

Existe la oración llamada privada, en la que las palabras pueden ayudar al íntimo ardor de nuestra personal piedad; y la *pública,* instituida como manifestación religiosa de la comunidad de los fieles, que no puede absolutamente hacerse, por lo menos en algunos momentos, sin el ministerio de la palabra.

Este modo de hacer la oración *en espíritu* es exclusivo de los cristianos. Cristo mismo la contrapuso a las plegarias locuaces de los paganos *(Mt. 6, 7-8).*

Pero aunque prohíbe el Señor la locuacidad en la oración, nunca intentó condenar las plegarias que, por largas que sean, brotan de un vehemente fervor del espíritu. El mismo nos dio ejemplo pasando noches enteras en oración *(Lc. 6, 12),* y repitiendo una y otra vez la misma fórmula *(Mt. 26, 41-44).* Quiso enseñarnos únicamente que no es el vano sonido de las palabras lo que cuenta en la oración, ni su extensión o brevedad, sino el espíritu con que se hace.

Contra este espíritu pecan no sólo los locuaces, sino también los hipócritas. *(Cuando oréis* —vuelve a amonestarnos de nuevo Jesús—, *no seáis como los hipócritas, que gustan de orar de pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres. Tú, cuando ores, entra en tu habitación y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará (Mt. 6, 5-6).*

Esta secreta estancia de la que nos habla el Señor debe entenderse de la intimidad del corazón, en la que el hombre debe no sólo entrar, sino encerrarse, para que no irrumpa del exterior la distracción, que turbe la serenidad y pureza de su oración. Porque el Padre celestial escucha las peticiones que se le hacen con intención pura y santos pensamientos *(Is. 29, 15-16).*

4) *Perseverancia en la oración.*—La oración requiere además una constante asiduidad. También nos lo recuerda Cristo en el Evangelio con el ejemplo de aquel juez que, aunque no temía a Dios ni a los hombres, vencido, sin embargo, por la insistencia de una pobre viuda, acabó por ceder a su petición *(Lc. 18, 2-3).*

Faltan contra esta humilde y constante perseverancia quienes después de haber orado una o dos veces, viendo que no consiguen lo que piden, cesan sin más de orar. Cristo nos dice expresamente que no hemos de cansarnos de orar (Lc. 18, 1). Y lo mismo enseñará más tarde San Pablo (1 Tes. 5, 17).

Si alguna vez sentimos desfallecer nuestra voluntad, pidamos a Dios, como la más preciosa gracia, el saber perseverar en la oración.

5) *En nombre de Jesucristo.*—También nos exige Jesucristo, como una condición, que nuestras plegarias vayan dirigidas al Padre en su nombre y valorizadas con los méritos de su intercesión: *En verdad en verdad os digo: cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo (Jn. 16, 23-24). Lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (Jn. 14, 13).*

6) *Con fervor y espíritu de penitencia.*—Por último, imitemos en nuestras plegarias el fervor tan ardiente con que las hacían los santos y juntemos siempre con la oración el agradecido reconocimiento, tan frecuente en todas las oraciones de San Pablo.

Unamos también a ella el ayuno y la limosna, porque el ayuno facilita muchísimo la oración (difícilmente logrará levantarse hasta Dios, ni aun siquiera entender lo que es orar, una mente embotada por el exceso de comida y bebida, y la limosna tiene una profunda afinidad espiritual con la oración). Porque, ¿cómo podrá invocar la ayuda del Padre el que no es caritativo

con el prójimo, con el hermano que necesita vivir de su piedad y socorro? Quien no sienta la caridad, no debe hacer más que una petición: pedir perdón por su dureza e invocar de Dios el espíritu de amor que le falta.

De esta manera proveyó el Señor el remedio para todos nuestros pecados. Porque con ellos, u ofendemos a Dios, o injuriamos al prójimo, o nos dañamos a nosotros mismos. Y con *la oración* aplacamos a Dios, con la *limosna* reparamos las ofensas hechas al prójimo, y con el *ayuno* purificamos las manchas de nuestra alma *(Catecismo Romano, IV Parte, Introducción).*

BEATO NICOLAS FACTOR (m. 1578)

Nació en Valencia e ingresó en la Orden franciscana. Fue ordenado sacerdote en 1544 y fue maestro de novicios y confesor de las Descalzas Reales. Fue un gran amigo de San Luis Beltrán.

Hay una fuente llamada "oración continua", cuyo manantial nace de Dios. Allí es donde se descubren los secretos de Dios, y con estos secretos se forma como un río que lleva el alma a Dios de donde nació. Allí es donde el alma muere al mundo y a todo lo que no es Dios. (Las Tres Vías.)

SAN LUIS BELTRAN (m. 1581)

Fue una de las glorias más excelsas de la Orden Dominicana del siglo XVI. Nació en Valencia y desde que ingresó en la vida monástica fue un dechado de oración y penitencia. Muy joven lo hicieron maestro de novicios, cargo que desempeñó extraordinariamente. En 1562 pasó a las misiones de América, donde convierte para Cristo varios millares de indios.

1. La oración es cosa tan excelsa que nos permite familiarizarnos con el mismo Dios... Por ella todo se alcanza..., es como la paloma de Noé, que siempre vuelve con el ramo verde de olivo de la misericordia. *Bendito sea Dios, que no desechó mi oración, ni me negó su misericordia* (Sal. 65, 20). Juntas van siempre nuestra oración y la misericordia de Dios. (Sermón Domin. IV.)

2. Dios desea que le pidáis para daros. A la Samaritana le dice: *Tú le pedirías a El y El te daría agua viva* (Jn. 4, 10). No pone duda en el dar (eso está seguro), la duda está en el pedir vos; que si pedís, sin falta que se os dará (Ser. fer. 2, Pentec.).

3. La oración nos hace profetas y amigos de Dios. El ser amigo consiste en el amor que está en la voluntad, y el ser profeta en que alumbra el entendimiento.

4. Tres maneras hay de oración: La primera, *vocal*, como los que rezan el Oficio Divino... La segunda es cuando dentro de nuestro corazón, sin pronunciar palabras con la boca, *habla sólo el corazón* con el Señor, y allí dentro del corazón le pedimos todo lo que necesitamos *(oración afectiva)*. La tercera manera de orar llamamos *mental o espiritual*, con que se alza nuestra alma a lo más alto para tratar afectuosamente a Dios con las alas de los deseos y piadosa afección, esforzada por el amor que no necesita palabras, pues cuanto mayor es el amor, menos palabras necesita para comunicarse con Dios... (Adic. a. id).

SANTA TERESA DE JESUS, Dra. (m. 1582)

Santa Teresa de Jesús, Reformadora del Carmelo, es, después de la Santísima Virgen, la mujer más importante dentro de la Iglesia Católica. Fue la primera mujer que recibió el título de Doctora de la Iglesia, y sus escritos son tan importantes y han tenido tanta influencia entre los cristianos, que sus obras son, después de la Biblia, las más leídas y las más populares de todos los santos.

1. El que persevere en la oración, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, tengo por cierto le sacará el Señor a puerto de salvación *(Vid. 8)*.

2. De lo que tengo experiencia puedo hablar: digo, pues, que por males que haga quien hace oración, no la deje: pues es el único medio por el que se podrá remediar, y sin ella será difícil *(Ibíd.)*

3. Quien no haya comenzado a tener oración, le ruego, por el amor de Dios, no carezca de tanto bien *(Ibíd.)*

4. Pues si a los que no le sirven, sino que le ofenden, les está tan bien la oración y les es tan necesria, que no se pueden hacer a sí mismos daño mayor que dejar la oración; los que sirven a Dios y le quieren servir, ¿por qué la habrían de dejar? Por cierto, si no es para pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender... Cierto los tengo lástima, que a su costa sirven a Dios; porque a los que hacen oración, el mismo Señor les hace la costa, pues por un poco de trabajo da gusto para que con él se pasen los trabajos *(Ibíd.)*

5. Sólo digo que, para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí el Señor, es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará *(Ibíd.)*

6. Para no hacer pecados..., es necesario que se aprovechen las armas de la oración *(Vida, 15)*.

7. En este punto quisiera yo ser una persona de gran autoridad para que se me creyera esto; al Señor suplico su Majestad la dé: Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración, con decir: "Si vuelvo a ser malo será peor seguir con la oración". Lo malo sería si por no enmendarse del mal dejara la oración; pero si no la deja, tenga por seguro que al fin la sacará el Señor a puerto de luz... *(Vid. 19)*.

8. Yo la dejé año y medio, y no fuera más ni fue que meterme yo misma en el infierno sin necesidad de demonios que metieran en él. ¡Oh, válgame Dios, qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio en cargar aquí la mano! Sabe el traidor que, alma que tenga con perseverancia oración, no puede ser suya, y que incluso, todas las caídas que la hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después un mayor salto en su servicio. (Ibíd.)

9. No me parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración (Ibíd.)

10. Todo este cimiento de la oración va fundamentado en la humildad, y mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios (Vid. 22).

11. Habiendo comenzado a quitarme de las ocasiones de pecar y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes como quien desea que yo las quisiese recibir (Vid. 23).

12. Mírese mucho que las que hubieren de recibir (para monjas) sean personas de oración (Cons. 21).

13. *¿Qué es oración mental?*—Pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos, y quiénes somos los que osamos hablar con tan gran Señor; pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servirle, eso es oración mental, no penséis es otra algarabía, ni os espante el nombre (Vid. 40).

14. Como yo quería tanto a mi padre, y deseándole todo el bien que a mí me parecía había en tener oración —que me parecía que en esta vida no había un bien mayor que la oración—; comencé a procurar con él la tuviese... Como era tan virtuoso, asentóse tan bien en él este ejercicio que, en cinco o seis años..., estaba tan adelantado que yo alabo mucho al Señor y me daba grandísimo consuelo (Vid. 7).

15. *La oración no siempre es fácil.*—Muchas veces en varios años, tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar en la oración, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante que no la acometiera de mejor gana que recogerme a hacer oración.

Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo..., para forzarme, y en fin, me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces cuando tenía deseos de rezar (Vid. 8, 6-7).

16. ¡Son tantas las cosas que el demonio pone delante los principios para que no comiencen este camino de hecho!... Como quien sabe el daño que le viene, no sólo en perder aquel alma, sino muchas. Porque si el que comienza se esfuerza, con el favor de Dios, a llegar a la cumbre de la perfección, creo que jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí... Por eso les pone el demonio tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no volverse atrás, sino mucho, y mucho favor de Dios (Vid. 2).

17. Pero si ponéis cuidado, en un año, o quizás en medio, saldréis con ello (Cam. 29).

18. Lo que aviso mucho es que no se deje la oración... Y crea, crea que si de ésta se aparta, lleva a mi parecer peligro (Vid. 15).

19. Por males que haga quien la ha comenzado, jamás la deje, pues es el medio por donde puede volverse a remediar... No le tiente el demonio por la manera que a mí a dejarla por humildad... Y quien no la ha comenzado, por el amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien.

No hay aquí qué temer, sino qué desear; porque..., a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera..., nadie le tomó por amigo que no se lo pagase; que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama... Viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que nos ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos (Vid. 8).

20. ¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien os sufre que estéis con él!... No veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a Vos por esta particular amistad; los malos —que no son de vuestra particular condición—, para que los hagáis buenos con que os sufran, que estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos de mundo, como yo hacía.

Por esta fuerza que se hacen a querer estar en tan buena compañía..., forzáis Vos a los demonios para que no los acometan y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y se la dais Vos a ellos para vencer.

Sí que no matáis a nadie, Vida de todas las vidas, de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo, sino que les sustentáis la vida del cuerpo con más salud y se la dais también a sus almas.

No entiendo esto que temen los que temen comenzar oración mental, ni sé de qué tienen miedo. Bien hace ponerlo el demonio para hacernos él de verdad mal (Vid. 8).

21. La oración mental es el principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa en que nos va la vida en comenzarla a todos los cristianos, y ninguno, por perdido que sea..., la había de dejar (Cam. 24).

22. Se ha de notar mucho..., que el alma que en este camino de oración comienza a caminar con determinación y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse ni desconsolarse mucho porque falten estos gustos y ternura o la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino: y no tenga miedo de volver atrás, aunque más tropiece, porque va comenzando el edificio en firme fundamento.

Sí que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura —que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos—, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad... Esta determinación es la que (Dios) quiere (Vid. 11).

23. Allí (en la oración) son las promesas y determinaciones heroicas; la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad... (Vid. 19).

24. Dios pone (en el alma) un gran deseo de ir adelante en la oración, y no dejarla por ninguna clase de trabajo que le pudiese suceder, que a todo se ofrece. Ve una seguridad con temor de que ha de salvarse..., y se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo; ansía tener más ratos de soledad para gozar más de aquel bien; en fin...: es el principio de todos los bienes (Vid. 6).

25. Por aquí (por la oración) se remediaron todos mis males... (Vid. 8).

26. Todas estas señales de temor de Dios, me vinieron con la oración, y la mayor (señal) era ir envuelto en amor (Vid. 6).

27. Ya sabéis que enseña Su Majestad que sea a solas; que

así lo hacía El siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento (Cam. 24).

28. Las almas sin oración son como un cuerpo tullido que aunque tiene pies y manos no se puede mover (Mor. 1).

29. La puerta para entrar es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, sino que para que sea oración ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es el que pide y a quién lo pide, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios... Pues a quien tuviere la costumbre de hablar con la Majestad de Dios como lo haría con su esclavo, sin mirar si le habla mal, sino lo que le viene a la boca y tiene aprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plegue a Dios que ningún cristiano la tenga. (Mor. 1).

30. Aquellos ratos que estamos en la oración..., los tiene Dios en mucho (Mor. 2).

31. La puerta para entrar..., es la oración. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo sin entrar en nosotros conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino... (Mor. 2).

32. Para esto es la oración..., para que nazcan obras, obras (Mor. 7, 4).

33. Yo miro con advertencia que..., cuanto más se adelantan en la oración, más acuden a las necesidades del prójimo, en especial a las de las almas, que por sacar una del pecado mortal estarían dispuestas a dar muchas vidas que tuvieren (C.A.D. 7).

34. Lo primero que quiero tratar, según mi pobre entendimiento, es en lo que está la sustancia de la perfecta oración... Y así querría dar a entender que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es mandada por él..., por donde el provecho del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho (Fund. 5).

35. En la oración es donde el Señor da luz para entender las verdades (Fund. 10).

36. Desear trabajos almas que tienen oración, es muy ordinario, estando sin ellos; mas estando en los mismos trabajos, alegrarse de padecerlos, no es de muchos (Fund. 12).

37. Por mucho que tengan que hacer, no dejen de procurar tiempo para tener oración (Fund. 30).

38. En verano se levanten a las cinco y estén hasta las seis en oración. En invierno se levanten a las seis y estén hasta las siete en oración (Cons. 2).

39. Una hora antes que digan Maitines, se toca a la oración. En esta hora de oración se podrá tener lectura, si en la hora que se tiene después de Vísperas se hallaren con espíritu para tener oración (Cons. 7).

40. ¡Oh, almas que habéis comenzado a tener oración y tenéis verdadera fe! ¿Qué bienes podéis buscar en esta vida que sea como el menor de éstos? (Vid. 27).

41. Yo siempre salía consolada de la oración y con nuevas fuerzas (Vid. 29).

42. Todas las cosas de más subida perfección se imprimen en la oración (Rel. 1, 24).

43. Dice la primera Regla nuestra que oremos sin cesar. Con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo más importante, no se dejarán de cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden (Cam. 4).

44. Acostumbrarse a la soledad es gran cosa para la oración: y pues la oración ha de ser el cimiento de esta casa, es necesario aficionarnos a la soledad que es lo que a ella más nos ayuda (Cam. 4).

45. En esta casa..., es el ejercicio principal la oración (Cam. 17).

46. Por tanto, digo que importa mucho, y es el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella (a hacer bien la oración), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino..., siquiera se hunda el mundo (Cam. 21).

47. Creedme vosotras y mirad no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración (Cam. 21).

48. Yo no hablo ahora de que vuestra oración sea mental o vocal para todos; a vosotras digo, que la una y la otra necesitáis. Pues este es el oficio de los religiosos. Y si alguno os dijere que

en esto hay peligro, tenedle a él por el mismo peligro y huid de él... Peligro será el no tener humildad y la falta de otras virtudes; mas camino de oración camino de peligro, nunca Dios quiera. Esos son inventos del demonio... Nunca he visto tan mala invención; bien parece del demonio. ¡Oh, Señor mío! Mirad cómo entienden vuestras palabras al revés. No permitáis semejantes flaquezas en vuestros siervos (Cam. 21).

49. Si alguno os pusiere temores decidle que Regla tenéis que os manda orar sin cesar, que así os lo manda y que la habéis de cumplir. Y si os dijeren que sea vocalmente, preguntadle si ha de estar el entendimiento y el corazón en lo que decís. Y si os dijeren que sí (que no podrán decir otra cosa), veis por dónde confiesan que forzosamente habréis de tener oración mental... (Cam. 21).

50. Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinación...; porque no es razón que, a quien tanto nos ha dado y de continuo da, que una cosa que nos queremos determinar a darle, como es ese cuidadito (de hacer bien la oración), no dárselo con toda determinación (Cam. 23).

51. Es gran negocio comenzar las almas a tener oración, comenzándose a desasir de todo género de contentos y entrar determinadas a sólo ayudar a llevar la Cruz a Cristo... Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar (Vid. 15).

52. Quien viere en sí esta determinación, no, no tiene que temer..., puesto que está en tan alto grado como es querer tratar a solas con Dios y dejar los pasatiempos del mundo, lo principal está hecho (Vid. 11).

53. El alma que en este camino de oración mental comienza a caminar con determinación y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse mucho porque le falten estos gustos y ternuras, o los dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino... y va comenzado el edificio sobre firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos, que la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de alma y con humildad (Vid. 11).

54. Comenzando yo a quitarme de las ocasiones y a darme

más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba..., que yo las quisiera recibir (Vid. 23).

55. Poco a poco y en poco tiempo, si traéis cuidado con la oración, os hallaréis en la cumbre (Cam. 17).

56. Si se persevera (en la oración) Dios no se niega a nadie (Vid. 11).

57. Este poquito de tiempo que nos determinamos a darle, de cuantos gastamos en nosotros mismos y en quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato se lo queremos dar, démoselo libre de pensamientos y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás volver a quitárselo por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradicciones, ni por sequedades; sino que ya tengamos aquel tiempo como cosa que no es nuestra, y pensemos que nos lo puede pedir por justicia cuando del todo no se lo quisiéramos dar (Cam. 23).

58. Esto tiene de bueno..., que se nos da más de lo que se pide ni acertáramos a desear (Cam. 23).

59. Aun en las mismas ocupaciones (debemos) retirarnos a nosotros mismos, aunque sólo sea un momento; pues sólo aquel recuerdo de que tengo compañía dentro de mí, aprovecha mucho (Cam. 29).

60. Si el alma está mucho tiempo con Dios, como es razón que lo esté, olvidada de sí solamente deseará contentar a Dios... De esto sirve la oración, de que nazcan obras, obras...

¿Cómo hay que hacer la oración?—Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mí presente; y esta era mi manera de oración (Vid. 4).

61. Tenía este modo de oración: Que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y me hallaba mejor, a mi parecer, en los lugares donde le veía más solo. Me parecía a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada, admitiría mi compañía... Me hallaba muy bien, especialmente, en la oración del huerto; allí era mi acompañarle... Me estaba allí con El lo más que me dejaban mis pensamientos, porque eran muchos los que me atormentaban. Tengo para mí que por aquí ganó mucho mi alma, porque empecé a tener oración incluso antes de saber lo que era (Vid. 9).

62. Tenía poca habilidad para representar con el entendimiento cosas que, si no eran las que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación.

Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así, que jamás le pude representar en mí..., sino que hacía como quien está ciego y a oscuras, que, aunque habla con una persona y entiende que está con ella, porque sabe que está allí, mas no la ve (Vid. 9).

63. Hacer examen de conciencia, decir la confesión y santiguarse, ya se sabe que ha de ser lo primero (Cam. 26). Después de santiguaros, pues estáis sola, procurad tener compañía. Y ¿qué mejor que la del mismo Maestro?

...Representaos al Señor junto a vos, y mirad con qué amor y humildad os está mirando; y creedme, mientras pudiereis, no os apartéis de tan buen amigo. Si os acostumbráis así a tenerle junto a vos, no le podréis —como dicen— echar de vos...

Las que no podáis discurrir mucho con el entendimiento, ni podéis recoger el pensamiento sin distraeros, acostumbraos, acostumbraos: mirad que yo sé que podéis hacer esto (Cam. 26).

64. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo..., y así siempre volvía a la costumbre de holgarme con este Señor, especialmente cuando comulgaba; quisiera yo traer siempre delante de mí su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera (Vid. 22).

65. En veros junto a mí he visto todos los bienes... Con tan buen amigo presente, todo se puede sufrir. El ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero (Vid. 22).

66. ¿De dónde me vinieron a mí todos los bienes sino de vos?... Este Señor nuestro es por donde nos vienen todos los bienes; El lo enseñará; mirando su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos que tener un tan buen amigo al lado? Que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones. ¡Bienaventurado quien de verdad le amare y le trajere siempre junto a sí! (Vid. 22).

67. Dice el Señor: "*Pedid y se os dará*" (Lc. 11, 9). Pues si no creéis a Su Majestad en las partes del Evangelio donde asegura esto, poco aprovechará, hermanas, que yo me quiebre la cabeza en decirlo. Mas todavía digo que a quien tuviese alguna duda,

que poco perderá en probarlo; que esto tiene de bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertáramos a desear. Esto es sin falta. Yo lo sé; y a las de vosotras que por bondad de Dios lo sabéis por experiencia, puedo poner por testigo (Vida 4).

68. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración... Mire, mire no le engañe el demonio en que deje la oración, como hizo conmigo bajo falsa humildad, como ya lo he dicho y muchas veces lo querría decir. Cómo pude pasar, me espanto. Era con la esperanza de volver a ella; pero antes quería estar limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! ¡Hasta el día del juicio me la libraba el demonio para de allí llevarme al infierno!... Nadie puede hacerse a sí mismo daño mayor que dejar la oración...

Ahora me santiguo, y me parece que en mi vida no he pasado peligro tan peligroso como esta invención del demonio. Miren, miren esto, por amor de Dios, todos los que tratan oración, y sepan que todo el tiempo que yo estuve sin ella era mucho más perdida mi vida (Ibíd.)

69. En todos estos (años), si no era acabando de comulgar, jamás me atrevía a tener oración sin un libro; y era tanto el miedo que tenía mi alma estar sin él en la oración, como si fuera a pelear con mucha gente. Este remedio era para mí como una compañía o escudo para poder defenderme de los golpes de los pensamientos (importunos, y con él) andaba consolada. No estaba siempre con sequedad, pero sí siempre que me faltaba el libro, que era luego desbaratada el alma y los pensamientos perdidos; pero con esto los comenzaba a recoger y como por halago llevaba el alma. Muchas veces, con solamente abrir el libro, ya no era necesario más. Otras leía poco y otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Me parecía..., que teniendo libros y soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien (Ibíd.)

70. De mí sé deciros que nunca supe qué era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tanto provecho de esta costumbre de recogimiento dentro de mí, que por eso me alargo tanto (Cam. 29).

71. Nada se aprende sin un poco de trabajo. Os pido por

amor de Dios que deis por bien empleado el cuidado que gastaréis en esto; pues yo sé que, si le tenéis, en un año, o quizá en medio, con el favor de Dios saldréis con ello. Mirad qué poco tiempo para tan grande ganancia (Cam. 29).

72. Con este modo de rezar..., con mucha más brevedad se recoge el entendimiento, y es oración que trae muchos bienes. Se llama oración de recogimiento porque el alma recoge las potencias y se entra dentro de sí con Dios, y viene con más brevedad su Divina Majestad a enseñarla y a dar la oración de quietud... Porque allí metida consigo misma puede pensar en la Pasión, y representar allí al Hijo y ofrecerlo al Padre sin cansar el entendimiento, andándole buscando en el monte Calvario, en el Huerto o en la Columna.

Las que se pudieren encerrar de esta manera en este cielo pequeño de nuestra alma, donde está quien le hizo... y acostumbrarse a no mirar ni distraerse con las cosas exteriores, crea que lleva excelente camino... Así, quien va por este camino, casi siempre que reza tiene cerrados los ojos... Si nos hiciéremos fuerza en usarlo algunos días, pronto veremos claro las ganancias (Cam. 28).

73. Si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se hubieran determinado a serlo, y poco a poco a ponerlo por obra, no hubieran llegado a tan alto estado. Quiere Su Majestad y es amigo de almas animosas... Me espanto de lo mucho que hace en este camino el animarse a grandes cosas; porque, aunque en el momento no tenga fuerza el alma, da un vuelo y llega muy (alto)... Estas primeras determinaciones son gran cosa (Vid. 13).

74. Durante muchos años..., cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada a Cristo, procuraba... esforzar la fe para creer que era lo mismo y le tenía en casa tan pobre como la suya y desocupándose de todas las cosas exteriores se ponía en un rincón, procurando recoger los sentidos para estar a solas con el Señor, y considerándose a sus pies, se estaba allí hablando con El aunque no sintiese devoción...

Porque (es cierto) que está dentro de nosotros...; pues sabemos que mientras el calor natural no consume los accidentes del pan (no dudamos) que está con nosotros el buen Jesús... Y pues si cuando andaba por el mundo, con sólo tocarle la ropa sanaba los enfermos, ¿por qué vamos a dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si yo tengo fe, y me dará todo lo que le pidiese, pues está en mi casa? (Cam. 61.)

75. A los que ve que se han de aprovechar de su presencia, El se les descubre; que aunque no se pueda ver con los ojos corporales, tiene muchos modos de mostrarse al alma... (Después de comulgar), estaos vos con El de buena gana; no perdáis tan buena ocasión de negociar como es la hora de después de haber comulgado. Si la obediencia no os mandare otra cosa, hermanas, procurad que el alma se esté con el Señor. Pero si luego os vais con el pensamiento a otra cosa y no le hacéis caso ni tenéis cuenta de que está dentro de vos, ¿cómo se os va a dar a conocer? (Cam. 34).

76. Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejaros ricos... (C. A. D. 4).

77. Después de comulgar, pues tenéis allí al Señor, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrid los del alma para miraros al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo y muchas lo querría decir, que, si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgareis, procurando tener tal conciencia que os sea lícito gozar a menudo de este Bien, no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras se os dé a conocer conforme al deseo que tenéis de verle; y tanto lo podríais desear que se os descubra del todo.

78. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Os entendéis? Pues yo querría dar voces y discutir —aun siendo la que soy— con los que dicen que no es menester la oración mental. Cierto, yo creo que no os entendéis ni sabéis qué es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación; porque si lo supieseis, no condenaríais por un lado lo que alabáis por el otro...

¿Quién dirá que está mal, si comienza a rezar las horas o el rosario, que comience pensando con quién habla, y quién es el

que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal —que es rezar las horas o el rosario— ocupéis hartas horas en la mental (Cam. 37).

79. Y no penséis se gana poco en rezar vocalmente con perfección: os digo que es muy posible que, estando rezando el Padrenuestro u otra oración vocal, os ponga el Señor en contemplación perfecta (Cam. 25).

80. Me diréis que ya esto es consideración, que no queréis ni lo podéis, si no rezar vocalmente: y tenéis alguna razón. Mas yo os digo que ciertamente no sé cómo lo aparte (si ha de ser rezar con quien hablamos, como es razón y aun obligación que procuremos rezar, entendiendo y advirtiendo *lo que decimos*); y aun plega a Dios que con estos remedios vaya bien rezado el Padrenuestro y no acabemos en otra impertinencia (Cam. 40).

81. De lo que vuestra señoría tiene del querer salir de la oración, no haga caso, sino alabe al Señor por el deseo que le da de tenerla, y crea que en la voluntad eso quiere, y ama estar con Dios. La *tristeza* o melancolía se acongoja de parecer se le ha de hacer apremio. Procure vuestra señoría algunas veces —cuando se ve apretado— irse donde vea cielo, *y hacer la oración* paseando, que no se quitará la oración por eso; porque es menester llevar con arte esta nuestra flaqueza para que no se apriete el natural. Todo esto es buscar a Dios, pues por El andamos buscando medios como es necesario llegar el alma con suavidad. (Epist. 67.)

82. La mejor oración es la que nos deja mejores deseos confirmados con obras... ¡Oh!, ésta es la verdadera oración y no unos gustos no más para nuestro gusto, pero que cuando se ofrece la ocasión de (confirmarlo con las obras, mostramos) mucha flojedad... Yo no desearía otra oración sino la que me hiciese crecer en las virtudes. Si es con grandes tentaciones y sequedades y tribulaciones, y esto me dejase más humilde, yo la tendría por buena oración; pues lo que más agradare a Dios, tendría yo por mejor oración; pues no se entiende que no ora el que padece, pues lo está ofreciendo a Dios... (Cta. 134).

83. Todo lo puede la oración (Cta. 13, 5).

84. Cada día voy entendiendo más el fruto de la oración y lo que debe ser delante de Dios un alma que por sólo su honra pide remedio para otras. (Cta. 159, 5).

85. Lo primero que quiero decir, según como yo lo entiendo, es en qué está la sustancia de la perfecta oración. Porque hay algunos que les parece que todo el negocio está en el pensamiento, y si éste lo pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, ya les parece que son espirituales; pero si se distraen sin poderlo evitar, aunque sea en cosas buenas, se desconsuelan y les parece que están perdidos.

Estas ignorancias no las tendrán los letrados —aunque ya he dado con alguno—, mas a nosotras las mujeres, de todas estas ignorancias, conviene estemos avisadas.

No digo que no sea gran merced del Señor el que uno pueda estar siempre meditando en sus obras, y es bueno que se procure; mas se ha de entender que no todas las imaginaciones son hábiles para ello, mas todas las almas lo son para amar...

Lo que aquí quiero dar a entender es que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es mandada por él (que tendría hasta mala ventura), por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho.

Mas, ¿cómo se adquirirá este amor? Determinándose a obrar y padecer, y hacerlo cuando se ofreciere.

Bien es verdad que del pensar lo que debemos al Señor, y quién es El, y quiénes somos nosotros, se viene a hacer un alma determinada, y es gran mérito, y a los principios muy conveniente. Mas se ha de entender cuando no hay por medio cosas que mande la obediencia y aprovechamiento de los prójimos a que obligue la caridad, que, en tales casos, cualquiera de estas dos cosas que haya que hacer, piden tiempo para dejar el que nosotros tanto deseamos dar a Dios, como es, a nuestro parecer, el estar a solas pensando en El y regalándonos con los regalos que nos da. Dejar esto por cualquiera de estas dos cosas es regalarle y hacer por El, como dijo por su boca: "*Lo que hiciereis por uno de estos pequeñitos, lo hacéis por mí*" (Mt. 25, 40). Y con respecto a la obediencia, quien bien le quisiera no querrá vaya por otro camino que "*obediens usque ad mortem*".

Pues si esto es verdad, ¿de qué procede el disgusto que a la mayor parte nos da cuando no se ha estado mucha parte del día muy apartados y embebidos en Dios, aunque andemos empleados en estas otras cosas? A mi parecer, por dos razones: la primera y más principal, por un amor propio que aquí se mezcla, muy delicado, que no se deja entender, y que consiste en querer más contentarnos a nosotros que a Dios. Porque está claro que después que un alma comienza a gustar cuán suave es el Señor, que es más gustoso estarse descansando el cuerpo sin trabajar y regalada el alma.

¡Oh, caridad de los que verdaderamente aman a este Señor y conocen su condición! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que pueden hacer algo para que una sola alma se aproveche y ame a Dios o para darle algún consuelo o para quitarla de algún peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, lo hará con la oración, importunando al Señor por las muchas almas que la lástima de ver que se pierden. Pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, no pensando en su contento, sino en cómo hacer más la voluntad del Señor... Recia cosa sería que nos estuviese claramente diciendo el Señor que fuésemos a alguna parte que El quiere, y nosotros no quisiéramos sino estarnos con El mirándole, porque estamos más a nuestro placer... *(Fund. c. 5. En esta materia los dos extremos son malos: Son muchos los que so pretexto de obediencia o caridad, abandonan la oración, y contra ellos escribió mucho la santa, así como San Juan de la Cruz, San Bernardo y otros santos. Pero también se puede pecar por el extremo contrario, que es lo que aquí Santa Teresa explica que no está bien).*

86. Yo sé claro que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos; y son de tal suerte, que si no les diese aquel manjar de gustos no se podrían sufrir. Y está claro que a los que Dios mucho quiere, lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores...

Pues creer que admite a su amistad estrecha a gente regalada y sin trabajos, es disparate. Tengo por cierto les da Dios (los trabajos) mucho mayores...

Así que, hermanas, oración mental; y quien ésta no pudiere, vocal y lectura de libros santos y coloquios con Dios... (Cam. 18).

SAN CARLOS BORROMEO (m. 1584)

San Carlos Borromeo, Cardenal y Arzobispo de Milán, preclaro ejemplo de disciplina eclesiástica, fue el alma del Concilio de Trento. Publica sus Instrucciones para Confesores, *funda un Seminario modelo, fomenta la disciplina monástica y la educación catequística... La austeridad y el trabajo excesivo le llevaron al sepulcro a la edad de 46 años. La liturgia resume su vida con estas palabras:* "Su celo pastoral lo hizo glorioso".

1. Entre todos los medios que el Señor nos dejó en el Evangelio, el que ocupa el primer lugar es la santa oración (Litt. Pastor).

(Refiere San Antonio M.ª Claret que cuando San Carlos examinaba a los jóvenes aspirantes al sacerdocio, lo primero que les preguntaba era: "¿Qué cosa es la oración? ¿De cuántas maneras es la oración? ¿Cómo la hace? ¿Qué frutos saca de ella?", etc., etc., y si no respondía bien a estas preguntas sobre la oración, le despedía irremisiblemente por más sabio y sobresaliente que fuese en las demás materias. (Diál. sobre la Oración.)

Y San Ligorio escribe que este santo obispo llegó a prohibir en un sínodo que se confirieran las sagradas órdenes a aquel que descuidase la oración).

2. "La sabiduría de Dios, Cristo Nuestro Señor, en todo el desarrollo del Santo Evangelio, una de las cosas que *más* nos manda con las palabras y con el ejemplo, es la oración, cuyo uso y ejercicio es tan propio del cristiano, que por ella ha querido Su Majestad que fuéramos distintos y nos distinguiésemos de todas las naciones del mundo. *Mi casa* —dijo El— *será llamada "casa de oración"* (Mt. 21, 13). La oración es la madre de todas las virtudes

cristianas, la cual, por ser principio, progreso y coronamiento de todas, no hay ninguna otra tan recomendada en toda la Escritura, ni hay ninguna que deba sernos tan familiar, ni que con más a menudo y mayor interés necesariamente hayamos de procurar ejercitar todos los fieles" (Cit. por S. Ligorio. Gran Med. Or.).

3. *Al salir de Jericó le fue siguiendo mucha gente, y he aquí que dos ciegos, sentados a la orilla del camino, habiendo oído decir que pasaba Jesús, comenzaron a gritar, diciendo: ¡Señor, hijo de David!, apiádate de nosotros. Mas las gentes les reñían para que callasen. Pero ellos, cada vez gritaban más fuerte: ¡Señor, hijo de David!, apiádate de nosotros (Mt. 20, 29-31).*

Aquellos ciegos, por encima de los gritos de la muchedumbre, hicieron sobresalir los suyos. Tal es la naturaleza de la fe viva, que cuantos más impedimentos haya, más se enciende.

Aprendamos de este pasaje evangélico, que nunca debemos desistir de la oración: ni porque las turbas griten, ni porque las criaturas aumenten su violencia seductora. Aunque parezca que Cristo no nos oye, tenemos que persistir en nuestros clamores con mucha confianza y fe.

Jesús les dijo: *¿Qué queréis que os haga?* (Mt. 20, 32). ¿Qué me importa a mí que el mundo me desprecie y sus sabios no quieran oírme, si me escucha el Señor?

Tened ánimo, hijitos míos, que en vuestras manos está vuestra salud: basta con que la queráis, basta con que consintáis, basta con que la pidáis...; porque el que os hizo sin contar con vosotros, no os salvará sin vosotros.

Pero, Señor Jesús: ¿por qué preguntas lo que ya ves? ¿No ves lo que necesitan? ¿Qué necesidad tienes de que te lo manifiesten con palabras?

—No lo pregunto para conocer sus sufrimientos, sino para que manifiesten su fe, para que se vea lo que piensan de mí.

—Pero, Señor: ¿Acaso no sabes lo que piensan de ti?

—Sí que lo sé, pero quiero que los pueblos busquen su médico y digan delante de todos lo que desean, porque así, mientras los ciegos me confiesan Hijo de Dios, los que creen tener vista son confundidos.

La oración nunca se vuelve vacía como se haga con fe y perseverancia, porque con ella honramos a Dios y conseguimos la salud del alma. (Homilía, 55).

VENERABLE BARTOLOME DE LOS MARTIRES (m. 1590)

El Venerable Bartolomé de los Mártires es célebre por su destacada actuación en el concilio de Trento y por su celo pastoral como santo arzobispo de Braga. Escribió también una preciosa obra titulada Compendium vitae spiritualis.

1. ¡Ay de ti, si se hubiere secado en ti la fuente de la devoción! ¿Qué otra cosa es la devoción, sino la fuente de agua viva que riega todos nuestros ejercicios de virtud, y sin la cual se mustian enseguida? Es, también, vino celestial que alegra el corazón humano, bálsamo que sana toda herida, comida del alma, lengua con la que hablamos a Dios...

La dulzura de la vida interior (que nos llega con la oración) es la comida del alma con la que se fortalece para trabajar en la viña del Señor... El único alivio de los trabajos, debe ser el recurso a la soledad para orar y meditar. (Estimulus Pastorum.)

Después de la oración fogosa, queda el rescoldo para los momentos de ocupaciones... Hay que esforzarse en pedir con grandes gemidos al Señor que en medio de los negocios... esté el espíritu libre siempre, seguro y magnánimo para el Señor...

Cuando nos salen al paso dificultades, peligros, crímenes que hay que evitar, o cuando tengamos que proveer beneficios o cargos, etc., recurre al punto a la oración... pues este impulso constante para orar, es una gran ocasión de aprovechamiento (Ibíd.)

El mayor escollo que hay que evitar, es que el agobio de los quehaceres externos, nos lleve a la sequedad y empecemos a orar con tibieza, espaciando o disminuyendo los actos de piedad... Ello nos llevará a abandonar los actos más esenciales, por

otros que lo son menos, y por fin, poco a poco vendremos a caer en los defectos y en los vicios (Ibíd.)

Tal vez David cayó, porque, poco a poco, fue dejando los ejercicios espirituales.

Es tarea del sacerdote sacrificar, orar, enseñar, visitar (si es obispo). ¿Hay algo más digno y más útil para las ovejas que el que por ellas ofrezca el pastor a Dios, todos los días, la vida y pasión de Cristo? ¿Puede decirse insensatez mayor que el que no se deba celebrar todos los días, porque se tienen ya muchas ocupaciones? Precisamente por tales ocupaciones, es necesario reservar al Señor el espacio suficiente para celebrar, como defensa contra las tentaciones, para tener luz en los negocios, consuelo en medio de las aflicciones (Ibíd.)

De estos dos mandamientos, a saber, de la palabra y del ejemplo, depende la seguridad de la conciencia y en ellos se resume tu ministerio (sacerdotal). Pero tú si tienes sentido, añade un tercero, que es el de la oración. Quedan tres en esta forma, pero el mayor de ellos es la oración (Ibíd.)

SANTA CATALINA DE RICIS (m. 1590)

Santa Catalina de Ricis fue monja dominica de Florencia, a quien Dios distinguió, sobre todo, por su devoción a las almas del purgatorio. Fue canonizada por Benedicto XIV en 1746.

A esta Santa le dijo el Señor: "No se entregan las joyas ni las perlas a quienes no conocen su valor, ni tampoco yo concedo mis dones y favores a quienes no saben apreciarlos. No los doy sino únicamente a las almas que los buscan pidiéndolos noche y día a fuerza de suspiros y lágrimas hasta hacerse importunas (13 de octubre de 1553).

SAN LUIS GONZAGA (m. 1591)

San Luis Gonzaga, marquesito de Castiglione, era un niño angelical cuando le descubre el Cardenal San Carlos Borromeo. El mismo le da la primera comunión. Renuncia al marquesado en favor de su hermano Rodolfo y se hace jesuita. Toma por director espiritual a San Roberto Belarmino. Muere a los 23 años como un ángel de pureza celestial.

El que no sea hombre de oración, no llegará nunca a un alto grado de santidad, ni triunfará nunca de sí mismo. Toda la cobardía y la poca mortificación que se echan de ver en las almas religiosas, no procede sino de que se descuida la oración, que es el medio más corto y eficaz de alcanzar las virtudes.

BEATO ALONSO DE OROZCO (m. 1591)

El Beato Orozco (1500-1591) nació en Oropesa (Toledo). Estudió en Salamanca y a los 22 años ingresó en la orden agustiniana, teniendo por maestro al venerable Montoya y haciendo la profesión en manos de Santo Tomás de Villanueva. Fue un gran predicador al que todos tenían por santo, y fue consejero del rey Felipe II. Fue beatificado por León XIII en 1882. Sus obras principales son: Vergel de Oración, Recogimiento del Alma, Regla de Vida Cristiana, Desposorio Espiritual y Monte de Contemplación.

1. Es cosa mayor y más beneficiosa para el alma, una oración atenta, aunque breve, que si se hiciera una peregrinación hasta Jerusalén, ¡Oh alma, no pienses que andas pequeña jornada

cuando oras al Señor, ni pienses que su divina Majestad la tiene en poco! Acuérdate que quien dijo que hasta los cabellos de nuestra cabeza tiene contados, que no dejará que se pierda la menor de nuestras oraciones, ni dejará ninguna sin gran premio...

2. Dios no nos pide grandes obras, sino grandes deseos. ¡Oh alma mía: mira que no te pide el Señor más que deseos! Extiende tus senos, ensancha tu corazón, desea cosas eternas y grandes, que grande y omnipotente es el que lo ha de cumplir. ¡Oh, cuán grandes cosas obra un querer determinado! un decir: tengo que orar y alabar a mi Dios, venga lo que viniere...

3. Mas a nosotros nos ocurre en la oración lo que al negligente, de quien dice Salomón: *Quiere y no quiere el perezoso*. No hay quien no quiera una conversación tan dulce y suave como la de Dios, de la cual se goza el corazón, ni hay quien aborrezca la alegría que en ella siente el corazón, el cual fuera de su centro, que es Dios, no puede sosegar. De manera que todos queremos los frutos de la oración, mas el trabajo de llegarse a ella, el desocuparnos para tan grande obra, pocos lo aceptan y menos lo ponen en obra. Quiere y no quiere el negligente: quiere el provecho, mas como no quiere el trabajo, todo lo pierde.

4. Conviene que estés avisado: más te vale una hora de oración, que un día entero de lección; porque en la lección tienes por maestro el libro y, en la oración, al Espíritu Santo.

5. Los Santos Doctores, mucho más tiempo gastaban en la oración que en el estudio entre los libros, porque sabían la promesa del Padre que dice por David: *Me ofrecerá sacrificio de alabanzas, y allí está el camino, en el cual manifestaré mi Salvador* (Salv. 49).

Si tal libro de vida mereces ver orando, no has menester otra ciencia. El es sabiduría del Padre y te enseñará grandes secretos en breve y sin ruido.

6. Nota bien que en la oración es donde se halla el camino para llegar a la sabiduría; luego, fuera de ella, perdido andas, buscando el verdadero saber. Plugiese a Dios que *como Salomón*, partieses sabiamente el niño a las dos madres, que son la lección y la oración... Pártele de forma que siquiera des tantas horas a la oración como das al estudio...

7. ¡Oh, que fuerzas da la oración hasta el más flaco y temeroso que sea! La oración, de niños hace gigantes, según nos enseñan los tres niños del horno de Babilonia...

8. La vida es una lucha continua sobre la tierra, como dice Job (7); pues siendo la oración la única arma poderosa que tenemos, ¿cómo la vamos a descuidar?

9. Según San Bernardo, tres son los principales enemigos de la perseverancia en la oración: El primero es la poca devoción y gusto que sentimos orando. El segundo es la contradicción y disgusto de nuestra carne. Y el tercero, la poca confianza de ser oídos.

10. Gran contrario es el primero, y mucho puede contra los flacos y poco ejercitados, porque como no gustan la suavidad de Dios, les resulta casi insoportable la oración.

¡Oh! alma, no te engañes, mira que dice el Señor: *No juzguéis según las apariencias, sino haced un juicio recto en la fe*. Apariencia visible es la suavidad que deseas cuando oras; pero si no la alcanzas, ten fe, que no por ello pierdes su gran mérito.

11. Dice San Bernardo: ¿Qué gusto sientes cuando ayunas? ¿Pues acaso por eso no es bueno ayunar? Y si das limosna, si sirves a los pobres, si lo haces por Dios, en todo mereces, aunque no sientas gusto y suavidad. Por tanto, aunque en la oración no sientas gusto, no por eso deja de ser muy meritoria.

Verdad es que dice David: *Deléitate en Dios y te dará lo que pide tu corazón*. Mas a esto, dice San Bernardo: ¡Señor! ¿Acaso está en mi mano hallar deleite cuando orare? ¿Pues cómo haré esto para ser oído de Vos? No te pide el Señor, alma, lo que tú no puedes; pídete el deseo de querer gozarle, mas no el gozo, porque éste no está en tu mano. Quiere que desees gustar aquella suavidad celestial, y deseándolo, ya tienes cumplido de tu parte y luego te dará lo que pidiere tu corazón. No lo que pide tu carne y sensualidad, sino lo que pide la razón y la fe...

12. Avísote que, sin gran sequedad, no crecerán en ti tus méritos... Y cuánto estima el Señor la perseverancia en la oración cuando no se siente el consuelo de la devoción, bien lo declaró el Señor por Jeremías, diciendo: *Acordéme de ti, porque me seguiste en el desierto*. ¡Oh, qué gloria de Dios es perseverar el

alma en la oración, sin devoción! ¡y cómo lo mira Dios y lo agradece, pues dice que por esto se acuerda de nosotros! Como si dijese: Me servías sin interés; perseveraste en el tiempo de la tempestad trabajando con esta sequedad; por tanto, te escribí en mi memoria y te lo pagaré a su tiempo...

13. El segundo enemigo es nuestra misma carne, pesada para obra tan heroica como es orar. *El cuerpo corruptible, agrava el alma* (Ecli. 40, 5).

Pero, dime, hermano, ¿quién conocerá mejor a tu cuerpo que Aquel que lo creó? El conoce todas tus miserias y tu poquedad (Sal. 102). Y además de conocerte a perfección, es un Padre amorosísimo, lleno de misericordia. Por tanto, no te espantes de que haya gran mérito donde hay tanta abnegación.

14. Este enemigo venció a los Apóstoles en la Oración del Huerto, a los cuales dijo el Señor: *¿Ni siquiera una hora habéis podido velar conmigo? El espíritu está pronto, pero la carne es flaca* (Mt. 26). ¡Oh alma! ¿Qué de horas velas para tu provecho? ¿Por qué no das a Cristo una hora? Mira qué yugo más suave, pues no dijo un día, ni una noche, sino *una hora*. Mas El excusando tu mucha flaqueza dice que aunque la voluntad esté entera, la carne es flaca y desmaya luego. Pelea, pues, contra tu pesadumbre y ten por cierto que *solos aquellos que se animan y se hacen violencia, arrebatan el reino de Dios* (Mt. 11) que es la perseverancia en la oración.

15. Finalmente, el tercer enemigo que nos impide orar, es la poca esperanza que tenemos de que Dios aprecie en algo nuestra oración. Este gigante es muy fuerte y luego nos sale al camino como el león a Sansón para que no fuese a visitar a su esposa. Tente, alma, a brazos con tan fuerte león, que gran cosa es la oración y Dios en mucho la estima. David dice que los ángeles nos esperan y convidan a orar, y llama a los adoradores espirituales doncellas, que tañen panderos, porque al son de los labios, cuando oramos vocalmente, hacen fiesta los ángeles en el cielo.

16. Así llevó San Rafael las oraciones de Tobías como cosa muy grande a presentarlas ante Dios. Y San Juan dice en el Apocalipsis que son perfumes e incienso que ofrecemos a

nuestro Creador... Pero lo que más debe de persuadirnos a orar es que el mismo Señor nos manda que oremos, pues es cierto que si no tuviera en mucho nuestra oración no nos insistiera tanto a que orásemos. Y pues nos manda que oremos, dice San Agustín, ya con ello se obliga a escucharnos y oír nuestras oraciones cuando oramos con humildad...

17. Y, ¿de cuántas maneras debemos orar? A esto nos responde el Apóstol, diciendo: "*Ante todo te recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres (1 Tm. 2, 1).*

Este santo Apóstol, no solamente nos dice que oremos, sino que nos da orden y nos indica las maneras de orar, que son cuatro: La primera es la obsecración, que, según San Bernardo, es pedir al Señor perdón de nuestros pecados. Así oraba David cuando dijo: *Limpiadme, Señor, de mis pecados* (Sal. 50).

18. Postulación es pedir perdón de las culpas ajenas, como oraba Moisés cuando en el monte decía: *Señor, perdonad a vuestro pueblo, o borradme a mí del libro de la vida* (Ex. 23).

19. Oración es un allegarse el alma a Dios, prometiéndole alguna cosa y cumpliéndola, como decía David: *Señor, si me perdonáis, yo enseñaré a los pecadores el camino de vuestras misericordias y ellos se convertirán a Vos*. (Sal. 50).

20. Hacimiento de gracias es un agradecimiento de los bienes recibidos, como oraba Job, cuando decía: *Tus manos, Señor, me hicieron y me plasmaron* (Job, 10), y en otro lugar: *De la mano de Dios recibimos los bienes como los males, sea siempre su nombre bendito.*

21. Sobre todas, San Pablo se recomienda esta manera de oración, por ser la más perfecta, según San Basilio, dando gracias a Dios por todas las cosas: "*Orad sin cesar, y en todo dad gracias a Dios, porque esta es la voluntad de Dios con respecto a vosotros. No apaguéis el espíritu* (1 Tes. 5, 17-19).

22. Lo que quiere decir el Apóstol es que, antes que hagamos cualquier otra cosa, pongamos la oración por delante... Si nos dijera San Pablo y nuestro Redentor, que siempre diéremos limosna, o que siempre ayunáramos, o que hiciésemos ciertas peregrinaciones u otras cosas trabajosas, nos pudiéremos excusar diciendo que nuestras fuerzas no alcanzan para ello. Mas al

ordenarnos que le amemos y que le hablemos siempre y loemos al que nos redimió, esto es cosa fácil y muy suave, y nadie se puede excusar, ni el rey ni el pobre, ni el enfermo ni el sano.

(Obras del Beato Alonso de Orozco. Salamanca 1895. Vergel de Oración).

SAN JUAN DE LA CRUZ, Dr. (m. 1591)

San Juan de la Cruz ingresó en la Orden Carmelita el año 1563. Ordenado sacerdote, amaba la soledad y la austeridad y pensó hacerse cartujo. Pero encontrándole Santa Teresa, ésta le disuadió y le conquistó para la Reforma Carmelita. Alma gemela de la Santa de Avila, llegó a ser Maestro consumado y declarado por la Iglesia Doctor Místico. Sus escritos, al par de los de Santa Teresa, llevan siglos iluminando y nutriendo la piedad de innumerables almas piadosas.

1. No falte a la oración cuando la pudiere tener (Cta. 29).

2. Tenga ánimo, hija mía, y dese mucho a la oración..., que al fin no tenemos otro bien ni arrimo ni consuelo sino éste, que después que lo hemos dejado todo por Dios, es justo que no anhelemos arrimo ni consuelo en nada si no es en El (Cta. 22).

3. Buscad leyendo y hallaréis meditando; llamad orando y os abrirán contemplando (Av. 157).

4. Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno (Av. 179).

5. Procure ser continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje. Ya coma, ya beba, hable o trate con seglares, o haga cualquier cosa, siempre ande deseando a Dios y aficionando a El su corazón, que es cosa muy necesaria para la soledad interior, en la cual se requiere no dejar que ande el alma en ningún pensamiento que no sea encaminado a Dios, olvidándose de todas las cosas que son y pasan en esta miserable

vida. En ninguna manera ambicione saber nada, sino únicamente cómo servirá más a Dios... Si estas cuatro cosas guardare con cuidado, muy en breve será perfecto (4 Av. 9).

6. Por ninguna ocupación debe dejar la oración mental, que es sustento del alma (4 Av. Grad. 5).

7. Nunca falte a la oración, y cuando tuviese sequedad y dificultad, por el mismo caso persevere en ella, porque quiere Dios muchas veces ver lo que tiene en su alma, lo cual no se prueba en la facilidad y gusto (Ibid. 9).

8. Muchas almas piensan que no tienen oración y tienen muy mucha, y otras que piensan que tienen mucha, y es poco más que nada (Noch. Osc. Pr.).

9. No nos queda en todas nuestras necesidades, trabajos y dificultades, otro medio mejor y más seguro que la oración y esperanza de que El proveerá por los medios que El quisiere. Y este consejo se nos da en la Escritura, donde leemos que, estando el rey Josafat afligidísimo cercado de enemigos, poniéndose en oración, dijo a Dios: "*¡Oh, Dios! Nosotros no podemos contra tantos..., por eso nuestros ojos se vuelven a Ti*" (2 par. 20, 12). Como si dijera: Cuando nos faltan los medios..., sólo nos queda levantar nuestros ojos a Ti (Sub. L. 2 c. 21).

10. Dios solamente encargó con mucho encarecimiento que perseverásemos en la oración, es a saber, en la del Padrenuestro, diciéndonos en otra parte que *conviene siempre orar y nunca faltar* (Lc. 18, 1). Mas no nos enseñó variedades de peticiones, sino que éstas (las del Padrenuestro), se repitiesen muchas veces con fervor y con cuidado, porque, como digo, en éstas se encierra todo lo que es voluntad de Dios y todo lo que nos conviene. Por eso, cuando Su Majestad acudió tres veces al Padre Eterno, las tres veces oró con la misma palabra del Padrenuestro (Mt. 26, 39). Y las ceremonias con que El nos enseñó a orar, todas se resumen a una o dos: que las hagamos escondidos en nuestra habitación, donde sin bullicio y sin dar cuenta a nadie la podremos hacer con más entero y puro corazón, según dijo: *Cuando quieras orar entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora* (Mt. 6, 6): o, si no, en los desiertos solitarios, como El la hacía; y el mejor y tiempo más quieto es la noche (Lc. 6, 12. Sub. Lib. 3 c. 44).

11. Ha de entender cualquier alma que, aunque Dios no acuda luego a su necesidad y ruego, no por eso, si ella no lo desmerece, dejará de acudir en el tiempo oportuno (Cant. 2).

12. No hay poder humano que pueda compararse con el poder del demonio, y así, solamente el poder divino basta para poder vencerle, y sólo la luz divina para poder entender sus astucias; por lo cual, el alma que tuviere que vencer su fortaleza, no podrá sin la oración... (Cant. 3).

13. El ejercicio principal de los principiantes debe ser meditar y hacer actos y ejercicios discursivos con la imaginación. En este estado le es necesario hacer muchos actos interiores y se aproveche del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales, porque cebado el apetito con este fervor, se desarraiga el alma de las cosas sensuales y aborrece las mundanales. (Llam. de Amor V.).

14. *No nos apartemos ni apartemos nunca a nadie del ejercicio de la oración.*—Pues Dios la estima tanto, que así como reprendió a Marta porque quería apartar a María de sus pies por ocuparla en otras cosas activas en servicio del Señor, entendiendo que ella se lo hacía todo y que María no hacía nada, pues que se estaba holgando con el Señor, siendo ello muy al revés, pues no hay obra mejor ni más necesaria que el amor. Así también en los Cantares defiende a la Esposa, conjurando a todas las criaturas del mundo, que no la estorben en su reposo espiritual de amor, hasta que ella quiera (3, 5).

Donde es de notar que, en tanto que el alma no llega a este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor así en la vida activa como en la contemplativa; pero, cuando ya llegase a él, no le es conveniente ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores que le puedan impedir un punto de aquella existencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque es más precioso delante de El y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas...

De donde, cuando alguna alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia si, aunque fuese por poco espacio, la quisiesen ocupar en cosas

exteriores o activas, aunque fuesen de mucha importancia. Pues si Dios conjura que no la distraigan de este amor, ¿quién se atreverá que no merezca represión? Pues al fin, para este fin de amor fuimos creados.

15. Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan abrasar al mundo con sus predicaciones y obras exteriores: que mucho más provecho traerían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración... Cierto, entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de lo contrario, todo es martillar y hacer poco más que nada y a veces nada, y aun a veces daño (Cant. 29, 3).

16. Comprendan todas las almas que, si Dios no les cumple enseguida lo que piden y necesitan, no fallará a su debido tiempo si ellas son constantes y no desmayan ni se desalientan (Cant. Esp. 2, 4).

SAN FELIPE DE NERI (m. 1592)

San Felipe de Neri fue un santo de rigurosísima penitencia y altísima contemplación. Fundó la Congregación de los Padres del Oratorio y tuvo estrecha amistad con San Carlos Borromeo, San Félix de Cantalicio, San Camilo de Lelis y San Ignacio de Loyola.

1. No hay nada que el demonio tema más que la oración mental: por eso anda continuamente buscando medios con qué poder destruir en las almas el espíritu de oración... Y es que la oración mental y el pecado no pueden estar juntos (Cit. por La Puente).

2. El hombre que no hace oración es como un animal sin razón. No hay cosa mejor para el hombre que la oración, y sin ella no es posible sostenerse por mucho tiempo en la vida de la

gracia. Por eso es preciso recurrir cada día a este poderosísimo medio de salvación.

Por este motivo tiene el demonio tanto miedo a la oración, y no hay cosa que lo enoje tanto, y ninguna procura impedir con mayor empeño, como la oración (Ascética de S. Felipe. Madrid, 1988).

SAN PASCUAL BAILON (m. 1592)

San Pascual Bailón, religioso franciscano, sobresalió principalmente por su amor a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. De él dicen sus biógrafos: "Su único vestido era una túnica, y bajo la túnica llevaba cilicio; su lecho, la tierra. Se pasaba todo el tiempo que podía en adoración ante el Santísimo; allí estaba desde maitines hasta la hora de la Misa, y al mismo pie del tabernáculo le sorprendía la noche"... Lo canonizó Alejandro VIII en 1690, y León XIII lo nombró Patrono de las Asociaciones y Congresos Eucarísticos.

1. *Avisos para orar con provecho*: Teniendo Dios tan grande voluntad de darnos y hacernos mercedes, en todas las cosas que pidieres, cree con firme fe que Dios te ha de dar lo que le pidieres.

No pidas nada que no entiendas que Dios quiere que la pidas, el cual tiene mayor voluntad de dar y conceder tu petición que tú tienes de pedirle, y está siempre esperando que le pidamos. Por tanto, más te ha de hacer pedir la gana que Dios tiene de darte, que no la necesidad que tú tienes de lo que pides...

Ejercita tu alma en hacer continuos y vehementes actos de querer todo lo que Dios quiere, apartando de tu voluntad todo el bien y provecho que se te puede seguir de tal querer, antes bien, procúralo porque el excelente querer de Dios es digno de

ser querido sobre todo querer, y porque Su Divina Majestad quiere que alcancemos lo que pidiéremos, porque con ello seamos hechos mayores siervos suyos y con mayor perfección le amemos.

En todas tus oraciones debes llevar la intención sobredicha, y cuanto pidieses pídelo con amor y por amor, con insistencia e importunidad...

La oración para que sea perfecta ha de tener tres partes: reconocimiento de las culpas, imploración de la divina misericordia y hacimiento de gracias...

2. *La oración es el origen de todos los bienes*: Tratando el glorioso San Crisóstomo cómo la oración sea el principio y causa de grandes bienes, dice así: ¿Qué cosa puede haber más justa, ni más hermosa, ni más santa, ni más llena de sabiduría que tener trato y comunicación con Dios? Porque si los que tratan con sabios, en poco tiempo se hacen sabios, ¿qué diremos de los que siempre hablan con Dios y tienen constante comunicación con él? ¡Oh, cuánta es la sabiduría y la virtud, cuánta es la prudencia y la bondad, cuánta la temperancia y la igualdad de costumbres que trae consigo el estudio de la oración!

Ciertamente no se equivocará nadie que asegure ser la oración la causa y origen de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de las que son necesarias para la piedad, puede entrar en el alma donde falte la oración. Antes bien, así como una ciudad que está sin muros y baluartes, es fácilmente asaltada por los enemigos, de la misma manera el alma que no está guarnecida con la oración, fácilmente la vencerá el demonio y se llenará de vicios (Opúsculos 1, cap. 1).

SAN PEDRO CANISIO, Dr. (m. 1597)

San Pedro Canisio, compañero de San Ignacio de Loyola, ingresó en la Compañía en 1548, llegando a ser Superior Provincial en Alemania, donde luchó denodadamente contra la Reforma protestante. Brilló por su

sabiduría en el Concilio de Trento y publicó un Catecismo que durante siglos ha sido muy apreciado por su notable apología.

No hay arte más excelsa que la de que el cristiano sepa y quiera orar bien. En ella se dan cita muchas cosas: el entendimiento, la memoria, el corazón, la voluntad, la lengua, la fe, la esperanza, la caridad, la sabiduría, la humildad, la devoción y otras muchas virtudes. Para orar bien debe cada cual saber y pensar a quién quiere orar, por qué fin, qué causa le mueve, cómo espera obtener lo que pide. A todo esto responde cumplidamente Cristo, que es la suma sabiduría y el mejor maestro de oración.

1. Nos pone delante a su Padre, verdadero y eterno Dios, que nos ha amado y nos ama, a quien todos los fieles deben rogar y adorar.

2. Nos señala también el fin de la oración, a saber: que se llene nuestra alma de gozo, no el externo, sino el interno, con la paz de la conciencia, que nace de la obediencia.

3. No deja de señalarnos una causa apremiante para orar, al mandar orar a todos sin distinción y añadir a ese mandato la promesa cierta y aun el juramento, de tal suerte que nadie pueda dudar de que su oración será eficaz ante Dios.

¿De dónde tan gran poder de la oración? De que se pide al Padre, que no necesita de nada y es rico y capaz de dar a todos, que es el Creador y Conservador de todas las cosas, y que es quien sólo nos basta. Y se le pide en nombre del Hijo, a quien no puede negar nada y que mereció por sí y por todos sus miembros, de suerte que cuanto se pida al Padre en su nombre, no pueda ser denegado, sino que se obtenga plenamente. Pues así como Cristo es el Hijo amado en el cual el Padre se complace, y con su Encarnación nos lo dio todo, y nos lo hizo puerta, puente y camino para el cielo y todos los bienes celestes y eternos, así también nos propuso al mismo Cristo como valedor y Pontífice por el cual le sean presentadas y escuchadas las oraciones y deseos de los creyentes.

I. *¿Qué se entiende por "oración"?*

II. *¿Qué razones principales hay para ella?*

III. *¿Cómo hay que orar?*

I. La oración es la elevación del alma a Dios, petición a Dios de lo que conviene, conversación con Dios. Por oración se entiende no sólo la oración que se hace por la palabra externa, por la lengua, sino también la que se hace en el interior del alma por los deseos y gemidos del corazón, no sólo la petición de lo que conviene, sino también la acción de gracias y la alabanza de Dios. Esas cosas han de ir unidas siempre, en la Escritura aparecen unidas con frecuencia y deben ser la ocupación habitual de los hijos de Dios. Esos sacrificios espirituales exige Dios a todo fiel, una vez que ha llegado a conocer lo que ha recibido de Dios y lo poderoso, sabio y bueno que es. Este es el rasgo distintivo de los verdaderos hijos del Nuevo Testamento; la invocación y confesión o alabanza de Dios; no basta pedir al Padre: hay que ofrecerle también nuestra alabanza, como lo hacen los ángeles.

Hay tres clases de oración: se fundan en la Escritura, y siempre se han ejercitado: la privada, la pública y la eclesiástica. La privada o particular es la que hace una persona, como la del publicano en el templo; la pública o común, la que hacen los fieles reunidos; y la eclesiástica, la que siempre se practicó en la Iglesia cristiana católica, y que llamamos culto externo. La Iglesia gozó de buena salud mientras se mantuvo pujante este triple uso de la oración.

II. Expondré las razones principales que tenemos para orar, en atención a los muchos que no aprecian su valor y se muestran tan perezosos y fríos en su práctica.

1. El hombre ha sido creado, ha nacido y renacido para honrar a su Creador y Redentor, alabarlo por sí y por los demás, invocarlo y encomendarle todas sus cosas por la oración: en eso hemos sido creados con una condición de ser tan noble como los ángeles, cuyo oficio propio es el alabar e invocar a Dios y presentarle sus oraciones y las nuestras. Hemos sido creados tan frágiles y necesitados de suerte que recurramos por la oración a Dios, fuente de todo bien.

2. *La dignidad de la oración* es una buena invitación para que la practiquemos: ella hace de por sí al hombre como un legado que sube al cielo y penetra en el trono de Dios, un amigo que habla con El, más aún, un sacerdote que ofrece por sí y por los

demás siempre que quiere y donde quiera que esté, en el templo, en casa, en la mesa, en la tierra, en el mar, y lo configura con los ángeles y con la cabeza, Cristo.

3. *La facilidad de la oración:* Porque la naturaleza misma y la razón mueven a todos, aun a los infieles, a que oren y proclaman que hay que orar, como lo reconocen Platón y los poetas. Está excusado el enfermo de ayunar, el pobre, de dar limosnas, el laico, de predicar: mas ninguno puede excusarse de hacer oración, aun cuando esté privado de la vista y del habla y yazga desvalido en el lecho. *El Señor ha escuchado el deseo de los pobres y ha prestado oídos a la disposición de su corazón* (Ps. 10, 17). *No sabemos qué orar, mas el Espíritu mismo acude en socorro de nuestra debilidad y ora por nosotros con gemidos inenarrables* (Rom. 8, 26).

¿Cómo podrá excusarse, entonces, el cristiano remiso y negligente en orar, teniendo tantos preceptos de Dios?...

III. *Cómo hay que orar.*

1. Como enseñó Cristo en el Evangelio, el Padre ha de ser invocado no con temor, sino con amor, pues el Padre nos ama.

2. Con confianza, que manda y confirma Cristo mismo con promesa y juramento.

3. Hay que pedir no el gozo carnal, sino el espiritual, que procede de la paz de la conciencia y de la obediencia.

4. En el nombre de Cristo.

Somos, triste es decirlo, como los Apóstoles cuando Cristo los enseñaba a orar: por muchas cosas que creyesen de Cristo, que tenía omniscencia y que había salido del Padre y había venido al mundo, sin embargo ignoraban el verdadero arte de orar y no habían aprendido a adorar al Padre en espíritu y en verdad ni a pedir en nombre de Jesús por el Espíritu, conforme a lo que dice San Pablo: *Nadie puede decir "Señor Jesús", sino en el Espíritu Santo* (I Cor. 12, 13); y también: *El Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables* (Rom. 8, 26). Y donde no está el Espíritu, tampoco hay oración. Creemos, sí, por lo que toca a Dios, que quiere que se le pida y que escucha a los que oran debidamente conforme al mandato y a la promesa; creemos también, que de nuestra parte hace falta fe, confianza, constancia, prudencia, humildad, penitencia; todo el fallo está en la práctica (de

la oración): la empezamos tarde, la dejamos enseguida, no la defendemos contra las tentaciones, no retiramos los impedimentos, no conservamos la conciencia pura, no nos ejercitamos en la caridad con el prójimo. Somos desordenados en ella, no observamos ni el primer orden ni el tiempo ni el lugar; no sabemos orar; no entendemos lo que oramos; no prestamos ninguna atención ni devoción; somos desidiosos y fríos en orar. Honramos a Dios tan sólo con los labios, nuestro corazón está inmerso en las cosas terrenas. No nos preparamos para la oración; no la dirigimos a unos fines determinados, ni añadimos meditación alguna. Es inexcusable el hombre que se mantiene tan perezoso e inobediente en no querer orar y orar como es debido. Ese tal peca contra Dios Padre, que está dispuesto a escuchar a todos, más aún, a ayudar al que lo invoca. *Invócame en el día de la tribulación y te libraré* (Ps. 49, 15). Dios Padre es más fiel que todos los padres, los cuales ni conocen la necesidad de sus hijos ni los socorren tan de buen grado y tan liberalmente como este Padre, del cual procede todo don perfecto (Jac. 1, 17). Peca además contra Cristo, al no querer obedecer a su precepto ni edificar sobre el fundamento de tan válida promesa, más aún, del juramento por El hecho, ni fiarse de sus méritos, por consideración a los cuales son gratas a Dios nuestras preces y aun todas nuestras buenas obras, y nos impetra premios espirituales y eternos.

(Beati PETRI CANISSI Exhortationes domesticae, S. J.

Collectae et dispositae a Georgio SCHLOSSER, eiusdem Societis presbytero.

Ruremundae, Typis J. J. ROMEN et Filiorum, Typographi Pontificii, 1876. P. 110-118).

De este santo escribió Metzler:

San Pedro Canisio fue un maestro de oración. No se limitaba al tiempo prescrito para la oración. La extendía a todas sus ocupaciones. A veces se le veía como a Jacob, luchar con el ángel en la oración. Mantenía un trato ininterrumpido con Dios. Los últimos años de su vida pasaba hasta siete horas diarias de oración. Se había hecho una lista de 50 intenciones y rezaba por todas. Al atravesar pueblos, encomendaba aquellas gentes a sus patronos.

Escribió libros en los que introduce al cristiano en la oración: "Sin

Cristo toda ciencia es vana y aun perjudicial, y a Cristo lo encontramos de modo especial en la oración. Todo debe hacerse en unión con Cristo, y sólo por su amor se han de hacer todas las cosas".

En un libro de piedad para los príncipes, escribe: "Hay grandes príncipes que tienen tiempo para todo, para vestir, banquetear, beber, cabalgar, cantar, jugar. Sólo para la oración les falta tiempo, y eso que necesitan tanto los príncipes de la oración".

Es el gran apóstol de Alemania, por la que reza y hace rezar: "Yo os ruego y conjuro que os apresuréis a socorrer con vuestras diarias oraciones a vuestra pobre Alemania" (Carta a San Ignacio) (*Metzler, Vida de San Pedro Canisio*).

SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZI (m. 1607)

Santa María Magdalena de Pazzi, virgen carmelitana, fue una gran mística, alma gemela de su madre y maestra Santa Teresa de Jesús. Se distinguió, sobre todo, por sus arrebatos de amor a Cristo y su singular amor a la Cruz.

1. Concibe la oración como el medio por el que "el alma se despega de las cosas creadas y se une a Dios..., con ella se ilumina el entendimiento, se inflama la voluntad en el amor divino, haciéndola volar por las vías de la perfección" (*Ammaestramenti*).

2. Dios se ve en cierta manera obligado con el alma que le ruega, porque ella misma le ofrece así la ocasión de que el Señor satisfaga sus deseos de concederle gracias y favores *(Cit. S. Ligorio)*.

3. *Existen cuatro grados de amores: uno amor activo,* un amor *impaciente*, un amor *doliente* y un amor perfectamente *resignado*. Y de estos cuatro amores, sólo el último (que supone un alto grado de oración) es *perfecto*; los otros tres son imperfectos... Este amor perfecto es un amor tan resignado, que no quiere, ni

desea, ni posee nada sino lo que Dios quiere. No aspira a la perfección para ser coronado en el cielo, no se detiene en los dones de Dios, no examina a qué grado de perfección puede llegar, no considera los que ya ha conseguido, ni menos aún el que actualmente se encuentra; sólo mira una única cosa, que es la gloria de Dios. Este sufre con gozo sus tentaciones, porque Dios lo quiere así; se alegra de ver a su prójimo más perfecto que él y más adelantado en el amor divino y se consume viendo que los hombres no aman a Dios o que lo aman menos que él. No se inquieta porque Dios obre de esta manera o de otra, que le trate como a tal santo o como a tal otro; todo lo que busca y desea es que Dios sea honrado; el que lo sea por él mismo o por el prójimo, por éste u otro medio, eso poco le importa. Este es el amor al que debemos aspirar, aunque sin desearlo con inquietud, porque este inquieto deseo sería incompatible con él (*P. 4.ª, c. 29*).

ANTONIO DE MOLINA (m. 1612)

Nació en Villanueva de los Infantes hacia el 1550. Estudió en la Universidad de Salamanca y a los veinticinco años ingresó en la Orden de San Agustín, de donde pasó a la Cartuja, profesando en 1589 en la de Miraflores. Allí escribió varias obras, llegando algunas a pasar de las cien ediciones y ser traducidas a los principales idiomas. Siendo considerado como uno de los mejores teólogos de su tiempo.

De las excelencias y provechos de la oración

Para que se entienda y perciba mejor las doctrinas de los santos, será bien sacar de ellas la suma de las excelencias y provecho de la oración. Y dejando aparte aquello que tiene de común con las obras de virtud, que es ser meritorias y satisfactorias, en lo cual también tiene la oración mucha excelencia entre las demás, así por ser acto de religión, que es virtud excelentísima, y ser

inmediato culto con que honramos a Dios y nos sujetamos a El, protestando que tenemos necesidad de El, como de autor de todos los bienes; por lo cual es la oración muy meritoria, como también por las dificultades que son precisas vencer para perseverar en ella, es muy satisfactoria. Dejado, pues, esto que es común a todas las virtudes, digamos las excelencias y utilidades que tiene propias y particulares.

1. Sea la *primera*, y más propia de la oración, ser impetratoria, y alcanzar de Dios, por medio de ella, todo lo que pedimos y habemos menester, como El lo tiene expresamente prometido y empeñada su palabra, que nos concederá todo lo que le pidiéremos en la oración: cuya promesa es una cosa inestimable y dignísima de aprovecharnos de ella, porque es un atajo para alcanzar todo lo que quisiéremos fácil y brevemente. Y así por sólo este título, podemos afirmar ser tantos los provechos de la oración, cuantas son las mercedes que Dios nos hace, tanto en concedernos bienes, como en librarnos de males, pues todo lo alcanzamos por la oración.

2. La *segunda* es que el ejercicio de la oración es el medio más eficaz que los hombres pueden poner para asegurar su salvación, y para llegar a la perfección de la virtud en cualquier estado que tengan.

En cuanto a lo primero, dice un autor muy grave y muy espiritual, que se atreve a afirmar, sin temor a temeridad, que ningún alma que tenga oración y persevere en ella se condenará. Y no le falta grandísima razón y fundamento para decir esto; porque aunque es verdad que no hay nadie, por santo que sea, que mientras vive en este mundo no esté en peligro de poderse condenar: con todo esto, este camino de la oración es tan seguro y cierto, que, resulta en cierta manera imposible que los que perseveren en él hasta la muerte puedan perderse.

Y en cuanto a lo segundo, todas las historias de los santos lo testifican, y la misma experiencia de cada día nos lo demuestra: que todas cuantas personas han sido eminentes en virtud y santidad, lo han sido asimismo en el ejercicio de la oración. Yo no sé de ninguno que haya llegado a la perfección, si no es por este camino: ni aun sé cómo sea posible por vía ordinaria, si no es

por un milagro o privilegio particular. Y aun entonces, para conservar la santidad y perfección que Dios le hubiese dado milagrosamente, habría menester mucho ejercicio de oración y contemplación; porque, en efecto, este es el camino real y seguro.

3. La *tercera* es que en la oración está el alma en conversación y coloquio con Dios, tratándole familiar y amigablemente, lo que es un bien y dignidad inestimable, como se ve por lo que en la tierra se estima privar uno tanto con el rey, que le puede hablar todas las veces que quisiere y tratar con él sus negocios muy despacio. Pues considérese cuánta es mayor la dignidad y cuántos mayores los provechos de tratar con Dios familiarmente, como se trata en la oración.

Por eso dice San Juan Crisóstomo, que el ejercicio de la oración es más propio de ángeles que de hombres. De donde se sigue que, mientras el hombre está en oración, ha de hacer cuenta que está entre los coros de los ángeles, como sería razón que los hombres la supiesen estimar y procurar.

4. La *cuarta* es que Dios gusta mucho de este trato y conversación, y convida al hombre a que le hable muchas veces de esta manera, como se ve en los Cantares (1, 2), donde dice Dios al alma santa: *Amiga y amada mía, muéstrame tu rostro y haz que Yo oiga tu voz, porque es muy dulce para mis oídos, y tu rostro muy hermoso para mis ojos*. ¡Bendita sea tu benignidad, que se digna tratar con unos gusanos tan asquerosos, y gusta que le traten de la misma manera, cuando se hace con reverencia!

5. La *quinta* es que por el ejercicio de la oración se llega a la perfecta contemplación y unión del alma con Dios, hasta hacerse un espíritu con El, y toda deificada y poseída de Dios, y transformada en El. De manera que por aquí viene a ser el hombre todo espiritual y divino, y levantado sobre sí mismo y sobre todos los límites de la naturaleza humana, como dice el Profeta; que se levantará sobre sí mismo: cuyo bien es el mayor que en esta vida se puede alcanzar, y que solamente lo sabrán estimar los que lo hubiesen probado, los cuales saben que se compraría muy barato aunque nos costase todos los trabajos que en este mundo se pueden padecer.

En efecto, ello es la mayor bienaventuranza a que se puede

llegar en esta vida, y es como un noviciado de la gloria del Cielo. Por eso dijo Cristo nuestro Señor, que la parte que escogió María Magdalena, que era la contemplación, es la mejor de todas, y que no se ha de acabar, sino continuarse y perfeccionarse en la gloria.

6. De esto se sigue la *sexta*, que es la suavidad, dulzura y regalo espiritual que el alma recibe en la oración, la cual tampoco podrá estimar quien no la ha gustado; pero es muy cierto ser mayor incomparablemente que todas las delectaciones corporales. Y aunque todas juntas las pudiera tener un solo hombre, todo es asco y fealdad, en comparación con los regalos que Dios da a las almas en la oración. Y aunque estos no se reciben siempre, pero si el hombre persevera fielmente y hace lo que es de su parte, aunque tarden, raras veces dejan de llegar a tiempo que paguen abundantemente lo que se ha esperado. Y cuando no, en su lugar da Dios cosa de igual o mayor precio y que conviene más al que ora. Por eso dice San Juan Clímaco, que en la oración paga Dios de contado el ciento por uno que promete en esta vida por lo que deja o se trabaja por El, con prendas ciertas del premio cumplido que ha de dar en la vida eterna.

7. La *séptima* es que en la oración recibe el alma ciencia y sabiduría sobrenatural, mucho mayor que toda la que por fuerzas humanas se puede adquirir, y se le da luz divina para conocer a Dios y conocerse a sí mismo, que son dos cosas muy importantes y de inestimable precio. Y que esto es así consta de lo que dice la Sagrada Escritura, que los que llegan a los pies de Dios, recibirán de su doctrina. Y en otro lugar (Sal. 33), dice: *Allegaos a Dios y recibiréis luz*. Y en buena razón está, pues vemos que por ser el fuego tan noble y activo, en acercándose alguna cosa a él, al punto la comienza a comunicar su calor, y no para hasta hacerla del todo semejante a sí. ¿Pues qué hará Dios que es verdaderísimo sol y fuego abrasador, y más noble y comunicativo de sí mismo que todas las criaturas, sino comunicar su luz y sabiduría y todas sus perfecciones a quien se acerca a El? Y la experiencia nos lo ha mostrado, así en los tiempos pasados como en los presentes, porque se han visto muchas personas simples y sin letras, que por medio de la oración alcanzaron en un momento

mayor sabiduría que pudieron adquirir en muchos años con trabajo y estudio humano, y más luz y conocimiento de Dios y de sus perfecciones, y mayor inteligencia de las Sagradas Escrituras que todos los letrados del mundo alcanzaron por el estudio. De lo cual hay tantos y tantos ejemplos, y tan ciertos, que hasta los mismos Santos Doctores, que estuvieron tan llenos de sabiduría, confiensan que fue mucha más la que alcanzaron por la oración, que por el estudio y trabajo propio.

8. La *octava* es que en la oración se adquiere la devoción verdadera y esencial, que es una claridad, prontitud y facilidad para ejercitar todas las obras de virtud, por dificultosas que sean. Esto es un bien que no tiene precio, y que lo sabrán estimar hasta los que carecen de él, porque experimentan en sí la dificultad que tienen para las cosas de virtud, y se admiran de la facilidad y alegría con que otros hacen las que a ellos les parecen imposibles. Y de ordinario se ve por experiencia que las personas de oración son las que andan diligentes y cuidadosas en el servicio de Dios y recatadas por no ofenderle, alegres y fáciles para todos los trabajos y dificultades.

9. La *novena* es que en la oración se ejercitan los actos de todas las virtudes de fe, esperanza, caridad, religión, obediencia, humildad, paciencia, contrición, pobreza, etc. como consta del Tratado de los Afectos. Y de la oración sale el hombre diestro y prevenido para ejercitarlas exteriormente cuando se ofrecen las ocasiones. De manera que por la oración se adquieren todas las virtudes, en ella se ejercitan y en ella se conservan y perfeccionan, como lo saben los experimentados, y lo sabrán los que quisieren serlo. Y es por esto lo que dice San Juan Crisóstomo, que aunque la oración es una virtud, es como la raíz, causa y madre de todas las demás virtudes.

10. La *décima* es que la oración es la que gobierna toda la vida espiritual, como lo muestra la experiencia, que al paso que anda la oración, anda el aprovechamiento del alma y el ejercicio de todas las demás virtudes. De manera que así como la mar sigue los movimientos de la luna, dependiendo de su influencia, así es toda la vida espiritual, respecto de la oración. Por eso la compara San Juan Crisóstomo a una fuente en medio de un

jardín, de la cual salen las aguas que riegan todas las plantas, que, si ella faltase o se secase, luego se marchitarían y agostarían todas las flores y plantas, perdiendo la hermosura y su frescura, y si ella les falta por mucho tiempo se vienen a perder del todo.

De los consejos y ejemplos que nos deben mover a la oración

Sería cosa muy larga querer declarar extendidamente las excelencias y provechos de esta soberana virtud; baste haber apuntado aquí éstas sumariamente. Quien las quisiere saber más largamente, lo remito yo a que se disponga y la ejercite algún tiempo, y verá por experiencia, que es muy poco todo lo que se dice de ella. Y por esto Cristo nuestro Señor no se preocupó de hacer grandes alabanzas de la oración, sino que lo que hizo fue aconsejarnos muy encarecidamente que la ejercitásemos con gran perseverancia y continuación. Y esto solo debiera bastar para aficionar a todos los cristianos al ejercicio de esta virtud, ver que el Señor, que tanto desea nuestro bien, y sabe tan bien los medios con que lo habemos de procurar, encarga tanto el estudio y perseverancia en la oración, que no sé yo si hay cosa en el santo Evangelio tan encarecidamente encomendada y tantas veces repetida.

1. Una vez nos pone el ejemplo de una mujer viuda, que pedía a un juez que le hiciese justicia, y no la podía alcanzar, porque el juez *no temía a Dios ni respetaba a los hombres* (Lc. 18); pero ella dio en importunarle tantas veces que, al fin el juez, aunque malo, hizo por la instancia y porfía lo que no hacía por virtud. Y así colige el Señor, que todo lo que quisiéremos, lo alcanzaremos de Dios, perseverando en pedírselo.

2. Otra vez pone el ejemplo de un hombre que pedía a su amigo tres panes prestados, y aunque le había despedido una y dos veces, porfió en pedirlos, y al fin alcanzó por importunidad, lo que no alcanzaba por amistad (Lc. 11). De donde colige el Señor aquella sentencia tan digna de estar siempre en nuestra memoria: *"Yo os digo que pidáis y recibiréis; busquéis y hallaréis; llaméis y os abrirán. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama le abren* (Mt. 7; Lc. 11) Y más adelante añade: *"¿Quién hay que pida pan a su padre, y en vez de pan le dé una piedra?*

¿O que pida un pez y en lugar de pez le dé una serpiente? Pues si los hombres, aun siendo malos y de ruin naturaleza, *saben dar buenos dones a sus hijos, ¿cuánto más vuestro Padre Celestial dará su espíritu bueno a los que se lo piden*? (Lc. 11, 11-13).

3. Otra vez amonesta a sus discípulos, diciendo: "*Velad en todo tiempo en oración, porque merezcáis libraros de los males y peligros que os amenazan*". Y a la entrada de la Pasión les repitió tantas veces que velasen y orasen, porque no fuesen vencidos de la tentación, que, finalmente, todo lo encerró en aquella palabra tan compendiosa, que dice San Lucas: "*Conviene orar siempre y nunca faltar a la oración* (Lc. 18, 1). Cuyo sentido verdadero es, que nos es de grande importancia y provecho tener oración, con la mayor recuencia, continuación y perseverancia que nos sea posible a las fuerzas humanas, que por este camino vinieron muchos santos a alcanzar la oración continua, sin interrumpir un solo punto.

4. Ultimamente, para más aficionarnos al ejercicio de la oración, estando para partir de esta vida, les empeña su palabra, que cualquiera cosa que pidieran en su nombre, se la concederá, repitiendo esta misma promesa hasta tres veces, y llegándola a confirmar al fin con un género de juramento, repitiendo dos veces: *Amén, Amén*.

5. Esta misma doctrina nos la enseñó Cristo nuestro Señor con su ejemplo aun mucho más que con las palabras, porque si bien lo miramos, toda su vida fue oración. Pues dejando aparte el tiempo de la niñez y mocedad, mientras vivió en casa con sus padres, porque de este tiempo no se nos dice cosa particular en el Evangelio; en saliendo al público comenzó a dar ejemplos de oración.

En acabándose de bautizar, que fue la primera cosa pública que hizo, se puso en oración; y estando orando, bajó el Espíritu Santo sobre su cabeza, y el Padre le autorizó, diciendo que era su *Hijo muy amado*.

6. Después en el desierto, cierto es que todos aquellos cuarenta días, con sus noches, se gastaron en oración. Porque, ¿qué otra cosa había de hacer en aquella soledad? Y parece nos quiso dar a entender, que de aquella manera gastara lo restante de la vida, si el oficio de Maestro o Redentor no le obligara a comunicarse y tratar con los hombres.

7. Pero aunque hacía esto, era de manera que los días gastaba en predicar y sanar enfermos, y en otras obras de caridad y misericordia, y por las noches salía a los montes y desiertos, y las pasaba todas en oración. Este era su estilo y modo ordinario de proceder, como se colige de muchos lugares del Evangelio (Lc. 6, 21-22). Una de estas noches, estando en el monte Tabor orando, sucedió la gloria de la transfiguración, como suele acontecer a los que frecuentan la oración, que una vez u otra, cuando menos piensan, se hallan tan trocados, que ellos mismos no se conocen, que les parece estar ya trasladados a la gloria.

8. Y últimamente, para esperar el golpe de su Pasión, se apercibió primero con una larga oración que hizo al fin del Sermón de la Cena, cuando en pie, y puestos los ojos en el cielo, y oyendo todos sus discípulos (hizo por largo rato oración). Y luego con otras tres horas de oración que hizo en el Huerto. Porque la primera vez, cierto es que fue hora entera (Jn. 17). Y de las otras dos, dice San Lucas que, *con la agonía y congoja oraba más prolijamente* (Lc. 21). A todo esto advierte San Ambrosio, que no era porque el Señor tuviese necesidad de la oración, sino que fue para aficionarnos a nosotros a ella con su ejemplo. Pues siendo esto así, ¿quién hay que se precie de cristiano, que viendo a Cristo tan dado a la oración y amonestarnos a ella tan encarecidamente, no se aficione mucho a este santo ejercicio, cuando él no tuviera otro provecho, sino sólo por imitar el ejemplo de tan buen Maestro, y seguir su consejo y amonestación?

9. Con tal doctrina y ejemplo, salieron tan bien enseñados los discípulos, como es notorio, pues consta cuán dados fueron a la oración. Del apóstol San Pedro se escribe, que desde que cantaba el gallo, hasta el día se estaba de oración, llorando por la culpa que cometió en negar a su Maestro. De Santiago el Menor, que tenía callos en las rodillas como un camello, del continuo uso de estar en oración. De San Bartolomé se dice que cien veces durante el día y otras tantas durante la noche hacía oración. Y lo mismo debemos tener por cierto que harían los demás Apóstoles, pues vemos que desde que el Señor subió al Cielo, hasta que recibieron el Espíritu Santo, todo su ejercicio fue perseverar en oración, enseñándonos con esto que es la

mejor disposición para recibir el Espíritu Santo. Y después que le recibieron eran tan continuos en este ejercicio, que por no estorbarse un punto en él, encomendaron el cuidado de todas las cosas exteriores a los diáconos, que ordenaron para el ministerio de todas las demás ocupaciones (Hech. 2).

10. Y finalmente de todos los fieles de la primitiva Iglesia, se dice en el libro de los Hechos de los Apóstoles, que su vida y ocupación era oír la doctrina de los Apóstoles y perseverar en oración y en el repartimiento del Pan, que era la comunión del Santísimo Sacramento. Y era cosa tan notoria ser éste todo su ejercicio, que afirma Filón, autor muy grave, que comúnmente llamaban a los cristianos contemplativos, por ser todos tan dados a la oración. Y cierto había muy sobrada razón para que todos los fuéramos, pues tenemos tantos ejemplos y causa para ello.

11. Pasado aquel dichosísimo siglo de la Iglesia primitiva, y siguiéndose otro en que ya los cristianos eran tantos en número, que no era posible generalmente vacar a la oración con tanta continuación, es cosa muy sabida que los que deseaban llegar a la perfección de la caridad y de la virtud, tomaron por él medio más principal para este fin, darse del todo al ejercicio de la oración y contemplación, y para esto dejaban el mundo y se iban a los desiertos. Y fue tanta la multitud de estos santos monjes y ermitaños, que estaban los yermos más poblados de ellos que las más populosas ciudades de seglares; cuya vida y principal ejercicio era vacar a la oración y contemplación, como lo testifica Casiano en la Colación del Abad Isaac. Y en este ejercicio fueron tan continuos y perseverantes, que muchos de ellos se estaban en oración desde el poner del sol hasta que otro día salía.

12. Otros gastaban en esto la mayor parte de la noche, y algunas veces juntaban la noche y el día sin moverse de un lugar, puestos de rodillas como si fueran de mármol. Y hubo veces en que aconteció estar de esta manera hasta tres días con sus noches, como si fueran puros espíritus, sin estar sujetos a la pesadumbre del cuerpo. Y es cosa notoria que por este medio llegaron a tan alto grado de virtud y santidad, que ya no

parecían hombres mortales, ni lo eran, sino sólo en la naturaleza, pero en la vida y costumbres más eran ángeles o serafines, u hombres deificados y transformados en Dios.

Testigos son de esto Pablo, Antonio, Hilarión, Arsenio, Macario, Eulalio, Basilio, Crisóstomo, Clímaco, Benito, María Egipciaca y otros muchos millares de ellos, cuyo ejemplo era bastante, cuando otro no hubiera, para acreditar el ejercicio de la oración y aficionarnos todos a ella.

13. Y finalmente, en todos los siglos y edades, hasta el día de hoy, por la gran misericordia de Dios, ha habido y hay muchas almas de todos estados, suertes y condiciones, muy dadas a este santo ejercicio, por medio del cual a muchas de ellas hace nuestro Señor tan grandes mercedes y favores, que no pueden decir, ni declarar, ni entender, si no es sólo los que los reciben, o tienen experiencia de cosa semejante, porque todo lo que de esto está escrito es muy poco, en comparación de lo que realmente pasa.

De la necesidad de la oración

Porque no vayan a pensar los negligentes y poco aficionados a las cosas espirituales, que con carecer de los provechos y excelencias de la oración, quedan dispensados y libres de este ejercicio, conviene advertir que el uso de la oración no solamente es tan excelente y provechoso, como queda dicho, y mucho más de lo que se puede decir, sino que además es necesario para la salvación.

Doctrina es de Santo Tomás (I. 2. q. 8. art. 3), comúnmente declarada por los teólogos más graves que le siguen, que la oración es medio absolutamente necesario para la salvación, y que como tal hay de ella precepto divino natural, y que aquellas palabras de Cristo nuestro Señor: "*Pedid y recibiréis*" (Mt. 7), y la otra que dice: "*Conviene orar siempre y nunca faltar a la oración*", no solamente contienen consejo saludable, sino precepto riguroso, que trae consigo obligación y necesidad; la cual a veces es tan precisa, que obliga bajo pecado mortal.

Declarar los casos de esta obligación, y el modo con que se ha de entender, pertenece a los teólogos, para los cuales yo lo dejo, y así no quiero tratar aquí de la necesidad de la oración con este

rigor y puntualidad, sino con más latitud en cuanto llamamos una cosa necesaria cuando es medio tan proporcionado y conveniente para seguir algún fin, que sin él apenas o muy dificultosamente se puede alcanzar.

1. Pues en esta significación, quiero ahora persuadir y declarar que el ejercicio de la oración no sólo es utilísimo y nobilísimo, sino necesario a quien quiera asegurar su salvación, en la manera que los hombres la pueden asegurar y hacerla cierta, como dice el apóstol San Pedro. De manera que es más necesario a los hombres el ejercicio de la oración para salvarse, que a un enfermo tomar las medicinas adecuadas para tener salud.

Esta necesidad de la oración se reduce a dos fundamentos o principios: El uno es la obligación de honrar a Dios con la virtud de la religión y culto que se le debe, y el otro está basado en la necesidad y pobreza que tenemos los hombres.

2. En cuanto al primer título, sabida cosa es que principalmente honramos a Dios con las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad, y que para todas ellas es indispensable el ejercicio de la oración.

La Fe sin la oración es como una carta cerrada y sellada que, aunque estén escritos en ella avisos muy importantes para el que la tiene, si no la abre y los lee, no le servirá de nada. Y así que aunque la Fe nos dice que Dios es nuestro Creador, Conservador, Gobernador, Salvador, Glorificador, nuestro primer principio y último fin, nuestro Redentor, que se hizo hombre, que hizo y padeció tanto por nuestra salud y remedio, que nos tiene preparada gloria eterna para los buenos y pena perdurable para los malos, y otras innumerables cosas semejantes a éstas, poderosísimas para reformar y enderezar la vida y costumbres de los hombres; pero si ellos no abren esa carta y la leen, considerando y ponderando estas mismas cosas, es de ver lo poquísimo que les aprovechará la fe, de esta manera muerta y olvidada, si no es para mayor juicio y condenación, por no haber obrado conforme a lo que creyeron.

3. De la misma manera es la Esperanza, que para esperar con eficacia y seguramente de Dios cosas tan grandes como nos promete, *que ni ojo las vio ni oreja las oyó, ni corazón humano las*

acertó a desear, y que exceden tanto nuestra capacidad y merecimiento, es necesaria la consideración de la infinita bondad y liberalidad de Dios, de su infinito poder, sabiduría y caridad. Con ésta se consideran los méritos de Cristo nuestro Señor, que es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza, la verdad y fidelidad con que Dios ha cumplido todas sus promesas; la providencia y benignidad con que recibe a todos los que se acogen a El, y las palabras y prendas que tiene dadas de no faltar a los que pusieren en El su esperanza. Y es cierto que en faltando la consideración de estas cosas, se ha de enflaquecer, acobardar y amortiguar la esperanza, o ser temeraria, como lo es en muchos pecadores, que dicen esperar en la misericordia de Dios, sin querer por otra parte refrenarse de sus pecados y de ofender cada hora esa misma misericordia.

4. Pues la Caridad, cierta cosa es ser el principal ejercicio de la oración, la cual se ocupa por la mayor parte en hacer muchos actos de amor de Dios y de las demás virtudes, con que ese mismo amor se aviva y acrecienta. Pues sin ésta, ¿cómo podrá la voluntad amar a Dios, si el entendimiento no se lo propone y representa como amable? Lo cual se hace con la consideración de su bondad, hermosura, nobleza, misericordia, liberalidad, y de otras infinitas perfecciones suyas, y de los soberanos beneficios que nos ha hecho, y de otros innumerables títulos por los cuales merece infinitamente ser amado.

5. Tras estas tres virtudes, se siguen inmediatamente la virtud de la Religión, a la cual pertenece propiamente dar a Dios el culto y honra que se le debe. De cuya virtud es cosa cierta ser su acto principal la oración, porque en ella reconocemos y confesamos ser Dios primer principio y fuente de todos los bienes; y así acudimos a El como necesitados y mendigos a pedir lo que necesitamos, y a darle gracias por lo que nos ha dado y hecho, en todo lo cual le honramos con el conocimiento y culto que podemos. De donde se sigue que teniendo como tienen todos los cristianos tan precisa obligación de ejercitar estas virtudes, por ser tan generales y necesarias a todos, del mismo modo tienen necesidad del ejercicio de la oración, sin el cual es imposible ejercitar las susodichas virtudes como se debe.

6. Y lo mismo que hemos dicho de las mencionadas virtudes, se puede decir de las demás; porque, ¿cómo puede tener contrición quien no considera la gravedad y fealdad de sus pecados y lo mucho que ofende a Dios? ¿Cómo agradecerá los beneficios divinos recibidos, quien no considera cuántos y cuáles son? ¿Cómo podrá tener temor de Dios quien no considera el rigor de su justicia? Y así discurriendo por las demás virtudes, todas las cuales se hallará tener precisa necesidad de consideración y ejercicio interior para poderse bien ejercitar y conservar. Por esta razón dijo el Profeta: *"Está destruida toda la tierra, porque la gente no reflexiona en su corazón"* (Jr. 18). Pues sin duda de aquí procede la perdición del mundo y la corrupción y estrago de costumbres, por la carestía y falta grande de esta virtud.

Necesidad absoluta que tenemos de la ayuda de Dios

En cuanto al segundo título por lo que necesitamos la oración, debemos considerar el miserable estado en que quedamos todos por el pecado de nuestros primeros padres, el estrago y corrupción de la naturaleza, la inclinación hacia las cosas terrenas corruptibles y viciosas, el hastío, tedio y decaimiento para todas las cosas de virtud, y la necesidad que para todo esto tenemos del socorro divino, sin el cual no podemos tener un buen pensamiento, ni decir una buena palabra, sin contar, por otra parte, la muchedumbre de enemigos y peligros que nos acechan por todas partes.

El que supiere ponderar todas estas cosas, ése comprenderá cuán grande y precisa es la necesidad que tiene de andar siempre arrimado a la oración, pidiendo a Dios fervor y socorro para todo lo que no podemos con nuestras fuerzas. Y así concuerdan los santos Jerónimo y Agustín en afirmar que la misma necesidad que el hombre tiene del socorro de Dios, esa tiene de la oración. Y de aquí vino a decir San Agustín aquella sentencia tan celebrada: "Ninguno viene a la verdadera salud, si no fuere llamado de Dios, y ninguno, después de llamado, obra como es necesario, si El no le ayudare, y ninguno consigue esta ayuda y socorro si no la pidiere por la oración".

Y con esta misma sentencia concuerda otra del Papa Celestino I, que escribiendo contra Pelagio, dice así: "Así como no

hay tiempo ninguno en el que no tengamos necesidad de la ayuda de Dios, síguese que de igual manera, en todas las cosas y negocios, necesitamos acudir a El con la oración pidiendo su ayuda". De manera que, aun cuando un hombre no aspirase a pretender otra perfección más de querer cumplir con su obligación, guardando los mandamientos de Dios para no condenarse, para eso mismo tiene necesidad de mucha oración para alcanzar el favor y socorro divino, sin el cual no puede cumplir la Ley, ni los Mandamientos.

Por eso dijo muy acertadamente el glorioso San Agustín: "Aquel sabe vivir bien, que sabe orar bien". Como si dijera: El que no supiere bien orar, será imposible que viva bien. A lo cual se añade andar el hombre siempre cargado de tantos enemigos y tentaciones, y ser la oración el remedio más general y más cierto para vencerlas todas como se ve; pues Cristo nuestro Señor este sólo fue el que dio a sus discípulos cuando se les había de ofrecer una tan grande como la de su Pasión, diciéndoles y repitiéndoles muchas veces, que velasen y orasen para que no cayeren en la tentación (Mt. 16; Mc. 5).

Y en otro lugar los amonesta generalmente a todos, diciendo: *"Velad en todo tiempo en oración, para que merezcáis libraros de los peligros y tentaciones que os amenazan"*. Por eso dice San Crisóstomo que la oración es el arma de los cristianos, y que estando tan cercados de enemigos y peligros, y en.perpetua batalla, es gran temeridad hallarse un punto desapercibidos sin estas armas, como lo sería salir un soldado desnudo y desarmado a la batalla.

Lo mismo se refiere que solía decir muy ordinariamente el bienaventurado Santo Tomás de Aquino, particularmente a los religiosos. Pues decía que: "El religioso sin el ejercicio de la oración es como el soldado en la batalla, desnudo y sin armas".

San Juan Crisóstomo trae al respecto otra comparación: dice que la oración es para nuestras almas lo que es el fuego para el hierro; pues siendo éste de su naturaleza duro, frío, tosco y negro, si se mete en el fuego, se ablanda de manera que se puede muy bien labrar y doblar, y se pone tan encendido, tan

claro y resplandeciente, como el mismo fuego. Mas apartándole de él, luego comienza a perder estas cualidades hasta volver a su natural dureza, frialdad y tosquedad. De manera que para que se conserve blando y resplandeciente, es necesario que no se aparte mucho del fuego. Así es nuestra alma, que por tener el natural estragado y corrompido, de suyo es fría y sin devoción, dura y muy mala de doblegar y labrar, tosca y fea en todas sus inclinaciones y apetitos naturales, y si no llega al fuego de la oración, siempre estará así; pero en llegando al calor de la oración, se ablanda y se hace dócil, se ilumina y toma resplandor y reformación de todas las malas inclinaciones. Pues para que pueda conservar estas buenas cualidades, precisa frecuentar la fragua de la oración, porque en apartándose mucho de ella, luego vuelve poco a poco a su natural.

El bienaventurado Arzobispo y excelente doctor, Santo Tomás de Villanueva, declaraba esta necesidad que generalmente tenemos todos de la oración, por otro ejemplo no menos conveniente: Decía que la oración es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservarse la vida ni ser algún manjar de provecho, y con él todo se digiere bien y los manjares son provechosos y se convierten en sustancia y alimento del hombre, cobrando fuerzas para hacer todas sus operaciones. De la misma manera, decía el santo, que era la oración respecto de la vida cristiana y espiritual, y tan necesaria para ésta como el calor natural para la vida del cuerpo.

El Santo Maestro Avila solía decir muchas veces que se maravillaba mucho cómo en una vida tan acosada de tentaciones, trabajos y peligros, podían los hombres vivir sin el ejercicio de la oración, de cualquier estado o condición que fuesen. Y particularizaba, diciendo: ¿Cómo puede vivir sin oración un pastor o un labrador, cualquier oficial o cualquier mujercita? Y así discurría por los demás estados, oficios y condiciones de gente. Asimismo, un autor muy grave y docto de nuestro tiempo, dice que querría repetir mil veces esta sentencia hasta que llegase a noticia de todos, que le parecía imposible vivir un hombre vida cristiana, y mucho menos religiosa, ni conservarse mucho tiempo en gracia de Dios, sin el ordinario ejercicio de la oración, y que

no hay que buscar otra causa de la perdición grande que hay en el mundo, y de la relajación y tibieza de muchos religiosos, sino por la falta que hay de este santo ejercicio de la oración.

Y no es mucho que diga esto, pues el glorioso San Lorenzo Justiniano, doctor tan grave y de tanto espíritu, en su libro de Los Grados de Perfección, después de haber dicho grandes excelencias de la oración, añade estas palabras: "Me atrevo a afirmar que sin la oración no alcanzarás la salud eterna, porque la divina misericordia, de quien ella depende, por la oración se aplaca y obra los efectos que son causa de la vida eterna".

Que el ejercicio de la oración conviene a toda clase de personas

Quien atentamente considerare lo que hasta aquí se ha dicho, entenderá por ello que es gran yerro pensar y gran disparate decir que el ejercicio de la oración no es para los seglares y gente ocupada en cosas del mundo, sino sólo para los religiosos y sacerdotes, y otras personas semejantes, dedicadas al culto divino. No hay duda sino que las tales personas, por razón de su estado y oficio, tienen más estrecha obligación de ser muy dadas a la oración. Pero esta misma obligación, aunque proporcionalmente y en su grado, la tienen todos los demás cristianos, de cualquier estado y condición que sean, no por razón de su estado, sino por su necesidad... Todos tienen obligación de guardar los Mandamientos, y éstos en el estado que ahora estamos de la naturaleza tan corrompida y estragada, y tan mal inclinada, es imposible cumplirse como conviene sin mucha oración. Por eso dijo el Espíritu Santo: *"El que guarda la ley, multiplica la oración"*. Como si dijera: Aquel sólo guardará la ley que tuviere mucha oración, por medio de la cual alcanza favor y gracia para guardarla.

Todos asimismo andan cercados de peligros, enemigos y tentaciones, y siendo el remedio más general y cierto para librarse de todo esto la oración, como arriba queda dicho, claro está que todos tenemos necesidad de ella; de manera, que la obligación que corre a los sacerdotes y religiosos por razón de su estado, ésa en su grado corre a los legos y seglares por su necesidad y peligro. Y así vemos que no sólo andan armados los soldados que tienen por oficio pelear, sino todos los que tienen

enemigos o temen recibir algún daño: los unos por obligación y los otros por necesidad.

Todas las razones sobredichas corren y tienen fuerza generalmente para todos los cristianos, aunque no quieran pretender otra perfección más de cumplir la Ley de Dios y asegurar su salvación. Pero no sería justo que hubiese alguno de tan bajos pensamientos, que se contente con eso, sino que es cosa muy puesta en razón y cordura, y muy digna de ánimos honrados y nobles pretender cada uno ser perfecto en su estado, pues en todos lo puede ser, y a todos generalmente nos convida nuestro Señor y buen Maestro a que lo seamos, diciendo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.* Y en el Apocalipsis nos enseña y aconseja que el justo procure ser más justo, y el santo ser más santo (Ap. 12), no contentándose con menos. Y el Espíritu Santo nos amonesta que en todas nuestras cosas nos preciemos de ser excelentes y perfectos.

Y pues es tan ordinario en otras cosas de menos importancia que los hombres emprenden o toman entre manos, preciarse de hacerlas bien y con perfección, y aun tratándose de cosas temporales es tan cierto que el que puede aventajarse no deja diligencia, sino que se ponen todos los medios posibles para acrecentar la hacienda, la honra, la salud, los oficios y las otras cosas de este género. Pues, ¿cuánto más justo no será pretender esto mismo y tener este ánimo honrado en caso que va tanto y excede tanto en ventaja a todo lo demás, como es ser un buen cristiano para asegurar la salvación? A lo cual se debe de añadir una cosa muy digna de consideración: y es que el cristiano que tuviese los pensamientos tan imperfectos y bajos, que no tuviese mayores intentos y deseos que el no cometer pecado mortal, para no condenarse, sin pretender otra perfección, cierto estaría en grandísimo peligro de no cumplir ni siquiera eso mismo que se propone, ni conseguir lo que desea, o por mejor decir, sería muy cierto de no conseguirlo, sino que daría muchas y grandes caídas. Porque como muy bien dice San Bernardo: en el camino del Cielo no es posible estarse en un estado, sino que, si no va adelante, necesariamente volverá atrás. Pues desde el mismo momento que uno se conforma con ser bueno, ya deja de serlo;

de manera que lo seguro y más acertado es procurar lo más perfecto, pues aun así le costará alcanzar lo mediano y moderado.

Que las ocupaciones no excusan el tener oración

De todo lo dicho se refiere que no hay persona de ningún estado y condición que esté libre de la necesidad de la oración y que pueda excusarse de darse a ella, como realmente es mi opinión, pues según mi pobre juicio, nadie puede excusarla.

Es verdad que hay algunos estados y oficios que exigen tanto cuidado y ocupación, que resulta muy dificultoso y casi imposible tener tiempo desocupado para dedicarlo a la oración, pero tengo por cierto que, si quisieren y lo tomaren muy de veras, habrán de salir con ello.

De esto tengo un testigo muy fidedigno, el Dr. Diego Pérez, gran siervo de Dios, discípulo del Santo Maestro Avila, el cual afirma en un libro que escribió de la oración, que durante muchos años en sus predicaciones había tomado muy a pecho la empresa de tratar de persuadir a todos de la necesidad de la oración, y así, tanto desde el púlpito como en particular, a todas las personas que trataba procuraba convencerlas que se diesen a la oración mental; y testifica haber tratado y confesado a muchísimas personas de todos estados y suertes de gentes: príncipes, duques y grandes señores, caballeros, capitanes, soldados, nobles y plebeyos, pajes y otros criados de palacio, oficiales, labradores, pastores y gente en extremo pobres y trabajada y de oficios muy bajos, hasta esclavos y esclavas a quienes sus amos daban muy mala vida y no les dejaban un momento desocupado para descansar, y que de todos estos estados había conocido y tratado a muchas personas muy dadas a la oración mental, y que la tuvieron aventajadamente y les hizo Dios por medio de ella muy grandes mercedes, y les fue consuelo y alivio de sus trabajos.

De aquí parece que, con esta experiencia, bien se puede responder a todas las objeciones y excluir todas las excusas que se puedan poner, y que todos los que quisieren tomar de veras cosa de tanta importancia, saldrán con ello, y los que no, que echen la culpa a su negligencia y no a su estado y condición. También de lo dicho infiero, que no se debe tener por justa la excusa de

ninguna persona, de cualquier estado y condición que sean, que a título de ocupaciones forzosas, les parece estar excusados de tener oración mental. Y adviértase que, antes de que escribiese esto así tan resueltamente, procedió haberlo pensado mucho, discurriendo por todos estados y ponderando las obligaciones de cada uno, y haber oído las excusas de muchas personas de diferentes estados, y, con todo eso, me parece muy cierta verdad lo que digo. Si a alguno le pareciere que es mucho rigor decir esto tan general y absolutamente, sin hacer excepción alguna de personas que hay ocupadísimas en negocios muy graves y forzosos, le ruego yo a quien esto pensare, que lea el libro primero de la Consideración, del glorioso San Bernardo al Papa Eugenio, y luego, si quiere considerar bien, hallará por verdad que no puede haber ocupaciones tan graves y de tanta importancia como las del Papa, pues de ellas depende el bien universal del mundo y el gobierno de toda la Iglesia; ni tan forzosas y obligatorias como las del Pastor universal en el gobierno de sus ovejas; ni tan justificadas como las que allí se refieren, porque le es necesario estar desde la mañana hasta la noche oyendo peticiones y demandas, por lo que no sólo el día, sino también parte de la noche, le es necesario estar tratando negocios tan importantes y con tanta insistencia, que ni aun para comer y dormir le dejan tiempo suficiente. Y, pues, siendo las ocupaciones de este género, las llamó el Santo "malditas, perjudiciales y perniciosas" si ellas le estorban o no le dejan el tiempo conveniente para recogerse a considerar sus propias cosas. Pues, entre otras muy graves y notables palabras, le dice: "Ves aquí a dónde te pueden llevar estas malditas ocupaciones, si todavía porfiases en entregarte a ellas del todo, sin dejar nada de tiempo para ti solo. Mira que pierdes el tiempo y te consumes con necio trabajo, el cual no es otra cosa, sino aflicción de espíritu, desasimiento del alma y perdimiento de la gracia".

Pues, si este santo Doctor, tan alumbrado con luz del cielo, y tan lleno de espíritu de sabiduría divina, no tuvo por suficiente excusa ocupaciones de tanta importancia y tan justificadas, para que por ellas pudiera descuidar el ejercicio de la oración, ¿quién podrá suponer que tenga suficientes motivos para que el Santo de Claraval dé sus ocupaciones por válidas para que deje la oración?

Dice el padre Granada: "Ningún oficio ni obediencia podrá obligar a nadie tan pesadamente que no le sea lícito tomar aquellos ratos de tiempo que le pareciere ser necesarios para traer su espíritu recogido y su vida concertada, lo cual todo se alcanza por medio de la consideración y ejercicio de la oración".

"No hay servidumbre en este mundo tan grande, ni tan obligatoria, que prive al hombre del derecho natural que tiene a comer y a dormir, y tomar lo necesario para la vida corporal. Y pues, si el alma no tiene menos necesidades del sustento y reposo espiritual que se consigue por la oración, resulta que todas las obediencias y obligaciones deben ser interpretadas teniendo en cuenta esta necesidad."

Y en otro lugar, dice también: "No hay deudor que le puedan obligar tan estrictamente a pagar o restituir lo que debe, que le puedan obligar a vender las herramientas de su trabajo, porque sin esto no podría sustentarse ni ganarse la vida. Por tanto, ni la ley de la caridad, ni la carga de ningún oficio, puede obligar a nadie tan pesadamente que se ponga en la necesidad de tener que dejar del todo la oración, pues ella es como el instrumento general del cristiano para la virtud, y sin ella no podrá acudir como debe a las cargas de su oficio ni conservar la vida espiritual, y con ella podrá con lo uno y lo otro". Hasta aquí son palabras de aquel santo varón.

SAN JUAN DE LA CONCEPCION (m. 1613)

Nació en Almodóvar del Campo (Toledo). Siendo niño profetizó de él Santa Teresa: "Llegará a ser un gran santo, director de muchas almas y reformador insigne de una Orden religiosa". Efectivamente, a los 19 años viste el hábito de la Orden de la Santísima Trinidad y fue su reformador.

1. Hijos míos, amad la oración. Ella debe ser el pan nuestro de cada día. A imitación del Señor debemos pasar todas las

horas entregados al continuo trato con el Padre que está en los cielos *(P. Melús. Vida).*

2. El mayor beneficio que podemos ofrecer al pobre, es encomendarlo a Dios... El religioso cura al pobre con su vigilancia y cuidado, y en la oración cura Dios al enfermero... En la oración recibe, y en el pobre reparte; en la oración se llena, y con los pobres se vacía... En la oración encuentra los remedios, sustento y medicinas para los pobres; en ella se humillan, abajan y rinden mediante el altísimo conocimiento de Dios, y en esa oración del corazón humilde es donde se llena para ir al pobre...

3. La oración es la que ablanda las entrañas del enfermero para curar al pobre... En la oración ama a Dios y aprende que hay otro precepto semejante que es el amor al prójimo... La oración, pues, es la que ha de dar fuerzas para todo, y amor y caridad para todo. Y si para el cumplimiento de nuestra santa Regla hay tanto bien puesto en la oración, razón será que abracemos los ayunos y rigores con los que se alcanza la oración madre, maestra y remedio de todas las necesidades de los pobres.

4. *Cualidades de la oración:* En primer lugar, la oración para que sea como debe ser ha de ser resignada y desinteresada.

Me diréis: Siendo la oración una petición, ¿cómo pido que sea resignada y desinteresada? Pues sí, porque de tal manera debo pedir que en todo me sujete y rinda al querer y voluntad de Dios, en la forma que Su Majestad dispusiere de las cosas. Pues de tal manera debo querer que no sea lo principal de mi oración el obtener lo que pido sino la mayor gloria de Dios y el que en todo más y mejor se cumpla su voluntad...

5. La oración ha de ser fervorosa, audaz y atrevida; no ha de ser medrosa, tibia, floja ni desconfiada.

En este punto es menester notemos tres maneras o cosas que podemos pedir a Dios en orden a nosotros: Unas que son mera y puramente espirituales, como cuando le pedimos la gracia, el perdón de nuestros pecados y su amistad o cosas semejantes. Otras hay que son meramente corporales como la salud, vida, hacienda, honra y otras cosas de este jaez. Otras hay que son parte espirituales y parte temporales, como si un casado pidiera a Dios un hijo que fuera santo, o pidiera hacienda para poder

dar a los pobres. Supuesto todo esto digo, que cuando un siervo de Dios pide a Su Majestad las cosas puramente espirituales, debe pedirlas con gran osadía, confianza, sin ningún miedo ni temor. Así como un hombre al que otro le debiese cien ducados por habérselos prestado, se los pediría con brío y osadía, porque pedía lo que era suyo y el otro le debía, de esa misma manera *debemos hacerlo nosotros,* supuesta la palabra de Dios tantas veces repetida por los Profetas y Evangelios que el que llegare de veras a pedirle el perdón de los pecados, su gracia y amistad, se la dará. *Por tanto,* nos lo debe, y lo debe siempre que el pecador acudiere, y tendrá que oírlo y remediarlo.

En este caso el hombre pide lo que le deben, supuesta la palabra y promesa de Dios, y por tanto, pide lo que es suyo. Y supuesto lo que dice Santo Tomás, que al que hace lo que puede Dios no le niega su gracia, debe en tal caso llegarse con tal confianza y osadía a pedir, orar y esperar que le darán lo que pide, porque esto lo tiene Dios prometido sin condiciones, diciendo que siempre que pidiéremos algo nos lo concederá (Jn. 14, 14; 16, 23).

6. Estando El tan aparejado a dar, y siendo precisamente El quien nos llama y convida a beber en aquellas celestiales aguas que dan la vida, las cuales aunque están depositadas como celestiales tesoros en las manos de Cristo, esas son manos rotas y torneadas para derramar en nuestros corazones una y millares de veces sus gracias y dones. Y las llaves de todos estos tesoros las ha puesto Su Majestad en nuestras manos, y están en nuestro querer y voluntad, presupuesta su divina gracia, de la que podemos aprovecharnos para con ella y nuestro querer y solicitud abriremos el de Dios para que nos acuda y dé lo que tanto nos importa. (Obras de San Juan Bautista de la Concepción, Cap. I y XXIV. Roma, 1830.)

SAN ALONSO RODRIGUEZ (m. 1617)

San Alonso Rodríguez fue hermano coadjutor de la Compañía de Jesús y durante

cuarenta años desempeñó el cargo de portero del Colegio de Montesión.

1. El principal estudio de un siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible porque su alma esté siempre unida con Dios por la oración. Ha de asentar, pues..., que el principal fundamento de su vida ha de ser esta comunicación y trato familiar con Dios, convencido plenamente que éste es su tesoro y todo su caudal y que, cerrados los ojos a todas las cosas y puesto bajo los pies todo lo demás, trabaje por emplearse siempre en este amor de Dios; porque, sin duda, este es el fin para el que fue creado, y ésta es la mejor de las obras de cuantas puede hacer un cristiano; pues ésta es aquella mejor parte que escogió María, y ésta es, entre todas las cosas, de la que Dios más se sirve... Pues aquí es donde nuestro corazón se ejercita más en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas las obras, como dice Santo Tomás, que la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de cuantos el hombre puede hacer. *(Unión c. 5.)*

2. Uno de los medios principales para alcanzar la contemplación es pedirlo con ansias y continuos suspiros con suma confianza, y el acostumbrarte a hacer en todo tiempo unas oraciones abrasadas de palabras amorosas a Dios y dulces coloquios de amor, y el considerar los beneficios divinos, de modo que, aun sin preceder (formal) meditación, siempre se encuentre el alma inflamada recordándolos... Este ejercicio del amor unitivo, es el principio y fin de toda perfección... De esta manera, el alma se viene a unir, y transformar, y trasladar, y traspasar su voluntad con el divino beneplácito para que con los encendidos deseos sea hecha una cosa con El, a lo cual nos hace llegar el amor activo y contemplativo. Por este medio (de oración), con tanto fervor comenzarás a buscar la honra de Dios en todas las cosas, que, como olvidado de ti mismo, tengas en nada ponerte en mil peligros por amor de Dios y no sentirás diferencia entre tu honra y la afrenta, gozo y dolor, etc. Mas aunque tardes mucho en sentirte animado de tanto celo y tan vivos sentimientos, no por eso desmayes; que, si perseveras en buscar a Dios y hacer lo que es de tu parte, El te irá dando todo lo que necesites,

consolándote y animándote, y reservándote para la hora más oportuna y menos pensada el premio y fruto de tu oración y de tus santas inspiraciones. *(Dec. del Pad. c. 15, 16.)*

3. El remedio para conocer y hacer la voluntad de Dios es la oración, el tratar el alma muy a menudo con El, para que el Señor la enseñe a conocer su santa voluntad, y le dé gracia para ponerla por obra; pues dice el Señor: *Sin mí nada podéis hacer*, lo que indica que debemos hacer como David, diciendo: *Dómine, doce me facere voluntatem tuam* (Sal. 142, 10).

Debemos aprovecharnos de lo que nos avisa el Señor, diciendo: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (Mt. 7, 7).

Pedid, esto es, que tratemos con Su Majestad, dándole cuenta de todas nuestras necesidades y trabajos, tanto espirituales como corporales, pidiéndole favor y ayuda para todo. Pues siendo El nuestro Padre y amparo, y todo nuestro bien, ha de acostumbrarse el alma a tratar con Dios y a negociar con El todas las cosas, desde lo más pequeño hasta lo más grande, para que El lo rija y gobierne todo con su infinita sabiduría.

Con este ejercicio de la oración, Dios se comunica al alma, la enseña y descubre el camino que ha de seguir para agradarle y hacer su voluntad. Le descubre también el amor con que la ama, así como su bondad y perfecciones, y el gran cuidado que tiene de enriquecerla *con todas las virtudes* si persevera. Para que con este ejercicio el alma se venga a enamorar toda de su Dios, y en tal grado que todo su cuidado y diligencia no sea otro, sino buscar de noche y de día cómo agradar a tan gran Señor, y hacer su voluntad con perfección...

Pues tratando con El, le enseñará a conocerle y a entender cuánta es su bondad, largueza y liberalidad con que la ha colmado de beneficios y mercedes, para que vea cómo debe corresponder a tan gran deuda y con qué amor a tan largo bienhechor.

Buscad y hallaréis. Mas, ¿qué es lo que se ha de buscar? Digo que la voluntad de Dios para ponerla por obra. Y ¿cómo se ha de buscar? Digo que, como está dicho, con oración, pidiéndolo a Dios, y con la gran mortificación: porque el que se mortifica y vence, hace la voluntad de Dios...

4. *Llamad y se os abrirá.* Llama y ciertamente le abren a todo aquel que da buenos y grandes golpes con la aldaba de los deseos de su corazón a la puerta de la misericordia de Dios. Y aquél llama fuerte, que tiene algún gran trabajo que remediar; y aquél llama aún más y más fuerte, cuyos trabajos son mayores, como aquél que tiene grandes deseos de remediarlos, para con ello hacer la voluntad de Dios y servirle mejor, y ése acude más y más recio a llamar a las puertas de la misericordia de Dios, cuando no halla ni ve en ninguna de las criaturas remedio alguno, por santa que sea. Y a tanto pueden llegar a veces los trabajos en el alma, antes que le abran, que da bramidos y gemidos inenarrables que, como saetas arroja a su Dios..., porque El quiere remediarla por aquel camino, con los cuales quejidos siempre alcanza el alma lo que pide, porque no quiere otra cosa que contentar a su Dios y hacer en todo su voluntad. *(Declaración del Paternoster, cap. 19.)*

5. Es de gran valor la oración para alcanzar de Dios remedio para todas nuestras necesidades, la cual Cristo Nuestro Señor por su boca divina la enseñó a sus discípulos, dándoles para que orasen la oración del Padrenuestro...

Es cosa tan alta y divina la oración y el tratar y negociar con Dios, que no sólo la usan los hombres en la tierra, acudiendo todos a Dios en sus necesidades a pedirle favor y ayuda, como a Señor universal que es de todo, porque todo pende de El, y El solo es el que lo puede remediar todo, y ayudarnos en todas nuestras necesidades y trabajos como Padre que tanto nos ama. Pero esta oración, y aún con más perfección que nosotros, la ejercitan también los ángeles en el cielo, ocupándose allá en amar a su Dios, que tienen presente, con grande y abrasado amor, contemplándole, adorándole y reverenciándole y pidiéndole mercedes para todos cuantos se encomiendan a sus oraciones... (Ibíd. c. 2).

6. Pues si los padres carnales aman tanto a sus hijos, y más si son buenos, y con el grande amor que les tienen tratan de levantarlos, honrarlos y enriquecrlos, y si pueden, hasta hacerles reyes, ¿qué hará Dios con sus hijos, que los ama con amor infinito y sus riquezas son infinitas? Por lo cual nos dice: *Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pida!* (Mt. 7, 11).

Pues si el amor carnal llega a tanto, ¿qué hará el amor de Dios el cual ama a sus hijos que están en gracia con amor infinito, como verdadero Padre?... Consideremos, pues, cuánto nos conviene orar, y perseverar y no desmayar: pues Dios tiene más cuidado de nosotros que nosotros mismos, aunque algunas veces nos prueba, para mayor corona, si esperamos al Señor. Aunque a veces tarda, esperemos que ya vendrá y nos consolará (Ibíd. c. 2).

7. El *gran* remedio para alcanzar el amor de Dios será pedirlo a Nuestro Señor con ansias y suspiros continuos, con suma confianza: porque no hay cosa que El dé de mejor gana, que este su amor, y para ello debemos ejercitarnos mucho en la consideración de los bienes que de El hemos recibido.

Por tanto, el *gran* remedio para alcanzar la contemplación será que el alma se ejercite en los actos y coloquios de amor con Dios muy a menudo, andando siempre y en todo lugar en oración con Dios a solas, apartada el alma y desnuda de todas las criaturas y de sí misma, y elevada, abnegada y escondida en su Dios con gran silencio. Porque sólo entonces, al estar sola con su Dios, está acompañada con El. Y callando, habla y descubre con el deseo del corazón sus necesidades y alcanza remedio para sus trabajos.

Los actos de amor que el alma ha de hacer para entrar en esta tan alta oración y contemplación, con la gracia de Dios, serán mirando a su Dios que presente tiene, gozarse el alma, ejercitando este gozo con el corazón interiormente, gozándose de que Dios sea Dios con todas sus perfecciones, bondad, hermosura, resplandor y gloria infinita, misericordia y sabiduría y omnipotencia infinita. Y debe tratar de ejercitarse en esto muchas veces, con gozo y contento del corazón, y decir mentalmente o con la boca algunas palabras amorosas, aquellas con las cuales el alma se mueva y encienda más en el amor de este Señor.

Otro gran remedio será que el alma se ejercite en la mortificación y oración, procurando que siempre anden juntas, guardando la paz, porque con ella vea mejor sus faltas para enmendarlas, andando siempre acechando y persiguiendo todos sus propios quereres y no quereres, para vencerlos y mortificarlos,

hasta que el alma no tenga propio querer, sino sólo el querer y no querer de su Dios, persiguiendo su voluntad, lo cual es cosa de alto valor y muy preciosa el vivir el hombre verdaderamente desnudo de toda criatura, y que dejada la afición de todas las cosas, y estando a todas muerto, se deje también a sí mismo, que no le quede nada de amor propio; de manera que cosa alguna del mundo que le pueda pasar, le dé pena ni inquiete, por saber que todo viene de la mano de Dios...

8. Otro remedio será que el alma considere la infinita caridad de Cristo, tanto la de su humanidad santísima, como su divinidad, y los muchos beneficios que la ha hecho, para que por aquí se inflame en su amor, hasta que acostumbrada, sin preceder meditación, en la primera reflexión del alma, su afecto valerosamente se encienda con Dios siempre que quiera. Esta inflamación es el único remedio y el solo instrumento, raíz y fundamento de la vida contemplativa; de donde se levanta el aspirar y anhelar el amor unitivo, con el cual el alma fiel aspira con abrasados deseos para que por amor se pueda unir al infinito amor, que es Dios, y de El ser absorta del todo. Y para que venga a tener consuetud y costumbre de este amor, se ha de acostumbrar a arrojar en todo lugar y tiempo unas oraciones abrasadas y unas jaculatorias a Dios, con coloquios de amor, de mil modos, con gran fervor, que manen y desciendan de un humilde, abstracto y resignado corazón, arrojándolas al corazón de Dios.

Este ejercicio del amor divino es el principio y fin de toda perfección, con el cual todas las tentaciones luego se quitan, y el alma es acosada y estimulada a darse prisa a la altísima semejanza de Dios, con la perfecta mortificación de todos los vicios, y consecución de todas las virtudes..., coloca al alma y la pone delante la desnuda presencia de Dios, al cual desea unirse inmediatamente; y así el alma se viene a unir y transformar, trasladando y traspasando su voluntad al divino beneplácito, para que con los encendidos deseos sea hecho una cosa con El, a lo cual nos hace llegar el amor...

Que este amor increado sea tan fervoroso entre Dios y tu alma, como un vehemente fuego; y el impulso y movimiento sea en tal manera continuo en ti, como tu respiración. Pues así como

ésta sin cesar entra en ti y sale, si quieres guardar la vida, así también la vida del amor consiste en una ferviente y diligente oración con un ferviente deseo para caminar a su principio y origen, esto es, al amor increado, que es Dios, para que se una a El única y singularmente, y goce, así como los rayos están unidos al sol. (Ibíd. c. 16.)

La oración lleva al conocimiento de Dios y el conocimiento al amor.

9. Tanto cuanto mejor haga el alma la oración, tanto más conocerá a Dios, y tanto cuanto más el alma conoce a Dios, tanto más le ama y se aficiona a El; y cuanto más le ama, más le pesa de haberle ofendido: y así se deshace en lágrimas y dolor con el pesar de haberle ofendido, y así va creciendo por este camino en el conocimiento de Dios: cuyo conocimiento no tiene fin, ni el pesar de haberle ofendido. Y así es muy grande la determinación que tiene el alma enamorada de Dios, de no ofenderle jamás, aunque le costase mil vidas.

Este amor tan grande que ha alcanzado el alma a su Dios la hace que crezca mucho en servirle cada día con más perfección, y que viva limpia de pecados, como un ángel. Y este amor la hace que sea muy agradecida a todos los beneficios y mercedes que ha recibido de su Dios; porque el que ama, tanto cuanto es mayor el amor con que ama al amado, tanto estima en más las mercedes que le hace... (Ibíd. c. 6.)

10. Es de tan alto valor esta luz y lumbre que del cielo viene al alma, que con ella se le descubre y da a conocer a su Dios, y de este conocimiento resulta en el alma un grande y abrasado amor de Dios, y a tanto como llegue el conocimiento de Dios, llegará el amor, porque lo uno y lo otro andan a porfía, pues, el amor, al ser fuego, da luz y calor, al entendimiento gran conocimiento de Dios y sus grandezas, y ese mismo conocimiento alimenta la voluntad. El conocimiento que adquiere de Dios la abrasa de amor a El, de cuyo amor resulta otro nuevo conocimiento, más alto y más claro de Dios, y este nuevo conocimiento la lleva a otro grado más alto del amor de Dios. Pues al elevarse

el alma a la contemplación de Dios, ¿a dónde llegará en ella este conocimiento y amor de su Dios?... (Ibíd. c. 12.)

11. Esta caridad perfecta que se alcanza con el ejercicio de la oración y contemplación, y la perfecta unión con Dios, es y se entiende ser un amor de grande amistad y familiaridad muy íntima con Dios, que trae consigo una grande unión y transformación del alma con Dios, que llega a tanto que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es... Esta caridad hace que estimemos, honremos y reverenciemos en gran manera a nuestro Dios, al tiempo que nos despreciaremos a nosotros y a todas las cosas del mundo, por su amor.

De aquí nacen los ardentísimos deseos de padecer grandes tribulaciones, trabajos y adversidades, hasta morir y padecer martirio, por amor de este Señor: porque esta es la prueba mayor del amor, morir por el amado. Este amor hace que el alma viva lastimada de que Dios es ofendido, y desear sumamente la salvación de todas las almas... (Ibíd.)

12. Ayuda mucho para alcanzar el santo amor de Dios, pedirlo a Nuestro Señor con ansias y suspiros con suma confianza, porque no hay cosa que El dé de mejor gana, y ejercitarse mucho en las consideraciones, teniendo en cuenta el gran fruto que traen al alma (Unión c. 2).

Hay dos modos de orar, muy agradables a los ojos de nuestro Dios: el *uno* es con meditaciones y consideraciones santas, considerando a Dios dentro de nuestra alma, al que tratamos con particular familiaridad, considerando particularmente la infinita bondad y perfecciones de Dios, y los inmensos beneficios que de Dios tan bueno ha recibido, siendo tan indigno de ellos, y merecedor de grandes castigos por los males que contra un Dios tan bueno ha hecho, habiendo correspondido sólo con males a tantos y tan grandes bienes, sin haber sido castigado; por lo cual está en la gravísima obligación de servirle y amarle, en agradecimiento de tantas mercedes, por lo cual deberá vivir abrasado de amor a un Dios tan bueno y estar dispuesto a morir por su amor mil veces antes de volver a ofenderle.

El *segundo* modo de orar es la gran contemplación, en la cual

cesan ya las meditaciones y consideraciones, gozando ya el alma de lo que tanto deseaba, que es de su Dios, con grandes visitas de su amado, hallándose los dos a solas, estando el alma con su Dios muy levantada en espíritu como en otra región, gozando a solas de su Dios, tan olvidada de lo acá de abajo, y de sí, como si allá la hubiera plantado Dios el día que nació, y no en el mundo, no acordándose de otra cosa sino de lo que tiene presente, que es su Dios y amor. Y por ser este Señor de infinito valor, la hace olvidarse de sí y de todas las cosas creadas de acá abajo, toda puesta en su Creador presente a ella y ella a él.

En la oración busca el alma lo que desea, como es el amor de Dios y otras cosas de perfección, con meditaciones y santas consideraciones. Pero, al pasar a la contemplación goza quietamente lo que buscaba, que es a su Dios y amor, con grandes deseos de su amor. Allí terminan todas las meditaciones y reflexiones, y el alma admirada de cosa tan alta, divina y amable como Dios es, y las cosas que le comunica, está toda tan en Dios y en lo que le comunica, que por entonces no sabe ni entiende otra cosa sino lo que su amado allí le enseña y comunica. Ni sabe ni puede entender otra cosa, sino estar del todo en todo olvidado de sí y de todas las cosas de esta vida, lo cual le sucede por la grandeza de quien lo causa, que es su Dios, que la suspende en tan grande admiración, que sale de sí, toda puesta en el amor y conocimiento del que tanto ama y tiene presente, como si en el cielo y tierra no hubiese más que ella y su Dios... Es tan alto el valor de esta luz que del cielo le viene al alma, que la descubre a su Dios para que lo conozca, que de este conocimiento le viene el amor, el cual lleva a un mayor conocimiento de Dios. Y así el conocimiento de Dios y su amor andan a porfía, dando el amor luz al entendimiento para conocer las grandezas de Dios, y el entendimiento da a gustar al alma lo que conoce, y así se abrasa en el amor de Dios, de cuyo amor nace un nuevo y más subido conocimiento, y de este conocimiento una mayor grandeza de amor, y así se hacen la salva el uno al otro y se pagan como agradecidos (Unión c. 5).

Orar con perfección y gozar del gusto de la contemplación, es algo tan grande y un gusto tan exquisito que nadie merece

subir allí si no es el corazón que no tiene parte de sí por estar todo dado a su Dios y desnudo de todo amor propio, terrenal y carnal, estando el alma toda enajenada de sí y entregada a su Dios.

Yo sólo te sé decir, hermano mío, que nunca supe qué cosa era ser contemplativo, hasta que de mí no tuve ningún cuidado, y en la hora que de mí mismo me despedí, luego empecé a tomar gusto en la oración.

Son tan altas las iluminaciones que se reciben allí, y tan inefables las consolaciones, que si se llegan a gustar, no se pueden contar. (Ibíd.)

13. *Se preguntará, ¿qué es oración?*—Pues la oración es considerar el alma, puesta delante de Cristo Nuestro Señor, los muchos y grandes beneficios y mercedes que este Señor le ha hecho, y el amor tan grande con que los ha hecho, y lo mucho que, siendo Dios, por ella ha padecido por amor, desde que nació hasta que murió: para que por estas consideraciones se encienda en amor a tal Señor, que tales cosas ha hecho por ella, y agradecida se despierte a servirle con todas sus fuerzas y amar con todo su corazón, y a imitarle todo lo posible, correspondiendo a las mercedes con grande amor, servicio, agradecimiento y grandísimos deseos de padecer mucho por su amor.

Por estas y otras consideraciones, viene el alma a encenderse mucho en el amor de Cristo, y por este camino la comunica la contemplación, cesando las meditaciones. Porque las meditaciones y consideraciones son el camino para ella, y en llegando a este término y fin, cesan los medios (Unión c. 5).

14. Pues la contemplación, unión y transformación del alma en Cristo, es cuando mirando a este Señor clavado en la cruz, todo bañado en sangre y lleno de dolores, considerando que aquel Señor es su Dios, y que todo aquello padece por ella, se mueve a tanto amor hacia El, y con esa gran fuerza del amor con que lo ama, vienen a cesar las consideraciones, y sólo el afecto del alma, con el grande amor que le ha cobrado, como piedra imán le atrae a sí, y como se aman tanto el uno al otro, viene este Señor al alma, dejándose llevar de buena gana de su amada, que tanto le ama, y aposéntase dentro de ella, con cuya

asistencia la comunica lo que es y lo que tiene, como es, amor sumo y trabajos y muchas virtudes. Y así, cuando viene este Señor a ella, con el amor grande que la tiene, en un punto la hinche de dones, y vienen los dos a cobrarse tanto amor y tanta amistad, que los dos tendrán un solo corazón y una sola voluntad, y, llena de Dios está endiosada, cuya habitación es de Cristo, que, sensiblemente, siente en ella en gran manera, por la grande abundancia de su gracia que sensiblemente siente su presencia aunque no le vea (Unión c. 6).

Por la oración y petición la da Dios a conocer que ninguno tiene ni hace sin Dios, atribuyendo a su Dios todos los bienes. Y por los trabajos que de la mano de su Dios le vienen, la da a conocer lo mismo experimentalmente, tocándolo todo, como dicen, con las manos. ¡Oh, dichosos trabajos, que descubren al alma quién es ella y lo que le falta de bueno para procurarlo, enviándoselos Dios para que se humille! (Unión c. 20).

15. Mayores deseos tiene Dios de comunicarse con nosotros y de hacernos mercedes que nosotros tenemos de recibirlas; sino que está esperando que nosotros las deseemos, *las pidamos*, y tengamos verdadera hambre y deseos de alcanzarlas...

Quiere el Señor que tengamos grandes deseos de la virtud y perfección, para que, cuando El nos diere algo de esto, lo sepamos estimar y conservar como cosa muy preciosa y de inestimable valor...

Cuatro son los grandes reinos que hemos de alcanzar de Dios con la oración: Lo primero es la gracia y amistad de Dios; lo segundo, la paz del alma, y lo tercero es la contemplación y unión del alma con Dios. (Declaración del Padrenuestro.)

¡Bienaventurada el alma que todo su consuelo y alegría es tratar con Dios *en la oración*, amándole y adorándole, y humillándose delante de El! ¡Qué de luz divina comunicará Dios a la tal alma y qué conocimiento más grande de sí mismo, por el cual venga a abrasarse toda en su amor!... Y mientras más el Señor la levanta, ella, como humilde, más se abaja; que parece que Dios y el alma andan a porfía: Dios a levantarla y ella a abajarse; y así crece el alma en el amor de Dios y en la humildad y va más segura (Unión c. 19).

SAN LORENZO DE BRINDIS (m. 1619)

San Lorenzo nació en Brindis (Italia), ingresando en la Orden de los Menores Capuchinos, llegando a desempeñar el cargo de Ministro General. Predicador infatigable y elocuente, recorrió toda Europa. Fundamentaba su predicación en la Sagrada Escritura y la doctrina de los Santos Padres. Nos ha dejado su obra "Opera Omnia" en 15 volúmenes donde sobresale su "Mariale" del que se afirma que es lo mejor que se ha escrito sobre la Virgen María. Juan XXIII le otorgó el título de Doctor Apostólico.

1. Para llevar una vida espiritual que nos es común con los ángeles y los espíritus celestes, ya que ellos y nosotros hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, nos es necesario el pan de la gracia del Espíritu Santo y de la caridad de Dios. Pero la gracia y la caridad son imposibles sin la fe, ya que *sin la fe es imposible agradar a Dios.* Y esta fe se origina necesariamente de la predicación de la palabra de Dios: *La fe necesita del mensaje, y el mensaje consiste en hablar de Cristo.* Por lo tanto, la predicación de la palabra de Dios, es necesaria para la vida espiritual.

Pero una vez recibida la fe, hay que vivirla: *Mi justo vive de la fe.* Y hay que manifestarla en la caridad por las obras, mediante una oración *piadosa, humilde y perseverante.*

Piadosa y confiada, por eso manda Jesús que llamemos a Dios *Padre nuestro* para engendrar en nosotros un verdadero afecto de hijos. Y al decir *nuestro,* nos enseña que nuestra oración debe ser universal, porque todos somos hijos de Dios y destinados a participar del Reino que pedimos *venga a nosotros.*

Oración *humilde* como el mismo Jesús quiso enseñarnos con la hermosa parábola del fariseo y el publicano: *éste, puesto allá* (en un rincón del templo) *ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho diciendo: "Dios mío, ten misericordia de mí que soy pecador". Os aseguro que éste* (por su humildad), *volvió justificado.*

Oración *perseverante:* Nos lo muestra el Señor con la parábola del amigo importuno que pide a media noche tres panes a su amigo, que se los niega al principio, *pero el otro porfía en llamar y más llamar. Yo os declaro* (dice el Señor), *que cuando no se levante a dárselos por razón de su amistad, al menos por librarse de su impertinencia, se levantará al fin y le dará cuanto hubiere menester* (Lc. 11, 5-8). *Así os digo Yo* (añadió Jesús): *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden!* (Ibíd. 13).

2. Y en el ejemplo de la mujer cananea, que a pesar del rechazo aparente de Jesús, no se acobarda y responde: "*También, Señor, los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus señores*". Mereciendo que el Señor le dijera: "*¡Oh, mujer!, grande es tu fe; hágase como tú deseas" (Mt. 15, 21-28). (Sermón cuaresmal Opera Omnia V. 48-52.)*

3. Grande fue la fortuna de Ester que, siendo de condición humilde, mereció por su oración y penitencia ser esposa del rey Asuero, salvando así a su pueblo de la muerte. Pero la fortuna de la Virgen María fue mucho mayor, debido a su oración de ofrecimiento y humildad, cuando dice: "*Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*". Después que el arcángel Gabriel le ha dirigido la triple alabanza: *Llena de gracia: el Señor está contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres.*

Llena de gracia: Así como la luna llena recibe toda la luz del sol, del mismo modo María recibe de su Hijo Dios la plenitud de la gracia, de la cual participan los cristianos cuando invocan a la Virgen: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores..."

El Señor está contigo: Lo cual explica admirablemente el gran doctor San Agustín con estas palabras: "El Señor está contigo mucho más que conmigo; pues en mí está por haberme creado; mas en ti, por haberlo tú engendrado. De tal modo está el Señor contigo, que está en tu corazón, en tu seno, llena tu mente y llena también tu carne". Como si dijera: El Señor te

posee completamente identificándote con El todo lo más que una criatura puede identificarse con su Dios.

Bendita tú entre todas las mujeres: Notan aquí los Santos Padres la oposición entre María y Eva, afirmando que del mismo modo que Eva fue seducida por el discurso del ángel (Lucifer) para desobedecer a Dios, así María fue evangelizada por otro ángel (Gabriel) para llevarse a Dios, obediente a su palabra. El nudo de la desobediencia de Eva encontró solución en la obediencia de María cuando dijo: "*Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*". Tanto el ángel como Santa Isabel, la proclaman *bendita entre todas las mujeres*, que es lo mismo que decir *toda la humanidad*, como en el Magnificat profetiza la Virgen: *Me llamarán Bienaventurada* (Bendita) *todas las generaciones, porque el Todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes" (Mariale V, Serm. 13).*

SAN JUAN BERCHMANS (m. 1621)

San Juan Berchmans nació en Brabante (Bélgica) el 1599, ingresó en la Compañía de Jesús en 1616 y hace la profesión religiosa el 1619. Y en seguida es enviado a la Ciudad Eterna para estudiar en el Colegio Romano, y allí ocupa la misma celda que había ocupado San Luis Gonzaga, del que era muy devoto. Subió a los cielos a los 22 años de edad, el 1621.

Si amo a María, puedo estar seguro de la perseverancia y de que todo cuanto quiera lo alcanzaré de Dios (por la oración); luego quiero amar a María, quiero amar a María... (P. Melús, María Siempre).

Debo poner todo el cuidado posible en hacer bien todas las mañanas la oración.

Si hago bien mi oración, no habrá ningún peligro de perder mi vocación; porque en el descuido de la oración está la

fuente y origen de toda apostasía de la religión... Quien hace bien la oración tendrá un cielo anticipado aquí abajo, y lo tendrá también después en el cielo (Opúsculos).

Quien no ama la oración no puede perseverar en la vida espiritual. Si no tengo el hábito de la oración, no podré vivir en paz en la Compañía. La oración desagrada tanto al demonio que no ahorra ningún esfuerzo para impedirla. Para extirpar los pecados desde sus raíces, debo, en primer lugar, hacer con diligencia el examen particular; en segundo lugar, el fervor en la oración; en tercer lugar, la mortificación en todos los momentos (Opúsculos).

SAN ROBERTO BELARMINO, Dr. (m. 1621)

Este ilustre jesuita, Arzobispo y Cardenal de la santa Iglesia, fue un gran defensor del papado e incansable apologista de la fe católica. Luchó contra los herejes y escribió maravillosos libros. Sus Controversias *obtienen un éxito editorial sin precedentes. Un librero protestante de Londres llega a decir: "Este jesuita me hace ganar más dinero que todos nuestros doctores juntos". Por este solo libro fue llamado por Benedicto XIV* Martillo de los herejes.

1. *Sobre la 4.ª palabra de Jesús en la Cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*, establece un diálogo entre el alma y Jesús:

—Dime, Señor, durante el silencio de tres largas horas, ¿cesaste tal vez de orar? Porque cuando nosotros estamos atribulados y sufrimos, no podemos orar sino con gran fatiga.

—No hice Yo así, hijo mío, pues aunque la carne era débil, tenía siempre el espíritu dispuesto a la oración. Las tres horas aquellas las pasé rogando interiormente al Padre e intercediendo por vosotros. Y no sólo rogaba mi corazón, rogaban también mis llagas y mi sangre.

—Con esto, Señor, confundes la impaciencia de tu siervo, quien, si alguna vez oprimido por el trabajo o atormentado por los dolores, se pone a orar, penosamente puede levantar el alma a Dios, para pedir solamente por sí, y si con tu gracia lo consigue, no retiene mucho tiempo su atención sin volver a pensar en sus trabajos y dolores. Ten, pues, Señor, piedad de tu siervo, según tu misericordia, a fin de que, teniendo delante de los ojos el ejemplo luminoso de tu paciencia, aprenda a seguir tus huellas y a no detenerse, al menos en su oración, pensando en sus cruces. *(Belarmino, Las Siete Palabras, Madrid, 1882, 132-133).*

3. *Sobre la 7.ª palabra de Jesús en la Cruz,* escribe el Santo:

Un fruto muy provechoso es el aprender a orar frecuentemente. Así nos lo enseña nuestro Maestro cuando, en el momento de marcharse al Padre, exclamó: *"En tus manos encomiendo mi espíritu"*.

El no tenía la necesidad de orar que tenemos nosotros, porque era el Hijo de Dios, era Santo, nosotros, en cambio, somos siervos y pecadores. Por eso la Iglesia nuestra Madre y Maestra, nos enseña a repetir la misma oración, no cortada, como hizo Jesús, sino entera, como se encuentra en el salmo de David, que dice: *"En tus manos encomiendo mi espíritu, me habéis redimido, Señor de la verdad"* (Sal. 30). El Señor no dijo la última parte, porque El es el Redentor, y no el redimido. Pero nosotros que fuimos redimidos por su preciosa sangre, no la debemos omitir.

Hay muchos cristianos que suelen rezar esta oración en tres circunstancias. Primeramente en las Completas de todos los días. Después al recibir la Sagrada Comunión, añadiendo las palabras: *"Señor, yo no soy digno"*. Y, finalmente, se recomienda a todos los fieles que digan esta oración al acercarse la hora de su muerte. Entonces, con gemidos inenarrables, con verdadera y perfecta contrición, con mucha confianza en Dios, se debe repetir una y mil veces: *"En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu"*.

Decimos también esta oración al recibir la Eucaristía, por ser esta acción por una parte tan importante, y por la otra tan peligrosa; tan importante, porque quien no la recibe, no recibe el Pan de vida, o por mejor decir, la misma vida; y tan peligrosa,

porque si no la recibe como debe, recibe la muerte, el juicio y la condenación eterna.

Por lo cual se halla el hombre entre dos riesgos, cercado de dos angustias penosísimas, sin otro alivio ni remedio si no es levantar el corazón a Dios y pedirle su favor, diciendo: *Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada*, si vos con vuestra piedad infinita no os dignáis venir a mi alma preparándola dignamente; por lo que os suplico que *digáis una sola palabra, y mi alma será sana...* y por ello, Señor, *en vuestras manos encomiendo mi alma*, para que en negocio tan arduo la asistáis, enderecéis y dispongáis para que no yerre, pues vos Señor, me redimísteis con el precio de vuestra sangre preciosísima.

Pues si hay tantos riesgos en recibir este manjar del cielo, ¿no sería mejor abstenernos de comulgar o hacerlo muy raras veces? No apruebo tal pensamiento; antes le condeno por malo, y digo que no es buen medio para llegar a recibirle dignamente; porque, como dice San Cirilo: "cuanto más tardes en comulgar, más indigno te haces de la comunión, añadiendo más pecados, y cuanto con más frecuencia te llegues a recibirle, tanto mejor lo recibes por la gracia que al recibirlo se te concede. Así que tanto mejor comulgarás cuanto con mayor frecuencia lo hicieres".

4. Otro punto podemos sacar del hecho de que la oración del Señor fue oída, para que, animados, seamos más fervorosos en encomendar a Dios nuestro espíritu. Había rogado al Padre... y su oración fue oída. La razón nos la explica el Apóstol con estas palabras: "*A causa de su reverencia*". Así como el Hijo prestaba reverencia suma al Padre, así el Padre escuchaba siempre sus plegarias.

Por eso nosotros, si queremos ser siempre escuchados por el Padre celestial, debemos imitar a Cristo, tener suma reverencia al Divino Padre y buscar siempre su honor y gloria. Así sucederá que también nosotros alcancemos todo lo que pidamos, especialmente lo que importa más que toda otra cosa, que, llegada la hora de nuestra muerte, reciba El en sus manos nuestra alma al salir del cuerpo, mientras el león rugiente se esfuerza en arrebatar la presa.

Así nos lo enseñan los santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Por tanto, si nosotros estuviésemos llenos, como los Santos, de este temor de Dios y suma reverencia, no habría cosa que no pudiéramos fácilmente impetrar de nuestro Padre celestial *(Belarmino, Las Siete Palabras,* Madrid, 1882, 241-251).

5. No hay santo alguno que no haya sobresalido en la oración...

¡Ay de nosotros si nuestra vida fuera puramente activa! Porque cuanto intentemos aprovechar a los otros nos perjudicaremos a nosotros mismos, si no es que también les perjudicamos a ellos (Serm. 31 julio de 1599).

6. *Dice en otro lugar:* Aunque haya muchas ocupaciones, hay que reservar tiempo para la oración, que es el alimento del alma, y para la contemplación, que es como un sueño reparador. Hay que imitar a Moisés, que estaba a menudo en el tabernáculo, y salía de allí más preparado sobre lo que debía hacer para bien del pueblo *(Conderc, Vida de S. Roberto Velarmino).*

Si queremos alcanzar la perseverancia, no tenemos más remedio que pedírsela a Dios todos los días hasta la muerte... Es moralmente imposible que pueda vivir sin pecado quien no hace oración (Cit. por S. Ligorio).

SAN FRANCISCO DE SALES, Dr. (m. 1622)

San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, es el Santo de la dulzura y Apóstol de la amabilidad. Con sus argumentos, pero principalmente con su dulzura y amabilidad, y sobre todo con su oración, convirtió más de setenta mil calvinistas. En colaboración con la santa baronesa de Chantal, funda la Congregación de las monjas Salesas, y escribe libros ascéticos maravillosos: Introducción a la vida devota, Cartas,

Tratado del Amor de Dios, *siendo nombrado "Maestro de la espiritualidad moderna, Doctor de la Iglesia y Patrono de los periodistas católicos".*

1. La oración, inundando el entendimiento de luz divina y templando la voluntad con el fuego del amor celestial, purifica al primero de sus ignorancias y libra a la segunda de los efectos depravados; es como agua de bendición que, mediante su riego, hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, limpia nuestras almas de sus imperfecciones, y apaga en nuestros corazones la sed de las malas pasiones...

Emplea todos los días una hora antes del desayuno, y si puede ser por la mañana temprano, en meditar, pues entonces tendrás tu espíritu más despejado después del descanso de la noche. No debes emplear más de una hora a no ser que tu padre espiritual te aconseje lo contrario...

Si sucediera que se te pasara la mañana sin haber hecho el ejercicio sagrado de la oración mental, por la multiplicidad de tus ocupaciones, o cualquier otro motivo (lo que debes procurar que jamás te suceda), has de suplir esta falta al día siguiente o el mismo día... Y si no la pudieres hacer en todo el día, debes reparar esta pérdida mediante las jaculatorias..., con la firme resolución de no reincidir... *(Vid. Dev. P. 2 c. 1).* La práctica seria de este ejercicio es una de las cosas más importantes en la religión y en la vida espiritual *(Direct. Esp. c. 2).*

2. Todos los días tendréis la oración, a menos que algún quehacer muy imperioso os lo impida... (Frag. 164).

Emplea cada día una hora entera en la oración, si pudieres, y mejor si la haces por la mañana temprano. Si puedes la harás en la iglesia, porque podrás estar más recogido y no te la estorbarán como si la hicieses en casa.

El Rosario es también una muy útil manera de rezar, sabiéndolo decir como conviene; pero si gozas del don de la oración mental, debes darle a ésta la preferencia, pues la oración mental es más agradable a Dios y más útil al alma.

Si por algún imprevisto algún día no pudieres hacer la oración por la mañana, deberás suplirla por la tarde o cuando puedas. Y si en todo el día no la pudieres hacer, repararás esta pérdida multiplicando las oraciones vocales o haciendo alguna penitencia que supla esta falta, y tratando de hacer lo posible al día siguiente para que no te vuelva a ocurrir esta falta. (Vid. Devota, p. II c. 1).

3. Aquí en la oración es donde debemos perseverar continuamente, y créeme, hermano, que no podremos ir a Dios Padre si no es por esta puerta. Y no tienes que apresurarte para rezar mucho, sino procura decir de corazón lo que dices; pues un solo Padrenuestro rezado con atención, vale más que muchos rezados veloz y apresuradamente (Ibíd.)

Cuando en la oración os sentís secos y sin devoción, ¿pensáis que no ganáis nada con insistir en la oración? Mostrad a Dios vuestra miseria. La mejor manera que tienen los mendigos para ganarnos el corazón es cuando descubren a nuestros ojos las úlceras y miserias de su indigencia. Pero a veces, me decía, ni siquiera eso podéis hacer, sino que permanecéis tan fríos y secos como una estatua. No es poco. En los palacios de los reyes y de los príncipes se colocan estatuas que no sirven más que para deleitar la vista del monarca; contentaos con servir de eso en presencia de Dios. El animará la estatua cuando quiera (Epistolario).

SAN SIMON DE ROJAS (m. 1624)

Fue un humilde religioso trinitario que sobresalió por su tierno amor a la Virgen, su austeridad y profundísima oración. Todos los conventos de la Orden se lo disputaban como superior. Le ofrecen la mitra de Jaén y Valladolid que rechaza por humildad, prefiriendo seguir en su cátedra de profesor. Escuchan sus lecciones quienes llegarán a ser obispos, mártires, cate-

dráticos y santos. Escribió un gran libro sobre la oración de donde son extraídas estas páginas. Fue canonizado el 3-7-1988.

1. *Que la oración obliga bajo precepto divino.*—Viendo Dios que en lo que más nos importa andábamos perezosos, no quiso dejar a nuestra cortesía este soberano ejercicio de la oración, sino obligarnos a orar con particular precepto. De manera que así como estamos obligados a amar a Dios y al prójimo, a dar limosna a los necesitados y a perdonar a los enemigos, de igual modo se nos obliga a orar, como enseña Santo Tomás, advirtiendo que este mandamiento no es invención humana, sino divino-natural y divino-positivo.

Digo divino-natural, porque la misma razón enseña que estamos obligados a dar reverencia y culto a Dios, el cual principalmente se le da orando. Y digo divino-positivo, pues Nuestro Señor Jesucristo, nos dice por San Mateo: "*Pedid y se os dará*" (Mt. 7, 7); y por San Lucas: "*Conviene orar siempre*" (Lc. 18, 1), sobre cuyas palabras declara San Juan Crisóstomo, que la expresión *oportet*, indica necesidad y obligación de mandamiento.

2. Y la razón teológica hace cierta esta verdad, porque, como enseña Santo Tomás, toda obra necesaria para alcanzar el cielo, cae bajo precepto divino, y tal es la oración, como consta de las palabras del Salvador que acabo de referir, y de otras muchas que podríamos traer aquí. Todo lo cual exponen sabiamente gravísimos doctores como el Abulense, Alejandro de Alés, con San Antonino, etc., etc.

3. Por eso dice Juan Gersón que la oración es la unión del alma con Dios, seguro puente para ir al cielo, y muro para resistir las tribulaciones. San Dionisio Areopagita dice que es la elevación de la mente a Dios...

4. Sobre aquellas palabras de Cristo: "*Amén, amén dico vovis*", dice San Jerónimo: En las Divinas Letras la palabra *amén*, unas veces afirma y asevera lo que va diciendo, y es tanto como decir: esto que digo es cierto y verdadero. Pero si

el *amén* se repite dos veces, quiere decir que lo que se afirma es verdad infalible.

Queriendo, pues, el Unigénito del Padre, que acudiésemos a Dios confiadamente, nos dice: *Amén, amén, dico vovis: En verdad, en verdad os digo: todo cuanto pidáis al Padre, os lo dará en mi nombre* (Jn. 16, 23). Como si dijera: Os prometo infaliblemente, que os dará lo que le pidiereis... Pues como dice San Bernardo, cuando Jesucristo dice: *en verdad en verdad,* jura por la eterna Verdad, que es la misma indivisible esencia de Dios, y pues con tal juramento nos asegura de concedernos lo que nos promete, gran infidelidad y aun grosería será no creer al Hijo de Dios, que con tal juramento fortifica su promesa.

El Glorioso San Basilio, tratando del gran agravio que hace a Dios el que pide cuando lo hace con desconfianza, dice de esta manera: *non recte petisti, quia dubitabundus petisti,* esto es, si no alcanzas de Dios lo que pides, no te espantes, pues no pediste con rectitud, pidiendo con duda o desconfianza. (Basil. lib. I de Const. Monát. c. 2). (La Orac. Grand. P. 3. c. 3.)

5. *Todo lo que pidiereis...*—¿Qué palabras más dulces y regaladas puede haber dicho nunca Dios que las dichas a Salomón cuando le dijo: *"Pídeme lo que quieras que te lo daré"?* (Par. I, 7). Sin embargo, aquella promesa no fue nada en comparación con la que nos hizo Jesucristo cuando dijo: *"En verdad, en verdad os digo, que si algo pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará" (Jn. 16, 23).* Pues, ¿qué tienen que ver aquellas palabras, dichas a un hombre solo, con las que aquí nos dice a todos Jesucristo? Porque aquellas fueron limitadas y dichas a un solo y particular hombre, pero el sobrescrito de éstas dice a todo el género humano, sin nombrar a uno en particular, porque a ninguno exceptúa en general; y así es que como estas amorosas palabras del Salvador no exceptúan personas, tampoco exceptúan cosas, porque como ya hemos dicho, esta promesa que el Hijo de Dios hizo al hombre, es como un cheque firmado en blanco para que vos le pongáis lo que quisiereis, porque cuantas cosas pidiereis, se harán. Cielo, tierra y ángeles, sol, luna, estrellas y elementos, todo es vuestro por medio de la oración. Y aun eso no es nada, porque hasta el mismo Dios se os da si en nombre de Cristo lo

pedís. ¡Oh, gran tesoro! ¡Oh, inestimable galardón! ¡Oh, hidalguía y franqueza del pueblo cristiano, levantado a tan soberana dignidad, que por medio de la oración todo lo pueda y todo lo alcance de Dios!

Esta palabra que aquí pone Jesucristo: *dico vovis,* Yo os digo, tienen gran énfasis y majestad, tanto, que en tiempos pasados, con sola ella, persuadían cuanto querían los profetas, como será fácil de ver en muchos pasajes de la Sagrada Escritura. Tal es esta palabra, que dice San Agustín, que ella sola bastaría para que de muy buena gana los ángeles dejasen el cielo, teniéndose en ello por muy dichosos...

6. En todo el capítulo 16 de San Juan, con diferentes palabras trata el Señor de consolar a sus discípulos, previniéndoles ante su pasión y próxima ausencia. Y así, con las anteriores palabras, parece decirles: "Yo me voy al Padre y así no me podréis tener como ahora, siempre presente, pero no por eso temáis ni desconfiéis que os faltará cosa alguna, porque Yo os juro en verdad de verdad, que cuanto al Padre pidiereis en mi nombre, esto es, poniéndole delante esta muerte que voy a padecer, todo os lo concederá".

Y para mejor entender la fuerza de esta divina promesa, es bien advertir con San Jerónimo, lo que la palabra *amén* significa en la Sagrada Escritura, especialmente cuando es pronunciada dos veces repetida. Porque unas veces es nombre y sirve de tal, otras es adverbio. Cuando es nombre, su significación es fidelidad y veracidad, la que un hombre constante y verdadero debe guardar en sus dichos y en sus hechos; en el cual sentido se ha de entender aquel lugar de Isaías que dice: *benedicetur in Deo, amén:* será bendecido en Dios, que es fiel y verdadero. Y en el mismo sentido se entiende aquel texto de San Juan: *haec dicit, amén, testis fidelis.* Esto dice Dios, que es la misma verdad y fidelidad.

Pero cuando esta palabra *amén* es y sirve de adverbio en la Sagrada Escritura, significa dos cosas; porque unas veces consiente y otras afirma. Significa consentimiento aquello del Deuteronomio cuando decía Moisés: Maldito el que adorare ídolos, y respondía todo el pueblo: *amén.* Y volvía: Maldito el que desprecia a su padre, y el pueblo respondía; *amén,* esto es,

"así sea", pues consentimos en que caiga esa maldición si esas cosas hiciéramos.

Otras veces la palabra *amén*, en las Divinas Letras, afirma y asevera lo que se va diciendo, y es tanto como decir: esto que digo es y será cierto y verdadero. Pero si la palabra *amén* se repite dos veces, quiere decir que lo que se afirma y promete será certísimo e infalible.

Queriendo, pues, y deseando el unigénito del Padre que acudiésemos a Dios confiadamente, nos dice: *amén, amén*, esto es, infaliblemente os dará lo que pidiereis... Por eso dice San Bernardo: "Cuando vosotros decís, en verdad, en verdad, juráis por la humana verdad, lo cual no es en realidad juramento. Pero cuando es Jesucristo el que dice: en verdad, en verdad, jura por la eterna Verdad, que es la misma indivisible divina esencia de Dios, con el cual juramento nos asegura lo que nos promete con absoluta fidelidad y con verdadero juramento fortifica su promesa...

7. *¿Qué es más perfecta, la vida activa o la contemplativa?*—La respuesta a esta pregunta nos la da el mismo Señor al sentenciar en favor de María, diciendo: "*María ha escogido la mejor parte*" (Lc. 10, 42). Y para dejar esta verdad aún más clara, reprende la solicitud de Marta; de suerte que alaba a una y reprende a la otra.

Pues si Marta en lo que andaba afanada era en servir a Cristo y a los Apóstoles, y así la riñe el Salvador, ¿qué nos diría a nosotros que gastamos el tiempo en regalarnos y ofenderle?

A Marta, hospedando al Salvador, le falta lo mejor; a nosotros que tan lejos estamos de hacer este oficio, ¿qué nos faltará? De suerte que aunque es buena la parte de Marta, mejor es la de María, dice San Agustín, de cuya doctrina y de otros santos, pondré aquí algunas razones en favor de María, en cuyo favor, dijo San Gregorio: "Grandes son los méritos de la vida activa, pero más excelentes los de la contemplativa".

La primera razón por qué la vida contemplativa sea más perfecta que la vida activa, es porque la primera va encaminada a lo que atañe a la salvación del alma, y aspira a la unión espiritual con Dios, mientras que la vida activa se refiere más bien al

cuidado material de las cosas precisas para esta vida carnal o al cuidado espiritual del prójimo mediante el uso de prácticas o ejercicios corporales o intelectuales.

La segunda razón, porque la vida contemplativa es más segura, pues siendo su hermosura interior y secreta, es tenida por ociosa, siendo así que interiormente están extraordinariamente activos. Por el contrario, como las obras de la vida activa brillan tanto y resplandecen tanto a los ojos, porque el día del juicio mucho resplandece la limosna, el visitar pobres, casar huérfanas, confesar y otras semejantes, por lo que está sujeta a mil vientos y peligros de vanidad, de todo lo cual están exentos los que se dan a la vida contemplativa.

Una de las muchas razones que trae Santo Tomás para persuadir la mejoría de la vida contemplativa, en cuya razón largamente se extiende para probar ser de mayor mérito, y si lo es, como él afirma, está claro que es mejor que la activa (22 q. 182, a. 1 et 2). Pero, además, advierte, hay otra razón muy importante en la cual es manifiesta la ventaja que hace la vida contemplativa a la activa, porque ésta necesita de muchas cosas, como son: tiempo y salud para trabajar; riquezas, para hacer limosnas, etc., etc., mientras que para dedicarse a la vida contemplativa no se necesita nada de esto: sanos y enfermos, ricos y pobres, sabios o ignorantes, afligidos y atribulados, siempre nos podemos dedicar a la oración.

Por eso reprendiendo el Señor a Marta la dijo que se afligía por muchas cosas: túrbante muchas cosas y por eso tengo compasión de ti...

8. *La oración es más importante que los estudios y hace más sabios.*—Ponderando el Espíritu Santo la sabiduría de Salomón, nos viene a decir que fue tan grande que sobrepujó a la de todos los hombres. Tal como afirma el texto sagrado, en sabiduría nadie le igualó, y ésta no estudiando, sino por la oración la consiguió.

Pues, ¿qué hombres más rudos e ignorantes que los Apóstoles, de quienes dice San Pablo que eran la ignorancia y la estulticia del mundo? Y puestos en oración, de tal suerte los visitó con su plenitud el Espíritu Santo, que de ella salieron de ignorantes

del mundo hechos sabios del cielo; tanto que de oírlos con tanta luz y fuerza soberana hablar, estaban atónitos y espantados todos los de Jerusalén.

San Bernardo, ponderando este suceso, se admira viendo lenguas de claro y resplandeciente fuego sobre entendimientos bastos y groseros; con lo cual, dice: recibieron tanta luz y conocimiento del Espíritu Santo, que bastaron con ella para desterrar las tinieblas que en el mundo había, dejándole claro, docto y desengañado.

La razón de esto es clara, porque los sabios del mundo estudian leyendo, pero los sabios de Dios aprenden orando. Aquéllos en su lección tienen por maestro al libro, mientras que éstos, en la oración, tienen por maestro al Espíritu Santo. Y esto creo debe ser lo que San Agustín confiesa de sí, que las dudas que tenía en la lección se las declaraba la oración (Lib. 1 de Trinitate). Y el glorioso Santo Tomás, gran lucero de la Iglesia, por sus historias, nos consta que, para resolver muchos de los artículos, se valió de este sabio medio de la oración. Y de San Bernardo sabemos que se iba a los bosques y lugares más solitarios para darse con mayor quietud a la oración, de la cual, más que no del estudio, confiesa él que sacó el conocimiento de las Sagradas Escrituras...

Con esta doctrina se declaran unas palabras de Dios al alma, que dice: "*El que me ofrece sacrificio de alabanzas, ése es el que me honra; y ése es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación de Dios*" (Sal. 49, 23); esto es: Me ofrecerá el sacrificio de alabanzas, y en ese sacrificio y oración está el camino, en el cual yo enseño el camino de la salvación. Adonde se note que en la oración especialmente, como en cátedra diputada para ello, se enseña y aprende el camino de la salvación, que es la suprema sabiduría. Por lo cual, siendo tan sabia la oración, será justo que no deis al libro todo el tiempo, sino que igual y fielmente partáis y dividáis el niño a las dos madres de la oración y lección, como hizo el Sabio a quien Dios enseñó en la oración (1 Reg. 14).

9. *La oración es el camino para adquirir todas las virtudes y principalmente la humildad.* Despídase, pues, de aprender humildad y conocer la pequeñez y poquedad propia el que no usare el santo

ejercicio de la oración, en la cual Dios enseña al alma sólida y verdadera humildad... De manera que si no oras, te desconocerás a ti mismo; pero si quieres saber quién eres y el solar de tu origen y principio, y por ese camino granjear esta alta virtud de la humildad, súbete al homenaje y atalaya de la oración... Arrodíllate ante Dios y puesto un rato en oración dentro de ti..., y conocerás con humildad que todo es vanidad...

Y porque se extienda y encumbre más el imperio y gloria de la oración, quiero dar un paso más adelante, y mostrar cómo hace esta virtud a un alma fuerte, así en el resistir y defenderse, como en el ofender al infierno y a los príncipes de las tinieblas. De la gloriosa virtud de la fortaleza no se puede en pocas palabras decir las grandezas que en muchas, con su grave estilo escribía Santo Tomás. Bastaría por panegírico en el género demostrativo de toda alabanza de esta virtud, decir que, siendo el martirio, como enseña la teología, obra de excelentísima caridad, y como sin fortaleza no hay martirio, ni fortaleza sin oración, como enseña el Doctor Angélico (2-2 q. 123-124, a 2). ¡Oh, soberana oración, que tan santo y generoso brío pones en el alma que te usa y de ti se vale, que por tu medio es hecha fuerte la que solía ser cobarde, y la que solía rendir las armas..., ya por tu medio resiste, pelea y vence!

La oración es tan fuerte que vence al demonio y triunfa de sus tentaciones. Por ello el glorioso Papa San Gregorio, en diferentes lugares sobre Job, ponderando el odio y enemistad que tiene Satanás al hombre, dice que sobre ninguna cosa más vela y se desvela, que sobre seguirle y perseguirle (cuando hace oración) teniendo por ganancia propia todas nuestras pérdidas... Y así vio San Antonio que todo el mundo lo tenía lleno de multitud de lazos, de los cuales entendió por revelación que solamente se podían librar los humildes de corazón (por la oración).

Es cosa tan poderosamente fuerte la oración que por ella el justo, todo lo puede y todo lo vence. Por eso, el bienaventurado San Agustín, hablando del valeroso martirio de San Esteban, y, en particular de aquella su valerosa oración que entonces hizo pidiendo por sus enemigos que le apedreaban, dice que por ella hoy la Iglesia tiene a San Pablo. Porque aunque es verdad que

antes que hubiese mundo ya Pablo había sido predestinado y escogido por Dios, con todo eso determinó Dios que el venir a la Iglesia y convertirse de perseguidor en predicador de ella, fuese mediante la oración de San Esteban, porque, como la teología enseña, Dios que predestina los fines, determina también los medios con que esos fines se han de conseguir y alcanzar. El *fin* fue salvar a San Pablo, trayéndolo por apóstol a su Iglesia, y el *medio* quiso que fuese la sagrada oración de San Esteban, sin la cual ni se hubiera convertido ni salvado el Apóstol.

10. Con un singular ejemplo de las Sagrada Escritura se manifiesta y confirma esta doctrina. Cuando prometió Dios a Abraham que por su hijo Isaac iba a tener tan multiplicada sucesión, da Dios a Isaac a Rebeca por mujer, la cual era estéril; pero haciendo Isaac oración, alcanzó la fecundidad de su mujer y los hijos. Pregunto: ¿qué necesidad había de la oración de Isaac, supuesta la promesa de Dios que había de tener hijos? Una vez hecha la promesa por Dios, no podía fallar, y siendo Dios de tal condición, que no se puede mudar ni cambiar de parecer, como se mudan y cambian los hombres, ni con el tiempo le puede faltar poder para cumplir lo que promete, pues, ¿para qué hace oración Isaac, que parece, en este supuesto caso, superflua y demasiada? Había Dios determinado dar gran sucesión a la casa de Abraham en su santo hijo Isaac, y como había determinado este *fin*, de igual forma había previsto el *medio*, que era la devota oración de Isaac, mediante la cual fecundó Dios a la estéril, y así no fue superflua ni demasiada la tal oración, sino antes santa y necesaria y medianera de que se cumpliese la determinación de Dios y su divina voluntad.

Pues la misma conclusión debemos sacar de la oración de San Esteban, pidiendo por los que le apedreaban y consentían en su muerte; porque de éstos era uno Saulo a quien alcanzó la oración, y por aquel medio le trajo Dios a su Iglesia, como *ab aeterno* lo había determinado traer.

De manera que quiere Dios, y es su voluntad, que le pidáis y pidiéndole os humilléis y confeséis vuestra pobreza e insuficiencia, y que por este santo ejercicio de la oración, que es el *medio*, recabéis de su divina liberalidad las mercedes que *ab aeterno*

determinó haceros; porque la oración es la llave que abre los tesoros de la misericordia de Dios.

¡Oh, cuánto pueden con Dios todos sus siervos con esta arma de la oración! Prendió el impío rey Herodes a San Pedro, príncipe de la Iglesia: lo encierra en la cárcel, lo sujeta con gruesas cadenas, lo custodian gran número de soldados armados, y haciendo la Iglesia por él oración, tanto pudo ésta que rompió las cadenas, abrió las puertas, adormeció los guardias y puso a salvo al glorioso apóstol...

Algo parecido nos cuenta San Lucas que sucedió en Macedonia a San Pablo y Silas; porque hallándose presos en la cárcel, puestos en oración, se les abren todas las puertas y hasta consiguen la conversión del carcelero...

11. Por la oración se sustenta y reforma el mundo, y es por eso que debemos estimar en mucho la oración de los justos.

Han hoy llegado a tal extremo las cosas, que es verdad decir que el mundo está perdido... Pues es tal el mal y enfermedad del mundo, que, desde los pies a la cabeza, apenas nadie se salva, mayores y menores, señores y vasallos, reyes y pastores, todos andan desquiciados y perdidos. ¡Qué de almas, por su mal vivir, apartadas de Dios! ¡Qué de reinos, por su infidelidad, le han dejado! ¡Qué de provincias, ciegas y llenas de herejías, le han vuelto las espaldas! Y entre católicos, ¿quién será bastante a contar los insultos, robos, agravios y otros mil cuentos de maldades que hay?... Pues, siendo los males del mundo tantos, estando tan por puertas, no solamente las personas, pero los estados enteros, ¿cómo Dios de una vez no lo acaba? ¡Oh, cuán a nuestro propósito responde el glorioso San Jerónimo, diciendo: Que es la oración de los justos y buenos tan poderosa, que por ella sufre y sustenta Dios el mundo. Por ella, disimula y espera, y por ella envaina la espada de su rigurosa justicia. Cierto que, aun cuando la oración no tuviera otra grandeza, ésta era bastante para adorarla, usarla y amarla con todas nuestras fuerzas...

El apóstol Santiago en su epístola canónica, encarándose contra los ricos y poderosos del mundo, provocándolos a

lágrimas, les da al cabo como remedio la oración de los buenos, porque, dice, mucho valen y muy poderosas son delante de Dios las oraciones de los justos.

No son las armas las que pueden salvar los estados y el mundo, sino las oraciones de los santos, que si así no fuese, ¡cuánto ha que habría acabado Dios con nosotros, según son de numerosas nuestras culpas con las que le provocamos! ¡Oh, cómo es mejor lanza la oración de un alma buena, que la del más esforzado capitán! ¡Oh, cómo un religioso, con su oración sin pelear, consigue más desde su celda que todo un ejército desde las trincheras!...

12. *Todas las gracias se alcanzan por la oración.*—Es tanta la grandeza e importancia de la oración, que ya desde toda la eternidad tiene determinado Dios dar por ella todas sus gracias, conviene a saber, todos los inefables bienes de gracia y gloria, como enseña Santo Tomás (1-2, q. 199, a. 3).

La limosna es de tanta virtud, que le parece a San Agustín caso imposible con el que la usare, no la use Dios con él, y no porque esté obligado a hacerlo, sino porque es tal su condición y bondad, pues siendo Dios tan liberal, lo es particularmente con los que usan la misericordia con los demás.

Digamos, pues, igualmente, que la oración por sí no da la gracia al alma, ni tampoco gloria, pero dispone el corazón para que sea capaz de las misericordias de Dios. ¡Oh, soberana oración, que das al hombre corazón dispuesto para que reciba y goce sus mayores tesoros, como son los que pertenecen a la gracia y a la gloria!

Así lo enseñó San Agustín, cuando dijo: Ninguno llega a la gracia sin el favor divino, y ninguno recibe este favor sino por medio de la oración". Como si más claro dijera: aunque por otras virtudes se alcanza, pero muy especialmente por ésta, porque tiene entre todas las virtudes el oficio de pedir, al cual corresponde el dar de Dios, conforme a la doctrina del Salvador: *Si ergo vos cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater vester coelestis dabit spiritum suum peténtibus se?* (Lc. 11, 13); esto es: si vosotros, siendo tan escasos, dais lo mejor a vuestros hijos, ¿qué no daré yo a los míos? Cierto, les dará mi Padre celestial su

espíritu a los que se lo pidieren; donde por espíritu comúnmente los santos entienden la gracia del mismo espíritu, y ésa da Dios a quien la pide, porque por medio de la oración se alcanza...

¿Qué cosa es la gracia? —Será bien declarar la naturaleza de la gracia, para que, visto su esclarecido ser, crezca en nosotros el amor y reverencia de la oración, que a tan eternos tesoros nos dispone. La gracia es cosa mayor que cuanto se puede decir, ni escribir, ni entender, porque es una participación del ser divino y un parentesco con la naturaleza de Dios. Lo cual, dicho más claro, es decir que la gracia es emparentar con la bondad, sabiduría y hermosura infinita de Dios, mediante el cual parentesco, desprende el hombre de sí su bajeza y villanía, heredada de Adán, y se hace participante del noble ser de Dios.

Así lo afirmó el apóstol San Pedro, con estas palabras: *Maxima et pretiosa nobis... donavit, ut essemus divinae consortes naturae* (2 Ped. 1, 4). Nos dio, dice, Cristo grandes y preciosos dones, y entre ellos éste que tan a los ojos se viene, que por medio de su gracia subiésemos a la participación de su divina naturaleza. De suerte que, así como el hierro metido en medio del fuego, sin dejar de ser hierro, se vuelve resplandeciente como el mismo fuego: así el hombre, sin dejar de ser hombre, viene a ser Dios por participación.

13. Y si más quisiereis insistir en saber qué cosa es gracia, he de deciros que ella es el primer atavío y el primer aderezo que da Jesucristo al alma cuando le sirve, y es una vestidura de brocado, que de quilates levanta el alma y la deja tan hermosa, que todo lo creado, aunque se incluyan los ángeles en su ser natural, con toda su natural hermosura, parece y es feo en comparación de la hermosura que la gracia causa en un alma. Tanto que, si pusiéramos en una balanza un grado sólo de gracia, y en la otra todo lo creado en cielo y tierra, pesaría incomparablemente más aquel solo grado de gracia, que todo el cielo y la tierra, con grandísima ventaja. Pues la ventaja que hace el cielo a la tierra, y el espíritu al cuerpo, y el tiempo a la eternidad, ésa y *aún mayor* hace la gracia a todo el ser natural. ¡Oh, gracia divina! ¡Tú eres, pues, aquella vestidura de oro y carmesí, y de mucha variedad con que se atavía la Reina, que es el alma en gracia y

amistad de Dios! ¡Oh, divina gracia, que tú eres aquella delicada vestidura de diferentes colores que Jacob hizo a su querido hijo José!... ¡Tú eres, oh gracia soberana, aquella estola primera y más principal que el padre misericordioso dio a su muy travieso y desbaratado hijo pródigo, cuando con lágrimas volvió por el perdón a la casa de su padre! Y ésta es la que se da al alma justa cuando se convierte a Dios.

Pero es necesario advertir que cuando Dios otorga la gracia, ésta no viene al alma sola, porque con ella le concede Dios todos los dones del Espíritu Santo y todas las virtudes infusas, para que con ellas, como con rica cadena de oro y piedras preciosas, se atavíe y hermosee para agradar a Dios...

Por eso se llama con razón a la gracia "vestidura de salud y de justicia", pues con ella somos salvos y justificados, alcanzando de Dios cumplida justicia y salud para nuestras almas. ¡Es, pues, tal el poder y valor de la oración, que para tan grandes bienes dispone y encamina el alma!...

14. Otra condición de la oración, muy importante, es que sea seguida y continuada con perseverancia, como nos lo enseña Jesucristo, con estas palabras que dice: *petieritis*, esto es, si pidiereis una, dos o más veces, insistiendo y perseverando sin tregua hasta alcanzarla.

Esta diferencia —según San Lorenzo Justiniano— existe entre Dios y los hombres: que éstos, ni quieren, ni sufren ser importunados; pero Dios, como es tan generoso, quiere serlo, e incluso gusta de ello. Porque si no le gustara, ni quisiera que le pidiéramos con insistencia, no nos hubiera dicho: *Ne impediaris orare semper* (Ecli. 18, 22), esto es: que no haya nada que te impida o estorbe el importunarme siempre. Ni tampoco dijera en otra parte: *Ne taciatis et ne detis silentium ei, donec stabiliat;* esto es: Dame voces y gritos, y no me dejéis, hasta que os dé audiencia y firme vuestras peticiones. Ni tampoco Cristo nos dijera por su Evangelista: *Orad siempre sin cesar* (Lc. 18, 1). Ni por El mismo nos mandara hacer en todo tiempo oración para así escapar y ser libres de tantas tribulaciones como han de sobrevenir al mundo antes del juicio final.

¡Oh! cómo conocía la hidalga y agradable condición de Dios

su Apóstol que con nuestras importunidades no se cansa, pues en una de sus Epístolas (1 Tm. 2, 8) nos exhorta a que hagamos oración *en todo lugar*, lo cual con encarecidas palabras repite en otros lugares (1 Tes. 5, 17; Col. 4, 2) porque sabía el gran valor de la perseverancia y que por sólo ella se consigue la corona.

El glorioso San Basilio, para persuadirnos de la gran necesidad que tenemos de perseverar en la oración, para impetrar las gracias que necesitamos, nos recuerda los sagrados lugares de la Escritura en los que se echa de ver la fuerza de la perseverancia. Uno de ellos es aquel de San Lucas en el que nos dice cómo aquel amigo inquietó y despertó a su vecino, pidiéndole tres panes; y dice que se los dio, *no por ser su amigo, sino por librarse de su importunidad y perseverancia.* Y saca luego esta consecuencia nuestro Salvador: *et ego dico vobis, petite et daviturvobis.* Como si dijera: Perseverando como aquél perseveró, alcanzaréis como él alcanzó, porque en vuestro perseverar y pedir, está vuestro alcanzar y recibir.

15. Del otro lugar hace el mismo San Lucas mención hablando de aquella diligente y cuidadosa pleitante, que sin dejar uno, iba todos los días a reclamar al injusto y desalmado juez, que no temía a Dios ni respetaba a los hombres, el cual, echando cuenta consigo el mismo juez, dijo: *Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, haré justicia a esta mujer, por librarme de su importuna molestia;* a lo cual, añade Cristo: *Audite quid judex iniquitatis dicit: Deus autem non faciet vindictam electorum suorum clamantium ad se die ac nocte: et patientiam habebit in illis? Dico vobis quia cito faciet vindictam illorum.* Esto es: si el juez de maldad siendo importunado guarda justicia, el justo y recto juez que es Dios, ¿cómo no volverá por sus amigos si de día y de noche le llaman y piden su favor?

Dice el glorioso San Agustín que Dios no nos concede muchas veces de inmediato lo que le pedimos, sólo para obligarnos a perseverar en la oración; cuya tesis apoya también el bienaventurado San Anselmo, diciendo: *Saepe Deus differ ut magis excitet: non differt quia non velit dare sed ut aucto desiderio, abundantius possit dare:* Muchas veces, dice, difiere Dios su dar, para que se despierte nuestro pedir: no lo retrasa porque no nos quiera

dar, sino para aumentar nuestro deseo y así hacernos más cumplida gracia y merced.

Bien se vio en práctica esta teoría con la mujer cananea, la cual pidiendo para su hija la salud, la desechó el Salvador una, dos y aun tres veces, pero porque perseveró, mereció ser oída e incluso alabada por Cristo con estas palabras: *¡Oh, mulier, magna es fides tua, fiat tibi sicut vis!* (Mt. 13, 28). ¡Oh, mujer, grande es tu fe, hágase como deseas!...

16. Es tan alta y poderosa la virtud de la oración en la vida espiritual, que ella es la que regula y concierta nuestras vidas, de tal manera que, tal como sea nuestra oración, serán todas nuestras virtudes y la santidad de nuestras vidas.

Al contrario: si aflojamos en la oración y la abandonamos, al mismo tiempo y en la misma proporción irán disminuyendo en nosotros las virtudes, desconcertada el alma y vencida, arrastrada de las pasiones, llena de vana alegría, se holgará en las distracciones, abandonará la penitencia, aborrecerá el recogimiento y huirá de la mortificación...

Hay hombres tan faltos de devoción que tienen hastío y repugnancia a todos los ejercicios de devoción, e incluso sienten cierta repulsa y antipatía hacia las personas que los practican; y dicen que los tales ejercicios son impertinentes, y devociones mujeriles, porque basta con rezar bien el *Padrenuestro* y sobra todo lo demás. Contra los que así piensan, no puedo menos de rogarles que respondan al Apóstol San Pablo, que dice: *Volo ergo viros orare in omni loco, levantes puras manus, sine ira et disceptatione* (1 Tim. 2, 8), esto es: que los hombres oren en todo lugar... Y en otra parte aconseja que esta oración sea sin cesar: *Sine intermissione orate* (1 Tes. 5, 17). Y aún repite en otro lugar la misma doctrina diciendo, daos a la oración con toda instancia, velando y perseverando en ella, con hacimiento de gracias: *Orationi instate, vigilantes in ea, in gratiarum actione* (Col. 4, 2). Respondan también al Espíritu Santo, que dice: *Nom impediaris orare semper* (Ecli. 18, 22), no haya cosa que te impida orar siempre. Respondan también a Isaías cuando dice: *Qui reminiscimini Domini, ne taceatis. Et ne detis silentium ei, donec stabiliat* (Is. 62, 6), dad voces y no ceséis hasta que os haga mercedes. Y respondan por

último, ni más ni menos que al mismo Jesucristo Nuestro Señor que a cada paso nos manda, ya que oremos, ya que siempre y en todo lugar, ya que sea sin cesar (Lc. 18, 11; Mt. 25). Pues si el Espíritu Santo y su Ungido, su Apóstol y Profeta (por quienes el mismo Espíritu Santo hablaba), nos mandan y nos piden tan continuamente que hagamos oración, ¿cómo puede haber quien diga que basta con rezar un *Padrenuestro?*

17. Qué palabras más dulces y regaladas puede haber dicho nunca Dios que las dichas a Salomón cuando le dijo: *Pide lo que quieras que te será dado*" (Par. I, 7). Sin embargo, aquello no fue nada en comparación con esta gran promesa que nuestro Señor Jesucristo nos ha hecho a todos los cristianos: "*En verdad, en verdad os digo, que si algo pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará*" (Jn. 16, 23). Pues, ¿qué tienen que ver aquellas palabras (dichas a un hombre solo) con las que aquí nos dice a todos Jesucristo? (Tratado de la Oración).

VENERABLE LUIS LALLEMANT (m. 1635)

Fue profesor y maestro de novicios, continuó contra viento y marea la corriente mística entre los jesuitas, lo que ocasionó grandes disgustos. No escribió nada en orden a ser publicado. La Doctrina Espiritual *publicada con su nombre es un resumen de sus pláticas y conferencias. La* Doctrina Espiritual *es una obra magnífica. Existe una edición en castellano (Desclee, Bilbao, 1960).*

Nuestro Señor dará al alma por una sola oración una virtud y aun varias en más alto grado que pudieran adquirirse en varios años con medios externos. (Pr. 2 c. 4 a. 1.)

Estemos bien persuadidos de que el fruto que hemos de producir en nuestro ministerio será proporcionado a nuestra unión con Dios y a nuestro olvido del propio interés... Para trabajar útilmente en provecho de otros se necesita haber hecho grandes

progresos en la propia perfección. Hasta que se haya adquirido una virtud perfecta se debe atender muy poco a la acción exterior. Y si los superiores la imponen con exceso, se debe confiar en la Providencia, que dispondrá de tal modo las cosas que disminuya la carga y que todo redunde en mayor bien de los súbditos virtuosos. (Doctr. pr. 5 c. 3 a. 2, 5).

Algunos tienen hermosas prácticas exteriores y hacen gran número de actos externos de virtud, atendiendo del todo a la acción material. Esto es bueno para los principiantes. Pero es mucho más perfecto el seguir el interior atractivo del Espíritu Santo y dejarse llevar de sus impulsos (pr. 4 c. 2 a. 1).

De dos personas que se consagran al mismo tiempo al servicio divino, y la una se entrega a las buenas obras y la otra se aplica totalmente a purificar su corazón y quitar de él todo lo que se opone a la gracia, esta última llegará a la perfección doble antes que la primera (Ibíd.)

Es cierto que un hombre de oración hace mucho más bien en un año que otro en toda su vida. (Doctr. spirt. s. 2, p. 2.ª, c. 4, a. 2, 2).

Para que nuestro trato con los hombres, aun en las mismas funciones que hacemos en ganarlos para Dios, no nos resulte perjudicial, de tal modo debe estar nuestra vida metida en la oración y contemplación, que la acción siempre se encuentre animada dirigida y ordenada por aquella; que, entre los trabajos exteriores de la vida activa, gocemos siempre del interior reposo de la contemplación, y que nuestros empleos, lejos de impedirnos la unión con Dios, más bien sirvan para ligarnos más íntima y amorosamente con El (Doct. spirt. p. 4.ª c. 4, a. 3).

Los que estamos llamados a una orden apostólica, en que es preciso juntar la acción con la contemplación, podemos sin presunción aspirar al más alto grado de excelencia de la vida contemplativa, porque no es ninguna presunción aspirar a la perfección del propio estado y al cumplimiento de los designios de Dios en todo el alcance de una vocación. (Ibíd., a. 4.)

Los dos elementos de la vida espiritual son la purificación del corazón y la dirección del Espíritu Santo... Por aquí es por

donde se llega a la perfección, la cual será proporcionada al grado de pureza adquirida y a la fidelidad con que hayamos cooperado a los movimientos e insinuaciones del divino Espíritu. De esta fidelidad depende toda nuestra perfección, y así puede decirse que el compendio de la vida espiritual consiste en reconocer las vías y mociones del Espíritu de Dios en nuestra alma y afianzar nuestra voluntad en la resolución de seguirlas, empleando a este fin todos los ejercicios: la oración, la lección, los sacramentos, la práctica de las virtudes y de las buenas obras (Doct. spir. p. 4.ª, c. 2, a. 1).

Sin la contemplación, nunca se adelantará mucho en la virtud, ni se estará en condiciones de hacer adelantar a los otros. No se acabará nunca de salir de las propias flaquezas e imperfecciones. Siempre se sentirá uno pegado a la tierra, sin poderse levantar mucho sobre los sentimientos de la naturaleza, y no será posible hacer a Dios un servicio perfecto. Mas con la oración y contemplación se hará más provecho a uno mismo y a los otros en un mes que sin ella en diez años. Con ella se producen actos excelentes y libres de impurezas, actos de amor de Dios elevadísimos...; con ella, en fin, se perfecciona la fe y todas las demás virtudes, elevándolas al más alto grado que pueden llegar. (Doc. spirt. princ. 7, c. 4, a. 4; cf. p. 4, c, 2, a. 1; c. 3, a. 3).

Cada uno debe atenerse fielmente a la oración propia del grado o estado en que se halla en la vida espiritual. La meditación u oración discursiva conviene a los principiantes, que están en la vía purgativa; la oración afectiva, a los que van adelantando y se hallan en la iluminativa; la contemplación y oración de unión, a los perfectos, que están en la vía unitiva. (Doct. spirt., p. 7.ª c. 1, a. 2.)

SANTA JUANA FRANCISCA DE CHANTAL (m. 1641)

Santa Juana Francisca de Chantal fue discípula de San Francisco de Sales y fundadora con su ayuda de las MM. Salesas.

1. Para hacer bien la oración, son indispensables estas cuatro condiciones: 1.ª Nunca gustaremos de la familiaridad con Dios si no nos resolvemos a seguirle con la abnegación y la fiel práctica de las virtudes... Quien se atiene a gustos y sentimientos interiores, no sabe qué cosa es imitar a Jesucristo... 2.ª Ante Dios, lo que más importa es la sencillez... ¡Dichosas las almas que siguen el impulso divino con fidelidad! El mal está en que muchas veces queremos especular, y Dios no quiere que hagamos más que amar. Abandonémonos simplemente a su bondad, como un niño en los brazos y pecho de su padre... 3.ª Las (excesivas) industrias del humano espíritu no hacen sino dañarnos, guiándonos por nuestros caminos y no por los de Dios. 4.ª Cuando se ha movido ya el afecto, no conviene multiplicar palabras, sino detenerse para gustarlo e imprimirlo dulcemente en nuestros corazones *(Arintero. Cuest. Míst. c. 7).*

2. Las distracciones en la oración, pueden ser el camino para una oración más sencilla, porque si a pesar de esa dificultad el alma se esforzare a estarse con reverencia ante Dios, adelantará por ese camino por el que Dios sin duda la llama, y por más que sufra pobrezas y distracciones, no debe alejarse de allí, sino estarse con calma ante Dios, sin detenerse voluntariamente en las distracciones. Y cuando se vea demasiado molestada, de vez en cuando debe pronunciar algunas palabras de sumisión, abandono, confianza y amor a la divina voluntad, suavemente y sin demasiado esfuerzo... Por poco que Dios nos atraiga a esta oración sencilla quitándonos los discursos del entendimiento, debemos seguir su atractivo, pues de otro modo nada conseguiríamos, sino quebrarnos la cabeza *(Pensées et lettres, p. 50).*

3. Las que están en *sequedad* pueden hacer todos los actos de la oración; que, si es sin gusto ni sentimiento, no será sin utilidad y provecho, porque la oración de paciencia, de sumisión y de abandono al beneplácito de Dios que deben practicar en estas circunstancias no será menos agradable a su divina Majestad, y aún lo será más que si se derritiesen en dulzura. Deben perseverar manteniéndose delante de Dios con una profunda reverencia y actitud devota, sufriendo amorosamente sus penas. Porque la verdad es que cuando las sequedades y substracción de obras

son grandes, la pobre alma en tal impotencia no puede hacer otra cosa que sufrir. Pero este puro sufrimiento es una oración muy agradable a Dios yendo acompañada de humildad, sumisión y confianza, contentándose con sola su voluntad y con el honor de permanecer en su santa presencia, sea como una esclava delante de su señor, como una pobre delante de su soberana riqueza, una impotente delante del Todopoderoso, una discípula delante de su buen maestro, una esposa al lado de su esposo o una hija a los pies de su padre, y otros afectos semejantes, según el Espíritu Santo nos los inspira, diciendo de tiempo en tiempo algunas palabras a Nuestro Señor, conforme al estado en que nos hallemos. Yo sé que dichas con amorosa sumisión, son provechosas y que siempre pueden decirse, aunque sea sin gusto; pero también es cierto que no debemos buscar nuestro propio gusto, sino el de Dios que nos quiere así...

4. Es preciso acabar siempre la oración con un acto de abandono, de sumisión, de amor, de confianza en Dios; con una firme resolución de enmendarnos mediante su gracia y practicar fielmente los deseos y resoluciones que nos ha inspirado. Se han de añadir los actos... de acción de gracias, de ofrenda y de ruego... Para que nuestras oraciones sean útiles y sabrosas es preciso pensar y tratar los misterios de Dios con el mismo Dios... Si el alma corresponde con la práctica fiel de las virtudes, que es el fruto verdadero de la buena oración, no se quedará ahí...

5. Nuestro bienaventurado Padre la llamaba oración de *simple entrega* en Dios, la cual, decía, era muy santa y saludable, y que encerraba todo lo que se puede desear para servir a Dios. Sin embargo, sé que es fuertemente combatida por las personas a quienes Dios conduce por el camino de los discursos; y algunas de nuestras hermanas han sido turbadas por esto, diciéndoles que están ociosas y que pierden el tiempo. Mas sin querer faltar al respeto que debo a tales personas, os aseguro, queridísimas hermanas mías, que no debéis desviaros de vuestro camino por lo que puedan deciros... Debemos permanecer firmes... desde el momento en que seamos *atraídos a él*, porque no hay que introducirse por sí, sino esperar

con humildad y paciencia la hora que nuestro divino Salvador haya destinado paara *introducirnos* en esta felicidad; porque, finalmente, para ir a Dios y llegarse a El hay que dejarse conducir por su espíritu.

Ahora bien, hay diversos grados en este género de oración (que resulta ser manifiestamente intensa), como en todos los demás..., recibiendo allí grandes luces..., y parece que Dios se vale de ella para que... en ella encontremos y recibamos toda la luz y la fortaleza que necesitamos para todas las cosas (Pensées et lettres. París, 1899).

SAN JOSE DE CALASANZ (m. 1648)

San José de Calasanz fue el fundador de la Orden de Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, la última de las órdenes religiosas de votos solemnes aprobada por el Papa Gregorio XV, específicamente dedicada a la educación cristiana de la juventud, siendo la primera en hacerlo con carácter gratuito. San José de Calasanz se distinguió principalmente por su amor a los niños, su tierna devoción a María y su profundísima oración.

1. Ponga todo empeño en instruir a los novicios en la modestia religiosa y en la virtud santa de la humildad. Se harán así más aptos para hacer oración mental, que es la vida del alma (11-5-30).

2. El religioso que no sabe hacer oración es como un hombre desarmado, que pueden herirle por todas partes (20-11-38).

3. El religioso que no sabe hacer oración mental es como un cuerpo sin alma. Poco a poco comienza a dar mal olor de sí, desobedeciendo, o dando poca importancia a la transgresión de cosas pequeñas, y luego de cosas grandes (24-7-27).

4. Que cada uno de los nuestros tenga comodidad de

poderse retirar a su habitación, para hacer un poco de oración a solas con Dios (4-7-29).

5. Debe el superior emplear todas las artes para introducir en la oración a los súbditos (20-11-38).

6. Aquellos que faltan a la oración estando sanos, deben suplirla; si no tienen otro tiempo, durante el de la comida, o el que le señalen...

Sin la oración no se puede estar bien con Dios; porque es tan necesaria al hombre interior como el alimento corporal al hombre exterior (7-12-30).

7. De la oración todos los santos dicen cosas maravillosas. Bienaventurado, ciertamente, quien sepa orar y, con la oración eficaz, lograr de nuestro Juez la remisión de los pecados y la abundancia de gracias (28-2-32).

8. Exhorto a todos a ser muy diligentes en el apostolado con los alumnos, lo cual se hace con gran provecho mediante la oración (29-1-28).

9. Si no recibís limosnas, es señal de que no os portáis bien. En cambio, si os enmendáis y hacéis oración, exponiendo el Santísimo Sacramento, veréis la misericordia del Señor en esa casa (17-2-21).

10. Cuide no sólo de las escuelas, sino también, que importa más, de la observancia de nuestras Reglas que se mantengan los súbditos muy observantes y amigos de la oración mental, que es el apoyo de las almas piadosas (20-7-47).

11. Jamás serán de provecho para sí mismos ni para los demás, mientras no sean mortificados y piadosos en la oración (7-1-34).

12. Hagan oración al Señor, para que les dé espíritu de padecer un poco por Cristo, en recompensa de cuanto padeció El por nosotros (25-8-21).

13. Al padre Gaspar: que tenga cuidado de su salud y de cansarse poco. Que yo aprecio tanto la oración que hace en la habitación como el trabajo de la escuela (6-12-20).

14. Hagan hacer oración a los alumnos pequeñitos, que le es muy grata a Dios (17-7-36).

15. Haga rezar a los niños por nosotros, para que el Señor nos dé espíritu de acrecentamiento en su santo servicio (8-1-33).

VENERABLE JUAN JACOBO OLIER (m. 1657)

El famoso fundador del seminario de San Sulpicio nació en París el 20 de septiembre de 1608 y murió en 1657, asistido por San Vicente de Paúl. Sus principales obras son: Introducción a la vida y virtudes cristianas; El día cristiano; Explicación de las ceremonias de la Misa; Catecismo Cristiano para la vida interior; Tratado de las sagradas órdenes; Cartas espirituales.

El alma que se descuida en orar cae luego en la tibieza y retrocede..., no advirtiendo la necesidad que tiene de nuevas gracias para obrar bien... Y las gracias actuales de Dios no son menos necesarias en la continuación de la vida interior que en sus comienzos... Siempre estáis necesitando gracias actuales que os alumbren, que os dirijan y que os exciten en el servicio de Dios y que os fortalezcan y aparten de toda criatura y de vos mismo; de suerte que en el momento en que ellas cesen de obrar en vos, cesareis de obrar por Dios... Y, si este socorro es de tanta necesidad, no lo es menos la oración mediante la cual se alcanza. Esta es, pues, la razón de por qué debe ser *continua*, según lo encarga San Pablo; oración que se hace en el fondo del alma, por una mirada o un suspiro hacia Dios, que lo atrae y lo llama incesantemente y que de continuo está pidiendo su vida... La vivificación que en nosotros produce el Espíritu Santo depende de la oración, que, a manera de lazo, tiene a Jesús atado a nuestro corazón para darnos la vida e influir en nosotros (Lettres, 347).

VENERABLE P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG (m. 1658)

El P. Nieremberg es uno de los principales clásicos de espiritualidad que más han contribuido y ayudado en la formación

ascética de los cristianos de los últimos siglos. De su obra Diferencia entre lo temporal y lo eterno, *se dice que ha convertido más almas que letras tiene. Pero sus obras principales son* Aprecio y Estima de la Divina Gracia *y* Vida Divina.

1. Para atender y cumplir la voluntad de Dios, es principalísimo medio la lección espiritual, la oración y la presencia de Dios. Pues, así como no es posible que dure la vida corporal sin alimentarla cada día, así, por descuido en la oración, han sucedido notables caídas. David se lamentaba de sí, diciendo: *Fui segado como heno, y se me secó el corazón, porque me olvidé de comer mi pan* (Sal. 101, 5). Llama *pan* a la oración, porque es sustento del espíritu y de cada día, y el que da vida a todas las acciones virtuosas; porque así como el pan es manjar de cada día y general, que se come con todos los manjares, así también la oración ha de entrar en todos los ejercicios espirituales, en todos los actos de virtud y en todas las obras que hiciéremos.

San Juan Crisóstomo, no contento con la comparación del alimento, tan precisamente necesario para la vida, declaró la importancia de la oración con la semejanza de otra cosa más necesaria, diciendo: Que lo que es el alma para el cuerpo, eso es la oración para el alma. Sin comida se puede pasar, aunque trabajosamente, algún día; mas sin el alma no se puede vivir ni un instante. Por eso nos amonesta el Señor a *orar siempre sin cesar* (Lc. 18, 1).

2. Tres cosas tiene la oración que son origen de mil bienes que consigo trae, por las cuales nos es muy necesaria, más que el pan de la boca. La primera cosa que incluye, es ser *petición* por la cual alcanzamos remedio de nuestra extrema pobreza espiritual e infinitas miserias del alma. La segunda, es ser *consideración* y conocimiento de los misterios de fe y verdades de la otra vida. La tercera, es ser *unión con Dios* y conversación en los cielos.

3. Por la primera, es más necesaria la oración que a un mendigo el pedir limosna, que si no quiere perecer, le es forzoso mendigar su remedio. Mucho mayor es nuestra necesidad

espiritual, sino que no la percibe el sentido; que si se sintiera la mendiguez espiritual como la pobreza temporal, clamáramos al cielo con lágrimas y gemidos, y no cesáramos de orar continuamente. Por cierto que no es mucho lo que nos pide el Hijo de Dios, que *oremos siempre sin intermisión.* ¿Pues qué desacierto es que se pase un día sin oración? Porque se tuviera por desesperación o locura grande, si un miserable que no tuviera otro remedio, no quisiera pedir limosna. Del que se descuida de orar, se puede decir con más razón que, o está loco, o desesperado, o quiere ser homicida de sí mismo. Y esto además de que de la infalibilidad de la oración con respecto a las necesidades espirituales, estamos totalmente ciertos, como nos consta de la palabra y promesa del Hijo de Dios.

4. Por lo segundo que es necesaria la oración, es por el conocimiento que en ella se alcanza de las verdades de la otra vida. Porque, ¿cómo puede uno temer de veras los daños de la condenación eterna, en que puede caer, o cómo puede llegar a desear de veras los bienes de la gloria, a que puede subir, si no sabe lo que son? La oración es, pues, la luz que los descubre y la ventana por donde pueden llegar a vislumbrarse las cosas del siglo venidero. Pues, ¿qué torpeza es que no queramos entender cosas tan grandes, y más cuando nos importa tan grandemente entenderlas?

5. Por lo tercero que tiene la oración, que por ella se llega y une el alma con Dios, no es menor su necesidad. ¡Desdichados de nosotros cuando quedamos apartados de nuestro buen Dios! ¿Qué defensa, qué remedio, qué consuelo podemos tener? ¿Qué puede hacer un corderillo apartado de su madre, sin leche ni sustento, sino perecer? Nuestros mismos miembros, apartados del resto del cuerpo, ¿qué vida pueden conservar? Pues así como es necesaria al corderillo su madre, así nos es necesaria la oración, y por ella llegarnos a Dios, para no perdernos ni perecer, sino vivir una vida abundante y dichosa.

Además de esto, en el trato con Dios se habilita el alma y dispone mucho para las obras de virtud y alejamiento de cosas exteriores, no sintiendo tanta dificultad en los ejercicios santos y consejos evangélicos. El gusto que en la oración y por ella

comunica el Señor, hace que se desprecien los de la tierra, y facilita la mortificación, tan necesaria a los siervos de Cristo.

6. De suerte que por tantas maneras se dobla y multiplica la necesidad de la oración, que ella es la causa de todo bien. ¿Sería creíble que si en una cosa tuviera un hombre hacienda, honra, salud, fuerzas y cuanto desee, se olvidase de ella? Pues, ¿qué error es éste, que teniendo en la oración, único refugio de nuestras miserias espirituales, amparo de las necesiades del alma, remedio de todo mal y, finalmente, teniendo en ella todos los bienes, y al que es todo bien, que nos descuidemos tanto de su uso, y más siguiéndose tan notables daños de su olvido? No hay tibieza considerable ni caída que no sea por falta de oración. Con ella y por ella nos sustentaremos, nos aprovecharemos y creceremos más cada día. Por lo cual pido a los deseosos de hacer la voluntad divina, por el amor de Jesús, y por su mismo bien, que pongan principal cuidado en este punto, porque tanto más siervos de Dios vendrán a ser cuanto fueren más hombres de oración.

7. Estimemos este bien que tenemos; agradezcamos este favor y gran bondad de Dios, que espera que le hablemos, y lo que más es, que nos lo ruega. Confiemos mucho que nos oirá quien pide que con El hablemos, y que concederá lo que le pedimos, pues nos ruega que le roguemos. ¿Hay ventura como la nuestra, que está a nuestro mandar la puerta abierta para tratar con el sumo Monarca del mundo? ¿Qué diligencias no cuesta, qué tiempo no se pierde, qué días no se espera, qué intercesiones no se suelen interponer para haber de hablar despacio a un rey de un rincón de la tierra? ¡Y que el Rey del cielo nos ruegue que le hablemos, y apenas hay quien quiera, y más siendo para nuestro bien! ¿Puede ser mayor descuido y locura? Vuelvo, pues, a rogar a los deseosos de servir a Dios y apremiarles, por lo que deben a su Redentor, por la gloria de Dios, por la edificación de la Iglesia, por el gozo de los ángeles, por el consuelo de los justos y por su propio bien, que si quieren cumplir la voluntad divina no se descuiden de tener mucha oración. En ella conocerán lo que Dios quiere de ellos, y con el esfuerzo de ella lo ejecutarán, para después en el cielo, por eternidad de eternidades, continuar lo que en esta vida empezaron. Dios nos lo condena. Amén.

SAN VICENTE DE PAUL (m. 1660)

A San Vicente de Paúl se le conoce en el mundo entero como El Santo de la Caridad. *Todos sabemos que fue él, junto con Santa Luisa de Marillac, el fundador de las* Hijas de la Caridad, *dedicadas exclusivamente a socorrer a los necesitados. Pero lo que no saben muchos es que, preocupado principalmente por la salvación de las almas, fundó la* Congregación de Sacerdotes de la Misión, *dedicados a la instrucción religiosa de los campesinos y de los más abandonados. Funda también seminarios para la práctica de ejercicios espirituales que él mismo dirige, esforzándose por llevarlos hasta las más altas dignidades eclesiásticas.*

1. Hermanos míos: si un misionero solamente pensase en la ciencia y en predicar bien para mover a todos a la compunción, pero al mismo tiempo descuida su oración, ¿ese tal es misionero? No, porque falta a lo principal, que es su perfección... ¿De qué nos servirá haber hecho maravillas por los demás, si hemos dejado abandonada nuestra alma? Nuestro Señor se retiraba a hacer oración, separándose del pueblo, y quería que los apóstoles se retirasen aparte lo mismo que El (Mc. 6, 31), después de haber hecho las cosas de fuera, para no omitir sus ejercicios espirituales; y su perfección estuvo en hacer bien lo uno y lo otro (Conf. a Sac. Mis. 1).

2. Cuando Dios quiere comunicarse a alguien, lo hace sin esfuerzos, de una manera muy suave y sensible, dulce y amorosa. Dios, por su parte, no busca nada mejor. Pidámosle con toda confianza, y estemos seguros de que nos lo concederá. El no se niega nunca si rezamos con humildad y confianza. Si no lo concede al principio, ya lo concederá. Hay que perseverar sin desanimarse; y si no tenemos ahora ese espíritu de Dios, ya nos lo dará por su misericordia, si insistimos, quizá dentro de tres o cuatro meses, o de uno o dos años. Pase lo que pase, confiemos

en la providencia, esperémoslo todo de su liberalidad... Digámosle muchas veces: Señor, concédenos el don de la oración; enséñanos tú mismo cómo hemos de orar. Pidámoselo hoy y todos los días con confianza, con mucha confianza en su bondad (Conf. a Sac. Mis. 6).

3. Una cosa importante a la que usted debe atender de manera especial, es tener mucho trato con nuestro Señor en la oración; allí está la dispensa de donde podrá sacar las instrucciones que necesite para cumplir debidamente con sus obligaciones. Cuando tenga alguna duda, recurra a Dios y dígale: "Señor, tú eres el Padre de las luces, enséñame lo que tengo que hacer"... Además, debe usted recurrir a la oración para conservar en su alma el temor y amor de Dios; pues tengo la obligación de decirle, y lo debe usted saber, que muchas veces nos perdemos mientras contribuimos a la salvación de los demás. A veces, preocupándose por los otros se olvida uno de sí... Y también debe recurrir a la oración para pedir por los demás, convencido de que obtendrá usted mucho más fruto con este medio que con todos los demás (Conf. a Sac. Mis. 7).

4. En la oración mental es donde yo encuentro al aliento de mi caridad... Lo de mayor importancia es la oración; suprimirla no es ganar tiempo, sino perderlo. Dadme un hombre de oración y será capaz de todo (Cit. B.M.S.).

5. La oración es alimento del alma; lo mismo que todos los días necesitamos el alimento corporal, también necesitamos todos los días el alimento espiritual para la conservación de nuestra alma.

En la oración es donde escuchamos los deseos de Dios, nos perfeccionamos, tomamos fuerzas para resistir a las tentaciones y nos robustecemos en nuestra vocación... Por el contrario, cuando no hacemos bien la oración, nos debilitamos y perdemos la presencia de Dios.

6. *Razones para tener oración.*—Una de las principales razones que tenemos para hacer oración todos los días, es el que nuestro Señor la recomendara tanto a sus discípulos: "*Invocad a mi Padre,* les dijo; *pedidle a mi Padre, y todo cuanto pidáis en mi nombre se os concederá*" *(Jn. 14, 13).* Y lo que dijo a sus discípulos, hijas

mías, nos lo dice también a nosotros. Y tras esta recomendación del Hijo de Dios, tan ventajosa para nosotros, ¿no habremos de concebir una gran estima de ella?

Hijas mías: Tenéis que tener mucho cuidado en evitar todos los impedimentos que pudieran surgir a propósito de la hora, ya que con mucha frecuencia se os van a presentar. Pero cuando pase algo, en cuanto os deis cuenta, animaos con la recomendación que Jesucristo hizo de ella. Tú, Dios mío, me has recomendado que ore, y yo sería muy cobarde si quisiera librarme de ello. ¡Voy allá! Ya veréis todas, hijas mías, qué poderoso es este motivo, y los bienes que entonces alcanzaréis.

7. A este motivo voy a añadir otro. Se ha creído conveniente que hagáis oración todos los días, tal como indican vuestras reglas. Diré más aún, hijas mías; hacedla, si podéis, a cualquier hora, e incluso no salgáis nunca de ella, porque la oración es tan excelente que nunca la haréis demasiado, y cuanto más la hagáis, más la querréis hacer, si de veras buscáis a Dios.

Así que, hijas mías, ya que se dice en vuestras Reglas que tenéis que hacerla, es menester procurar, en la medida de lo posible, no faltar nunca a ella. Y si os lo impide esa medicina que tenéis que llevar por la mañana durante la hora de la oración, tenéis que buscar algún otro tiempo, de forma que nunca la dejéis...

8. Jesucristo nos ha ofrecido toda la seguridad de que seremos bienvenidos ante el Padre cuando oremos. No se ha contentado con hacer una simple promesa aunque hubiera sido más que suficiente, sino que ha dicho: *En verdad, en verdad os digo, que todo lo que pidáis en mi nombre, se os concederá (Jn. 14, 13)*. Así, pues, con esta confianza, mis queridas hijas, ¿no habremos de poner todo nuestro cuidado en no perder las gracias que la bondad de Dios quiere concedernos en la oración, si la hacemos de la forma debida?..

9. Se ha dicho, y con razón, que la oración es para el alma lo que el alimento es para el cuerpo, y que lo mismo que una persona que se contentase con no comer más que una vez cada tres o cuatro días, desfallecería enseguida y se pondría en peligro de muerte o, si viviese, sería lánguidamente, incapaz

de realizar nada útil y se convertiría finalmente en un trasto sin fuerza ni vigor; así también el alma que no se alimenta de la oración, o que raramente la hace, se hará tibia, lánguida, sin fuerzas ni entusiasmo, sin virtud alguna, fastidiosa para los demás e insoportable para sí misma.

Y se ha advertido también que de esta forma es como se conserva la vocación, porque es cierto, hijas mías, que una Hija de la Caridad no puede vivir si no hace oración. Es imposible que persevere. Durará quizás algún tiempo, pero el mundo la arrastrará. Encontrará su ocupación demasiado dura, porque no ha tomado este santo refrigerio. Irá languideciendo, se cansará y acabará dejándolo todo. Hijas mías, ¿por qué creéis que muchas han perdido su vocación?; porque descuidaron la oración.

10. Se ha dicho igualmente que la oración es el alma de nuestras almas; esto es, que la oración es para el alma lo que el alma es para el cuerpo. Pues bien, el alma da la vida al cuerpo, le permite moverse, caminar, hablar y obrar en todo lo que necesita. Si al cuerpo le faltase el alma no sería más que carne corrompida, útil solamente para el sepulcro. Pues bien, hijas mías, el alma sin oración es casi lo mismo que ese cuerpo sin alma en lo que se refiere al servicio de Dios; no tiene sentimientos, ni movimientos, no tiene más que deseos rastreros y vulgares de las cosas de la tierra.

11. A todo esto añado, mis queridas hijas, que la oración es como un espejo en el que el alma ve todas sus manchas y todas sus fealdades; observa todo lo que la hace desagradable a Dios, se mira en él, se arregla para hacerse en todo conforme con El.

12. Las personas del mundo nunca salen de su casa hasta después de haberse arreglado convenientemente ante el espejo, para ver si hay en ellas algo defectuoso, si no hay nada que vaya en contra de las convivencias sociales. Hay algunas que son tan vanidosas que llevan espejos en sus bolsos, para mirar de vez en cuando si tienen algo que arreglar de nuevo.

Pues bien, hijas mías, lo que hacen las gentes del mundo para agradar al mundo, ¿no será razonable que hagan los que sirven a Dios para agradar a Dios? Nunca deben salir sin mirarse en su espejo. Dios quiere que las que le sirven se arreglen

también, pero en el espejo de la santa oración, donde, todos los días, y aun varias veces al día, examinando la conciencia, ejercitándose en santos deseos tratando de agradar a Dios, pidiendo perdón y gracia para ello.

13. Se ha dicho que es en la oración donde Dios nos da a conocer lo que quiere que hagamos y lo que quiere que evitemos; y es verdad, mis queridas hijas, porque no hay ninguna otra cosa en la vida que nos haga conocernos mejor, ni que nos demuestre con mayor evidencia la bondad de Dios, como la oración.

14. Los Santos Padres se entusiasman cuando hablan de la oración; dicen que es una fuente de juventud donde el alma se rejuvenece. Los filósofos dicen que entre los secretos de la naturaleza hay una fuente que ellos llaman la fuente de juventud, donde los viejos beben del agua rejuvenecedora. Sea lo que fuere de esto, sabemos que hay fuentes cuyas aguas son muy buenas para la salud. Pero la oración remoza al alma mucho más realmente que lo que, según los filósofos, rejuvenecía a los cuerpos la fuente de la juventud.

15. Allí, en la oración, es donde el alma, debilitada por las malas costumbres, se torna vigorosa; allí es donde recobra la vista después de haber caído en la ceguera; sus oídos, anteriormente sordos a la voz de Dios, se abren a las buenas inspiraciones, y su corazón recibe una nueva fuerza y se siente animado de un entusiasmo que nunca había sentido. ¿De dónde viene que una pobre mujer aldeana que viene a vosotras con toda su tosquedad, ignorando las letras y los misterios, cambie al poco tiempo y se haga modesta, recogida y llena de amor de Dios? ¿Quién ha hecho esto sino la oración? Es una fuente de juventud en donde se ha rejuvenecido; allí es donde ha encontrado las gracias que se advierte en ella y que la hacen tal como la veis.

16. *Clases de oración.*—Hay dos clases de oración: la mental y la vocal. La vocal es la que se hace con palabras; la mental es la que se hace sin palabras, con el corazón y el espíritu...

Pues bien, en cada una de estas dos maneras de orar, Dios comunica muchas y muy excelentes luces a sus servidores. Allí es donde ilumina su entendimiento con tantas verdades

incomprensibles para todos los que no hacen oración; allí es donde inflama la voluntad; allí es finalmente donde toma posesión completa de los corazones y de las almas.

Entonces, es conveniente que sepáis, mis queridas hermanas, que aunque las personas sabias tengan mayor disposición para hacer oración, y que muchas lo logran y tienen por sí mismas el espíritu abierto a muchas luces, el trato de Dios con las personas sencillas es muy distinto. *Confiteor tibi, Pater,* etc., decía Nuestro Señor. *Te doy gracias, Padre mío, porque has ocultado estas cosas a los sabios del mundo y se las has rebelado a los humildes y pequeños.*

17. *Por la oración se alcanza la sabiduría.*—Hijas mías, en los corazones que carecen de la ciencia del mundo y que buscan a Dios en sí mismo, es donde El se complace en distribuir las luces más excelentes y las gracias más importantes. A esos corazones les descubre lo que todas las escuelas no han podido encontrar, y les revela unos misterios que los más sabios no pueden percibir.

Mis queridas hermanas, ¿no creéis que vosotras lo habéis experimentado? Creo que ya os lo he dicho otras veces, y lo repitiré una vez más: nosotros, los sacerdotes y clérigos, por lo regular, hacemos bien la oración; pero, nuestros pobres hermanos, ¡oh!, en ellos se realiza la promesa que Dios ha hecho de manifestarse a los pequeños y a los humildes, pues, muchas veces quedamos admirados ante las luces que Dios les da, y es evidente que todo es de Dios, ya que ellos no tienen ningún conocimiento.

18. Unas veces es un pobre zapatero, otras, un panadero o un carretero que os llena de admiración. Algunas veces hablamos entre nosotros de esto con una gran confusión por no ser como vemos que ellos son. Nos decimos mutuamente: "Fíjese en este pobre hermano; ¿no ha observado Vd., los hermosos pensamientos que Dios le ha dado? ¿No es admirable? Porque lo que él dice, no lo dice por haberlo aprendido, o haberlo sabido antes; lo sabe después de haber hecho oración".

¡Qué bondad de Dios tan grande e incomprensible al poner sus delicias en comunicarse con los sencillos y los ignorantes, para darnos a conocer que toda la ciencia del mundo no es más

que ignorancia en comparación con la que El da a los que se esfuerzan en buscarle por el camino de la santa oración!

19. Así, pues, mis queridas hermanas, es preciso que vosotras y yo tomemos la resolución de no dejar de hacer oración todos los días. Digo *todos los días*, hijas mías; pero, si pudiera ser, diría más: no la dejemos nunca y no dejemos pasar un minuto de tiempo sin estar en oración, esto es, sin tener nuestro espíritu elevado a Dios; porque, propiamente hablando, la oración es, como hemos dicho, una elevación del espíritu a Dios.

20. ¡Pero la oración me impide hacer esta medicina y llevarla, ver aquel enfermo, a aquella dama! ¡No importa, hijas mías! Vuestra alma no dejará nunca de estar en la presencia de Dios y estará siempre lanzando algún suspiro.

Si supieseis, hijas mías, el gusto que siente Dios al ver una mujer aldeana, una pobre Hija de la Caridad que se dirige amorosamente a El, entonces acudiríais a la oración con más confianza que la que yo os podría aconsejar. ¡Si supieseis los tesoros y las gracias que Dios tiene preparadas para vosotras! ¡Si supieseis cuánta ciencia sacaríais de allí, cuánto amor y dulzura encontraríais en la oración!

Allí lo encontraréis todo, mis queridas hijas, porque es la fuente de todas las ciencias. ¿De dónde proviene que veais a personas sin letras hablando tan bien de Dios, desarrollando los misterios con mayor inteligencia que lo haría un doctor? Un doctor que no tiene más que su doctrina, habla de Dios de la forma que le ha enseñado su ciencia; pero una persona de oración hable de El de una manera muy distinta. Y la diferencia entre ambos, hijas mías, proviene de que uno habla por simple ciencia adquirida, y el otro por una ciencia infusa, totalmente llena de amor, de forma que el doctor en esa ocasión no es el más sabio. Y es preciso que se calle donde hay una persona de oración, porque ésta habla de Dios de manera muy distinta de como él puede hacerlo...

21. Me diréis: "Padre, lo vemos muy bien; pero enséñenos. Vemos y comprendemos muy bien que la oración es la cosa más excelente, que es la que nos une a Dios, lo que nos afirma en nuestra vocación y nos hace progresar en la virtud, nos despega

de nosotras mismas y nos hace amar a Dios y al prójimo; pero no sabemos hacerla. Somos unas pobres mujeres que apenas sabemos leer, al menos algunas. Estamos a gusto en la oración, pero no comprendemos nada, y hasta nos parece que sería mejor no hacerla. Enséñenos."

22. Hijas: Los discípulos del Señor también le decían: "*Enséñanos a orar*, dinos cómo hay que orar" (Lc. 11, 1). Y el Señor les dijo: "Decid, "*Padre nuestro, que estás en el Cielo*... (Mt. 6, 9).

Y vosotras, mis queridas hijas, me preguntáis cómo hay que hacerla, porque os parece que no lo hacéis. Ante todo he de deciros, hermanas mías, que no la dejéis nunca aunque os parezca que es inútil porque no sabéis.

23. *La perseverancia en la oración:*

No os extrañéis, las que sois nuevas, de veros durante un mes, dos meses, tres meses, seis meses sin sentir nada; no, ni aunque esto dure todo un año, ni dos, ni tres. Aunque eso os suceda, no la dejéis nunca, como si sintieseis mucho fervor.

Santa Teresa estuvo veinte años sin poder hacer oración. (Al menos eso le parecía a ella). No sentía ni comprendía nada, pero ella iba al coro y decía: "Dios mío, vengo aquí porque me lo manda la Regla. Por mí no haría nada; pero porque tú lo quieres, por eso vengo". Y durante aquellos veinte años, aunque no sentía ningún gusto, nunca dejó la oración. Y al cabo de aquel tiempo, Dios, recompensando su perseverancia, le concedió un don de oración tan eminente que, desde los Apóstoles, nadie ha llegado tan alto como ella. ¿Qué sabéis vosotras, hijas mías, si Dios os querrá hacer con cada una, una nueva Santa Teresa? ¿Sabéis la recompensa que querrá dar a vuestra perseverancia?

24. Creéis que, yendo a la oración, no hacéis nada, porque no sentís ningún gusto; pero es preciso que sepáis, hijas mías, que allí se encuentran todas las virtudes. Primero la obediencia, porque la hacéis obedeciendo a la Regla. Ejercitáis la humildad, pues al creer que no hacéis nada, concebís un bajo sentimiento de vosotras mismas. Asimismo ejercitáis la fe, la esperanza, la caridad. En fin, hijas mías, en esta acción están encerradas la mayoría de las virtudes que necesitáis, y ya hacéis bastante si acudís a ella con espíritu de obediencia y humildad.

25. Por todas estas razones, que nos muestra la bendición que Dios da a los que practican el ejercicio de la santa oración, tanto si sienten gusto como aridez, debemos ahora, vosotras y yo, entregarnos a Dios para no faltar nunca a ella, pase lo que pase.

Si durante la hora de la comunidad tenéis algún otro quehacer, hay que buscar otra hora, y de la forma que sea, llenar ese tiempo.

26. ¡Si supieseis, hijas mías, qué fácil es distinguir una persona que hace oración de otra que no la hace! Se ve muy fácilmente. Veis a una hermana modesta en sus palabras y en sus acciones, prudente, recogida, santamente alegre; entonces podéis decir: "He aquí una hermana de oración". Por el contrario, aquella que acude a ella poco o nada, la que aprovecha cualquier ocasión que se presente para no ir a la oración, dará mal ejemplo, no tendrá afabilidad ni con sus hermanas ni con sus enfermos, y será incorregible en sus costumbres. ¡Qué fácil es ver que no hace oración!

Por eso, hermanas mías, hay que tener mucho cuidado en no decaer, porque, si hoy encontráis una excusa para no ir a la oración, mañana encontraréis otra. Y lo mismo después; y poco a poco os iréis apartando de ella. Y si dejáis la oración habrá que tener mucho miedo de que lo perdáis todo, porque vuestros quehaceres son muy fatigosos. Si Dios no os concede su fuerza y su gracia, será imposible resistir. La carne y la sangre no encuentran en estas cosas gusto alguno, pues es por la oración por donde Dios comunica su fuerza.

Así, pues, hijas mías, el primer medio es no faltar nunca a ella. El segundo, es pedir a Dios la gracia de poder hacer oración, y pedírsela incesantemente. Es una limosna que pedís. No es posible que, si perseveráis os la niegue.

27. Invocad a la Santísima Virgen, a vuestro patrono, a vuestro ángel de la guarda. Imaginaos que está presente toda la corte celestial, y que, si Dios os rechaza, a ellos no los rechazará.

Unas veces hará por vosotros oración la Santísima Virgen, otras vuestro ángel, otras vuestro patrono; y de esta forma nunca quedará sin hacerse, ni vosotras sin fruto.

28. *Sin mortificación no puede haber oración:*

Otro medio, hijas mías, que os servirá mucho para la oración, es la mortificación. Son como dos hermanas tan estrechamente unidas que nunca van separadas. La mortificación va primero y la oración la sigue; de forma, mis queridas hijas, que si queréis ser mujeres de oración, como necesitáis, tenéis que aprender a mortificaros, a mortificar los sentidos exteriores, las pasiones, el juicio, la propia voluntad, y no dudéis de que en poco tiempo, si marcháis por este camino, haréis grandes progresos en la oración.

Dios se fijará en vosotras; considerará la humildad de sus servidoras, porque la mortificación viene de la humildad; y así os comunicará esos secretos que ha prometido descubrir a los pequeñuelos y a los humildes. Le doy gracias de todo corazón porque nos ha hecho pobres y en la condición de aquellos que, por su bajeza, pueden esperar llegar al conocimiento de su grandeza, porque ha querido que la Compañía de Hijas de la Caridad se compusiera de mujeres pobres y sencillas, pero capaces de esperar la participación de los misterios más secretos. Le doy gracias por todo ello y le suplico que sea El su propia gratitud, y a ti, Jesucristo, Salvador mío, que repartas en abundancia a la Compañía este don de la oración, para que, por tu conocimiento, puedan todas adquirir tu amor. Dánoslo Dios mío, tú que has sido durante toda tu vida, un hombre de oración, que la hiciste desde tus primeros años, que continuaste siempre y que finalmente te preparaste por la oración a enfrentarte con la muerte. Danos este don sagrado, para que por él podamos defendernos de las tentaciones y permanecer fieles en el servicio que esperas de nosotros...

29. Las Hijas de la Caridad tienen que apreciar la oración como el cuerpo al alma. Y lo mismo que el cuerpo no sería capaz de vivir sin el alma, tampoco el alma sería capaz de vivir sin la oración. Mientras una Hermana haga la oración como hay que hacerla, ¡cuánto bien hará! No irá andando, sino que correrá por los caminos del Señor y se verá elevada a un grado muy alto de amor de Dios.

Al contrario, la que abandone la oración o no la haga como

es debido, irá arrastrándose. Llevará el hábito, pero carecerá del espíritu de Hija de la Caridad. ¿Veis que algunas se salen? Es por eso. Aparentemente hacían oración con las demás; pero, como no la hacían con todas las condiciones requeridas, no sacaron fruto de ella y se convirtieron en personas muertas a la gracia. Perdieron los sentimientos por las cosas divinas y también la vocación. ¿Y por qué? ¡Porque no hicieron bien la oración!

Veis, pues, mis queridas hermanas, cómo esto os obliga a ser muy cumplidoras en hacer bien la oración.

Si durante la misma os llamaran a visitar a un enfermo a quien haya que llevar las medicinas, tenéis que dejar la oración durante ese tiempo, pero tenéis que buscar luego la ocasión para hacerla, sin faltar nunca a ella.

30. ¿No veis cómo, de ordinario, adornamos nuestros cuerpos con el vestido? El vestido del alma es la oración; dejar de hacerla es lo mismo que no vestirla con la ropa debida. Por eso tiene tanta importancia que os aficionéis más que nunca a este santo ejercicio. Si la hacéis bien, tendréis el hermoso ropaje de la caridad y Dios os mirará complacido; pero si no lo hacéis vais a caer en una situación deplorable. Si, una hermana que abandona la oración cae en una situación deplorable: Dios la abandona, porque ella ha abandonado a Dios. Y sabed que sin la oración no tendréis más remedio que ofenderle...! ¡Salvador mío!, te rogamos nos concedas esta gracia, la gracia de la oración. Hermanas: pedidle que os aficionéis a ella y que nunca os falte...

31. En el nombre de Dios, no faltéis nunca a la oración, y comprended bien la importancia de hacerla bien. Mirad, la oración es tan necesaria al alma para conservarla viva como el aire al hombre, o como el agua a los peces. Pues bien, lo mismo que los hombres no podemos vivir sin aire, sino que morimos al no poder respirar, de la misma forma una Hija de la Caridad no podrá vivir sin la oración y morirá a la gracia si la deja...

32. *La oración es el único medio para conseguir las virtudes:*

Entre todos los medios que Dios os ha inspirado, hijas mías, encuentro especialmente uno de una eficacia maravillosa, el de pedir esta gracia a Dios, pero pedírselo de buena manera, esto es, con el deseo de corresponder a la gracia con todo nuestro

empeño, y con el deseo de ser fieles hasta en los más pequeños detalles, porque como hemos señalado, el que es fiel en lo poco y en las pequeñas cosas, lo será también en las cosas grandes...

33. Y cuando vayáis a la oración, tenéis que ir puramente por complacer a Dios, diciendo: "No soy digna de conversar con Dios; pero, como lo quiere la obediencia y esa es su voluntad, voy a ella para honrar a Nuestro Señor". Pues no se ha de ir a la oración siguiendo los propios caprichos, sin atención y de cualquier manera. No, no hay que hacerla así. Tenemos que hacerla como la hacía Nuestro Señor, sobre la tierra. El la hacía con gran respeto, en la presencia de Dios, con confianza y humildad. (Conferencias 5, 37, 102, 103, 104.)

SANTA LUISA DE MARILLAC (m. 1660)

Nació en París de familia de noble abolengo. A los 20 años quiso entrar en el claustro, mas Dios lo dispuso de otro modo y contrajo matrimonio. Se distinguió por su gran amor a los pobres, y habiendo quedado viuda, bajo la dirección de San Vicente, fundó la Congregación de las Hijas de la Caridad.

1. Las jóvenes se levantarán a las cinco y media, se pondrán de rodillas junto a la cama para adorar a Dios y pedirle su bendición, para emplear el día según su santísima voluntad.

Se visten, hacen la cama y se dirigen al lugar donde se hace la oración, a las seis.

La oración terminará a las siete y, después, se rezan las letanías de la Santísima Virgen...

2. Dan cuenta de la oración y fijan en su memoria lo principal de las resoluciones tomadas para ponerlas por obra durante el día.

Las que estén de turno para servir a los enfermos se dan una vuelta por casa de la señora que prepara la comida, con el fin de que todo esté listo para salir a las nueve y media.

Las encargadas de las medicinas, las llevarán después de la oración; de regreso van a Misa...

3. A las doce hacen el examen sobre la práctica de las resoluciones tomadas en la oración, rezan el Benedícite y comen.

Después de dar gracias, traen de nuevo a la memoria las buenas resoluciones y piden a Dios nuevas fuerzas para practicarlas el resto de la jornada, pero para esto no se ponen de rodillas (Empleo del día observado por las primeras Hijas de la Caridad).

4. No basta con tener el entendimiento iluminado con el conocimiento de nuestros defectos; es preciso, además, tener la voluntad caldeada (por la oración) para seguirlos. Lo uno sirve para limpiar la conciencia (disponiéndola) para el nacimiento en nosotros de nuestro Jesús...

La limpieza se hace mediante la confesión íntegra de nuestros pecados, y el embellecimiento mediante el ejercicio de las virtudes, y principalmente de la oración... (Sobre la fiesta de Epifanía).

VENERABLE MARIA DE JESUS AGREDA (m. 1665)

Escribió varias obras muy extensas, tales como la Mística Ciudad de Dios, Escala para subir a la perfección, Leyes de la Esposa. *Su libro principal, la* Mística Ciudad de Dios *se hizo tan famoso que hubo muchos autores que lo tuvieron por inspirado hasta que la Santa Sede declaró que, "aunque no se podía tener por inspirado, tampoco se debía despreciar, ya que no contenía nada contra la fe y las buenas costumbres, y sí doctrina muy provechosa y saludable".*

1. "Todo el bien de las almas consiste en tener oración; y con ser esto así, hay muy pocos que la tengan". Esta fue la queja que mi Rey y Señor me dio en una ocasión... Me dijo que eran muy pocos los que buscaban tener comunicación con El... ¿Qué

es esto, Señor mío? ¿Acaso esta comunicación es con alguna criatura que causa enfado? ¿Es acaso un trato en el que se puede perder algo para que lo quieran tan pocos? No por cierto; antes de esta comunicación y trato nos ha de venir todo el bien. Trato es con el gran Rey y Todopoderoso Señor de todas las cosas; con el que a los pecadores perdona, a los ignorantes ilumina; a los amigos regala, y a los justos premia. Tiene *todo* el poder y el querer, ama y enriquece. Pues, ¿quién hay que no quiera ir a El? ¡Que sea tan poca nuestra luz (y tan rudo nuestro entendimiento), que no veamos esto y no busquemos tanto bien! Pues aquí podríamos hallar descanso en los trabajos, alivio en las enfermedades, medicina para nuestras llagas y *alas para que el espíritu vuele al Creador*. ¡Oh, qué de males se nos pueden seguir de no ir a esta fuente, y qué de bienes *conseguiríamos* si con ansia lo buscásemos!

2. Como el demonio conoce el bien que conseguimos teniéndola, y sabe lo que pierde, pone todos sus cuidados en estorbarla o impedirla. Y en particular procura poner gran remisión y cobardía en las almas que comienzan. Introduce temores: a unos, de que no han de conseguir el tenerla, que no es su natural y condición para eso. A otros, que si se esfuerzan, dañarán la salud. Crea montañas de dificultades... Toda esta confusión trae el demonio, y todo ello causa mucha aflicción y desmayo grande en el alma. Todo aflige en este tiempo, tanto que tomaría el alma antes ir a cualquier otro trabajo por grande que sea, aunque fuese remar, que a la oración... ¡Oh, quien pudiera remediar estos daños y animar a todas las almas del mundo a que no abandonen este tesoro...! Para poder vencer tantas dificultades es necesaria una determinación muy grande. Piensen que muchos han alcanzado este bien, y que por tanto no hay razón para que ningún alma deje de procurarlo. ¿Quién no se animará para conseguir tan dichoso estado como este de ser *especiales amigos de Dios*? ¿Quién no se determinará por anhelar esta dicha? En esta determinación, y en trabajar con especial empeño, consiste todo nuestro bien. (Escala para subir a la perfección, c. 6.)

JUAN CARDENAL BONA (m. 1674)

El Cardenal Bona nació en 1609 en Mondovi (Piamonti) Perteneció a la orden benedictina (Cister) y fue creado cardenal por Clemente IX en 1669. Murió en Roma en 1674. Su espiritualidad es eminentemente benedictina.

1. Que la oración es necesaria a todos los cristianos

La oración es tan necesaria que la fe nos obliga a creer que sin ella nadie puede salvarse; porque, ¿quién puede sin el auxilio de la gracia seguir la voz de Dios que le llama? y ¿quién puede merecer este auxilio sin pedirlo? Por ello la Escritura nos enseña que hay que orar sin cesar, e implorar siempre la asistencia de la que tenemos siempre necesidad. Ahora bien, reza bien siempre quien no deja nunca de rezar a ciertas horas de cada día. Reza bien siempre quien por la pureza de su intención ofrece a Dios todas sus acciones, puesto que rezar no es otra cosa que elevar el espíritu a Dios. Reza siempre quien conserva en su corazón un deseo ardiente y eficaz de rezar, porque este mismo deseo es una oración. Reza bien quien vive bien. Jamás nadie ha caído en el pecado y en la impiedad, y ha abandonado a Dios, sin haber renunciado previamente a la oración.

La oración es el canal por el que los arroyos de la gracia se derraman sobre el alma. Una vez que este canal se seca, el alma cae en la sequedad y en la muerte. No basta con pronunciar algunas oraciones sin atención y sin respeto, como hacen muchos, de los que Dios se queja cuando dice: "Este pueblo se acerca a mí con la boca y me glorifica con los labios, pero su corazón está alejado de mí". Quienquiera que rece de este modo no evitará el efecto terrible de esta imprecación del profeta: "Que su oración misma se le convierta en pecado". Quienquiera que no eleva su espíritu a Dios al menos dos veces al día, por la mañana cuando se levanta y por la noche cuando se acuesta, y no reza a Dios con fervor durante algún tiempo, no es digno del nombre de Cristiano. Hay que emplear en alimentar el alma al

menos tanto tiempo como se emplea en nutrir el cuerpo. Aun si al rezar se siente alguna sequedad, y se ve uno privado de la dulzura y la consolación de espíritu de Dios, no por ello se debe omitir ni interrumpir la oración. La verdadera devoción y el sólido placer del alma no consisten en una dulzura sensible, en los afectos y las lágrimas. Sino que consiste en una pronta voluntad de servir a Dios, y de abstenerse de todo pecado. Las cosas de Dios no se conocen más que por la fe, y no por los sentidos.

De las disposiciones necesarias para la oración

Hay muchas personas que piden métodos para aprender a orar a Dios, como si la oración fuera un arte, o un oficio en el que hubiera ciertas reglas. No condeno los preceptos que han sido dejados sobre este asunto por hombres de singular virtud. Sostengo solamente que no son suficientes, y hace falta además una aplicación continua para guardar el corazón y los sentidos, sin la cual no se puede tener el espíritu de oración. Y realmente, ¿cómo un corazón disipado durante el día, y volcado en las conversaciones inútiles del siglo, podría recogerse y unirse a Dios, para tratar con El del más importante de todos los asuntos, que es el de su salvación? Es una de las mayores ilusiones en las que los hombres pueden caer el prometerse que en un momento dado cumplirán con el empleo más difícil que puedan tener en esta vida, del que han estado bien alejados todo el día, y en el que en verdad nuncan han pensado seriamente. La oración exige un alma completamente pura, y desprendida de todos los fantasmas de la tierra, a fin de que pueda unirse únicamente a Dios. La mejor disposición que se puede aportar es la integridad de la vida y la pureza de las costumbres. Quienquiera que desea dedicarse a ella y hacer algún progreso, no debe tener estima más que por las cosas del cielo, y ser tan insensible como un muerto para todas las de la tierra. La oración, para ser buena, debe estar acompañada de la fe y de la humildad.

Que jamás hay que omitir el ejercicio de la oración

Es un error común que es muy difícil meditar, aunque no haya nadie que no medite cada día, ya que meditar no es otra cosa que dar vueltas a los pensamientos en el espíritu. Pero lo que es fastidioso es que la mayor parte de las veces no pensamos

más que en cosas inútiles o perniciosas. ¿Por qué pues no meditamos sobre los misterios de nuestra religión y sobre el asunto de nuestra salvación? Sería cómodo explicar nuestro espíritu a ello, por poco que veláramos por apartarlo de las preocupaciones de la tierra. Lo que nos hace poco propicios para la oración es que no queremos morir a nuestros sentidos, y abrazar el aprobio de la cruz. Dejamos a menudo el ejercicio de la oración con la intención de dedicarnos a buenas obras de las que no sacamos ningún fruto, porque las hacemos sin la luz que no se obtiene más que en la oración, sin el orden de la gracia, y por nuestro propio movimiento más que por el de Dios. Es un gran abuso el descuidar los ejercicios interiores para dedicarse a los exteriores. El alma languidece y queda casi moribunda, si no es alimentada cada día por la oración, como el cuerpo se debilita y se destruye, si no es sostenido por los alimentos. El alma tiene necesidad de tomar tanto más frecuentemente alimentos para aumentar sus fuerzas, cuanto que los enemigos que la atacan son más poderosos y más numerosos que los que atacan el cuerpo. La unión estrecha que tiene con el cuerpo provoca que sea atormentada por el frío, por el calor, por las enfermedades, por la sed, por el hambre, y por los demás males sensibles. Así lo es también el alma por su cuerpo mismo, por sus sentidos, por su concupiscencia, por el demonio y por el mundo.

Cuando rezamos, debemos buscar a Dios en el fondo de nuestra alma, invocarlo en el hombre interior, donde vive como en un templo. Para orar, no es necesario elevar la voz, ni pronunciar palabras muy sonoras; sólo hay que dirigirse a Dios, y adorarlo en espíritu y en verdad. Sólo aquéllos que no pueden entretenerse con El en el secreto de sus corazones, y presentarle por sí mismos sus necesidades, tienen necesidad de recurrir a fórmulas de oraciones. Es cierto, sin embargo, que la Iglesia expresa sus oraciones públicas con la palabra y el canto, a fin de que los fieles sean por ello edificados, y unan sus corazones para elevarse todos juntamente a Dios. Porque es por cierto verdad que somos templo del Señor, el lugar de la oración, y que el reino de Dios está dentro de nosotros.

Condiciones de la oración

Para hacer perfecta la oración, es necesario que quien pide algo a Dios no esté movido más que por su amor a pedirla. Porque, aunque la cosa sea buena y deseable por sí misma, hay más seguridad y más perfección en no desearla y no pedirla más que porque agrada a Dios, por miedo a que el veneno del amor propio no se oculte bajo la bondad de la cosa que se pide. La fe viva y la presencia de Dios son las bases de la oración. Hay que aproximarse a El con una simplicidad similar a la de un niño que busca el seno de su madre.

Quienquiera que al rezar se entretiene en hacer reflexión sobre su oración, no es perfectamente atento, porque se aparta de Dios a quien ora, para dirigirse a la oración por la que ora, así a menudo cae en las distracciones, aunque trate de evitarlas. No hay pues nada que debamos desear con tanta fuerza como la oración, la simplicidad perfecta y despegada de cualquier otro objeto que el de Dios, estando seguro que quien se une a Dios con una atención tan grande que no piensa sólo que reza, reza con grandísimo fervor. Jamás se perderá un espíritu que tenga presente a Dios. ¿Cómo podría perderse si está sumergido en el océano inmenso de la naturaleza divina? A cualquier lugar que se vuelva, no podría jamás salir de ella.

Si por permiso de Dios suceden un gran número de distracciones, no por ello la oración será inútil para quienes hagan todo lo que les sea posible para rechazarlas. Dios estará próximo a ellos y les asistirá, aunque les parezca quizá muy alejado. Es más cómo superar las distracciones, despreciándolas y apartándose de los objetos en el espíritu y les da fuerza.

Una oración en la que el alma siente sequedad y no recibe ninguna consolación, es tanto más agradable a Dios cuanto lo es menos a la naturaleza. (Principios de la vida cristiana, caps. 44 al 48.)

SAN JUAN EUDES (m. 1680)

Recorre Francia predicando misiones continuas de palabra y por escrito. Promue-

ve el culto a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Funda la Congregación de los PP. Eudistas para las misiones populares y más tarde funda la Congregación de "El Buen Pastor".

1. *Del fundamento de la vida y la santidad cristiana, que es la oración*

El santo ejercicio de la oración debe considerarse dentro de los fundamentos de la vida y la santidad cristiana, porque toda la vida de Cristo no ha sido sino una perpetua oración, que nosotros debemos continuar y expresar en nuestra vida, como algo que es tan importante y tan absolutamente necesaria, como que la tierra que nos sustenta, el aire que respiramos, el pan que nos alimenta, el corazón que late en nuestro pecho, no son tan necesarios al hombre para vivir humanamente como lo es la oración a un cristiano para vivir cristianamente. La razón es la siguiente:

1. Porque la vida cristiana, que el Hijo de Dios llama la Vida Eterna, consiste en conocer y amar a Dios; así, pues, dentro de la oración es como conocemos esta ciencia divina.

2. Porque por nosotros mismos no somos nada, no podemos nada, no tenemos nada más que pobreza y la nada. Por ello tenemos una gran necesidad de recurrir a Dios en todo momento por medio de la oración, para obtener y recibir de El todo lo que nos falta.

Así, pues, la oración es una elevación respetuosa y amorosa de nuestro espíritu y de nuestro corazón hacia Dios. Es un dulce coloquio, una santa comunicación y una divina conversación del alma cristiana con su Dios, allí donde ella lo considera y lo contempla en sus divinas perfecciones, en sus misterios y en sus obras; ella lo adora, lo bendice, lo ama, lo glorifica, se entrega a El, se humilla ante El a la vista de sus pecados y sus ingratitudes, implora su misericordia, aprende a aparecerse a El imitando sus divinas virtudes y perfecciones, y le solicita todas las cosas de las que tiene necesidad para servirle y amarle.

Es una participación de la vida de los ángeles y los santos, de

la vida de Jesucristo y de su Santísima Madre, y de la vida de Dios mismo y las tres personas divinas. Porque la vida de los Angeles, de los Santos, de Jesucristo y de su Santísima Madre no es otra cosa que un continuo ejercicio de oración y de contemplación, estando sin cesar ocupada en contemplar, glorificar y amar a Dios, y en solicitarle para nosotros las cosas que nos son necesarias. Y la vida de las tres personas divinas está perpetuamente ocupada en contemplarse, glorificarse y amarse las unas a las otras, que es lo que se hace primera y principalmente en la oración.

Es la felicidad perfecta, la dicha suprema y el verdadero paraíso en la tierra. Porque por medio de este ejercicio divino el alma cristiana se une a Dios, que es su centro, su fin y su bien supremo. En la oración ella lo posee y es poseída por El. En la oración ella le ofrece sus trabajos, su sumisión, su adoración, sus amores, y recibe de El su luz, sus bendiciones y mil testimonios del amor desbordante que El siente por ella. Finalmente en la oración Dios se deleita en nosotros según su palabra: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* (Prov. 8, 31) y nos hace conocer por experiencia que las verdaderas delicias y los perfectos contentamientos están en Dios, y que cien, incluso mil años de los falsos placeres del mundo no valen lo que un momento de las verdaderas dulzuras que Dios hace gozar a las almas que ponen todo su contentamiento en conversar con El por medio de la santa oración.

Por último es la acción y la ocupación más digna, la más noble, la más elevada, la más grande e importante en la que podáis emplearos, ya que es el empleo y la ocupación continua de los Angeles, de los Santos, de la Santísima Virgen, de Jesucristo y de la Santísima Trinidad, durante todos los espacios de la eternidad; y lo que debe convertirse para siempre nuestra actividad perpetua en el cielo. Incluso es la verdadera y propia función del hombre y del cristiano, puesto que el hombre no ha sido creado más que para Dios, para estar en su compañía, y el cristiano no está en la tierra sino para continuar aquí lo que Jesucristo hizo en la tierra durante su permanencia en ella.

Por ello os exhorto, con todas las fuerzas que puedo, y os

suplico en nombre de Dios, a vosotros que leéis estas cosas, puesto que el bondadoso Jesús se digna a tomar sus delicias y a conversar con nosotros por medio de la santa oración, que no le privéis de su contentamiento, sino que experimentéis cuán verdadero es lo que dice el Espíritu Santo, a saber: *No hay amargura en su conversación, ni aburrimiento en su compañía, sino alegría y gozo.* (Sab. 8, 16). Considerad este asunto como el primero, el principal, el más necesario, el más apremiante, y el más importante de todos vuestros asuntos y desprendeos, en la medida que os sea posible, de otros asuntos menos necesarios, para consagrarle a éste el máximo tiempo que podáis, especialmente por la mañana, por la noche y un poco antes de comer, y ello en alguno de los modos que os voy a proponer.

2. *Diversas maneras de oración, primeramente de la oración mental*

Hay diversas maneras de oración, entre las cuales señalaré aquí las cinco principales.

La primera es la que se denomina oración mental o interior, en la que el alma conversa interiormente con Dios, tomando como objeto de su conversación alguna de las perfecciones divinas, o algún misterio, virtud o palabra del Hijo de Dios, o lo que ha realizado y lo que realiza todavía ahora en el orden de la gloria, de la gracia y de la naturaleza, en su santa Madre, en sus Santos, en su Iglesia y en el mundo natural; empleando en primer lugar el entendimiento en considerar con una dulce y profunda atención y aplicación del espíritu, las verdades que se encuentran en este asunto, capaces de mover a amar a Dios y a detectar sus pecados; después de esto aplicando el corazón y la voluntad para realizar muchos actos y afectos de adoración, de alabanza, de amor, de humillación, de contrición, de oblación y de propósito de huir del mal y hacer el bien, y otros parecidos, según el espíritu de Dios lo sugiera.

Esta manera de oración es tan santa, tan útil y llena de bendiciones, que no puede explicarse con palabras. Por ello si Dios os atrae hacia ella y en ella os da la gracia, debéis agradecérselo como un gran regalo que os hace. Si aún no os ha dado esta gracia, pedidle que os la conceda, y haced por vuestra parte todo lo que podáis para corresponder a su gracia y para ejercitaros en

esta santa acción, que Dios os enseñará mejor que todos los libros y todos los doctores del mundo, si os arrojáis a sus pies con humildad, confianza y pureza de corazón, como os explicaré ahora.

3. Segunda manera de oración que es la oración vocal

La segunda forma de oración es la que se llama vocal, que se hace hablando con los labios a Dios, ya sea recitando el Oficio Divino, o el Rosario, o alguna otra oración vocal. Y ésta no es en absoluto menos útil que la anterior, con tal de que la lengua esté unida al corazón, es decir que mientras habláis a Dios con la lengua, le habléis también con el corazón y con la aplicación del espíritu. Porque de este modo vuestra oración será vocal y mental a la vez; por el contrario si os habituáis a muchas oraciones vocales por rutina y sin atención, saldréis de la presencia de Dios más disipados, más fríos y más perezosos que lo estabais antes. Por ello, excepto las oraciones de obligación, os aconsejo que hagáis más bien pocas, y que os acostumbréis santamente a hacerlas bien, con mucha atención y aplicación en Dios, ocupando vuestro espíritu y vuestro corazón en algunos pensamientos y afectos santos, mientras que vuestra lengua hable; acordándoos que debéis continuar la oración que Jesucristo hacía mientras estaba en la tierra; entregándoos a El para ello; uniéndoos al amor, a la humildad, a la pureza y la santidad, y a la atención perfectísima con la que El oraba; y suplicándole que imprima en vosotros las disposiciones e intenciones santas y divinas con las que El hacía la oración.

Podéis también ofrecer vuestra oración a Dios, en unión de todas las santas plegarias y divinas oraciones que se han hecho y se harán continuamente en el cielo y en la tierra por la Santísima Virgen, por los Angeles, por todos los Santos de la tierra y del cielo, uniéndoos al amor, a la devoción y a la atención con la que hacen este divino ejercicio.

4. Tercer modo de oración, que es hacer cristiana y santamente todas las acciones en espíritu de oración.

El tercer modo de oración es hacer cristiana y santamente todas vuestras acciones, incluso las más pequeñas, ofreciéndolas a Nuestro Señor al principio, y elevando de vez en cuando

corazón hacia El al hacerlas. Porque realizar así las acciones es hacerlas en espíritu de oración, es estar siempre en un ejercicio continuo de oración, siguiendo el mandato de Nuestro Señor, que quiere que *oremos siempre y sin interrupción*; es una manera excelente y muy fácil de estar siempre en la presencia de Dios.

5. *Cuarto modo de oración, que es por la lectura de buenos libros*

La cuarta manera de hacer oración es por medio de la lectura de buenos libros, leyéndolos no apresuradamente y con precipitación, sino a placer y aplicando el espíritu a lo que se lee, deteniéndose a considerar, a meditar, a sopesar y a gozar las verdades que más os conmueven, a fin de imprimirlas en vuestro espíritu y sacar de ellas diversos actos y afectos, según lo que ha sido dicho a propósito de la oración mental. Este ejercicio es de gran importancia y opera en el alma los mismos efectos que la oración mental. Por ello una de las cosas que más recomiendo es no dejar pasar ningún día sin leer una media hora un libro santo.

Los más apropiados para esto son: *El Nuevo Testamento*, la *Imitación de Jesucristo*; la *Vida de los Santos*; los libros de Granada, especialmente la gran *Guía de Pecadores* y el *Memorial de la Vida Cristiana*; los libros de San Francisco de Sales; los del muy ilustre fundador del Oratorio de Francia, el Cardenal Monseñor de Bérulle, y el *Tesoro espiritual* del Padre Quarré. Pero tened cuidado al principio de la lectura de entregar vuestro espíritu y vuestro corazón a Nuestro Señor Jesucristo, y suplicarle que os dé la gracia de sacar el fruto que os pide, y que opere en vuestra alma por medio de esta gracia lo que El desee operar para su gloria.

6. *Quinta manera de oración, que es hablar de Dios, y cómo se debe hablar y oír hablar de El.*

También es una cosa muy útil, muy santa y que suele inflamar muchos corazones en el amor divino hablar y departir a veces familiarmente los unos con los otros acerca de Dios y de las cosas divinas. A esto deberían los cristianos dedicar una parte de su tiempo, ésta debería ser su charla y conversación corriente; en esto deberían poner su recreo y su gozo.

A ello nos exhorta el príncipe de los Apóstoles cuando dice: *Si alguno habla que sus palabras sean como las palabras de Dios.* (1 Ped. 4, 11.)

Porque, ya que somos hijos de Dios, debemos gozar hablando el lenguaje de nuestro Padre, que es un lenguaje del todo santo, celeste y divino; y puesto que hemos sido creados para el cielo, debemos comenzar desde la tierra a hablar el lenguaje del cielo. ¡Oh, qué lenguaje tan santo y delicioso! ¡Oh, qué cosa tan dulce para un alma que ama a su Dios por encima de todas las cosas hablar y oír hablar de lo que más ama en el mundo! ¡Oh, cuánto agradan estas conversaciones a quien ha dicho que allí *donde dos o tres se reúnan en su nombre, El estaría en medio de ellos*! (Mt. 19, 20). ¡Oh, cuán distintos son estos discursos de los discursos corrientes del mundo! ¡Oh, qué tiempo tan santamente empleado, con tal de que se vaya con las debidas disposiciones!

A tal efecto debemos seguir el ejemplo y la regla que nos ha sido dada por San Pablo sobre este asunto en estas palabras: *Sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur*": (2 Cor. 2, 17) "Hablamos como de Dios, ante Dios, en Jesucristo"; palabras que nos marcan tres cosas que debemos observar para hablar de Dios santamente.

La primera es que debemos hablar como de Dios, es decir que debemos libar dentro de Dios las cosas y las palabras que hemos de decir, entregándonos al Hijo de Dios al comienzo de nuestros coloquios espirituales, a fin de que El ponga en nuestro espíritu y en nuestra boca las cosas y las palabras que debemos decir, y que de este modo podamos decir lo que El ha dicho a su Padre: *Les he dado las palabras que Vos me habéis dado*. (Jn. 17, 8.)

La segunda es que debemos hablar ante Dios, es decir con atención y aplicación a Dios que está presente en todas partes, y con espíritu de oración y de recogimiento, entregándonos a Dios para sacar los efectos de las cosas que decimos o que oímos decir, y para hacer todo el uso que El desea de nosotros.

La tercera es que debemos hablar en Jesucristo, es decir en las intenciones y disposiciones de Jesucristo, y como Jesucristo hablaba cuando estaba en la tierra, o como El hablaría si estuviera en nuestro lugar. A este fin debemos entregarnos a El, y unirnos a las intenciones con las que El hablaba, cuando estaba

en el mundo, que no tenían otro fin que la pura glorificación de su Padre; como también a sus disposiciones, que eran disposiciones de humildad en sí mismo, de dulzura y de caridad hacia aquellos a los que hablaba, y de amor y entrega hacia su Padre. Haciendo así, nuestros discursos y conversaciones le serán muy agradables; estará en medio de nosotros, se deleitará en nosotros, y el tiempo que sea empleado en estas santas charlas será un tiempo de oración.

7. *De las disposiciones y cualidades que deben acompañar a la oración*

El divino apóstol San Pablo nos enseña que para realizar todas nuestras acciones santamente, hay que hacerlas en nombre de Jesucristo; y el mismo Jesucristo nos asegura que todo lo que pidamos a su Padre en su nombre, El nos lo dará. Por ello para orar santamente y obtener de Dios todo lo que le pedimos, hay que orar en el nombre de Jesucristo. Pero, ¿qué es orar en nombre de Jesucristo? Es lo que ya he dicho solamente de pasada y lo que nunca se repite suficientemente, a fin de imprimirlo bien en vuestro espíritu como una verdad muy importante y que os servirá en todos vuestros ejercicios. Es, como digo, continuar la oración que Jesucristo ha hecho en la tierra. Porque todos los cristianos, al ser miembros de Jesucristo, y siendo su cuerpo, como dice San Pablo, ocupan su lugar en la tierra, representan su persona, y por consiguiente deben hacer todo lo que hacen en su nombre, es decir en su espíritu, en sus disposiciones e intenciones, como hizo El mismo, cuando estaba en el mundo, y como El lo haría si estuviera presente en su lugar; del mismo modo que el embajador que ocupa el lugar y representa la persona del rey, debe actuar y hablar en su nombre, es decir en su espíritu, en sus disposiciones e intenciones, y como él mismo actuaría y hablaría, si estuviera presente. Por esta razón digo que rezar en nombre de Jesucristo es continuar la plegaria y la oración de Jesucristo, es decir, es hacer oración en el espíritu de Jesucristo, en sus disposiciones e intenciones, cómo oró él mismo cuando estaba en la tierra, y cómo oraría, si estuviera en nuestro lugar. Y así es como los cristianos deben orar.

Para ello, cuando vayáis a orar, acordaos que vais a conti-

nuar la oración de Jesucristo, y que debéis también seguir orando como El oraría, si estuviera en vuestro lugar, es decir con las disposiciones con las que ha orado y todavía ora en el cielo y en nuestros altares, donde está presente en un continuo ejercicio de oración hacia su Padre. A este fin, uníos al amor, a la humildad, a la atención y a todas las disposiciones e intenciones santas con las que El ora.

Ahora bien, dentro de estas disposiciones, hay especialmente cuatro, con las que El ha orado y con las cuales debemos orar, si deseamos glorificar a Dios en nuestra oración, y obtener de El lo que le pedimos.

8. Primera disposición para la oración

La primera disposición para la oración es que debemos presentarnos ante Dios con una profunda humildad, reconociendo que somos indignos de aparecer ante su rostro y contemplarlo, ni ser mirados o escuchados por El, y que por nosotros mismos no podemos tener ningún buen pensamiento ni realizar ningún acto que le sea agradable. Por esta razón debemos anonadarnos a sus pies, entregarnos a Nuestro Señor Jesucristo, y pedirle que El mismo nos reduzca a la nada y se establezca en nosotros, para que sea El mismo quien rece y haga la oración en nosotros, siendo El el único digno de aparecer ante el rostro de su Padre para glorificarlo y amarlo, y para obtener de El todo lo que le pide. Después de esto debemos pedir con confianza al Padre eterno todo lo que le pidamos en el nombre de su Hijo, por los méritos de su Hijo y para su Hijo Jesús que está en nosotros.

9. Segunda disposición para la oración

La segunda disposición con la que debemos orar es con una amorosa y respetuosa confianza, creyendo con mucha seguridad que todo lo que pidamos, que sea para la gloria de Dios y para nuestra salvación, lo obtendremos infaliblemente, y muy frecuentemente de mejor manera que lo pedimos, con tal de que lo pidamos no apoyándonos en nuestros méritos o en la virtud de nuestra oración, sino en el nombre de Jesucristo, por los méritos y oraciones de Jesucristo, por Jesucristo mismo, apoyados en su pura bondad y en la verdad de sus palabras: *Pedid y se os dará; todo lo que pidáis en mi nombre, os será dado;* y *cuando pidáis*

alguna cosa a Dios, creed y tened confianza cierta en que lo recibiréis, y os sucederá así (Mc. 11, 24). Porque en efecto, si Dios nos tratase según nuestros méritos, nos expulsaría de delante de su rostro y nos arrojaría, cuando nos presentáramos ante El. Por ello cuando nos concede alguna gracia, no debemos pensar que es para nosotros, ni por la virtud de nuestra oración; sino que es a su Hijo Jesús a quien da todo lo que da, y por la virtud de sus oraciones y méritos.

10. Tercera disposición para la oración

La tercera disposición con la que hay que orar es con pureza de intención, declarando a Nuestro Señor Jesucristo, al principio, que renunciamos a toda curiosidad de espíritu, a todo amor propio, y que queremos hacer esta acción no para nuestra propia satisfacción y consolación, sino para su pura gloria y para su solo contentamiento, ya que así es como El se digna a deleitarse, tratando y conversando con nosotros; y que todo lo que le pedimos, no deseamos pedírselo más que para este mismo fin.

11. Cuarta disposición para la oración

La cuarta disposición que debe acompañar a la perfecta oración debe ser la perseverancia.

Si deseáis glorificar a Dios en la oración, y obtener de su bondad todo lo que le pedís, hay que perseverar con fidelidad en este divino ejercicio. Porque hay muchas cosas que pedimos a Dios, que no nos las concede ni la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que se las pedimos; porque quiere que se las pidamos mucho tiempo y muchas veces, teniendo el designio por este medio de mantenernos en la humillación y el desprecio de nosotros mismos y en la estima de sus gracias, y deleitándose en dejarnos mucho tiempo en un estado que nos obligue a ir muchas veces a El, a fin de que por este medio estemos frecuentemente con El y El con nosotros, siendo tanto lo que nos ama lo que se complace de estar con nosotros.

Finalmente, como último punto de toda santa disposición, cuando comencéis vuestra oración, entregad con todas vuestras fuerzas vuestro espíritu y vuestro corazón a Jesús y su divino Espíritu, pidiéndole que ponga en vuestro espíritu los pensamientos, y en vuestro corazón los sentimientos y afectos que El

desee; abandonandoos enteramente a su santa guía, a fin de que El os dirija como guste en este divino ejercicio; y confiándoos a su grandísima bondad a la que El os conducirá de la manera más conveniente, dándoos todo lo que le pidáis; si no es de la manera que lo deseáis, será de una manera mejor. (La Vida y Reinado de Jesús P. 2.ª c. 11 al 21.)

BEATO CLAUDIO DE LA COLOMBIERE (m. 1680)

El famoso director espiritual de Santa Margarita M.ª de Alacoque, a quien ella estimaba como a un gran santo, que fue elegido por el mismo Señor para ser "su fiel servidor y perfecto amigo", escribió varias obras llenas de espiritualidad y unción. Se conservan su Retiro Espiritual *de Lyón (1674),* Diario espiritual, Retiro espiritual *de Londres (1677),* Meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo, Reflexiones cristianas *(en número de cuarenta), su* Ofrecimiento al Corazón de Jesús *y sus* Cartas espirituales. *Fue beatificado en 1929.*

1. Como siento, por la gracia de Dios, bastante atractivo por la oración, he pedido de todo corazón a Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen, que me conceda la gracia de amar cada día más este ejercicio hasta la muerte. Porque este es el único medio de purificarnos, de unirnos con Dios, de que Dios se una con nosotros para poder hacer algo por su gloria. Es necesario orar para obtener las virtudes apostólicas, es necesario orar para hacerlas útiles al prójimo, y es necesario orar para no perderlas en el servicio del prójimo.

2. Este consejo, *o mejor dicho*, este mandamiento: *Orad sin interrupción*, me parece muy dulce y de ningún modo imposible; encierra la práctica de la presencia de Dios. Quiero procurar seguirlo con la ayuda de Nuestro Señor. Siempre tenemos nece-

sidad de Dios; así, pues, hay que orar siempre. Cuanto más oremos, más le agradaremos y más conseguiremos. No pido las dulzuras que Dios da a sentir en la oración a quien le place; no soy digno, no tengo fuerzas suficientes para soportarlas. No son buenas para mí las gracias extraordinarias; dármelas sería edificar sobre arena, echar un licor precioso en un vaso roto que nada puede retener. Lo que yo pido a Dios es una oración sólida, sencilla, que le glorifique a El y no me hinche a mí; la sequedad y la desolación, acompañadas de la gracia de Dios, me son, a mi parecer, muy útiles. Entonces hago con gusto actos de las más excelentes virtudes; hago esfuerzos contra la mala disposición y procuro ser fiel a Dios, etc. (Retiro Esp. Lyón, 2.ª Sem.)

3. Cuando se siente en la oración cierta inquietud que hace que nos parezca el tiempo largo, por la impaciencia que se tiene de pasar a otra ocupación, podemos decirnos provechosamente a nosotros mismos: ¡Y qué, alma mía!, ¿te aburres con Dios? ¿No estás contento con El? ¿Lo tienes contigo y buscas otra cosa? ¿Dónde te encontrarás mejor que en su compañía? ¿De dónde podrás sacar mayor provecho? He experimentado que esto calma el espíritu y une a Dios. (Notas espirituales).

4. He notado que, aunque Dios me ha concedido muchas gracias en este retiro, sin embargo, no han sido casi nunca en las meditaciones. No sé si esto habrá sido por haber querido sujetarme a los puntos de las meditaciones (que no es mi forma ordinaria de oración) y por la cual no siento atractivo. Me parece que (si la hubiera hecho a mi manera), hubiera pasado horas enteras sin agotarme ni fatigarme, considerando a Dios alrededor de mí y dentro de mí, sosteniéndome y ayudándome, alabándole por sus misericordias y entreteniéndome con sentimientos de confianza, con deseos de ser de El sin reserva, anonadando en mí todo lo que es mío, deseando glorificarle y hacerle glorificar por otros, viendo mi impotencia y la gran necesidad que tengo de la ayuda de lo alto, complaciéndome en todo lo que Dios puede querer, ya con respecto a mí, ya con respecto a otras personas, con las cuales tengo alguna obligación.

Sin embargo, cuando quería meditar algún misterio me sentía, desde luego, cansado y quebrada la cabeza; de suerte que

puedo decir que jamás he tenido menos devoción que en (esta clase de) oración.

Creo que no haré mal en seguir trabajando en lo sucesivo como lo hacía antes, para unirme con Dios presente por la fe, y después con actos de otras virtudes a las que más atraído me sienta.

Esta manera de oración no está expuesta a ilusiones, me parece, porque nada hay más verdadero que el que Dios está en nosotros y nosotros en El, y esta presencia es un gran atractivo de respeto, de confianza, de amor, de alegría, de fervor. Sobre todo, la imaginación no tiene parte en el cuidado que nos tomamos para representarnos esta verdad, y no nos servimos para esto, sino de las luces de la fe. (Ret. Esp. Londres. Feb., 1677.)

5. *No dispensarse nunca de la obligación de la oración.*—Así, mi querida hermana, le aconsejo que sea muy fiel en esto. Pero tenga cuidado de no contentarse con satisfacer *únicamente* esa obligación; porque si no hace usted oración sino cuando esté obligada, o porque está obligada, nunca adelantará con la oración, nunca la amará ni se complacerá en conversar familiarmente con Dios. Un alma que se dispensa de hacer oración en las enfermedades, por temor de hacerse daño, no sabe hacer oración; porque lejos de hacer daño, sostiene el espíritu y el corazón, mantiene al alma en calma y deja un consuelo que alivia mucho la pena. No digo esto para obligarla, mi querida hermana, sino para hacerle entender que se engaña usted mucho si espera sacar fuerzas de un ejercicio que deja usted tan a menudo, porque puede en conciencia dispensarse de él. Ni los votos ni las promesas han de ser los que nos atraigan a ese santo ejercicio, sino, más bien, la felicidad que encuentra un alma fiel en acercarse a Dios con frecuencia. Ruego al Espíritu Santo que le dé parte del santo don de la oración; porque ella es ese tesoro oculto del Evangelio por cuya posesión es preciso deshacerse de todo para gustar y merecer sus caricias. (Carta 71.)

6. *Las distracciones involuntarias no impiden el fruto de la oración.*—¡Oh, qué gran ilusión es, mi querida Hermana, y, sin embargo, qué comúnmente, imaginarse que se tiene poca o mucha virtud según que se tengan pocas o muchas distracciones

en la oración! He conocido religiosas que habían sido elevadas a un alto grado de contemplación, y que a menudo estaban distraídas desde el principio hasta el fin de la oración. La mayor parte de esas personas, que sufren tan gran pena por tener esas divagaciones de espíritu, son almas llenas de amor propio, que no pueden sufrir la confusión que eso causa delante de Dios y de los hombres, y que no pueden soportar el disgusto y la fatiga que les producen los ejercicios espirituales, pues quisieran, por recompensa de las mortificaciones que practican, los consuelos sensibles que esperan.

Querida Hermana: aunque sea usted arrebatada en éxtasis venticuatro veces al día y tenga yo veinticuatro distracciones al rezar un avemaría, siendo yo tan humilde y mortificado como usted, no quisiera cambiar mis distracciones involuntarias por todos sus éxtasis sin mérito. En una palabra, no reconozco devoción donde no hay mortificación. Hágase una violencia perpetua sobre todo en el interior; no soporte nunca que domine la naturaleza ni que su corazón se apegue a nada, sea lo que fuere; y yo la canonizaré sin preguntarle siquiera cómo va su oración. (Carta 74.)

7. Respecto a las emociones y sentimientos de que se queja usted, no tengo que decirle otra cosa sino que todo lo que no es libre en usted no se le puede imputar, y que pueda subsistir una gran caridad junto con grandes movimientos involuntarios de odio y de venganza. Basta que a pesar de todo ello, usted no se canse de orar por las personas por las que siente aversión; que cuando las encuentre usted les hable y obre en lo exterior como si las amase, y desee tener en el fondo del alma todo lo que Dios quiere que tengan efectivamente todos los que aman. (Carta 89.)

8. No omita nunca la oración de la mañana sin verdadera necesidad. (Carta 115.)

9. No debe dejar la oración por ningún motivo; si le molesta estar de rodillas, siéntese, es lo mismo... Manténgase en la presencia de Dios cuanto le sea posible y gustará con humildad las dulzuras que encontrará en la oración. No tema engañarse.

Ríase de los pensamientos importunos que allí la molestan y sopórtelos con resignación...

Cuando en las oraciones vocales se sienta atraída a orar con el corazón, déjelas, ya las rezará otro día...

El mejor libro de meditación es la Pasión misma, que hay que leer y luego meditar con reflexión sobre la paciencia y el amor de Jesucristo. (Carta 138.)

10. Es cierto que todos los temas de oración son buenos; sobre todo si se siente usted inclinada a detenerse en alguno.

Cuente sus penas a Nuestro Señor que está siempre cerca y dentro de usted, y a quien olvida para buscar consuelo fuera...

Cuando le falte consuelo en la oración, debe soportar con humildad la impaciencia que tiene de acabar y, para mortificarse, quédese algo más de tiempo que lo ordinario. (Carta 141.)

SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE (m. 1690)

Santa Margarita M.ª de Alacoque, religiosa Salesa, fue la principal confidente y apóstol de las maravillosas promesas del Sagrado Corazón de Jesús. El monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial fue el gran escenario de las magníficas y grandísimas promesas del Divino Corazón. En la duodécima, ordinariamente conocida como la gran promesa, *el Sagrado Corazón de Jesús le promete: "A todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes, continuos, el amor omnipotente de mi Corazón les concederá la gracia de la perseverancia final."*

1. Es preciso orar para que no nos sobrevengan otros males mayores. La oración en común tiene gran poder cerca del Sagrado Corazón de Jesús, que apartará los rigores de la divina justicia, poniéndose entre ella y los pecadores para obtener misericordia (Cta. 112).

2. Cuando se pone en oración, piense que acompaña a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, únase a sus santas disposiciones y espere pacientemente el consuelo de la gracia que le quiere dar. Mas guárdese bien, cuando se hallare en sequedad, de ir a buscar alivio en las criaturas. Recoja suavemente su espíritu que siempre quiere hacer algo. Hay que resolverse a perderlo todo para abismarse en Dios.

Haga de modo que el principal fruto que saque sea un completo abandono en la Providencia y mucho amor a la humildad y sencillez. Y si quiere tener buena oración, sea fiel en mortificarse, mantenga todo el día su espíritu en gran recogimiento, y no cometa nunca faltas voluntarias.

Trate de conformarse con su voluntad en todo. Guarde silencio de aquellas cosas que le pudieran proporcionar la estimación de los demás, pues el Señor rechaza lo que éstas más estiman, y su Espíritu sólo reposa en el humilde de corazón. En esta humildad permanezca cuanto pueda; y si le sucediere faltar por fragilidad, no se turbe, sino humíllese por no haber sido humilde... (Cta. 49).

3. Suplico al Sagrado Corazón de Jesús consuma todas nuestras tibiezas y cobardías, sobre todo en la oración, en donde le ruego sea fiel, para no robarle el tiempo a Dios; pues de su buen empleo depende todo lo demás. Para hacerla como es debido hay que estar muy recogidos y mortificados, y así todo irá bien. Esto es lo que le recomiendo (Cta. 12).

BEATO FRANCISCO POSADAS (m. 1713)

El Beato Francisco Posadas nació en Córdoba e ingresó en la Orden Dominicana y habiendo sido trasladado a Sanlúcar de Barrameda, oyendo predicar al P. González, se convirtió totalmente a Dios, comenzando una vida penitentísima. Fue uno de los confesores más afamados de su siglo.

1. La oración es comida que sustenta, conversación que regala, trato que entretiene y sueño dulce donde el alma descansa. ¿Pues cómo no la tenéis? ¿Cuál estáis sin oración? Díganlo vuestras obras que salen disparatadas como las del que no come ni duerme... *(Carta del Esposo, 20).*

2. *Dice el Señor:* "¿Cómo os trato Yo en la oración? ¿Acaso no os oigo? ¿No os regalo? ¿No os enternezco? ¿No os perdono?... ¿No inflamo vuestras voluntades? ¿No regalo vuestras memorias? ¿No endulzo vuestras almas? ¿No purifico vuestras conciencias?... Pues, ¿por qué no me tratáis?... Ea, *venid* y tratadme, que soy como las flores, que cuanto más se tratan y manosean os sueltan mayor fragancia.

Si queréis sentir mis olores, *venid* y tratadme, no me dejéis de la mano, y *veréis cómo camináis al olor de mis fragancias,* como lo hacen las esposas...

Orad, que si sois malos, Yo os haré buenos; si tibios, os pondré fervorosos; si imperfectos, hallaréis la perfección... Orad, *orad* y conoceréis lo que soy para vosotros *(Carta del Esposo,* c. 20).

SAN LUIS GRIGNIÖN DE MONTFORT (m. 1716)

San Luis G. de Montfort, fundador de la Sociedad Monfortana de María, o PP. Monfortanos, es muy conocido por sus escritos marianos y su propagación de la esclavitud a la Virgen. Sus obras principales son: el Tratado de la Verdadera Devoción, El Secreto del Santísimo Rosario, El Secreto de María y Los Amigos de la Cruz.

1. A la oración vocal hay que añadir la mental. Esta ilumina el entendimiento, inflama la voluntad y capacita el alma para oír la voz de la Sabiduría, saborear sus dulzuras y poseer sus tesoros.

Personalmente no encuentro nada tan eficaz para atraer a nuestras almas el Reino de Dios, la Sabiduría eterna, como el

unir la oración vocal con la mental mediante la recitación del Santo Rosario y la meditación de los quince misterios encerrados en él (El Am. Sab. 193).

¿Qué medios vas a escoger para llegar a la perfección a la que Dios te llama? Los medios de salvación y santificación son conocidos de todos... Y consisten en la humildad de corazón, la oración continua, la mortificación universal, el abandonarse en las manos de la Divina Providencia, y el conformarse en todo con la voluntad de Dios (Sec. M.ª 4).

Este es el comportamiento habitual de los predestinados: Permanecen asiduamente en casa con su Madre, es decir: aman el retiro, gustan de la vida interior, se aplican a la oración, a ejemplo y en compañía de su Madre la Santísima Virgen, cuya gloria está en el interior, y que durante toda su vida amó tanto el retiro y la oración... En efecto, allí (a la oración), van realizando la obra importantísima de su perfección, en comparación de la cual todas las demás obras no son sino juego de niños.

Por eso, mientras sus hermanos trabajan fuera con gran empeño cosechando la alabanza y aprobación del mundo..., ellos viven escondidos en su retiro con Jesucristo y en total sumisión a su Madre (T. Ver. Dev. 196).

2. Hacer cada mañana, a partir de las cuatro y media, media hora de meditación; y por la tade otra media hora...

Rezar cada día el Santo Rosario completo...

No dejar la meditación a causa de las distracciones, inquietudes y aburrimiento, o porque os parece que no hacéis nada, que no sabéis hacerla, o que Dios no os llama a ella y que vuestra vocación es el trabajo manual y la acción y no la contemplación ni la meditación. Estas son tentaciones del Maligno.

En todas vuestras oraciones, alimentaos, en la medida de lo posible, con la fe pura, sin apoyaros en gustos sensibles. Apreciad los deleites espirituales; pero no concibáis mayor estima de vosotros cuando los poseéis, ni creáis que está todo perdido cuando carecéis de ellos.

No intentéis actuar demasiado en la oración. Dejad obrar a Dios que actúa sólo en paz.

Haced todas vuestras acciones en presencia de Dios y sólo para Dios; esto es orar siempre. No dejéis de rezar el Rosario completo para honrar la vida, pasión, muerte y gloria de Jesús y de María (Reg. Sab. 133-138).

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE (m. 1719)

San Juan Bautista de la Salle fue un insigne pedagogo y fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y Patrono Celestial de los maestros católicos. Fue un sacerdote sencillo, y todo el secreto de su éxito le venía de su fervorosísima y continua oración.

1. **Necesidad de la oración:**

Como el hombre ha sido creado sólo para Dios, está evidentemente obligado a tributarle sus homenajes; y como de continuo necesita la ayuda de Dios, debe dirigirle a menudo sus oraciones para solicitar y procurarse las gracias que necesita alcanzar de su infinita bondad.

Dios ha concedido al hombre todo lo que éste tiene; por tanto, debe devolvérselo rendidamente, tributándole con frecuencia respeto y adoración, humillándose y anonadándose ante El interior y exteriormente, considerando su propia nada y bajeza, y a la vez la grandeza y excelencia infinita de la majestad de Dios, que brilla y resplandece en todas las criaturas, y ante la cual todas ellas son menos que átomos.

Igualmente estamos obligados a recurrir a El para darle gracias por el gran número de beneficios que constantemente estamos recibiendo de sus manos; pues la ingratitud es una de las cosas que más le desagradan...

Y por la necesidad que tenemos de luz para conocer el camino que conduce al cielo, y las virtudes que precisamos practicar para llegar allá, sin la cual caminamos a ciegas y sería inevitable que nos descarriemos; y siendo la oración la luz que

ilumina el alma como el sol ilumina el cuerpo, como dice San Juan Crisóstomo..., nos será imposible vivir cristianamente si no dedicamos mucho tiempo a la oración, que es la vida del alma...

Sin la ayuda de Dios, el alma será incapaz de bien alguno; pero Dios no se inclinará a darnos el socorro y alivio que necesitamos, sino en la medida que se lo pidamos.

Por eso, San Agustín llega a decir que hay virtudes que no podremos obtener sino mediante la oración: Es el caso —explica— de la continencia, la sabiduría y la perseverancia en el bien; y lo prueba con testimonios de la Sagrada Escritura. Pues dice el Sabio que nadie puede poseer la continencia si Dios no se la da; y Santiago, que si alguno necesita la sabiduría, es preciso que la pida con fe y confianza y Dios se la dará.

No es que San Agustín defienda que haya virtudes que puedan conseguirse sin oración, pero dice que resulta necesaria para estas virtudes en especial, porque para poseerlas es perentorio aplicarse a pedirlas a Dios con mayor frecuencia, más fervor y de manera más continuada *(Deberes del Cristiano 15-20).*

Si amáis la oración, ella será el alimento de vuestra alma; Dios entrará en vosotros y os dará de comer a su mesa (Ap. 3, 20), y gozaréis la dicha de tenerle delante en vuestras acciones y de hacerlas todas con el único intento de complacerle. Hasta sentiréis, incluso, hambre de El, en expresión del Sabio (Ecli. 24, 29); pues según dice el Real profeta; sólo quedaréis saciados cuando se os manifieste la gloria del cielo (Med. 177).

Procurad aplicaros mucho a la oración, practicando el recogimiento interior. Si en él se persevera, el ejercicio de la presencia de Dios resulta fácil. No hay cosa que debáis procurar con tanto empeño... (Ibíd., 179).

2. **Debemos aplicarnos a la oración:**

1.° Porque siendo ella el primer ejercicio de la vida interior, es también el primero de los medios para hacerse hombre interior.

2.° Porque, según San Crisóstomo, es ejercicio de los ángeles, y los que a ella se aplican se asemejan a los ángeles.

3.º Porque, siendo la oración una conversación con Dios, produce en el alma este efecto: que por ella consigue no ocuparse sino en lo que se refiere al servicio de Dios *(Col. de varios Trat. 32)*.

Los hermanos de este Instituto deben amar mucho el santo ejercicio de la oración, y deben considerarlo como el primero y principal de sus ejercicios diarios... Serán exactos en hacerla todos los días en la hora y por cuanto tiempo prescribe la Regla, sin dejarla nunca si no es por una necesidad urgente que no pueda diferirse. Y si alguna vez se viesen obligados a ausentarse, pedirán permiso para hacerla sin falta en otra hora del mismo día *(Reg. Com. a los Herm. c. 4)*.

La acción de gracias que sigue a la Sagrada Comunión durará siempre media hora *(Ibíd.)*.

3. **Ventajas de la oración mental:**

La oración del corazón o mental, aventaja y supera a la vocal en que es buena y útil por sí misma; y, sin duda por eso, dice Nuestro Señor que adorar a Dios en espíritu es adorarle en verdad. Mientras que la oración vocal es útil solamente en la medida en que vaya acompañada de la mental o del corazón, que es la que debe animarla y de la que aquella saca todo su vigor y efectividad... *(Deberes del Cristiano, 22)*.

4. **Consejos para cuando es difícil la oración:**

Sea para Vd. la oración ejercicio frecuente, y procure que ella sea su consuelo en los tiempos de desolación, porque entonces más puramente se encuentra a Dios en ella.

Persevere en la oración con fe y constancia durante las arideces y oscuridades, aunque carezca de todo atractivo sensible; éste es muy buen estado y muy propio para santificarle.

La oración hecha así, le conducirá en poco tiempo y sin otra diligencia a la presencia de Dios.

La oración es preferible a todo. Después del Oficio Divino, ha de considerarla como punto esencial de la regla.

La oración de padecimiento vale más que cualquiera otra y, cuando Dios le ponga en ella, debe tenerlo por dicha muy grande. No tome ningún libro en ese tiempo; no lo necesita...

Sea tanto más fiel a la oración, cuanto, por un lado, siente en lo íntimo del alma que Dios le invita a orar y, por otro, que el demonio pone todo el empeño posible para disuadirle de ella.

La oración ha de ser su principal apoyo; no la deje, pues, nunca, a no ser que se halle enfermo. Ella disipará las tinieblas y la ignorancia de su mente. Guíese por el espíritu de fe: estar en la presencia de Dios es ya demasiado para Vd. No se detenga en los gustos sensibles, antes bien, témalos y no se fíe de ellos...

Dios se encuentra en la oración, y obra por ella en lugar de Vd. Por tanto, basta que renuncie de vez en cuando con paz y tranquilidad de corazón a todas las molestias y distracciones que allí le asalten y que se entregue a Nuestro Señor... y se haga dueño de sus actos.

El estado en que se halla durante la oración (cuando por las pertinentes distracciones piensa que pierde el tiempo), no es ociosidad peligrosa... Con tal de poseer a Dios y de allegarse a El, ¿qué cuidado ha de darle lo demás? No tiene El necesidad de sus esfuerzos. Hay que evitar la ociosidad, pero también el embarazarse con la multitud de actos. Bástele a Vd. y basta para contentar a Dios que permanezca en su santa presencia *(Carta 126)*.

5. **Debemos acudir a los santos:**

Aunque no sea de indispensable necesidad el rezar a los santos, es de tanta utilidad que podemos estar seguros de que los que descuidan rezarles, descuidan su propia salvación... Pero si es útil y oportuno el que recemos a todos los santos, nos es mucho más ventajoso el dirigir nuestras oraciones a la Santísima Virgen; pues al ser la criatura más perfecta y la más elevada en gloria, goza de enorme poder ante Dios y puede ayudarnos mucho en cuanto a la salvación y a todas nuestras necesidades, gracias a su intercesión, la cual nunca niega a cuantos se la piden con piedad sincera y corazón enteramente desprendido a todo afecto al pecado. *(Deb. del Crist. I, 22-23)*.

6. **Aconseja en sus cartas:**

La oración es el sostén de la piedad; esmérese, por tanto, mucho en ella *(Carta 11)*.

Tiene que aplicarse a la oración cuanto le sea posible; pues este ejercicio es el que de ordinario atrae las gracias... *(Carta 12)*.

Ponga empeño en aplicarse a la oración. Ya sabe que de este ejercicio pende la bendición de Dios sobre los demás, y que sirve para atraer las gracias sobre nosotros *(Carta 36).*

Me alegro mucho de que encuentre facilidad para dedicarse a la oración. Este ejercicio es el que trae las gracias de Dios sobre los demás.

Dedíquese también con particular atención a la lectura espiritual, que es de mucha eficacia para disponer debidamente para la oración *(Carta 102).*

7. **Eficaz remedio contra el pecado:**

La oración, enseña San Juan Crisóstono, es divino medicamento que arroja del corazón toda la malicia que en él encuentra, y lo llena de toda justicia. Por consiguiente, si aspiramos a vernos de todo en todo libres de pecado, nada mejor podemos hacer que aplicarnos a la oración. Por muchas que sean las culpas en que haya incurrido una persona que ame la oración; a pesar de los mayores desórdenes, cuenta en ella con el recurso rápido y fácil para obtener la gracia de la penitencia y del perdón *(Medit. 37).*

Estamos tan expuestos a las tentaciones, que, al decir de Job, *nuestra vida es una tentación constante...* (Pues bien), lo que nos pone en condiciones de resistir es la oración.

Del demonio de la impureza, llega a decir Jesucristo que *no es posible vencerlo si no es por la oración y el ayuno* (Mt. 17, 20); y nombra la oración antes que el ayuno, para significarnos que, si bien es necesaria la mortificación para vencer al espíritu inmundo, es mucho más importante aún armarse con la oración de cara a sus ataques. *(Ibíd.)*

8. **Infalibilidad de la oración:**

Jesucristo, para unirnos constantemente a la oración, nos asegura de manera positiva que todo cuanto se pida se recibirá: *Todo el que pide, recibe (Lc. 11, 10).*

La oración por sí misma produce ese efecto, en virtud de la promesa de Dios; de modo que cuanto más se le pide, tanto más da; porque Dios se complace vivísimamente en enriquecer a los hombres. Por eso dice San Agustín: "No nos instaría tanto a que le pidiéremos, si no estuviera dispuesto a dárnoslo, y si no lo quisiera efectivamente".

Confundíos, por tanto, de veros tan cobardes y negligentes en dirigir vuestras súplicas a Dios, que está más dispuesto a complaceros que vosotros decididos a pedirle. Más compasión tiene El de vuestra miseria, que deseo vosotros de libraros de ella.

Animaos, pues, a dar crédito al que tan ardientemente os insta; haceos dignos de sus promesas y complaceos en acudir a El. *¿Quién esperó obtener de Dios alguna cosa y quedó confundido?*, pregunta San Agustín.

9. Dos cosas son necesarias para la eficacia de la oración:

Primera, la fe: *Todo cuando pidiereis, si tenéis fe, lo alcanzaréis (Jn. 16, 23).*

Dice *todo*, indistintamente; nada exceptúa. ¿Quién osaría creer que tiene la fe tal eficacia como para alcanzar infaliblemente cuanto se pide a Dios, si el Hijo mismo de Dios, verdad por esencia, no lo asegurase?

Y no sólo lo asegura con palabras: os dio de ello ejemplo admirable en aquella mujer cananea que, luego de importunar con sus instancias a Jesucristo para librar a su hija de la posesión diabólica, mereció que el Señor accediese a su súplica, tan sólo en consideración a su fe: *¡Oh, mujer,* le dice Jesús, *cuán grande es tu fe, hágase según tu deseo! (Mt. 15, 28).*

Persuadíos, por tanto, que está Dios dispuesto a no rehusaros cosa alguna que le pidiereis con fe y confianza en su bondad.

Segunda, la humildad, pues, como muy bien dice el Sabio: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes (Prov. 3, 34).* Con lo que quiere decir que nada concede a aquéllos; mientras que a éstos nada les rehúsa.

Esta verdad nos la enseña de modo evidente Jesucristo en la parábola del fariseo y del publicano: ambos oraban a la vez en el templo; mas de ellos, dice Jesucristo que el último *volvió a su casa justificado, pero no así el primero;* y la razón es que *todo el que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado (Lc. 18, 4). (Medit. para Dom. y Fiestas, 38).*

Tened por seguro que, cuanto más os apliquéis a orar, mejor desempeñaréis vuestro empleo; pues no pudiendo por vosotros producir bien alguno en orden a salvar las almas, tenéis que dirigiros a Dios con frecuencia, para obtener de El lo que

vuestra profesión os obliga a comunicar a los otros. Así lo enseña Santiago cuando dice que *Dios es el Padre de las luces, y que de El desciende todo don perfecto;* esto es, todo cuanto se da y es necesario a los hombres para conseguir su eterna salvación.

Pedid a Dios con insistencia ese espíritu de oración. Pero la oración si no va acompañada de la mortificación, resulta poco eficaz... No podremos cimentarnos en la piedad sino en la medida en que abracemos la mortificación *(Med. para Dom. y Fiestas, 95).*

SANTA VERONICA JULIANI (m. 1727)

Santa Verónica Juliani nació en Italia en 1660, siendo bautizada con el nombre de Ursula. A los 17 años ingresa en la Orden Franciscana Capuchina con el nombre de Verónica, sobresaliendo muy pronto por sus virtudes, su mística extraordinaria y sus estigmas. Por orden de los superiores se vio obligada a redactar sus experiencias místicas en un Diario *autobiográfico que llegó a constar de 22.000 páginas. Lo más sobresaliente de sus escritos han sido traducidos al español y publicados recientemente por la B.A.C. con el título de "EXPERIENCIA Y DOCTRINA MISTICA".*

He llegado a comprender la gran necesidad que tengo de atender a la oración: Aquí es donde se pone al descubierto lo que debemos hacer y lo que debemos aceptar para llegar a todo lo que Dios exige de nosotros. En ese momento... es cuando noto en mí mayor luz de Dios y mayor conocimiento de mí misma. Aprovecho más (en la oración) en un cuarto de hora, que en otros ejercicios que dedique horas y horas y aun días enteros... (Experiencia y Doctrina, pág. 261).

El Señor me dio a entender cómo debo hacer la oración mental. La disposición principal ha de ser un ánimo resuelto de

no ponerse a hacerla con nosotros mismos, esto es, con el deseo de tener consuelos, o grandes luces, o cosas semejantes. Esto no es oración, sino interés propio. La verdadera oración consiste en buscar sólo la pura voluntad de Dios. Por eso debemos empezar con un despojo total de nosotros mismos y de cualquier pensamiento nuestro. Debemos dar principio a la oración con la voluntad de Dios; estar en ella sólo haciendo la voluntad de Dios, siguiendo las luces y los adiestramientos y todo lo que es conforme a la virtud y a la negación de nuestro propio querer, y salir de ella con la voluntad de Dios; que no se conozca si estamos vivos o muertos, que no tratamos de hacer las cosas a nuestro modo, sino como Dios lo dispone y quiere... (Ibíd. 281).

El Señor me dio a entender que mi oración debiera ser continua, ya que ella es la escuela donde se llegan a aprender todas las virtudes. Por mi parte tendré que echar de mi mente cualquier cosa que sea contraria a la perfección. Aquí (en la oración) tuve luz particular para conocer algunos defectos que yo no tenía por culpa... No me detengo en enumerarlos; sólo digo que todas estas cosas sirven de impedimento a las almas para adentrarse en la oración. No hay impedimento mayor que las culpas y los defectos, por mínimos que sean, para que el alma se una al Sumo Bien (Ibíd. 287).

JUAN PEDRO DE CAUSSADE (m. 1751)

El P. Caussade, respaldando su doctrina con la autoridad de Bossuet, enseñó que los errores quietistas no son sino "abusos" de la doctrina de los verdaderos místicos. Su doctrina fundamental es la entrega total y amorosa a las disposiciones de la Divina Providencia, a semejanza de un niño que duerme tranquilo en los brazos de su madre. Desenvolviendo esta idea y la del amor puro, *tiene páginas verdaderamente admirables, llenas de suavidad y unción.*

1. Hay un tiempo en que el alma vive en Dios, y un tiempo en que Dios vive en el alma. Y lo que es propio de uno de estos tiempos, es contrario al otro.

Cuando el alma vive en Dios (vida ascética) se provee cuidadosa y muy regularmente a sí misma de todos los medios de que puede disponer para llegar a la unión, todo lo tiene marcado y regulado... (lectura espiritual, meditación, etc., etc.). Mas, cuando Dios vive en el alma (cuando se hace sentir con mociones sobrenaturales), ésta debe abandonarse totalmente a su providencia; ya nada tiene de sí misma, nada tiene sino lo que en cada momento le da el principio que la anima; ya no hay provisiones ni camino trazado y está como un niño en manos de quien lo lleva... (Abandono a la Providencia, l. 2, c. 1 n. 1).

Creed, pues, almas santas; esperad y amad... He aquí su unción, he aquí su palabra: esa revelación mística y esa prenda de predestinación y de todas su dichosas consecuencias...

2. El abandono o entrega general en las manos divinas es un medio general para recibir las virtudes especiales en toda la variedad de *esos toques*. No pueden todas las almas aspirar al mismo estado bajo las divinas impresiones; pero todas pueden unirse a Dios, todas abandonarse a su acción, todas recibir el toque del estado que les es propio; todas, en fin, encontrar el reino de Dios y participar de su excelencia y sus ventajas. Este es un imperio en que cada alma puede aspirar a una corona... Anunciemos, pues, a todas las almas (a todas las sedientas de justicia) no el estado de pura fe o de puro amor..., sino el abandono a la acción divina en general, y hagámosle entender *a todas* que por ahí recibirán el estado singular que ésta les tiene señalado. No las desolemos ni rechacemos, no alejemos a nadie de la eminente perfección. Jesús llama a ella a todas las almas, puesto que a todas exige que estén sometidas a la voluntad de su Padre... Repitamos, pues, incesantemente a todas las almas que la invitación de este dulce y amante Salvador no les exige cosas tan difíciles y extraordinarias...; lo que les pide es que unan a El sus voluntades, para conducirlas, dirigirlas y favorecerlas a proporción de esta unión" (Ibíd. P. 1.ª, l. 2, c. 1. n. 3).

SAN LEONARDO DE PORTOMAURICIO (m. 1751)

San Leonardo de Portomauricio, franciscano, es el misionero de Italia más importante del siglo XVIII y probablemente de toda la historia de la Iglesia. Escribió varios tratados espirituales: Manual Sagrado, Camino del Paraíso, Tesoro escondido de la Santa Misa, Propósitos, *etc.*

1. La oración mental procuraré frecuentarla tanto que venga a ser mi pan cotidiano. Jamás dejaré las tres horas diarias que se hacen en nuestros conventos; si no puedo hacerlas de día por mis muchas ocupaciones, las supliré de noche.

Cuando me hallare fuera del convento, por estar de viaje, guardaré silencio durante dichas horas y estaré recogido interiormente. Renuevo el propósito de cumplirlo así indefectiblemente, con la ayuda de la divina gracia, pues, conozco que, sin este alimento interior, no obraré ni cumpliré cosa alguna.

Todo el tiempo que tuviere libre de las ocupaciones ordinarias, aunque no sea más que cortos momentos, lo emplearé todo en oración hablando con Dios y estando recogido interiormente en su divina presencia con una mirada íntima y amorosa para gozar de su amabilísimo trato y conversación.

A este fin huiré de los seglares, si no ocurre tratar cosas muy necesarias con ellos, importándome poco que me tengan por selvático e incivil por no visitarlos. Amaré la celda o un rincón del coro mientras me hallo en el convento, o el cuarto donde me hospedo cuando me halle en misiones.

El modo ordinario de mi oración será por modo de introversión, buscando a Dios dentro de mí mismo, comenzando ordinariamente por algún punto de la pasión del Señor, en particular de Jesús crucificado, procurando mover el corazón con varios afectos de humildad, de contrición y de amor, escondiéndome en lo más íntimo del Corazón de Jesús crucificado, que es el centro de mi alma, contemplando allí la grandeza de sus divinos atributos, y deteniéndome después en una divina noticia e idea

general de Dios que excite en la parte superior de mi alma el amor, que será el fin único de la oración; esto es, tener ocupado el corazón continuamente en amar.

Y no encontrando medio más adecuado para este santo fin que el referido recogimiento íntimo, hecho en silencio y desprecio de todas las criaturas, pido a Dios me quite antes la vida que privarme de este trato interior de mi alma con El, comunicación que es mi pequeño paraíso en la tierra (Libro de los Propósitos del Santo).

2. A este fin endereza el demonio todas sus tentaciones; si vence en esto, vence en todo; y si consigue desviar a un alma de la oración, conseguirá fácilmente todo cuanto quiera... ¡Oh, qué tiempo tan precioso es el de la oración! ¡Quién pudiera tener mucho tiempo para dedicarse a este santo ejercicio!...

La experiencia enseña que sin algún goce no podemos vivir, y si Dios no nos lo da en el bien, ¿lo encontraremos en el mal? ¿Cuál es, pues, la fuente de la divina consolación interior? Es la santa oración... Tomad, pues, y conservad este importante recuerdo: Tened por día perdido aquel en el que no hacéis oración (Manual Sagrado).

3. Hay dos clases de preparación, una remota y otra próxima: la remota consiste en tener el corazón despegado de todas las criaturas, y el alma bien dispuesta para las cosas del servicio de Dios, huyendo de todo aquello que pueda disipar el espíritu, y caminando en la presencia de Dios...

La preparación próxima es la que dispone el alma para tratar familiarmente con Dios, atendiendo al lugar, tiempo, postura y materia de la oración. En cuanto al lugar, os aconsejo que sea siempre el coro o la celda. En cuanto al tiempo, además de lo que tengáis por la Regla, me atrevo a señalaros media hora más.

Respecto a la postura, si buenamente podéis, hacedla de rodillas; pero si así no podéis, estad al menos con tal modestia y compostura, que se pueda conocer que estáis hablando con Dios.

Debo advertiros que si hacéis caso de ciertos accidentillos, como dolor de cabeza, de rodillas, sueño, debilidad y otras cosas semejantes, no la tendréis bien en la vida. Porque vuestro cuerpo siempre tendrá de qué quejarse, y si le hacéis caso, os hallaréis en la oración con grande languidez, y no alcanzaréis aquellas bendi-

ciones que Dios suele conceder a las almas fervorosas, que están en la oración con tal compostura y devoción, que a quien las ve, les parece que de aquella sola acción depende su salvación.

Estando de rodillas, sin apoyarse en parte alguna, con las manos juntas y con el rostro un poco vuelto hacia el cielo; recogidas así y unidas de tal manera con Dios, alcanzan bienes altísimos y méritos inefables de la oración. Basta una sola de estas almas, para enfervorizar a toda una comunidad y hacer que también las otras estén con reverencia y fervor...

Haced así: Leído el punto de la meditación, y puestos en modesta compostura, santiguaos con la señal de la cruz, y comenzad vuestra oración con un acto de viva fe, *recordando* que estáis ante la Divina Majestad de Dios que está presente...

Así, cerrados generalmente los ojos del cuerpo, y abiertos los de la fe, mirad atentamente a Dios dentro de vos, adorarle profundamente, e inclinada algún tanto la cabeza, decid al menos mentalmente: *Os adoro, Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; os reconozco por mi Dios, Señor y Dueño de mi alma...*

4. Entre todos los afectos, dos son los más importantes, y quisiera que los hicieseis con gran fervor siempre que hacéis oración. El primero es que hagáis siempre algún propósito particular acerca de vuestras acciones, como sería, por ejemplo, de mortificar y venceros de alguna pasioncilla que os domina, etc...

El segundo afecto es el de encomendarse a Dios, y en esto consiste la parte principal de la oración; o por mejor decir: el encomendarse a Dios de corazón, es la misma esencial oración que se llama *oración de súplica o petición.*

Con ésta, dice Casiano, se hicieron santos los Santos Padres del Yermo, los cuales tenían siempre en la boca aquellas palabras de que se sirve la Iglesia al empezar el Oficio Divino: *Deus in adjutorium meum intende:* Dios mío, ayudadme; Dios mío, socorredme...

Ved, pues, cuán fácil es hacer oración: "Sed humildes, decía San Felipe Neri, y el Espíritu Santo os enseñará a hacer oración". Haced el pobre delante de Dios, y haréis perfecta oración. Terminada la oración, dad gracias a Dios por las luces que os haya comunicado, y al salir de ella, llevad siempre con vos alguna hermosa flor, que será aquel santo propósito, de no

cometer tal defecto, o de ejercitar aquella virtud que os es más necesaria... *(Manual Sagrado).*

5. *Confianza en María.*—¡Oh, María!, en tus manos está mi salvación, pues Tú salvas a todos aquellos que son devotos tuyos y se encomiendan a Ti; yo desde este momento me echo en tus brazos y me profeso para siempre tu verdadero devoto! ¡Oh, amada María!, ¡acéptame y salva mi alma! (Cit. P. Melús).

6. Tengo bien conocido que Dios no se deja aventajar a nadie en cortesía, por lo que, si tenéis el corazón desembarazado y el ojo de la fe bien abierto, y os acostumbráis a mirar con atención a Dios dentro de vuestro corazón, el buen Jesús, con una interior amorosa correspondencia os atraerá para sí, y, ¡oh, cuántas veces con sólo un cuarto de hora de oración unitiva, os pagará con creces todas vuestras anteriores penas! *(Manual Sagrado).*

SAN PABLO DE LA CRUZ (m. 1775)

San Pablo de la Cruz es el fundador del Instituto Religioso de los Pasionistas, consagrados a la salvación de las almas por medio de la penitencia y la predicación de la Pasión del Señor. Es un santo de una austeridad que espanta y atrae al mismo tiempo. Se distinguió principalmente por su profunda oración y su amor a Jesús crucificado.

1. Su oración debe ser continua, esto es, a base de estarse en soledad interior, vestido de Jesucristo, con dulce y amorosa atención a su divina Majestad, despojado de imágenes, en pura fe y santo amor.

Y cuando las distracciones le molesten, haga frecuentes introversiones en Dios, repitiendo los actos de fe, y, sin palabras abísmese más en Dios... (Lett. 3).

2. Estime en mucho, amadísimo, esa divina soledad interior; entre con fe y con amor en lo más profundo de ese sagrado desierto, y piérdase allí enteramente en Dios, ame y calle.

Repose en el seno de Dios con santo silencio de fe y de amor, renaciendo a una nueva vida deífica en el divino Verbo Cristo Jesús, haciendo suyas sus penas, por la impresión de santo amor, en pura fe, sin imágenes. (Ibíd.)

3. Sobre todo, le recomiendo cada vez más el recogimiento, la santa soledad y el sagrado desierto interior, en los que su alma debe estarse sola, sola en el seno del Padre divino, en sagrado silencio de fe y santo amor (Ibíd.)

4. Estése dentro de sí mismo, cierre las puertas de los sentidos a todas las criaturas, permanezca en su nada y deje a esta horrible nada perderse en el TODO infinito de Dios. Haga suyas las penas santísimas de su amado y permanezca en aquel sagrado desierto interior vestido siempre de fiesta. Todo esto ha de hacerse en pura fe, sin imágenes (Ibíd.)

SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO, Dr. (m. 1787)

San Alfonso María de Ligorio, fundador de la Congregación del Santísimo Redentor, *Obispo de Santa Agueda de los Godos, gran misionero y fecundo escritor, es considerado como el mejor y más seguro moralista de todos los tiempos y el más importante escritor eclesiástico de estos últimos siglos. Su obra principal es la Teología Moral, pero sin duda han sido sus obras ascéticas las que mayores frutos de santidad han dado a la Iglesia. Entre ellas, las más populares son* Las Glorias de María, Las Visitas al Santísimo, Práctica de Amor a Jesucristo, El Amor del Alma y El Gran Medio de la Oración.

En las obras de San Ligorio se destacan principalmente dos temas: la devoción a María y la importancia de la oración. Nadie habla como él tan tiernamente de María, ni nadie ha insistido tanto en la necesidad que tenemos de la oración. A él se debe en parte la iniciativa de esta *Antología de Textos sobre la Oración.*

Aquí vamos a traducir íntegra la primera parte de su libro más importante sobre este tema, su hermoso librito *"Del Gran Medio de la Oración"*.

DEL GRAN MEDIO DE LA ORACION

INTRODUCCION

Varias son las obras espirituales que he publicado. Citaré las "Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima", "La Pasión de Cristo" y "Las Glorias de María". Escribí también otra obrita contra los materialistas y deístas, y otras, no pocas, sobre varios temas devotos y espirituales, mas, tengo para mí, que no he escrito hasta ahora libro más útil que éste que trata de la oración, porque creo que es el medio más necesario y seguro para alcanzar la salvación y todas las gracias que ella acarrea. Y tengo esto tan cierto que, si me fuera posible, quisiera lanzar al mundo tantos ejemplares de esta obra cuantos son los cristianos que en la tierra viven. A todos gustosamente se la regalaría: a ver si por fin llegan a entender todos la necesidad que tenemos de la oración para salvarnos.

Hablo así, porque veo, por una parte, la absoluta necesidad que tenemos de la oración, según doctrina repetida en las Sagradas Escrituras y en los libros de los Santos Padres; y por otra, el poco cuidado que los cristianos tienen en practicar este gran medio de salvación.

Y hay aún otra cosa que me aflige todavía más: el ver que los predicadores y confesores hablan muy poco de esto a sus oyentes y a las almas que dirigen, y que los libros piadosos que andan hoy en manos de los fieles no tratan con bastante insistencia de este importantísimo tema*. Sin embargo, creo yo que predicadores, confesores y libros de ninguna otra cosa debieran tratar con más extensión que de este asunto de la oración. Continuamente están inculcando otros excelentes medios para que las

* Esta queja de que los predicadores, los confesores los libros de piedad no insisten lo suficiente en la necesidad que tenemos de orar, es constante y lo repite con frecuencia en todas sus obras ascéticas.

almas se conserven en gracia de Dios, tales como la huida de las ocasiones, la frecuencia de los sacramentos, el oír la palabra de Dios, el meditar las verdades eternas y muchos otros más. ¿Quién niega que sean todos ellos utilísimos para ese fin? Pero pregunto yo a mi vez: ¿Y para qué valen los sermones, las meditaciones y tantos otros medios que largamente exponen los maestros de la vida espiritual sin la oración, pues que de ella ha dicho el Señor que es tan necesaria que no concederá sus gracias a aquellos que no se las piden? *Pedid y recibiréis, he ahí su solemne y divina afirmación.*

Sin oración, según los planes ordinarios de la Providencia, inútiles serán las meditaciones, nuestros propósitos y nuestras promesas. Si no rezamos seremos infieles a las gracias recibidas de Dios y a las promesas que hemos hecho en nuestro corazón. La razón de esto es que para hacer en esta vida el bien, para vencer las tentaciones, para ejercitarnos en la virtud, en una palabra, para observar totalmente los mandamientos de Dios no bastan las gracias recibidas ni las consideraciones y propósitos que hemos hecho, se necesita sobre todo la ayuda de Dios y esta ayuda actual no la concede Dios Nuestro Señor sino al que reza y persevera en la oración. Las gracias recibidas, las meditaciones que hemos hecho sirven para que en los peligros y tentaciones sepamos orar y con la oración obtengamos el socorro divino que nos preserva del pecado, mas si en esos grandes peligros no oramos, estamos perdidos sin remedio.

Quise, amado lector, poner por delante estas solemnes afirmaciones que luego en otras páginas demostraré para que des de antemano gracias a Dios, el cual, al poner en tus manos este libro mío, parece que quiere hacerte comprender la importancia de este gran medio de la oración. Lo llamo *Gran medio de la oración,* porque todos los que se salvan, si son adultos, ordinariamente por este medio se salvan. Da por tanto gracias al Señor, porque a aquellos a quienes les da luces para entender y practicar la oración, obra con ellos misericordiosamente.

Abrigo la esperanza, hermano mío amadísimo, que cuando hayas terminado de leer este librito, no serás perezoso en acudir a Dios con la oración si te asaltan tentaciones de ofenderle. Si entras en tu conciencia y la hallas manchada con graves culpas, piénsalo bien y verás que el mal te vino porque dejaste de acudir

a Dios y no le pediste su poderosa ayuda para vencer las tentaciones que asaltaban tu alma. Déjame, por tanto, que te suplique que leas y releas con toda atención estas páginas, no porque son mías, sino porque aquí hallarás el medio que el Señor pone en tus manos para alcanzar tu eterna salvación. Así te manifiesta por este camino que te quiere salvar. Y otra cosa te pediré y es que después de leerlo procures por los medios que estén a tu alcance que lo lean también tus amigos, vecinos y cuantos te rodean.

Dicho esto..., comencemos en el nombre del Señor.

I. NECESIDAD DE LA ORACION

La oración es necesaria a la salvación, no sólo como necesidad de precepto, sino también con necesidad de medio, de suerte que sin ella nadie se podrá salvar.

En grave error incurrieron los pelagianos al afirmar que la oración no es necesaria para alcanzar la salvación. Afirmaba su impío maestro, Pelagio, que sólo se condena el hombre que es negligente en conocer las verdades que es necesario saber para la vida eterna. Mas el gran San Agustín, salióle al paso con estas palabras: Cosa extraña: de todo quiere hablar Pelagio menos de la oración, la cual sin embargo (así escribía y enseñaba el santo) es el único camino para adquirir la ciencia de los santos, como claramente lo escribía el apóstol Santiago: *Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría pídasela a Dios, que a todos la da copiosamente y le será otorgada (St. 1. 5).*

Nada más claro que el lenguaje de las Sagradas Escrituras, cuando quieren demostrarnos la necesidad que de la oración tenemos para salvarnos... *Es menester orar siempre y no desmayar... (Lc. 18, 1). Vigilad y orad para no caer en la tentación. Pedid y se os dará... (Mt. 7, 7).* Está bien claro que las palabras: *Es menester... orad... pedid* significan y entrañan un precepto y grave necesidad. Así cabalmente lo entienden los teólogos. Pretendía el impío Wicleff que estos textos sólo significaban la necesidad de buenas obras, y no de la oración; porque, según su errado

entender, orar no es otra cosa que obrar bien. Fue este un error que expresamente condenó la santa Iglesia. De aquí que pudo escribir el doctor Leonardo Lessio: No se puede negar la necesidad de la oración a los adultos para salvarse sin pecar contra la fe, pues es doctrina evidentísima de las Sagradas Escrituras que la oración es el único medio para conseguir las ayudas divinas necesarias para la salvación eterna.

La razón de esto es clarísima. Sin el socorro de la divina gracia no podemos hacer bien alguno: *Sin mí nada podéis hacer (Jn. 15, 5)*, dice Jesucristo. Sobre estas cosas escribe acertadamente San Agustín y advierte que no dice el Señor que nada podemos *terminar*, sino que nada *podemos hacer*. Con ello nos quiso dar a entender nuestro Salvador que sin su gracia no podemos realizar el bien. Y el Apóstol parece que va más allá, pues escribe que sin la oración ni siquiera podemos tener el deseo de hacerlo *(2 Cor. 3, 5)*. Por lo que podemos sacar esta lógica consecuencia: que si ni siquiera podemos pensar en el bien, tampoco podemos desearlo... Y lo mismo testifican otros muchos pasajes de la Sagrada Escritura. Recordemos algunos: *Dios obra todas las cosas en nosotros (1 Cor. 12, 6). Yo haré que caminéis por la senda de mis mandamientos y guardéis mis leyes y obréis según ellas (Ez. 36, 17)*. De aquí concluye San León Papa que nosotros no podemos hacer más obras buenas que aquellas que Dios nos ayuda a hacer con su gracia.

Así lo declaró solemnemente el Concilio de Trento: *Si alguno dijere que el hombre sin la previniente inspiración del Espíritu Santo y sin su ayuda puede creer, esperar, amar y arrepentirse como es debido para que se le confiera la gracia de la justificación, sea anatema. (Sess. 6. Cap. 3)*.

A este propósito hace un sabio escritor esta ingeniosa observación: A unos animales dio el Creador patas ágiles para correr, a otros garras, a otros plumas, y esto para que puedan atender a la conservación de su ser..., pero al hombre lo hizo el Señor de tal manera que El mismo quiere ser toda su fortaleza. Por esto decimos que el hombre por sí sólo es completamente incapaz de alcanzar la salvación eterna, porque dispuso el Señor que cuanto tiene y pueda tener, todo lo tenga con la ayuda de su gracia.

Y apresurémonos a decir que esta ayuda de la gracia, según su providencia ordinaria, no la concede el Señor, sino a aquel que reza, como lo afirma la célebre sentencia de Gennadio: *Firmemente creemos que nadie desea llegar a la salvación si no es llamado por Dios..., que nadie camina hacia ella sin el auxilio de Dios..., que nadie merece ese auxilio, sino el que se lo pide a Dios.*

Pues si tenemos, por una parte, que nada podemos sin el socorro de Dios y por otra que ese socorro no lo da ordinariamente el Señor sino al que reza, ¿quién no ve que de aquí fluye naturalmente la consecuencia de que la oración es absolutamente necesaria para la salvación? Verdad es que las gracias primeras, como la vocación a la fe y la penitencia las tenemos sin ninguna cooperación nuestra, según San Agustín, el cual afirma claramente que las da el Señor aun a los que no rezan. Pero el mismo doctor sostiene como cierto que las otras gracias, sobre todo el don de la perseverancia, no se conceden sino a los que rezan.

De aquí que los teólogos con San Basilio, San Juan Crisóstomo, Clemente Alejandrino y otros muchos, entre los cuales se halla San Agustín, sostienen comúnmente que la oración es necesaria a los adultos y no tan sólo necesaria como necesidad de precepto, como dicen las escuelas, sino como necesidad de medio. Lo cual quiere decir que, *según la providencia ordinaria de Dios, ningún cristiano puede salvarse sin encomendarse a Dios pidiéndole las gracias necesarias para su salvación.* Y lo mismo sostiene Santo Tomás con estas graves palabras: *Después del Bautismo le es necesaria al hombre continua oración, pues si es verdad que por el bautismo se borran todos los pecados, no lo es menos que queda la inclinación desordenada al pecado en las entrañas del alma y que por fuera el mundo y el demonio nos persiguen a todas horas.*

He aquí como el Angélico Doctor demuestra en pocas palabras la necesidad que tenemos de la oración. Nosotros, dice, para salvarnos tenemos que luchar y vencer, según aquello de San Pablo: *El que combate en los juegos públicos no es coronado, si no combatiere según las leyes. (2 Tm. 2, 5).* Sin la gracia de Dios no podemos resistir a muchos y poderosos enemigos... Y como esta gracia sólo se da a los que rezan, por tanto sin oración no hay victoria, no hay salvación.

Que la oración sea el único medio ordinario para alcanzar los dones divinos lo afirma claramente el mismo Santo Doctor en otro lugar, donde dice que el Señor ha ordenado que las gracias que desde toda la eternidad ha determinado concedernos nos las ha de dar sólo por medio de la oración. Y confirma lo mismo San Gregorio con estas palabras: *Rezando alcanzan los hombres las gracias que Dios determinó concederles antes de todos los siglos.* Y Santo Tomás sale al paso de una objeción con esta sentencia: No es necesario rezar para que Dios conozca nuestras necesidades, sino más bien para que nosotros lleguemos a convencernos de la necesidad que tenemos de acudir a Dios para alcanzar los medios convenientes para nuestra salvación y por este camino reconocerle a El como autor único de todos nuestros bienes. Digámoslo con las mismas palabras del Santo Doctor. *Por medio de la oración acabamos de comprender que tenemos que acudir al socorro divino y confesar paladinamente que El sólo es el dador de todos nuestros bienes.*

A la manera que quiso el Señor que sembrando trigo tuviéramos pan y plantando vides tuviéramos vino, así quiso también que sólo por medio de la oración tuviéramos las gracias necesarias para la vida eterna. Son sus divinas palabras *Pedid... y se os dará... Buscad y hallaréis (Mt. 7, 7).*

Confesemos que somos mendigos y que todos los dones de Dios son pura limosna de su misericordia. Así lo confesaba David: *Yo mendigo soy y pobrecito.* Lo mismo repite San Agustín: *Quiere el Señor concedernos sus gracias, pero sólo las da a aquel que se las pide.* Y vuelve a insistir el Señor: *Pedid y se os dará...* Y concluye Santa Teresa: *Luego el que no pide, no recibe...* Lo mismo demuestra San Juan Crisóstomo con esta comparación: *A la manera que la lluvia es necesaria a las plantas para desarrollarse y no morir, así nos es necesaria la oración para lograr la vida eterna.* Y en otro lugar trae otra comparación el mismo Santo: *Así como el cuerpo no puede vivir sin alma, de la misma manera el alma sin oración está muerta y corrompida.* Dice que está corrompida y que despide hedor de tumba, porque aquel que deja de rezar bien pronto queda corrompido por multitud de pecados. Llámase también a la oración *alimento del alma* porque si es verdad que sin alimento no

puede sostenerse la vida del cuerpo no lo es menos que sin oración no puede el alma *conservar la vida de la gracia.* Así escribe San Agustín.

Todas estas comparaciones de los santos vienen a demostrar la misma verdad: la necesidad absoluta que tenemos de la oración para alcanzar la salvación eterna.

La oración es necesaria para vencer las tentaciones y guardar los Mandamientos

Es además la oración el arma más necesaria para defendernos de los enemigos de nuestra alma. El que no la emplea, dice Santo Tomás, está perdido. El Santo Doctor no duda en afirmar que cayó Adán porque no acudió a Dios en el momento de la tentación. Lo mismo dice San Gelasio, hablando de los ángeles rebeldes: *No aprovecharon la gracia de Dios y porque no operaron, no pudieron conservarse en la santidad.* San Carlos Borromeo dice en una de sus cartas pastorales que de todos los medios que el señor nos dio en el Evangelio, el que ocupa el primer lugar es la oración. Y hasta quiso que la oración fuera el sello que distinguiera su Iglesia de las demás sectas, pues dijo de ella que su casa era casa de oración: *Mi casa será llamada casa de oración.* Con razón pues, concluye San Carlos en la referida pastoral que la oración es el principio, progreso y coronamiento de todas las virtudes.

Y es esto tan verdadero que en las oscuridades del espíritu, en las miserias y peligros en que tenemos que vivir sólo hallamos un fundamento para nuestra esperanza, y es el levantar nuestros ojos a Dios y alcanzar de su misericordia por la oración nuestra salud eterna... Lo decía el rey Josafat: *Puesto que ignoramos lo que debemos hacer, una sola cosa nos resta: volver los ojos a Ti (2 Par. 20, 12).* Así lo practicaba el santo Rey David, pues confesaba que para no ser presa de sus enemigos no tenía otro recurso sino el acudir continuamente al Señor suplicándole que le librara de sus acechanzas: *Al Señor levanté mis ojos siempre, porque me soltará de los lazos que me tienden (Sal. 24, 16).* Se pasaba la vida repitiendo así siempre: *Mírame, Señor, y ten piedad de mí, que estoy solo y soy pobre (Sal. 24, 17). A ti clamé, Señor, sálvame para que*

guarde tus mandamientos... porque yo nada puedo y fuera de Vos nadie me podrá ayudar (Sal 98, 146).

Eso es verdad, porque después del pecado de nuestro primer padre Adán que nos dejó tan débiles y sujetos a tantas enfermedades, ¿habrá uno solo que se atreva a pensar que podemos resistir los enemigos de nuestra alma y guardar los divinos mandamientos, si no tuviéramos en nuestra mano la oración, con la cual pedimos al Señor la luz y la fuerza para observarlos? Blasfemó Lutero, cuando dijo que después del pecado de Adán nos es del todo imposible la observancia de la divina ley. Jansenio se atrevió a sostener también que en el estado actual de nuestra naturaleza ni los justos pueden guardar algunos mandamientos. Si esto sólo hubiera dicho, pudiéramos dar sentido católico a su afirmación, pero justamente le condenó la Iglesia, porque siguió diciendo que *ni tenían la gracia divina para hacer posible su observancia.*

Oigamos a San Agustín: Verdad es que el hombre con sus solas fuerzas y con la gracia ordinaria y común que a todos es concedida no puede observar algunos mandamientos, pero tiene en sus manos la oración y con ella podrá alcanzar esa fuerza superior que necesita para guardarlos. Estas son sus textuales palabras: *Dios cosas imposibles no manda, pero, cuando manda, te exhorta a hacer lo que puedes y a pedir lo que no puedes, y entonces te ayuda para que lo puedas.* Tan célebre es este texto del gran Santo que el Concilio de Trento se lo apropió y lo declaró dogma de fe (Sess. 6. Cap. 11). Mas ¿cómo podrá el hombre hacer lo que no puede? Responde al punto el mismo doctor a continuación de lo que acaba de afirmar: *Veamos y comprenderemos que lo que por enfermedad o vicio del alma no puede hacer, podrá hacerlo con la medicina.* Con lo cual quiso darnos a entender que con la oración hallamos el remedio de nuestra debilidad, ya que cuando rezamos nos da el Señor las fuerzas necesarias para hacer lo que no podemos.

Sigue hablando el mismo San Agustín y dice: *Sería temeraria insensatez pensar que por una parte nos impuso el Señor la observancia de su divina ley y por otra que fuera esa ley imposible de cumplir.* Por eso añade: *Cuando el Señor nos hace comprender que no somos capa-*

ces de guardar todos sus santos preceptos, nos mueve a hacer las cosas fáciles con la gracia ordinaria que pone siempre a nuestra disposición: para hacer las más difíciles nos ofrece una gracia mayor que podemos alcanzar con la oración.

Y si alguno opusiere por qué nos manda el Señor cosas que están por encima de nuestras fuerzas, le responde el mismo Santo: *Nos manda algunas cosas que no podemos hacer, para que por ahí sepamos qué cosas le tenemos que pedir.*

Y lo mismo dice en otro lugar con estas palabras: *Nadie puede observar la ley sin la gracia de Dios, y por esto cabalmente nos dio la ley, para que le pidiéramos la gracia de guardarla.*

Y en otro pasaje viene a exponer igual doctrina el mismo San Agustín. He aquí sus palabras: *Buena es la ley para aquel que debidamente usa de ella. Pero, ¿qué es usar debidamente de la ley?* A esta pregunta contesta: *Conocer por medio de la ley las enfermedades de nuestra alma y buscar la ayuda divina para su remedio.* Lo cual quiere decir que debemos servirnos de la ley ¿para qué?, para llegar a entender por medio de la ley (pues no tendríamos otro camino) la debilidad de nuestra alma y su impotencia para observarla. Y entonces pidamos en la oración la gracia divina que es lo único que puede curar nuestra flaqueza.

Esto mismo vino a decir San Bernardo, cuando escribió: *¿Quiénes somos nosotros y qué fortaleza tenemos para poder resistir a tantas tentaciones?* Pero esto cabalmente era lo que pretendía el Señor: que entendamos nuestra miseria y que acudamos con toda humildad a su misericordia, pues no hay otro auxilio que nos pueda valer. Muy bien sabe el Señor que nos es muy útil la necesidad de la oración, pues por ella nos conservamos humildes y nos ejercitamos en la confianza. Y por eso permite el Señor que nos asalten enemigos que con nuestras solas fuerzas no podemos vencer, para que recemos y por ese medio obtengamos la gracia divina que necesitamos.

Conviene sobre todo que estemos persuadidos que nadie podrá vencer las tentaciones impuras de la carne si no se encomienda al Señor en el momento de la tentación. Tan poderoso y terrible es este enemigo que cuando nos combate se apagan todas las luces de nuestro espíritu y nos olvidamos de las medita-

ciones y santos propósitos que hemos hecho, y no parece sino que en esos momentos despreciamos las grandes verdades de la fe y perdemos el miedo de los castigos divinos. Y es que esa tentación se siente apoyada por la natural inclinación que nos empuja a los placeres sensuales. Quien en esos momentos no acude al Señor está perdido. Ya dijo San Gregorio Nacianceno: *La oración es la defensa de la pureza.* Y antes lo había afirmado Salomón: *Y como supe que no podía ser puro, si Dios no me daba esa gracia, a Dios acudí y se la pedí. (Sp. 8, 21).* Es en efecto la castidad una virtud que con nuestras propias fuerzas no podemos practicar, necesitamos la ayuda de Dios, mas Dios no la concede sino a aquel que se la pide. El que la pide, ciertamente la obtendrá.

Por eso sostiene Santo Tomás contra Jansenio que no podemos decir que la castidad y otros mandamientos sean imposibles de guardar, pues si es verdad que por nosotros mismos y con nuestras solas fuerzas no podemos, nos es posible sin embargo con la ayuda de la divina gracia. Y que nadie ose decir que parece linaje de injusticia mandar a un cojo que ande derecho. No, replica San Agustín, no es injusticia, porque al lado se le pone el remedio para curar de su enfermedad y remediar su defecto. Si se empeña en andar torcidamente suya será la culpa.

En suma, diremos con el mismo Santo Doctor que no sabrá vivir bien quien no sabe rezar bien. Lo mismo afirma San Francisco de Asís, cuando asegura que no puede esperarse fruto alguno de un alma que no hace oración. Injustamente por tanto se excusan los pecadores que dicen que no tienen fuerzas para vencer las tentaciones. ¡Qué atinadamente les responde el apóstol Santiago cuando les dice: *Si las fuerzas os faltan, ¿por qué no las pedís al Señor? ¿No las tenéis? Señal de que no las habéis pedido (Sant. 4.2).*

Verdad es que por nuestra naturaleza somos muy débiles para resistir los asaltos de nuestros enemigos, pero también es cierto que Dios es fiel, como dice el Apóstol y que por tanto jamás permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas. Oigamos las palabras de San Pablo: *Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis manteneros.* Comentando

este pasaje, Primacio dice: *Antes bien os dará la ayuda de la gracia para que podáis resistir la violencia de la tentación.*

Débiles somos, pero Dios es fuerte, y, cuando le invocamos, nos comunica su misma fortaleza y entonces podemos decir con el Apóstol: *Todo lo puedo con la ayuda de aquél que es mi fortaleza. Por lo que el que sucumbe, porque no ha rezado, no tiene excusa,* dice San Juan Crisóstomo, *pues si hubiera rezado hubiera sido vencedor de todos sus enemigos.*

De la necesidad de acudir a los Santos como nuestros intercesores

Aquí parece el lugar conveniente para tratar de la duda si es necesario también recurrir a la intercesión de los Santos para alcanzar las gracias divinas.

Que sea cosa buena y útil invocar a los Santos para que nos sirvan de intercesores y nos alcancen por los méritos de Jesucristo lo que por los nuestros no podemos obtener, es doctrina que no podemos negar, pues así lo declaró la Santa Iglesia en el Concilio de Trento. Lo negaba el impío Calvino, pero era desatino e impiedad, porque, en efecto, nadie osará negar que es bueno y útil acudir a las almas santas que en el mundo viven para que vengan en nuestra ayuda con sus plegarias. Así lo hacía el apóstol San Pablo, el cual escribiendo a los de Tesalónica, les decía: *Hermanos, rogad por nosotros.* Pero, ¿qué digo? Hasta el mismo Dios mandaba a los amigos del Santo Job que se encomendasen a sus oraciones para que por sus méritos El les pudiese favorecer. Pues si es lícito encomendarse a las oraciones de los vivos, ¿no lo será invocar a los Santos que están en el cielo y más cerca de Dios?

Y no se diga que esto es quitar el honor debido a Dios, pues es más bien duplicarlo, pues a los reyes y potentados no se les honra solamente en su misma persona, sino también en la de sus reales servidores. Y apoyado en esto sostiene Santo Tomás que es cosa muy excelente acudir a muchos santos, porque obtiénese por las oraciones de muchos lo que por las de uno solo no se logra alcanzar. Y si alguno por ventura objetase de qué puede servir

el recurrir a los Santos, pues que ellos rezan por todos los que son justos y dignos de sus oraciones, responde el mismo Santo Doctor que *si alguno no fuese digno, cuando los santos ruegan por él, se hace digno desde el momento en que recurre a su intercesión.*

Discuten los teólogos si es conveniente encomendarnos a las almas del purgatorio... Sostienen que aquellas almas no pueden rogar por nosotros, y se apoyan en la autoridad de Santo Tomás, el cual dice que *aquellas almas por estar en estado de purificación son inferiores a nosotros y por tanto no están en condiciones de rogar, sino que más bien necesitan que los demás rueguen por ellas.* Mas otros muchos doctores, entre los cuales podemos citar a San Belarmino, Sylvio, cardenal Gotti, Lessio, Medina..., sostienen lo contrario y con mayor probabilidad de razón, pues afirman que puede creerse piadosamente que el Señor les revela nuestras oraciones para que aquellas almas benditas rueguen por nosotros y de esta suerte hay entre ellas y nosotros más íntima comunicación de caridad. Nosotros rezamos por ellas, ellas rezan por nosotros.

Y dicen muy bien Sylvio y Gotti que no parece que sea argumento en contra la razón que aduce el Angélico Santo Tomás de que las almas están en estado de purificación; porque una cosa es estar en estado de purificación y otra muy distinta el poder rogar. Verdad es que aquellas almas no están en estado de rogar, pues, como dice Santo Tomás, por hallarse bajo el castigo de Dios son inferiores a nosotros, y así parece que lo más propio es que nosotros recemos por ellas, ya que se hallan más necesitadas; sin embargo aun en ese estado bien pueden rezar por nosotros, porque son almas muy amigas de Dios. Un padre que ama tiernamente a su hijo puede tenerlo encerrado en la cárcel por alguna culpa que cometió y parece que en ese estado él no puede rogar por sí mismo, mas ¿por qué no podrá interceder por los demás? Y, ¿por qué no podrá esperar que alcanzará lo que pide, puesto que sabe el afecto grande que el padre le tiene? De la misma manera, siendo las almas benditas del purgatorio tan amigas de Dios y estando, como están, confirmadas en gracia, parece que no hay razón ni impedimento que les estorbe rezar por nosotros.

Cierto es que la Iglesia no suele invocarlas e implorar su intercesión, ya que ordinariamente ellas no conocen nuestras oraciones. Mas piadosamente podemos creer, como arriba indicábamos, que el Señor les da a conocer nuestras plegarias, y si es así, puesto que están tan llenas de caridad, por seguro podemos tener que interceden por nosotros. De Santa Catalina de Bolonia se lee que cuando deseaba alguna gracia recurría a las ánimas benditas, y al punto era escuchada; y afirmaba que no pocas gracias que por la intercesión de los Santos no había alcanzado, las había obtenido por medio de las ánimas benditas. Si, pues, deseamos nosotros la ayuda de sus oraciones, bueno será que procuremos nosotros socorrerlas con nuestras oraciones y buenas obras.

Me atrevo a decir que no tan sólo es bueno, sino que es también muy justo, ya que es uno de los grandes deberes de todo cristiano. Exige la caridad que socorramos a nuestros prójimos, cuando tienen necesidad de nuestra ayuda y nosotros por nuestra parte no tenemos grave impedimento en hacerlo. Pensemos que es cierto que aquellas ánimas benditas son prójimos nuestros, pues aunque murieron y ya no están en la presente vida, no por eso dejan de pertenecer, como nosotros, a la Comunión de los Santos. Así lo afirma San Agustín con estas claras palabras: Las almas santas de los muertos no son separadas de la Iglesia. Y más claramente lo afirma Santo Tomás, el cual, tratando esta verdad, dice que la caridad que debemos a los muertos que pasaron de esta vida a la otra en gracia de Dios no es más que la extensión de la misma caridad que tenemos en este mundo a los vivos. La caridad, dice, que es un vínculo de perfección y lazo de la Santa Iglesia, no solamente se extiende a los vivos, sino también a los muertos que murieron en la misma caridad. Por donde debemos concluir que debemos socorrer en la medida de nuestras fuerzas a las ánimas benditas, como prójimos nuestros, y pues su necesidad es mayor que la de los prójimos que tenemos en esta vida, saquemos en consecuencia que mayor es la obligación que tenemos de socorrerlas.

Porque, en efecto, ¿en qué necesidad se hallan aquellas santas prisioneras? Es verdad innegable que sus penas son inmen-

sas. San Agustín no duda en afirmar que *el fuego que las atormenta es más cruel que todas las penas que en este mundo nos pueden afligir.* Lo mismo piensa Santo Tomás y añade que su fuego es el mismo fuego del infierno. En el mismo fuego, en que el condenado es atormentado, dice, es purificado el escogido.

Si ésta es la pena de sentido, mucho mayor y más horrenda será la pena de daño que consiste en la privación de la vista de Dios. Es que aquellas almas esposas santas de Dios, no tan sólo por el amor natural que sienten hacia el Señor, sino principalmente por el amor sobrenatural que las consume, se sienten arrastradas hacia El, mas como no pueden allegarse por las culpas que las retienen, sienten un dolor tan grande que, si fueran capaces de morir, morirían de pena a cada momento. De tal manera, dice San Juan Crisóstomo, que esta privación de la vista de Dios las atormenta horriblemente más que la pena de sentido. Mil infiernos de fuego, reunidos, dicen, no les causarían tanto dolor como la sola pena de daño.

Y es esto tan verdadero que aquellas almas, esposas del Señor, con gusto escogerían todas las penas antes que verse un solo momento privadas de la vista y contemplación de Dios. Por eso se atreve a sostener el Doctor Angélico que, *las penas del purgatorio exceden todas las que en este mundo podemos padecer.* Dionisio el Cartujo refiere que un difunto, resucitado por intercesión de San Jerónimo, dijo a San Cirilo de Jerusalén que todos los tormentos de la presente vida comparados con la pena menor del purgatorio, parecen delicias y descansos. Añadió que si uno hubiera experimentado las penas del purgatorio, no dudaría en escoger los dolores que todos los hombres juntos han padecido y padecerán en este mundo hasta el juicio final, antes que padecer un día solo la menor pena del purgatorio. Por eso escribía el mismo San Cirilo a San Agustín, que las penas del purgatorio, en cuanto a su gravedad, son lo mismo que las penas del infierno; en una sola cosa principalísima se distinguen: en que no son eternas.

Son por tanto espantosamente grandes las penas de las ánimas benditas del purgatorio, y además ellas no pueden valerse por sí mismas. Lo decía el Santo Job con aquellas palabras: *Enca-*

denadas están y amarradas con cuerdas de pobreza. Reinas son y destinadas al reino eterno, pero no podrán tomar posesión de él, y tendrán que gemir desterradas hasta que queden totalmente purificadas. Sostienen algunos teólogos que pueden ellas en parte mitigar sus tormentos con sus plegarias, pero de todos modos no podrán nunca hallar en sí mismas los recursos suficientes y tendrán que quedar entre aquellas cadenas hasta que no hayan pagado cumplidamente a la justicia divina. Así lo decía un fraile cisterciense, condenado al purgatorio, al hermano sacristán de su monasterio: *Ayúdame,* le suplicaba, *con tus oraciones, que yo por mí nada puedo.* Y esto mismo parece repetir San Buenaventura con aquellas palabras: *Tan pobres son aquellas benditas ánimas, que por sí mismas no pueden pagar sus deudas.*

Lo que sí es cierto y dogma de fe es que podemos socorrer con nuestros sufragios y sobre todo con nuestras oraciones a aquellas almas santas. La Iglesia alaba estas plegarias y ella misma va delante con su ejemplo. Siendo esto así, no sé cómo puede excusarse de culpa aquel que pasa mucho tiempo sin ayudarlas en algo, al menos con sus oraciones.

Si a ello no nos mueve este deber de caridad, muévanos el saber el placer grande que proporcionamos a Jesucristo, cuando vea que nos esforzamos en romper las cadenas de aquellas sus amadas esposas para que vayan a gozar de su amor en el cielo. Muévanos también el pensamiento de los muchos méritos que por este medio adquirimos, puesto que hacemos un acto de caridad tan grande con aquellas benditas ánimas; y bien seguros podemos estar que ellas a su vez, agradecidas al bien que les hemos procurado, sacándolas con nuestras oraciones de aquellas penas y anticipándoles la hora de su entrada en el cielo, no dejarán de rogar por nosotros cuando ya se hallen en medio en la bienaventuranza. Decía el Señor: *Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.* Pues si el bondadoso galardonador promete misericordia a los que tienen misericordia con sus prójimos, con mayor razón podrá esperar su eterna salvación aquel que procura socorrer a almas tan santas, tan afligidas y tan queridas de Dios.

Pero volvamos a la duda que arriba nos atrevimos a exponer: ¿Hay verdadera obligación de invocar la intercesión de los San-

tos? No es mi propósito resolver aquí esta sutilísima cuestión; no quiero sin embargo dejar de exponer una doctrina del Angélico Doctor. Sostiene él primeramente en muchos lugares antes apuntados y especialmente en el libro de las Sentencias, que es verdad innegable que todos estamos obligados a rezar, porque de otra manera no alcanzaremos las gracias necesarias para nuestra salvación eterna, ya que para ello no hay otro camino que el de la oración. En otro lugar del mismo libro se propone a sí mismo con toda claridad la siguiente duda: ¿Debemos rogar a los Santos para que intercedan por nosotros? Para que se entienda bien el pensamiento del Santo quiero transcribir el texto íntegro: Es así: *Hay un orden divinamente establecido en todas las cosas, según Dionisio Areopagita, y es que las últimas cosas vuelvan a Dios valiéndose de las intermedias. Y como los Santos ya están en la Patria y por tanto muy cerca de Dios, parece que está pidiendo el orden general establecido, que nosotros, que aún estamos con este cuerpo mortal y andamos peregrinando lejos de Dios, a El volvamos por mediación de los Santos. Así sucede, cuando por ellos llegan hasta nosotros los efectos de la divina bondad. Pues nuestra vuelta a Dios debe seguir en cierto modo el mismo procedimiento de la donación de su bondad, ya que los beneficios divinos llegan a nosotros por medio de los santos, así por medio de los mismos debemos volver a Dios. De aquí podemos concluir que cuando pedimos a los Santos que recen por nosotros, los constituimos intercesores y en cierto sentido mediadores nuestros.*

Meditemos estas palabras del Angélico Doctor y veremos que según su doctrina el orden de la divina ley exige que nosotros, míseros mortales, nos salvemos por medio de los Santos, recibiendo de sus manos las gracias necesarias para nuestra salvación eterna. Como alguno puede objetar que parece superfluo acudir a los Santos, ya que Dios es infinitamente más misericordioso que ellos y más inclinado a socorrernos, responde el Santo muy atinadamente que, si lo ha dispuesto así el Señor, no ha sido por falta de poder por parte suya, sino para conservar en todo el orden general establecido de obrar siempre por medio de las causas segundas.

Lo mismo enseñan el continuador de Tournel y Silvio apoyados en la doctrina de Santo Tomás. Dicen ellos que si es

verdad que sólo podemos rezar a Dios, como autor de la gracia, tenemos sin embargo obligación de acudir a la intercesión de los Santos para guardar el orden establecido por Dios, que ha dispuesto que los inferiores se salven con la ayuda de los superiores.

De la intercesión de María Santísima

Lo que hasta aquí llevamos dicho de la intercesión de los Santos puede decirse, pero con mucha mayor excelencia, de la intercesión de la Madre de Dios; sus oraciones valen más que las de todo el paraíso. Da la razón Santo Tomás, diciendo que los Santos, según su mérito, así es el poder que tienen de salvar a otros muchos; pero como Jesucristo y digamos lo mismo de su Divina Madre, tienen gracia tan abundante, por eso pueden salvar a todos los hombres. Lo dice así el Santo Doctor. Ya es cosa grande decir de un santo que tiene bastante gracia para salvar a muchos. Pero si pudiera decirse de alguno que la tenía tan grande que a todos los hombres pudiera dar la salvación sería la más grande alabanza. Mas ello solamente puede decirse de Jesucristo y de su Madre Santísima. San Bernardo hablando de la Virgen escribió estas hermosas palabras: *Así como nosotros no podemos acercarnos al Padre, sino por medio del Hijo, que es mediador de justicia, así no podemos acercarnos a Jesús si no es por medio de María, que es la mediadora de la gracia y nos obtiene con su intercesión todos los bienes que nos ha concedido Jesucristo.* En otro lugar saca el mismo Santo de todo esto una consecuencia lógica, cuando dice que María ha recibido de Dios dos plenitudes de gracias: la primera, la encarnación del Verbo eterno, tomando carne humana en su purísimo seno..., la segunda, la plenitud de las gracias que de Dios recibimos por su intercesión. Oigamos las palabras del mismo Santo: *Puso el Señor en María la plenitud de todos los bienes, y por tanto, si tenemos alguna gracia y alguna esperanza, si alguna seguridad tenemos de salvación eterna, podemos confesar que todo nos viene de Ella, pues rebosa de delicias divinas. Huerto de delicias es su alma y de allí corren y se esparcen suaves aromas, es decir, los carismas de todas las gracias.*

Podemos por tanto asegurar que todos los bienes que del Señor recibimos, nos llegan por medio de la intercesión de María. ¿Qué por qué es así? Responde categóricamente San Bernardo: *Porque así lo ha dispuesto el mismo Dios. Esta es su divina voluntad,* son palabras de San Bernardo, *que todo lo recibamos por manos de María.* Pero San Agustín da otra razón y parece más lógica, y es que María es propiamente nuestra Madre; lo es, porque su caridad cooperó para que naciésemos a la vida de la gracia y fuéramos hechos miembros de nuestra cabeza que es Jesucristo. Pues ella ha cooperado con su bondad al nacimiento espiritual de todos los redimidos, por eso ha querido el Señor que con su intercesión coopere a que tengan la vida de la gracia en este mundo, y en el otro mundo la vida de la gloria. Que por esto la Santa Iglesia se complace en llamar y saludarla con estas suavísimas palabras: Vida, dulzura y esperanza nuestra.

Nos exhorta San Bernardo a recurrir siempre a esta divina Madre, ya que sus súplicas son siempre escuchadas por su divino Hijo. *Acudamos a María,* exclama con fervoroso acento, *lo digo sin vacilar..., el Hijo oirá a su Madre.* A continuación añade: *Hijos míos, Ella es la escala de los pecadores. Ella mi máxima esperanza. Ella, toda la razón de confianza del alma mía.* La llama *escala,* porque así como no podemos subir el tercer escalón sin poner antes el pie en el segundo, de la misma manera nadie llega a Dios si no es por medio de María. Y añade que es su máxima esperanza y el fundamento de su confianza porque Dios ha dispuesto que todas las gracias nos pasen por manos de María. Por esto concluye recordándonos que todas las gracias que queramos obtener, las pidamos por medio de María, porque Ella alcanza todo lo que quiere, y sus oraciones jamás serán desatendidas. He aquí sus textuales palabras: *Busquemos la gracia y busquémosla por medio de María, porque halla todo lo que busca y jamás pueden ser frustrados sus deseos.*

No de distinta forma hablaba el fervoroso San Efrén: *Sólo una esperanza tenemos,* decía, *y eres Tú, Virgen purísima.* San Ildefonso, vuelto a la misma celestial Señora, le hablaba así. *La Majestad divina ordenó que todos sus bienes pasaran por tus manos benditas. A Ti están confiados todos los tesoros divinos y todas las rique-*

zas de las gracias. San Germán le decía todo tembloroso: *¿Qué será de nosotros, si Tú nos abandonas, vida de todos los cristianos?* San Pedro Damián: *En tus manos están todos los tesoros de las misericordias de Dios.* San Antonio: *Quien reza sin contar contigo es como quien pretende volar sin alas.* San Bernardino de Sena: *Tú eres la dispensadora de todas las gracias; nuestra salvación está en tus manos.* En otro lugar llegó a afirmar el mismo Santo que no tan sólo es María el medio por el cual se nos comunican todas las gracias de Dios, sino que desde el día en que fue hecha Madre de Dios, adquirió una especie de jurisdicción sobre todas las gracias que se nos conceden. Sigue ponderando la autoridad de la Virgen con estas palabras: *Por María, de la cabeza de Cristo, pasan todas las gracias vitales a su cuerpo místico. El día en que siendo Virgen fue hecha Madre de Dios, adquirió una suerte de posesión y autoridad sobre todas las gracias que el Espíritu Santo concede a los hombres de este mundo, que nadie jamás obtendrá gracia alguna, sino según lo disponga esta Madre piadosísima.* Y añade esta conclusión: *Por tanto, sus manos misericordiosas dispensan a quien quiere dones, virtudes y gracias.* Y lo mismo confirma San Bernardino de Sena con estas palabras: *Ya que toda la naturaleza divina se encerró en el seno de María, no temo afirmar que por ello adquirió la Virgen cierta jurisdicción sobre todas las corrientes de las gracias, pues fue su seno el océano del cual salieron todos los ríos de las divinas gracias.*

Muchos teólogos apoyados en la autoridad de estos Santos, justa y piadosamente tienen la opinión de que no hay gracia que no sea dispensada por medio de la intercesión de María. Así podemos citar entre muchos a Vega, Mendoza, Paciuccheli, Séñeri, Poiré, Grasset. Lo mismo defiende el docto P. Natal Alejandro, del cual son estas palabras: *Quiere Dios que todos los bienes que de El esperamos, los obtengamos por la poderosísima intercesión de su Madre, cuando debidamente la invocamos.* Y trae para confirmarlo el célebre texto de San Bernardo. *Esta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María.* El P. Contenson, comentando aquellas palabras que Cristo pronunció en la cruz: *Ahí tienes a tu madre,* añade. *Como si dijere: Ninguno puede participar de mi sangre, sino por la intercesión de mi Madre. Fuentes son de gracia por medio de ese canal que se llama María. Juan, mi amado discípulo, serás tan amado de Mí, cuanto amares a Ella.*

Por lo demás, si es cierto que le agrada al Señor que recurramos a los santos, mucho más le ha de agradar que acudamos a la intercesión de María para que supla Ella nuestra indignidad con la santidad de sus méritos. Así cabalmente lo afirma San Anselmo: *Para que la dignidad de la intercesora supla nuestra miseria.* Por tanto, acudir a la Virgen no es desconfiar de la divina misericordia; es tener miedo de nuestra indignidad. Santo Tomás, cuando habla de la dignidad de María, no repara en llamarla *casi infinita.* Como es Madre de Dios tiene cierta especie de dignidad infinita. Y, por tanto, puede decirse sin exageración que las oraciones de María son casi más poderosas que las de todo el cielo.

Pongamos fin a este primer capítulo resumiendo todo lo dicho y dejando bien sentada esta afirmación: *que el que reza se salva y el que no reza se condena.* Si dejamos a un lado a los niños, *todos los demás bienaventurados se salvaron porque rezaron, y los condenados se condenaron porque no rezaron.* Y ninguna otra cosa les producirá en el infierno más espantosa desesperación que pensar que les hubiera sido cosa muy fácil salvarse. Pues lo hubieran conseguido pidiendo a Dios sus gracias, y que ya serán eternamente desgraciados, porque pasó el tiempo de la oración.

II. EFICACIA DE LA ORACION

Excelencia de la oración y su poder cerca de Dios

Tan gratas a Dios son nuestras plegarias que ha querido que sus santos ángeles se las presenten, apenas se las dirigimos. Lo dice San Hilario: *Los ángeles presiden las oraciones de los fieles y diariamente las ofrecen al Señor.* Y ¿qué son las oraciones de los santos, sino aquel humo de oloroso incienso que subía ante el divino acatamiento y que los ángeles ofrecían a Dios, como vio San Juan? Y el mismo Santo Apóstol escribe que las oraciones de los santos son incensarios de oro llenos de perfumes deliciosos y gratísimos a Dios.

Para mejor entender la excelencia de nuestras oraciones ante el divino acatamiento bastará leer en las Sagradas Escrituras las promesas que ha hecho el Señor al alma que reza, y eso lo mismo en el Antiguo que en el Nuevo Testamento. Recordemos algunos textos nada más: *Invócame en el día de la tribulación... Llámame y yo te libraré... Llámame y yo te oiré... (Jr. 33, 3). Pedid y se os dará... Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá... Cosas buenas dará mi Padre que está en los cielos a aquel que se las pida... Todo aquel que pide, recibe... Lo que queráis, pedidlo, y se os dará. Todo cuanto pidieren, lo hará mi Padre por ellos. Todo cuanto pidáis en la oración, creed que lo recibiréis y se hará sin falta. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré... Cuanto quisiereis, pedidlo y se os otorgará... En verdad, en verdad os digo, cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo concederá (Mt. 8, 7; Lc. 11, 10; Jn. 15, 17; Mt. 18, 19; Mc. 11, 24; Jn. 14, 14-16, 23).* Y como éstos muchos textos más que no traemos aquí para no extendernos más de lo debido.

Quiere Dios salvarnos, mas, para gloria nuestra, quiere que nos salvemos, como vencedores. Por tanto, mientras vivamos en la presente vida, tendremos que estar en continua guerra. Para salvarnos habremos de luchar y vencer. Sin victoria nadie podrá ser coronado. Así afirma San Juan Crisóstomo: *Cierto es que somos muy débiles y los enemigos muchos y muy poderosos; ¿cómo, pues, podremos hacerles frente y derrotarlos? Responde el Apóstol animándonos a la lucha con estas palabras: Todo lo puedo con Aquel que es mi fortaleza. (Fil. 4, 13).* Todo lo podemos con la oración; con ella nos dará el Señor las fuerzas que necesitamos, porque, como escribe Teodoreto, *la oración es una, pero omnipotente.* San Buenaventura asegura que *con la oración podemos adquirir todos los bienes y librarnos de todos los males.*

San Lorenzo Justiniano afirma que *con la oración podemos levantarnos una torre fortísima donde hemos de estar seguros de las asechanzas y ataques de todos nuestros enemigos.* San Bernardo escribe estas hermosas palabras: *Fuerte es el poder del infierno, pero la oración es más fuerte que todos los demonios.* Y ello es así, porque con la oración alcanza el alma la ayuda divina que es más poderosa que toda fuerza creada. Por esto el santo rey David, cuando le asaltaban los temores, se animaba con estas palabras: *Con cánticos de ala-*

banza invocaré al Señor y seré libre de todos mis enemigos. (Sal. 17, 4). San Juan Crisóstomo lo resume en esta sentencia: *La oración es arma poderosa, tutela, puerto y tesoro.* Es arma poderosa porque con ella vencemos todos los asaltos del enemigo; defensa, porque nos ampara en todos los peligros; puerto, porque nos salva en todas las tempestades; y tesoro, porque con ella tenemos y poseemos todos los bienes.

De la eficacia de la oración para el vencimiento de las tentaciones

Conociendo el Señor, como conoce, que tan grande bien sea para nosotros la necesidad de la oración, como se dijo en el anterior capítulo, permite que seamos asaltados de muchos y terribles enemigos para que acudamos a El y le pidamos la ayuda que El mismo nos prometió y bondadosamente nos ofrece. Si halla mucha complacencia en ver cómo recurrimos a El, no es menor su pena y pesadumbre cuando nos halla perezosos en la oración. Lo mismo que un rey tendría por traidor al capitán que se hallara situado en una plaza y no pidiera fuerzas de socorro, de la misma manera, dice San Buenaventura *tiene el Señor por traidor a aquel que al verse sitiado de tentaciones no acude a El en demanda de socorro, pues deseando está y esperando que se le pida para volar en su auxilio.* Lo asegura el profeta Isaías: Díjole al rey Acaz de parte de Dios que pidiera el milagro que quisiera al Señor su Dios. Contestó el impío rey: *Nada pediré... no quiero tentar al Señor.* Esto dijo, porque confiaba en sus ejércitos y para nada quería el apoyo del auxilio divino. Duramente se lo echó en cara el profeta con estas palabras: *Oye, oh rey de la casa de David, ¿acaso os parece poco el hacer agravio a los hombres, que osáis hacerlo también a mi Dios?* Con lo cual quiso significar que ofende e injuria al Señor aquel que deja de pedirle las gracias que El bondadosamente le ofrece.

Venid a mí todos los que andáis agobiados con cargas y trabajos, que yo os aliviaré (Mt. 11, 28). Pobres hijos míos, dice el Señor, los que andáis combatidos de tantos enemigos y cargados con el peso de tantos pecados, recurrid a Mí con la oración y yo os daré

fuerzas para resistir y pondré remedio a todos vuestros males. En otro lugar dice por labios del profeta Isaías: *Venid y argüidme... aunque vuestros pecados sean rojos, como la grana, blancos quedarán, como la nieve (Js. 1, 18).* Que es lo mismo que decir: Hombres, venid a mí, y aunque tengáis vuestra conciencia manchada con grandes culpas, no dejéis de venir... y si después de haber acudido a mí, yo con mi gracia no os vuelvo vuestra alma pura y cándida como la nieve, os autorizo para que me lo echéis en cara.

¿Qué es la oración? *La oración,* responde el Crisóstomo, *es áncora para el que está en peligro de zozobrar... tesoro inmenso de riquezas para aquel que nada tiene... medicina eficacísima para los enfermos del alma. Defensa segurísima para aquel que quiere conservarse firme en santidad.* ¿Para qué sirve la oración? Responda por mí San Lorenzo Justiniano: *La oración aplaca a Dios, el cual perdona al punto aquel que con humildad se lo pide... alcanza todas las gracias que pide... vence todas las fuerzas del demonio; en una palabra, tan maravillosamente transforma a los hombres que a los ciegos ilumina, a los débiles fortifica y de los pecadores hace santos.* El que tenga necesidad de luz divina acuda al Señor y tendrá luz. Lo dice Salomón: *Invoqué al Señor y al punto descendió sobre mí la sabiduría (Sab. 7, 7).* El que tenga necesidad de fortaleza, llame al Señor y tendrá fortaleza como lo confesaba el profeta David: *Abrí los labios para rezar y en el acto recibí la ayuda de Dios.* ¿Y cómo pudieron los mártires tener tan grande fortaleza que resistieron a todos los tiranos? Con la oración, con lo cual tuvieron la fuerza para vencer todos los tormentos y hasta la misma muerte.

Resumiéndolo todo, escribe San Pedro Crisólogo que *aquel que emplea el arma de la oración, no cae en la muerte de la culpa, sino que despréndese de la tierra, y se eleva a los cielos y goza del trato con Dios.* Túrbanse algunos y se preguntan inquietos y miedosos: ¿Quién sabe si estaré escrito en el libro de la vida? ¿Quién sabe si Dios me dará la gracia eficaz y la perseverancia? Vanas son estas preguntas. Sigamos el ejemplo de San Pablo, el cual escribía: *No os inquietéis por la solicitud de cosa alguna, mas en todo presentad a Dios vuestras peticiones por medio de la oración y de las plegarias, acompañadas de hacimiento de gracias. (Fil., 6).* Con estas pala-

bras parece que nos quiere decir: ¿Por qué inquietarnos con necios temores y con inútiles angustias? Dejad todas vuestras temerosas solicitudes, que no sirven más que para empujar a la desesperación y hacer tibios y perezosos en el camino de la salvación eterna. Rezad, rezad siempre; que vuestras plegarias suban continuamente ante el trono de Dios. Dadle siempre gracias por las promesas que os hizo de concederos todas las gracias que le pidiereis; la gracia eficaz, la perseverancia, la salvación y todo cuanto deseareis... Nos lanzó el Señor a la batalla contra enemigos fuertes, pero El será fiel a la promesa que nos hizo de no permitir que seamos más fieramente combatidos de lo que nuestras fuerzas pueden resistir. Es fiel porque al punto socorre al que le invoca. (1 Cor. 10, 13).

Dice a este propósito el eminentísimo cardenal Gotti que *el Señor no está obligado a darnos una gracia que sea tan poderosa como la tentación, pero si la tentación arrecia y nosotros acudimos a El, entonces El se obliga a darnos la fuerza necesaria para vencer la acometida del demonio.* Todo lo podemos con la ayuda divina que el Señor da a aquel que *humildemente se la pide.* Por donde concluyamos que si somos vencidos, culpa nuestra es, por no haber rezado. Pues, como escribe San Agustín: *por la oración huyen todos nuestros enemigos.*

Que Dios está siempre propicio a escucharnos

Dice San Bernadino de Sena que *la oración es embajadora fiel. El Rey del cielo la conoce muy bien,* pues tiene por costumbre entrarse muy confiadamente en sus tabernáculos y allí no se cansa de importunarle hasta que al fin alcanza la ayuda de su gracia para nosotros, pobres necesitados, que gemimos en medio de tantos combates y de tantas miserias en este valle de lágrimas. El profeta Isaías nos asegura que cuando el Señor oye nuestras plegarias, al punto se mueve tanto a compasión que no nos deja llorar en demasía, pues luego nos responde concediéndonos lo que deseamos. Así lo dice el profeta: *De ninguna manera llorarás: El Señor, apiadándose de ti, usará contigo de misericordia; al*

momento que oyere la voz de tu clamor, te responderá benigno (Js. 30, 19). El profeta Jeremías así se queja en nombre de Dios: *¿Por ventura he sido yo para Israel algún desierto o tierra sombría que tarda en fructificar? Pues, ¿por qué motivo me ha dicho mi pueblo: Nosotros nos retiramos: no volveremos jamás a Ti? (Jr. 2, 31)* ¿Por qué no quieres recurrir más a mí? ¿Por ventura es para vosotros mi misericordia, tierra estéril, que no puede producir fruto alguno de gracia? ¿O es que pensáis que es tierra de mala ley, que sólo lleva frutos tardíos? Con estas palabras nos hace comprender el Señor que no deja El nunca de oír nuestras oraciones y sin tardanza, y a la vez condena la conducta de aquellos que dejan de rezar con el pretexto de que Dios no quiere escuchar.

Generoso favor sería de parte de Dios, si solamente una vez al mes se dignase acoger nuestras plegarias. Así lo hacen los grandes de la tierra, los cuales ponen dificultades para atender. No es así el Señor, antes por el contrario, dice el Crisóstomo, que *siempre está aparejado a oír nuestras oraciones y no se dará jamás el caso de que le invoque un alma y El no oiga al punto su oración.* En otro lugar dice el mismo santo que antes que nosotros terminemos de rezar ya ha oído El nuestra petición. Lo asegura el mismo Dios con estas palabras: *Aún estaban ellos rezando, y ya les había oído mi misericordia. (Is. 65, 24).* El santo rey David dice oportunamente que el Señor está muy junto a los que le invocan y se complace en oírlos y en salvarlos. Así habla el salmista: *Pronto estará el Señor para todos los que le invocan de verdad. Condescenderá con la voluntad de los que le temen; oirá benigno sus peticiones y los salvará (Sal. 144, 18).* Ya antes que él se gloriaba de lo mismo el santo caudillo Moisés: *No hay nación por grande que sea que tenga los dioses tan cerca de sus adoradores, como está nuestro verdadero Dios presente a todas nuestras plegarias (Dt. 4, 7).* Los dioses gentiles eran sordos a las voces de los que los invocaban, porque eran simples estatuas o miserables criaturas que nada podían. Nuestro Dios todo lo puede, y por eso no es sordo a nuestras peticiones, antes por el contrario está siempre al lado del que reza para concederle todas las gracias que él pida. Decía el Salmista: *En cualquier hora que te invoco, al instante conozco que tú eres mi Dios (Sal. 55, 10).* Como si dijera: En esto conozco que eres mi

Dios, Dios de bondad y de misericordia, en que me socorres apenas recurro a Ti.

Que hay que pedir a Dios cosas grandes

Tan pobres somos que por nosotros mismos nada tenemos, pero con la oración podemos remediar nuestra pobreza. Si nada tenemos Dios es rico, y Dios, dice el Apóstol, *es generoso con todos aquellos que le invocan (Rm. 10, 12).* Con razón, pues, nos exhorta San Agustín a que tengamos confianza: *Tratamos con un Dios que es infinito en poder y riquezas. No le pidamos cosas ruines y mezquinas, sino cosas muy altas y grandes. Pedir a un rey poderoso un céntimo vil, sería sin duda una especie de injuria. ¿Y no lo será hacer lo mismo con nuestro Dios? Aunque seamos pobres y miserables y muy indignos de los beneficios divinos, sin embargo, pidamos al Señor gracias muy grandes, porque así honramos a Dios, honramos su misericordia y su liberalidad, porque pedimos, apoyados en su fidelidad y en su bondad y en la promesa solemne que nos hizo de conceder todas las gracias a quien debidamente se las pidiere. Pediréis todo lo que queráis y todo se hará según vuestros deseos (Jn. 15, 7).*

Santa María Magdalena de Pazzis, afirma que *con este modo de orar se siente el Señor muy honrado y tanta consolación halla cuando vamos a El en busca de gracias, que no parece sino que El mismo nos lo agradece, pues de esta manera le damos ocasión y le abrimos el camino de hacernos beneficios y de satisfacer así las ansias que tiene de hacernos bien a todos.* Estemos persuadidos de que, cuando llamamos a las puertas de Dios para pedirle gracias, nos da siempre más de lo que le pedimos. Por eso decía el apóstol Santiago: *Si alguno tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios, que a todos la da copiosamente y no zahiere a nadie. (St. 1, 5)* Con esto quiso decirnos que Dios no es avaro de sus bienes, como suelen serlo los hombres.

Los hombres de este mundo por muy generosos que sean, al dar limosna siempre encogen algo la mano y dan menos de lo que se les pide, porque, por muy grandes que sean sus tesoros, siempre son limitados, y así, a medida que van dando, suele ir disminuyendo su caudal. Dios a los que rezan da *copiosamente* con larga y abundante mano, y más de lo que se le pide, porque

infinita es su riqueza, y por mucho que dé, nunca disminuyen sus tesoros... Así lo decía David: *Porque Tú, Señor, eres suave, manso y de gran misericordia para todos lo que te invocan (Sal 85, 5).* Como si dijera: Las misericordias que derramáis son tan abundantes, que superan con mucho la grandeza de los bienes que os piden.

Pongamos, por tanto, sumo cuidado en rezar con gran confianza y estemos seguros de que, como decía el Crisóstomo, *con la oración abriremos para dicha nuestra el arca de los tesoros divinos.*

Eficacia preferente de la oración

Quede bien sentado que la oración es verdadero tesoro y que el que más pide, más recibe. San Buenaventura llega a afirmar que *cuantas veces el hombre devotamente acude al Señor con la oración, gana bienes que valen más que el mundo entero.*

Algunas almas emplean mucho tiempo en leer y meditar y se ocupan muy poco de rezar. No niego que la lectura espiritual y la meditación de las verdades eternas sean muy útiles para el alma, mas San Agustín no duda en afirmar que *es cosa mejor rezar que meditar.* Y da la razón: *Porque en la lección conocemos lo que tenemos que hacer y en la oración alcanzamos la fuerza para cumplirlo.* Y, a la verdad, ¿de qué nos sirve saber lo que tenemos que hacer si no lo hacemos? Somos más culpables en la presencia de Dios. Leamos y meditemos en buena hora, pero es cosa cierta que no cumpliremos con nuestros deberes, si no pedimos a Dios la gracia para cumplirlos.

A propósito de esto dice San Isidoro que *en ningún otro momento anda el demonio tan solícito en distraernos con pensamientos de cosas temporales, como cuando acudimos a Dios para pedirle sus gracias.* ¿Por qué? Porque está bien persuadido el espíritu del mal que nunca alcanzamos mayores bienes espirituales que en la oración. Este, por tanto, ha de ser el fruto mayor de la meditación: aprender a pedir a Dios las gracias que necesitamos para la perseverancia y la salvación. Por esto muy principalmente se dice que la meditación es moralmente necesaria al alma para que se conserve en gracia, porque aquel que no se recoge para

hacer meditación y en ese momento no reza y pide las gracias que necesita para la perseverancia en la virtud, no lo hará en otro momento, pues si no medita, ni pensará en rezar, ni siquiera comprenderá la necesidad que tiene de la oración. Por el contrario, el que todos los días hace meditación conoce muy bien las necesidades de su alma y los peligros en que se halla y la obligación que tiene de rezar. Rezará para perseverar y salvarse. De sí mismo decía el Padre Séñeri que *en los comienzos de su vida, cuando hacía meditación, ponía mayor empeño en hacer afectos que en pedir; mas cuando poco a poco llegaba a comprender la excelencia de la oración y su inmensa utilidad, ya en la oración mental pasaba más tiempo en pedir y rezar.*

Como el polluelo de la golondrina, así clamaré, decía el devoto rey Ezequías. Los polluelos de las golondrinas no hacen más que piar continuamente. Piden a sus madres el alimento que necesitan para vivir. Lo mismo debemos hacer nosotros, si queremos conservar la vida de la gracia: clamemos siempre, pidamos al Señor que nos socorra para evitar la muerte del pecado y seguir adelante en la senda de su divino amor. De los padres antiguos que fueron grandes maestros del espíritu refiere el P. Rodríguez que *se juntaron en asamblea y allí discutieron cuál sería el ejercicio más útil para alcanzar la salvación eterna; y resolvieron que parecía lo mejor repetir con frecuencia aquella breve oración del profeta David: Dios mío, ven en mi socorro. Eso mismo ha de hacer el que quiera salvarse,* afirma Casiano, *decir con frecuencia al Señor: Dios mío, ayudadme... ayúdame, oh mi buen Jesús...* Esto hay que hacerlo desde el primer momento de la mañana, y esto hay que repetirlo en todas las angustias y en todas las necesidades, temporales y espirituales, pero muy particularmente, cuando nos veamos molestados por la tentación. Decía San Buenaventura que *a veces más alcanzamos y más pronto con una breve oración, que con muchas obras buenas.* Y más allá va San Ambrosio, pues dice que *el que reza, mientras reza, ya alcanza algo, pues el rezar ya es singular don de Dios.* Y San Juan Crisóstomo escribe que *no hay hombre más poderoso en el mundo que el que reza.* El que reza participa del poder de Dios. Todo esto lo compendió San Bernardo en estas palabras: *Para caminar por la senda de la perfección hay que meditar y rezar; en la*

meditación vemos lo que tenemos; con la oración alcanzamos lo que nos falta.

Resumen del capítulo segundo

Resumamos: I. *Sin oración cosa muy difícil es que nos podamos salvar;* tan difícil que, como lo hemos demostrado, es del todo imposible según la ordinaria Providencia.

II. *Con la oración, la salvación es segura y fácil...* Porque en efecto, ¿qué se necesita para salvarnos? Que digamos: Dios mío, ayudadme; Señor mío, amparadme y tened misericordia de mí. Esto basta. ¿Hay cosa más fácil? Pues, repitámoslo; que si lo decimos bien y con frecuencia, esto bastará para llevarnos al cielo. San Lorenzo Justiniano nos exhorta muy encarecidamente que *al principio de todas nuestras obras hagamos alguna oración.* Casiano por su parte nos recuerda el ejemplo de los antiguos padres, los cuales exhortaban a todos a que recurrieran a Dios con breves, pero frecuentes jaculatorias. San Bernardo decía: *Que nadie haga poco caso de la oración, ya que el Señor la estima tanto que nos da lo que pedimos o cosa mejor, si comprende que es más útil para nuestra alma.*

III. Pensemos que, *si no rezamos, ninguna excusa podremos alegar, porque Dios a todos da la gracia de orar.* En nuestras manos está el rezar siempre que queramos como lo confesaba el santo rey David: *Haré para conmigo oración a Dios, autor de mi vida. Le diré al Señor: Tú eres mi amparo.* Mas de esto largamente hablaremos en la parte segunda. Allí se pondrá en claro que Dios da a todos la gracia de orar; y así con la oración podemos alcanzar los socorros divinos que necesitamos para observar los mandamientos y perseverar hasta el fin en el camino del bien. Ahora afirmo únicamente que si no nos salvamos, culpa nuestra será. Y la causa de nuestra infinita desgracia será una sola: que no hemos rezado.

III. CONDICIONES DE LA BUENA ORACION

En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá (Jn. 16, 23). Tal es la bella promesa que

nos ha hecho Jesucristo. Dice que nos concederá todo cuando le pidamos, pero debemos entender que con la condición de que recemos con las debidas disposiciones. Ya lo dijo el apóstol Santiago: *Si pedís y no alcanzáis lo que pedís, es porque pedís malamente (St. 4, 5).* Y San Basilio, apoyando esta sentencia del apóstol, escribe: *Si alguna vez pediste y no recibiste, fue seguramente porque pediste con poca fe y poca confianza, con pocas ansias de alcanzar la divina gracia porque pediste cosas no convenientes o porque no perseveraste en la oración hasta el fin.* Santo Tomás reduce a cuatro las condiciones para que la oración sea eficaz: *pedir por uno mismo, pedir cosas necesarias para la salvación, pedirlas con piedad y pedirlas con perseverancia.*

Se dice por quien hemos de pedir

La primera condición de la oración, dice el Doctor Angélico, es que pidamos por nosotros mismos. Sostiene, en efecto, el santo Doctor, que nadie puede alcanzar para otro hombre la vida eterna, ni por tanto las gracias que conducen a ella a título de justicia, *ex condigno,* como dice la teología. Y advierte además esta razón: que la promesa que hizo el Señor a los que rezan es solamente a condición de que recen por ellos mismos y no por los demás. *Dabit vobis: A vosotros se os dará.*

Hay, sin embargo, muchos doctores que sostienen lo contrario, tales como Cornelio Alápide, Silvestre, Toledo, Habert y otros, y se apoyan en la autoridad de San Basilio, el cual afirma categóricamente que la eficacia de la oración es infalible, aun cuando recemos por otros, con tal que ellos no pongan algún impedimento positivo. Se apoya en las Sagradas Escrituras que dicen: *Orad los unos por los otros para que seáis salvos; que es muy poderosa ante Dios la oración del justo (St. 5, 16).* Y todavía es más claro lo que leemos en San Juan: *El que sabe que su hermano ha cometido un pecado, ruegue por él y Dios dará la vida al que peca, no de muerte (Jn. 5, 16).*

Comentando estas palabras San Agustín, San Beda y San Ambrosio dicen que aquí se trata del pecador que se empeña en vivir en impenitencia, o sea, en la muerte del pecado; pues para los obstinados en la maldad se necesita una gracia del todo

extraordinaria. A los pecadores que no son culpables de tan grande maldad podemos salvarlos con nuestras oraciones. Así lo aseguran, apoyados en esta solemne afirmación del apóstol San Juan: Reza y Dios dará la vida al pecador.

Lo que en todo caso está fuera de duda es que las oraciones que hacemos por los pecadores, a ellos les son muy útiles y agradan mucho al Señor: y no pocas veces se lamenta el mismo Salvador de que sus siervos no le recomiendan bastante los pecadores. Así lo leemos en la vida de Santa María Magdalena de Pazzis, a la cual dijo un día Jesucristo: *Mira, hija, cómo los cristianos viven entre las garras de los demonios. Si mis escogidos no los libran con sus oraciones, serán totalmente devorados.*

Muy especialmente pide esto Ntro. Señor Jesucristo a los sacerdotes y religiosos. Por esto la misma Santa hablaba así a sus monjas: *Hermanas, Dios nos ha sacado del mundo no sólo para que trabajemos por nosotros, sino también para que aplaquemos la cólera de Dios en favor de los pecadores.* Otro día dijo el Señor a la misma Santa carmelita: *A vosotras, esposas predilectas, os he confiado la ciudad de refugio, que es mi sagrada Pasión; encerraos en ella y ocupaos en socorrer a aquellos hijos que perecen... y ofreced vuestra vida por ellos.* Por esto la santa, inflamada de caridad, cincuenta veces al día ofrecía a Dios la sangre del Redentor por los pecadores y tanto se consumía en las llamas de su devoción, que exclamaba: *¡Qué pena tan grande, Señor, ver que podría muriendo hacer bien a vuestras criaturas y no poder morir!* En todos sus ejercicios de piedad encomendaba al Señor la conversión de los pecadores, y leemos en su biografía, que ni una sola hora del día pasaba sin orar por ellos. Levantábase muchas veces a media noche y corría a rezar ante el sagrario por los pecadores. Un día la hallaron llorando amargamente. Le preguntaron la causa de su llanto y contestó: *Lloro, porque me parece que nada hago por la salvación de los pecadores.* Llegó hasta ofrecerse a sufrir las penas del infierno, con la sola condición de no odiar allí al Señor. Probóla el Señor con grandes dolores y penosas enfermedades. Todo lo padecía por la conversión de los pecadores. Rezaba de modo especial por los sacerdotes, porque sabía que su vida santa era salvación de muchos, y su vida descuidada, ruina y condenación de no

pocos. Por eso pedía al Señor que castigase en ella los pecados de los desgraciados pecadores. *Señor,* decía, *muera yo muchas veces y otras tantas torne a la vida hasta que pueda satisfacer por ellos a vuestra divina justicia.* Por este camino salvó muchas almas de las garras del demonio, como leemos en su biografía.

Aunque he querido hablar más extensamente del celo de esta gran santa, puede muy bien decirse lo mismo de todas las almas verdaderamente enamoradas de Dios, pues todas ellas no cesan de rogar por los pobres pecadores. Así ha de ser, porque el que ama a Dios, comprende el amor que el Señor tiene a las almas y lo que Jesucristo ha hecho y padecido por ellas, y a la vez se da cuenta de las grandes ansias que tiene ese Divino Salvador de que todos recemos por los pecadores; y entonces, ¿cómo es posible que vea con indiferencia la ruina de esas almas desgraciadas que viven sin Dios y esclavas del infierno? ¿Cómo no se sentiría movida a pedir al Señor que dé a esas desventuradas luz y fuerza para salir del estado lastimoso en que viven y duermen perdidas? Es verdad que el Señor no ha prometido escucharnos; cuando aquellos por quienes pedimos ponen positivos impedimentos a su conversión, mas no lo es menos que Dios, por su bondad y por las oraciones de sus siervos, da muchas veces gracias extraordinarias a los pecadores más obstinados, y así logra arrancarlos del pecado y ponerlos en camino de salvación.

Por tanto, cuando digamos u oigamos la santa misa, en la comunión, en la meditación, y cuando visitemos a Jesús Sacramentado, no dejemos de pedir por los pobres pecadores. Afirma un sabio escritor que quien más pide por los otros más pronto verá oídas las plegarias que haga por sí mismo.

Dejemos a un lado esta breve digresión y sigamos explicando las condiciones que exige Santo Tomás para que sean eficaces nuestras oraciones.

Hay que pedir cosas necesarias para la salvación

La segunda condición que pone el Angélico es que pidamos cosas que sean convenientes y necesarias para nuestra salvación;

pues la promesa que nos hizo el Señor no es de cosas exclusivamente materiales y que no son convenientes para la vida eterna, sino de aquellas gracias que necesitamos para ir al cielo. Dijo el Señor que pidiéramos *en su nombre.* Y comentando estas palabras, San Agustín, dice claramente que no pedimos en nombre del Señor cuando pedimos cosas que son contra la salvación.

Pedimos no pocas veces a Dios bienes temporales y no nos escucha. Dice el santo que esto es disposición de su misericordia, porque nos ama y nos quiere bien. Y da esta razón: Lo que al enfermo conviene, mejor lo sabe el médico que el mismo enfermo. Y el médico no da al enfermo cosas que pudieran serle nocivas. Cuántos que caen en pecados, estando sanos y ricos, no caerían si se encontraran pobres o enfermos. Y por esto cabalmente a algunos que le piden salud del cuerpo y bienes de fortuna se los niega el Señor. Es porque los ama y sabe que aquellas cosas serían para ellos ocasión de pecado o de vivir vida de tibieza en la vida espiritual.

No queremos decir con esto que sea falta pedir cosas convenientes para la vida presente. También las pedía el Sabio en las Sagradas Escrituras: *Dame tan sólo, Señor, las cosas necesarias para la vida cotidiana.* Tampoco es defecto, como afirma Santo Tomás, tener por esos bienes materiales una ordenada solicitud. Defecto sería, si miráramos esas cosas terrenales como la suprema felicidad de la vida y pusiéramos en su adquisición desordenado empeño, como si en tales bienes consistiera toda nuestra felicidad. Por eso, cuando pedimos a Dios gracias temporales, debemos pedirlas con resignación y a condición de que sean útiles para nuestra salvación eterna. Si por ventura el Señor no nos las concediera estemos seguros que nos las niega por el amor que nos tiene, pues sabe que serían perjudiciales para nuestro progreso espiritual que es lo único que merece consideración.

Sucede también a menudo que pedimos al Señor que nos libre de una tentación peligrosa, mas el Señor no nos escucha y permite que siga la guerra de la tentación. Confesemos entonces también que lo permite Dios para nuestro mayor bien. No son las tentaciones y malos pensamientos los que nos apartan de

Dios, sino el consentimiento de la voluntad. Cuando el alma en la tentación acude al Señor y la vence con el socorro divino ¡cómo avanza en el camino de la perfección! ¡Qué fervorosamente se une a Dios! Y por eso cabalmente no la oía el Señor.

¡Con qué ansias acudía al cielo el apóstol San Pablo! ¡Cómo pedía al Señor que le quitara las graves tentaciones que le perseguían! Contestóle el Señor: *Te basta mi gracia.* Así lo confiesa él mismo en la carta a los de Corinto: *Para que las grandezas de las revelaciones no me envanezcan, se me ha dado el estímulo de la carne que es como un ángel de Satanás que me abofetea. Tres veces pedí al Señor que le apartase de mí. Y respondióme: Te basta mi gracia (2 Cor, 12, 7).*

Lo que debemos hacer en la tentación es clamar a Dios con fervor y resignación, diciéndole: *Libradme, Señor, de este tormento interior, si es conveniente para mi alma, y si queréis que siga, dadme la fuerza de resistir hasta el fin.* Debemos decir a este respecto con San Bernardo: que cuando pedimos a Dios una gracia, El nos da esa gracia u otra mejor. A veces permite que nos azoten las tempestades para que de esta manera quede afirmada nuestra fidelidad y mayor ganancia de nuestro espíritu. Parecía que estaba sordo a nuestras plegarias..., pero no es así. Al contrario, estemos ciertos que en esos momentos se halla muy cerca de nosotros, fortificándonos con su gracia, para que resistamos el ataque de nuestros enemigos. Así muy cumplidamente nos lo enseña el salmista con estas palabras: *En la tribulación me invocaste y yo te libré. Te oí benigno en la oscuridad de la tormenta. Te probé junto a las aguas de la contradicción (Sal. 80, 8).*

Hay que orar con humildad

Escucha el Señor bondadosamente las oraciones de sus siervos, pero sólo de sus siervos sencillos y humildes, como dice el Salmista: *Miró el Señor la oración de los humildes (Sal. 101, 18).* Y añade el apóstol Santiago: *Dios resiste a los soberbios y da sus gracias a los humildes (St. 4, 6).* No escucha el Señor las oraciones de los soberbios que sólo confían en sus fuerzas, antes los deja en su propia miseria, y en ese mísero estado, privados de la ayuda de Dios, se pierden sin remedio. Así lo confesaba David con lágri-

mas amargas: *Antes que fuera humillado caí (Sl. 118, 67)*. Pequé porque no era humilde. Lo mismo acaeció al apóstol Pedro el cual, cuando el Señor anunció que aquella misma noche todos sus discípulos le habían de abandonar, él, en vez de confesar su debilidad y pedir fuerzas al Maestro para no serle infiel, confió demasiado en sus propias fuerzas y replicó animoso que, aunque todos le abandonaran, él no le abandonaría. Predícele de nuevo Jesús que aquella misma noche, antes que cantase el gallo, tres veces le había de negar; de nuevo Pedro fiado en sus bríos naturales contestó orgullosamente: *Aunque tenga que morir, yo no te negaré (Mt. 26, 35)*. ¿Qué pasó? Apenas el malhadado puso los pies en la casa del pontífice, le echaron en cara que era discípulo del Nazareno y él por tres veces le negó descaradamente y afirmó con juramento que no conocía a tal hombre. Si Pedro se hubiera humillado y con humildad hubiera pedido a su divino Maestro la gracia de la fortaleza, seguramente no le hubiera negado tan villanamente.

Convenzámonos de que estamos todos suspendidos sobre el profundo abismo de nuestros pecados... por el hilo de la gracia de Dios. Si ese hilo se corta, caeremos ciertamente en ese abismo y cometeremos los más horrendos pecados. *Si el Señor no me hubiera socorrido, seguramente sería el infierno mi morada (Sl. 93, 17)*. Eso decía el Salmista y eso podemos repetir nosotros también. Esto mismo quería manifestar San Francisco de Asís cuando de sí mismo decía que era el mayor pecador del mundo. Contradíjole el fraile que le acompañaba: *Padre mío,* le dijo, *eso no es verdad, pues de seguro que hay en el mundo muchos pecadores que han cometido más graves pecados.* A lo cual contestó el Santo: *Muy verdad es lo que decía; pues si Dios no me tuviera de su mano, hubiera hecho los más horribles pecados que se pueden cometer.*

Es verdad de fe que sin la ayuda de la gracia de Dios no puede el hombre hacer obra alguna buena, ni siquiera tener un santo pensamiento. Así lo afirmaba también San Agustín: *Sin la gracia de Dios no puede el hombre ni pensar ni hacer cosa buena.* Y añadía el mismo Santo: *Así como el ojo no puede ver sin luz, así el hombre no puede obrar bien sin la gracia.* Y antes lo había escrito ya el Apóstol: *No somos capaces por nosotros mismos de concebir un buen*

pensamiento, como propio, sino que nuestra suficiencia y capacidad vienen de Dios (2 Cor. 3, 5). Lo mismo que siglos antes había confesado el rey David, cuando cantaba: *Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que la edifican.* Vanamente trabaja el hombre en hacerse santo, si Dios no le ayuda con su poderosa mano. *Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda (Sl. 126, 1).* Si Dios no defiende del pecado el alma, vano empeño sería quererlo hacer ella con sus solas fuerzas. Por eso decía el mismo real profeta: *No confiaré en mi arco (Sl. 43, 7).* No confío en la fuerza de mis armas, solamente Dios me puede salvar.

El que sinceramente tenga que reconocer que hizo algún bien y que no cayó en más graves pecados, diga con el apóstol San Pablo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy (1 Cor. 15, 10).* Y por esta misma razón debe vivir en santo temor, como quien sabe que a cada paso puede caer. *Mire, pues, no caiga el que piense estar firme. (1 Cor. 10, 12).* Con estas palabras que son del mismo apóstol nos quiso decir que está en gran peligro de caer el que ningún miedo tiene a caer. Y nos da la razón con estas palabras: *Porque si alguno piensa ser algo, se engaña a sí mismo, pues verdaderamente de suyo nada es (Gal. 6, 3).* Sabiamente nos recordaba lo mismo el gran San Agustín, el cual escribió: *Dejan muchos de ser firmes, porque presumen de su firmeza... Nadie será más firme en Dios que aquel que de por sí se crea menos firme.* Por tanto si alguno dijere que no tiene temor, señal será que confía en sus fuerzas y buenos propósitos; pero los que tal piensan, andan muy engañados con esa vana confianza de sí mismos, y fiados en sus solas fuerzas no temerán y no temiendo dejarán a Dios y por este camino su ruina es inevitable y segura.

Pongamos también mucho cuidado en no tener vanidad de nosotros mismos, cuando vemos los pecados en que por ventura vienen a caer los demás; por el contrario, tengámonos entonces por grandes pecadores y digamos así al Señor: Señor mío, peor hubiera obrado yo, si Vos no me hubierais sostenido con vuestra gracia. Porque si no nos humillamos, bien pudiera ser que Dios, en castigo de nuestra soberbia, nos dejara caer en más graves y asquerosas culpas. Por esto el Apóstol nos manda que *trabajemos en la obra de nuestra salvación.* Pero ¿cómo? *temiendo y temblando*

(Fil. 2, 12). Y es así, porque aquél que teme caer desconfía de sí mismo y de sus fuerzas y pone toda su confianza en Dios, pues en El confía, a El acude en todos los peligros, le ayuda el Señor y le sacará vencedor de todas las tentaciones.

Por Roma caminaba un día San Felipe Neri y por el camino iba diciendo: *Estoy desesperado.* Le corrigió un religioso y el Santo le contestó: *Padre mío, desesperado estoy de mí mismo..., pero confío en Dios...* Eso mismo hemos de hacer nosotros, si de veras queremos salvarnos. Desconfiemos de nuestras humanas fuerzas. Imitemos a San Felipe, el cual apenas despertaba por la mañana decía al Señor: *Señor, no dejéis hoy de la mano a Felipe, porque si no, este Felipe os va a hacer alguna trastada.*

Concluyamos, pues, con San Agustín que toda la ciencia del cristiano consiste en conocer que el hombre nada es y nada puede. Con esta convicción no dejará de acudir continuamente a Dios con la oración para tener las fuerzas que no tiene y que necesita para vencer las tentaciones y practicar la virtud. Y así obrará bien, con la ayuda de Dios, el cual nunca niega su gracia a aquel que se la pide con humildad. *La oración del humilde atraviesa las nubes... y no se retira hasta que la mire benigno el Altísimo (Ecli. 35, 21).* Y aunque el alma sea culpable de los más grandes pecados, no la rechaza el Señor, porque, como dice David: *Dios no desprecia un corazón contrito y humillado (Sl. 50, 19).* Por el contrario: *Resiste Dios a los soberbios y a los humildes les da su gracia* (St. 4, 6). Y así como el Señor es severo para los orgullosos y rechaza sus peticiones, así en la misma medida es bondadoso y espléndido con los humildes. El mismo Señor dijo un día a Santa Catalina de Sena: *Aprende, hija mía, que el alma que persevera en la oración humilde, alcanza todas las virtudes.*

A este propósito parécenos bien apuntar aquí un consejo que en una nota a la carta decimoctava de Santa Teresa trae el piadosísimo Obispo Palafox y que se dirige muy especialmente a las personas que tratan de cosas del espíritu y quieren hacerse santas. Escribe la santa a su confesor y le da cuenta de los grados de oración sobrenatural con que el Señor la había favorecido. Sobre esto el citado Prelado nos enseña que esas gracias sobrenaturales que se dignó conceder Dios a Santa Teresa y a otros

santos no son necesarias para llegar a la santidad, ya que muchas almas llegaron sin ellas a la más alta perfección y otras muchas, por el contrario, aunque alguna vez las gozaron, al fin miserablemente se perdieron. De aquí concluye que es tontería y presunción pedir esos dones sobrenaturales, ya que el verdadero camino para llegar a la santidad es ejercitarnos en la virtud y en el amor de Dios, y a esto se llega por medio de la oración y de la correspondencia a las luces y gracias de Dios, que sólo desea vernos santos, como dice el Apóstol: *Esta es la voluntad de Dios... vuestra santificación (1 Tes. 4, 3).*

Luego pasa a tratar el dicho piadoso escritor de los grados de oración extraordinaria de los cuales la Santa escribía, esto es, de la oración de quietud, del sueño y suspensión de las potencias, de la unión, del éxtasis, del vuelo y de la herida espiritual. Sobre estas cosas escribe discretamente el sabio autor.

En vez de oración de quietud debemos pedir y desear que Dios nos libre de todo afecto y deseo de bienes mundanos que, no tan sólo no dan la paz, sino que, por el contrario, traen consigo inquietud y aflicción de espíritu, como dijo Salomón: *Todo es vanidad y aflicción de espíritu* (Edi. 1, 14). No hallará jamás verdadera paz el corazón del hombre si no arroja de sí todo aquello que no es del agrado de Dios, para dejar lugar totalmente al amor divino, el cual debe poseerlo por completo. Mas esto de por sí no puede tenerlo el alma y tendrá que alcanzarlo con continua oración.

En vez del *sueño y suspensión de potencias*, pidamos a Dios que tengamos el alma dormida y muerta para todas las cosas temporales y muy despierta para meditar la bondad divina y para suspirar por el amor santo y los bienes eternos.

En vez de la *unión de las potencias* pidamos a Dios la gracia de no pensar, buscar y desear sino lo que sea su divino querer, pues la santidad más alta y la perfección más sublime sólo consisten en la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina.

En vez de *éxtasis y raptos* será mucho mejor que pidamos a Dios que nos arranque del alma el amor desordenado de nosotros mismos y de las criaturas y que nos arrastre detrás de sí y de su amor.

En vez del *vuelo del espíritu* pidamos al Señor la gracia de vivir enteramente despegados de este mundo, como las golondrinas, que no se posan sobre la tierra para comer, sino que volando comen. Con lo cual debe entenderse que sólo debemos tomar aquellas cosas materiales que son necesarias para sostenimiento de la vida, pero volando por los aires siempre, es decir, sin detenernos en la tierra para saborear los placeres de este mundo.

En vez del *ímpetu del espíritu* pidamos al Señor que nos dé aquella energía y aquella fortaleza que nos son necesarias para resistir a los ataques de nuestros enemigos y para vencer las pasiones y abrazarnos con la cruz, aun en medio de las desolaciones y tristezas espirituales.

Y en cuanto a la *herida espiritual* pensemos que, así como las heridas con sus dolores nos traen a cada paso a la memoria el recuerdo de nuestro mal, así hemos de pedir a Dios que de tal suerte nos hiera con la lanzada de su santo amor, que recordemos continuamente su bondad y el afecto que nos ha tenido, y de esta manera podamos vivir siempre amándolo y complaciéndolo con obras y deseos.

Pues todas estas gracias no se alcanzan sin oración, y con ella se alcanza todo, con tal que sea humilde, confiada y perseverante.

Hay que orar con confianza

Lo que más encarecidamente nos pide el apóstol Santiago, si queremos alcanzar con la oración las divinas gracias, es que recemos con la más firme confianza de que seremos oídos. *Pide,* dice, *con confianza, sin dudar nada (St. 1, 6).* Santo Tomás nos enseña que, así como la oración tiene su mérito por la caridad, así tiene su maravillosa eficacia por la fe y la confianza. Lo mismo nos predica San Bernardo, el cual afirma solemnemente que la sola confianza nos obtiene las misericordias divinas.

La causa de que nuestra confianza en la misericordia divina sea tan grata al Señor es porque de esta manera honramos y ensalzamos su infinita bondad que fue la que El quiso sobre todo manifestar al mundo cuando nos dio la vida. Así lo cantaba el profeta, cuando decía: *Alégrense, Dios mío, todos los que en Ti esperan porque así*

serán eternamente benditos y Tú vivirás en medio de ellos. (Sl. 5, 12). Y en otro lugar exclama: *Protector es el Señor de todos los que esperan en El. Señor, Tú eres el que salvas a los que confían en Ti (Sl. 16, 7).*

¡Oh, qué hermosas son las promesas que Dios ha hecho en las Sagradas Escrituras a aquellos que confían en El! Los que esperan en El no caerán en pecado. La causa la da el profeta David, cuando dice que *los ojos del Señor descansan sobre aquellos que le temen y confían en su misericordia para salvar sus almas de la muerte de la culpa. (Sl. 32, 18).* En otro lugar dice el mismo Señor: *Porque esperó en Mí, le libraré... le protegeré, le salvaré, le glorificaré. (Sl. 90, 14).* Nótese aquí la razón que da para protegerlo y salvarlo y glorificarlo en la vida eterna es porque confió en Dios. Hablando también el profeta Isaías de aquellos que confían en el Señor, dice: *Los que tienen puesta en el Señor su esperanza adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas, como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán. (Is. 40, 31).* Es decir: Ya no serán débiles, porque Dios les dará la fortaleza, y no tan sólo no caerán, sino que ni siquiera hallarán fatiga en el camino de la salvación: correrán, volarán como águilas. Añade el mismo santo Profeta: *En la quietud y en la esperanza estará vuestra fortaleza. (Js. 30, 15).* Esto nos quiere decir que toda nuestra fortaleza está en poder de Dios y en callar, es decir, descansando amorosamente en los brazos de su misericordia, y no haciendo caso de la ayuda y de los medios humanos.

¿Se oyó por ventura que alguna vez se haya perdido el que en Dios confió? *Ninguno jamás esperó en el Señor y se quedó confundido. (Ecli. 2, 11).* San Agustín pregunta: ¿Será Dios tan mezquino que se ofrezca a sacarnos con bien de los peligros si acudimos a El, y luego nos deje solos y abandonados cuando hemos acudido a El? Y responde: No, no es Dios un charlatán que se ofrece con palabras a sostenernos, y retira el hombro cuando queremos apoyarnos en El.

Bienaventurado el hombre que espera en Ti (Sl. 83, 13), decía al Señor el Real Profeta. ¿Por qué? Responde el mismo Santo Rey: Porque *a aquél que confía en Dios le circundará por todas partes la misericordia divina.* Y de tal modo será ceñido y rodeado de la protección de Dios que estará bien seguro contra todos sus enemigos y no correrá ningún peligro de perderse.

Por eso no se cansa el Apóstol de exhortarnos a que no perdamos nunca la confianza en Dios, porque le está reservada una grande recompensa. Como sea nuestra confianza, así serán las gracias que recibiremos de Dios. Si es grande, grandes serán las gracias divinas. Confianza grande, cosas grandes merece, escribía San Bernardo, y añadía que la misericordia divina es fuente abundantísima y que el que a ella acude con vaso grande, cuanto mayor sea el vaso de confianza con que acudimos a ella, mayor es la cantidad de gracias que recibimos. Lo mismo había dicho ya antes el Real Profeta: *Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros, según nosotros esperamos en ti. (Sl. 32, 22).* Lo vemos confirmado en el centurión del Evangelio, al cual dijo Jesucristo, ponderando su confianza: *Vete y hágase como confiaste.* A Santa Gertrudis le reveló el Señor que el que pide con confianza tiene tal fuerza sobre su corazón, que no parece sino que le obliga a oírle y darle todo lo que pide. Lo mismo afirmó San Juan Clímaco: *La oración hace dulcemente violencia sobre Dios.*

¡San Pablo nos exhorta a la confianza con estas fervorosas palabras: *Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos a tiempo oportuno (Heb. 4, 6).* El trono de la gracia es Jesús. Sentado está ahora a la diestra del Padre, no en trono de justicia, sino en trono de gracia, para darnos el perdón si vivimos en pecado, y la fuerza para perseverar si gozamos de su divina amistad. A ese trono hemos de acudir siempre con confianza, con aquella confianza que proviene de la fe que tenemos en la bondad y en la fidelidad de Dios, confianza firme e invencible, ya que se apoya en la palabra del Señor que ha prometido oír la oración de aquéllos que de tal manera le rezaren.

Aquél que por el contrario se pone a orar con duda y desconfianza esté seguro que nada puede recibir. Así lo asegura el apóstol Santiago: *El que anda dudando es semejante a la ola del mar, alborotada y agitada por el viento, de acá para allá. (St. 1, 6).* Así que un hombre tal no tiene que pensar que ha de recibir poco ni mucho del Señor. Nada alcanzará, porque la necia desconfianza que turba su corazón será un obstáculo para los dones de la divina misericordia. *No pediste bien,* dice San Basilio, *cuando*

pediste con desconfianza. Y el profeta David dice que nuestra confianza debe ser firme como montañas que no se mueven a capricho de los vientos. *Los que ponen su confianza en el Señor estarán firmes como el monte de Sión, que no se cuarteará jamás. (Sl. 124, 1).* Oigamos, por tanto, el divino consejo que nos da nuestro Redentor, si de veras queremos obtener las gracias que pedimos. *Todas cuantas cosas pidierais en la oración, tened viva fe de conseguirlas, y sin duda se os concederán sin falta (Mc. 11, 24).*

Los fundamentos de nuestra confianza

Y ahora quizá dirá alguno: Pues si yo soy ruin y miserable ¿sobre qué fundamento puedo apoyar mi confianza de alcanzar todo lo que pidiere? ¿Sobre qué fundamento? Sobre aquella promesa infalible que hizo Jesucristo, cuando dijo: *Pedid y recibiréis. (Jn. 16, 24).* ¿Quién puede temer ser engañado, pregunta San Agustín, cuando el que promete es la misma verdad? ¿Cómo podemos dudar de la eficacia de nuestras oraciones, cuando Dios, que es la misma verdad, nos garantiza solemnemente que nos dará todo lo que pidamos? Y añade el mismo santo Doctor: *No nos exhortaría a pedir, si no quisiera escuchar.* Pero leamos el Evangelio y veremos cuán encarecidamente nos inculca el Señor que oremos: *Orad, pedid, buscad, y alcanzaréis cuanto pidiereis. Pedid cuando queráis; todo se hará a medida de vuestros deseos. (Jn. 15, 7).* Y para que le pidiéramos con esta debida confianza quiso que en la oración dominical, en la cual recurrimos a Dios para pedirle las gracias necesarias para nuestra salvación eterna, pues todas en esa divina oración están encerradas, le demos no el nombre de Señor, sino el de Padre. Es que quiere que pidamos las gracias a Dios con aquella amorosa confianza con que un hijo pobre y enfermo busca el pan y la medicina en el corazón de su padre. Si un hijo, en efecto, estuviera para morirse de hambre, le bastaría decírselo a su padre, y éste al punto le daría el alimento necesario; y si el hijo por ventura fuese mordido de una venenosa serpiente, que vaya al padre con la herida abierta, que sin duda en el acto le aplicará remedio.

Veamos, pues, lo que nos dice el apóstol San Pablo: *Mantengamos firme la esperanza que hemos confesado, pues es fiel el que hizo la promesa. (Heb. 10, 28).* Confiados en esta divina promesa, pidamos siempre con confianza, y no sea confianza vacilante, sino firme e inconmovible. Pues si es cierto que Dios es fiel a sus promesas, la misma certidumbre ha de tener nuestra confianza de alcanzar todo lo que le pidamos. Verdad es que hay momentos en que por aridez del espíritu o por otras turbaciones, que agitan nuestro corazón, no podemos rezar con la confianza que quisiéramos tener. Mas ni en estos casos dejemos de rezar, aunque tengamos que hacernos violencia. Dios nos escuchará. Bien pudiera ser que entonces nos oiga más prontamente el Señor, pues en ese estado rezamos más desconfiados de nosotros mismos y más fiados en la bondad y fidelidad de Dios a las promesas que hizo a la oración. ¡Oh, cómo se complace el Señor al ver que en la hora de la tribulación, de los temores y de la tentación, seguimos esperando en El contra toda esperanza, esto es, contra aquel sentimiento de desconfianza que la desolación interior quiere levantar en nuestro espíritu!

Así decía San Pablo en alabanza de Abraham: *Que seguía en su esperanza contra toda esperanza. (Rm. 4, 18).* Afirma San Juan que aquél que pone su firme confianza en Dios será santo. Lo dice con estas palabrtas: *Quien en El tiene tal esperanza, se santifica a sí mismo, así como El es santo también. (1 Jn. 3, 3).* La razón es que Dios derrama abundantemente las gracias sobre los que confían en él. Sostenidos por esta confianza tantos mártires, tantos niños y tantas vírgenes, aun en medio de los más horrendos tormentos que los tiranos inventaron contra ellos, vencieron y se mantuvieron en la fe. Si a veces sucede que nos asaltan dudas de desconfianza, no por eso dejemos de orar. Perseveremos en la oración hasta el fin. Así lo hacía el Santo Job, el cual repetía generoso: *Aunque me llegare a matar, en El esperaré. (Job. 13, 15).* Dios mío, aunque me arrojes de tu presencia no dejaré de orar y confiar en tu misericordia. Hagámoslo así y estemos seguros de que alcanzaremos de Dios todo lo que queramos.

Así hizo la cananea y por este camino consiguió de Jesucristo lo que pedía. Tenía la desventurada madre a su hija poseída del

demonio y se acercó al Redentor para que la curase: *Ten piedad de mí,* le dijo, *mi hija está cruelmente atormentada del demonio.* Replicóle el Señor que *El no había venido a salvar a los gentiles, sino a los judíos.* No perdió la mujer la confianza, antes prosiguió diciendo con mayores ansias: *Señor, si queréis, podéis salvarme. Señor, ayudadme...* Y otra vez le sale al paso Jesucristo con estas palabras: *El pan de los hijos no hay que tirárselo a los perros.* A lo cual replicó ella: *Es verdad, Señor, pero al menos a los perritos se les echa las migajas que sobran en la mesa de los amos. (Mt. 15, 22).* Y aquí ya no pudo negarse el Señor y alabando la fe y la confianza de aquella mujer, le concedió la gracia que le pedía diciéndole: *¡Oh, mujer, qué grande es tu confianza, hágase como deseas!* Con razón, pues, dice el Eclesiástico: *¿Quién invocó al Señor y fue despreciado por El?*

Dice San Agustín que la oración es la llave maravillosa que nos abre todos los tesoros del cielo. Apenas nuestra oración llega al Señor, desciende sobre nosotros la gracia que acabamos de pedir. Sus palabras son éstas: *Es la llave y la puerta del cielo..., sube la oración y desciende la misericordia de Dios.* Esto es tan verdadero, que el Real Profeta dice que juntas caminan siempre la oración nuestra y la misericordia de Dios. *Bendito sea el Señor que no desechó mi oración ni retiró de mí su misericordia. (Sl. 65, 20).* San Agustín nos enseña lo mismo, cuando escribe: *Cuando ves que tu oración está en tus labios, date cuenta y está seguro que se halla muy junto también de ti su divina misericordia.* De mí sé decir que no siento nunca mayor consolación en mi espíritu, ni tengo confianza más firme de salvarme, que cuando me hallo a los pies de mi Dios, rezando y encomendándome a su bondad. Lo mismo tengo por cierto que pasará a los demás, pues otras señales de predestinación inciertas son y falibles, pero que Dios oye la oración de quien le reza con confianza, es verdad indubitable e infalible, como infalible es que Dios no puede ser infiel a sus promesas.

Así, pues, cuando sintamos nuestra debilidad e impotencia para vencer las pasiones u otras dificultades que se oponen a la voluntad de Dios sobre nosotros digamos animosos con el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que es mi fortaleza (Fil. 4, 18).* Jamás se nos ocurra pensar: no puedo..., no me siento con fuerzas... Es cierto que con nuestras fuerzas nada podemos, mas lo podemos

todo con la ayuda divina. Si Dios dijera a uno de sus siervos: Toma este monte, échatelo a la espalda y llévalo de aquí que yo te ayudaré, y él dijere: No quiero, porque no tengo fuerzas para tanto..., ¿no le tendríamos por necio y poco confiado? Pues, cuando nosotros por ventura nos veamos llenos de miserias y enfermedades y reciamente combatidos de tentaciones, no perdamos los ánimos, antes alcemos los ojos al cielo y digamos a Dios con David: *Ayúdame, Señor, y despreciaré a todos mis enemigos (Sl. 26, 117, 7).* Con tu ayuda, oh, Dios mío, me burlaré de los asaltos de todos los enemigos de mi alma y venceré. Y cuando nos hallemos en grave peligro de ofender a Dios o en trance de funestas consecuencias, y no sepamos a dónde volver los ojos, volvámonos a Dios y encomendémonos a El, diciéndole: *El Señor es mi luz y mi salvación... ¿a quién puedo temer? (Sl. 26, 1).* Tengamos absoluta certidumbre de que el Señor nos iluminará y nos librará de todo mal.

También los pecadores deben orar

No faltará alguno que dirá por ventura: Soy pecador y por tanto no puedo rezar, porque leí en las Sagradas Escrituras: *Dios no oye a los pecadores (Jn. 9, 31).* Mas nos ataja Santo Tomás, diciendo con San Agustín, que así habló por su cuenta el ciego del Evangelio, cuando aún no había sido iluminado por Cristo. Y luego, añade el Angélico, que eso sólo se puede decir del pecador, en cuanto es pecador, esto es, cuando pide al Señor medios para seguir pecando, como si se pidiese al cielo ayuda para vengarse de su enemigo o para llevar adelante alguna mala intención. Y otro tanto puede decirse del pecador que pide al Señor la gracia de la salvación sin deseo de salir del estado de pecado en que se encuentra.

En efecto, los hay tan desgraciados que aman las cadenas con que los ató el demonio y los hizo sus esclavos. Sus oraciones no pueden ser oídas de Dios, porque son temerarias y abominables. ¿Qué mayor temeridad la de un vasallo que se atreve a pedir una gracia a su rey, a quien no tan sólo ofendió mil veces, sino que está resuelto a seguir ofendiéndole en lo venidero? Así

entendemos por qué razón el Espíritu Santo llama detestable y odiosa la oración de aquel que por una parte reza a Dios y por otra parte cierra los oídos para no oír y obedecer la voz del mismo Dios. Lo leemos en el Libro Sagrado de los Proverbios: *Quien cierra sus oídos para no escuchar la ley, execrada será de Dios su oración (Prov. 28, 9).* A estos desatinados pecadores les dirige el Señor aquellas palabras del profeta Isaías: *Por eso, cuando levantareis las manos hacia mí, yo apartaré mi vista de vosotros, y cuantas más oraciones me hiciereis, tanto menos os escucharé, porque vuestras manos están llenas de sangre (Is. 1, 15).* Así oró el impío rey Antíoco. Oraba al Señor y prometíale grandes cosas, pero fingidamente y con el corazón obstinado en la culpa. Oraba tan sólo para ver si se libraba del castigo que le venía encima. Por eso no oyó el Señor su oración y murió devorado por los gusanos. *Oraba aquel malvado al Señor, mas en vano, porque de El no había de alcanzar misericordia (2 Mac. 9, 13).*

Hay pecadores que han caído por fragilidad o por empuje de una fuerte pasión y son ellos los primeros en gemir bajo el yugo del demonio y en desear que llegue por fin la hora de romper aquellas cadenas y salir de tan mísera esclavitud. Piden ayuda al Señor, y si esta oración fuere constante, Dios ciertamente los oirá, pues dijo El: *Todo el que pide recibe y el que busca encuentra.* Comentando estas palabras un autor antiguo dice: Todo el que pide... sea justo, sea pecador... Hablando Jesucristo de aquel que dio todos los panes que tenía a un amigo suyo y no tanto por amistad, cuanto por la terca importunidad con que se los pedía, dice, según leemos en San Lucas: *Yo os aseguro que cuando no se levantare a dárselos por razón de amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia se levantará al fin y le dará cuantos hubiere menester... Así os digo yo: pedid y se os dará (Lc. 11, 8).* Aquí tenemos cómo la perseverante oración alcanza de Dios misericordia, aun cuando los que rezan no sean sus amigos. Lo que la amistad no consigue, dice el Crisóstomo, obtiénese por la oración. Por eso concluye diciendo: *Más poderosa es la oración que la amistad.* Lo mismo enseña San Basilio, el cual categóricamente afirma que también los pecadores consiguen lo que piden, si oran con perseverancia. De la misma opinión es San Gregorio, el cual dice:

Siga clamando el pecador, que su oración llegará hasta el corazón de Dios. Y San Jerónimo sostiene lo mismo y añade: *El pecador puede llamar padre a Dios, y será su padre y si persiste en acudir a El con la oración será tratado como hijo.* Pone el ejemplo del hijo pródigo, el cual, aun cuando todavía no había alcanzado el perdón, decía: *Padre mío, pequé.* San Agustín razona muy bien cuando dice que si Dios no oyera a los pecadores, inútil hubiera sido la oración de aquel humilde publicano que le decía: *Señor, tened piedad de mí, pobre pecador.* Sin embargo, expresamente nos dice el Evangelio que fue oída su oración y que *salió del templo justificado (Lc. 18, 14).*

Mas ninguno estudió esta cuestión como el Doctor Angélico, y él no duda en afirmar que es oído el pecador, cuando reza; y trae la razón que, aunque su oración no sea meritoria, tiene la fuerza misteriosa de la impetración, ya que ésta no se apoya en la justicia, sino en la bondad de Dios. Así podía orar el profeta Daniel, cuando decía al Señor: *Dígnate escucharme, oh Dios mío, y atiéndeme. Inclina, oh Dios mío, tus oídos y óyeme..., pues postrados ante Ti te prestamos nuestros humildes ruegos, no en nuestra justicia, sino en tu grandísima misericordia (Dan. 9, 18).* Sigue Santo Tomás diciendo que no es menester que en el momento de orar seamos amigos de Dios por la gracia: la oración ya de por sí nos hace en cierto modo sus amigos.

Otra bellísima razón aduce San Bernardo cuando escribe que la oración del pecador que quiere salir de la culpa viene del fondo de un corazón que tiene el deseo de recobrar la gracia de Dios. Y añade: *Pues, ¿por qué daría el Señor al hombre pecador ese buen deseo, si después no le quisiera escuchar?* Leamos las Sagradas Escrituras y allí veremos muchos ejemplos de pecadores que con la oración lograron salir del estado de pecado. Recordemos solamente a Acab, el rey Manasés, a Nabucodonosor y al buen ladrón. ¡Qué grande y maravillosa es la eficacia de la oración! Dos son los pecadores que en el Gólgota están al lado de Jesucristo: uno reza: *Acuérdate de mí,* y se salva... El otro no reza y se condena.

Todo lo encierra el Crisóstomo en estas palabras: *Ningún pecador sinceramente arrepentido oró al Señor y no obtuvo lo que pidió.* Mas, ¿para qué traer más autoridades y razones? Bástenos para

demostración de esa afirmación la palabra del mismo Jesucristo el cual dice: *Venid a mí todos los que sufrís y estáis cargados y yo os ayudaré (Mt. 11, 28).* Comentando este pasaje San Jerónimo, San Agustín y otros doctores dicen que los que caminan por la senda de la vida cargados son los pecadores que gimen bajo el peso de sus culpas. Si acuden a Dios, levantarán su frente, según la promesa divina y se salvarán por su gracia. Y es que Dios tiene mayores ansias de perdonarnos, que nosotros de ser perdonados. Así lo asegura el Crisóstomo. Y añade el mismo Santo: *No hay cosa que no pueda la oración; te salvará aunque estés manchado con miles de pecados; pero ha de ser tu oración fervorosa y perseverante.* Volvamos a repetir lo que antes dijimos del apóstol Santiago: Si alguno necesita sabiduría divina, pídasela al Señor que El a todos la da abundamentemente y a nadie le sirve de pesadumbre. En efecto, a todos los que acuden a su bondad con la oración los escucha el Señor y les concede la gracia con abundante profusión. Pero fijémonos sobre todo en lo que añade. *Y a nadie le sirve de pesadumbre... (St. 1, 5).* Esto solamente lo hace el Señor; los hombres, por lo general, si alguien les pide algún favor y antes gravemente los ofendió, le echan en cara su antigua descortesía e insolencia. No obra así el Señor, ni aun con el mayor pecador del mundo. Si ese tal viene a pedirle una gracia conveniente para su salvación eterna, no le echa en cara las ofensas que antes recibió de él; como si nada hubiera pasado entre los dos, lo acoge, lo consuela, lo escucha y le despacha después de haberle socorrido adecuadamente.

Sin duda por este motivo y para animarlos dijo nuestro Redentor aquellas suavísimas palabras: *En verdad, en verdad os digo, si algo pidiereis al Padre en mi nombre, se os dará (Jn. 16, 23).* Quiso decir: Animo, pecadores amadísimos, no os impidan recurrir a vuestro Padre celestial y confiar que tendréis la salvación eterna, si de veras la deseáis. No tenéis méritos para alcanzar las gracias que pedís, más bien por vuestros deméritos sólo castigo merecéis. Pero seguid mi consejo, id a mi Padre en nombre mío y por mis méritos. Pedidle las gracias que deseáis... yo os lo prometo, yo os lo juro, que esto precisamente significa la fórmula que emplea: *En verdad, en verdad os digo* (según San Agustín),

cuanto a mi Padre pidiereis, El os lo concederá. ¡Oh, Dios mío, y qué mayor consolación puede tener un pecador después de su espantosa desgracia que saber con absoluta certeza que cuanto pida a Dios en nombre de Jesucristo lo alcanzará!

Hay que orar con perseverancia

Nuestra oración sea humilde y llena de confianza en Dios; mas esto no basta para tener la perseverancia final y con ella la salvación eterna. Verdad es que nuestras oraciones cotidianas nos alcanzarán las gracias que necesitamos para cada momento de nuestra vida, mas si no seguimos hasta el fin en la oración, no conseguiremos el don de la perseverancia final, y es que esta gracia, por ser como el resultado de todas las otras, exige que multipliquemos nuestra plegaria y perseveremos hasta la muerte.

La gracia de la salvación eterna no es una sola gracia, es más bien una cadena de gracias, y todas ellas unidas forman el don de la perseverancia. A esta cadena de gracias ha de corresponder otra cadena de oraciones, si es lícito hablar así, y, por tanto, si rompemos la cadena de la oración, rota queda la cadena de las gracias que han de obtenernos la salvación, y estaremos fatalmente perdidos.

Tengamos por indubitable verdad que la perseverancia final es gracia que nosotros no podemos merecer. Así nos lo enseña el sagrado Concilio de Trento con estas palabras: *Sólo puede otorgarla Aquel que tiene poder para sostener a los que están de pie y hacerles permanecer así hasta el fin.* Mas a esto replica San Agustín: *Este gran don de la perseverancia, con la oración se puede merecer.* Añade el Padre Suárez que el que reza infaliblemente lo consigue. Lo mismo sostiene el gran Santo Tomás del cual son estas graves palabras: *Después del bautismo es necesaria la oración continua y perseverante para que el hombre pueda entrar en el reino de los cielos.*

Pero antes que todos nos repitió esto mismo muchas veces nuestro divino Salvador cuando decía: *Es menester orar siempre y no desmayar nunca. Vigilad por tanto, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros y comparecer con confianza ante el Hijo del Hombre (Lc. 21, 36).* Y lo mismo leemos en el Anti-

guo Testamento: *Nada te detenga de orar siempre que puedas (Ecli. 18, 22). En todo tiempo bendice al Señor y pídele que dirija El los caminos de tu vida (Tob. 4, 20).* Por esto el Apóstol exhortaba a los primeros discípulos a que nunca dejaran la oración... *Orad sin descanso (1 Tes. 5, 17),* les decía... *Perseverad en la oración y velad en ella (Col. 4, 2). Quiero que los hombres recen en todo lugar (1 Tim. 2, 8).* En esta escuela aprendió San Nilo, cuando repetía: *Puede darnos el Señor la perseverancia y la salvación eterna, mas no la dará sino a los que se la piden con perseverante oración.* Hay pecadores que con la ayuda de la gracia de Dios se convierten, mas dejan de pedir la perseverancia y lo pierden todo.

El santo cardenal Belarmino nos dice que no basta pedir la gracia de la perseverancia una o algunas veces, hay que pedirla siempre, todos los días, hasta la hora de la muerte, si queremos alcanzarla. Diariamente. Quien un día la pide, la tendrá ese día, mas si al siguiente día la deja de pedir, ese día tristemente caerá. Esto parece quiso darnos a entender el Señor en la parábola de aquel amigo que no quiso dar los panes que le pedían, sino después de muchas importunas exigencias. Comentando ese pasaje argumenta San Agustín que si aquel amigo dio los panes que le pedía contra su voluntad y sólo por deshacerse de sus impertinencias, ¿qué hará el Señor, quien no tan sólo nos exhorta a que le pidamos, sino que lleva muy a mal cuando no le pedimos? Tengamos en cuenta que Dios es bondad infinita y que tiene grandes deseos de que le pidamos sus divinos dones. De donde podemos concluir que gustosamente nos concederá cuantas gracias demandemos. Lo mismo escribe Cornelio Alápide, del cual es esta sentencia: *Quiere Dios que perseveremos en la oración hasta la importunidad.* Acá en el mundo los hombres no pueden soportar a los importunos, mas Dios no sólo los soporta, sino que desea que con esa terca importunidad le pidan sus gracias y sobre todo el don de la perseverancia. Así San Gregorio lo afirmó, cuando escribía: *El Señor quiere ser repetidamente llamado, quiere ser obligado, quiere ser vencido por nuestras amorosas importunidades. Buena es esta violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse nuestro Dios se calma y aplaca.*

Pues, para alcanzar la santa perseverancia forzoso será que nos encomendemos a Dios siempre, mañana y tarde, en la medi-

tación, en la misa, en la comunión y muy especialmente en la hora de la tentación. Entonces debemos acudir al Señor y no cansarnos de repetir: Ayúdame, Señor, sostenme con tus manos benditas... no me dejes... ten piedad de mí. ¿Hay por ventura cosa más sencilla que decir a Dios: Ayúdame... asísteme...? Dijo el Salmista: *Haré dentro de mí oración a Dios, autor de mi vida.* Comentando este lugar la glosa añade: Alguno por ventura podrá decir que no puede ayunar, ni dar limosna, pero si se le dice: reza... a esto no podrá alegar que no puede. Y es que no hay cosa más sencilla que la oración. Sin embargo, por eso mismo no debemos dejar apagarse en nuestros labios la oración. A todas horas hemos de hacer fuerza sobre el corazón de Dios para que nos socorra siempre; que esta fervorosa violencia es muy grata a su corazón, como nos lo asegura Tertuliano. Y San Jerónimo llega a decir que cuanto más perseveramos e importunamos a Dios en la oración, más gratas le son nuestras plegarias.

Bienaventurado el hombre que me escucha que vela continuamente a las puertas de mi casa y está de centinela en los umbrales de ella. (Prov. 8, 34). Esto dice el Señor, y con ello nos enseña que es feliz el hombre que con la oración en los labios oye la voz de Dios y vela día y noche a las puertas de su misericordia.

Y el profeta Isaías decía también: *Bienaventurados cuantos esperan en El.* Sí, bienaventurados aquellos que orando esperan del Señor su salvación. ¿Y no nos enseña lo mismo Jesucristo en su santo Evangelio? Oigamos sus palabras: *Pedid y se os dará... buscad y hallaréis... llamad y se os abrirá (Lc. 11, 9).* Bien está que dijera: Pedid... pero ¿a qué añadir aquello de... buscad... llamad? Mas no son ciertamente superfluas estas palabras. Con ellas ha querido enseñarnos nuestro divino Redentor que hemos de imitar a los pobres, cuando mendigan limosnas, los cuales si por ventura nada reciben, y además son despectivamente rechazados, no por eso se van, sino que siguen a la puerta de la casa repitiendo la misma conmovedora súplica. Si sucede que el amo de la casa no aparece por ninguna parte, dan vueltas en derredor en su busca, y allí se están, aunque los tengan por importunos y fastidiosos. Asimismo quiere el Señor que obremos nosotros con El: quiere que pidamos y tornemos a pedir y

que no nos cansemos nunca de decirle que nos ayude, que nos socorra, que no permita jamás que perdamos su santa gracia.

Dice el doctísimo Lessio que no puede excusarse de pecado mortal aquel que no reza cuando está en pecado o en peligro de muerte, y peca también gravemente quien pasa sin rezar bastante tiempo, esto es: uno o dos meses. Así opina él. Mas esto ha de entenderse, si no estamos combatidos de tentaciones, que si nos asalta una tentación grave, sin duda ninguna que peca gravemente quien en ese trance no acude a Dios con la oración, para pedirle la fuerza de resistir a ella, pues de sobra sabe que, si así no lo hace, está en peligro próximo de caer en grave culpa.

Se dice por qué el Señor no nos da hasta el fin la gracia de la perseverancia

Y ahora dirá alguno: Pues si el Señor puede y quiere darnos la santa perseverancia, ¿por qué no nos la da de una vez, cuando se la pedimos? A esta pregunta responden los santos Padres alegando muchas y sapientísimas razones.

Y es la primera que Dios quiere por este camino probar la confianza que tenemos en El.

La segunda nos la da San Agustín cuando escribe que es porque quiere el Señor que suspiremos por ella con grandes deseos. Y añade, no quiere darte el Señor la perseverancia, apenas se la pides, para que aprendas que las cosas muy excelentes hay que desearlas con muy grandes ansias: pues vemos acá que lo que por mucho tiempo codiciamos, lo saboreamos más deliciosamente cuando lo poseemos, y las cosas que pedimos y al punto recibimos fácilmente las estimamos poco y hasta tenemos por viles.

Otra razón podemos dar y es que Dios quiere de este modo que nos acordemos más de El. Si, en efecto, estuviéramos ya seguros de la perseverancia y de nuestra salvación eterna y no sintiéramos a cada paso necesidad de la ayuda de Dios, fácilmente nos olvidaríamos de El. Los pobres, porque padecen pobreza, por eso acuden a casa de los potentados, que tienen riquezas. Por eso mismo dice el Crisóstomo que no quiere el

Señor darnos la gracia completa de la salvación hasta la hora de nuestra muerte, para vernos muy a menudo a sus pies y tener El la satisfacción de llenarnos a todas horas de beneficios.

Y aún podemos dar otra cuarta y última razón, y es que con la oración diaria y continua nos unimos con Dios con lazos más estrechos de caridad. Lo afirma el mismo San Juan Crisóstomo con estas palabras: *No es la oración pequeño vínculo de amor divino, sino que así el alma se acostumbra a tener sabrosos coloquios con Dios, y este acudir a El y este confiar que nuestras oraciones nos van a obtener las gracias que deseamos, es llama y cadena de santo amor, que nos abrasa y nos une más íntimamente con Dios.*

¿Qué hasta cuándo hemos de orar? Responde el mismo Santo: *Hemos de orar siempre, hasta que oigamos la sentencia de nuestra salvación eterna, es decir, hasta la muerte.* Este es el consejo que el Santo nos da: *No cejes hasta que no recibas tu galardón.* Y añade: *El que dijere que no suspenderá su oración hasta que sea salvo, ése se salvará.* Ya escribía antes el Apóstol que muchos son los que toman parte en los campeonatos pero que uno solamente gana el premio. *¿No sabéis,* exclamaba, *que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de tal modo que lo ganéis.*

Por aquí podemos ver que no basta orar: hay que orar siempre hasta que recibamos la corona que Dios ha prometido a aquellos que no cesan en la oración.

Si, por tanto, queremos ser salvos, sigamos el ejemplo del profeta David, el cual tenía siempre los ojos vueltos al Señor para pedirle su ayuda y no caer en poder de los enemigos del alma. *Mis ojos,* cantaba, *miran siempre al Señor: porque El es quien arrancará mis pies del lazo que me han tendido mis enemigos (Sal. 24, 15).*

Escribe el apóstol San Pedro que *nuestro adversario, el demonio, anda dando vueltas, como león rugiente, a nuestro alrededor, en busca de presa para devorar (1 Ped. 5, 8).* De aquí hemos de concluir que, así como el demonio a todas horas nos anda poniendo trabas para devorarnos, así nosotros hemos de estar continuamente con las armas de la oración dispuestas para defendernos de tan fiero enemigo. Entonces podremos decir con el rey David: *Perseguiré a mis enemigos... y no volveré atrás hasta que queden totalmente deshechos (Sal. 17, 38).*

Mas ¿cómo reportaremos esta victoria tan decisiva y tan difícil para nosotros? Nos responde San Agustín: *Con oraciones, pero con oraciones continuas.* ¿Hasta cuándo? Ahí está San Buenaventura que nos dice: *La lucha no cesa nunca... nunca tampoco debemos dejar de pedir misericordia.* Los combates son de todos los días, de todos los días debe ser la oración para pedir al Señor la gracia de no ser vencidos. Oigamos aquella temerosa amenaza del Sabio: *¡Ay de aquel que perdiere el ánimo y la resistencia!* Y San Pablo nos avisa que seamos constantes en orar confiadamente hasta la muerte con estas palabras: *Nos salvaremos a condición de que hasta el fin mantengamos firme la animosa confianza en Dios y la esperanza de la gloria (Heb. 3, 6).*

Animados, pues, por la misericordia de Dios y sostenidos por sus promesas repitamos con el Apóstol: *¿Quién, pues, nos separará de la caridad de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el peligro?, ¿la persecución?, ¿la espada? (Rm. 8, 35).* Quiso decirnos: ¿Quién podrá apartarnos del amor de Dios?, ¿acaso la tribulación?, ¿por ventura el peligro de perder los bienes de este mundo?, ¿las persecuciones de los demonios y de los hombres?, ¿quizá los tormentos de los tiranos? En todas esas cosas salimos vencedores por amor de Aquel que nos amó. Así nos decía El. Ni tribulación alguna, ni peligro alguno, ni persecución, ni tormento de ninguna clase nos podrán separar de la caridad de Cristo, *que todo lo hemos de vencer luchando por amor de aquel Señor que dio la vida por nosotros (Rm. 8, 37).*

En la vida de P. Hipólito Durazzo leemos que el día que renunció a la dignidad de prelado romano para darse todo a Dios y abrazar la vida religiosa en la Compañía de Jesús temblaba pensando en su propia debilidad, y así se dirigió al Señor: *No me dejéis, Señor, hoy sobre todo que enteramente me consagro a Vos... ¡por piedad! no me desamparéis...* Oyó allá en su corazón la voz de Dios que respondía: *Yo soy el que debo decirte a ti que nunca me desampares.* El siervo de Dios, confortado con estas palabras, le contestó: *Pues entonces, Dios mío, que Vos no me dejéis a mí, que yo no os dejaré a Vos.*

Digamos, pues, para concluir, que, si queremos que Dios no nos abandone, hemos de pedirle a todas horas la gracia que no

nos desampare: que si así lo hacemos, ciertamente que nos socorrerá siempre y no permitirá que nos separemos de El y perdamos su santo amor. Para lograr esto no hemos de pedir solamente la gracia de la perseverancia y las gracias necesarias para obtenerlas, sino que hemos de pedir de antemano también la gracia de perseverar en la oración. Este es precisamente aquel privilegiado don que Dios prometió a sus escogidos por labios del profeta Zacarías: *Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración (Zac. 12, 10).* ¡Oh!, ésta sí que es gracia grande, el espíritu de oración, es decir, la gracia de orar siempre... esto sí que es puro don de Dios.

No dejemos nunca de pedir al Señor esta gracia y este espíritu de continua oración, porque, si siempre rezamos, seguramente que alcanzaremos de Dios el don de la perseverancia y todos los demás dones que deseemos, porque infaliblemente se ha de cumplir la promesa que El hizo de oír y salvar a todos los que oran. Con esta esperanza de orar siempre ya podemos creernos salvos. Así lo aseguraba San Beda, cuando escribía: *Esta esperanza nos abrirá ciertamente las puertas de la santa ciudad del Paraíso.*

Dios quiere que todos se salven, y Jesucristo ha muerto para salvarnos a todos

"Dios ama todas las cosas que ha creado y no aborrece nada de lo que ha hecho" (Sab. 11, 24). Por ello, dice San Agustín: el amor no sufre estar ocioso, sino que tiende a desplegar sus fuerzas. Las fuerzas del amor son la benevolencia.

El amante no puede dejar de hacer bien a la persona amada siempre que puede, y siempre se las ingenia para hacer todo lo que cree que es bueno para el amado.

Pues si Dios ama a todos los hombres, necesariamente tiene que querer que todos alcancen su eterna salvación, que es el sumo y único bien del hombre, puesto que para esto nos ha creado.

"Al presente, libres del pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santidad, y por fin la vida eterna" (Rom. 6, 22).

Esta doctrina, a saber, que Dios quiere que todos se salven, y que Jesucristo ha muerto por la salvación de todos, es doctrina de fe de la Iglesia. Por negar esta verdad fueron condenados los predestinacianos, quienes, entre otros errores, sostenían que Dios no quiere que todos se salven, sino solamente aquellos que de hecho se salvan.

Posteriormente el Concilio de Lyón, en 1490, obligó a Lúcido a retractarse con la siguiente declaración: "Condeno a todo aquel que diga que Cristo no tomó la muerte por la salvación de todos". También en el siglo IX, el Concilio de Carisia condenó a Odescalco por haber renovado el mismo error. Y en el artículo 3.º definió: "Dios quiere que se salven todos los hombres sin excepción, aunque de hecho no se salven todos". Y añade en el artículo 5.º: "No hay nadie por quien Cristo no haya padecido, aunque no todos sean redimidos por sus padecimientos".

El mismo error fue últimamente condenado en las proposiciones 12 y 30 de Quesnel.

La doctrina de que Dios quiere que todos se salven fue definida en el Concilio de Trento, sesión VI, c. 2, en el cual se dice que Jesucristo murió para que todos recibieran la adopción de hijos. Y en el cap. 3 se dice: "Pero aunque El ha muerto por todos, sin embargo no todos reciben el beneficio de su muerte". Con estas palabras nos da por cierto que el Redentor no sólo ha muerto por los elegidos, sino también por todos aquellos que por culpa propia no reciben el beneficio de la redención.

La Sagrada Escritura y todos los Santos Padres nos aseguran que Dios, sinceramente y con verdadera voluntad, quiere la salvación de todos y la salvación de todos los pecadores. El texto de San Pablo es evidente: *"Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Tm. 2, 4).* La sentencia del Apóstol es absoluta y decisiva.

Estas palabras, en su sentido propio, manifiestan que Dios verdaderamente quiere que todos se salven, y es regla cierta que las palabras de la Escritura deben entenderse en su sentido literal siempre que este sentido no repugne a la fe o buenas costumbres. Por lo cual, dice San Buenaventura: "Hay que asegu-

rar que cuando el Apóstol dice que Dios quiere que todos se salven, tenemos que reconocer que Dios lo quiere".

Nos dice también el Señor: *"Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que Yo os aliviaré" (Mt. 11, 28).* Pues si nos llama a todos a la salvación, es que tiene verdadera voluntad de salvarnos a todos.

También enseña San Pedro: *"No quiere que nadie se pierda, sino que todos lleguen a la conversión"* (2 Ped. 3, 9). No quiere la condenación de nadie, sino que todos hagan penitencia y se salven.

Y vuelve a decir el Señor: *"Estoy a la puerta y llamo; si alguno me abre, entraré" (Ap. 3, 20). "¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, oráculo del Señor, convertíos y vivid"* (Ez. 18, 31-32). *"¿Qué más debí hacer por mi viña que no lo haya hecho?"* (Is. 5, 4). *"¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido!"* ¿Pues qué otras palabras más tiernas podría expresar para llamar a nuestros corazones? ¿Cómo podría exhortarnos mejor a volver a sus brazos? ¿Cómo reclamarle que haga más para salvarnos?

Refiere San Lucas que Jesucristo contemplando de lejos a Jesuralén, "lloró por ella". ¿Por qué llora, pregunta San Juan Crisóstomo, sino porque verdaderamente desea su salvación?

Dice Petavio: "Ante tantos pasajes de la Escritura que con lágrimas y juramentos atestiguan la voluntad salvífica de Dios, ¿cómo podremos decir calumniosamente que Dios no quiere salvar al género humano? ¿Hay algo más contrario a las verdades de la fe? ¿Qué mayor injuria y burla puede darse?

Dios quiere con sincera voluntad salvar a todos. No quiere la muerte, sino la vida del pecador; y lo jura por su vida, como observa Tertuliano, porque quiere ser creído: *"Por mi vida, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su conducta y que viva"* (Ez. 33, 11).

Que Dios quiere salvar a todos, es doctrina confirmada con la autoridad de todos los Santos Padres. Veamos algunos Padres latinos: San Jerónimo: "Dios quiere salvarnos a todos, pero como nadie se salva sin su propio consentimiento, quiere que amemos el bien para realizar en nosotros sus propios designios",

San Hilario: "Dios quiere salvar a todos los hombres, no solamente a los que pertenecen al número de los santos, sino de manera que nadie quede excluido". San Paulino: Jesucristo dice a todos: *"Venid a mí"*, porque a todos quiere salvar.

De igual forma se expresan los Padres griegos, como San Justino, San Basilio, San Gregorio, San Cirilo, San Metodio y San Juan Crisóstomo, etc.

Los Santos Padres están conformes en decir que Jesucristo ha muerto para obtenernos a todos la salvación eterna. San Jerónimo dice: "Cristo ha muerto por todos; sólo El podía ofrecerse a la muerte por todos los que estaban en pecado". San Ambrosio: "Cristo a todos ayuda; por eso el que perece tiene que achacarse a sí mismo su perdición, pues no quiere curar teniendo en su mano el remedio. La misericordia de Cristo quiere salvar a todos los hombres y a todos es manifiesta". Y en otro lugar: "Jesús escribió su testamento señalando por herederos suyos a todos; la herencia es universal y el premio de cada uno". Nótese las palabras: "A todos señaló por herederos". Jesús a todos nos ha inscrito como herederos del cielo.

Dice San León: "Cristo a ninguno encontró libre de culpa, por eso vino a salvar a todos".

San Agustín, sobre aquellas palabras de San Juan: *"No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvase por El"*, dice: "El sana completamente, pero no contra la voluntad del enfermo: ¿hay algo mejor que tener en tu mano la vida y en tu voluntad la salud? Dios sana a todos, con tal que no resistan".

Santo Tomás afirma que Jesucristo murió por todos y que a todos nos quiere salvar. "Cristo Jesús es el mediador entre Dios y los hombres, no solamente de algunos, sino de todos".

Dios da a los justos las gracias necesarias para guardar los mandamientos, y a los pecadores se las da igualmente para que se conviertan

Dios quiere salvarnos a todos, por consiguiente, a todos nos da las gracias necesarias y los auxilios que necesitamos para que nos salvemos.

Dice Santo Tomás que el efecto de la voluntad antecedente con que Dios quiere nuestra salvación, lleva consigo el proveernos de los medios necesarios para conseguirla.

No es cierto lo que afirmaron Lutero y Calvino, que Dios nos ha impuesto una ley imposible de guardar. No obstante, sería imposible si no dispusiéramos del auxilio de la gracia, como declaró el papa Inocencio I: "Así como vencemos con el auxilio de Dios, si El no nos ayuda quedaremos vencidos". También el papa Celestino declaró: "El Señor da a todos una ley posible de cumplir, y la gracia para observarla". Pero con mayor claridad lo declaró el Concilio de Trento: "Dios no manda imposibles; ruega que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas, y te ayuda para que puedas" (Ses. 6, c. 13). Si Dios no nos concediese las gracias necesarias para cumplir la ley, en vano la hubiera establecido: sería necesario el pecado y no habría culpabilidad.

Este es el sentir de los Padres. San Cirilo Alejandrino dice: "El pecador que ha recibido los auxilios de la gracia, y ha querido espontáneamente pecar, ¿cómo podrá quejarse de Cristo?"

Dice San Agustín: "Si el hombre peca en alguna cosa, peca en cuanto puede evitarla con la ayuda de la gracia del Señor que a nadie falta". Eso demuestra que si faltase la gracia necesaria para observar los preceptos, no habría pecados.

Lo mismo enseña Santo Tomás: "Así como el sol difunde a todos su luz y solamente se privan de ella los que quieren, así Dios comunica a todos su gracia para observar la ley, y los hombres en tanto se pierden en cuanto no quieren aprovecharse de ella".

Es regla indudable la que expresó San Agustín: Jamás se peca en aquello que no se puede evitar.

Dice el Apóstol: "*Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, antes bien, con la tentación os da los medios de poderla resistir con éxito*" (1 Cor. 10, 13). El modo de vencer es la ayuda divina que el Señor da siempre a los que sufren la tentación para poder triunfar. Como dice San Cipriano: "Con la tentación da la forma de poder escapar de ella". San Agustín y Santo Tomás, dicen: "Si Dios nos obligase a guardar preceptos imposibles, sería inicuo y cruel. Tener como reo de pecado al que no hizo lo que no podía, es suma indignidad".

Otra cosa es cuando el hombre, por propia negligencia, no tiene la gracia para guardar los mandamientos. Eso sucede cuando se descuida poner en práctica la gracia de la oración con la que se puede obtener la gracia de observar el precepto. Por eso dice el Concilio: "Dios no manda imposibles: amonesta que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas, y recibes ayuda para que puedas".

Que Dios da a todos la gracia de orar si quieren; para orar basta la gracia suficiente, común a todos

Puesto que Dios quiere que todos los hombres se salven, a todos da las gracias necesarias para obtener la salvación, entre las cuales está la gracia de poder orar en cada momento, sin necesidad de otra nueva gracia, y con la gracia de orar están a nuestra disposición todas las gracias y ayudas que necesitamos para cumplir los mandamientos y salvarnos.

Cuando decimos "sin necesidad de nueva gracia", no se ha de entender que la gracia común conceda poder orar sin el auxilio de la gracia cooperante, porque para ejercitar cualquier acto de piedad, además de la gracia excitante, se requiere también la gracia cooperante. La gracia común da a cada uno el poder rogar actualmente, sin nueva gracia que física o moralmente determine la voluntad del hombre a orar.

En primer lugar, hablaremos de algunos teólogos, entre muchos que se podrían citar, que dan por cierta esta sentencia; después la probaremos con la autoridad de los Padres y con la razón.

El eminentísimo cardenal Noris prueba que el hombre, cuando el precepto obliga, ruega si quiere, con sólo la gracia ordinaria, sin necesidad de otro auxilio: "Ya que para cumplir los mandamientos y salvarnos necesitamos orar, es necesario que tengamos la potencia próxima de rogar para impetrar con la oración la facultad de hacer el bien. Por eso todos tenemos la gracia ordinaria de poder orar, sin necesidad de otro auxilio". De lo contrario, si para poseer la facultad de orar, necesitâramos de otra gracia que no tenemos, el proceso sería infinito y no estaría en manos del hombre cooperar a su salvación.

El mismo autor confirma: "En el presente estado se da a todos el auxilio de la gracia ordinaria, en contra de lo que afirma Jansenio. Sin necesidad de otro auxilio se puede orar, y con ello se consigue la gracia eficaz para observar los mandamientos". Así se ha de entender el axioma universal de las escuelas: "Al que hace lo que está de su parte, Dios no le niega la gracia": esto es, Dios no niega la gracia eficaz para practicar las cosas difíciles a todo el que le ruega, haciendo buen uso de la gracia suficiente para acudir a Dios por medio de la oración.

De igual manera piensa Luis Tomassino. Se maravilla de quienes dicen que los auxilios suficientes no bastan para hacer obras buenas, ni para evitar el pecado. La gracia suficiente, para serlo de verdad, ha de dar al hombre la potencia próxima y expedita para realizar el acto bueno; pero si para realizar este acto bueno se necesita otra gracia, la eficaz, el hombre que no tiene la gracia eficaz mediata, necesaria para la salvación, ¿cómo puede decirse que la gracia suficiente le dé esta potencia próxima y expedita?

Dice Santo Tomás: "Dios no deja de realizar lo que es necesario para la salvación". Dios no está obligado a darnos sus gracias, porque las gracias no son obligaciones; pero dado que nos manda guardar los mandamientos, está obligado a darnos los auxilios que necesitamos. Y concluye Tomassino: "Si la gracia suficiente basta al hombre para salvarse, y la eficaz es necesaria para observar toda la Ley, la gracia suficiente basta para rogar y por medio de la oración obtener la gracia eficaz para cumplir las cosas difíciles".

Esta es la doctrina de San Agustín: "Así como creemos que Dios no manda cosas imposibles, debemos entender lo que tenemos que pedir para poner en práctica las cosas difíciles". El cardenal Noris, comentando este texto, dice: "Las obras fáciles las podemos hacer sin necesidad de pedir; pero para las dificultosas necesitamos impetrar el auxilio de Dios".

Heberto, obispo y doctor de la Sorbona, el primero en escribir contra Jansenio, dice: "Juzgamos que el efecto inmediato de la gracia suficiente no es crear el hábito... Por tanto, la gracia suficiente es gracia preparatoria para la eficaz que Dios otorga

después de ser secundada por la voluntad... Así que los auxilios de la gracia suficiente son preparatorios para la gracia eficaz, y eficaces en cierto sentido, con efecto incompleto de impetración remota, primero, y próxima después, cuales son los actos de fe, esperanza, temor y también la oración. Por eso, Alfonso Lemoinus enseñó que la gracia suficiente era la gracia de orar de la que tanto habló San Agustín. Por tanto, la gracia suficiente es la gracia de orar, dependiendo de nosotros el valernos de ella, según San Agustín. Por tanto, el hombre no tiene excusa si no hace aquello para lo que ya tiene gracia suficiente y que sin otra nueva gracia ya produce su efecto al concedernos la ayuda suficiente para poder actuar.

Otro teólogo de la Sorbona, Carlos de Plessis, cita muchos teólogos que enseñan que con la gracia suficiente se pueden hacer las cosas fáciles, obteniendo así abundantes gracias para cumplir las obras más perfectas. Y añade: así se debe entender el célebre axioma: "Al que hace lo que está de su parte, Dios no le niega la gracia", es decir, los auxilios abundantes y eficaces.

Dionisio Petavio prueba que con la gracia suficiente el hombre puede obrar bien. De lo contrario, no sería suficiente. Pues afirmar que aun siendo suficiente no hay capacidad de obrar, es monstruoso y antirracional. Esta es la doctrina de toda la Iglesia.

En consecuencia, la gracia de guardar los Mandamientos sigue a la oración. Dios concede a todo el mundo este don de la oración a la vez que le impone los preceptos. Pues si a todos se les impone la Ley, necesariamente a todos se les otorga la gracia de la oración.

Lygní, profesor real, en su tratado *De Gratia*, demuestra que la gracia suficiente no sólo concede poder orar, sino también hacer algunas obras buenas menos fáciles. Gaudencio Buontempi también demuestra que con la gracia suficiente se obtiene la eficaz por medio de la oración que todos podemos hacer. El cardenal Roberto Pullo habla de dos gracias: una siempre invencible, y otra a la cual el hombre a veces corresponde y a veces no.

Fortunato de Brescia sostiene que a todos es concedida la gracia de poder orar para observar mediante ella los preceptos, y afirma que esta es la doctrina de San Agustín.

No obstante, las gracias suficientes, a veces consiguen su efecto, y a veces no. Así lo enseña San Francisco de Sales, diciendo que la gracia actual de orar se da a todos los que quieren servirse de ella, de lo cual deduce que siempre está en nuestras manos el poder perseverar. En su Teótimo, tras demostrar que es necesario orar siempre para obtener de Dios la gracia de la perseverancia final, añade: "Porque el don de la oración ha sido libremente prometido por Dios a todos los que quieran consentir a las inspiraciones divinas; por consiguiente, en nuestra mano está el perseverar".

El cardenal Belarmino enseña: "En todo tiempo y lugar, mediata o inmediatamente, a todos se otorga el auxilio suficiente para la salvación... Decimos *mediata o inmediatamente*, porque a los que tienen uso de razón creemos que Dios les infunde santas inspiraciones, y por este medio les otorga gracias excitantes que si quieren secundar los disponen para la justificación y para conseguir la salvación".

Pero vengamos a las pruebas de esta sentencia. En primer lugar citaremos la autoridad del Apóstol que nos asegura: *Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros* (1 Cor. 10, 13). A lo que afirma Santo Tomás: "Dios no sería fiel si no nos concediese, en cuanto está de su parte, las gracias por medio de las cuales podamos conseguir la salvación".

Se prueba además, con todos aquellos lugares de la Escritura en los que el Señor nos exhorta a convertirnos y recurrir a El para demandar las gracias necesarias para la salvación: "*La Sabiduría clama por las calles: ¿hasta cuándo, simples, amaréis vuestra simpleza y arrogantes gozaréis en la arrogancia y, necios, tendréis odio a la ciencia? Convertíos por mis reprensiones; voy a derramar mi Espíritu para vosotros; os voy a comunicar mis palabras. Ya que os he llamado y no habéis querido, he tendido mi mano y nadie ha prestado atención, habéis despreciado mis consejos..., también Yo me reiré de vuestra desgracia (Pr. 1, 20-26).*

El cardenal Belarmino dice que esta exhortación a convertirse sería irrisoria si Dios no concediese a todos los pecadores el auxilio de la oración, al menos mediato, para convertirse.

En el mismo texto se expresa la gracia interna con que Dios llama a los pecadores y les da el auxilio actual para convertirse si quieren, cuando dice: "*Os daré mi Espíritu*".

En otras partes leemos: "*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y Yo os aliviaré*" (*Mt. 11, 28*). Y parecido en otros muchos lugares. Luego si Dios no diese a todos la gracia de recurrir a El actualmente, serían vanas todas las exhortaciones e invitaciones en que dice: "*Venid todos y os aliviaré; pedid y recibiréis*".

En segundo lugar se prueba nuestra proposición con el texto del Concilio de Trento, que me parece evidente. Decían los protestantes que, estando el hombre privado del libre albedrío por el pecado de Adán, nada puede obrar nuestra voluntad para producir actos buenos, que solamente está pasivamente inducida a recibirlos de Dios, sin que ella los produzca, y deducían que es imposible la observancia de los preceptos a quienes no son movidos eficazmente y predestinados por la gracia para evitar el mal y obrar el bien. Contra este error pronunció el Concilio la sentencia tomada de San Agustín: "Dios no manda imposibles, sino que al mandar amonesta para que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas y ayuda para que puedas".

De esta forma el santo Concilio demostró que todos los preceptos divinos se pueden cumplir, porque todos los hombres tenemos a nuestra disposición, por medio de la oración, los auxilios necesarios para poderlos cumplir.

Es decir: todos, con las gracias comunes, pueden practicar las cosas fáciles, como es hacer oración, sin necesidad de otra gracia extraordinaria, y rogando, pueden impetrar la fuerza necesaria para las cosas difíciles, según la doctrina de San Agustín: "Pues así como creemos firmemente que el Dios justo y bueno no manda cosas imposibles, así nos amonesta lo que tenemos que hacer en las cosas fáciles y cómo tenemos que orar en las difíciles".

Según el Concilio, a todos son posibles los divinos preceptos, al menos por medio de la oración, con la que se obtienen auxilios mayores para observarlos.

Pues si Dios a todos ha impuesto sus preceptos y a todos ha hecho posible su observancia, al menos por medio de la oración,

necesariamente debe concluirse que todos tienen la gracia de rogar; de otra manera, a quien esta gracia faltase, no le sería posible la observancia de los preceptos. Así como el Señor, por la oración, da la gracia actual para obrar el bien y hace posible sus mandamientos, así a todos da la gracia actual de rogar.

Por tanto, aquellas palabras: "Amonesta Dios a que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas", no deben entenderse sólo del poder rogar, sino del rogar actualmente. Porque si la gracia común y ordinaria no diese otra cosa que el poder rogar, y no el rogar actualmente, no habría dicho el Concilio "Amonesta Dios a que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas", sino "amonesta que es posible hacer y es posible orar". Pues como dice Fortunato de Beescia: "Si no fuese dada a todos la gracia actual de rogar, sino que para rogar se necesitase la gracia eficaz que a todos no se da, resultaría que para muchos la oración sería imposible, o sea, para todos aquellos que les faltase la gracia eficaz". Falsamente se diría que Dios nos amonesta que pidamos lo que no podemos, porque amonestaría hacer una cosa para cuyo cumplimiento falta el auxilio que necesitamos.

Yo no sabría de qué otro modo puede explicarse el citado texto del Tridentino, si la gracia suficiente no diese a todos el poder actualmente rogar sin la gracia eficaz, supuesta por los contrarios para poder realizar todo acto bueno. De igual modo, supuesta tal necesidad, tampoco sabría comprender cómo podría demostrarse aquella otra sentencia del mismo Concilio: "Dios no abandona a los que una vez haya justificado con su gracia, si no es por ellos antes abandonado". Pues si para rogar actualmente no basta la gracia suficiente ordinaria, sino que se requiere la eficaz, no común a todos, sucedería que cuando el justo fuese tentado a cometer el primer pecado mortal y Dios no le diese la gracia eficaz de orar para resistir, no resistiendo, debería decirse que el justo es de Dios abandonado antes que él abandone a Dios, puesto que le falta la gracia eficaz necesaria para resistir.

San Agustín, comentando las palabras de San Pablo: *El Espíritu ruega por nosotros con gemidos inefables*, dice: "El Espíritu Santo es el que nos hace rogar y el que nos da fervor para ello".

Y comentando el Salmo 52, añade: "Lo que tú haces con sus dones, se dice que lo hace El, porque tú sin El no lo harías".

En tercer lugar, esta sentencia la prueban los Padres: San Basilio escribe que, cuando Dios permite que el hombre sea tentado, lo hace para que él resista con la oración pidiendo ayuda para la victoria. San Juan Crisóstomo: "Dios nos dio la Ley para que por ella reconociéramos nuestra enfermedad y así acudiéramos al médico". Y en otro lugar: "No puede excusarse quien no quiso vencer al dejar de orar". Pues ¿cómo hubiera dicho que no quiso vencer el que no quiso orar, si en realidad no hubiera tenido la posibilidad de orar?

Dice San Bernardo: "¿Quiénes somos nosotros y cuál es nuestra fortaleza? Pero esto es precisamente lo que Dios quería de nosotros, que viendo nuestras deficiencias acudiésemos a El en demanda del auxilio que su misericordia pone a nuestra disposición".

Así pues, Dios nos ha impuesto una Ley que resulta imposible a nuestras fuerzas naturales, para que, recurriendo a El con la oración, obtengamos las fuerzas necesarias para poderla guardar. Lo cual quiere decir que, si a alguien se le negara la gracia actual de poder orar, se le haría imposible el cumplimiento de la Ley, lo cual es absurdo. Por tanto, no tienen razón en quejarse los que dicen que les falta la gracia, porque son ellos los que faltan a la gracia al despreciar la oración. Es El quien tiene motivos para quejarse de nosotros, porque no hacemos caso de la gracia de la oración que tenemos a nuestra disposición.

Ningún Santo Padre se expresa en esto más claro que San Agustín. Dice: "Los Pelagianos piensan que han descubierto algo grande cuando afirman que Dios no mandaría lo que sabe que no puede realizar el hombre... ¿Quién no sabe esto? Pero manda algunas cosas que no podemos realizar para que conozcamos lo que le tenemos que pedir".

Por tanto, a nadie se niega la gracia de poder orar y de obtener así, por la oración, los auxilios que necesita para convertirse. Si así no fuera, no podría achacársele de culpa por no convertirse.

También dice: "¿Qué otra cosa nos está diciendo el Señor cuando nos da sus mandatos, sino que nos concede pedir, buscar y llamar? ¿Aún no eres atraído? Ora para que seas atraído".

"Cuando el alma ignora lo que debe hacer, lo ignora porque aún no ha recibido la gracia; pero la recibirá si usa bien lo que recibe, pues recibió para que busque piadosa y diligentemente si quiere. Por tanto, todos tienen la gracia necesaria para orar, y si la aprovechan bien recibirán la gracia de hacer lo que antes no podían".

Dice en otro lugar: "El hombre que quiere y no puede, ore para tener la voluntad que hace falta para cumplir los mandamientos; así será ayudado para que haga lo que se le manda".

Dice también: "Manda el Señor que esforzándonos por hacer el bien y cansados por nuestra debilidad, sepamos pedir la ayuda de la gracia". Supone el Santo que no podemos hacer las cosas difíciles con la gracia ordinaria, pero que por medio de la oración podremos obtener la manera de realizarlas.

Y continúa diciendo: "La Ley es causa de que abunden los delitos cuando los hombres no imploran el auxilio de la gracia, pero cuando por inspiración divina entienden a quien hay que suplicarle y le suplican, sucederá que, *donde abundó el delito sobreabundó la gracia*". En esto se manifiesta, dice Petavio, la falta de la gracia abundante y la existencia de la gracia ordinaria o común con la que se puede orar.

Al decir San Agustín que el hombre es impotente para observar toda la Ley, y que lo único que puede hacer es pedir ayuda mediante la oración para poder cumplirla, supone ciertamente que el Señor da a cada uno la gracia de orar actualmente sin necesidad de otra gracia o ayuda extraordinaria y no común a todos.

De otra manera, si nos faltase ese otro auxilio especial, ningún recurso nos quedaría para observar actualmente todos los divinos preceptos. Hablando así, el Santo no entiende que la gracia suficiente dé solamente la potencia, sino también el acto de rogar; porque en cuanto a la potencia, es cierto que se da por la gracia suficiente aun para las obras difíciles; luego ciertamente defiende el Santo Doctor que las cosas fáciles, como es el

orar, puede actualmente cumplirlas cualquiera con la gracia suficiente, y las difíciles con el auxilio que se impetra por medio de la oración.

Sobre todo hacen al caso dos textos de San Agustín. El primero dice ser cierto que nosotros observamos los preceptos si queremos, y que para que Dios prepare la voluntad para quererlos observar y para observarlos de verdad, debemos orar. Luego a todos se nos da la gracia de orar y con ella el poder obtener la gracia abundante con que podamos observar los preceptos; pues si para rogar actualmente necesitáramos de la gracia eficaz, no siendo ésta común a todos, aquellos que no la tuvieran no podrían observar los preceptos, ni siquiera tendrían voluntad de hacerlo.

El segundo texto es aquel en el que el Santo Doctor responde a los monjes Andrometinos, que decían: "Si es necesaria la gracia y sin ella nada puedo hacer, ¿por qué me han de corregir lo que no puedo hacer y no tengo la gracia de hacerlo? Rogad más bien al Señor por mí para que me dé esta gracia". A los que responde el Santo: "Vosotros debéis ser corregidos, no porque no obráis sin tener la fuerza, sino porque no oráis para tener esta fuerza".

¿No es cierto que si el Santo no creyera que todos tenemos la posibilidad de poder orar, no los hubiese declarado culpables por no orar?

Santo Tomás, aunque no habla expresamente de la oración, supone que puede orarse cuando dice: "Pertenece a la Divina Providencia proveer a cada uno de lo necesario para su salvación, mientras cada uno por su parte no lo impida". De una parte, Dios da a todos las gracias necesarias para la salvación, y de otra, la oración es necesaria para conseguir el auxilio mayor que necesitamos, lo que nos obliga a decir que Dios a todos da las gracias necesarias para orar actualmente si quiere, y esto sin necesidad de ninguna otra gracia eficaz.

En último lugar examinemos la razón de esta sentencia. El doctísimo Petavio, con Duval y otros teólogos, formula esta pregunta: "¿Por qué Dios nos impone cosas que no podemos observar con la gracia común y ordinaria?" Y responde: "Porque

quiere que recurramos a El con la oración, según hablan comúnmente los Santos Padres". De aquí deduce: "Todos tienen la gracia de rogar actualmente y con la oración alcanzar el auxilio mayor para cumplir lo que no podemos con la gracia común. Si así no fuera, Dios nos habría puesto una ley imposible". Esta es muy fuerte razón.

Para que la ley sea racional y sea justo también el castigo que se imponga a quienes no la observen, es necesario que todos tengan posibilidad real y eficiente de observarla, al menos por medio de la oración. Si así no fuera, no podría decirse que Dios concede a todos la gracia suficiente para observar actualmente la Ley.

Podríamos exponer muchas razones en confirmación de esta sentencia, pero me atengo solamente a una que me parece evidente, y se funda en el precepto de la esperanza, por el cual todos estamos obligados a esperar de Dios con toda certidumbre la vida eterna. Pues si no estuviéramos ciertos de que Dios a todos da la gracia de orar, y que con la oración conseguimos los socorros eficaces para salvarnos, ¿en qué se fundaría la esperanza?

La virtud de la esperanza es tan agradable a Dios que, según su misma declaración, encuentra sus complacencias en los que ponen en El su confianza. "*Se complace el Señor en los que le temen, en aquéllos que esperan en su amor*" (Sal. 147, 11). Y les promete la victoria sobre los enemigos, la perseverancia en su gracia y la gloria eterna a quienes ponen en El su esperanza. "*Pues él se abraza a mí, Yo he de librarle; le exaltaré, pues conoce mi nombre. Me llamará y le responderé; estaré a su lado en la desgracia, le libraré y le glorificaré" (Sal. 91, 14-15).* "*Guárdame, oh Dios, pues en ti pongo mi refugio*" (Sal. 16, 1). "*Confíate a El, y El a su vez te cuidará*" (Ecl. 2, 8). "*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán*" (Mt., 24, 35).

San Bernardo dice que nuestro mérito consiste precisamente en poner en Dios nuestra confianza. "*Cumple tus votos al Altísimo e invócame en el día de la angustia, Yo te libraré y tú me darás gloria*" (Sal. 50, 14-15). Y la razón es que quien espera en Dios, le honra sobremanera. Honra el poder, la misericordia y la fidelidad de Dios, creyendo que Dios quiere y puede salvarlo, y no puede faltar a las promesas que nos tiene hechas de salvarnos si confiamos en El.

Nos asegura el profeta que cuanto mayor sea nuestra confianza, tanto más se difundirá en nosotros la divina misericordia. "*Sea tu amor Señor sobre nosotros, así como nosotros confiamos en Ti*" (Sal. 33, 22).

Ahora bien, esta virtud de la esperanza, que es tan del agrado del Señor, ha querido imponerla con prepto grave, como consta en muchos lugares de la Escritura. "*En Dios me refugio; confiad en El en todo tiempo* (Sal. 60, 9). *Los que teméis al Señor, esperad sus bienes*" (Ecl. 2, 9). "*Y tú conviértete a tu Dios, observa amor y equidad, y espera en tu Dios siempre*" (1 Ped. 1, 13).

Esta esperanza de la vida eterna debe ser firme y cierta, como ya lo declaró Santo Tomás: "La esperanza es la firme confianza de obtener la bienaventuranza". Y más expresamente el concilio Tridentino: "Todos deben colocar y poner en el auxilio de Dios una firmísima esperanza; pues Dios, así como comenzó la obra buena, la concluirá, pues El concede el querer y el lograr".

Por tanto, Dios quiere que desconfiemos siempre de nosotros mismos, a fin de no caer en la presunción; pero, por otra parte, quiere que estemos ciertos de su buena voluntad y de su ayuda para salvarnos, siempre que se lo pidamos, a fin de que tengamos una certísima confianza en su bondad.

Dice Santo Tomás: "Debemos esperar de Dios la eterna salvación, fiados en su poder y en su misericordia, creyendo que puede y quiere salvarnos".

He querido establecer en este capítulo, en honor de la Divina Providencia y bondad de Dios, a fin de animar a los pecadores y para quitar toda excusa cuando dicen que no tienen fuerzas para resistir, pues, como he procurado hacerles ver, el que se condena se condena por su propia culpa, porque Dios a nadie niega la gracia de la oración, con la cual se obtiene de Dios el auxilio para vencer cualquier ataque de la concupiscencia y cualquier tentación.

Por lo demás, mi principal propósito ha sido insinuar a todos el uso de este poderosísimo e indispensable medio de la oración, a fin de que cada uno, con la mayor diligencia posible, atienda a usar de él si desea salvarse. Por descuidar la oración son muchas

las almas que pierden la gracia, viven tanto tiempo en pecado y, al fin, acaban por perderse irremisiblemente. ¡Y sólo porque no quisieron molestarse en orar!

Y lo peor es, no puedo dejar de repetirlo, que son pocos los predicadores y confesores que atienden de propósito a instruir a sus oyentes y penitentes el uso de la oración, sin la cual es imposible la observancia de los divinos preceptos y la consecución de la perseverancia en la divina gracia.

Habiendo visto y observado la absoluta necesidad de orar que imponen las Santas Escrituras, he procurado introducir en las misiones de nuestra Congregación, como se practica desde hace muchos años, que nunca se omita el sermón de la oración.

Digo, repito y repetiré siempre, mientras me dure la vida, que la esperanza de nuestra salvación depende de nuestra oración; por esto, yo creo firmemente, que tanto los escritores en sus libros, como los predicadores en sus sermones, y todos los confesores en la administración del sacramento de la Penitencia, debieran inculcar esto, amonestando, clamando y repitiendo constantemente: orad, orad y no dejéis nunca de orar, porque si oráis os salvaréis; por el contrario, si dejáis de orar os condenaréis. Así deberían hacer todos los predicadores y directores, porque según las escuelas católicas, el que ora obtiene la gracia y se salva. (Del gran medio de la oración.)

Hay que orar con atención

Hay quienes recitan muchas oraciones vocales; pero si no hacen oración mental, difícilmente harán bien las oraciones vocales, porque se harán con distracción. Muchos claman, dice San Agustín, pero sólo con la voz del cuerpo... No basta rogar sólo con la voz, sino que es preciso rogar con el espíritu, como dice el Apóstol: *Orando en todo tiempo en espíritu, velando y suplicando con perseverancia* (Ef. 6, 18). Pues nos confirma la experiencia que muchos que recitan diversas oraciones vocales como el Oficio Divino, el Santo Rosario, etc., continúan cayendo en pecado y viviendo en él; mientras que los que hacen oración mental, difícilmente caen alguna vez en pecado; y si alguna vez

tienen la desgracia de caer, no es fácil que permanezcan mucho tiempo en tan miserable estado; porque una de dos: o dejará la oración o dejará el pecado; pues vida de oración y de pecado, jamás se hallan juntos. (Selva P. II c. 5.)

Se peca porque se quiere, pues demuestra la experiencia que el que recurre a Dios no peca, y quien a Dios no recurre, peca infaliblemente... Si somos vencidos, la culpa es totalmente nuestra, porque no hemos orado...

Muchos rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen y hacen otras obras exteriores de devoción, y, sin embargo, continúan en pecado; al paso que quien hace oración mental es imposible que continúe en pecado, porque, o dejará la oración, o abandonará el pecado, pues como decía un gran siervo de Dios: "Vida de oración y de pecado no pueden estar juntos" (Monja Santa C. 15).

La ciencia de los Santos no se aprende en los libros, sino en la oración

La ciencia sublime de los Santos no se aprende por el estudio ni por la lectura de los libros, sino por medio de la oración... Un momento de oración puede comunicarnos mayores luces que diez años de estudio en medio de los libros... Para poder adquirir algún conocimiento en las ciencias humanas es necesario emplear mucho tiempo y estudiar en gran manera; pero para aprender la ciencia de los Santos, basta quererla y pedirla... No niego que el estudio les es necesario a los sacerdotes, pero mucho más necesario les es el estudio de Jesús crucificado... Decía San Paulino que por medio de la oración nos nutrimos de aquel espíritu celestial que después hemos de comunicar a los demás. Por eso decía San Lorenzo Justiniano que los sacerdotes deben acudir a la oración antes de ponerse a ayudar a los hermanos. Un sacerdote de mediano saber, pero abrasado del celo del amor de Dios, convertirá muchas más almas con un solo sermón, que otro muy sabio, pero tibio, en cien sermones.

Quien por el estudio deja la oración, da a entender que en el estudio no busca a Dios, sino a sí mismo... *(Selva de Materias Predicables).*

Para vencer las tentaciones

Repito que el remedio más eficaz y necesario de todos, el remedio de los remedios es rogar a Dios que nos ayude, y perseverar en la súplica mientras dura la tentación. Sucede a menudo que el Señor ha vinculado la victoria, no a la primera, sino a la segunda, o a la tercera, y hasta la cuarta oración que le dirijamos, en una palabra: estemos persuadidos que de la oración depende todo nuestro bien; de la oración depende la mudanza de vida; de la oración depende la victoria sobre las tentaciones; por la oración se alcanza el amor divino, la perfección, la perseverancia y la salud.

A alguno que haya leído mis obras espirituales, me habré hecho tal vez pesado recomendando con tanta frecuencia el uso de la oración, su importancia, su necesidad continua. Yo, al contrario, temo no haber insistido aún lo bastante en este punto. Sé que el demonio no cesa día y noche de tendernos lazos para hacernos caer; sé que sin el socorro divino no somos capaces de resistirle, y por eso nos exhorta el Apóstol (Ef. 6, 11) a revestirnos de la armadura de Dios, diciendo: "*Revestíos de la armadura de Dios para poder contrarrestar las acechanzas del diablo; porque no es nuestra pelea contra la carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo*". Y, ¿cuál es esa armadura de Dios, de que nos habla San Pablo para resistir al demonio? Son las súplicas continuas y fervientes para que Dios nos ayude a vencer. "*Haciendo en todo tiempo con espíritu y fervor continuas oraciones y plegarias, y velando para lo mismo con todo empeño (Ibíd. 18)*".

Sin cesar se nos inculca en el Antiguo y Nuevo Testamento la necesidad de orar: *Invócame y Yo te libraré (Sal. 49, 15). Invócame y Yo te oiré benigno (Jer. 33, 3). Conviene orar perseverantemente y no desfallecer (Lc. 18, 1). Pedid y se os dará (Mt. 7, 7). Velad y orad para que no caigáis en la tentación (Mc. 14, 18). Orad sin intermisión (1 Tes. 5, 17).* Por tanto, me parece, pues, no haber hablado con demasía de la oración sino antes poco.

Yo desearía que los predicadores nada recomendasen tanto a sus oyentes como la oración; que los confesores a nada exhor-

tasen con mayor empeño a sus penitentes que a la oración; que los escritores espirituales de nada hablasen con tanta facundia y copia de razones como de la oración; mas de esto me lamento y pienso que es castigo de nuestros pecados, de que tanto predicadores como confesores y escritores, hablan muy poco acerca de la oración. (Práctica de Amor a Jesucristo.)

BEATO DIEGO JOSE DE CADIZ (m. 1801)

Este célebre misionero recorre con sus pies descalzos todo el mapa de España, consiguiendo miles de conversiones con sus misiones populares. Fue beatificado por León XIII en 1894. Subió al cielo desde la ciudad de Ronda (Málaga).

1. Es la oración uno de los actos más principales de la virtud santa de la religión, porque en ella y con ella se da a Dios el culto y reverencia que ésta, como debido, nos enseña. Ella es para el alma lo que el sol para los vivientes, lo que el alimento para el cuerpo y lo que el riego para las plantas; porque sin ella el alma no concebirá buenos y santos afectos, ni producirá los frutos de las virtudes, ni conservará fácilmente la vida de la gracia (El Ermitaño Perfecto, pág. 541).

2. Nadie ignora que el todo de nuestra perfección en esta vida consiste en la unión con Dios, y que a esto deben encaminarse todos nuestros deseos, conatos e intenciones, porque Dios es la vida de nuestras almas y todas nuestras cosas; *en El vivimos, nos movemos y somos*; y El es nuestro primer principio, de donde nos dimana todo bien, y es también nuestro último fin, a quien necesariamente deben encaminarse todos nuestros afectos y todas nuestras obras. Este es el dichoso término al que miran y al que se encaminan todas las virtudes, y singularmente la santa oración, como dice San Buenaventura.

Cuánta sea la importancia del santo ejercicio de la oración, se colige fácilmente por las Santas Escrituras donde se nos ase-

gura que a ella va inseparable la misericordia del Señor, y que jamás faltará ésta a quien no le falte la oración (Sal. 66, 20); que si perseveramos en ella, no seremos vencidos en las tentaciones (Mt. 26, 41), y que, por su medio, nuestra conversación y trato es en los cielos.

La oración, especialmente la mental, es el medio para alejar de nosotros el pecado, para adquirir las virtudes y para llegar a la contemplación y posesión del Sumo Bien.

El Espíritu Santo nos encarga la viva consideración de nuestras postrimerías, como eficaz remedio contra las culpas (Ecli. 7, 40); y San Pablo nos propone la meditación de las penas y dolores de nuestro amabilísimo Redentor, como el medio eficacísimo para sobrellevar constantemete los males de esta vida (Heb. 12, 3).

La frecuente meditación de los beneficios de Dios y las verdades eternas, son un incentivo poderoso para encendernos en el fuego de la divina caridad y de su amor (Sal. 38, 4).

3. Por tanto, al religioso le es *totalmente* preciso y necesario el no separar de sí en tiempo alguno a sus dos fieles coadjutores y leales compañeros como son el temor de su reprobación y el amor a Dios y la salvación de su alma, como dice San Lorenzo Justiniano. Para lo primero, ha de pensar con frecuencia en lo incierto e infalible del momento de su muerte y en los males que se padecen para siempre en el infierno. Y para lo segundo, debe considerar la bondad, el amor, la misericordia del Señor y los gozos perpetuos de la bienaventuranza. Porque de la consideración de esta alternativa, se sigue aborrecer el ocio, se sacude la tibieza, se evita la negligencia, se adquiere el amor a Dios, se consiguen todos los bienes del alma y se adquiere un amor y fervor insuperable para todo cuanto le puede aprovechar en el alma.

4. Aficionémonos, pues, a este santo ejercicio y no seamos del número de aquellos necios que la miran con horror y se fastidian de sólo oír su nombre. Pues la experiencia nos hace ver continuamente que, al paso que un religioso va dejando la oración o entibiándose en su ejercicio, su espíritu se va disipando, hasta reducirse al infeliz estado de la relajación. Por el contrario, vemos cómo se reforma, adelanta y vive con arreglo, en la proporción que se dedica a esta santa y angelical ocupación celestial.

Miremos y examinemos bien este punto, y hallaremos que, en tanto hemos permanecido gustosos en la Orden y atentos a la regular observancia, en cuanto no habemos dejado la oración; pero que, desde el punto en que nos retiramos de ella, se ha ido poco a poco disipando nuestro espíritu. Por esto ha sido siempre máxima cierta entre religiosos: que aquél es bueno y virtuoso, que tiene mucha y buena oración; y aquél es malo y perverso, que huye de ella y la mira con fastidio.

5. Justo sería y muy propio de los que nos hallamos ilustrados con las luces santas de la fe, y condecorados con el hábito religioso, que amásemos tanto la oración, cuanto la aborrece nuestro común infernal enemigo; porque, si a él le es odiosa e insufrible, por los daños que le hace y por el bien que a nosotros nos sigue, claro está que, para librarnos de sus astucias y para vencerle, nos importará infinito el aficionarnos a ella y armarnos con su ejercicio para los combates que sin intermisión nos presenta.

6. Oremos, en fin, sin intermisión y sin flaquear jamás en su ejercicio, como el Señor nos aconseja. Seamos puntualísimos en las dos horas que nuestras sagradas Constituciones nos ordenan para cada día. Añadamos algún rato más, según nos lo permitan nuestras ocupaciones, y hagamos *el propósito* con particular empeño en que no se nos pase sin ella un solo día, si queremos gustar cuán suave es el espíritu de Dios y cuán fácilmente se comunica a los que oran con fe, con humildad y con perseverancia (La Vida Religiosa 2.ª Pte. art. 3).

SAN SERAFIN DE SAROV (m. 1833)

San Serafín de Sarov es el santo más amado y venerado de Rusia y una de las figuras más luminosas de la Iglesia Oriental. Fue canonizado en 1903.

1. Dice Dios: "*Cuando venga os juzgaré en el estado en que os encontrare*". ¡Ay de nosotros si nos encontrara oprimidos por los

cuidados y los afanes terrenos, porque nadie podrá soportar su ira y el rostro de su desdén! Por eso se ha dicho: *"Vigilad y orad para no caer en la tentación"*, es decir, para que no perdáis el espíritu divino, puesto que la vigilia y la oración es la que nos alcanza su gracia.

Naturalmente que cualquier virtud ejercitada en el nombre de Jesucristo nos procura la gracia del Espíritu Santo; pero, por encima de todas, nos la alcanza la oración, arma que está siempre en nuestras manos para conseguir la gracia del Espíritu Santo.

Podríais desear, por ejemplo, ir a la iglesia, pero puede suceder que no haya iglesia o que la función haya terminado; podríais desear hacer una limosna, y no encontrar un mendigo o no tener qué dar...; podríais, finalmente, desear ejercitar cualquiera otra de las virtudes en el nombre de Jesús, y no tener medios ni oportunidad; pero la oración, en cambio, siempre podréis practicarla. Lo mismo el rico que el pobre, el noble que el plebeyo, el fuerte que el débil, el sano que el enfermo, el justo que el pecador, todos pueden practicarla. ¡Oh, y cuán grande es el poder de la oración!, incluso aunque seas pecador, con tal que desees convertirte a Dios... ¡Cuán grande es el poder de la oración, que tantas gracias nos alcanza y que con tanta facilidad puede ser practicada...! Pues, alma devota, si te consideras feliz de hablar con este miserable Serafín, porque crees que la gracia celestial está en él, ¿qué decir entonces de Dios mismo, fuente eterna de todo bien celestial y terreno? Y, sin embargo, por la oración se nos concede la gracia de poder hablar con el mismo Nuestro Señor, Salvador y vivificador y creador de todo bien... *(Coloq. con N. A. Motovilov).*

2. La oración, el ayuno, las vigilias y otras prácticas cristianas cualesquiera, aunque muy buenas en sí mismas, no representan en modo alguno, por sí solas el fin de la vida cristiana; pues no son más que medios indispensables para alcanzar este fin. Porque el verdadero fin de la vida cristiana es la adquisición del Espíritu Santo. En cuanto a los ayunos, vigilias, oraciones, limosnas y otras buenas obras hechas en nombre de Cristo, son los medios para adquirir el Espíritu Santo. Fijaos bien en esto: sólo las buenas obras hechas en nombre de Cristo nos traen los

frutos del Espíritu Santo. Otras acciones, si no están hechas en nombre de Cristo, aun siendo buenas, no podrían, a pesar de todo, proporcionarnos la recompensa en la vida del siglo venidero ni darnos la gracia de Dios en la vida presente. Por eso el Señor Jesucristo dijo: *"El que no recoge conmigo, desparrama"* (Revelaciones de San Serafín Sarov).

SAN VICENTE PALLOTTI (m. 1850)

San Vicente Pallotti, fundador de la Sociedad del Apostolado Católico y creador de la Acción Católica, como se verá, tenía tanta confianza en la oración que era ella todo el fundamento de su obra. Con la oración conseguiría las vocaciones misioneras necesarias para la Congregación, y sólo por la oración alcanzarían el éxito todas las misiones.

1. La oración, según la doctrina del Evangelio, es la que obtiene los operarios en la viña del Señor; y, más que el empeño y la habilidad del predicador, hace fecunda la predicación, cuyo fruto depende del incremento que Dios da con su gracia (1 Cor. 3, 6). Y así, aquellos que se ofrecen a contribuir al fin santísimo del Apostolado Católico con el medio eficacísimo de la oración, con razón son considerados como una de las clases más nobles y más importantes de la Sociedad.

Sin embargo, el medio de la oración que por una parte es poderoso para asegurar el éxito de la obra apostólica, por otra, es fácil y universal; porque la divina misericordia no excluye a nadie, sino que a todos nos manda orar... Por tanto, nadie de cualquier edad, sexo, estado y condición, puede quedar excluido de formar parte del Apostolado Católico como cooperador espiritual (Esc. Selec. Zamora 1988, págs. 135-136).

2. Todos, en fin, pueden contribuir eficazmente con el medio de la oración... El Evangelio nos enseña que con estos medios puede resultar muy bien la obra de instrucción de la

viña del Señor, ya que —sin hablar de la predicación, de la cual el Salvador del mundo dio a sus Apóstoles y a sus sucesores el encargo y la misión— el precepto que el mismo Dios salvador ha dado a sus discípulos de rogar "al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt. 9, 38), no deja dudar de ningún modo de la eficacia de la oración por la multiplicación de los verdaderos ministros evangélicos (Ibíd. pág. 129).

3. Así también se espera que en las órdenes religiosas regulares, sean multiplicados los individuos de esta vocación llenos de un solo espíritu, del solo espíritu de Jesucristo, absolutamente necesario a los misioneros.

¡Ah!, oremos, oremos incesantemente, a fin de que, multiplicadas y cultivadas tales vocaciones, sean multiplicadas también en todo el mundo católico las casas religiosas de esas órdenes, para que por todas partes vayan misioneros sin número, llenos de un solo espíritu a propagar la fe en todo el mundo (Ibíd. pág. 83).

4. *La Sociedad del Apostolado Católico* es una empresa difícil, pero sumamente necesaria para tener operarios evangélicos llenos del solo espíritu de Jesucristo. Dios quiere la salvación de todos (1 Tm. 2, 4), y por todos envió a su Unigénito, para que fuese el Redentor por la muerte de cruz. Dios no falta en proveer las cosas necesarias, especialmente si se piden. "Dios en lo necesario no falta".

Por consiguiente, oremos y no cesemos nunca de orar y de hacer orar, en cuanto sea posible, con humildad, confianza y perseverancia. Y el Padre de la misericordia que está en los cielos, en cuyas manos están los corazones de todos los hombres —también, pues, los de los ricos y potentados de la tierra—, ya que si El, infinitamente providente como es, siempre está pronto a socorrer las verdaderas necesidades corporales de sus hijos, mucho más y con inconcebible plenitud lo está para proveer a las necesidades de las almas redimidas.

Y si alguien desconfiase de poder tener candidatos con vocación para las misiones extranjeras para llenar tales colegios, tome confianza, recordando que Jesucristo, al ver la abundancia de la mies y la escasez de los operarios evangélicos, para que se provea la necesidad, nos ha dado un medio infalible con aque-

llas palabras: "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Lc. 10, 2). Por consiguiente, si Jesucristo nos ha mandado orar al Padre celeste que es el Dueño de la mies, para que envíe obreros a su mies, es de fe que nos quiere escuchar. Y por eso, para sacar provecho del tan infalible medio que nos ha ordenado el divino Redentor, la Sociedad promueve la propagación de una determinada oración... (Ibíd. pág. 103).

5. La Unión (o Sociedad de Apostolado Católico) tendrá por obra de primer fundamento y de segura eficacia, el promover en cuanto sea posible, oraciones humildes, confiadas y perseverantes, para obtener que sea reavivada la fe y reencendida la caridad entre los católicos y propagada por todo el mundo, a fin de que, más prontamente, se haga un solo rebaño apacentado por un solo pastor supremo, el Vicario de Jesucristo. Y si por esta Institución de la Unión no se obtuviese otra cosa que la multiplicación de las oraciones indicadas, sin embargo, se habría obtenido el medio seguro para conseguir más prontamente cuanto se propone la Unión (Ibíd. pág. 82).

6. A la vista de una empresa tan necesaria y debida por el precepto de la caridad, pero a la vez tan desproporcionada a las fuerzas del hombre, e inconcebiblemente rodeada de tantas dificultades e impedimentos de toda clase, la Sociedad se reconoce obligada a sacar provecho de la oración, que es el medio infalible que nos ha dado el Redentor. Con la cual se obtiene todo lo que es para gloria de Dios y para provecho de las almas, a condición de que se emplee con humildad, confianza y perseverancia. Y por eso, la Sociedad tendrá como obra principal el promover por todas partes oraciones humildes, confidentes y perseverantes, dirigidas a obtener los dones y medios necesarios y oportunos, para que, cuanto antes, haya un solo rebaño y un solo pastor en todo el mundo... (Ibíd. pág. 100).

7. Nuestro Señor Jesucristo oraba siempre... Por consiguiente, por amor a Nuestro Señor Jesucristo, nos debemos esforzar en imitarlo en la vida de oración y en hacer con gran perfección y fervor todos los ejercicios devotos... (Ibíd. pág. 255).

8. Nuestro Señor Jesucristo, antes de dar comienzo a su celeste predicación, por nosotros se retiró al desierto en oracio-

nes y ayunos durante cuarenta días... Por consiguiente, por amor a nuestro Señor Jesucristo, debemos esforzarnos por imitarle (Ibíd. pág. 258).

SAN JUAN M.ª VIANEY (Cura de Ars) (m. 1859)

San Juan M.ª Vianey, mundialmente conocido como El Santo Cura de Ars, Patrón de los párrocos, fue suspendido siempre en todos sus estudios del seminario por su rudeza y poco talento. Unicamente le aprobaron por ser modelo de piedad. Cuando le encargan de la parroquia de Ars, la encuentra espiritualmente arruinada. Intenta salvarla, pero no sabe pronunciar discursos elocuentes; solamente sabe orar y hacer penitencia. Pero el pueblo al verle, le reconoce como Santo, y sus rudas palabras se les clavan en el alma y todos se convierten. Y así pasó a la historia de la famosa parroquia de Ars.

En verdad, en verdad os digo: todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre os lo dará (Jn.16,23)

Nada más consolador para nosotros, H. M., que las promesas que Jesucristo nos hace en el Evangelio, al decirnos que todo cuanto pidamos a su Padre en su nombre nos será concedido. No contento con esto, H. M., no solamente nos permite pedirle lo que deseamos, sino que nos insta a ello, llegando hasta a mandárnoslo. Así hablaba a sus Apóstoles: "He aquí que hace ya tres años estoy con vosotros y no me pedís nada. Pedidme, pues, a fin de que vuestra alegría sea llena y perfecta". (Jn.16,24). Lo cual nos indica que la oración es la fuente de todos los bienes y de toda la felicidad que podemos esperar aquí en la tierra. Siendo esto así, H. M., si nos hallamos tan pobres, tan faltos de luces y de dones de la gracia, es porque no oramos o lo hacemos

mal. ¡Ay! H. M., digámoslo con pena: muchos ni siquiera saben lo que sea orar, y otros sólo sienten repugnancia por un ejercicio tan dulce y consolador para todo buen cristiano. En cambio, vemos a algunos orar pero sin alcanzar nada, lo cual proviene de que oran mal: es decir, sin preparación y hasta sin saber lo que van a pedir a Dios. Mas, para mejor haceros sentir la magnitud de los bienes que la oración nos procura, H. M., os diré que todos los males que nos agobian en la tierra vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal; y si queréis saber la razón de ello, aquí la tenéis: si acertásemos a orar ante Dios cuál debe hacerse, nos sería imposible caer en pecado; y si nos hallásemos exentos de pecado, volveríamos a un estado, por decirlo así, semejante al de Adán antes de su caída. Para animaros, H. M., a orar con frecuencia y a orar debidamente, voy a mostraros: 1.º, cómo sin la oración nos es imposible salvarnos; 2.º, cómo la oración lo puede todo delante de Dios; 3.º, qué cualidades ha de reunir la oración para ser agradable a Dios y meritoria para el que la hace.

1.º— Para mostraros, H. M., el poder de la oración y las gracias que del cielo nos alcanza, os diré que por la oración es como los justos han tenido la dicha de perseverar. La oración es para nuestra alma lo que la lluvia para el campo. Abonad un campo cuanto os plazca; si falta la lluvia, de nada os servirá cuanto hayáis hecho. Así también, practicad cuantas buenas obras os parezcan bien; si no oráis debidamente y con frecuencia, nunca alcanzaréis vuestra salvación; pues la oración abre los ojos del alma, hácele sentir la magnitud de su miseria, la necesidad de recurrir a Dios y de temer su propia debilidad. El cristiano confía solamente en Dios, nada espera de sí mismo. Sí, H. M., por la oración es como perseveraron los justos. En efecto, ¿qué fue lo que condujo a ciertos santos a aceptar tan grandes sacrificios como el abandonar todas sus riquezas, sus parientes y sus comodidades, para ir a pasar el resto de su vida en la selva, y allí llorar sus pecados? Era, H. M., la oración lo que inflamaba sus corazones con el pensamiento de la presencia de Dios, con el deseo de agradarle y de no servir más que a El. Mirad a Magdalena; ¿en qué se ocupa después de su conversión? ¿No es por ventura en

la oración? Mirad a San Pedro; mirad aun a San Luis, rey de Francia, quien, en sus viajes, en vez de pasar la noche durmiendo en su lecho, pasábala en una iglesia orando y pidiendo a Dios el don precioso de perseverar en su gracia. Mas, sin ir tan lejos, H. M., ¿no observamos en nosotros mismos cómo, a medida que descuidamos la oración, vamos perdiendo el gusto por las cosas del cielo?, no pensamos más que en la tierra; pero, si reanudamos nuestra oración, sentimos renacer también en nosotros el pensamiento y el deseo de las cosas del cielo. Sí, H. M., cuando tenemos la dicha de estar en gracia de Dios, o bien recurriremos a la oración, o podemos tener la certeza de no perseverar largo tiempo en el camino del cielo.

En segundo lugar, decimos, H. M., que todos los pecadores, salvo extraordinario e insólito milagro, se convirtieron por la oración. Mirad lo que hace Santa Mónica para alcanzar la conversión de su hijo: o bien la hallaréis al pie del crucifijo, orando y llorando; o bien la veréis junto a personas buenas y prudentes para recabar su auxilio y sus oraciones. Ved al mismo San Agustín cuando quiso de veras convertirse; miradle en el jardín, entregado a la oración y a las lágrimas a fin de mover el corazón de Dios y cambiar el suyo. Sí, H. M., por más que seamos pecadores, si recurrimos a la oración y la practicamos debidamente, podremos estar seguros de que Dios nos ha de perdonar. ¡Ah! H. M., no nos extrañe, pues, que el demonio haga todo lo posible para movernos a dejar la oración o a practicarla mal, pues sabe mejor que nosotros cuán temible sea ella al infierno y cómo es imposible que Dios pueda denegarnos lo que le pedimos al orar. ¡Oh!, ¡cuántos pecadores saldrían del pecado, si acertasen a recurrir a la oración!

En tercer lugar, digo que todos los condenados se perdieron porque no oraron o porque oraron mal. De lo cual deduzco, H. M., que, sin la oración, habremos de perdernos por toda una eternidad, mientras que, con la oración bien hecha, tenemos la seguridad de salvarnos. Sí, H. M., los santos estaban de tal manera convencidos de la eficacia de la oración, que, no contentos con dedicarse a ella durante el día, empleaban en tal ejercicio noches enteras. ¿Por qué, pues, H. M., sentimos tanta repug-

nancia por una práctica tan dulce y consoladora? ¡Ay! H. M., es porque la hacemos mal, y nunca hemos sentido las delicias que en ella experimentaban los santos. Mirad a San Hilarión, que oró durante cien años sin interrupción, y aquellos cien años fueron para él tan cortos que su vida le pareció un relámpago. En efecto, H. M., la oración bien hecha es aceite balsámico que se extiende por toda el alma y parece hacernos sentir ya la felicidad de que gozan los bienaventurados en el cielo. Es esto tan cierto, que leemos en la vida de San Francisco de Asís que, estando en oración, caía muchas veces en éxtasis, hasta tal punto que no podía discernir si se hallaba en la tierra, o en el cielo entre los bienaventurados. Tan abrasado estaba por el fuego divino que la oración encendía en su corazón, que llegaba a comunicarle calor sensible. Un día, mientras se hallaba en la iglesia, sintió un acceso de amor tan violento, que hubo de exclamar en alta voz: "Dios mío, no puedo más". —Pero, pensaréis para vosotros mismos, esto sucederá a los que saben orar bien y proferir hermosas palabras—. No es, H. M., a las largas y bellas oraciones a lo que Dios mira, sino a las que salen del fondo del corazón, con gran reverencia y vehemente deseo de agradarle. Ved de ello un hermoso ejemplo. Refiérese en la vida de San Buenaventura, gran doctor de la Iglesia, que un religioso muy sencillo le dijo: "Padre mío, ¿creéis que yo, con mi poca instrucción, podré orar y amar a Dios?" San Buenaventura le contestó: "¡Ah!, amigo mío, precisamente los simples y humildes son los que más agradan a Dios y aquellos a quienes El ama con mayor ternura". Admirado aquel religioso de lo que acababa de saber, se fue a la puerta del monasterio, y decía a cuantos pasaban por allí: "Venid, amigos míos, tengo que daros una buena noticia: el doctor Buenaventura me ha dicho que nosotros, aunque ignorantes, podemos amar a Dios tanto como los sabios. ¡Qué dicha para nosotros, poder amar y agradar a Dios, con todo y ser ignorantes!" Ya veis, pues, H. M., cómo es cosa fácil y consoladora orar delante del Señor.

Decimos que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios. Mejor dicho, H. M., es una dulce conversación de un hijo con su padre, de un súbdito con su rey, de un criado con su

dueño, de un amigo con su amigo en el seno del cual deposita sus tristezas y sus penas. Para mejor haceros cargo de la excelsitud de la oración, considerad cómo es una vil criatura la que Dios recibe en sus brazos para prodigarle toda suerte de bendiciones. ¿Queréis saber aún más, H. M.? La oración es la unión de cuanto hay de más vil con lo más grande, más poderoso, más perfecto en todos los órdenes que imaginar podamos. Decidme, H. M., ¿necesitamos algo más para penetrarnos de la excelencia y necesidad de la oración? Ya veis, pues, H. M., cuán necesaria sea ella para agradar a Dios y salvarnos.

Por otra parte, no podemos hallar la felicidad aquí en la tierra si no amamos a Dios; y solamente podemos amarle orando. Así vemos que Jesucristo, para animarnos a recurrir frecuentemente a la oración, nos promete no denegarnos nada cuando oremos de la manera debida. Mas no hay necesidad de ir muy lejos para convenceros de que debemos orar con frecuencia; no tenéis más que abrir el catecismo, y allí veréis que el deber de todo buen cristiano es orar por la mañana, por la noche, y a menudo durante el día: o sea, hemos de orar siempre.

Un cristiano que desee salvar su alma, por la mañana, al despertarse, debe hacer la señal de la cruz, consagrar su corazón a Dios, ofrecerle todas sus obras, y prepararse para la oración. No ha de empezarse jamás el trabajo sino después de haber orado; y debe orarse de rodillas, delante del crucifijo, después de haber tomado agua bendita. No perdamos nunca de vista, H. M., que es la mañana el momento en que Dios nos tiene preparadas todas las gracias necesarias para pasar santamente el día; pues El sabe y conoce todas las ocasiones que de pecar se nos presentarán, y todas las tentaciones a que el demonio nos someterá durante el día; y si oramos de rodillas y cual debemos, el Señor nos otorgará todas las gracias que necesitemos para no sucumbir. Por esto el demonio hace cuanto puede para que dejemos la oración o la hagamos mal, plenamente convencido, como lo confesó un día por boca de un poseso, de que, si puede obtener para sí el primer momento de la jornada, tiene ya la seguridad de obtener también lo restante. ¿Quién de nosotros, H. M., podrá oír, sin llorar de compasión, a esos pobres cristianos que

se atreven a deciros que no tienen tiempo para orar? ¡Pobres ciegos! ¿Qué obra es más preciosa, la de trabajar por agradar a Dios y salvar el alma, o la de dar de comer al ganado de las cuadras, o bien llamar a los hijos o sirvientes para enviarlos a remover la tierra o el estercolero? ¡Dios mío, cuán ciego es el hombre!... ¡No tenéis tiempo!, mas decidme, ingratos, si Dios os hubiese enviado la muerte esta noche, ¿habríais trabajado? Si Dios os hubiese enviado tres o cuatro meses de enfermedad, ¿habríais trabajado? Id, miserables, merecéis que el Señor os abandone en vuestra ceguera y en ella perezcáis. ¡Hallamos ser demasiado dedicarle algunos minutos para agradecer las gracias que en todo momento nos concede! —Quieres dedicarte a tu tarea, dices—. Pero, amigo mío, te engañas miserablemente, ya que tu tarea no es otra que agradar a Dios y salvar tu alma; todo lo demás no es tu tarea: si tú no la haces, otros la harán; mas si pierdes el alma, ¿quién la salvará? Vete, eres un insensato: cuando estés en el infierno, entonces conocerás lo que debías practicar y, desgraciadamente, no has practicado.

Pero, me diréis, ¿cuáles son las ventajas que con la oración obtenemos, para que hayamos de orar con tanta frecuencia? —Vedlas, H. M. La oración hace que hallemos menos pesada nuestra cruz, endulza nuestras penas y nos vuelve menos apegados a la vida, atrae sobre nosotros la mirada misericordiosa de Dios, fortalece nuestra alma contra el pecado, nos hace desear la penitencia y nos inclina a practicarla con gusto, nos hace comprender y sentir hasta qué punto el pecado ultraja a Dios Nuestro Señor. Mejor dicho, H. M., mediante la oración agradamos a Dios, enriquecemos nuestras almas y nos aseguramos la vida eterna. Decidme, H. M., ¿necesitamos aún más para decidirnos a que nuestra vida sea una continua oración mediante nuestra unión con Dios? ¿Cuando se ama a alguien, hay necesidad de verle para pensar en él? No, ciertamente. Por lo mismo, H. M., si amamos a Dios, la oración nos será tan familiar como la respiración. Sin embargo, H. M., debo advertiros que, para orar de manera que dicha práctica pueda lograrnos los favores que os acabo de enumerar, no basta dedicar a ella un breve instante, ni hacerla con precipitación. Dios quiere que empleemos en la

oración el tiempo conveniente, que haya espacio suficiente para pedirle las gracias que nos son necesarias, agradecerle sus favores y llorar nuestras culpas pasadas, pidiéndole perdón de las mismas.

Pero, me diréis, ¿cómo podremos orar continuamente? — Nada más fácil, H. M.: ocupándonos de Nuestro Señor, de tiempo en tiempo, mientras trabajamos; ora haciendo un acto de amor, para testimoniarle que le amamos porque es bueno y digno de ser amado; ora un acto de humildad, reconociéndonos indignos de las gracias con que no cesa de enriquecernos; ora un acto de confianza, pensando que, aunque miserables, sabemos que Dios nos ama y quiere hacernos felices. O también, podremos pensar en la pasión y muerte de Jesucristo: le contemplaremos en el huerto de los Olivos, aceptando la pesada cruz; nos representaremos su coronación de espinas, su crucifixión, y si queréis, recordaremos su encarnación, su nacimiento, su huida a Egipto; podemos pensar también en la muerte, en el juicio, en el infierno o en el cielo. Rezaremos algunas preces en honor del santo Angel de la Guarda, y no dejaremos nunca de bendecir la mesa, ni de dar gracias después de la comida, de rezar el *Angelus*, y el Ave María cuando dan las horas: todo lo cual nos va recordando nuestro último fin, nos hace presente que en breve ya no estaremos en la tierra, y así nos iremos desligando de ella, y procuraremos no vivir en pecado por temor de que la muerte nos sorprenda en tan miserable estado. Ya veis, H. M., cuán fácil es orar constantemente, practicando lo que hemos dicho. Esta es, H. M., la manera cómo oraban siempre los santos.

2.º— El segundo motivo que debe inducirnos a recurrir a la oración, es que todo el provecho redunda en favor nuestro. El Señor conoce dónde está nuestra felicidad y sabe que solamente por la oración podemos procurárnosla. Por otra parte, H. M., ¡cuán grande honor para una vil criatura cual nosotros, el que todo un Dios quiera bajarse hasta ella y conversar con ella tan familiarmente como un amigo que habla con otro amigo! Ved cuánta es su bondad al permitirnos que le comuniquemos nuestras penas y nuestras aflicciones. Y este buen Salvador pone toda su diligencia en consolarnos, en sostenernos en las pruebas,

o, por decirlo mejor, en sufrirlas por nosotros. Decidme, H. M., el dejar de orar ¿no sería equivalente a renunciar a nuestra salvación y a nuestra felicidad aquí en la tierra, toda vez que sin la oración no podemos menos de ser desgraciados, mientras que mediante la oración estamos seguros de alcanzar cuanto nos sea necesario para el tiempo y para la eternidad, según ahora vamos a ver?

Primeramente digo que todo le está prometido a la oración, y en segundo lugar, que la oración bien hecha lo alcanzará todo: es esta una verdad que Jesucristo nos repite casi en cada página de la Sagrada Escritura. La promesa de Jesucristo es formal: "Pedid, nos dice, y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, lo obtendréis, si lo pedís con fe". Mas no se contenta Jesucristo con decirnos que la oración bien hecha lo alcanza todo. Para mejor convencernos de ello, nos lo asegura con juramente (1): "En verdad, en verdad os digo, que todo cunto pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo concederé". Después de estas palabras del mismo Jesucristo, me parece, H. M., que es ya imposible dudar de la eficacia de la oración. Por otra parte, H. M., ¿de dónde podría venir nuestra desconfianza?, ¿sería de nuestra indignidad? Pero Dios sabe muy bien que somos pecadores y culpables, que oramos en su nombre, y que, ante todo, contamos con su infinita bondad. Y nuestra indignidad ¿no está cubierta y como disimulada por sus méritos? ¿Será, pues, por ser nuestros pecados demasiado horribles o demasiado numerosos? Mas ¿no le es a Dios igualmente fácil perdonarnos un pecado de mil? ¿No dio principalmente su vida por los pecadores? Escuchad lo que nos dice el Rey Profeta: "¿Se ha visto jamás a alguien que haya orado al Señor y cuya oración haya sido desoída?" (2). "Sí, nos dice, cuantos invocan al Señor y recurren a El, han experimentado los efectos de su misericordia".

(1) Amen, amen dico vobis... quodcumque petieritis Patrem in nomine meo hoc faciam (Ioann., XIV, 13).

(2) Este texto no ha sido sacado de los Salmos, sino del Eclesiástico: "Quis invocavit eum, et despexit illum?" (Eccli., II, 12).

Para sentir esto mejor, veamos algunos ejemplos. Mirad a Adán pidiendo misericordia después de su pecado. No solamente el Señor le perdona a él, sino además a toda su descendencia; le promete su Hijo, que deberá encarnarse, sufrir y morir para reparar su pecado. Ved a los ninivitas, grandes pecadores, a quienes el Señor envió el profeta Jonás, para que les avisase que iba a castigarlos de la manera más espantosa: a saber, haciendo bajar fuego del cielo (1). Se entregan todos a la oración, y el Señor los perdona. Hasta en aquella ocasión en que el Señor se decidió a destruir el mundo por el diluvio universal, si aquellos pecadores hubiesen recurrido a la oración, con seguridad el Señor los hubiera perdonado. Y si proseguís leyendo las Escrituras, veréis a Moisés sobre la montaña, mientras Josué lucha con los enemigos del pueblo de Dios. Cuando Moisés ora, los israelitas vencen; mas, en cuanto cesa su oración, los israelitas son vencidos. Ved aun al mismo Moisés pidiendo al Señor que perdone a treinta mil culpables a los cuales había resuelto perder: con sus oraciones, forzó, por decirlo así, al Señor a perdonarlos. "No, Moisés, le dijo el Señor, no intercedas por este pueblo, no quiero perdonarle". Moisés continúa en su oración, y el Señor es vencido por las preces de su siervo, y perdona a su pueblo. ¿Qué hace Judit, H. M., para librar a su patria de aquel su temible enemigo? Acude a la oración y, llena de confianza en el Señor ante quien se acaba de postrar, va a la morada de Holofernes, le corta la cabeza y salva a su patria. Ved al piadoso rey Ezequías, a quien el Señor envió un profeta para advertirle que pusiese en orden sus negocios, pues iba a morir. Prosternóse delante del Señor, suplicándole que no le arrebatase aún de este mundo. Movido el Señor por sus oraciones, concedióle quince años más de vida. Si seguís adelante, veréis al publicano que, reconociéndose culpable, acude al templo para implorar de Dios

(1) Jonás, predicando en Nínive, decía: "No pasarán cuarenta días y Nínive será destruida", sin indicar por qué género de castigo (Jon., III, 4). Tal vez el Santo confunde la destrucción de Nínive con la ruina de Sodoma anunciada a Loth por un ángel, y que describe el Génesis así: "El Señor hizo caer del cielo una lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra" (Gen., XIX, 24).

el perdón. El mismo Jesucristo nos dice que sus pecados le fueron perdonados. Ved a la pecadora, prosternada a los pies de Jesús, orando con lágrimas en los ojos. Y ¿no le responde Jesucristo: "Te son perdonados tus pecados"? El buen ladrón, aunque lleno de los más enormes crímenes, hace oración desde la cruz; y no sólo Jesucristo le perdona, sino que le promete que en aquel mismo día estará en el cielo con El. Sí, H. M., si tuviésemos que citar a cuantos han alcanzado el perdón orando, tendríamos que enumerar a todos los santos que fueron pecadores; ya que por la oración tuvieron la dicha de reconciliarse con Dios, el cual dejóse conmover por sus súplicas.

3.º— Mas pensaréis tal vez: ¿De dónde proviene que, a pesar de tantas oraciones, seamos siempre pecadores, sin mejorar en lo más mínimo? —Nuestra desgracia, amigo mío, proviene de que no oramos cual deberíamos, esto es, oramos sin preparación y sin deseo de convertirnos, y muchas veces sin saber lo que a Dios hemos de pedir. No dudéis de esto, H. M., pues cuantos pecadores pidieron a Dios su conversión la obtuvieron, y todos los justos que suplicaron a Dios la perseverancia perseveraron. —Mas alguien me dirá: Se experimentan demasiadas tentaciones.— ¿Eres excesivamente tentado, amigo mío? Ora, y ten la seguridad de que la oración te dará fuerzas para resistir la tentación. ¿Tienes necesidad de la gracia? Pues la oración te la obtendrá. Si dudas de ello, oye lo que nos dice Santiago, a saber: que mediante la oración dominamos al mundo, al demonio y a nuestras pasiones. Sí, H. M., por muchas que sean las penas que experimentemos, si oramos, tendremos la dicha de soportarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, si recurrimos a la oración, las dominaremos. Mas, ¿qué hace el pecador? Vedlo aquí. Tiene la plena convicción de que la oración le es absolutamente necesaria para evitar el mal y para obrar el bien, así como para salir del pecado cuando ha caído en él; pero mirad su gran ceguera: o no hace oración, o la hace mal. ¿Qué no es cierto esto, H. M.? Ved la manera de orar que tiene un pecador, suponiendo que ore, pues la mayor parte de los pecadores no lo hacen; ¡ay!, veréis que se levantan y se acuestan como bestias. Mas observemos

a aquel pecador orando: vedle recostado en una poltrona, o echado sobre la cama rezando mientras se viste o se desnuda, o va andando o gritando, hasta tal vez jurando, a la zaga de sus criados o de sus hijos. ¿Con qué preparación se pone a orar? ¡Ay!, con ninguna. Frecuentemente, y en la mayoría de los casos, esta clase de gente acaba su pretendida oración, no solamente sin saber lo que ha dicho, sino hasta sin pensar ante quien se hallaba, ni lo que iba a hacer o a pedir. Miradlos en la casa de Dios; ¿no os inspira compasión su actitud? ¿Hácense cargo de que están en la santa presencia de Dios? Indudablemente que no: miran a los que entran o salen, hablan con los del lado, bostezan, duermen, se fastidian, y hasta tal vez se enojan porque las funciones, a su parecer, son demasiado largas. Toman el agua bendita con la misma devoción que sacan la de un cubo para beber. Con duros trabajos hincan las rodillas, pareciéndoles ya demasiado inclinar un poco la cabeza durante la Consagración o la Bendición. Los veréis paseando su mirada por el templo, fijándola tal vez en aquello que puede inducirlos al mal; aún no han entrado y ya quisieran estar fuera. Al salir, los oiréis exclamarse cual si fuesen personas sacadas de una cárcel y puestas en libertad. Pues bien, H. M., tal es la miseria del pecador, y por cierto que es muy grande. Y al considerar esto, ¿deberá admirarnos que los pecadores continúen en sus pecados y perseveren en tan miserable estado?

Hemos dicho, en tercer lugar, que los provechos de la oración van anejos a la manera como cumplamos tal deber, según ahora vamos a considerar. 1.º Para que la oración sea agradable a Dios y provechosa al que la hace, es necesario hallarse en estado de gracia o a lo menos tener una firme resolución de salir cuanto antes del pecado, puesto que la oración de un pecador que no quiere salir del pecado es un insulto que se hace a Dios. 2.º Para que nuestra oración esté bien hecha, es necesario habernos preparado antes. Toda oración hecha sin prepararse, es una oración defectuosa, y esta preparación consiste en pensar un rato en Dios antes de arrodillarnos en su presencia, considerando a quién vamos a hablar y lo que le hemos de pedir. ¡Ay!, ¡cuán escasos son los que se preparan y, por lo mismo, cuán

pocos oran de una manera debida, es decir, en forma adecuada para ser escuchados favorablemente! Por otra parte, H. M., ¡qué os ha de conceder el Señor si no le pedís nada, ni deseáis nada! Más claro: sois como un pobre que no quiere limosna, como un enfermo que no quiere sanar, como un ciego que quiere permanecer en su ceguera; en fin, como un condenado que no quiere ir al cielo, sino que consiente en bajar al infierno.

En segundo lugar, hemos dicho que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios, una dulce conversación entre la criatura y su Criador. No será pues, H. M., orar debidamente el pensar en cosas ajenas, mientras estamos en oración. Apenas nos demos cuenta de que nuestro espíritu se distrae, es necesario ponerse de nuevo ante la presencia de Dios, humillarnos ante la divina Majestad, y no dejar nunca la oración porque no experimentemos gusto al orar. Por el contrario, hemos de pensar que, cuanto más pesadez sintamos, más meritoria será nuestra oración a los ojos de Dios, si perseveramos en ella siempre con la intención de agradarle. Refiérese en la historia que, en cierta ocasión, un santo decía a otro santo: "¿A qué será debido que, mientras oramos, nuestro espíritu se llene de mil pensamientos ajenos, los cuales quizá no nos acudirían, si no estuviésemos ocupados en la oración?" El otro le contestó: "Ello no es extraño, amigo mío: ante todo, el demonio prevé las abundantes gracias que por la oración podemos alcanzar, y, por consiguiente, desespera de ganar a una persona que ore debidamente; además, cuanto mayor es el fervor con que oramos, más excitamos su furor". Otro santo, a quien se le apareció el demonio, le preguntó por qué se ocupaba continuamente en tentar a los cristianos. Y el demonio le respondió que se le hacía insoportable que un cristiano, que tantas veces ha pecado, pudiese obtener aún el perdón, y que en tanto hubiese un cristiano en la tierra, él lo tentaría. Después le preguntó de qué manera los tentaba. Contestóle el demonio: "A unos les meto el dedo en la boca para hacerlos bostezar; a otros hago que duerman; a otros hago vagar su pensamiento de un lugar a otro". ¡Ay! H. M., demasiado verdad es esto; podemos experimentarlo cuantas veces nos ponemos en la presencia de Dios para orar.

Refiérese que, habiendo observado el superior de un monasterio que uno de sus religiosos, antes de comenzar sus oraciones, se movía en ademán de hablar con alguien, le preguntó en qué se ocupaba en aquellos momentos. "Padre mío, le dijo, es que antes de comenzar mis oraciones, tengo la costumbre de llamar a mis pensamientos y deseos diciéndoles: Venid todos y adoraremos a Jesucristo nuestro Dios". "¡Ah! H. M., ¡cuán agradable era contemplar la oración de los primeros cristianos!, nos dice Casiano. Era tan grande el respeto que tenían a la presencia de Dios, era tanto su silencio y recogimento, que parecían muertos; veíaselos en la iglesia temblorosos; no había allí ni sillas ni bancos; permanecían todos prosternados cual criminales que esperasen la sentencia. Pero también, H. M., ¡cuán rápidamente se poblaba el cielo, y cuán delicioso era vivir en la tierra! ¡Ah!, ¡felices los que vivieron en aquellos tiempos dichosos!"

3.º Hemos dicho que nuestras oraciones han de ser hechas con confianza, y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente. Todas las veces que Jesucristo nos promete no negar nada a la plegaria, añade esta condición: "Si lo pedís con fe". Cuando alguien le imploraba su curación u otra cosa, nunca se olvidaba de decirle: "Hágase según tu fe". Por otra parte, H. M., ¿qué nos podrá hacer dudar, cuando nuestra confianza está apoyada en la omnipotencia de Dios que es infinita, en su misericordia sin límites, y en los méritos infinitos de Jesucristo, en nombre del cual oramos? Al orar en nombre de Jesucristo, no somos nosotros quienes oramos, es el mismo Jesucristoi quien ora por nosotros a su Padre. El Evangelio nos ofrece un hermoso ejemplo de la fe que debemos tener al orar, en la persona de aquella mujer que sufría flujo de sangre. Decíase ella a sí misma: "Si puedo llegar a tocar aunque sea sólo el borde de su manto, tengo la seguridad de que sanaré". Ya veis cómo ella creía firmemente que Jesucristo podía curarla y con qué confianza esperaba una curación que deseaba ardientemente. En efecto, al pasar el Salvador junto a ella, arrojóse a sus pies, tocó su manto, y al momento quedó sana. Viendo Jesucristo su fe, la miró bondadosamente, y le dijo: "Anda, tu fe te ha

salvado". Sí, H. M., a esta fe, a esta confianza está todo prometido.

4.º Decimos que, al orar, es preciso tener una intención pura tocante a lo que pedimos, y solamente implorar lo que mire a la gloria de Dios y a nuestra salvación. Podéis pedir cosas temporales, nos dice San Agustín; mas siempre con la intención de que os serviréis de ellas para gloria de Dios, para salvación de vuestra alma y la de vuestro prójimo; de lo contrario, vuestras peticiones procederían del orgullo o de la ambición; y entonces, si Dios rehúsa concederos lo que le pedís, es porque no quiere perderos. Mas, ¿qué acontece en nuestras oraciones?, nos dice además San Agustín. ¡Ay!, pedimos una cosa y deseamos otra. Al rezar el Padre nuestro, decimos: "Padre nuestro que estás en los cielos; es decir: Dios mío, desligadnos de este mundo; concedednos la gracia de saber despreciar todas aquellas cosas que sólo sirven para la vida presente; hacednos la gracia de que todos nuestros pensamientos y deseos sean sólo para el cielo!" ¡Ay!, si Dios nos concediera esta gracia, muchos de nosotros íbamos a quedar disgustados (1).

Hemos de orar con frecuencia, H. M., pero debemos redoblar nuestras oraciones en las horas de prueba, en los momentos en que sentimos el ataque de la tentación. Ved un ejemplo. Leemos en la historia que, en tiempo del emperador Licinio, diose una orden según la cual todos los soldados debían ofrecer sacrificios al demonio. Entre ellos hubo cuarenta que se negaron a cumplirla, diciendo que los sacrificios sólo a Dios eran debidos y de ninguna manera al demonio. Se les hizo toda clase de promesas. Al ver que nada era capaz de rendirlos, después de someterlos a una serie de tormentos, fueron condenados a ser arrojados desnudos en un lago de agua helada, durante la noche, en los rigores del invierno, para que muriesen de frío. Los santos mártires, al verse así condenados, dijéronse unos a otros: "Amigos, ¿qué nos queda al presente sino ponernos en las manos de Dios omnipotente, el único de quien podemos obtener la fortaleza y

(1) Citar el resto del Padre nuestro... Ejemplo del Pastor. (Nota del Santo).

la victoria? Recurramos a la oración y oremos continuamente para atraer sobre nosotros las gracias del cielo; pidamos a Dios que nos conceda a los cuarenta la dicha de perseverar". Mas, para tentarlos, colocóse muy cercano a aquel sitio un baño caliente. Por desgracia, uno entre ellos desfalleció, abandonó el combate, y fue a meterse en el baño caliente; pero al entrar en él perdió la vida. El que los custodiaba, viendo bajar del cielo treinta y nueve coronas y otra que quedaba suspendida en las alturas, "¡Ah!, exclamó, ¡es la de aquel infeliz que ha abandonado a sus compañeros!...", y arrojóse al estanque helado, para ocupar el lugar del que aquél había desertado, y así recibió el bautismo de sangre. Como al día siguiente estuviesen aún con vida, ordenó el gobernador que fuesen echados al fuego. Habiendo sido puestos en un carro todos, excepto el más joven a quien confiaban conquistar aún, su madre, que era testigo de la escena, exclamó: "¡Ah!, hijo mío, ¡ten valor!, un momento de sufrir te valdrá toda una eternidad de dicha". Y cogiendo ella misma a su hijo, lo llevó al carro con los demás, y llena de alegría, le condujo, como en triunfo, a la gloria del martirio. Tan persuadidos estaban de que la oración es el medio más poderoso para atraer sobre nosotros los auxilios del cielo, que durante todo su martirio no cesaron de orar. Vemos que San Agustín, después de su conversión, se retiró durante largo tiempo a un pequeño desierto, para pedir a Dios la gracia de perseverar en sus buenos propósitos. Y siendo obispo, pasaba buena parte de sus noches en oración. San Vicente Ferrer, que tantas almas llevó al buen camino, decía que nada es tan poderoso como la oración para convertir a los pecadores, y que la oración es semejante a un dardo que atraviesa el corazón del pecador.

Sí, H. M., bien podemos decir que la oración lo hace todo: ella es la que nos da a conocer nuestros deberes, ella la que nos pone de manifiesto el estado miserable de nuestra alma después del pecado, ella la que nos procura las disposiciones necesarias para recibir los sacramentos; ella la que nos hace comprender cuán poca cosa sean la vida y los bienes de este mundo, lo cual nos lleva a no aficionarnos demasiado a lo terreno; ella, por fin, es la que imprime vivamente en el espíritu el saludable temor

de la muerte, del juicio, del infierno y de la pérdida del cielo. ¡Ah! H. M., si tuviésemos el acierto de orar siempre bien, pronto seríamos unos santos penitentes. Vemos que San Hugo, obispo de Grenoble, nunca se cansaba de rezar el Padre nuestro. Se le dijo que aquello podía contribuir a aumentar su dolencia: "¡Ah!, no, respondió; al contrario, esto causa alivio".

Hemos dicho, H. M., que la tercera condición que debe reunir la oración para ser agradable a Dios, es la perseverancia. Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos. Ved a San Agustín implorando por espacio de cinco años la gracia de su conversión. Ved a Santa María Egipcíaca ocupándose durante diecinueve años en pedir a Dios que la librase de recaer en las torpezas pasadas. ¿Qué hicieron, pues, los santos? Perseveraron constantemente en sus peticiones y, por su constancia, obtuvieron siempre lo que pedían a Dios. Y nosotros, aunque llenos de pecados, si Dios no nos otorga al momento lo que le pedimos, pensamos que no quiere concedérnoslo, y dejamos enseguida la oración. No, H. M., no es ésta la conducta que observaron los santos respecto al particular: ellos se consideraron siempre indignos de ser escuchados favorablemente por Dios, creyendo que, si El accedía a sus ruegos, era a impulsos de su misericordia, mas no en vista de sus méritos. Digo, pues, que al orar, aunque Dios parezca no escuchar a nuestras oraciones, nunca hemos de abandonarlas, sino continuar con gran constancia. Si Dios no nos concede lo que pedimos, será para otorgarnos otra gracia más provechosa para nosotros que la que pedimos. Un ejemplo de la manera como debemos insistir en nuestras oraciones nos lo ofrece aquella mujer cananea que se acercó a Jesucristo para implorarle la curación de su hija. Ved su humildad, su perseverancia, etc... Citaré también otro ejemplo admirable de lo que puede la oración. Leemos en la historia de los Padres del desierto que, habiendo los católicos de una ciudad vecina ido a encontrar a un santo cuya fama estaba muy extendida por aquellos países, a

fin de pedirle que los acompañase para ver de confundir a cierto hereje cuyos discursos seducían a mucha gente, aquel santo se puso a discutir con el desgraciado, sin poderle convencer de que no llevaba razón y de que era un desgraciado que parecía sólo haber nacido para perder las almas; viendo que, con sus sofismas y rodeos, continuaba en la pretensión de hacer creer a los demás que la razón estaba de su parte, el santo le dijo: "Desgraciado, el reino de Dios no consiste en palabras, sino en obras; vamos los dos al cementerio, junto con toda esta gente, que servirán de testigos; invocaremos ambos a Dios ante el primer muerto que hallemos, y nuestras obras darán razón de nuestra fe". El hereje quedó corrido ante aquella proposición, sin atreverse a acudir al reto; mas propuso al santo aguardar al día siguiente, a lo cual éste accedió. El día señalado, el pueblo, afanoso de ver en qué pararía aquello, se dirigió en masa al cementerio. Esperaron todos allí hasta las tres de la tarde; mas en aquella hora el santo tuvo noticia de que su adversario había huido por la noche y tomado el camino de Egipto. Entonces San Macario, que así se llamaba el santo, llevóse al cementerio a todo aquel gentío que estaba esperando el resultado de la controversia, procurando sobre todo que estuviesen presentes aquellos a quienes el desgraciado hereje había seducido. Paróse ante una tumba, y en presencia de todos los que le rodeaban, se arrodilló, oró unos momentos, y, dirigiéndose al cadáver que de años estaba enterrado en aquel lugar, habló así: "¡Oh hombre!, escúchame: si aquel hereje hubiese venido aquí conmigo, y delante de él hubiese yo invocado el nombre de Jesucristo mi Salvador, ¿no te habrías levantado para dar testimonio de la verdad de mi fe?" A estas palabras, el muerto se levantó y, en presencia de todos, dijo que lo hubiera hecho al momento tal como lo hacía entonces. San Macario le dijo: "¿Quién eres?, ¿en qué edad del mundo viviste?, ¿tuviste conocimiento de Jesucristo?" El muerto resucitado respondió que había vivido en tiempo de los más antiguos reyes; pero que nunca había oído pronunciar el nombre de Jesucristo. Entonces, viendo San Macario que todo el mundo estaba ya plenamente convencido de que aquel desgraciado hereje era un falsario, dijo al muerto: "Duerme en paz

hasta la resurrección general". Y todo el mundo se retiró alabando a Dios, que de una manera tan elocuente había hecho conocer la verdad de nuestra santa religión. San Macario retornó a su desierto para continuar las penitencias a que se entregaba (1).

¿Veis, H. M., la eficacia de la oración cuando ella se hace con las debidas condiciones? ¿No convendréis conmigo en que, si no alcanzamos lo que pedimos a Dios, es porque no oramos con fe, con el corazón bastante puro, con una confianza bastante grande, o porque no perseveramos en la oración cual debiéramos? No, H. M., jamás Dios ha denegado ni denegará nada a los que le piden sus gracias debidamente. Sí, H. M., la oración es el gran recurso que nos queda para salir del pecado, perseverar en la gracia, mover el corazón de Dios y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones del cielo, ya para el alma, ya por lo que hace a nuestras necesidades temporales.

De aquí concluyo que, si continuamos en pecado, si no nos convertimos, si nos inquietamos tanto por las penas que Dios nos envía, es porque no oramos u oramos defectuosamente. Sin la oración no podemos frecuentar dignamente los sacramentos; sin la oración no conoceremos nunca el estado a que Dios nos llama; sin la oración no podremos librarnos del infierno; sin la oración jamás participaremos de las delicias que podemos disfrutar amando a Dios; sin la oración todas las cruces que nos sobrevengan quedan sin mérito. ¡Oh!, ¡de qué goces disfrutaríamos si supiésemos orar debidamente! No oremos, pues, nunca, sin considerar primero atentamente a quién hablamos y lo qué queremos pedir a Dios. Oremos sobre todo, H. M., con humildad y confianza, y con ello tendremos la dicha de alcanzar cuanto deseemos, siempre que nuestras peticiones se conformen con el espíritu de Dios. Esto es lo que os deseo... (Sermón sobre la oración.)

1. Todos los males que sufrimos en la tierra nos vienen precisamente porque no oramos o porque lo hacemos mal...;

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II. San Macario de Egipto.

pues con la oración, todas las penas se deshacen como la nieve ante los rayos del sol... Con la oración todo lo podemos, somos dueños, por decirlo así, del querer mismo de Dios...

No nos extrañe, pues, que el demonio haga todo lo posible para movernos a dejar la oración o la hagamos mal, pues sabe mejor que nosotros cuánto daño hace al infierno y cómo no es posible que Dios pueda negarnos las gracias que le pedimos al orar. ¡Oh, cuántos pecadores dejarían el pecado si acertasen a recurrir a la oración...!

2. No debemos dejar nunca la oración, aunque no experimentemos gusto al orar. Por el contrario, hemos de pensar que, cuanto más pesada la sintamos, más meritoria será nuestra oración a los ojos de Dios, si perseveramos en ella con la intención de agradarle.

Refiere la historia que en cierta ocasión un santo decía a otro santo: "¿A qué será debido que mientras oramos, nuestro espíritu se llena de mil pensamientos y distracciones ajenos a la oración, los cuales no nos acudirían si no estuviésemos ocupados en la oración?" El otro contestó: "No te extrañes, amigo mío, pues el demonio sabe las abundantes gracias que por la oración conseguimos, y, por eso, hace todo cuanto puede para que no oremos o lo hagamos mal; por eso, cuanto mayor es nuestro fervor con que oramos, tanto más excitamos su furor"...

3. Por muchas que sean las penas que tengamos, si oramos, tendremos la dicha de soportarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, seguro que venceremos si recurrimos a la oración...

Hemos de orar con frecuencia, pero en las horas de la prueba debemos redoblar nuestra oración, y principalmente en la hora de la tentación...

Para que la oración sea agradable a Dios y provechosa para el que ora, es preciso estar en estado de gracia, o al menos tener una firme resolución de salir cuanto antes del pecado, puesto que la oración del pecador que no está arrepentido, es un insulto hacia Dios...

La oración es luz que abre los ojos del alma, hace sentir la magnitud de nuestras miserias, la necesidad de recurrir a Dios y de tener la propia debilidad...

14. *Debemos orar con confianza*, pues jamás Dios ha denegado ni denegará nada a los que le pidan sus gracias debidamente...

Nuestras oraciones han de ser hechas con confianza y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente...

Vemos muchas veces que Dios no nos concede enseguida lo que le pedimos; pero esto lo hace para que deseemos sus gracias con más ardor y para que las apreciemos mejor en lo que valen. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone para recibir más abundantemente lo que pedimos... (Sermón sobre la Oración).

5. *Hermosa obligación del hombre: orar y amar*

Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquél que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración, hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

6. Otro beneficio de la oración es que hace que el tiempo transcurra tan a prisa y con tanto deleite, que ni se percibe su duración. Mirad: cuando era párroco en Bresse, en cierta ocasión, en que casi todos mis colegas habían caído enfermos, tuve que hacer largas caminatas, durante las cuales oraba al buen Dios, y, creedme, que el tiempo se me hacía corto.

Hay personas que se sumergen totalmente en la oración, como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido. ¡Cuánto amo a estas almas generosas! San Francisco de Asís y Santa Coleta veían a nuestro Señor y hablaban con él, del mismo modo que hablamos entre nosotros.

Nosotros, por el contrario, ¡cuántas veces venimos a la iglesia sin saber lo que hemos de hacer o pedir! Y, sin embargo, cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. Hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: "Sólo dos palabras, para deshacerme de ti..." Muchas veces pienso que, cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una fe muy viva y un corazón muy puro.

(A. Monnin, Esprit du Curé d'Ars, París, 1899, pp. 87-89).

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA (m. 1862)

San Gabriel de la Dolorosa fue un religioso Pasionista, que se distinguió por su acendrada devoción a la Santísima Virgen bajo la advocación de la Virgen Dolorosa.

1. *La Virgen es nuestra Madre.*—Yo tengo una Madre que, por grande que sea mi indignidad, me ama, y se desvela por mí... En tus manos, Señora, deposito mi suerte.

Si poseemos a María, con Ella lo tenemos todo; pero si Ella nos faltase, nos faltaría todo. Pues si María nos defiende, ¿quién podrá dañarnos?

2. *Consideremos cuál es nuestro amor a María.*—Me examinaré sobre mi devoción a la Santísima Virgen y, si me encontrare algo resfriado, procuraré enfervorizarme cada vez más... No me preocuparé de otra cosa que de bendecir y ensalzar la mano misericordiosa de la Virgen María, que Ella me libró de los peligros del mundo. Pues si Ella me protege, ¿quién podrá vencerme? *(Melús. Orar con María).*

SANTA MICAELA DEL SANTISIMO SACRAMENTO (m. 1865)

Santa Micaela, Vizcondesa de Jorbalán, la "loca del Santísimo Sacramento", *en 1857 fundó en Madrid la Congregación de las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, a las que Dios da fecundidad prodigiosa, y hoy son en España cerca de dos mil religiosas.*

1. Nunca hay razón para suspender o abandonar la oración... La calidad de la oración se aprecia por los frutos que recojamos, los cuales no se aprecian mientras estamos en la oración, sino después en la práctica de las virtudes. Ni se destruye lo dicho porque nos veamos con algunos defectos, pues hasta en esto hemos de conformarnos con la voluntad de Dios que sabe sacar bien del mal y curar así nuestra vanidad y negligencia (Alma de Oración y Apostolado, pág. 285).

2. De la oración sacaba fuerzas y una gran confianza en Dios, que aún tengo hoy. Y a no dudarlo, sin esta gran fe que Dios puso en mi corazón, yo no hubiera podido soportar tantas contrariedades... (Autobiografía, II, pág. 296).

SAN PEDRO JULIAN EYMARD (m. 1868)

San Pedro J. Eymard nació en Francia el 1811, a los 28 años ingresó en la congrega-

ción de los HH. Maristas, donde desempeñó los cargos de P. Superior, Maestro de Novicios, Visitador y P. Provincial, etc. En 1855 el Señor le pide la fundación de una nueva congregación dedicada al culto y adoración del Santísimo Sacramento, la Congregación de los PP. Sacramentinos. Toda su vida y su obra entera gira en derredor del Santísimo Sacramento como Fuente de gracia, al que debemos acercarnos llenos de confianza para recibir misericordiosamente el auxilio de la gracia para el tiempo oportuno (Heb. 4, 16). S. S. Juan XXIII le canonizó en 1962.

1. *¿Qué es orar?*—Orar es glorificar la infinita bondad de Dios, es poner en acción su divina misericordia, es regocijar, dilatar el amor de Dios para sus criaturas, porque orar es llenar uno de los requisitos exigidos por Dios para conceder sus favores. La oración es, pues, la mayor glorificación de Dios por el hombre. La oración es la mayor virtud del hombre: la que las comprende todas, porque la oración es la que las forma: Es la fe que crece, la esperanza que suplica, la caridad que pide para dar, la humildad que la forma, la confianza que la expresa y la perseverancia que triunfa del mismo Dios... (Obras Eucarísticas, pág. 12).

2. *La oración es la vida del alma.*—Hay en el hombre dos vidas: la del cuerpo y la del alma; una y otra siguen en su orden las mismas leyes.

La del cuerpo depende, en primer lugar, de la alimentación; cual sea la comida, tal será la salud. Depende en segundo lugar del ejercicio que desarrolla y da fuerzas, y, por último, del descanso, donde se rehacen las fuerzas cansadas con el ejercicio. Todo exceso en una de estas leyes es, en mayor o menor grado, principio de enfermedad o de muerte.

Las leyes del alma en el orden sobrenatural son las mismas, de las cuales no debe apartarse, como tampoco el cuerpo de las suyas.

Ahora bien: la comida, el manjar del alma, así como su vida, es Dios. Acá abajo, Dios conocido, amado y servido por la fe; en

el cielo, Dios visto, poseído y amado sin nubes. Siempre Dios. El alma se alimenta de Dios meditando su palabra, con la gracia, con la súplica, que es el fondo de la oración y el único medio de obtener la divina gracia.

3. *¿Cuánta ha de ser nuestra oración?*—Consideremos que de la misma manera que cada temperamento necesita alimentación diferente según la edad, los trabajos y las fuerzas que gasta: así también cada alma necesita una dosis particular de oración.

Notad que no es la virtud la que sostiene la vida divina, sino la oración; pues la virtud es un sacrificio y resta fuerzas en vez de alimentar. En cambio, quien sabe orar, según sus necesidades, cumple con su ley de vida, que no es igual para todos, pues unos no necesitan de mucha oración para sostenerse en estado de gracia, en tanto que otros necesitan larga oración. Esta observación es absolutamente segura como nos lo muestra la experiencia.

Mirad un alma que se conserva bien en estado de gracia con poca oración; tal vez no tiene necesidad de más; pero estad seguros que no volará muy alto.

A otra, por el contrario, le cuesta mucho mantenerse en gracia si no es con mucha oración, y siente que le es necesario darse de lleno a ella. ¡Que ore esa alma, que ore siempre; pues se parece a esas naturalezas más flacas que necesitan comer con mayor frecuencia, so pena de caer enfermas!

4. Mas hay oraciones de estado que son obligatorias. El sacerdote tiene que rezar el Oficio y el religioso sus oraciones de Regla. Estas nunca es lícito omitirlas ni disminuirlas por sí mismo, de propia autoridad.

La piedad hace que algunos sean religiosos en medio del mundo. A estas almas la gracia de Dios pide más oraciones que las de la mañana y de la tarde. La condición esencial para conservarse en la piedad es orar más. Es imposible de otro modo.

5. Sabéis muy bien que hay dos clases de oración: la vocal y la mental, que es el alma de la primera. Cuando uno no ora, cuando la intención no se ocupa en Dios al orar verbalmente, las palabras nada producen: la única virtud que tienen se la presta la intención, el corazón.

¿Será necesaria la oración mental considerada en su acepción más restringida de meditación, de oración? Es, cuando menos, muy útil, puesto que todos los santos la han practicado y recomendado; es muy útil, porque es difícil llegar sin ella a la santidad.

Esto me conduce como de la mano a decir que hay una oración de necesidad, una oración de consejo y una oración de perfección.

6. *Necesidad de la oración.*—¡Sí, estáis estrictamente obligados, bajo pena de condenación, a orar! Abrid el Evangelio y al punto veréis el precepto de la oración. Claro que no está indicada la medida, porque ésta tiene que ser proporcionada a la necesidad de cada uno. Debéis, sin embargo, orar lo bastante para mantenernos en estado de gracia, lo suficiente para estar a la altura de vuestros deberes.

Si no lo hacéis, os parecéis a un nadador que no mueve bastante los brazos; seguro que va a perderse. Que redoble sus esfuerzos, que si no su propio peso le arrastrará al abismo. Es lo que hacéis en otras cosas; cada cual se arregla según sus necesidades. ¡Oh! Es algo muy serio esto de proporcionar la oración a nuestras necesidades. ¡En ello va nuestra salvación! ¿Faltáis fácilmente a vuestros deberes de estado? Es que no oráis bastante. ¡Pero si os condenáis! Clamad a Dios. Moveos. La humana miseria ha disminuido vuestra marcha y acabará de echaros completamente por tierra si no resistís fuertemente. Orad, orad mucho, cuanto os haga falta para ser cristianos cabales.

7. *La oración de consejo.*—Esta oración es aquella con que el alma quiere unirse con Dios y entrar en su cenáculo. Aquí hace falta orar mucho, porque las obligaciones de este estado son muy estrechas. Así como en una amistad más íntima son más frecuentes las visitas y las conversaciones, así también quien quiera vivir en la intimidad con Jesús debe visitarle más a menudo y orar más. ¿Queréis seguir al Salvador? Harto mayores combates tendréis que sostener, y por lo mismo os hacen falta mayores gracias; pedidlas para alcanzarlas.

8. *La oración de perfección.*—La oración de perfección es la de aquella alma que quiere vivir de Jesús, que en todas las cosas toma por única regla de conducta la voluntad de Dios. Entra en familiaridad con nuestro Señor y ha de vivir de Dios y para Dios.

Así es la vida religiosa, vida de perfección para quienes la comprenden, en la cual nos damos a Dios para que El sea nuestra ley, fin, centro y felicidad. Todo el contento de semejantes almas consiste en la oración. Ni hay nada de extraño en ello; porque si corta alas a la imaginación y sujeta al entendimiento, Dios en retorno derramará en su corazón abundancia de dulces consuelos. Son raras tan bellas almas; pero, sin embargo, las hay. Y ¿qué no pueden hacer en este estado? Orando convertían los santos países enteros. ¿Acaso rezaban más que ningún otro del mundo? No siempre; pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, todo el poder de los santos estaba en su oración, ¡y vaya si era grande, Dios mío!

9. *Y, ¿cuánto debe durar la oración?*—¿Como sabré en la práctica que oro lo bastante tal como corresponde a mi estado? Si veis que adelantáis en la virtud, os bastará la que hacéis. Pues sabemos si nuestra alimentación es suficiente si la digerimos fácilmente y nos proporciona salud tenaz y robusta.

¿Con la oración que hacéis os mantenéis fácilmente en gracia y crecéis en las virtudes? Señal que dirigís bien. Si las alas de la oración os remontan muy alto, la alimentación es suficiente e iréis subiendo cada vez más.

Si, al contrario, vuestras oraciones vocales y vuestra meditación os hacen volar a ras de tierra y con el peligro de dejaros caer a cada momento, señal que no os basta para dominar las miserias del hombre viejo. Eso prueba que oráis mal e insuficientemente. Merecéis este reproche del Salvador: *"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Mt. 15).*

¿Qué sucederá? Una tremenda desdicha: ¡Que nos moriremos de hambre ante la regia mesa del Salvador! Estamos ya enfermos y muy cerca de la muerte. El pan de vida ha venido a ser para nosotros alimento de muerte, y el buen vino un veneno mortal. ¿Qué nos queda para volvernos al estado anterior? Quitad al cuerpo el alimento, y muere. Quitad a un alma su oración, a un adorador su adoración, y se acabó: ¡cae para la eternidad!

10. *La oración es la vida del alma.*—¿Será posible? Sí, y aun cierto. Ni la confesión será capaz de levantaros. Porque, a la verdad, ¿para qué sirve una confesión sin contrición? Y,

¿qué otra cosa es una contrición perfecta que una más perfecta oración?

Tampoco os servirá la Comunión. Pues, ¿qué puede obrar la Comunión en un cadáver, que no sabe hacer otra cosa que abrir unos ojos atontados?

Y aun caso que Dios quiera obrar un milagro de misericordia, cuanto pueda hacer se reducirá a inspirarnos de nuevo afición a la oración.

El que ha perdido la vocación y abandonado la vida piadosa, comenzó por abandonar la oración. Como le arremetieron tentaciones más violentas y le atacaron con más furia los enemigos, y como, por otra parte, había arrojado las armas, no pudo menos de ser derrotado. ¡Ojo a esto, que es de suma importancia! Por eso nos intima la Iglesia que nos guardemos de descuidarnos de la oración, y nos exhorta a orar lo más a menudo que podamos. La oración nos guía: es nuestra vida espiritual; sin ella tropezamos a cada paso y sucumbiríamos sin remedio.

Esto supuesto, ¿sentís necesidad de orar? ¿Vais a la oración, a la adoración como a la mesa? ¿Sí? Está muy bien. ¿Trabajáis por obrar mejor y en corregiros de vuestros defectos? Pues es muy buena señal. Eso demuestra que os sentís con fuerzas para trabajar.

Pero si, al contrario, os fastidiáis en la oración y veis con agrado que llega el momento de salir de la iglesia, ¡ah!, ¡entonces es que estáis enfermos, y os compadezco!

11. *Cuidado con la rutina.*—Se dice que, a fuerza de alimentarse bien, acaba uno por perder el gusto a los manjares más exquisitos y las mejores cosas se vuelven insípidas y no nos inspiran más que asco y provocan náuseas. He aquí lo que hemos de evitar a toda costa en el servicio de Dios y en la mesa del rey de los reyes. No nos dejemos nunca atolondrar por la costumbre, sino que procuremos tener siempre un nuevo sentimiento que nos conmueva, nos recoja, nos caliente y nos haga orar. *¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia!* Siempre hay que tener apetito, excitarse a tener hambre, tener mucho cuidado de no perder el gusto espiritual. Porque, lo repito: nunca podrá Dios salvarnos sin hacernos orar.

Vigilemos, pues, sobre nuestras oraciones. (Ibíd. Págs. 370-374).

12. *El espíritu de oración.*—"*Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oración*" (*Zac. 12, 10*).

Dios, al prometer el Mesías al pueblo judío, caracteriza su misión con estas palabras: "Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración".

Aunque antes de la venida de Jesucristo se oraba y Dios daba la gracia, sin la cual nunca hubiesen podido santificarse los justos; pero esta gracia de oración no era buscada con ardor, ni debidamente estimada. Jesucristo vino como rocío de gracia que cubre toda la tierra y derramó por doquier el espíritu de oración.

La oración, garantía de santidad.–La oración es la característica de la religión católica y la señal de la santidad de un alma, y aun la misma santidad. Cuando veáis que uno vive de oración, decid: veo un santo.

Siente San Pablo el llamamiento de Dios, y al punto se pone en oración. ¿Qué hace en Damasco durante tres días? Ora.

Es enviado Ananías por el Señor para bautizarle. Iba a resistir un instante a la orden de Dios, temiendo al perseguidor de los cristianos, cuando "vete, le dice el Señor, pues le encontrarás en oración: "*Ecce enim orat*". Ya es un santo, puesto que ora. No dice el Señor: Se mortifica o ayuna, sino *ora*. Quienquiera ore, llegará a hacerse santo.

La oración es luz y poder; es la acción misma de Dios, de cuyo poder dispone el que ora.

Nunca veréis que se hace santo uno que no ora. No os dejéis engañar por hermosas palabras o por apariencias, que también el demonio puede mucho y es muy sabio: a lo mejor se cambia en ángel de luz.

No os fieis de la ciencia, que no es ella la que hace santos. El conocimiento sólo de la verdad es ineficaz para santificar; es menester que se le junte el amor. Pero, ¿qué digo? ¡Si entre ver la verdad y la santidad media un abismo! ¡Cuántos genios se han condenado!

13. *Las obras no prueban mucho.*—Voy aún más lejos, y digo que las buenas obras de celo no santifican tampoco por sí solas. No es éste el carácter que Dios ha dado a la santidad. Aunque los

fariseos observaban la ley, hacían limosnas y consagraban los diezmos al Señor, el Salvador los llama *"sepulcros blanqueados"*. El Evangelio nos muestra que la prudencia, la templanza y la abnegación pueden juntarse con una conciencia viciosa; así lo atestiguan los fariseos que practicaban las obras, pero no oraban nunca, por más que trabajaran mucho.

Las buenas obras exteriores no constituyen, por consiguiente, la santidad de un alma, así como tampoco la penitencia y la mortificación. ¡Qué hipocresía y orgullo no encubren a veces un hábito pobre y una cara extenuada por las privaciones!

14. *Alma de oración, alma santa.*—Si, al contrario, un alma ora, posee un carácter que nunca engaña. Cuando se ora se tienen todas las demás virtudes y se es santo. ¿Qué otra cosa es la oración sino la santidad practicada? En ella encuentran ejercicio todas las demás virtudes, como la humildad, que hace que confeséis ante Dios que os falta todo, que nada poseéis; que os hace confesar vuestros pecados; levantar los ojos a Dios y proclamar que sólo El es santo y bueno.

En la oración se ejercita también la fe, la esperanza y la caridad. ¿Qué más? Orando ejercitamos todas las virtudes morales y evangélicas.

Cuando oramos hacemos penitencia, nos mortificamos; la imaginación queda subyugada, se clava la voluntad, se encadena el corazón y se practica la humildad. La oración es la mismísima santidad, pues, que encierra el ejercicio de todas las demás virtudes.

15. *La oración es un gran sacrificio.*—Hay quienes dicen: ¡Si la oración no es más que pereza! ¿Sí? Vengan los mayores trabajadores, los que se dan febrilmente a las obras, que pronto sentirán harto mayor dificultad en orar que en entregarse a sacrificarse por cualesquiera obra de celo. ¡Ah! ¡Es más dulce, más consolador para la naturaleza y más fácil y gustoso el dar que el pedir a Dios!

Sí; la oración por sí sola vale más que todas las virtudes, y sin ella nada hay que valga ni dure. La misma caridad se seca como planta sin raíz cuando falta la oración que la fecunde y la refresque.

Porque en el plan divino la oración no es otra cosa que la misma gracia. ¿No habéis parado mientes en que las tentaciones

más violentas son las que se desencadenan contra la oración? Tanto teme el demonio a la oración que nos dejaría hacer todas las obras buenas posibles, limitando su actividad a impedir que oremos o viciar nuestra oración. Por lo que debemos estar de continuo sobreaviso, alimentar de oración nuestro espíritu y hacer de la oración el primero de todos nuestros deberes.

16. *¿Preferimos la beneficencia?*—No se dice en el Evangelio que haya que preferir la salvación del prójimo a la propia, sino todo lo contrario: *¿Qué le serviría al hombre convertir al universo mundo, si perdiera su alma? (Mt. 16, 26).* La primera ley es salvarse a sí mismo y no se salva sino orando. Es ésta, ¡ay!, una ley que se viola todos los días. Fácilmente se descuida uno por favorecer a los otros y se entrega a las obras de caridad. Claro, la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y honra, en tanto que la oración..., huimos de ella por ser perezosos. No nos atrevemos a entregarnos a esta práctica de la oración, porque es cosa que no mete ruido y resulta humillante para la naturaleza.

17. *Es el alimento del alma.*—Si para vivir naturalmente hace falta alimentarse, la condición ineludible para vivir sobrenaturalmente es orar. Nunca abandonéis la oración, aun cuando fuera preciso abandonar para ello la penitencia, las obras de celo y hasta la misma Comunión. La oración es propia de todos los estados y todos los santifica. ¡Cómo! ¿Dejar la Comunión, que nos da a Jesús, antes que la oración? Sí; porque sin la oración ese Jesús que recibís es como un remedio cuya envoltura os impide recibir sus saludables efectos. Nada grande se hace por Jesucristo sin la oración; la oración os reviste de sus virtudes, y si no oráis, ni los santos ni el mismísimo Dios os harán adelantar un paso en el camino de la perfección.

18. Hasta tal punto es la oración ley de santidad, que cuando Dios quiere elevar a un alma a mayor santidad, no le aumenta sus virtudes, sino su espíritu de oración, o sea, su potencialidad. La aproxima más a Sí mismo, y en eso está todo el secreto de la santidad.

Consultad vuestra propia experiencia: cuantas veces os habéis sentido inclinados hacia Dios, otras tantas habéis recurrido al retiro y a la oración. Por eso los santos que conocían la importancia de

la oración, la estimaban más que todo lo demás; suspiraban de continuo por el momento en que quedasen libres para darse a la oración, la cual les atraía como el imán al hierro. Por eso su recompensa ha sido la oración y en el cielo están orando continuamente.

¡Ah, sí, los santos oraban siempre y dondequiera! Esta era la gracia de su santidad, y es también la de cuantos quieren santificarse. Y, lo que vale más, sabían hacer orar a cuantos les rodeaban. Escuchad a David: *Benedícite, omnia opera Domini, Domino, Omnia,* todas las cosas. David presta a todos los seres, aun inanimados, un canto de amor a Dios. ¿Qué quiere decir esto? ¡Ah, que las criaturas alaban a Dios si nosotros sabemos ser su voz; nosotros debemos alabar por ellas! Podemos animar toda la naturaleza con este divino soplo de la oración y formar con todos los seres creados un magnífico concierto de oraciones a Dios.

19. *El que ora se salva, el que no ora se condena.*—Oremos, por tanto, gustemos de orar; aumentemos de día en día nuestro espíritu de oración. Si no oráis, os perderéis; y si Dios os abandona, tened entendido que es porque no oráis. Os pareceréis al desdichado que estándose ahogando rehúsa la cuerda que se le tiende para arrancarle a la muerte. ¿Qué hacer en este caso? ¡Está irremediablemente perdido!

¡Oh, os lo vuelvo a repetir, dejadlo todo, pero nunca la oración; ella os volverá al buen camino, por lejos que estéis de Dios, pero sólo ella!

Si os aficionáis a ella en la vida cristiana, os conducirá a la santidad y a la felicidad en este mundo y en el otro. (Ibíd. Págs. 374-377).

20. *El camino de la santidad.*–La primera regla de santidad es la de saber hallar tiempo para el alma; el demonio nos lo hace malgastar.

¡Oración! Oración con Dios, hecha por vosotros mismos: he aquí la primera ley de la santidad.

La segunda: generosidad en cumplir la voluntad de Dios para con nosotros por la propia abnegación, por el amor al deber: obrar por agradar a Dios.

21. *Sed almas de oración.*—¡Vamos! Hora es ya de ser santos. Para llegar a ser grandes santos, sed almas de oración y de gene-

rosidad; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo. Estrechaos contra Jesús, vuestro Maestro; procurar acercaos a El cuanto podáis y permaneced en su compañía.

El valor es la virtud del soldado; el amor la del niño; la abnegación desinteresada la del apóstol y la del religioso. Adquirid estas tres virtudes que deben ser la trinidad de vuestra vida.

La fuerza nace del amor: amad, por tanto; el amor se nutre de la oración; sed almas de oración; pero de una oración que sea vuestra, afectuosa, recogida y edificante, que guste a Dios, que se alimente de Dios, que aspire siempre a lo desconocido de la verdad, de la bondad y del amor de Dios. La llama que no sube de continuo, que debilita o pierda su luz, toca ya a su fin, se extingue o se esfuma.

22. *Tened hambre de oración.*—No quisiera ver en vosotros más que una cosa: el deseo, el hambre, la dicha de la oración en nuestro Señor; sería un buen síntoma; si al estómago no apetece la comida, no la digiere, ni tiene hambre, es señal de que está enfermo.

La vida de santidad exige un régimen espiritual. ¡Guardadlo! Estad seguros de que vuestra alma se sentirá feliz cuando se alimente plenamente de Dios.

Tan sólo en la oración gustaréis de esa paz deleitosa, de esta calma, de este descanso que, a veces, se hace más sensible que en la Sagrada Comunión.

En la oración Dios nos alimenta; en la Sagrada Comunión a menudo alimentamos nosotros a Dios con el pan del sufrimiento y con el fruto laborioso de las virtudes. He aquí la razón por qué se sufre a veces después de la Sagrada Comunión.

23. *Medio infalible de santidad.*—¡Ea! Entregaos asiduamente a la meditación: es la brújula de la vida y el sustento de la virtud; es la gracia de la educación del alma por la gracia del mismo Dios; es el lema de vida para todo el día, que si lo cumplís os acarreará un día feliz.

No aflojéis nunca en este ejercicio fundamental, y no os extrañéis de que el demonio, vuestro enemigo, ataque contra él con tanta violencia.

24. Dice Santa Teresa: "Si (el alma) persevera en ella (en la oración), por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que

ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación". Y San Alfonso M.ª de Ligorio, dice: "La meditación y el pecado, no pueden vivir hermanados".

No cabe duda de que la oración es de ordinario costosa: se siembra en medio de penas y lágrimas, mas sus frutos son exquisitos. Y cosa extraña: cuanto más seca, árida y acompañada de tentaciones sea la meditación, es tanto más fructuosa y perfecta, porque se convierte en calvario expiatorio y santificador; las penas que le acompañan se convierten en fuerza de adquisición de las mayores virtudes y en fuente de las más ricas gracias.

Cuando se posee el espíritu de oración se tiene todo: es el remedio de todos los males.

25. *Para orar bien.*—Para conseguir resultados prácticos en la oración deberá hacerse con alma y cuerpo alerta y cuando todo se halle en nosotros en paz y recogimiento. Orad antes de cualquier otro acto... Dejad de lado antes de la oración todos los ejercicios que pudieran distraeros... Y para poder sacar mayor provecho, hacedla en un lugar tranquilo y silencioso. Por eso los contemplativos buscaban los desiertos y las cuevas de las rocas, los lugares más solitarios de la casa o de la iglesia. De esta manera se siente uno más cerca de Dios. Tened un método preferido de oración que sea como el alma de todos los demás.

Todos los métodos conducen al amor, no hay duda, pero, con todo, se ha de seguir el movimiento interior de la gracia, así como el atractivo de la devoción a la Pasión y al Santísimo Sacramento.

26. *Pidamos ayuda a Dios.*—No olvidemos nunca estos dos principios: primero, que el estado de nuestra alma en la oración depende de la voluntad de Dios y que, por consiguiente, habéis de meditar (y hacer lo que podáis) según las disposiciones del momento, que regulan y dan la forma a vuestros actos.

En segundo lugar, tened entendido que el éxito sobrenatural de vuestra oración depende de la gracia de Dios y, por tanto, no debéis pensar que dependa de vuestras bellas reflexiones ni de vuestros sentimientos fervorosos.

Claro que hemos de hacer lo posible, ejercitando nuestras facultades delante de Dios, pero en la convicción de que nada podremos hacer sin la ayuda de Dios.

Id, por consiguiente, a la oración como pobres niños y veréis lo bien que os sentiréis. La oración no es ni debe ser más que el ejercicio humilde y confiado de nuestra pobreza espiritual. Y cuanto más pobres nos sintamos, tanto más derecho tendremos a la caridad divina. Este pensamiento ha consolado a muchas almas que sufren.

27. *Somos mendigos de Dios.*—"La oración —dice San Agustín— es el ejercicio de nuestra mendicidad ante Dios".

¿Qué hace un mendigo y cuáles son sus virtudes? La primera, la humildad; por eso queda a la puerta y emplea modales humildes; la segunda, la paciencia: sabe esperar, no se enfada por nada, se sirve de las humillaciones y repulsas para hacerse más elocuente; la tercera, el agradecimiento, que le abre todas las puertas y acaba por hacerse querido y estimado.

Sed también vosotros los mendigos del Señor; servíos de vuestras distracciones, de vuestras sequedades, de vuestros mismos pecados como de títulos para que Dios derrame sobre vosotros los tesoros de su infinita bondad.

28. *Resoluciones positivas.*—En la oración no andéis divagando; tomad resoluciones positivas. Proponeos combatir un mismo defecto o practicar una misma virtud durante quince días, tres semanas, etc. Cierto que no siempre tendréis ocasión de practicar la virtud opuesta a ese defecto; pero siempre podréis practicar actos positivos de la misma y pedírselo a Dios.

Tened a vuestra disposición un libro que os guste; leedlo hasta que algún pensamiento os impresione y podáis evitar de esta suerte la pereza espiritual que impide conocerse a sí mismo...

La gran resolución que debéis formular es ésta: disposición a aceptar pronta y amorosamente, y tan pronto como Dios os señale, los sacrificios de desprendimiento que El os pedirá en el curso del día.

Hecho esto no os resta más que vigilar el momento del sacrificio, o mejor todavía, estar siempre dispuestos a decir a Dios: Dios mío, mi corazón está pronto a cumplir vuestra santísima voluntad.

Pero este estado de alma debe ser libre, sin esclavitud ni amedrentamientos; es la vela del amor; el amor no se cansa, vela

en el sueño, vela en el trabajo; toda su perfección consiste en hacerlo todo como Dios quiere y según el espíritu de Dios.

29. *Una deliciosa contemplación.*—Mas para llegar a esta oración llena de vida es necesario trabajar mucho en olvidarse a sí mismo y en no buscarse a sí mismo en la oración. Sobre todo se ha de simplificar el trabajo del espíritu con la contemplación sencilla y sosegada de las verdades divinas. Porque, en efecto, Dios nos atrae tan sólo por su bondad y nos une consigo por esos dones tan suaves de su amor.

El corazón compara todos los bienes y se entrega al mayor bien conocido y saboreado.

Aspirad en la oración a nutriros de Dios, más que a purificaros o humillaros; a este respecto, alimentad vuestra alma de la verdad personificada en la bondad de Dios para con vosotros, de su ternura y amor personales.

El secreto de la verdadera oración consiste en profundizar la acción y el pensamiento de Dios en su amor para con nosotros. Entonces el alma, admirada y extasiada, exclama: "!Qué bueno sois, Dios mío! ¿Qué haré por vos? ¿Qué es lo que os agradaría?" Esta es la llama del fuego.

Cuando el alma llega a sentir esta realidad, la oración es, a no dudarlo, una deliciosa contemplación en la que rápidamente se desliza la hora.

30. *Hablad con Dios.*—Id a Dios con el corazón, con la expansión del corazón, con la conversación íntima del alma para que podáis adquirir esa paz que lo abarca todo, ese sentimiento de Dios que lo suple todo, esa mirada amorosa a Dios que anima todo.

Sabed hablar con Jesús y María con esa intimidad con la que habláis con vuestra querida madre; aprended a dar a nuestro Señor cuenta detallada de vuestra alma, de vuestra vida; exponed a Dios lo que pensáis, lo que deseáis, lo que sufrís.

Hablad con nuestro Señor con sencillez, y, sobre todo, con sinceridad, como si hablarais con un amigo. Sed hijos generosos y cariñosos con vuestro buen Maestro.

En este trabajo del amor no habléis siempre; sabed callaros a los pies de Jesús; sentíos felices de verle, contemplarle, oírle, de estar junto a El. El lenguaje del amor es más bien interno que externo.

31. No necesita Dios de nuestras reflexiones ni de nuestras palabras para enseñarnos a amarle y otorgarnos su gracia. Con todo, quiere que hagamos cuanto podamos ante Su Majestad soberana y que le demostremos nuestra buena voluntad. Luego, cuando se agota nuestra pobreza, se llega hasta nosotros y nos concede sus gracias.

Cuando meditéis no reflexionéis tanto; ejercitaros más bien en actos de las virtudes. Por ejemplo, cuando meditéis en la Pasión, haced ante todo actos de amor al contemplar todo lo que el Señor ha sufrido por vosotros. Después formulad un acto de agradecimiento por haberos amado tanto y sufrido tanto por vosotros.

A continuación, ofrecedle vuestros sufrimientos, y particularmente los que sufráis en aquel momento y pedidle gracia y amor para sufrir y padecer por su amor.

Recurrir, asimismo, a la Santísima Virgen y a los santos pidiéndoles intercedan por vosotros para conseguir las gracias que anheláis, y tomad la resolución de sufrir callando tal o cual sacrificio...

Pedid a la Santísima Virgen la gracia de la oración: ésta es la gracia de las gracias. (Ibíd. Págs. 581-586.)

32. *La primera y principal de las virtudes.*—La oración debe ser no solamente la gracia de vuestra santidad, sino también su principal ejercicio y la virtud de las virtudes, puesto que esta virtud incluye todas las demás...

¡Ah! ¿Por qué no ponemos nuestra perfección en la oración? ¿Por qué no enderezamos nuestros estudios y virtudes a hacer mejor nuestra oración?... Cuando leáis un libro piadoso, leedlo únicamente para sacar de él nuevo alimento para la oración. Pues haciendo bien la oración, todo lo demás vendrá por añadidura. (Ibíd. Pág. 1.030.)

La oración, la oración incesante, o, expresándonos de otra manera: el hábito de la oración, es necesario a todo cristiano. En el Bautismo todos hemos recibido esta gracia, y el Espíritu Santo nos inspira que clamemos a Dios: *Abba, Pater:* ¡Padre, Padre! Este es el don de la gracia y todo nuestro poder, de manera que nada bueno podemos hacer, ni practicar ninguna virtud sin la

oración que nos consigue la gracia del bien y de la virtud. Porque la oración está en el fondo de todas las virtudes, y hasta la misma fe, principio de la justicia, no existe sin la práctica de la oración. (Ibíd. Pág. 858.)

El religioso que ora es un santo o llegará de seguro a serlo; el que no, nunca hará cosa de provecho.

Cuando se trate de recibir a un postulante, estudiad atentamente si siente el atractivo y el amor de la oración. Si es así, recibidle sin temor, aunque estuviese enfermo o imposibilitado; porque esos imposibilitados que oran son pararrayos a la vez que apóstoles que salvan al mundo. En cambio, nada se lograría con los otros aunque les hubiese tocado en suerte las más bellas cualidades naturales. (Ibíd. Pág. 862.)

33. *El mejor momento del día.*—El momento más solemne del día es el consagrado a la acción de gracias después de la Comunión, porque tenéis entonces a vuestra disposición al Rey de los cielos y tierra, a vuestro Salvador y juez, muy dispuesto a concederos cuanto le pidáis.

Consagrad si podéis, media hora a la acción de gracias, o a lo menos, extremando las cosas, un cuarto de hora. Sería mejor, en caso de necesidad, abreviar el tiempo de la preparación, para prolongar el de la acción de gracias. Porque ¿cabe encontrar un momento más santo y más saludable que aquel en que poseéis a Jesús entero?

Es tentación corriente la de reducir la acción de gracias. Bien sabe el demonio lo que ésta vale, y el amor propio y la naturaleza temen sus efectos. Fijad determinado tiempo para la acción de gracias y nunca le quitéis ni siquiera un minuto sin una razón urgente.

La acción de gracias es absolutamente necesaria cuando no se quiere que un acto tan santo como la Comunión degenere en mera costumbre piadosa. "Estad persuadidos, decía San Juan Bautista de la Salle a sus religiosos, que en toda la vida no hay mejor tiempo (para tratar con Dios) que el de la Comunión y el que la sigue, durante el cual tenéis la dicha de tratar cara a cara y de corazón con Jesús".

El tiempo de la acción de gracias es, por tanto, para nuestra alma, el momento de disfrutar de Aquel a quien ha recibido y a

quien posee, de rendirle homenaje por lo mucho que nos ama, y al mismo tiempo de paladear las dulzuras confortantes de esta regaladísima posesión. Y no se trata, entenderlo bien, de satisfacer el egoísmo espiritual o una sensualidad más o menos mística; con ello no se hace más que cumplir con un doble deber que nos obliga con el divino Huésped de la Comunión que ciertamente merece nuestro aprecio y nuestras complacencias... (Obras E. pág. 260).

SAN ANTONIO MARIA CLARET (m. 1870)

San Antonio María Claret, fundador de los PP. Claretianos, o Misioneros del Corazón de María, fue Arzobispo de Santiago de Cuba, reformador del Clero, gran misionero popular, fecundo escritor y propagador de los buenos libros. Fundó la Editorial Religiosa y trabajó incansable en llevar a todas partes la instrucción religiosa por medio de libros, hojas y estampas que vendía y regalaba.

1. Yo bien sé, Señor, que el que tiene necesidad de sabiduría, basta que os la pida, y Vos la dais con largueza y, sin echarle en cara su indignidad, se la concedéis (Sant. 1,5); pero a veces por nuestra soberbia y quizá por flojedad, no acudimos a pedirla, y entonces nos hallamos privados de ella, aun aquellos que presumen de sabios y grandes teólogos. (Aut. 191.)

Para la práctica de la mortificación me ha servido mucho la gracia de Dios; he conocido la necesidad que tenía de ella para hacer bien a las almas y para tener bien la oración (Aut. 392.)

2. Tendré una capilla fabricada en medio de mi corazón, y en ella, día y noche adoraré a Dios con culto espiritual. Pediré continuamente para mí y para los demás. Mi alma, como María,

estará a los pies de Jesús escuchando sus voces e inspiraciones, y mi carne o cuerpo, como Marta, andará con humildad y solicitud obrando todo lo que conozca ser de la mayor gloria de Dios y bien de mis prójimos (Prop. 10-6-57).

Sabemos que por las oraciones de Santa Teresa de Jesús y de Santa María Magdalena de Pazzis se salvaron muchas almas, y se seguirán salvando por las oraciones de las monjas buenas y fervorosas. Por eso yo he sido muy inclinado a darles ejercicios y pláticas espirituales... A veces les decía que ellas tenían que ser como Moisés en el monte, y yo como Josué en el campo del honor; ellas orando y yo peleando con la espada de la divina palabra. Y así como Josué consiguió la victoria por las oraciones de Moisés, de igual modo la espero yo por las oraciones de las monjas. Y para más estimularlas las decía que después nos repartiríamos el mérito (Aut. 263).

3. Máximas que me he propuesto guardar: 1.ª: Comer poco y trabajar mucho. 2.ª: Dormir poco y orar mucho (Aut. 745).

El primer medio del que me he valido y valgo siempre, es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio (Aut. 264).

4. Cada día me levantaré a las tres, o antes si no puedo dormir, y me recogeré a las diez. Luego rezaré Maitines y Laudes y leeré la Santa Biblia hasta la hora de la meditación.

Tendré una hora de meditación.

Celebraré la Santa Misa y después estaré media hora en dar gracias y en pedir otras gracias para mí y para los demás (Aut. 645).

5. Cada día haré, al menos, una hora de oración mental por la mañana, o media por la mañana y media por la tarde.

Cada día me levantaré a hora fija, según el tiempo, y me pondré luego a pensar en Dios, y le ofreceré mis obras, palabras y pensamientos. Luego me ocuparé en la oración mental.

Antes de mediodía haré un poco de oración, como San Pedro, y el examen particular. A las 9, el Rosario, la cena, y luego el descanso (Prop. Ejerc. 1843).

6. El demonio no puede mirar con indiferencia al hombre que ora. Sabe que la oración es para el hombre lo que el alma es para el cuerpo, y lo que el agua para las plantas. Sabe que es la llave del cielo. Sabe, en fin, que la oración es para el hombre lo que las armas para el soldado; y así como el soldado sin armas está perdido, así también el cristiano está vencido sin el arma de la oración (Diál. Or.)

7. La oración es un manantial fecundo de todos los bienes y un tesoro inagotable capaz de cubrir todas nuestras necesidades. Es una escala por la que subimos a Dios y por la que hacemos que su Divina Majestad baje hasta nosotros. Es la llave que nos abre las puertas del cielo y nos facilita francamente la entrada en él... ¡Dios mío!, concededme el gran don de la oración, que es el más rico de vuestros dones y al mismo tiempo el más necesario. (Sermones.)

8. *María es la puerta del cielo.* —María es llamada por los Santos Padres la "escala del cielo", porque por medio de María bajó Jesucristo del cielo, y por medio de Ella suben los hombres al cielo. Y cuando la Iglesia dice que esta Reina incomparable es la puerta del cielo, nos enseña con estas palabras que todos los elegidos, justos y pecadores, entran en la mansión de la gloria sólo por su mediación.

Día sin oración, día perdido (Cit. B. M. S.).

SAN JUAN BOSCO (m. 1888)

San Juan Bosco, fundador de la Congregación Religiosa de PP. Salesianos *y el Instituto de las* Hijas de María Auxiliadora, *es el gran apóstol de la juventud del siglo XX, cuya primera bellísima flor de santidad fue uno de sus primeros discípulos: Santo Domingo Savio.*

1. La oración sea frecuente y fervorosa, y nunca de mala gana (Reg. p. Cas. 3).

Así como los manjares alimentan y conservan el cuerpo, del mismo modo las prácticas de piedad nutren el alma, fortaleciéndola contra las tentaciones. Mientras seamos observantes en las prácticas de piedad, nuestro corazón estará en buena armonía con todos. Por el contrario, comenzará a sufrir fuertes tentaciones en cuanto la negligencia en las prácticas de piedad empiece a abrirse paso en su corazón (Soc. S. Fco. Sal. 12).

Además de la meditación acostumbrada de por la mañana, hágase también media hora de meditación por la tarde (Ibíd.)

Hay que tener presente que la vocación religiosa se conserva únicamente con la oración. El que deja la oración dejará ciertamente la vocación; es necesario orar y orar mucho; por eso, además de la media hora de oración de por la mañana y otra media por la tarde, hágase todos los días la visita al Stmo. Sacramento y a María Santísima para obtener la perseverancia en la vocación (Sdad. S. Fco. Sal. 4).

2. Después de la santa comunión, dedicad por lo menos un cuarto de hora a la acción de gracias.

A lo largo del día tomad la hermosa costumbre de hacer alguna visita a Jesús Sacramentado. No importa que dure pocos minutos, pero que sea diaria, si es posible (Reg. p. Cas. 4).

En ningún caso omitáis la meditación de la mañana y una visita al Santísimo Sacramento a lo largo del día (Rec. conf. Dir.)

3. Cuando llegue el momento en que tengas que tomar alguna decisión, dirígete a Dios con especiales y frecuentes oraciones (El Jov. Crist. 25).

Para prevenir los asaltos del demonio, acordaos del aviso de Jesús: "*Esta clase de demonios* —es decir, la tentación contra la pureza— *no se vence sino con el ayuno y la oración*". Con el ayuno, o sea, con la mortificación de los sentidos, poniendo freno a los ojos y a la gula, huyendo del ocio, dando al cuerpo el reposo estrictamente necesario.

Jesucristo nos recomienda que acudamos a *la oración;* pero se trata de una oración hecha con fe y fervor, en la que no se ha de cesar hasta haber vencido la tentación.

Tenemos además un arma formidable en las jaculatorias, invocando los nombres de Jesús y de María. (El Jov. Crist. 7.)

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS (m. 1897)

Santa Teresita, hija más aventajada de la Mística Doctora de Avila, nos ha mostrado un camino nuevo, el Caminito de la Infancia Espiritual; el arte de convertir en extraordinario todo lo más ordinario: el camino de la sencillez y de la humildad.

Véase la "Historia de un Alma", "Novísima-Verba", "Consejos y Recuerdos", *etc., etc.*

1. ¡Qué grande es el poder de la oración! Se diría que es una reina que en todo momento tiene acceso libre al rey, y que puede conseguir todo lo que pide. Para que sea escuchada no es necesario leer en un libro determinadas fórmulas compuestas para cada circunstancia...

Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio de la tribulación, como en medio de la alegría. En fin, es algo sobrenatural que me dilata el alma y me une con Jesús (Hist. de un Alma).

2. La oración y el sacrificio constituyen todas mis fuerzas; son mis armas invencibles; conmueven los corazones mucho más que las palabras; lo sé por experiencia (Cartas).

Solamente podemos ser útiles a la Iglesia por la oración y el sacrificio (Novísima Verba 9 Jul.).

3. Con frecuencia, sin embargo, las gracias y las luces que recibimos de Dios se deben a algún alma oculta; porque Dios quiere que los Santos se comuniquen unos a otros la gracia, mediante la oración, para que en el cielo se amen con amor inmenso... ¡Cuántas veces he pensado que todas las gracias que yo he recibido se deben tal vez a la oración de algún alma

humilde que ha rogado por mí al Señor, y que sólo conoceré en el cielo! (Ibíd.)

4. No tengo valor para forzarme a buscar en los libros bellas oraciones; eso me da dolor de cabeza, y hay tantas... Además, son todas tan bonitas. No podría decirlas todas ni sabría cuál elegir; por tanto, hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle, sin hermosas frases, y siempre me entiende (Manuscritos C. 25).

También, cuando rezo el Rosario, es inútil que me esfuerce en meditar los misterios, no consigo fijar en ellos la atención...

5. Para mí la oración es un arranque del corazón, una simple mirada lanzada al cielo; es como un grito de gratitud y amor, tanto en medio de la prueba como de la alegría; es, finalmente, algo grande, sobrenatural, que me ensancha el alma y me une a Jesús (Ibíd.)

He aquí mi oración: Pido a Jesús que atraiga a las llamas de su amor, que me una consigo tan estrechamente que sea él mismo quien viva y actúe en mí. Siento que cuanto más abrasa mi corazón el fuego del amor, más diré "¡atraedme!", y las almas que se me acerquen correrán también más de prisa al olor de los perfumes del Amado... (Manuscritos C. 35).

6. Todos los santos lo entendieron de esta manera, y más particularmente, quizá los que iluminaron el universo con la doctrina del Evangelio. ¿Acaso no fue en la oración donde los santos Pablo, Agustín, Juan de la Cruz, Tomás de Aquino, Francisco, Domingo y tantos otros ilustres amigos de Dios bebieron esa ciencia divina que arrobaba a los más grandes genios?

7. Un sabio dijo: "Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo". Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y sólo se hacía eco de una consideración material, los santos lo obtuvieron plenamente. El Todopoderoso les procuró un punto de apoyo: él mismo y sólo él, y una palanca: la oración que abrasa con fuego y amor. Así consiguieron levantar el mundo, y así lo levantan los santos todavía militantes y así lo levantarán también los santos del futuro (Manuscritos C. 36).

8. *Hemos de confiar en María:* Nunca ha dejado la Santísima Virgen de protegerme en cuanto la invoco. Si me viene una inquietud o un apuro, me dirijo en seguida a Ella, y siempre, como la más tierna de las madres, se encarga de mis intereses (Manuscritos C. 25).

BEATO JOSE MAYANET (m. 1901)

El beato J. Mayanet nació en Puigcercó (Lérida) el día 7 de enero de 1833, y ese mismo día recibe el santo Bautismo. De él dijo Juan Pablo II el día de su beatificación, que fue el promotor y profeta de la Sagrada Familia en España. Su espíritu y sus obras están presentes en la Iglesia y en la sociedad gracias a la labor de las dos familias religiosas que él fundó: la de los Hijos de la Sagrada Familia *y la de las* Misioneras de la Sagrada Familia de Nazaret.

Considera cuánta sea la obligación y necesidad que tiene el religioso de instruirse en el importantísimo ejercicio de la oración.

En verdad que la oración es la ciencia más sólida, la más vasta, la más elevada y útil al hombre viador, puesto que es la ciencia de la salvación eterna, el fundamento y sostén de la vida espiritual, el alimento del alma, el principio y apoyo de las virtudes; es, en fin, la ciencia de los santos, puesto que la oración ha sido siempre el objeto de su principal estudio y atención, su ocupación más grata, sus agradables delicias, su refugio en toda clase de empresas y otras necesidades. La oración es la ciencia del mismo Dios, porque en ella es donde se aprende a conocerle cual es y amarle como se merece, no menos que a conocerse el hombre a sí mismo y lo poco que vale por sus solas fuerzas.

La oración es la ciencia incomparable, la que más nos importa si queremos de veras el grado de virtud y de perfección que el Señor espera de nosotros... Y siendo esto así, ¿cómo dar

a entender y mucho menos a persuadir lo que nosotros no entendemos, si no estamos instruidos en todo lo que mira a la práctica de tan santo ejercicio? ¿Cómo inspirar amor y estima al medio más a propósito de santificación, si nosotros no sabemos valernos del mismo? ¿Comprendes ahora, oh alma devota, cuán sagrado y necesario es para ti el estudio de la oración? No dudes que, quien no estima la oración es porque vive en tinieblas o ha perdido la razón (Obras Selectas, pág. 608-9).

¡Oh si conociesen los mortales lo mucho que se complace Dios con aquellas almas que le buscan en la oración y las muchas y preciosas gracias que en ella reciben los que la frecuentan! ¡Oh, ciertamente que este ejercicio sería mucho más estimado y practicado de lo que es ahora, y no serían tantos los engaños y asaltos del demonio contra la pobre humanidad! (Ibíd. 613).

Considera cómo la oración es del todo indispensable, pues sin ella es imposible salvarse, como se desprende de las palabras del Divino Maestro dirigidas a los Apóstoles: *Velad y orad para no caer en la tentación...* (Jn.16,24). Con lo cual quiso decir: "Tan necesaria es la oración, que sin ella, atendida la flaqueza de la carne, seréis arrastrados por la tentación y caeréis en el pecado" (Ibíd. 616).

SANTA GEMA GALGANI (m. 1903)

Santa Gema nació en 1878 en la aldea de Camigliano, en Italia, cerca de la ciudad de Luca. Estando un día en la catedral de Luca oyendo predicar a los Padres Pasionistas, Jesús le prometió que ella también sería pasionista y que uno de aquellos pasionistas sería su director espiritual.

Santa Gema no escribió ningún libro, pero conocemos su doctrina a través de su Epistolario, su Autobiografía y sus Extasis, recogidos por su director, el padre Germán.

El Angel de la Guarda me reprochó sobre todo mi desgana en la oración... Me avisó de que Jesús iba a permitir al demonio

me diera un grave asalto, por haber sido durante algunos días algo descuidada en mis oraciones. Me avisó también que el demonio haría lo indecible para impedirme orar (Diario, lunes 20 de agosto).

Esta tarde, mientras hacía oración, el Angel de la Guarda se me ha acercado y tocándome en la espalda me ha dicho: "Gema, ¿cómo tanta desgana para la oración?" Respondí: "No es desgana; hace unos días que no me hallo bien". El añadió: "Cumple con diligencia tu deber, y ya verás cómo Jesús te ama más todavía" (Ibíd., lunes 6 de agosto).

¡Oh, Jesús!: Un poco de oración: He aquí la respiración de mi alma. ¡Qué cambio de afectos el que haremos en el cielo! ¡Oh, qué grande alegría en el cielo...! ¿Quién podrá, Jesús, entender tus amorosos designios?... ¡Jesús!, tienes que darme un poco de más amor al sufrimiento, o a lo menos un poco más de paciencia... (Extasis 80).

SAN JUAN KRONSTADT (m. 1908)

San Juan de Kronstadt (1829-1908), sacerdote ruso, fue célebre por sus obras de caridad y su don de curar, e igualmente como predicador y director espiritual. Su diario Mi vida en Cristo, *fue publicado en muchos idiomas. Fue canonizado en 1964 por el santo Sínodo de la Iglesia Rusa Ortodoxa.*

Dos fuerzas diametralmente opuestas actúan en mí: la fuerza del bien y la fuerza del mal; la fuerza de la vida y la fuerza de la muerte. Como son espirituales, las dos son invisibles. Al despertar por medio de una oración sincera y libre, la fuerza buena vence a la fuerza del mal; porque el poder del mal no surge sino del mal agazapado en mí. Para evitar la influencia glacial del espíritu malvado, siempre debemos mantener en nuestro corazón la Oración de Jesús: "Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí". De este modo, frente al demonio invisible se

erige el Dios invisible; frente a aquel que es poderoso, nos defiende Aquel cuyo poder es infinito. (Sublimidad de la Oración Interior, pág. 144. Buenos Aires, 1989.)

BEATO MANUEL DOMINGO Y SOL (m. 1909)

El Beato Manuel Domingo y Sol nació en Tortosa el año 1836. Trabajó con todo empeño por el fomento de las vocaciones sacerdotales. En 1883 fundó en Tortosa la Congregación de Sacerdotes Operarios Diocesanos. Hoy ya son en España 300 miembros, repartidos por unas 24 casas.

103. La fidelidad a la oración, que es práctica esencial, constituye la base de todos los otros medios de santificación.

104. Comuniones espirituales a lo largo del día. Ejercicio de presencia de Dios. Examen sobre él. Prescripción espontánea de medios para adquirirla. Obrar como sacerdote en todas las circunstancias de la vida.

742. No deje la hora de oración diaria y, siempre que tenga alguna tentación, tranquilícese enseguida diciendo al Señor que usted no hará sino lo que se le mande, aunque sea con repugnancia.

743. Cada operario tenga una hora de meditación al día, que procurará cumplir por la mañana después de levantarse a ser posible. Cuando las tareas son muchas, podrá bastar media hora; pero conviene que no *baste* muchas veces.

744. Si somos fieles a nuestra hora prescrita, sobre todo a la hora entera, aunque sea con tibieza a nuestro parecer, y aunque nos sea siempre costosa, tenemos asegurada nuestra fidelidad a todas las demás prácticas de la Hermandad, porque es la que nos dará más luz para nuestra conducta.

745. Los santos —algunos de ellos ocupadísimos— tenían tiempo, como San Francisco de Borja, para encontrar seis, siete y ocho horas.

746. Si no experimentamos en mucho tiempo la unción de la gracia en esta práctica, temamos ser nosotros la causa, o por la desidia o mala disposición en ella, o por alguna pasión; si lo examinamos lo conoceremos.

747. El ejercicio interior de expiación y sacrificio y de compasión a Jesús es el más eficaz para repararle y el más propio del operario, el que debe animar sus penitencias y sufrimientos y hacer fructuosas todas sus obras.

748. Sólo una constante presencia de Dios puede preservarnos de peligros de desificación, y una continua oración y humildad, dejarnos tranquilos de remordimientos.

749. Nuestra vida ha de ser el amor y reparación al Corazón de Cristo Jesús lo mismo en nuestros actos particulares que en los de nuestro ministerio.

750. Al oír la hora, salutación angélica y comunión espiritual acompañada de un brevísimo examen.

751. Visita diaria (ante el sagrario), de un cuarto de hora de reparación y por las necesidades espirituales y temporales de nuestros colegios, rogando al Señor desvíe de ellos a los que no sean llamados por su voz.

752. Jesús multiplicará sus bendiciones en proporción de nuestros actos de reparación, celo y sacrificio.

753. La hora santa, prescrita a los operarios los jueves, es prenda de muchas bendiciones. Conviene nos animemos a ella con la idea de la fidelidad a la gracia.

754. ¿Qué hacer en la hora santa? Apropiarnos de los sentimientos de Jesucristo trasladándonos a la noche que precedió a su Pasión. Llenarnos de celo por los intereses de su corazón.

762. Cuando las tentaciones nos persigan y las dudas nos aflijan, una visita silenciosa al tabernáculo, aunque nos parezca no tener fe y estar en tinieblas, nos devolverá la alegría y la paz.

763. Constante oración. Servicio de Dios alegre y agradecido, a pesar de los trabajos, los agobios y el malestar.

764. Cuando estemos de mal humor, vayamos un momento al sagrario y digamos a Jesús que aún no hemos sido dignos de ser mártires.

765. Con cinco minutos de pensamiento en la eternidad y una visita al sagrario, desaparecen todas las melancolías.

766. Si sobreviene entre vosotros algún rozamiento desagradable, con cinco minutos de pensamiento en la eternidad y una visita a Jesús Sacramentado, desaparece toda dureza de corazón.

956. Oración mental: A ser posible, inmediatamente por la mañana, pues la experiencia nos enseña dos cosas. Primera: los tropiezos que el enemigo pondrá para que la difiramos o perdamos, en nuestra vida de multiplicada tarea. Segunda: que la infidelidad a la oración nos remorderá, nos dejará un vacío, nos quitará la libertad de acercarnos filialmente a Dios.

957. Oración vocal: Que los que dirigen el Rosario, etcétera, no vayan de prisa. Luego harían lo mismo en las parroquias y pasaríamos nosotros mucho purgatorio si no los previniéramos, en cuanto podamos. (La Palabra de Mosén Sol.)

SAN PIO X (m. 1914)

Con el Papa Pío X en el pontificado empezaba el siglo XX, y a mitad del siglo, ya fue elevado a los altares. Reformó la Curia Romana; favoreció la formación del clero; codificó el Derecho Canónico; condenó el modernismo; repartió pan y catecismo, y, sobre todo, fue el Papa de la Eucaristía, *instituyendo la Comunión diaria.*

1. Algunos piensan que la perfección de un sacerdote debe basarse en la entrega completa de sí mismo al servicio de los demás, sin cuidarse de las virtudes llamadas *pasivas*, concentrando todas sus energías en las virtudes *activas*. Este criterio es absolutamente erróneo, pues como dijo nuestro predecesor León XIII: Cristo es el Maestro y ejemplo de toda santidad, y por tanto, toda santidad verdadera tiene que estar modelada sobre El... La primera parada esencial para adquirir la santidad es la oración: debemos rezar y rezar cuidadosamente.

2. Tan íntima es la conexión entre la santidad y la práctica de la oración, que la primera no puede existir sin la otra. El propio ejemplo de Cristo predica elocuentemente esta doctrina. El se pasaba las noches en oración. Frecuentemente rezó en el templo, y hasta en la agonía de su muerte rezó con una fuerte voz y con lamentos al Padre...

Esto, pues, podemos tenerlo como cierto e incuestionable, que un sacerdote para ser lo que su oficio le exige, tiene que dedicarse a la práctica de la oración... Ningún sacerdote debe abandonar esto sin grave descuido y considerable perjuicio para su propia alma. Esto es la base esencial para sostener nuestras perspectivas y nuestros fines sobrenaturales... Quienes sean tan locos que piensen que el tiempo dedicado a la oración es tiempo perdido, sufren una ceguera mortal que les conducirá al orgullo, a la contumacia y a otras perturbaciones que prefiero no mencionar. (Cit. Eugene Boylán. La Piedad Sacerdotal.)

3. Puesto que la vida de santidad es también fruto de nuestra voluntad, en cuanto ésta es fortalecida por Dios, Dios mismo ha provisto abundantemente para que, si queremos, nunca nos falte la acción de la gracia; y ello se obtiene con la continua oración. Sí, entre la oración y la santidad hay una conexión tal que en manera alguna puede hallarse la una sin la otra *(Exhortación al clero; 4-8-1908).*

SANTA RAFAELA DEL SAGRADO CORAZON (m. 1925)

Santa Rafaela M.ª Porras y Aylló, fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón, es una santa de nuestros días. Santa Rafaela fue un alma de profunda vida de oración. La beatificó el papa Pío XII el 18 de mayo de 1952, y el papa Pablo VI la proclamó santa el 23 de enero de 1977, asistiendo a su canonización muchas de sus hijas las Esclavas, sus familiares y cristianos llegados de todas partes del mundo.

No te abatas nunca por parecerte que la carga que llevas es sobre tus fuerzas, que tienes a tu favor a Dios que te la impuso, y es todopoderoso; y así, ¿qué tienes que temer? Cuantas más dificultades se te presenten, más confianza en su Divina Majestad y más recurso a ella con confianza de hija, y no temas.

Más que rezar mucho, ora mucho; acostúmbrate a no poder pasar sin contarle muchas veces al día a Dios todas tus penas, con la confianza ciega de ser consolada, y dejar depositadas en sus manos todas las dificultades al parecer insuperables que se te presenten; que yo te aseguro que por los medios impensados las verás en un momento allanadas, porque Dios es el que todo lo puede, y si conviene para nuestro bien, sin duda ninguna lo ha de hacer. No dudes del Señor.

Tú eres muy prudente y así lo harás, pero yo te lo quiero decir. Que no canses a los de tu casa con rezos, que se hacen sin devoción. Con el rosario, la letanía, credo y salve, basta. Omite la cadena de "Paternoster" que por ahí se suele añadir. Y lo mismo en la mesa. Un "Pater" bien rezado agrada más a Dios que cinco de mala gana. (Cta. 442 a su cuñada, Dolores Aguado.)

BEATA ANGELA DE LA CRUZ (m. 1932)

Esta gran santa sevillana nació el 30 de enero de 1846. De joven trabajó en un taller de zapatería; intenta ingresar en las MM. Carmelitas Descalzas, pero no es aceptada por su falta de salud. Ingresa en las Hijas de la Caridad, pero su salud empeora y tiene que volver a su taller. Al fin, dirigida por un santo sacerdote, el P. Torres, decide hacerse monja en el mundo y funda la Compañía de la Cruz, consagrada a la oración y a ayudar a los más necesitados.

En la oración y el trato con su Dios, es donde el alma, sin ser vista de nadie, es bañada de una luz que la hace ver toda la grandeza de las virtudes *(Escritos Intimos, BAC, 386).*

Cuando se ora con esta intención, con esta confianza, y con esta humildad, esperando que nuestro Padre celestial mande lo que sea para obedecerle, no, no es posible que nuestro buen Dios permita que nos veamos confundidos *(Ibíd., 318)*.

A las cuatro y media... la hermana... leerá la meditación y tendrán una hora de oración hasta las cinco y media *(Ibíd. 334)*.

Concluida la doctrina irán al oratorio, rezarán las tres Avemarías del *Angelus* y en seguida otra hora de oración hasta las ocho; sigue el dar gracias a Dios con las oraciones de por la mañana, y examen como al mediodía *(Ibíd., 340)*.

La oración debe ser continua, a imitación de los ángeles *(Ibíd., 250)*.

PIO XI (m. 1939)

El cardenal Achille Ratti fue elegido papa con el nombre de Pío XI el 1922, a la muerte de Benedicto XV.

1. Ante este odio satánico contra la religión, que recuerda el "*mysterium iniquitatis*" de que nos habla San Pablo (2 Tes. 2, 7), los solos medios humanos y las trazas de los hombres no bastan, y Nos creeríamos, venerables hermanos, faltar a nuestro apostólico ministerio si no señaláramos a la humanidad los maravillosos misterios de la luz, que encierran ellos solos en sí la fuerza de sojuzgar las desencadenadas potencias de las tinieblas. Cuando el Señor, bajando de los esplendores del Tabor, sanó al jovencito atormentado del demonio, que los discípulos no habían podido curar, a la humilde pregunta que le hicieron: "¿Por qué no lo pudimos echar nosotros?", respondió con las memorables palabras: "Esta clase de demonios no se echa sino con oración y ayuno" (Mt. 17, 20-21).

Parécenos, venerables hermanos, que estas divinas palabras se deben precisamente aplicar a los males de nuestro tiempo, que sólo mediante la oración y la penitencia pueden conjurarse...

La oración quitará, además, hasta las mismas causas de todas las dificultades presentes y las ansias insaciables de los bienes terrenos. Porque el hombre que ora, mira hacia lo alto, o sea, a los bienes del cielo, que medita y desea; todo su ser se inmerge en la contemplación del admirable orden puesto por Dios, que no conoce la manía de los éxitos ni se pierde en futiles competencias, y así, casi por sí mismo, se restablecerá el equilibrio entre el trabajo y el descanso...

2. Acordándonos, por tanto, de nuestra condición de seres esencialmente limitados y absolutamente dependientes del Ser Supremo, recurramos ante todo a la oración. La fe nos enseña cuánta es la eficacia de la humilde, confiada y perseverante oración; a ninguna otra piadosa obra fueron hechas por el Omnipotente Señor tan amplias, tan universales, tan solemnes promesas como a la oración: *"Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán; porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, encuentra, y al que llama se le abrirá" (Mt. 7, 7-8). "En verdad, en verdad os digo, todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, se os dará" (Jn. 16, 23).*

¿Y qué objeto más digno de nuestras súplicas y más correspondiente a la persona adorable de Aquel que es el único "Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (1 Tim. 2, 5) que implorar la conservación en la tierra de la fe en el solo Dios vivo y verdadero? Tal petición lleva en sí parte de su consecución, puesto que cuando uno ora se une con Dios y, por decirlo así, mantiene ya viva en la tierra la idea de Dios. La persona que ora, con su misma humilde posición manifiesta al mundo su fe en el Creador y Señor de todas las cosas; uniéndose, además, con otros en oración común, reconoce con ello que no solamente el individuo, sino también la sociedad humana, tiene un supremo y absoluto Señor sobre sí. ¿Qué espectáculo más hermoso para el cielo y para la tierra que la Iglesia en oración? (Enc. Caritate Christi, 3-5-1932).

3. El secreto de todo, la llave de todos los tesoros, la llave de oro insustituible, es la oración, que consiste principalmente en elevar de continuo el alma a Dios y mantenerla cerca de El, siempre en conformidad con Dios (4-3-1928 a unos universitarios).

PIO XII (m. 1958)

Eugenio Pacelli nació en Roma en 1876 y a los 63 años fue elegido papa, tomando el nombre de Pío XII y ocupando la Sede Romana por el espacio de 19 años, hasta 1958, siendo el que hizo el número 260 como sucesor de San Pedro. Durante su pontificado fomentó de forma decisiva el desarrollo teológico, pues apenas hubo tema religioso que no tratase en sus escritos apostólicos.

A) Necesidad de la oración

1. *En la Edad Media, a pesar de todas sus deficiencias, la vida pública estaba ennoblecida por la oración.*—Ciertamente, no hay por qué desconocer las deficiencias de la vida religiosa durante la Edad Media y siglos siguientes; pero toda la vida pública, en todas las clases sociales, estaba acompañada, animada y ennoblecida por la oración; hasta podría decirse que aun la misma sociedad educaba, criaba y mantenía en la oración al cristiano. El esplendor de Roma como ciudad orante se halla atestiguado por la historia y es conocido y descrito por los peregrinos que durante los años de jubileo afluían a ella en grupos numerosos desde todas las partes del mundo. Los sepulcros de Pedro y Pablo fueron la meta de innumerables ansias y deseos para muchos santos y santas, para espíritus ardientes que, junto a las sacras aguas del Tíber, aprendieron los cantos litúrgicos y los himnos devotos de adoración a Dios, para luego hacerlos resonar en su patria y en otras tierras, en sus iglesias, en sus soledades y en sus monasterios. (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943.)

2. *Mas, en nuestros tiempos, la educación del pueblo se ha desviado del camino que conduce a la Iglesia y a la oración.*—Mas los tiempos recientes presenciaron la decadencia de aquella piadosa y exuberante práctica de la oración, y la educación del pueblo, en las familias y en las escuelas, se desvió del camino que conduce a la Iglesia y a la oración. Verdad es que semejante proceso suscitó, como

reacción, una fuerte falange de católicos que, avezada a luchar contra corriente y a desdeñar todo desprecio, prefirió siempre alzar su corazón y sus manos a Dios mediante la oración; pero al propio tiempo, por contraste entre el bien y el mal, surgió un grupo no pequeño de otros que, más preocupados de lo material que de lo espiritual, se habituaron a separar perniciosa y funestamente de la vida pública, profesional y social toda práctica religiosa. Finalmente, de ahí nació, aumentando sin cesar, la muchedumbre de los que ya no oran ni alzan su pensamiento a Dios. (Ibíd.)

3. *Hay quienes piensan que la oración es un incienso que conviene dejar a las mujeres, como si el hombre no tuviera la misma naturaleza y no menos frágil.*—Hay jóvenes que piensan que en el mundo, a partir de cierta edad, la oración es un incienso cuyo oloroso humo conviene dejar a las mujeres, lo mismo que ciertos perfumes de moda; otros acuden en alguna ocasión a la misa, cuando les es cómodo; pero se creen, a lo que parece, demasiado grandes para arrodillarse, y no lo bastante místicos, como dicen algunos, para acercarse a la sagrada comunión. Tampoco faltan muchachas jóvenes que, aun habiendo sido educadas con todo cuidado por sus madres o por buenas religiosas, se creen eximidas, una vez casadas, de las más elementales normas de prudencia. Lecturas, espectáculos, bailes, distracciones peligrosas, todo les es permitido. Pero en una familia verdaderamente cristiana, el marido sabe que su alma es de la misma naturaleza y no menos frágil que la de su mujer y la de sus hijos; por eso añade a la de éstos su oración diaria, y así como se complace en verlos en torno suyo en la mesa familiar, no deja de acercarse con ellos a la mesa eucarística. (*Discurso a los recién casados*, 24 de julio de 1940.)

4. *El Apóstol ha de imprimir en las conciencias la necesidad de la oración, para acompañar a todas las cosas criadas en la alabanza a Dios.*—¿Qué significan y qué piden a todo apóstol esas condiciones tan tristes y tan dolorosas? Significan la decadencia y el olvido de la idea del alma y de Dios en el pueblo cristiano, y piden remedio para el mal, sugiriendo el camino que ha de seguirse para vencerlo, esto es, hacer que en las conciencias,

sobre todo de los hombres, reviva la saludable y necesaria convicción de que la oración no sólo es un deber del espíritu, sino también una obligación de honor. Si todo el mundo visible canta las alabanzas de Dios con potentes acordes que, desde el cielo hasta la tierra, resuenan en sublime armonía por los espacios del universo, ¿cómo podría el hombre, a quien el Creador da *ver claramente su eterna potencia y divinidad en sus obras* (Rom. 1, 20), substraerse al gran coro de los cielos y de todas las criaturas que a su alrededor están, y eximirse del deber de bendecir a Dios, de adorarle y de alabarle? (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943).

5. *Sin la oración, nadie puede observar por largo tiempo la ley de Dios y evitar la culpa mortal.*—Surge de aquí la luz de otra verdad, que vuestra palabra hará que penetre en la mente y en la conciencia cristiana: la absoluta necesidad de la oración. Es doctrina católica que nadie puede por largo tiempo observar la ley de Dios y evitar la culpa mortal sin el auxilio de la gracia; por otra parte, Dios nos previene con su gracia sin nuestra cooperación; pero, según las normas ordinarias de su acción salvadora, exige luego la cooperación del hombre, en primer lugar con la oración. *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem!* (Mt. 26, 41). Luego podemos afirmar que la misma norma de fe no cambia de valor si, sustituyendo la palabra "oración" por el término "gracia", decimos: Sin la oración nadie puede observar por largo tiempo la ley de Dios y evitar la culpa mortal. Preguntad, amados hijos, en cuántos cristianos se halla viva, de hecho, esta verdad luminosa y fundamental y cuántos caminan a la luz de ella, conformando a su guía los pensamientos, los afectos y las obras; y recurrid a estos primeros e inconmovibles principios de la vida personal religiosa cuando instruyáis a los fieles para orar bien (*A los párrocos y a los cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943).

6. *No se ha de reducir la oración a unos minutos en la semana, sino que hay que orar siempre, sin intermisión.*—Efectivamente, podéis estar convencidos de la necesidad de la respiración del alma; es decir, de la necesidad de orar; pero podríais sentiros inclinados a creer que basta una vez a la semana, como, por ejemplo, en la misa del domingo, o una vez al día, como, por ejemplo, antes de acostaros.

Sin embargo, el divino Maestro ha dicho a todos: *Debéis orar siempre* (Lc. 18, 1), y ha hecho que sus apóstoles repitan a todos la misma invitación: *Orad sin intermisión* (1 Thes. 5, 17).

Amadísimos hijos: ¿queréis ser realmente cristianos, ser hombres y no máquinas o, a lo más, instrumentos de producción? Haced que vuestra oración no sea solamente algún momento del día o algunos minutos de la semana. Sabéis por experiencia que ninguna ocupación, ningún trabajo o fatiga interrumpe el ritmo de vuestra respiración; aun dormidos, se sigue respirando, y ¡ay de vosotros si no fuera así! Y ¿por qué no ha de pasar lo mismo con la respiración del alma, que es la oración? (*Discurso a un grupo de ferroviarios*, 8 de junio de 1952).

7. *La práctica continua de la oración se logra ofreciendo a Dios, al comienzo de cada día, nuestros pensamientos, palabras y obras.*— Pero acaso preguntaréis: ¿Cómo es posible en la práctica esta respiración continua del alma? ¿Cómo es posible orar cuando se está trabajando o cuando nos estamos cansando, cuando comemos o lloramos, cuando gozamos o sufrimos?

He aquí, amados hijos, un método sencillo y fácil, probablemente muy conocido ya por muchos de vosotros. Al empezar el día, ofreced al divino Corazón vuestros pensamientos, palabras y obras, vuestras alegrías y dolores, en unión con aquellas intenciones por las que El mismo se inmola cotidianamente sobre el altar (Ibíd.)

8. *Y renovando el ofrecimiento, en cuanto es posible, durante el día.*—Esta oferta, renovada, en cuanto es posible, durante el día, especialmente antes de los actos más importantes, nunca retrotraída, ni siquiera implícitamente, con acciones contrarias a ella, basta para que vuestra vida de todos los días sea una continua oración. ¿Quién podrá decir cuántas gracias actuales esta vida vuestra, así transformada y sublimada, os podría obtener de Dios, gracias que descenderían como lluvia de bendiciones sobre el monte árido y desolado? ¿Qué aumento de gracia santificante procuraría a las almas en esta vida y qué aumento de gloria en la eternidad?

Así, el maquinista, el jefe de tren, el revisor, el expendedor de billetes, el guardagujas, el telegrafista, los empleados todos,

con su jornada de trabajo, dondequiera que el deber los llame, sin buscarse una fatiga más, sino con el mismo trabajo y con la misma fatiga, pueden cooperar con Jesús en la salvación de las almas y ayudar al mundo a hacerse mejor. Entonces ya no se daría el espectáculo de una tierra casi convertida en un infierno, donde los hombres están cansados de habitar (Ibíd.)

B) Cómo ha de ser nuestra oración

9. *La verdadera oración del cristiano, enseñada por Jesús, se preocupa de todos los intereses espirituales y materiales de los hombres.*—La verdadera oración del cristiano, enseñada por Jesús a todos, pero que por un título especial es la vuestra, esencialmente es oración de apostolado. Reúne ella en sí la santificación del nombre de Dios, la venida y la difusión de su reino, la filial adhesión a las disposiciones de su amorosa providencia y a su voluntad redentora y glorificante; por lo tanto, todos los intereses materiales y espirituales de los hombres: el pan cotidiano, el perdón de los pecados, la unión fraternal, que no conoce odios ni rencores; el auxilio en las tentaciones para no sucumbir a ellas, la liberación de todo mal. ¿De qué otra plenitud puede venir tamaño cúmulo de favores sino de los tesoros de Dios, de aquel Dios que se digna otorgarlos a nuestra oración? (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943).

10. *En la oración deben pedirse las gracias terrenales después de las espirituales.*—¿Qué habéis, pues, de hacer? Habéis de inculcar a los fieles que —aun pudiendo y debiendo orar por el "pan cotidiano" también y por las necesidades de esta vida— en la oración deben pedirse las gracias terrenales y temporales después de las espirituales, y que ninguno puede estar seguro de ser escuchado en la petición de los bienes pasajeros de este mundo, porque, al ignorar si lo que desea ha de contribuir a su bien supremo, ha de entregarse necesariamente con fe y humildad a la santísima voluntad de Dios, que bien sabe qué le conviene mejor para esta vida y para la otra. Por lo tanto, en el primer lugar de toda vida cristiana digna de tal nombre está el adorar a Dios y el implorar de El los bienes sobrenaturales y eternos.

Nuestra patria está en los cielos (Phil. 3, 20); allá debemos alzar la mente y el deseo; acá abajo, aspirar a la eternidad con la fe, que todo lo vence, la que animaba a los primeros cristianos en medio de las persecuciones y de las angustias y que debe subyugar e inflamar también los corazones de nuestros fieles y vivificar su oración, haciéndola espiritualmente íntima y limpia de todo afecto no ordenado al fin supremo. (*A los párrocos y a los cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943.)

11. *A veces no conseguimos lo que pedimos porque no oramos con perseverancia.*—¿Por qué —se puede aún preguntar— no obtenéis tantas veces lo que pedís? Porque, mientras el Espíritu Santo os inspira y os mueve a orar, cesáis vosotros de seguir su inspiración y el movimiento que El os imprime y no continuáis en la constancia de la oración, haciendo que ésta no obtenga el efecto esperado. Nuestro Señor ha dicho y repetido que la oración perseverante es infaliblemente oída; porque el perseverar es una insistencia que hace violencia a su Corazón y triunfa. El, que ve las cosas y sus consecuencias desde más alto y desde más lejos y contempla todo el bien que vuestras almas obtienen de las oraciones prolongadas, de los deseos confiados, de las humillaciones ante El, de la animosa fe que sostiene vuestra constancia, no quiso prometer la inmediata concesión del favor pedido. ¿Y por qué? Porque tiene un corazón más que de madre, de aquella avisada y tierna madre que no duda denegar el alimento a su querido hijo y dejarlo también llorar un poco, porque sabe que la leche que éste quería obtener en seguida, le ayudará más esperando un rato (*A los recién casados: sobre la eficacia de la oración*, 9 de julio de 1941).

12. *Además de pedir lo que conviene a nuestra alma, con perseverancia, hay que hacerlo piadosamente.*—La oración tiene que ser, por lo tanto, un pedir lo que está bien para nuestras almas, un pedirlo con perseverancia; pero también un pedirlo piadosamente: tal es la tercera condición que pone Santo Tomás para la eficacia de la oración, entre las cuatro que señala: "pro se, necessaria ad salutem, pie et perseveranter" (cf. *Sum. Theol.*, 2-2 q. 3 a. 15 ad 2). ¡La oración piadosa! ¿Cuál es? No es la oración hecha de puro sonido de palabras, con la mente y el corazón

vagantes, con los ojos desparramados por todas partes, sino la oración recogida que se anima ante Dios de filial confianza, se ilumina de fe viva, se impregna de amor hacia El y hacia los hermanos; es la oración hecha siempre en gracia de Dios, merecedora siempre de vida eterna, humilde siempre en su misma confianza; es la oración que, cuando vosotros os arrodilláis ante el altar o la imagen del Crucifijo o de la Virgen Santísima en vuestra casa, no conoce la arrogancia del fariseo, que se enorgullece de ser mejor que los otros hombres, sino que, a semejanza del pobre publicano, os hace sentir en vuestro corazón que todo lo que recibiréis no será sino pura misericordia de Dios hacia vosotros (Ibíd.)

13. *Dios nos escuchará si nuestra oración confiada va avalorada por la humillación y la penitencia.*—Este es el misterio del corazón de Dios, el gran misterio del cristianismo. Dios, con su infinita y amorosa misericordia, que se expansiona sobre todas las criaturas (Ps. 144, 9), nos escuchará —en el momento y en la manera que su bendita Providencia tenga dispuestos— si a los pies de su trono asciende unánime la oración confiada y ardiente, avalorada por la humillación y la penitencia; porque pertenece a la suprema eminencia de la bondad y de la caridad divina no sólo distribuir el ser y el bienestar a todos, sino también escuchar en su liberalidad los piadosos deseos que se expresan por medio de la oración. ¿Acaso el Hijo de Dios encarnado no nos ha llamado amigos y discípulos suyos? (cf. Io. 15, 15). ¿Y no es mérito de la amistad que quien ama quiere que se vea saciada el ansia del amado? (*En el día de súplica universal*, 24 de noviembre de 1940).

C) Por quiénes debemos orar

14. *A ejemplo de Cristo, debemos orar cada día al Señor por todos los miembros de su cuerpo místico.*—De una manera muy particular mostró nuestro Redentor su ardentísimo amor para con la Iglesia en las piadosas súplicas que por ella dirigía al Padre celestial. Puesto que —bástenos recordar sólo esto— todos conocen, venerables hermanos, que El, cuando estaba ya para subir al

patíbulo de la cruz, oró fervorosamente por Pedro (cf. Lc. 22, 32), por los demás apóstoles (cf. Io. 17, 9-10) y, finalmente, por todos cuantos, mediante la predicación de la palabra divina, habían de creer en El (cf. Io. 17, 20-23).

Imitando, pues, este ejemplo de Cristo, roguemos cada día al *Señor de la mies para que envíe operarios a su mies* (Mt. 9, 38; Lc. 10, 2), y elevemos todos cada día a los cielos la común plegaria y encomendemos a todos los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo. Y ante todo a los obispos, a quienes se les ha confiado especialmente el cuidado de sus respectivas diócesis; luego a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas, quienes, llamados a la herencia de Dios, ya en la propia patria, ya en lejanas regiones de infieles, defienden, acrecientan y propagan el reino del divino Redentor. (*Mystici Corporis Christi*, 46: Col. Enc., p. 735.)

15. *En las presentes circunstancias es necesario orar por los gobernantes de los pueblos.*—Y principalmente en las presentes circunstancias parece ser, más que oportuno, necesario que se ruegue con fervor por los reyes y príncipes y por todos aquellos que, gobernando a los pueblos, pueden con su tutela externa ayudar a la Iglesia, para que, restablecido el recto orden de las cosas, *la paz, que es obra de la justicia* (Is. 32, 17), emerja para el atormentado género humano de entre las aterradoras olas de esta tempestad, mediante el soplo vivificante de la caridad divina, y para que nuestra santa madre la Iglesia pueda llevar una vida quieta y tranquila, en todo piedad y castidad (cf. Sap. 6, 23), (Ibíd., 48: Col. Enc., p. 737).

16. *En la oración que hagamos por la conversión de los demás, interviene la terrible posibilidad de que ellos resistan a las potentes gracias de Dios.*—Piadosa, perseverante, sobrenatural, la oración que hagáis por vosotros mismos será siempre oída, asegura el Doctor Angélico, pero ¿y en relación con los demás, para aquellas almas cuya salvación tanto queréis, cuya compañía esperáis y anheláis en la felicidad celeste, almas del esposo, de la esposa, del hijo, de la hija, del padre, de la madre, de los amigos y de los conocidos? ¿Cuánto vale para ellos vuestra oración? ¿Cuánto hace ante el trono de Dios?

Aquí, sin duda, interviene aquella terrible posibilidad, inherente al libre arbitrio del hombre, de resistir a las gracias potentes y multiformes que vuestras oraciones hayan obtenido para

aquellas almas. (*A los recién casados: sobre la eficacia de la oración*, 9 de julio de 1941.)

17. *Pero los misterios infinitos de la misericordia de Dios vencen nuestros pensamientos, y por eso siempre debemos orar por otros.*—Pero los misterios infinitos de la omnipotente misericordia de Dios vencen todos nuestros pensamientos y permiten a todas las madres aplicarse a sí mismas las palabras de un piadoso obispo a Santa Mónica, que imploraba su ayuda y derramaba gran abundancia de lágrimas ante él por la conversión de su hijo Agustín: "No puede ser que un hijo de tantas lágrimas se pierda": "Fieri non potest ut filius istarum lacrymarum pereat" (cf. San Agustín, *Confess.*, 1.3 c. 12). Y aun cuando no se os concediera ver en esta vida con vuestros ojos el triunfo de la gracia en las almas por las cuales habéis orado y llorado tan largamente, vuestro corazón no deberá renunciar a la firme esperanza de que en aquellos misteriosos instantes en los que, en el silencio de la agonía de un moribundo, el Creador se prepara a llamar a sí el alma, obra de sus manos, su inmenso amor no haya obtenido al fin, lejos de vuestras miradas, aquella victoria por la que vuestro agradecimiento le bendecirá allí arriba eternamente (Ibíd.)

18. *Que los sacerdotes y los fieles pidan por las misiones.*—Os repetimos la llamada y la exhortación del divino Redentor a sus apóstoles, diciéndoos también a vosotros: *Alzad los ojos y ved los campos, porque ya blanquean para la siega* (Io. 4, 35). *Mucha es la mies, pero pocos los obreros. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies* (Lc. 10, 2). ¡Pocos son los obreros! Vastas circunscripciones misioneras están confiadas a muy pocos obreros evangélicos. ¡Rogad, pues, al Señor de la mies! Y primeramente orad al Señor para que se digne suscitar muchas vocaciones misioneras; y no sólo vocaciones de sacerdotes, sino también de hermanos coadjutores, de religiosas y de catequistas. Que todos los sacerdotes consagren una parte de sus oraciones a esta intención, tan santa y altísima; oren, sobre todo, las órdenes contemplativas, y los fieles, al rezar el rosario, tan recomendado por Nuestra Señora de Fátima, no dejen de invocar a María Santísima en favor de las vocaciones misioneras. (*Carta encíclica al episcopado portugués*, 13 de junio de 1940.)

D) La oración por la Iglesia

19. *De Cristo aprendió la Iglesia a orar por el primer Papa.*—Sí; oraciones a Dios son vuestros deseos navideños, dirigidos al cielo para que desciendan sobre Nos el divino auxilio y bendición. Contra las insidias de Satanás opuso nuestro Señor su oración por Pedro, y le dijo: *Yo he rogado por ti para que no falte tu fe* (Lc. 22, 32); y la oración de Cristo fue atendida por el Padre, que siempre escucha a su Hijo amado. De El aprendió la Iglesia primitiva a orar por el primer Papa, cuando Pedro se hallaba entre cadenas, separado de la grey de Cristo e impedido en el ejercicio de su ministerio pastoral (Act. 12, 5): *Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo.* (*Alocución al Sacro Colegio*, 24 de diciembre de 1941.)

20. *Y también hoy el consuelo más tranquilizador del Papa está puesto en la asistencia del Señor y en la oración de toda la Iglesia.*—Hoy, cuando, de una parte, los inevitables efectos de la guerra, y de otra, diversas causas han alzado, como una barrera de hierro, obstáculos tales, que en algunas regiones son ya casi invencibles contra el contacto inmediato, constante y eficaz entre el Pastor y la grey, todo nuestro consuelo más profundo y tranquilizador está colocado en la esperanza de la extraordinaria asistencia del Señor y en la oración de toda la Iglesia que la implora. Vuestra promesa de súplicas a Dios, que nos ofrecéis con el espíritu de la ardiente juventud de la Iglesia, es para Nos preciosa prueba de aquella íntima y sublime unión con que la Cabeza y los miembros se estrechan, se animan, se alzan y se auxilian en el místico Cuerpo de Cristo, y al mismo tiempo es el don navideño más ansiado, con alegría acogido y con alegría contestado, que vuestro amor y vuestra devoción han podido presentarnos (Ibíd.)

21. *No se puede comprender plenamente el poder y efectos de la Iglesia si no se tienen en cuenta las oraciones y sacrificios de los fieles.*

No se puede, en verdad, comprender plenamente el carácter y el poder de la Iglesia ni medir adecuadamente los efectos beneficiosos de su acción si no se tienen en cuenta y en estima particular las oraciones y los sacrificios ofrecidos de esa suerte

por los fieles. La investigación histórica suele proponerse la ardua tarea de examinar y determinar hasta qué punto y qué grado la Iglesia, en los diversos períodos de su existencia, ha llegado a cumplir la misión a ella confiada. No pretendemos Nos en este momento ponderar las dificultades de orden general con que tropieza semejante valoración, como prescindimos también de la consideración de que parece casi imposible el encerrar de algún modo en los límites de fórmulas históricas el torrente tranquilo, pero siempre vigoroso, de la vida y acción cotidianas de la Iglesia aun en los tiempos tormentosos y decadentes. (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943.)

22. *Por eso ha de fallar necesariamente la investigación histórica sobre la Iglesia, porque la acción de ésta es sobrenatural.*—En un punto, sin embargo, falla necesariamente aquella investigación histórica. El fin propio de toda la acción de la Iglesia es sobrenatural; por ello tan sólo en el otro mundo será dado el conocer con luminosa claridad los grandes beneficios por ella aportados a la familia humana, así como el número de almas que ella ha conducido a Dios y a su eterna felicidad gracias a la oración y al sacrificio de Cristo y de los fieles a El unidos. Vosotros, sin embargo, amados hijos e hijas, podéis tener la conciencia alegre y segura de pertenecer como continuadores de lo pasado, como vanguardias de lo presente y de lo por venir, al ejército de los que, por los sacrificios y oraciones cotidianos, han cooperado, cooperan y cooperarán con Cristo a alcanzar aquel fin tan altísimo (Ibíd.)

23. *La Iglesia no podría tener esperanza sin una falange de almas que oran y hacen penitencia.*—Si ahora se encuentra la Iglesia frente a grandes deberes y a múltiples solicitudes —acción en favor de la paz, obras de caridad y de socorro a los que sufren, trabajo misional, atracción de los incrédulos a la fe, de los hermanos separados a la unidad de la Iglesia, de la civilización moderna a la honestidad de las costumbres cristianas—, ¿cómo podría ella tener la esperanza de llevar a término tan formidable empresa sin una falange de almas que oran y hacen penitencia, cuyas súplicas y sacrificios suben todos los días hasta Dios? A esa falange os habéis incorporado con vuestra promesa de fidelidad al Corazón del divino Salvador. *Pedid y recibiréis* (Ibíd.)

E) El Apostolado de la Oración

24. *La responsabilidad y el profundo dolor del Papa encuentran consuelo en el Apostolado de la Oración.*—Nos, con las manos elevadas hacia el cielo, sentimos gravitar sobre nuestras espaldas el peso de una indecible responsabilidad, oprimirse nuestro corazón con un profundo dolor que encuentra en vosotros, fidelísimos, el consuelo de que os mantengáis tan junto a Nos, uniendo vuestra oración a la nuestra, vuestros sacrificios a nuestros dolores, vuestras obras a nuestras preocupaciones. ¿No sois acaso vosotros quienes en el correr de cada mes dirigís "todas vuestras oraciones, vuestros trabajos, vuestros sufrimientos de cada día", por las grandes intenciones generales de la Víctima divina, por la reparación de los pecados y por las intenciones particulares que Nos mismo os damos por consigna?" (Ibíd.)

25. *Las intenciones mensuales del Apostolado de la Oración hacen desfilar ante la mente de los fieles todas las necesidades de los hombres.*—¡Contemplad vuestras hojitas mensuales! ¡Qué amplitud y qué valor tienen para quien sabe usarlas como conviene y se merecen! Ellas hacen pasar y repasar sucesivamente ante vuestra mirada las angustias y los sufrimientos sobrenaturales o naturales, físicos o morales, personales o sociales; ellas os recomiendan por orden todos los países, todas las razas, todas las peculiaridades de la vida privada o pública; hacen desfilar ante vuestros ojos, ante vuestro pensamiento y ante vuestro corazón las obras que, con su variedad, se consagran a remediar todos los males, a responder a todas las necesidades, a satisfacer todas las aspiraciones justas y nobles. Os toca concentrar todos los meses vuestro espíritu en estas intenciones, para mejor comprender su importancia y urgencia, para conocer con mayor perspicacia y amor las miserias que piden socorro, los generosos sacrificios que esperan les dediquéis. ¡Cuán aptas son estas intenciones para ensanchar el horizonte de vuestro espíritu, para elevar y ennoblecer los afectos de vuestro corazón! (Ibíd.)

26. *La gran incertidumbre por el triunfo en la lucha entablada entre el amor y el odio incita a mayor oración y sacrificio.*—Y así, no os contentaréis con vuestra hojita mensual. Con santa curiosidad

querréis seguir por vuestro hermoso *Mensajero* las vicisitudes de la lucha espiritual empeñada en el mundo entre las dos ciudades, la del amor y la del odio. La victoria y el triunfo, ¿corresponderá al odio o al amor? ¡Gran incertidumbre! ¡Impresionante contemplación! ¡Angustioso anhelo! Y cuando ya durante treinta días hayáis orado, trabajado y sufrido, la nueva intención que se os proponga para el mes siguiente no sepultará, como fallecida, aquella que os habrá costado tanto sufrimiento y tanto amor. Por el contrario, entonces, modelándose progresivamente sobre la oración de Jesús, la vuestra se tornará cada vez más universal, pero no por ello menos precisa ni menos intensa; en aquellos momentos os sentiréis irresistiblemente empujados por el amor hacia el sacrificio activo, que no se tranquiliza en la oración hasta que el penar y el sufrir no hayan casi llegado al límite de las fuerzas; en aquellos momentos, según la gráfica expresión de un escritor anónimo de la antigua edad cristiana, consumados por el ardor de la caridad, por la vehemencia del deseo, ya no seréis orantes, sino oraciones vivientes (cf. San Gregorio Magno, *In 1 Reg.* 13, 2: PL 79, 338). (Ibíd.)

F) La oración en común. El día de la oración

27. *Es erróneo creer que las oraciones en privado son de poca monta y que sólo valen las públicas.*—Hay, además, algunos que niegan a nuestras oraciones toda eficacia propiamente impetratoria o que se esfuerzan por insinuar entre las gentes que las oraciones dirigidas a Dios en privado son de poca monta, mientras las que valen de hecho son más bien las públicas, hechas en nombre de la Iglesia, pues brotan del Cuerpo místico de Jesucristo. Todo eso es, ciertamente, erróneo, porque el divino Redentor tiene estrechamente unidas a sí no sólo a su Iglesia, como a Esposa que es amadísima, sino en ella también a las almas de cada uno de los fieles, con quienes ansía conversar muy íntimamente, sobre todo después que se acercaren a la mesa eucarística. (*Mystici Corporis Christi*, 40: Col. Enc., p. 729.)

28. *Como también es falso creer que nuestras oraciones han de dirigirse a Dios Padre y no a la persona misma de Cristo.*—Ni faltan,

finalmente, quienes dicen que no hemos de dirigir nuestras oraciones a la persona misma de Jesucristo, sino más bien a Dios o al Eterno Padre por medio de Cristo, puesto que se ha de tener a nuestro Salvador, en cuanto Cabeza de su Cuerpo místico, tan sólo en razón de *mediador entre Dios y los hombres* (1 Tim. 2, 5). Sin embargo, esto no sólo se opone a la mente de la Iglesia y a la costumbre de los cristianos, sino que contraría aun a la verdad (Ibíd., p. 730).

29. *La oración, alimento del espíritu, si se hace en común, tiene más eficacia sobre el corazón de Dios.* —¡Gran virtud es la devoción, salvaguardia de toda obra! Pero el acto más bello y ordinario de ella es la oración, que para el hombre, que es espíritu y cuerpo, es el alimento cotidiano del espíritu, como el pan material es el manjar cotidiano del cuerpo. Y de igual modo que la unión hace la fuerza, la oración en común tiene mayor eficacia sobre el corazón de Dios. Por eso nuestro Señor bendijo particularmente toda oración hecha en común, proclamando a sus discípulos (Mt. 18, 19-20): *Os digo, además, que si dos de vosotros se unen sobre la tierra y piden cualquier cosa, les será concedida por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde hay dos o tres personas congregadas en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellas.* (*A los recién casados*, 12 de febrero de 1941.)

30. *El domingo debe ser el gran día para descansar en Dios, día de oración.* —Pero el santuario de la familia, por bello, decoroso y bien cuidado que sea, no es la iglesia; deber vuestro es la preocupación por hacer que el domingo se convierta de nuevo en el día del Señor y que la santa misa sea el centro de la vida cristiana, el más sagrado alimento del descanso corporal y de la constancia virtuosa del espíritu. Debe el domingo ser el día para descansar en Dios, para adorar, suplicar, dar gracias, invocar del Señor el perdón de las culpas cometidas en la semana pasada y pedirle gracias de luz y de fuerza espiritual para los días de la semana que comienza. Recordad al pueblo que el domingo es el perenne recuerdo del día de la resurrección del Señor; que el hombre ha de resucitar y echarse fuera de las oficinas y lugares del trabajo, de las fábricas, de los campos, donde —entre las grandes distracciones de las cosas materiales y de las múltiples ocupaciones de la jornada— apenas si puede el pensamiento elevarse a Dios y rezarle, en tanto que el aliento de vida, infun-

dido a él por el mismo cielo, penetra su alma, haciéndole respirar la tendencia hacia una futura vida inmortal. (*A los párrocos y a los cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943.)

G) Excelencias de la oración

31. *La Iglesia inicia la formación del cristiano interiormente por medio de la vida de oración.*—Por esto la Iglesia, según el mandato de Dios y la ley de Cristo, inicia la formación del cristiano, comenzando en lo interior por medio de la vida de oración. Alta y divina es su pedagogía y el tenor de su método pedagógico, que se remonta a sus primeros días. Tomad con vuestras manos y leed las epístolas de San Pablo, y considerar sobre todo los capítulos finales, con sus normas prácticas, y veréis cómo el Apóstol pone todas las cosas bajo la voluntad de Dios, el símbolo de la redención y la oración de los fieles: el cuerpo y el alma, acciones y omisiones del cristiano, hasta la comida y la bebida: *Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier cosa, hacedlo todo a gloria de Dios* (1 Cor. 10, 31); toda la vida social, matrimonio y familia, esposo y esposa, padres e hijos, amos y criados; aun la misma vida pública, hasta los últimos fines del Estado: *Háganse oraciones y plegarias..., por los reyes y por todos los que ocupan altos puestos, a fin de que pasemos una vida tranquila y sosegada con toda piedad y dignidad* (1 Tim. 2, 1-2); en una palabra, todo: *Y todo cuanto hiciereis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de El* (Col. 3, 17). (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma*, 13 de marzo de 1943, n. 5: Col. Enc. p. 990.)

32. *La oración es la más suprema fuerza y la más firme esperanza.*—Vosotros nos recordáis de hecho aquella que es para todos, pero, ¡cuánto más para Nos!, la suprema fuerza y la más firme esperanza. ¿Qué haría y qué sería el cristiano sin la oración? Y ¿qué haríamos y qué seríamos Nos mismo, en el gobierno de la Iglesia, si ésta no se recogiera a rogar, *sine intermissione*, continuamente, como en otro tiempo por su primera Cabeza, San Pedro, también ahora por su sucesor, aunque sea indigno? (*Audiencia pública*, 5 de julio de 1939.)

33. *Es la llave de los tesoros de Dios, arma de combate y de victoria.*—En tal palestra espiritual recomendamos. Nos sobre todo la oración, como ya dijimos a los alumnos del Santuario la primera vez que acudieron en torno a Nos. Orad, orad, orad. La oración es la llave de los tesoros de Dios; es el arma del combate y de la victoria en toda lucha por el bien y contra el mal. ¿Qué no puede la oración, adorando, propiciando, suplicando, dando gracias? Su vida, que señalamos ardientemente a las pléyades de la Acción Católica, es la consciente participación en el santo sacrificio de la misa, la frecuencia de los sacramentos, los ejercicios espirituales y, junto con las diversas formas de piedad, el ánimo y el ardor para el sacrificio, gran ley y condición para la fecundidad del apostolado. (*A los dirigentes de la Acción Católica Italiana*, 4 de septiembre de 1940, n. 14: Col. Enc. p. 1.153.)

34. *La plegaria es la juventud el alma.*—Vosotros podréis decir como el sacerdote que sube al altar por milésima vez: *Me acercaré al Dios que alegra mi juventud.* Hay una juventud del alma que sólo se mantiene por el contacto frecuente y filial con Dios. La plegaria y la comunión son vuestras dos fuentes de juventud. ¡Ojalá vuestro ejemplo traiga al mundo, egoísta y aturdido, un poco más de oración y de unción con Dios! Apretad las filas, multiplicaos cada vez más, para que al menos vuestra muchedumbre atraiga la atención de los extraños (Pío XII, *A tres mil miembros de la Obra de los Retiros de Roma*, 29 de junio de 1952).

35. *De entre todas las oraciones, la dominical es la más poderosa invocación que desde la tierra asciende al trono de Dios.*—De hecho, en esta piadosa Asociación del Apostolado de la Oración admiramos un pacífico ejército de los que oran con Nos, de millones de fieles que tras el lábaro de Cristo entonan la divina oración dominical, la más poderosa invocación que desde la tierra se eleva al trono de Dios por su gloria, por nuestras necesidades y por las del mundo entero. Con esta oración asciende al cielo también vuestro rico tesoro espiritual, añadido a vuestras oraciones y sacrificios, que en tiempo tan triste, gravoso y doloroso como el presente habéis ofrecido para consuelo y auxilio nuestro (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943).

36. *La oración no rebaja, sino que engrandece al hombre.*—"La oración es un bien que no humilla ni rebaja, antes exalta y engrandece al hombre. Los más excelentes artistas, esos maestros de la psicología figurada, nada han creado que tanto cautive al alma como la representación del hombre en oración. En esa actitud de orantes es donde él manifiesta su más alta nobleza, de suerte que gráficamente se ha dicho que "sólo es grande el hombre cuando está arrodillado". Y ante vuestra mirada y ante vuestra estimación, ¿no os parecen engrandecerse más aún los poderosos, los altos personajes, los ministros del Estado, cuando los veis inclinados y postrados ante Dios en las solemnidades religiosas y en los ritos de la vida y de la muerte? (*A los párrocos y predicadores de Cuaresma,* 13 de marzo de 1943, n. 2: Col. Enc. p. 988).

37. *Viva era esa convicción en las pasadas generaciones, debilitada en nuestro tiempo.*—Viva era esa convicción entre las pasadas generaciones; y, si ha de lamentarse hoy que en gran parte se haya debilitado, culpad de ello a la acción devastadora del racionalismo, del materialismo, del filosofismo incrédulo, para los cuales la oración es algo insignificante, despreciable, nada varonil; ciencias son de falso nombre que con su gélido soplo helaron espiritualmente muchos corazones humanos con enfermizos temblores. Conviene, pues, que las mentes humanas se liberten de los errores, recuerden y vuelvan a contemplar su alta dignidad espiritual, reconozcan la enfermedad antinatural de su estado y de su espíritu, busquen su curación y den a la oración el puesto de honor en su cotidiano trabajo. (Ibíd., n. 2, p. 988.)

38. *Las prácticas exteriores de oración, en sí loables, no son lo mejor de la vida cristiana.*—No es pequeño el número de ciertos cristianos, creyentes en verdad, pero cuya vida de oración se apaga y no va más allá de ciertas prácticas casi siempre exteriores, como la peregrinación a una venerada imagen, la visita tradicional a algún santuario, no tanto por devoción y fervor en pro del alma cuanto para implorar auxilio en cosas puramente terrenales. Cierto que son loables esas piadosas prácticas cuando se realizan con recta intención y sin resabios supersticiosos, con plena sumisión a lo que Dios dispone; pero ni son lo mejor de la vida cristiana ni la integran por completo. (Ibíd., n. 3, p. 988.)

H) Pedir en el nombre de Jesús

39. *Muchas veces la Providencia nos retarda el cumplimiento de nuestra plegaria.*—Porque nada ayuda tanto a orar con confianza como la experiencia personal de la eficacia de la oración, a la que la amorosa Providencia ha respondido concediendo generosamente, plenamente, lo que se le pedía. Pero muchas veces también a nosotros, como a los mártires de los altares, nos ha dicho la Providencia que esperemos hasta el tiempo que ella designe. Al ver retardado el cumplimiento de sus plegarias, no pocos sienten que su confianza sufre un golpe considerable; no saben estar tranquilos cuando Dios parece sordo a todas las súplicas (*A los recién casados*, 24 de junio de 1941).

40. *Por ello no debemos perder nuestra confianza en el Padre, que nos ama.*—No, no perdáis nunca vuestra confianza en aquel Dios que os ha creado, que os ha amado antes que vosotros pudierais amarlo y que os ha hecho sus amigos. ¿No es acaso propio de la amistad que el amante ansíe que sea oído el deseo del amado, porque quiere precisamente su bien y su perfección? ¿No ama Dios a su criatura? ¿Y no es el amor un bien querer? ¿Y no deriva de la bondad divina todo el bien de la criatura? (cf. Santo Tomás, *Contra Gent.* l. 3 c. 95) (Ibíd.)

41. *Para muchos de los que oran, las divinas gracias parecen tardar demasiado.*—"Confiad en Dios. Nunca llegaron tarde las gracias divinas" (cf. Petrarca, *Trionfo dell'eternità* 13). "Y, sin embargo, a algunos, a muchos que oran, les parece que tardan demasiado las gracias divinas. Lo que piden les parece bueno, útil, necesario; y bueno no tan sólo para el cuerpo, sino también para su alma y para las almas de los suyos; ruegan con fervor durante semanas y meses, pero todavía no han obtenido nada. La salud, necesaria para ocuparse de la familia, aún no ha sido concedida a aquella madre; aquel hijo, aquella hija, cuya conducta pone en peligro su salud eterna, todavía no se han tornado a mejores sentimientos; aquellas dificultades materiales entre las que se agitan y se afanan los padres por asegurar un trozo de pan a los hijos, en vez de disminuir, no hacen sino crecer más duras y más amenazadoras. La Iglesia entera, con todos los pueblos, multi-

plica sus oraciones para obtener el fin de las calamidades que tanto hacen sufrir a la gran familia humana; pero todavía tarda en acercarse aquella paz según justicia que, deseada, invocada y ansiada con tan vivas súplicas, parece tan necesaria para el bien de todos y aun para el bien mismo de las almas (Ibíd.)

42. *Y tal vez queden perplejos al ver las explícitas promesas del Salvador de ser atendidos.*—Bajo el peso de tales pensamientos, muchos miran sorprendidos los sagrados altares ante los cuales se ora, y tal vez quedan escandalizados y perplejos al oír que la sagrada liturgia recuerda y proclama incesantemente las promesas del Salvador divino: *Todo lo que pidáis en la oración, creyendo, lo obtendréis* (Mt. 21, 22). *Pedid y recibiréis... Todo el que pide, recibe* (Mt. 7, 7). *Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará... En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidáis en mi nombre, os lo concederá* (Io. 14, 13; 15, 16; 16, 23). ¿Podrían ser más explícitas, más claras, más solemnes, las promesas del Salvador? ¿No se verán algunos tentados por ventura a considerar como una amarga burla el silencio de Dios hacia sus oraciones? (Ibíd.)

43. *Pero Dios, que ve mucho más lejos que nosotros en aquello que pedimos, ni miente ni quiere mentir.*—Pero Dios ni miente ni quiere mentir; lo que ha prometido, lo mantendrá; lo que ha dicho, lo hará. Elevad la mente, queridos hijos e hijas, y escuchad lo que enseña el gran doctor Santo Tomás de Aquino (*Contra Gentiles* l.3 c. 96) cuando explica por qué las oraciones no son siempre acogidas por Dios: "Dios oye los deseos de la criatura racional en cuanto desea el bien. Pero ocurre acaso que lo que se pide no es un bien verdadero, sino aparente, y hasta un verdadero mal. Por eso esta oración no puede ser oída de Dios. Porque está escrito: *Pedís y no recibís porque pedís mal* (Iac. 4, 3). Vosotros deseáis, vosotros buscáis un bien, como os parece a vosotros eso que pedís; pero Dios ve mucho más lejos que vosotros en aquello que deseáis (Ibíd.)

44. *Y por eso no es de maravillarse que a veces no oiga nuestra petición, para hacer, en cambio, lo que nos ayuda más.*—Ocurre a veces —añade el mismo santo Doctor— que uno rehúsa por amistad lo que le pide un amigo, porque sabe que le será nocivo o porque le será más ventajoso lo contrario; así, el médico niega

algunas veces al enfermo todo lo que éste le pide, pensando que no le ayudará a recobrar la salud del cuerpo. Por lo tanto, así como Dios cumple los deseos que le exponen en la oración, por el amor que tiene hacia la criatura racional, no hay que maravillarse si en algunas ocasiones no oye la petición de aquellos que ama de modo particular, para hacer, en cambio, lo que, en realidad, les ayudará más. Por eso no quitó a San Pablo la "espina clavada en su carne" (2 Cor. 12, 7) —se trataba muy probablemente de una molesta enfermedad física—, aunque se lo había pedido tres veces, a fin de que ésta le fuese más útil para conservar la vida. De este modo, el gran Apóstol no fue ciertamente oído según su voluntad, *ad voluntatem,* porque no fue curado de la calamidad que le afligía; pero fue oído según su gracia para conseguir con mayor mérito el fin deseado, le oyó de un modo todavía más perfecto (cf. San Agustín, *In Epist. Ioannis ad Parthos* tr. 6 n. 6-7: PL 35, 2023) (Ibíd.)

45. *Jesús nos mandó pedir en su nombre, es decir, en nombre de la salud o salvación.*—Vigila, por lo tanto, hombre de fe —advierte San Agustín—, y escucha con vigilancia lo que enseña el Maestro divino: Cuando pedís lo que deseáis, pedidlo no de cualquier manera, sino en mi nombre, *in nomine meo.* ¿Y cuál es su nombre? Cristo Jesús: Cristo significa rey; Jesús significa salvador. Ciertamente, no nos salvará un rey cualquiera, sino el Rey Salvador; por eso, cualquier cosa que pidamos contraria a la utilidad de nuestra salud, no la pedimos en nombre del Salvador. Además, El es salvador, no sólo cuando hace lo que pedimos, sino cuando no lo hace; porque en el no hacer lo que ve que se pide contra la salud, se muestra mejor Salvador. ¿No es El el médico divino de la salud eterna? El sabe lo que nos ayuda o nos daña para salvarnos... El es no sólo Salvador, sino también Maestro bueno; para hacer todo lo que le pedimos, en la oración que El nos enseñó, declaró lo que debíamos pedir, advirtiéndonos también que no pedimos en nombre del Maestro lo que pedimos fuera de la regla de sus enseñanzas. Jesús, Salvador y Maestro como es, conoce el tiempo aceptable y el tiempo de la salud; por lo tanto, hasta cuando pedimos alguna cosa en su nombre, no la hace siempre inmediatamente que oramos, sino

a su hora; y lo que es diferido no es negado (cf. San Agustín, *In Io. Evang.* tr. 73: PL 35, 1825-1826) (Ibíd.)

46. *Pidamos, pues, en el nombre de Jesús, que es el que hace válidos nuestros anhelos anteriores.*—En nombre de Jesús elevemos, pues, a Dios nuestra plegaria; porque *no se ha dado a los hombres otro nombre sobre la tierra en el cual podamos salvarnos* (Act. 4, 12). Es el nombre que hace válidos y eficaces nuestros anhelos interiores, y hace que los buenos deseos sean causa de lo que Dios, en su providencia, ha dispuesto que obtengamos con la oración, la cual no cambia el orden inmutable fijado por El, sino que lo cumple, en cuanto que en este orden providencial Dios ha coordinado la concesión de lo que pedimos con la oración que le dirigimos. Por eso dijo San Alfonso de Ligorio (cf. *Del gran medio de la oración,* hacia el fin) que el que ora se salva, el que no ora se condena; y afirmar que no se debe orar para obtener un favor de Dios, porque el orden de su providencia es inmutable, sería igual —observa el angélico Santo Tomás— que decir que no es necesario caminar para llegar a un sitio, ni comer para alimentarse; cosas evidentemente absurdas (cf. *Contra gentiles* l. 3 c. 96) (Ibíd.)

47. *El Señor no nos ha prometido en lugar alguno hacernos infaliblemente felices en este mundo, sino oírnos como padre.*—Nuestro Señor no nos ha prometido en lugar alguno hacernos infalimente felices en este mundo. Nos ha prometido —como leemos en el Evangelio— oírnos como el padre, que no dará por alimento a su hijo, aunque éste se lo pidiese, ni una piedra, ni una serpiente, ni un escorpión, sino el pan, el pez, el huevo, que le nutrirán y le harán progresar en la vida y en el crecimiento (Lc. 11, 11-13). Lo que Jesús, Salvador nuestro, se ha comprometido a concedernos infaliblemente como fruto de nuestras oraciones, no son aquellos favores que los hombres piden con frecuencia por ignorancia de lo que realmente ayuda para su salud, sino aquel "espíritu bueno", aquel pan de los dones sobrenaturales necesarios o útiles para nuestras almas; aquel pez preparado por El, que, como futuro símbolo suyo, dio Cristo resucitado como manjar a los apóstoles en las orillas del lago de Tiberíades; aquel huevo, alimento para los pequeños en la piedad y en la devoción, que los hombres no distinguen con frecuencia de las piedras más dañosas a la salud es-

ritual, que les ofrece el tentador Satanás (*A los recién casados, sobre la eficacia de la oración*, 9 de julio de 1941).

48. *Los hombres son como niños ignorantes, que no saben pedir; pero el Espíritu Santo inspira nuestros gemidos en el alma.*—El gran apóstol Pablo confesaba a los Romanos: *No sabemos, como convendría, lo que tenemos que pedir, pero el Espíritu mismo clama en nuestro lugar con gemidos inenarrables. Y El, que es escrutador de los corazones, conoce lo que ansía el Espíritu; sabe que pide para los santos según Dios* (Rom. 8, 26-27). Los hombres son muchas veces como niños ignorantes de lo que les es bueno y conviene pedir; son disparatadas las plegarias que muchas veces dirigen al Padre celestial. Pero el Espíritu Santo, que con su gracia obra en nuestras almas y nos inspira nuestros gemidos, sabe darles bien el verdadero sentido y el verdadero valor; y el Padre, que lee en el fondo de los corazones, ve clarísimamente lo que, a través de nuestras plegarias y de nuestros deseos, pide su divino Espíritu para nosotros, y tales peticiones del Espíritu, profundamente íntimas en nosotros, las oye El sin duda ninguna (Ibíd.)

49. *Por eso, cuando no conseguimos lo que pedimos, se nos concede lo que el Espíritu Santo pidió en nosotros con los gemidos que nos inspiraba.*—¿No veis, pues, en este Espíritu que obra en vosotros, el apoyo indestructible de vuestra confianza en la oración? ¿No veis el fuerte vínculo que liga la oración a su cumplimiento? Vosotros sabéis y creéis con toda el alma que ninguna de vuestras plegarias queda sin efecto, y que, cuando no obtenéis exactamente el especial favor que habéis pedido, debéis o reconocer la ignorancia de vuestro verdadero bien o pensar que aquel favor se os concederá en el momento que Dios determine; porque algunas gracias no son negadas, sino retrasadas, para concederse en tiempo oportuno; entretanto, recibís otra cosa mejor, mucho mejor, es decir, lo que el Espíritu Santo ha pedido en vosotros con los gemidos que os inspiraba. Tal debe ser la convicción y la ciencia del cristiano; tal la guía, el sostén y la luz de vuestra oración en medio de las oscuridades de la fe. Luz que no han de oscurecer en vuestros corazones ni la concesión retardada o no conseguida de nuestras súplicas ni las desventuras o los afanes de vuestro espíritu, sino que debe animaros también a perseverar en la oración (Ibíd.)

I) La oración católica ante los males y problemas de hoy

50. *El Papa invita a la oración de todos, que es una fuerza que hace violencia al cielo.*—Testigos no insensibles de tan lamentable estado de cosas, y no armados sino con las armas de la verdad, de la justicia y de la caridad cristiana, lo que Nos podemos hacer una vez más es invitar a todos los fieles a la oración propiciatoria y a la actividad benéfica. La oración es una fuerza que, al hacer por sus misteriosos caminos cierta especie de violencia al cielo, obra luego suave e irresistiblemente sobre las voluntades humanas, y llega hasta Dios con particular eficacia cuando se eleva de puros e inocentes corazones. Deber de todos y de cada uno es aquella actividad a la que ya se hallan consagradas diversas iniciativas públicas, y que, en horas graves como las que atraviesa Europa, tiene un altísimo valor de fraternal solidaridad. Si es piadosa y humana, Nos la bendecimos con gratitud, cualquiera que sea su origen; y, exhortando a coordinarla en todas las formas posibles, a fin de lograr su máximo rendimiento, esperamos que todos perseveren en ella sin cansarse ni desanimarse (*Carta al cardenal Maglione*, 21 de diciembre de 1940).

51. *Más que las obras externas, se necesita una oración intensa para que Dios doblegue las voluntades.*—Pero más que todas las obras externas, por bellas y útiles que sean, se impone la necesidad de un esfuerzo común, de una oración intensa y continua de las almas creyentes y amantes para implorar y obtener de la misericordia omnipotente de Dios las gracias victoriosas, que arrastran y vencen aun las más inflexibles voluntades, hasta doblegarlas; que caldean los corazones más fríos, de suerte que la caridad mutua y el amor fraterno puedan revivir y florecer entre los hombres. Todo otro recurso será inútil y vano paliativo mientras no obtuviéramos de la infinita Bondad la profunda e íntima renovación de las almas (*A la Archicofradía de la Adoración Perpetua*, 1 de mayo de 1941).

52. *En el torbellino de tantos males, el Papa desea que todos oren por la paz.*—En el torbellino de tantos males y peligros, de tantos sufrimientos y temores, puesto que el refugio más potente y seguro de confianza y de paz que nos queda es el acudir a Dios,

en cuyas manos están no solamente los destinos de los hombres, sino también los de sus luchas más obstinadas..., a vosotros y a todos cuantos elevan a Dios su corazón y sus manos, Nos repetimos y exhortamos hoy: No ceséis en la oración, sino reavivadla y redobladla. Sí; oremos por una pronta paz. Oremos por una paz para todos, mas no por una paz de opresión y de destrucción de los pueblos, sino por tal paz que, al asegurar el honor de todas las naciones, satisfaga sus problemas vitales y los legítimos derechos de todos (*Radiomensaje de Pascua al mundo*, 1941).

53. *Ante las agitaciones de nuestro tiempo, debemos dar a nuestras oraciones un sentido verdaderamente católico.*—Pensando en las agitaciones que, ante el mundo agitado de nuestros días, oprimen el corazón del Papa, dad a vuestra plegaria un acento verdaderamente católico: orad con la Iglesia y por la Iglesia. Orad a fin de que todos los hombres escuchen con ánimo dócil las llamadas angustiosas, las cálidas exhortaciones de nuestro amor paterno; que recuerden que son todos hijos de Dios y vuelvan a encontrar así el sentimiento de la fraternidad universal, fundamento necesario de la concordia de los pueblos y de la tan suspirada paz (*A los recién casados*, 17 de abril de 1940).

54. *Objeto el más digno de nuestras súplicas es implorar la conservación en la tierra de la fe en Dios.*—¿Y qué objeto más digno de nuestras súplicas y más correspondiente a la persona adorable a Aquél que es el único Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim. 2, 5), que implorar la conservación en la tierra de la fe en el solo Dios vivo y verdadero? Tal petición lleva ya en sí parte de su consecución, pues, cuando uno ora, se une con Dios, y, por decirlo así, mantiene ya viva en la tierra la idea de Dios. La persona que ora, con su misma humilde posición manifiesta al mundo su fe en el creador y Señor de todas las cosas; al unirse luego con otros en la oración común, aun con esto solo reconoce que no solamente el individuo, sino también la sociedad humana, tienen sobre sí un Supremo y absoluto Señor (*Caritate Christi compulsi* n. 12: Col. Enc., p. 431).

55. *La oración ayuda a quitar la insaciable codicia de los bienes terrenos.*—La oración quitará, además, la misma causa de las dificultades de la hora presente, que arriba hemos señalado, esto es,

la insaciable codicia de bienes terrenos. El hombre que ora, mira hacia arriba; o sea, a los bienes del cielo, que medita y desea; todo su ser se inmerge en la contemplación del admirable orden puesto por Dios, que no conoce la manía de los éxitos y no se pierde en fútiles competencias de siempre mayores velocidades, y así, casi por sí mismo, se restablecerá el equilibrio entre el trabajo y el descanso, que, con grave daño para la vida física, económica y moral, falta por completo en la actual sociedad (Ibíd. n. 13 p. 432).

56. *Y ayuda a establecer los límites razonables entre el trabajo y la producción.*—Porque si los que, por causa de excesiva producción fabril, han caído en la desocupación y en la miseria quisieran dar el tiempo conveniente a la oración, conseguirían con ello que el trabajo y la producción volvieran muy pronto a los límites razonables; y la lucha que ahora divide a la humanidad en dos grandes campos de batalla, en que se disputan intereses meramente pasajeros, quedaría absorbida en la noble y pacífica contienda por la adquisición de los bienes celestiales y eternos (Ibíd. n. 13, p. 432).

57. *Es deseo del Papa que el obrero encuentre en la fervorosa plegaria, imitando a Cristo obrero, el vigor y la santificación de su trabajo.*—Elevad, cristianos obreros y obreras, vuestra fe con el pensamiento de la mente y con el sentimiento del corazón, confirmándoos cada día con el consuelo de la oración, que comience, santifique y cierre vuestra jornada de trabajo; pensamiento y sentimiento que iluminen y enfervoricen vuestras almas, sobre todo en el descanso de los domingos y de las fiestas, y que os acompañen y os guíen en la asistencia a la santa misa. Nuestro Redentor, hecho obrero, como vosotros, durante su vida terrenal, habiendo sido obediente al Padre hasta la muerte, renueva perpetuamente sobre el altar, Calvario incruento, el sacrificio de sí mismo en pro del mundo, distribuyendo sus gracias y pan de vida a las almas que lo aman y que en sus trabajos recurren a El para ser aliviadas. Ante el altar, en la Iglesia, todo trabajador cristiano renovará su voluntad de actuar dócil a la ley divina del trabajo, cualquiera que sea, intelectual o manual; de procurar con sus trabajos y privaciones el pan para los suyos; de tener

como ideal el fin moral de la vida en este mundo y la eterna felicidad, conformando sus intenciones con las del Salvador y armonizando su trabajo como un himno de alabanza a Dios (*A los trabajadores de Italia*, 13 de junio de 1943, n. 9: Col. Enc., p. 480).

58. *Y también que patronos y obreros recurran a la oración muchas veces como remedio de los problemas que surjan entre ellos.*—Exhortamos a los patronos y obreros católicos: Buscad también en la oración el remedio para los problemas y dificultades que surjan entre vosotros. Sabemos cómo se enredan muchas veces las situaciones y lo difícil que es encontrar soluciones. Pero los programas, las leyes y arbitrajes por sí solos no nos dan aún la paz social. Incluso preeminentes dirigentes de obreros en otros campos reconocen que, en último término, sólo puede brotar del espíritu cristiano y del amor cristiano de los interesados de ambas partes. ¡Orad mucho por este espíritu y este amor! (*A los católicos alemanes*, 3 de septiembre de 1950).

J) Almas de oración

59. *Con la oración y el trabajo, el apóstol engendra almas para Cristo.*—Los hijos de nuestras oraciones. ¡Bella y profunda palabra! Como Francisco Javier en la iglesia de Goa, ante el tabernáculo era donde Filipina Duchesne engendraba para Dios las almas de sus neófitos... Pero la oración y los ejercicios espirituales la ocupaban sobre todo. Maravillábanse las alumnas de verla pasar largas horas de rodillas, y los indios la denominaban "la mujer que siempre reza". Dos palabras, por lo tanto, resumen su vida, como la de todo apóstol: el trabajo y la oración; esfuerzo de la voluntad humana, confianza en la asistencia divina (*En la beatificación de la B. Filipina Duchesne*, 15 de mayo de 1940).

60. *El deber bien cumplido en estado de gracia hace almas de oración.*—... Sed también vosotras almas de oración. Algunas de vosotras llevan en medio del mundo una vida aparentemente profana. Recuerden bien que el deber cumplido en estado de gracia y con espíritu de fe, esto es, con Dios y por Dios, lejos de disipar un alma amante, la une con mayor intimidad al divino

Artífice, que vive y obra en ella. En la más humilde acción de María, ya cuando fue joven madre en Belén, ya cuando dedicábase a los trabajos domésticos en Nazaret, esclava doquier de su hijo Jesús, compañera suya en el Calvario y de sus apóstoles en el cenáculo, hubo siempre un inmenso tesoro de amor (*Audiencia pública*, 27 de marzo de 1940).

61. *La oración no es una ocupación tranquila, de almas ausentes de la tierra.* —Mezquina, en verdad, es la idea que el mundo tiene o se hace, con harta frecuencia, sobre la fuerza de la oración y sobre los que oran; en ella no ve sino una ocupación tranquilamente piadosa, ansiosamente solícita o líricamente exaltada de almas ausentes de la tierra y de la vida común y social; almas que llama místicas, sin comprender la belleza, la grandeza y el profundo significado de esta palabra (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943).

62. *Como no estaba ausente Santa Teresa, que con su oración y amor fue el verdadero adversario de la Reforma.* —¿Estaba ausente, acaso, de la tierra y se desinteresaba del mundo la mística doctora Teresa de Jesús, cuya obra estaba movida y guiada por el ansia de arrancar las regiones católicas al error que invadía y desgarraba el gremio de la Esposa de Cristo? (cf. *Camino de perfección* c. 1). Así se explica que uno de los corifeos del libre pensamiento en el siglo pasado diera un vigoroso mentís a la despectiva crítica de frívolos filosofastros cuando dijo: "Teresa fue el verdadero adversario de la Reforma: ella fundó una orden a fin de combatir contra aquélla con la oración, con las lágrimas y con el amor. Nunca jamás, desde el Gólgota, habíanse oído gemidos semejantes (Ibíd.)

63. *Oraciones, lágrimas y amor, unidos al sacrificio de Cristo, ascienden al Eterno Padre desde la tierra.* —La oración, las lágrimas, el amor, son en realidad grandes cosas. Son los dones que cada mañana presentáis al Corazón de Jesús por medio del Corazón Inmaculado de María en vuestro ofrecimiento cotidiano del Apostolado de la Oración. Son los dones de vuestro corazón al Corazón de Cristo, a fin de que os consuele, a vosotros y al mundo, en los sufrimientos y angustias de esta vida.

Vosotros lo ofrecéis en unión con el sacrificio que Jesús mismo ofrece continuamente, hace siglos, sobre el altar. Unidos como estáis a El, también vuestra oración tiene que ascender hacia el Eterno Padre desde esta tierra, cuyos intereses todos tomáis vosotros en vuestras manos y los hacéis propios (Ibíd.)

64. *Los hombres de oración han sido siempre el fermento para renovar el mundo.*—Hombres en quienes la oración y el pensamiento de Dios haya llegado a ser una segunda naturaleza y el alimento cotidiano del alma, como debe ser en cristianos de sólido temple, según enseña el Apóstol, nunca dejarán de obrar en toda contingencia según la norma de la ley divina, ni dejarán de conformarse a ella en sus determinaciones, ya se trate de cosas ordinarias, ya se presenten momentos de grandes decisiones en la vida pública. Ellos constituyeron el buen fermento siempre que se trató de renovar el mundo en el espíritu de Cristo. Tales, en verdad, se mostrarán también hoy; pero a vosotros, amados hijos, es a quienes toca el crear y el preparar, mediante vuestro trabajo apostólico, esa religiosa falange de orantes tan poderosos (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma,* 13 de marzo de 1943, n. 6. Enc. p. 990).

K) La oración en familia

65. *El Papa pide a los predicadores que despierten en los fieles la costumbre de orar en familia.*—Despertad en los fieles el sentimiento de la antigua y piadosa costumbre de orar juntos en familia; que en ésta, a horas determinadas, ante alguna imagen sagrada, se respire un aire de santuario; que la oración sea atenta, devota, conforme a las circunstancias del tiempo, de la actividad y del trabajo, y realizada de tal suerte que los hijos, en vez de experimentar el cansancio o fastidio por ella, se sientan más bien estimulados a prolongarla. ¡Espectáculo digno de los ángeles es la oración en común en el hogar doméstico! Y puesto que la vida pública, tan llena de distracciones y peligros, con demasiada frecuencia, en vez de promover, pone en peligro los más preciosos bienes de la familia, la fidelidad conyugal, la fe, la vir-

tud y la inocencia de los hijos, la oración en el santuario doméstico es hoy casi más necesaria que en los tiempos pasados, cuando en Roma florecía única la civilización cristiana y en las costumbres no había resucitado, por malicia de la irreligión, un encubierto paganismo. La imagen de la madre de familia orando es una visión de la gracia de Dios para su esposo y para sus hijos; y el recuerdo de un padre que en su profesión, tal vez en puestos altos, ha realizado grandes cosas, permaneciendo piadoso y devoto, se convierte con frecuencia en ejemplo animador y de salvación para el joven en los peligros y en las luchas espirituales de la edad madura (Ibíd., n. 7, p. 990).

66. *La oración de los esposos ha de ser no sólo en particular, sino también en común.*—Si todos los cristianos, que oran en su propio y particular recogimiento, deben dar también en su vida un puesto a la oración en común, que les recuerda que son hermanos en Cristo y que están obligados a salvar sus almas no aisladamente, sino ayudándose mutuamente, ¡con cuánta mayor razón no deberá separaros vuestra oración como eremitas y recogeros en una meditación solitaria, que haga que no os encontréis nunca juntos ante Dios y su altar! Y ¿dónde se apretarán y fundirán en uno vuestros corazones, vuestras inteligencias, vuestras voluntades, más profunda, fuerte y sólidamente que en la oración de los dos, en la que la misma gracia divina descenderá para armonizar todos vuestros pensamientos y todos vuestros afectos y anhelos? ¡Qué dulce espectáculo a la mirada de los ángeles es la oración de dos esposos que elevan sus ojos al cielo e invocan sobre sí y sobre sus esperanzas la mirada y la mano protectora de Dios! En la Sagrada Escritura, pocas escenas igualan la conmovedora oración de Tobías con su joven esposa Sara. Conocedores del peligro que amenaza a su felicidad, ponen su confianza, elevándose ante Dios, sobre las bajas miras de la carne, y se animan con el recuerdo de que, hijos de santos, no les estaba bien unirse "a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios" (Tob. 8, 4-5) (*A los recién casados*, 12 de febrero de 1941).

67. *Por muy ocupado que esté el día, hay que encontrar un rato para orar en común.*—Por muy llenas y cargadas de ocupaciones

que puedan estar vuestras jornadas, sabed encontrar al menos un instante para arrodillaros juntos e iniciar el día elevando vuestros corazones hacia el Padre celestial e invocando su ayuda y bendición. Por la mañana, en el momento en que el trabajo cotidiano os llama imperiosamente y os separa hasta el mediodía y acaso hasta la tarde, cuando después de una ligera colación cambiáis una mirada y una palabra antes de separaros, no olvidéis nunca recitar juntos, aunque no sea sino un simple "Pater noster" o un "Ave María" y dar las gracias al cielo por aquel pan que os ha concedido. La jornada, larga, acaso penosa, os tendrá lejos el uno de la otra; pero, cercanos o lejanos, estaréis siempre bajo la mirada de Dios; y vuestros corazones, ¿no se alzarán acaso con devotos y comunes anhelos hacia El, en el que quedaréis unidos y que velará sobre vosotros y sobre vuestra felicidad?

Y cuando cae la tarde y, terminado el duro trabajo del día, os reunís al fin dentro de las paredes domésticas con la alegría de gozar un poco el uno con la otra y comunicaros las incidencias de la jornada, en aquellos momentos de intimidad y de reposo, tan preciosos y dulces, dad el puesto debido a Dios. No temáis: Dios no vendrá importuno a turbar vuestro confiado y delicioso coloquio; al contrario, El, que ya os escucha y que en su corazón os ha preparado y procurado aquellos instantes, os los hará, bajo su mirada de Padre, más suaves y confortantes (Ibíd.)

68. *Que se conserve intacta la bella tradición de la oración familiar ante las exigencias de la vida moderna.* —En el nombre de nuestro Señor os lo suplicamos, queridos recién casados; empeñaos por conservar intacta esa bella tradición de las familias cristianas, la oración de la noche en común, que recoge al fin de cada día, para implorar la bendición de Dios y honrar a la Virgen Inmaculada con el rosario de sus alabanzas, a todos los que van a dormir bajo el mismo techo: vosotros dos, y después, cuando hayan aprendido de vosotros a unir sus manecitas, los pequeños que la Providencia os haya confiado, y también, si para ayudaros en vuestras labores domésticas os los ha puesto el Señor a vuestro lado, los criados y colaboradores vuestros, que también son vuestros hermanos en Cristo y tienen necesidad de Dios. Que si las duras e inexorables exigencias de la vida moderna no os dan

lugar a alargar tan piadoso intermedio de bendición y acción de gracias al Señor y de añadirle, como gustaban de hacer vuestros padres, la lectura de una breve vida de santo, del santo que nos propone todos los días como modelo y protector particular, no sacrifiquéis del todo, por rápido que tenga que ser, este momento que dedicáis juntos a Dios, para alabarle y llevar ante El vuestros deseos, vuestras necesidades, vuestras penas y vuestras preocupaciones del presente y del futuro (Ibíd.)

69. *Orar en común en el hogar es transformar la casa en una iglesia.*—Un ejercicio tal de la devoción cristiana que equivale a transformar la casa en una iglesia o en un oratorio. Es un impulso sagrado de almas que sienten en sí la fuerza y la vida de la fe. También en la antigua Roma pagana, la morada familiar tenía la habitación y el ara dedicados a los dioses Lares, que, especialmente en los días festivos, eran adornados con guirnaldas de flores, y en los cuales se ofrecían súplicas y sacrificios. Era un culto manchado por el error politeísta; pero con cuyo recuerdo, ¡cuántos y cuántos cristianos deberían sonrojarse, ellos, que, con el bautismo en la frente, no encuentran ni sitio en sus estancias para colocar la imagen del verdadero Dios ni tiempo en las veinticuatro horas del día para unir en torno a El el homenaje de la familia! Para vosotros, queridos hijos e hijas, que gozáis en vuestro ánimo el ardor cristiano encendido por la gracia del santo matrimonio, el centro de donde irradie todo el curso de vuestro vivir debe ser el crucifijo o la efigie del Sagrado Corazón de Jesús: que reine sobre vuestro hogar y os llame todas las noches ante El, y que os hará encontrar en El el sostén de vuestras esperanzas, el aliento de vuestros afanes, porque hasta la más larga jornada de la vida humana nunca pasa del todo serena y sin nubes (Ibíd.)

JUAN XXIII (m. 1963)

A Pío XII sucedió el Papa Roncalli con el nombre de Juan XXIII, iniciador del Concilio Vaticano II.

1. *Me propongo* visitar todos los días al Santísimo Sacramento, así como alguna iglesia o capilla dedicada a la Santísima Virgen (Diario, p. 58).

2. Debo y quiero ser cada vez más hombre de intensa oración. Este año pasado he mejorado en tal sentido. Proseguiré con ahínco y fervor, concediendo una importancia y un cuidado mayor a mis prácticas: oración mental, santa misa, breviario, examen de conciencia, rosario, visita al Santísimo Sacramento. Conservo a Jesús Eucaristía conmigo, y es mi gozo que El encuentre en mí su casa, lo que es para mi vida motivo de divina complacencia (Id., p. 285).

3. Todo el mundo es mi familia... Esta visión, este sentimiento de universalidad vivificará ante todo mi constante e ininterrumpida oración cotidiana: Breviario, Santa Misa, Rosario completo, visitas fieles a Jesús en el sagrario, fórmulas rituales y múltiples de unión con Jesús, familiar y confidente. (Id., p. 378.)

4. El Santo Rosario, como es sabido de todos, es un excelentísimo modo de oración meditada, compuesta a guisa de mística corona, en la cual las oraciones del Padrenuestro, del Ave María y del Gloria se entrelazan con la consideración de los más altos misterios de nuestra fe, presentado a la mente, como en otros tantos cuadros, el drama de la Encarnación y de la Redención de Nuestro Señor.

Este dulce recuerdo de nuestra edad juvenil no nos ha abandonado con el pasar de los años y ni siquiera se ha debilitado. Por el contrario —lo decimos con toda sencillez—, tuvo la virtud de hacernos cada vez más querido a nuestro espíritu el Santo Rosario, que no dejamos nunca de recitar completo todos los días del año (Enc. sobre el Sto. Rosario, 29-9-59).

5. ¡Encanto del Rosario! Oración entrelazada de Padrenuestros y Avemarías que propone al espíritu recogido la realidad inefable de la Encarnación, de la Pasión y Muerte del Hijo de Dios. Resurrección y Ascensión, la venida del Espíritu Santo, los triunfos de María, estrechamente asociada a los gozos, a los dolores y a la gloria de su Hijo Jesús.

Al recitar los misterios, se revive todo el Evangelio; la historia maravillosa del género humano redimido y salvado (4-5-63).

PABLO VI, PAPA (m. 1978)

Giovanni Battista Montini nació en 1897 en Concensio (Brescia). Realizó sus estudios en Milán y Roma. El Papa Juan XXIII lo nombró cardenal en 1958 y en 1963 le sustituyó en el pontificado con el nombre de Pablo VI. Fue el gran codificador del Concilio Vaticano II.

1. *Es necesario orar bien.*—Entre tanto escuchemos las palabras de esta gran asamblea de los Pastores de la Iglesia Católica, que nos dice el primer deber, la primera reforma, el primer anuncio al mundo: ¡Es necesario orar bien!... Si tenéis que contestar (a las críticas que se hacen a la Iglesia) ahí tenéis una hermosa respuesta, que defiende a la Iglesia y muestra la realidad de su vida: la autoridad de la Iglesia, en su más solemne expresión, ha dado también esta vez, la importancia principal y superior a todas las demás manifestaciones posibles del organismo eclesiástico, a la oración..., es decir, al diálogo con Dios, a la actividad propiamente religiosa y espiritual, a su vida interior en el acto de unirse, mediante Cristo y su sacerdocio, al mundo divino... ¿Qué otra cosa os repite el Papa? ¿Qué ejemplo nos da el Concilio? Orad, orad bien, orad con la Iglesia, orad con su sacerdocio que en la santa liturgia tiene el poder de representar a Cristo en medio del pueblo fiel; más aún, de hacerlo misteriosamente presente y operante. (Audiencia del 11-12-1963. "L'Osservatore Romano", 12-12-63).

2. *La oración es lo más importante.*—Daremos a todos una exhortación, que el período actual, la Cuaresma, nos infunde en el corazón. Sí, la Cuaresma nos ofrece la expresión apropiada para este momento. ¿Qué ha de decir el Papa a quienes le visitan durante este período espiritual especial? Creemos que debemos deciros: ¡Hijos, orad, orad un poco más, tratad de orar bien, procurad uniros a la oración de la Iglesia que en este período de preparación pascual multiplica sus oraciones y les da una gama de ritos y fórmulas bellísimas y riquísimas!

Os confiaremos a este propósito un corto pero significativo episodio que ayer precisamente nos llenó el ánimo de gozo y admiración. Un señor muy sabio e importante que ha ocupado cargos de relieve y responsabilidad, ya anciano y lleno de experiencia. Nos decía: "Santidad: ¿sabe lo que después de todo y sobre todo me parece lo más importante en la vida del hombre? La oración. ¡Sí, la oración! Podemos atesorar tan abierto y precioso testimonio que confirma la enseñanza de la Iglesia recibida del Señor y que repite en estos días: Es necesario orar siempre y no desfallecer (Lc. 18, 1) (Audiencia del 26-2-64. "L'Osservatore Romano", 27-2-64).

3. *¿Qué es la oración?*—Es oración lo que dice el Evangelio: coloquio, conversación, contacto con Dios. Encuentro casi terrorífico entre el yo, pobre cosa de este mundo, y el infinito, el Creador. Mas ante el espanto que pueda apoderarse de nosotros, Jesús nos invita a hablar con coloquio vivo y verdadero. Recordemos la actitud del pobre publicano del Evangelio, que no se atreve a entrar en el templo y reconoce la propia pequeñez, debilidad e indignidad. Verdadera actitud religiosa de un tal sentido de la propia indignidad e incapacidad para tomar contacto con el Creador. La oración, pues, supone la realidad de Dios y la realidad del yo, y deriva del contacto de ambas realidades. ("L'Osservatore Romano", 7-5-64).

4. *No hay nada comparable a la oración.*—El verdadero discípulo de Cristo debe ser un hombre de oración. A través de ella se abre el cielo, estableciéndose un diálogo de amor entre Dios y los hombres. ¡Cuánto mejor sería el mundo si todos los hombres supieran orar bien! San Juan Crisóstomo, traduciendo los sentimientos de la Iglesia, afirmó: "Nada hay más poderoso que la oración. No hay nada que se le pueda comparar". (Al cardenal patriarca de Lisboa. "L'Osservatore Romano", 6-5-65).

5. *¿Qué valor tiene hoy la oración?*—¿Se ora hoy? El hombre moderno, ¿sabe orar? ¿Se siente la obligación, la necesidad de hacerlo? E incluso el cristiano ¿tiene la facilidad, el gusto y la afición a las formas de oración? ¿Posee siempre el valor y la afición a las formas de la oración que la piedad de la Iglesia, aun no declarándolas oficiales, nos ha enseñado y recomendado con tanta insistencia, como el rosario, el vía-crucis, etc., y especial-

mente la meditación, la adoración eucarística, el examen de conciencia, la lectura espiritual?

Nadie pretenderá atribuir a la liturgia, es decir, a la celebración comunitaria y eclesial de los misterios de la redención, la disminución de la oración personal...

Os decimos estas cosas a vosotros, hermanos y hermanas, dedicados al Señor que tenéis el derecho y el deber de mantener una gozosa conversación con El. Os lo decimos a vosotros, jóvenes, ávidos de encontrar la clave del siglo nuevo; a vosotros, cristianos, que queréis descubrir la síntesis posible, purificadora y beatificante de la vida vivida hoy y de la fe que tanto amáis. Os decimos estas cosas a vosotros, hombres de nuestro tiempo, lanzados en el torbellino de vuestras agobiantes ocupaciones, que sentís la necesidad de una certeza y de un consuelo que nada en el mundo puede daros. A todos, pues, os decimos: Orad, hermanos. (Enseñanzas del Pueblo de Dios. Vaticano, 1969, pp. 125-128).

6. *Es imposible vivir cristianamente sin una vida de oración.*— Sin una propia, íntima y continua vida interior de oración, de fe y de caridad, no podemos seguir siendo cristianos; no podemos participar de un modo útil y consciente en el florecimiento del renacer litúrgico; no podemos dar un testimonio eficaz de aquella auténtica vida cristiana de la que se hable frcuentemente; no podemos pensar, respirar, obrar, sufrir y esperar plenamente con la Iglesia viva y peregrina. Es necesario orar. Por falta de oración disminuyen y tal vez llegan a faltar en nosotros, tanto la comprensión de las cosas y de los acontecimientos como la misteriosa pero indispensable ayuda de la gracia. Estamos convencidos de que muchas de las crisis espirituales y morales de personas educadas e insertas a diversos niveles en el organismo eclesiástico, se deben a la languidez y tal vez a la falta de una vida regular e intensa de oración, sostenida hasta hace poco por prudentes costumbres exteriores. Estas han sido abandonadas, y la oración se ha apagado, y con ella, la fidelidad y la alegría... Desearíamos dar alientos a vuestra vida de oración, sea cual fuese vuestra edad y vuestro estado... Y no sólo esto, la oración, la vida de oración, es decir, la dirección habitual del espíritu

hacia Dios, mediante el coloquio filial y el silencio concentrado en El, lleva a aquella forma de espiritualidad que está penetrada por el don de la sabiduría del Espíritu Santo (Rom. 8, 14) y que podemos llamar, incluso para el simple fiel, vida contemplativa. (Enseñanzas del Pueblo de Dios. Vaticano, 1969, pp. 129-133.)

7. *La oración es un coloquio de amistad.*—El mensaje de oración nos llega a nosotros, hijos de la Iglesia, en una hora caracterizada por un gran esfuerzo de reforma y de renovación de oración litúrgica; nos llega a nosotros tentados por el reclamo y el compromiso del mundo exterior a ceder al trajín de la vida moderna y a perder los verdaderos tesoros de nuestra alma por la conquista de seductores tesoros de la tierra... Llega ahora a nosotros el sublime y sencillo mensaje de la oración de parte de la sabia Teresa que nos exhorta a comprender el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad..., es decir, con palabras de la misma Teresa: que "no es otra cosa la oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (Enseñanzas del Pueblo de Dios. Vaticano, 1970, pp. 376-377).

8. *Sin oración no hay vida espiritual.*—¿Ora el hombre de hoy? Donde la Iglesia vive, sí... La oración es el respiro del Cuerpo místico, su diálogo con Dios, expresión de su caridad, esfuerzo por llegar al Padre, el reconocimiento de su providencia en la dinámica de los acontecimientos del mundo, la súplica a su misericordia y a la intervención de su ayuda en la debilidad de nuestras fuerzas, la confesión de su gloria, la alegría del pueblo de Dios de poder celebrarle a El y a todo lo que de El nos viene, la escuela de la vida cristiana, es una flor que germina sobre la doble raíz viva y profunda del sentido religioso y de la gracia del Espíritu que anima en nosotros la plegaria, es la expresión vértice de la Iglesia: su aliento, su principio; es el momento clásico en el que la vida divina comienza a circular en la Iglesia. (Enseñanza al Pueblo de Dios. Vaticano, 1974, pp. 109-112.)

9. *La oración es el fundamento de la vida cristiana.*—En la práctica de nuestra vida espiritual, habría que poner aquí la doctrina de la oración como condición fundamental de nuestra religiosi-

dad salvífica. Nos referimos a aquella oración que abre el alma a la acción benéfica de la misericordia de Dios y que es, más o menos, de todos conocida, ya sea en su definición esencial de acto racional del espíritu que se dirige voluntariamente a Dios, ya sea como acto de tendencia amorosa hacia El, ya sea como éxtasis contemplativo y místico en presencia del divino Interlocutor (Ibíd., pp. 167-168).

10. *La Iglesia es una comunidad que ora.*—¿Qué es la Iglesia? Es una comunidad que ora; es decir: es un pueblo que salmodia y reza, un pueblo de Dios. Esta es la señal de su filosofía y de su teología: es el hombre que tiene necesidad de Dios (2 Cor. 3, 5), y que lo debe todo a Dios (Mt. 22, 38). Su actitud fundamental y característica, por esto, es la cultural. La Iglesia es, ante todo, una sociedad religiosa. Lo que le interesa es la oración. La Iglesia se propone un objetivo primario: poner a los hombres en comunicación con Dios, mejor, en comunión con Dios. Como dice el Concilio, ella es "signo e instrumento de la unión íntima con Dios" (Lumen Gentium I). La Iglesia une a los hombres que le son fieles, para hacerlos fieles a Dios...

11. La Iglesia, por esta concepción general y suprema, humana y cósmica de la religión católica, es decir, por su fe, está organizada, existe, ama, trabaja, sufre, desarrollando siempre su doble coloquio con Dios y con el hombre orando. Nos guste o no, este es el rostro de la Iglesia, el del gran coro ordenado de la humanidad que ensalza, que adora al Padre "en espíritu y en verdad" (Jn. 4, 23). Y es un rostro espléndido, que irradia espiritualidad y sociabilidad, vigor moral y bondad caritativa, misterio y claridad... Y esta irradiación se difunde del rostro de la Iglesia como un reflejo del rostro de Dios (Sal. 4, 7). Así es la Iglesia orante. La Iglesia orante, como sabéis, tuvo su magnífica exaltación en el Concilio. No podemos olvidarlo por el hecho estimulador de la reforma litúrgica. Esta reforma, por la misma intención que la provocó, la pastoral, la de hacer revivir la oración en el Pueblo de Dios, una oración pura y participada, es decir, interior y personal y, al mismo tiempo, pública y comunitaria, merece una gran consideración incluso cuando se pone en comparación con las condiciones espirituales de nuestro mundo moderno. (3-11-1971.)

JUAN PABLO II

Al Santo Padre le preguntaron: "¿Qué sucede con el secreto de Fátima? Debía haberse abierto ya en 1960."

Respuesta: "Por causa de la gravedad de su contenido y para no incitar a la potencia mundial del comunismo a ciertas acciones, mis predecesores en la Cátedra de San Pedro prefirieron una relación diplomática. Además de eso, un buen cristiano debe contentarse con lo siguiente: Si leemos que océanos inundan grandes extensiones del mundo, que desaparecerán millones de hombres, entonces ya no se debería suspirar por la revelación del secreto. Muchos quieren saberlo todo por curiosidad y sensacionalismo, olvidándose que el saber implica responsabilidad. Pretenden sólo satisfacer su curiosidad, y esto es muy peligroso cuando al mismo tiempo no se quiere hacer nada contra el mal". Entonces el Papa apretó el Rosario, diciendo: "Aquí está el remedio. Rezad, rezad y no me hagáis más preguntas. Confiad todo lo demás a la Madre de Dios".

Pregunta: ¿Cómo irán las cosas en la Iglesia en adelante?

Respuesta: "Ciertamente tendremos que contar en breve con grandes pruebas que pueden hasta exigirnos el sacrificio de la vida y nuestra entrega total a Cristo. Pueden, sin embargo, ser disminuidas por vuestra y nuestra oración, pero no ser evitadas del todo, porque sólo así se podrá realizar la verdadera renovación de la Iglesia. ¡Cuántas veces ya se ha realizado la renovación de la Iglesia con la sangre! Y esta vez no será diferente. Estemos preparados y fuertes, puesta nuestra confianza en Cristo y su Madre. Recemos el Rosario muchas veces, así, aunque parezca poco, de hecho hacemos mucho" (Sol de Fátima, abril, 1982).

"Sed fieles a vosotros mismos, conservad vuestra herencia de fe, de valores espirituales y de honradez de vida... Y ¿queréis que os enseñe un secreto para conservarla? Es sencillo y ya no es secreto: rezad, rezad mucho; rezad el Rosario todos los días" (en Fátima, 12-5-82).

SOR LUCIA DE FATIMA

Sor Lucía, religiosa carmelita de Coimbra, es la única sobreviviente de los tres pastorcitos de Fátima a los que en 1917 se les apareció la Santísima Virgen en Cova de Iría. A sus primos Jacinta y Francisco, según promesa de la Virgen, se los llevó muy pronto al Cielo. A Lucía también le prometió llevarla al Cielo, pero, "antes quería servirse de ella para hacerla conocer y amar".

Lo que te recomiendo, por encima de todo, es que te llegues al sagrario y ores. En la oración fervorosa recibirás la luz, la fuerza y la gracia que necesitas... Sigue este camino y verás que en la oración encontrarás más ciencia, más luz, más fuerza, más gracia y virtud de todo lo que pudieras conseguir leyendo muchos libros o haciendo grandes estudios. Nunca consideres malgastado el tiempo que pases en la oración... Que falte tiempo para todo lo demás, pero nunca para la oración. Estoy convencida de que la principal causa del mal que hay en el mundo y de los fallos de tantas personas consagradas, proviene de la falta de unión con Dios a través de la oración (Carta a su sobrino, el P. José).

Sin duda que los males del mundo son fruto de la falta de espíritu de oración. Era en vista de esta realidad que la Virgen recomendó con tanta insistencia el rezo del Rosario. Por eso debemos trabajar sin cesar para restaurar e incrementar el espíritu de oración en las almas. Efectivamente, la oración es el medio que más nos acerca a Dios, y en este encuentro con El nos comunica su gracia, dándonos luz y fuerza para superar las tentaciones y dificultades.

Desgraciadamente hay muy pocas personas que asisten diariamente a Misa, recibiendo el alimento de la Eucaristía. Por eso el Rosario se hace indispensable para las almas. Pues si no rezan el Rosario, ¿qué oración van a decir? Y sin oración, ¿quién se salvará?

Puedo ir más lejos y decir que, incluso hasta para aquellos que van todos los días a Misa el rezo diario del Rosario es necesario para mantener la fe, la esperanza y la caridad. El Rosario es fundamental para la Sagrada Liturgia, porque recuerda diariamente a las almas los misterios principales de nuestra redención.

Esto forma parte del mensaje de Fátima y no podemos descuidar ningún medio para cumplirlo. Ahora más que nunca el mundo lo necesita...

El Rosario después de la Liturgia es la oración más recomendada por la Virgen y los Papas; señal que es un medio poderoso tanto de salvación eterna como también de protección de la vida terrena. Por esto debemos ser luchadores y combatir hasta la victoria con esta arma, cumpliendo cada uno la misión que Dios le haya asignado. (Carta al P. Umberto Pascuale, del 26-11-70.)

CONCLUSION

Por supuesto que este libro no lo va a leer todo el mundo; pero espero que al menos lo lean muchos sacerdotes, párrocos y superiores de comunidades religiosas, a quienes deseo encarecer con todo mi corazón que tomen muy a pecho el recomendar con toda insistencia a sus dirigidos el ejercicio de la oración.

Empezando por los superiores de comunidades religiosas, puedo asegurarles con absoluta certidumbre que por este medio y únicamente por este de la oración, podrán conseguir la reforma de sus conventos y que se guarde en ellos la más estrecha observancia de sus reglas y constituciones. Así lo afirma categóricamente Santa Teresa: "Como se haga bien la oración, que es lo más importante, no se dejará cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden" (Cam. c. 4).

Todos los reformadores empezaron por aquí, y quienes hayan querido realizar alguna reforma en los conventos sin tener en cuenta la oración, acabaron en más grande relajación.

Pero no he de referirme solamente a los religiosos, pues el precepto de la oración es para todos, religiosos y seglares, y estos últimos, por vivir en el mundo, más cercados de peligros, podemos decir que tenemos de ella mucha mayor necesidad.

Por eso San Ligorio insistía tanto en todos sus libros, recomendando a los sacerdotes que no se cansasen nunca de predicar, inculcando a toda clase de personas la absoluta necesidad que todos tenemos de acudir con insistencia a la oración para salvarnos. Estas son sus palabras: "No hay cosa que me aflija tanto como ver lo poco que se insiste sobre la oración. Sin embargo, creo yo que predicadores, confesores y libros espirituales de ninguna otra cosa debieran tratar con más extensión que de este asunto de la oración". Y lo repite una y otra vez en casi todos sus libros, porque, como hemos podido ver claramente a lo largo de todo este libro, sin oración no hay virtud, sin ella no hay victoria, y quien la deja no tiene salvación.

¡Dichosos los religiosos que viven en la casa de Dios y que en cualquier momento del día o de la noche pueden hacer una visita a Jesús Sacramentado y tener un rato de oración!

No hay duda de que el mejor sitio para tener un rato de oración es en la iglesia muy cerquita del Sagrario, donde nos invita a acudir el Apóstol con estas palabras: "*Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la misma gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno*" (Heb.4,16).

Según los comentaristas, el trono de la gracia no es otro sino el Sagrario, donde reside como en un trono real el mismo Autor de la gracia, y desde donde la reparte a manos llenas a todos los que acuden a solicitarla.

Por ello no cabe duda que es de suma importancia que también los seglares acudan todos los días a hacer la visita al Santísimo y se pasen en su compañía un buen rato, ya que será el mejor y más aprovechado de cada día.

No sin otro motivo el mismo Derecho Canónico ordena a los párrocos que procuren que sus iglesias permanezcan abiertas varias horas al día; porque no hay nada más útil ni más importante como que los fieles acudan a visitar a Jesús Sacramentado y pasarse con El un buen rato cada día.

Este es el texto del canon 937: "La iglesia en la que está reservada la Santísima Eucaristía debe quedar abierta a los fieles, por lo menos algunas horas al día, a no ser que obste una grave razón, para que los fieles puedan hacer oración ante el Santísimo Sacramento".

¡Desgraciadamente abundan los sacerdotes que desconocen este canon, o que consideran suficiente razón para no abrirlas el que no tienen ganas de hacerlo ni se quieren molestar en pedir que abra la iglesia el sacristán o alguna persona devota que se sentiría encantada de hacerlo!

Si tú, amado lector, fueses un párroco, o tuvieses a tu cargo alguna iglesia, por favor mantenla abierta todo el tiempo que pudieses, pues bien sabes que los seglares necesitan la oración de cada día como necesitan la comida y como la necesitas tú, y en las casas de los seglares es muy difícil recogerse para hacer oración, por lo que si no encuentran una iglesia abierta resultará casi inútil que se les inculque la necesidad de la oración.

Si la iglesia permanece cerrada durante el día, al menos a la hora de la misa diaria debería permanecer abierta sobre un par

de horas, procurando por todos los medios posibles que se guarde en ellas el más riguroso silencio.

Es recomendable que antes de la misa se rece el rosario, por el mismo párroco o por alguna otra persona devota; pero es muy importante que se rece antes de la misa y nunca después. Pues después de la comunión se debe orar al Señor y no a la Virgen; pues sería una especie de descortesía tener a Dios en el pecho y entretenerse en hablar con otros aunque sea con su queridísima Madre.

Según Santa Teresa y otros muchos santos que también lo dicen, el mejor tiempo para la oración es el que sigue a la comunión. "Este es el tiempo más oportuno para negociar con Dios", dice la simpática Santa Teresa. Por eso es importantísimo que los sacerdotes enseñen a los fieles a aprovechar esos minutos, y debería negársele la comunión a las personas que sin absuta necesidad se salen de la iglesia apenas acaban de comulgar.

Dice San Pablo: "*Quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, se come y bebe su propia condenación*" (1 Cor.11,29).

Ahora yo me pregunto: Los que se salen de la iglesia inmediatamente acabada la misa, cuando apenas habrá tres o cuatro minutos que han comulgado, ¿saben que son como sagrarios vivientes y que dentro de su pecho sacan de la iglesia a Jesucristo?

Si no lo saben, es que *no saben discernir el Cuerpo del Señor*, y, por lo tanto, no deben de comulgar. Pero si lo saben y se atreven a cometer la grosería de salir de la iglesia como si hubieran comido un pan bendito, y volviendo la espalda a su Majestad, que llevan en sus pechos, voluntariamente lo olvidan para distraerse charlando con las personas, su culpa es mucho mayor, y de ninguna forma se le debería dar la comunión.

Sin grave necesidad, nadie debería salir de la iglesia hasta al menos unos ocho o diez minutos después de comulgar; aunque lo ideal es estarse en coloquios con el Señor al menos un cuarto de hora o unos veinte minutos, pues muchas personas, quizá a lo largo del día, no puedan volver a tener otra ocasión para recogerse interiormente con el Señor.

Hacen muy mal los sacerdotes o sacristanes que después de la misa apenas mantienen abierta la iglesia unos diez minutos escasos, y que casi echan a la calle a las personas devotas que quisieran estar más rato, cuando debieran hacer todo lo contrario, demostrando que no tienen prisa de cerrar y que pueden permanecer orando todo el tiempo que quieran hacerlo.

También hacen muy mal los sacerdotes que no exigen que dentro de la iglesia guarden los fieles rigurosísimo silencio; pues yo no sé si es por arte del demonio que en casi todas las iglesias hay un grupo de mujercitas que apenas abren la iglesia ya están ellas ocupando los bancos más cercanos al Sagrario; y lo triste es que no van allí a orar y a pedir ayuda al Señor, sino a charlar y cuchichear unas con otras, interponiéndose como una barrera entre las personas devotas que tienen que ponerse a cierta distancia, para no oírlas, y el Señor que está en el Sagrario. ¡Por favor, no consientan los cuchicheos en la iglesia, y mucho menos si es cerca del Sagrario!

INDICE